

Lenin

Obras selectas

tomo uno

{1898 / 1916}

clásicos y
contemporáneos



V. I. Lenin

Obras selectas

tomo uno

{1898 / 1916}



Lenin, Vladimir Illich

Obras selectas / Vladimir Illich Lenin ; compilado por Cecilia Feijoo y Demian Paredes. - 1a ed. - Buenos Aires : Ediciones IPS, 2013.
v. I, 576 p. ; 23x15 cm. - (Clásicos y contemporáneos)

ISBN 978-987-27589-6-7

I. Historia de las Ideas Políticas. 2. Teorías Políticas. 3. Marxismo.
I. Feijoo, Cecilia, comp. II. Paredes, Demian, comp. III. Título
CDD 320.581 5



FOTO EN ESTUCHE: V. I. Lenin entre los delegados de la X Conferencia
del Partido de toda Rusia, Moscú, 26-28 de mayo de 1921

ARTE DE TAPA E INTERIOR: Julio Patricio Rovelli

ISBN obra completa: 978-987-27589-5-0

ISBN tomo uno: 978-987-27589-6-7

© Ediciones IPS, 2013
por la presente edición

Riobamba 144 // C1025AAB

[54 11] 4951 5445

Of. Comercial:

Av. Entre Ríos 140 5º piso, dpto. A // C1079ABO

Ciudad Autónoma de Buenos Aires // Argentina

[54 11] 4372 0590

edicionesips@gmail.com // edicionesips.com.ar

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina // Printed in Argentina

ÍNDICE

11	Nota para la presente edición
18	Breve índice de conceptos
23	Índice de periódicos y publicaciones
29	¿A qué herencia renunciamos?
61	Sobre las huelgas
69	¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento
71	Prefacio
73	I. Dogmatismo y "libertad de crítica"
89	II. La espontaneidad de las masas y la conciencia de la socialdemocracia
107	III. Política sindicalista y política socialdemócrata
139	IV. Los métodos artesanales de trabajo de los economistas y la organización de los revolucionarios
179	V. Plan para un periódico político destinado a toda Rusia
198	VI. Conclusión
201	Anexo: Intento de fusionar <i>Iskra</i> con <i>Rabocheye Dielo</i>
207	Jornadas revolucionarias
210	Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática
	Prólogo
	I. Una cuestión política urgente
	II. ¿Qué nos brinda la resolución del III Congreso del POSDR sobre el Gobierno provisional revolucionario?
	III. ¿Qué es la "victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo"?
	IV. La república y la abolición de la monarquía

- V. ¿Cómo "impulsar la revolución hacia adelante"?
- VI. ¿Desde dónde amenaza al proletariado el peligro de verse con las manos atadas en la lucha contra la burguesía inconsecuente?
- VII. La táctica de "eliminar a los conservadores del Gobierno"
- VIII. La tendencia de *Osvobozhdenie* y la de la nueva *Iskra*
- IX. ¿Qué significa ser el partido de la oposición extrema durante la revolución?
- X. Las "comunidades revolucionarias" y la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado
- XI. Breve comparación de algunas resoluciones del III Congreso del POSDR y de la Conferencia
- XII. ¿Disminuirá el alcance de la revolución democrática si la burguesía le da la espalda?
- XIII. Conclusión. ¿Nos atreveremos a vencer?
- Epílogo: Otra vez la tendencia de *Osvobozhdenie*, otra vez la tendencia de la nueva *Iskra*

- 305 Huelga política y lucha callejera en Moscú
- 312 Sobre la reorganización del Partido
- 320 La organización del Partido y la literatura partidaria
- 325 Nuestras tareas y el Sóviet de Diputados Obreros. Carta a la redacción
- 332 Enseñanzas de la insurrección en Moscú
- 338 Prólogo a la recopilación *En doce años*
- 351 Marxismo y revisionismo
- 358 La fracción de los partidarios del otzovismo y de la construcción de Dios
- 383 Algunas fuentes de la actual discordancia ideológica
- 389 El sentido histórico de la lucha interna del Partido en Rusia
- 403 Desarrollo de las huelgas revolucionarias y de las manifestaciones callejeras

- 409 Comunicado y resoluciones de la reunión de Cracovia
del Comité Central del POSDR con funcionarios del Partido
- 422 La bancarrota de la II Internacional
- 464 Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo
- 469 El programa militar de la revolución proletaria
- 479 El imperialismo, etapa superior del capitalismo
(Ensayo popular)

Prólogo a la edición rusa

Prólogo a las ediciones francesa y alemana

I. La concentración de la producción y los monopolios

II. Los bancos y su nuevo papel

III. El capital financiero y la oligarquía financiera

IV. La exportación de capitales

V. El reparto del mundo entre asociaciones de capitalistas

VI. El reparto del mundo entre grandes potencias

VII El imperialismo como etapa particular del capitalismo

VIII. El parasitismo y la descomposición del capitalismo

IX. Crítica del imperialismo

X. Ubicación histórica del imperialismo

NOTA PARA LA PRESENTE EDICIÓN

Presentamos estas *Obras selectas* de Lenin en dos tomos: una recopilación de textos y discursos imprescindibles a la hora de conocer y abordar la obra de uno de los más importantes revolucionarios marxistas del siglo XX. Pretendemos con estas *Obras selectas*, junto al reciente lanzamiento de las *Obras escogidas* de León Trotsky, hacer llegar al público en general, y a las nuevas generaciones de trabajadores y jóvenes, los textos de los grandes marxistas clásicos.

Lenin lleva aproximadamente dos décadas de estar casi “desaparecido”, fuera de los emprendimientos editoriales, fuera del “mercado” de la palabra escrita, calumniado por biógrafos liberales y conservadores; demonizada su figura como “representación” de la dictadura estalinista y atacada por la “nueva izquierda”... que en sus prácticas políticas nada han traído de “nuevo”. Sin embargo, Lenin también ha tenido, en este nuevo siglo, algunas pocas y nuevas ediciones. En 2001 se realizó en Alemania un simposio en torno a las relecturas de sus escritos desde nuestra época, que fueron publicados en *Lenin reaccionando*¹. También se han publicado biografías, como la de Jean-Jacques Marie, o interesantes investigaciones de aspectos de su vida y obra como la de Philip Pomper en *El hermano de Lenin*². Las presentes *Obras selectas*, junto a las nuevas publicaciones sobre Lenin, muestran el atractivo que aún posee su figura a la hora de pensar una alternativa al sistema capitalista.

Y es que hay –teniendo en cuenta la crisis económica internacional del capitalismo– un potencial regreso de las ideas del revolucionario ruso; fantasma que evidentemente asusta al historiador reaccionario Robert Service, quien se ha tomado muy en serio la tarea de “terminar de asesinar” a los revolucionarios del siglo XX. El peligro para este está en la posibilidad de que “se pueda volver a invocar su memoria” “en las muchas partes del mundo en que el capitalismo provoca graves problemas sociales. Lenin no está del todo muerto, al menos aún no”³.

La presente selección de escritos de Lenin pretende entonces aportar al surgimiento de un genuino interés en su obra, partiendo de la actualidad que tiene la herencia leninista allí donde (re)surge la necesidad de orientar y potenciar la acción de los explotados hacia el combate contra el orden político y social capitalista.

¹ *Lenin reaccionando*, Badgen, Konvelakis, Zizek (eds.), Madrid, Akal 2010.

² *Lenin*, Jean-Jacques Marie, Madrid, POSI, 2011; *El hermano de Lenin*, Philip Pomper, Barcelona, Ariel, 2010.

³ *Lenin. Una biografía*, Robert Service, Barcelona, Siglo XXI, 2001.

Queremos ofrecer una recopilación de textos que, a contrapelo de toda falsificación estalinista, de toda propaganda amansada y toda resignación frente al presente político, permita al lector responderse la pregunta con la cual comienza nuestro primer tomo: "¿A qué herencia renunciamos?". ¿Debemos renunciar a lo mejor de la experiencia que expresó Lenin, por la cual se apostó, se luchó y se padeció? ¿Acaso la derrota que provocó que la revolución y el Estado basado en los sóviets de trabajadores, campesinos y el pueblo que surgió de ella, del cual Lenin fue uno de sus artífices, se transformara en su contrario, en un Estado "totalitario" dirigido por una casta burocrática, justifica esta renuncia? Adelantando nuestra respuesta, con Lenin decimos que no solo "no renunciamos a esta herencia", sino que también "refutamos los recelos" de muchos de aquellos que han renunciado a la misma. También decimos con Lenin que no guardamos "la herencia como los archiveros conservan los viejos documentos", sino que lo hacemos porque hoy es vital para el análisis crítico del capitalismo, la lucha de clases y el programa y la organización necesaria para la lucha de los trabajadores y los explotados.

En las últimas décadas, de reacción liberal y restauración conservadora, se atacó uno de los aportes más significativos de Lenin como político marxista. Con él surgió y se desarrolló una nueva concepción (que el lector podrá apreciar a lo largo de los presentes tomos) de la práctica política: la necesidad de una organización, de un partido capaz de conservar las energías y potenciar la lucha de los explotados y los oprimidos; de potenciarla "según todas las reglas del arte" por parte de "personas cuya profesión sea la actividad revolucionaria"⁴. Y esa profesión a la que apostamos junto con Lenin, la revolucionaria, es hoy la más combatida, denigrada y malentendida, no sin ocultas e interesadas razones. Al hacerlo artífice del régimen de partido único y de la dictadura totalitaria, deporte preferido de académicos liberales, conservadores y también de radicales libertarios, autonomistas y "posmarxistas", se evita abordar verdaderamente al sujeto Lenin, sus combates, y el significado real de su herencia para el marxismo.

Como decía Trotsky frente a este tipo de posiciones: "El error de este razonamiento comienza con la identificación tácita del bolchevismo, de la Revolución de Octubre y de la Unión Soviética. El proceso histórico, que consiste en la lucha de fuerzas hostiles, es reemplazado por la evolución abstracta del bolchevismo. Sin embargo, el bolchevismo es solamente una corriente política. Aunque estrechamente ligado a la clase obrera, no se identifica con ella. En la URSS, además de la clase obrera existen más de cien millones de campesinos de diversas nacionalidades; una herencia de opresión, de miseria y de ignorancia. El Estado creado por los bolcheviques refleja no solamente el pensamiento y la voluntad de los bolcheviques, sino también el nivel cultural del país, la composición social de la población, la influencia del pasado bárbaro y del imperialismo mundial no menos bárbaro. Representar el proceso de la degeneración del Estado soviético como la evolución del bolchevismo puro, es ignorar la realidad social, pues con-

⁴ Ver "¿Qué hacer..." en el Tomo uno de la presente edición.

sidera uno solo de sus elementos aislándolo de una manera puramente lógica. Basta con llamar a este error elemental por su verdadero nombre, para que no quede nada de él". Y luego agregaba: "Evidentemente el estalinismo ha 'surgido' del bolchevismo; pero no surgió de una manera lógica, sino dialéctica; no como su afirmación revolucionaria, sino como su negación terribilísima. Que no es una misma cosa"⁵.

Más allá de este tipo de críticas es claro que su presencia como político revolucionario del siglo XX no puede ser ignorada. El escritor austriaco Stefan Zweig, en su libro llamado, nada menos, *Momentos estelares de la humanidad*, relata la vuelta de Lenin a Rusia luego de la revolución de febrero de 1917. Exiliado en Zúrich después de 1905, Lenin retorna junto a otros militantes a su país. Escribió Zweig: "El tren se puso en movimiento hacia Gottmadingen, la estación fronteriza alemana. Eran las tres y diez. Y el mundo cambió brutalmente de horario. Millones de obuses destructores habían sido arrojados en el curso de la guerra mundial. Los ingenieros continuaban inventando las armas más pesadas, las más poderosas y las más devastadoras. Pero ningún obús fue más devastador y más decisivo que este tren, con su cargamento de revolucionarios, los más peligrosos y más decididos del siglo, este tren, que de la frontera suiza se lanzaba entonces a través de toda Alemania hacia Petrogrado y se preparaba para hacer explotar el orden de los tiempos". En Rusia se entrelazaban el hambre, la miseria y la desesperación de la guerra con las esperanzas eléctricas de la revolución. Una vez en la estación Finlandia, "los reflectores instalados en las fachadas de las casas y en el castillo se concentran sobre él, y desde aquel coche blindado dirige su primer discurso al pueblo. Bulle animadamente el gentío por las calles. Ha comenzado el 'ciclo de diez días que conmovieron el mundo'. El proyectil ha dado en el blanco, ha destruido un imperio y cambiado la faz del mundo".

La revolución socialista y Lenin junto con ella pasaron por los momentos más gloriosos y seductores, así como por los más terroríficos y violentos. Según el historiador Arno Mayer estas son las "dos caras contrapuestas" de una revolución. Y toda revolución social abre una dinámica propia que es relativamente "autónoma" y condicionada⁶. Trotsky, en el exilio mexicano, analizando esta dinámica abierta, poco antes de ser asesinado por un militante estalinista, escribió: "A pesar de las medidas de represión a las que fue necesario recurrir bajo la presión de circunstancias extraordinarias, la Revolución de Octubre impuso un cambio radical en las relaciones sociales en favor de los intereses de las masas trabajadoras. En cambio, la contrarrevolución estalinista dio inicio a conmociones sociales que van en el sentido de transformar el orden social soviético en beneficio de

5 "Bolchevismo y estalinismo. Sobre la cuestión de las raíces teóricas e históricas de la IV Internacional" (1937), León Trotsky, *Escritos 1929-1940* (versión digital), en <http://ceipleon Trotsky.org/>

6 *Los Fuertes, 1789-1917. Violencia, Vingence, Terror*, Arno J. Mayer, París, Fayard, 2002.

una minoría privilegiada de burócratas termidorianos⁷. Lo que quedaba de ese Estado gobernado por una "minoría privilegiada de burócratas" se derrumbó estrepitosamente, desacreditado frente a las masas, luego de 1989, en Rusia. Pero "el carácter de los levantamientos de 1989-91 y sus consecuencias sólo puede comprenderse como el último acto de un largo proceso de revoluciones políticas derrotadas que sacudieron los países de Europa del Este, combinado con retrocesos importantes de la clase obrera occidental ante el avance de la ofensiva neoliberal⁸. Primero fueron los combates de la Oposición de Izquierda, dirigida por Trotsky (y muchos de los mejores militantes comunistas), que culminaron con su expulsión y exilio en 1928; luego las grandes y represivas conmociones del "Gran Terror" estalinista de los años 30; luego vinieron los levantamientos de obreros y campesinos de Berlín, Hungría, Polonia, Checoslovaquia (sólo por nombrar algunos), que plantearon el antagonismo existente entre esa "minoría privilegiada" y las masas obreras y campesinas. Sólo la derrota de los mismos, junto con el agotamiento económico y el cerco capitalista (lo que demuestra lo utópicamente reaccionario que fue y es plantear el "socialismo en un solo país"), preparó "el último acto" que fue 1989-91: la implosión de la burocracia, en medio de movilizaciones de masas, sin perspectiva revolucionaria.

En síntesis: el aplastamiento de los procesos de "revolución política" por parte de burocracias estalinistas nacionales, en sus diferentes variantes, estuvo en la base de este enorme retroceso de la revolución y dejó planteada la enorme actualidad de los últimos combates de Lenin contra la burocratización del Partido Bolchevique y la continuidad de esta batalla por parte de Trotsky, que lo llevó, en 1938, a fundar la IV Internacional.

La recopilación que presentamos en estos tomos intenta aportar a esta tarea de retomar la herencia del marxismo revolucionario.

Los textos reunidos atraviesan el largo camino trazado entre "dos revoluciones": la de 1905, con sus "Jornadas revolucionarias", hasta la de 1917, con sus "Tres crisis". Además, recopilan las huellas de la lucha por forjar esa organización de hombres y mujeres "expertos en las artes de la política revolucionaria" en "¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento". El lector podrá descubrir en estos textos la definición de cuál es la alianza de fuerzas que permitiría a Rusia derribar la autocracia; según Lenin, la alianza de los obreros con los campesinos –y no con la burguesía liberal, como proponían los mencheviques–, así como la fundamentación de los métodos insurreccionales frente a las tendencias "pacifistas" en el debate plasmado en "Dos tácticas de la socialdemocracia

⁷ Stalin, León Trotsky, México D.F., Juan Pablos Editor, 1973.

⁸ Ver "La actualidad del análisis de Trotsky frente a las nuevas (y viejas) controversias sobre la transición al socialismo", Claudia Cinatti, Bs. As., revista *Estrategia Internacional* N.º 22, 2005.

en la revolución democrática". Podrá sumergirse también en los duros y francos debates de tendencias y fracciones entre los emigrados luego de la derrota de la revolución de 1905, momento de retroceso y reacción, cuando el zarismo desbarata palmo a palmo las "libertades" que se había visto obligado a otorgar frente a las masas insurrectas. Podrá leer los debates que Lenin lleva adelante contra aquellos que proponían la liquidación del trabajo ilegal del Partido, debate reflejado en "Algunas fuentes de la actual discrepancia ideológica". O leer las discusiones que Lenin realiza contra la fracción izquierdista en "La fracción de los partidarios del osovismo y de la construcción de Dios".

A través de los textos que componen el primer tomo el lector verá desarrollarse la pelea de Lenin por forjar una nueva internacional revolucionaria: la III Internacional. Podrá analizar el cambio en la situación política de las masas, el nuevo ascenso de luchas obreras que se va desarrollando con ímpetu, analizado por Lenin en "El desarrollo de las huelgas y las manifestaciones callejeras". Podrá ver los giros bruscos que produjo la Primera Guerra Mundial y la ubicación del marxismo frente a la misma en "La bancarrota de la II Internacional". Verá los interrogantes que abre la guerra cuando Lenin debate con el programa de Rosa Luxemburg, encarcelada en Alemania por su oposición a la guerra, en "El programa militar de la revolución proletaria" y propone "a la guerra como a la guerra": a la guerra entre los "bandidos imperialistas", la guerra civil del proletariado y las masas contra la burguesía. Podrá leer el aún controversial ensayo con el cual Lenin buscó dar una respuesta a los cambios que se estalan produciendo en el capitalismo del siglo XX en "El imperialismo, etapa superior del capitalismo", con el que sentó las bases para la explicación de la nueva época de crisis, guerras y revoluciones que, con sus diferentes etapas, llega hasta nuestros días.

En los textos que dan inicio al segundo tomo el lector podrá adentrarse en el ambiente de energías liberadas, de impaciencias, posibilidades y peligros que abrió la revolución de febrero de 1917. Leer el combate de los "diez días que conmovieron al mundo" a partir de las "Tesis de abril", cuando Lenin combate las posiciones sostenidas por los llamados "viejos bolcheviques" confluyendo, de hecho, con las tesis de la revolución permanente sobre la mecánica de la revolución que Trotsky había formulado a partir de las lecciones de la Revolución rusa de 1905⁹. Podrá seguir el curso de las crisis, avances y reflujos del calendario revolucionario a través de su intervención en el "I Congreso de los Sóviets de diputados obreros y soldados", pasando por las "Tres crisis" y observando "El comienzo del bonapartismo". Podrá "retirarse" y seguir a Lenin, ahora nuevamente en la clandestinidad, y leer sus tesis sobre una nueva organización estatal transitoria, sin Ejército permanente y sin burocracia, en la que hasta una cocinera pueda ser responsable de la administración del nuevo Estado, así como su gran anticipación de las contradicciones a las que

⁹ Ver al respecto *La teoría de la revolución permanente (compilación)*, León Trotsky, Bs. As., Ediciones IPS/CEIP "León Trotsky", 2011.

se tendría que enfrentar el partido revolucionario al tomar el poder del Estado durante la transición, en "El Estado y la revolución".

El lector podrá preguntarse entonces junto con Lenin: "¿Podrán los bolcheviques mantenerse en el poder?". El instante de peligro que significó esta decisión, derrocar al Estado de la burguesía, puede apreciarse leyendo su llamado urgido contra la mayoría de sus compañeros del Comité Central del Partido Comunista (bolchevique), cuando sólo era apoyado por militantes como Trotsky y Sverdlov y las masas que protagonizaban el "auge revolucionario del pueblo". En esos momentos les decía: "La historia ofrece pocos momentos como estos para los revolucionarios", "es ahora o nunca". Podrá el lector entonces adentrarse y sumergirse luego en la plenaria de aquella tensa madrugada que cambió la "historia universal", cuando se votó "El decreto sobre la paz", "El decreto sobre la tierra" y la "Resolución sobre la creación de un Gobierno obrero y campesino".

El lector podrá sentir el empuje y las esperanzas puestas en la extensión de la revolución internacional y de esa "nueva" democracia de los trabajadores que estaba surgiendo frente a la catástrofe económica y la guerra en sus "Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado". Podrá observar cómo Lenin, al inicio de la guerra civil rusa, no teme hacerles llegar una "Carta a los obreros norteamericanos" para decirles que es necesario "aplantar la resistencia de los capitalistas" y "recurrir a la violencia", pero a la violencia de los explotados y oprimidos y no de esa "minoría" de capitalistas que se basa en ella y sólo la recusa si la utilizan "los de abajo". También el lector tendrá la posibilidad de sopesar la importancia que Lenin dio a los problemas de la revolución internacional leyendo "El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo", donde debate dura pero fraternalmente con sus compañeros de la III Internacional la necesidad de no "repetir mal" las lecciones del bolchevismo, de buscar y descubrir las particularidades de la lucha de clases de cada nación y aprender de las formas a través de las cuales el partido y la revolución avanzan.

Podrá evaluar el lector en los textos seleccionados los avances del nuevo Estado y de la sociedad de transición, el análisis de la situación, en cada momento, de las fuerzas en pugna. Podrá entonces seguir los textos que muestran nuevas encrucijadas, cuando la derrotar militar del antiguo régimen se ha conquistado pero persisten las dificultades de un Estado obrero en condiciones de aislamiento, rodeado de "enemigos" para nada "imaginarios", con un atraso cultural heredado de siglos de absolutismo y con una devastación económica por la guerra externa e interna. Podrá analizar entonces los "giros" en la situación y la "retirada estratégica" que Lenin propone en la "Nueva Política Económica" (NEP), cuando plantea la necesidad de que el Estado de los trabajadores refuerce su alianza con los campesinos e introduzca elementos de "capitalismo de Estado". Hacia finales del segundo tomo encontrará entonces los textos en los cuales Lenin ya entrevé el peligro en esa "podredumbre" que es "nuestra burocracia, tanto de los sóviets como del Partido en el nuevo Esta-

do", como afirmó en "Mejor poco, pero mejor". Finalmente, tendrá la chance de abondar en el último de sus combates leyendo su "Testamento", escrito en 1922 y ocultado por la dirección oficial... ¡hasta 1956!

Cuando las manifestaciones del décimo aniversario de la revolución (1927) se desplegaron por las calles de la URSS, el eco de sus últimas palabras fue recogido por los militantes de la Oposición de Izquierda: "Remover/desplazar a Stalin".

Sobre el origen de los textos

La presente edición se realizó a partir de una selección de las *Obras Completas* editadas desde la URSS y publicadas en nuestro país por la Editorial Cartago. La primera edición —como señala Jean-Jacques Marie en su biografía sobre Lenin— fue un conjunto de treinta y cinco volúmenes, que en la época de Jruschov se elevaron a cincuenta y cinco (ya que se reintegraron artículos y fragmentos ocultados); por ello utilizamos esa segunda edición "jruschoviana".

Debido a la manipulación constante de que se ha hecho de los trabajos de Lenin según conveniencias políticas, por parte del stalinismo, en los presentes volúmenes hemos optado por despojar a los textos de la enorme cantidad citas de los editores, dejando solamente las del propio Lenin, y agregando nosotros las indispensables.

Cada tomo tiene índices que podrán ayudar al lector: uno de conceptos, organizaciones y abreviaciones; otro de publicaciones. En el Tomo dos encontrará además un índice de pequeñas biografías y una línea de tiempo con dos entradas: una se refiere a la vida de Lenin y al accionar del Partido Bolchevique; la otra indica los acontecimientos históricos más importantes en el mundo y en Rusia.

Al final del segundo tomo hay también un listado bibliográfico que da cuenta de los materiales utilizados como referencia para estas *Obras selectas* y que sirven a modo de "guía de lectura sugerida" para profundizar en torno a Lenin.

La presente edición estuvo a cargo de un equipo conformado por Cecilia Feijoo, Valeria Foglia, Demian Paredes y Julio Patricio Rovelli.

Estos tomos no podrían haberse publicado sin la colaboración de Gabriel Piro, Sabrina Chirico, Valeria Ríos, Analía Cabral y Lucía Feijoo.

ÍNDICE DE CONCEPTOS, PARTIDOS Y FRACCIONES

Bernstenismo/ bernsteniano: Seguidores de Eduard Bernstein, miembro del ala revisionista del SPD y de la II Internacional.

Bolcheviques: "Mayoritarios", por su traducción del ruso. Fue una de las fracciones en que se dividió la socialdemocracia rusa en su II Congreso, realizado en julio-agosto de 1903 en Ginebra y Londres. El debate y la división se produce ante la votación sobre quiénes debían ser considerados miembros del Partido entre la "mayoría" (*bolshinstvo*), que propuso un criterio más estricto y la minoría (*menshinstvo*), que propuso un criterio más laxo. Se inicia así la escisión entre bolcheviques y mencheviques como fracciones permanentes del POSDR hasta su transformación en partidos separados.

Bund: La Unión General de Trabajadores Judíos de Lituania, Polonia y Rusia fue fundada en 1897. Pugnaba por constituirse en una organización autónoma dentro de la socialdemocracia rusa.

Buró Socialista Internacional (BSI): Órgano permanente que agrupó a los partidos de la II Internacional. Fue votado en septiembre de 1900 y funcionó hasta el año 1914, cuando se disolvió por la guerra mundial.

Centurias Negras/ centurionegrista: Grupo fundado a principios del siglo XX por los nacionalistas rusos para organizar pogromos.

Constructores de Dios: Corriente político-filosófica surgida dentro de la fracción bolchevique del POSDR luego de la revolución de 1905. Proponían la transformación del socialismo en una religión atea para llegar a las masas. Como corriente interna del bolchevismo, eran afines a los *otzovistas* dirigidos por Bogdanov. Ambas tendencias abandonan el bolchevismo y conforman el grupo *Ispred*.

Credo: Escrito publicado en 1899 por la militante socialdemócrata rusa Yekaterina Kuskova. Era apoyado, entre otros, por el intelectual y economista Prokopovich. El escrito intentaba trasladar a la política rusa las ideas de los revisionistas bernstenianos y criticistas alemanes. Plantaba que la socialdemocracia debía impulsar la lucha económica de los trabajadores y en el terreno político forjar una alianza con los liberales. Lenin escribió una "Protesta" rechazando este texto en el mismo año.

Criticismo: Palabra clave que definía a la crítica revisionista del marxismo tanto en la socialdemocracia rusa como en la alemana.

Duma de Bulguin: El ministro del Interior del zarismo Bulguin propone el llamado a una Duma de Estado durante el mes de agosto de 1905. Los bolcheviques lo boicotean apoyando las acciones callejeras. El Zar se niega a convocarla y nunca llega a reunirse.

Duma de Estado: Órgano legislativo promulgado por el Zar en el Manifiesto del 17 de octubre de 1905. Estaba integrado por curias (colegios electorales) y era de votación indirecta y no proporcional. Fueron convocadas cuatro Dumas estatales: primera Duma (de abril a junio de 1906 cuando fue disuelta por el Zar), segunda Duma (de febrero a junio de 1907, siendo disuelta por el zar cuando sus diputados se negaron excluir a 55 diputados socialdemócratas), tercera Duma (1907 a 1912, fue una Duma reaccionaria pero contó con una fuerte diputación bolchevique, el 88% de los votos de la curia obrera apoyó a los bolcheviques), cuarta Duma (de 1912 a 1917, una fracción de sus diputados conformó el Gobierno provisional luego de la insurrección de Febrero).

Economismo: Corriente socialdemócrata rusa de finales del siglo XIX y principios del XX. Adherían a las ideas popularizadas por el Credo y tuvo su expresión escrita en los miembros editores de la revista *Rabochaya Myel*.

Eisenachianos: Hace referencia a los fundadores en Eisenach, Sajonia, en 1869, del Partido Socialdemócrata alemán (Bebel y W. Liebknecht). Esta organización luego se fusionó con el grupo de lasalleanos dando origen en 1875 al SPD.

Emancipación del Trabajo: El grupo *Osvobodivlenie truda* fue fundado en 1883 por jóvenes militantes que venían del narodnismo y que adhirieron a las ideas marxistas. Entre ellos Plejanov y Zasulich.

Escrutas: Miembros de los SR/ Socialrevolucionarios.

Espartaquistas: Miembros de *Spartakusbund*.

Estruvismo: Seguidores de las ideas de Piotr Struve, representante del marxismo legal, primero, y luego del liberalismo.

Grupo Espartaco/ Spartakusbund: Grupo de militantes de la socialdemocracia alemana que enfrentaron y se opusieron al apoyo del SPD a la Primera Guerra Mundial. Conocidos primero como grupo *Die Internationale*, tendrán su conferencia fundacional en marzo de 1916. Es integrado por Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, entre otros.

Independent Labour Party: Partido socialista británico fundado en 1893.

Intelligentsia: En Rusia se designa *intelligentsia* a los miembros de la clase ilustrada que desde finales del siglo XVII y XVIII se opusieron y combatieron al zarismo y a la autocracia. La palabra da prominencia al contenido político más que al "profesional".

Internacional Socialista o II Internacional: Fundada en 1889 por los partidos socialdemócratas.

Kadete: ver Partido Demócrata Constitucionalista.

Kulak: Palabra que designa al campesino rico.

Ley de excepción: En Alemania en octubre de 1878 el Gobierno de Bismarck promulgó una ley por la cual se ilegalizó parte de la actividad y las organizaciones del SPD, así como sus sindicatos y prensa. La ley fue derogada en octubre de 1890.

Liquidacionista: Se llamó de esta manera a un agrupamiento ideológico surgido dentro de la fracción menchevique entre los años 1908 y 1909. Estos mencheviques se oponían al trabajo clandestino del POSDR y propusieron la necesidad de un bloque político entre socialdemócratas y liberales.

Mencheviques: Por su denominación en ruso, entre los socialdemócratas, "minoritarios". Ver Bolcheviques.

Mencheviques pro partido: Militantes mencheviques que durante la unificación de las fracciones del POSDR luego de 1906 y hasta 1910 se van a aliar con los bolcheviques en la lucha contra los liquidacionistas y contra los izquierdistas *otzovistas*. Plejanov fue parte de este bloque.

Mujik: Denominación de campesino.

Narodnaya Volya: "Voluntad del pueblo" fue una organización de la *intelligentsia* revolucionaria rusa fundada en 1879. Su programa planteaba el derrocamiento de la autocracia, el reparto de la tierra entre los campesinos y la defensa del socialismo agrario basado en la comuna rural rusa. En 1881 realizaron el atentado que terminó con la vida del zar Aleksandr II. La represión zarista liquidó la organización. En 1887 el hermano de Lenin, Alexandr Uliánov, junto a otros integrantes intentaron continuar la tradición de *Narodnaya Volya* realizando un atentado fallido. Sus miembros fueron apresados y ejecutados.

Narodniki: Palabra derivada del ruso que significa "yendo al pueblo" (*narodnichestvo*). Designa a los populistas rusos.

Neokristas: Ver *Litra* en el Índice de diarios y revistas.

Otzovismo: Del ruso *otstat*, que significa retirar o retirada. Se llamó con ese nombre al ala ultraizquierdista de los bolcheviques, quienes propusieron la retirada de los diputados bolcheviques de la tercera Duma de Estado. Bogdanov fue uno de sus representantes.

Partido Demócrata Constitucional o kadete: Surgido en 1905. Fue un partido de tendencia liberal, luchaba por la instauración de una monarquía constitucional en Rusia.

Partido Socialdemócrata alemán/ SPD: Fue fundado en 1875 por la fusión del grupo de eisenachianos y lasalleanos.

Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania/ USPD: Fundado en abril de 1917 por los miembros expulsados del SPD por sus posiciones frente a la Primera Guerra Mundial.

Partido Socialrevolucionario/ SR: Fundado en el extranjero en 1901 por distintos grupos que se reivindicaban herederos de *Narodnaya Volya*. Se van a dividir en dos alas frente a la revolución de octubre, los SR de derecha, que se van a oponer a la Revolución de Octubre de 1917, y los SR de izquierda, que la van a apoyar primero y luego van a ingresar al Gobierno junto con los bolcheviques en 1918.

Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia/ POSDR: Fundado en Minsk en marzo de 1898. En su II Congreso se divide en dos fracciones. Ver Bolcheviques/ Mencheviques.

Revisionista: Corriente ideológica surgida dentro de la II Internacional a fines del siglo XIX y principios del XX. Propusieron una "revisión" de los fundamentos teóricos y políticos planteados por Marx.

Socialchovinismo: Palabra con la que se denominó a los miembros de los partidos socialistas que adoptaron posiciones nacionalistas y apoyaron a sus propios países en la Primera Guerra Mundial.

Sociedad Fabiana: Sociedad fundada en 1884 por los socialistas moderados británicos.

Sóviet: asamblea o consejo.

Svoboda: "Grupo Revolucionario Socialista", fue un grupo que existió a principios del siglo XX en Rusia. Tomó elementos de la socialdemocracia combinándolos con elementos de origen *narodniki*.

Trade unions: En inglés, sindicatos.

Trudovique/ Trudoviki: "Grupo de trabajo" o "laborista". Originariamente ligado al Partido Socialrevolucionario, se constituyó en 1906 como grupo parlamentario autónomo. Kerensky fue uno de sus integrantes.

Ultimatistas: Se denominó ultimatas a los militantes bolcheviques del Comité de San Petersburgo que se pronunciaron contra toda participación de los bolcheviques en las actividades legales, como la participación en la tercera Duma y en los sindicatos. Junto a los otzovistas, una vez fuera del bolchevismo conformaron el grupo *Izveriol*.

Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera: Círculo de militantes socialdemócratas de San Petersburgo en 1895. Estuvo integrado por Lenin y Martov, entre otros. Fue desbaratado ese mismo año por la Policía.

Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero: Grupo fundado en 1895 en Génova por los miembros de Emancipación del Trabajo. En 1898 el grupo de Plejanov rompe con la Unión a raíz de sus posiciones economistas. La Unión publicó a partir de ese momento la revista *Rabocheye Delo*.

Zemlya i Volya: "Tierra y libertad" fue una organización creada en San Petersburgo en 1876, de tendencia bakuninista y *narodniki*. En 1879 la organización se divide en dos, por un lado la *Narodnaya Volya* (Voluntad del Pueblo) y por otro el grupo *Cherny Prodel* (Reparto Negro), en el que militaron Plejanov, Axelrod y Zasulich, quienes luego van a fundar el grupo marxista Emancipación del Trabajo.

Zemstvos: Asambleas de distrito. Fueron tomados como modelo para la creación de la Duma de Estado.

Zubatovismo: Partidarios de los sindicatos legales creados por el policía zarista Zubatov.

ÍNDICE DE DIARIOS Y REVISTAS

Berner Tagewacht: Órgano del Partido Socialdemócrata suizo publicado en Berna desde 1893. Desde 1909 hasta 1918 su editor fue Robert Grimm. En la Primera Guerra publicó artículos del ala izquierda de la II Internacional.

Die Internationale: Revista de la izquierda internacionalista alemana durante los años 1915 y 1916. Expresaba las posiciones del grupo *Internationale*, fundado por Rosa Luxemburg, frente a la Primera Guerra Mundial.

Golos Sotsial-Demokrata: "La voz de los socialdemócratas" fue una publicación menchevique. Se publicó en el extranjero de manera irregular entre los años 1908 y 1911.

Informatsionni Listok: Fue el órgano informativo del *Bund*.

Iskra: "Chispa" fue (a) el periódico ilegal de la socialdemocracia rusa fundado por iniciativa de Lenin. Se editó un número en diciembre de 1900. Reapareció luego a partir de abril de 1902. Su comité de redacción estuvo integrado por Lenin, Plejanov, Martov, Axelrod, Potresov y Zasulich. Trotsky se sumó luego. El periódico unificó la actividad del Partido y preparó la realización de su II Congreso. Este redujo su comité editor a tres miembros: Plejanov, Lenin y Martov. Martov se negó a participar, por lo cual Plejanov pidió la restitución del viejo comité editor. Lenin abandonó la redacción. (b) A partir del número 55 el periódico quedó en manos de los mencheviques y fue editado hasta 1905. Lenin suele llamar "vieja *Iskra*" a este período fundacional y "nueva *Iskra*" o "neoiskristas" cuando se trata del período en el cual quedó en manos de los mencheviques.

Jugend-Internationale: "La Internacional de la Juventud" fue órgano de la Liga Internacional de las Organizaciones Socialistas de la Juventud, adherida a la izquierda de Zimmerwald. Apareció desde septiembre de 1915 a mayo de 1918 en Zúrich y fue dirigida por B. Müntzenberg.

Kommunist: Revista bolchevique publicada desde Ginebra entre los años 1915 y 1916.

Nachamie: "La vispera" fue una revista socialrevolucionaria publicada entre los años 1899 y 1902.

Nasha Zarya: "Nuestra Aurora" fue la revista mensual legal editada por los mencheviques liquidacionistas en San Petersburgo entre los años 1910-1914.

Nashe Slovo: "Nuestra Palabra" fue un diario dirigido por Trotsky. Existió entre los años 1914 y 1916 y fue editado desde París.

Neue Rheinische Zeitung: "Nueva Gaceta Renana" fue una publicación editada de junio de 1848 a mayo de 1849 por Karl Marx en Colonia. El diario estaba seguido de la inscripción "Órgano de la democracia". A través de éste Marx, Engels y otros miembros de la Liga de los Comunistas intervinieron en las revoluciones de 1848. Posteriores libros de Marx y Engels, como *La lucha de clases en Francia* o *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, se basaron en las notas de esta revista. Fue cerrada por la censura y sus editores fueron obligados a emigrar.

Neue Zeit: Revista teórica de la socialdemocracia alemana desde 1886 hasta 1923. Estaba dirigida por Kautsky.

Novaya Zhizn: "Vida Nueva" fue el primer diario bolchevique legal, editado en San Petersburgo de octubre a diciembre de 1905. Tuvo una tirada de ochenta mil ejemplares.

Novoye Slovo: "La Nueva palabra" fue una revista editada entre los años 1894 y 1897 en San Petersburgo. Fue editada por un grupo de populistas moderados, pero a partir de 1897 su edición estuvo en manos de los marxistas. Escribieron desde los marxistas legales hasta los marxistas revolucionarios como Plejanov.

Osvobodhdenie: "Liberación" fue un quincenario publicado desde el extranjero. Fue dirigido por Piotr Struve y se publicó desde 1902 hasta 1905. Su núcleo editorial formó parte en la fundación del Partido Demócrata Constitucional en octubre de 1905.

Pravda: "La Verdad" fue (a) un periódico socialdemócrata de Moscú editado de 1904-06. (b) Un periódico editado por Trotsky en Viena de 1912 a 1914. (c) Un periódico del Partido Bolchevique editado en San Petersburgo de mayo de 1912 a julio de 1914, cuando fue prohibido por el zarismo. Volvió a editarse luego de la revolución de febrero de 1917. Se siguió editando hasta la caída de la URSS.

Proletary: Órgano central del POSDR, con predominancia de los bolcheviques. Fue editado de mayo a julio de 1905. Luego fue el diario clandestino de la fracción bolchevique. Fue editado luego del III Congreso, realizado en Londres sin la participación de la fracción menchevique. Tuvo circulación a partir de agosto de 1906 hasta noviembre de 1909. Dejó de aparecer debido a la reunificación temporal de la socialdemocracia en 1910.

Rabochaya Gazeta: "El Diario Obrero" fue en sus orígenes una publicación ilegal de los socialdemócratas de Kiev. Se editaron dos números en 1897. El I Congreso del POSDR en 1898 lo reconoció como su órgano oficial. Su tercer número no apareció debido a que la redacción y la imprenta fueron desbaratadas por la Policía zarista. Entre los años 1910 y 1912 fue editada por Lenin desde París una publicación con el mismo nombre junto a los mencheviques pro partido. Plejanov por ese momento fue aliado de Lenin en su lucha contra los liquidadores.

Rabochaya Myst: "El Pensamiento Obrero" fue editado por un grupo obreros de San Petersburgo; luego fue el órgano de los "economistas" en Rusia. Salió desde octubre de 1897 hasta diciembre de 1902.

Rabocheye Dielo: "La Causa Obrera" fue una revista publicada por la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero. Apareció en Génova y fueron publicados doce números desde 1899 a 1902. Sus directores fueron Akimov y Martinov, entre otros. Llevó como consigna el lema bernsteniano "libertad de crítica".

Rabocheye Znaniya: "Estandarte Obrero" fue un periódico ilegal de los bolcheviques del Comité Regional del área industrial central, que incluía los comités de Moscú capital y de provincia. Fue publicado de marzo a diciembre de 1908. En el mismo se dio el debate dentro del bolchevismo sobre la participación en la tercera Duma de Estado.

Rossiya: "Rusia" fue un popular diario liberal moderado. Se publicó en San Petersburgo desde 1899 hasta 1902.

Russkoye Bogatstvo: "La Riqueza de Rusia" fue una revista mensual publicada en San Petersburgo desde 1876 hasta mediados de 1918 por los radicales narodniks.

Sotsial-Demokrat: (a) Entre los años 1890 y 1892 fue el nombre de la revista de teoría política y literaria editada por el grupo marxista Emancipación del Trabajo. (b) Entre los años 1900 y 1901 fue el nombre que tomó la

organización marxista Emancipación del Trabajo hasta su disolución junto con la organización en el extranjero de la *Iskra* en la Liga de la Socialdemocracia Revolucionaria Rusa en el Extranjero. Plejanov fue su principal representante. (c) Entre los años 1908 y 1917 fue primero el nombre del diario clandestino de la fracción bolchevique, luego de 1911 fue el órgano central del Partido Bolchevique. (d) Entre abril y noviembre de 1905 fue el nombre del diario de los mencheviques georgianos.

Vejit: "Jalones" fue una revista de los intelectuales del partido kadete.

Vorwärts: "Adelante" fue el diario oficial de la socialdemocracia alemana hasta el ascenso de los nazis al poder en 1933.

Vperiod: "Adelante" fue un periódico publicado por la fracción bolchevique del POSDR. Se editó de enero a mayo de 1905. Fue reemplazado por *Proletary*. Luego de 1908 y hasta 1913 fue el nombre que adquirió el grupo de otzovistas y ultimatistas que se separó del bolchevismo.

Zarya: "La Aurora" fue una revista legal publicada por los iskristas de 1901 a 1902.

Zhizn: "Vida" fue una revista publicada desde 1897 a 1901 en San Petersburgo. Luego se siguió publicando en el extranjero. Expresó las posiciones de los marxistas "legales".

TOMO UNO

(1898-1916)

¿A QUÉ HERENCIA RENUNCIAMOS?¹

En *Russkoye Bogatstvo* N.º 10 de 1897, refiriéndose al juicio del señor Minsky sobre los “materialistas dialécticos”, el señor Mijailovsky dice: “Él [el señor Minsky] debía saber que esta gente no desea tener ningún vínculo de continuidad con el pasado y renuncia decididamente a la herencia” (p. 179), o sea, “a la herencia de las décadas del 60 y del 70”, a la que ya en 1891 había renunciado solemnemente el señor V. Rozanov en *Moskovskiy Vedomosti* (p. 178).

En este comentario del señor Mijailovsky sobre “los discípulos rusos”² hay un sinnúmero de falsedades. Por cierto que el señor Mijailovsky no es el único y original autor de esta mentira según la cual “los discípulos rusos renuncian a la herencia”; hace mucho que la repiten casi todos los representantes de la prensa liberal *narodniki* al combatir a los “discípulos”. En los comienzos de su encarnizada guerra contra estos, el señor Mijailovsky, si la memoria no nos es infiel, aún no había inventado esa patraña; fueron otros los que lo hicieron antes que él. Más tarde consideró que era necesario valerse también de ella. A medida que los “discípulos” fueron desarrollando sus puntos de vista en la literatura rusa, cuanto más exhaustiva y detalladamente se pronunciaban sobre toda una serie de problemas teóricos y prácticos, menos objeciones serias se podía hallar en la prensa adversaria sobre los puntos fundamentales de la nueva orientación, sobre el carácter progresista del capitalismo ruso, sobre la absurda idealización *narodniki* del pequeño productor, sobre la necesidad de explicar las corrientes del pensamiento social y de las instituciones jurídicas y políticas por los intereses materiales de las diversas clases de la sociedad rusa. Estos puntos fundamentales fueron silenciados, se prefirió y se prefiere no hablar de ellos; pero en cambio se hicieron correr toda clase de falsedades tendientes a desacreditar la nueva orientación. Entre estas invenciones –“deplorables invenciones”– se encuentran también las frases en boga acerca de que “los discípulos rusos renuncian a la herencia”; acerca de que ellos han roto con las mejores tradiciones del mejor y más avanzado sector de la sociedad rusa o de que han roto con la tradición democrática, etc., etc., y muchas otras cosas por el estilo. La extraordinaria difusión que se ha dado a tales frases nos obliga a embarcarnos en un análisis minucioso de las mismas y a refutarlas. Para que nuestra exposición no parezca

1 Publicado originalmente en 1898 en la recopilación *Estudios económicos y sociales*, San Petersburgo.

2 Así denomina Lenin a los marxistas rusos de la primera generación que, como Plejánov o Zasulich, comenzaron su militancia en los círculos de *Zemlja i Voda*, organización que continuó a los *narodniki* de 1960-70 [NdE].

infundada comenzaremos estableciendo un paralelo histórico y literario entre dos "publicistas del campo", elegidos para caracterizar la "herencia". Hacemos la salvedad de que nos limitaremos exclusivamente a los problemas económicos y sociales; de toda la "herencia", analizaremos sólo estos y dejaremos de lado los problemas filosóficos, literarios, estéticos, etcétera.

I. Uno de los representantes de la "herencia"

Hace treinta años, en 1867, comenzaron a publicarse en la revista *Otechestvennye Zapiski*³ los ensayos económicos y sociales de Skaldin bajo el título "*En un perdido rincón de la aldea y en la capital*", que aparecieron durante tres años, de 1867 a 1869. En 1870 su autor los recopiló y los editó en un solo volumen bajo el mismo título⁴. La lectura de este libro, casi del todo olvidado en la actualidad, es extraordinariamente instructiva para el estudio del problema que nos interesa: la relación de los representantes de la "herencia" con los *sarodniki* y con los "discípulos rusos". El título del libro no es exacto. El propio autor lo ha notado y explica en el prólogo que el tema se refiere a la actitud de la "capital" con respecto al "campo", es decir, que se trata de ensayos económicos y sociales sobre este último, y que no es su propósito hablar en particular de la capital. Es decir, probablemente haya tenido ese propósito, pero no lo creyó conveniente: *ας δε βουλωμ* (como yo podría, no quiero; y como querría, no puedo), dice Skaldin tomando prestada la frase de un escritor griego para explicar esa inconveniencia.

Haremos una breve exposición de los puntos de Skaldin.

Comenzaremos por la reforma campesina⁵, punto de partida al cual deben remontarse inevitablemente aún hoy en día quienes deseen exponer sus concepciones generales sobre los problemas económicos y sociales. En el libro de Skaldin se dedica mucho espacio a la reforma campesina. Este escritor fue tal vez el primero que —sobre una amplia base fáctica y un examen detallado de todos los aspectos de la vida en el campo— mostró en forma sistemática la situación miserable de los campesinos *después* de la reforma, el empeoramiento de sus condiciones de vida, las nuevas formas de su dependencia en el aspecto económico, en el jurídico y en su vida cotidiana; en una palabra, supo mostrar todo lo que desde entonces ha sido dilucidado y demostrado en forma detallada y minuciosa a través de innumerables investigaciones y estudios. En la actualidad todas estas verdades no constituyen una novedad, pero en aquel entonces no sólo eran nuevas sino que hasta suscitaban la desconfianza de la

³ "Anales patrios" fue una revista literaria y política fundada en 1820 por la *intelligentsia* revolucionaria rusa. Herzen, entre otros, escribió en ella [Nde].

⁴ Skaldin: *En un perdido rincón de la aldea y en la capital*, San Petersburgo, 1870 (451 páginas). No nos fue posible conseguir los números de *Otechestvennye Zapiski* correspondientes a ese período; por lo tanto, hemos utilizado únicamente el libro.

⁵ El 16 de febrero de 1861 el zar Aleksander II emite un decreto por el cual se otorga a los campesinos la emancipación de la servidumbre [Nde].

sociedad liberal, la cual temía que tras las referencias a las llamadas “deficiencias de la reforma” se ocultara una condena a esta, así como un apoyo encubierto al régimen de servidumbre. El interés que ofrecen los puntos de vista de Skaldin es tanto mayor por tratarse de un contemporáneo de la reforma (y, posiblemente, inclusive un participante de la misma. No disponemos de datos históricos, literarios o biográficos de Skaldin). Sus concepciones se basan, por consiguiente, en la observación directa, tanto de la “capital” como del “campo” de entonces, y no en un estudio teórico de materiales impresos.

En las concepciones de Skaldin referentes a la reforma campesina llama ante todo la atención del lector de nuestros días, habituado a las melosas narraciones *anodinitis* sobre el tema, la extraordinaria sensatez del autor. Skaldin considera la reforma sin tratar de engañarse a sí mismo, sin ningún género de idealizaciones, la ve como un arreglo entre dos partes —los terratenientes y los campesinos—, que hasta entonces habían usufructuado en común la tierra en determinadas condiciones y que ahora se han dividido, por lo que con esa división se ha modificado la situación jurídica de ambas partes. Los intereses de estas fueron el factor determinante de la forma en que se realizó esa división y de la extensión que recibió cada parte. Esos intereses determinaban las aspiraciones de ambas partes, pero la posibilidad para una de ellas de participar de modo directo en la reforma misma y en la solución práctica de los diversos problemas de su realización fue precisamente lo que determinó su predominio. Tal es la interpretación que Skaldin da de la reforma. En cuanto al problema principal de esta —el de los *nadeli*⁶ y los pagos—, se detiene en forma particularmente minuciosa y en sus ensayos vuelve al mismo más de una vez. (Su libro se compone de once ensayos independientes por su contenido y recordando —por su forma a cartas desde el campo. El primer ensayo aparece fechado en 1866; el último, en 1869.) Con respecto a los llamados campesinos “con poca tierra”, el libro no contiene, claro está, nada nuevo para el lector contemporáneo, pero para el de fines de la década del 60 sus afirmaciones eran tan nuevas como valiosas. No nos proponemos, por supuesto, repetirlas; sólo queremos señalar lo que hay de particular en la caracterización que Skaldin hace de este fenómeno, la cual lo distingue ventajosamente de los *narodniki*. No habla de la “escasez de tierra”, sino de que “se ha recortado una parte demasiado importante de los mejores *nadeli* campesinos” (p. 213, así como también 214 y muchas otras; confrontar título del ensayo III); de que los *nadeli* fijados por las *Reglamentaciones* resultaron inferiores a los que poseían los campesinos antes de la reforma (p. 257); cita de paso algunos de los juicios y comentarios más característicos de los campesinos sobre este aspecto de la reforma⁷. Las explicaciones y la documentación que aporta son extraordinariamente

6 Parcela de tierra concedida a los campesinos luego de la reforma de 1861. Dicha tierra pertenecía a la comuna rural, no podía venderse y era redistribuida con cierta periodicidad entre los miembros de la comuna (NdeE).

7 “*Et* (cursiva del autor) ha recortado de tal manera nuestra parcela que ya no nos es posible vivir; nos cercó con sus campos por todos lados, al punto de que no tenemos dónde

concretas, vigorosas e inclusive rudas para un escritor como él, de moderación y sensatez excepcionales y, por sus concepciones generales, indudablemente burgués. Si hasta un escritor como este se expresa con tanta energía quiere decir que el fenómeno llamó poderosamente su atención. También analiza lo gravoso de los pagos con una agudeza y profundidad poco comunes y demuestra sus tesis con una gran cantidad de hechos.

“Los impuestos excesivos –leemos en el subtítulo del ensayo III (1867)– son la causa principal de su pobreza (la de los campesinos)”, y Skaldin señala que los impuestos son superiores a los ingresos que los campesinos obtienen de la tierra; cita de *Los expedientes de la Comisión Impositiva* los datos que muestran la distribución de los impuestos que se perciben en Rusia, tanto de las clases superiores como de las inferiores, de donde resulta que sobre estas últimas recae el 70% de todos los impuestos y sobre las primeras tan sólo el 17%, mientras que en Europa occidental la relación es, en todas partes, muchísimo más favorable para las clases inferiores. En el subtítulo del ensayo VII (1868) leemos: “Las desmesuradas cargas monetarias constituyen una de las causas principales de la indigencia de los campesinos”, y el autor muestra cómo las nuevas condiciones de vida exigen de golpe al campesino dinero, dinero y más dinero; muestra cómo en la Reglamentación se proponía también que los terratenientes fueran indemnizados por la abolición del régimen de servidumbre (p. 252), cómo el monto del tributo era fijado “de acuerdo con los datos suministrados por los terratenientes, por sus administradores e intendentes, es decir, de acuerdo con datos totalmente arbitrarios y falsos” (p. 255), a consecuencia de lo cual los tributos medios deducidos por las comisiones resultaron ser más elevados de lo que debían ser en realidad. “A la carga de los tributos se añadió para los campesinos la pérdida de la tierra que habían usufructuado durante siglos” (p. 258). “Si la valuación de la tierra para el rescate se hubiera hecho por su valor real en la época de la emancipación, y no capitalizando el tributo, el rescate habría podido efectuarse muy fácilmente y no necesitaría la colaboración del Gobierno, ni la emisión de títulos de crédito” (p. 264). “El rescate, que según el espíritu de la Reglamentación del 19 de febrero debía ser un alivio para los campesinos y traer un mejoramiento en sus condiciones de vida, tiende en la realidad con frecuencia a aumentar aún más su penuria” (p. 269). Mencionamos aquí todas estas citas –de por sí poco interesantes y en parte anticuadas– para demostrar con cuánta energía se expresaba en favor de los intereses de los campesinos un escritor que se pronuncia contra la comunidad rural y que en toda una serie de problemas ha evidenciado ser un verdadero manchesteriano⁸. Es muy aleccionador señalar la total coincidencia

enviar a pastar a nuestros animales y encima te hace pagar cuanto quiere por el *usuel* y aparte por la tierra que te ha recortado”. “¡Qué mejoramiento de vida es este! –me dijo un campesino, antiguo tributario, hombre instruido y con experiencia en la vida–. Manuvieron el tributo que pesaba sobre nosotros y la tierra la han recortado”.

⁸ Corriente de la economía política burguesa de la primera mitad del siglo XIX. Era favorable al librecombinio y a la derogación de las leyes que obstaculizaban el desarrollo del capitalismo [NdE].

de casi todas las tesis positivas, y no reaccionarias, del populismo con las de este manchesteriano. Se sobreentiende que, con tales concepciones, Skaldin no podía entregarse a esa empalagosa idealización de la reforma, como lo hicieron y lo hacen los *narodniki* cuando dicen que esta sancionó la producción popular, que era superior a las reformas campesinas de Europa occidental, que había hecho de Rusia algo así como una *tabula rasa*, etc. Skaldin no sólo no ha dicho ni podía decir nada semejante, sino que, por el contrario, dijo con franqueza que nuestra reforma campesina se había realizado en condiciones menos ventajosas para los campesinos, que había sido menos provechosa que la de Occidente. "El problema se planteará claramente —escribía Skaldin— si nos preguntamos por qué las felices consecuencias de la emancipación no se manifiestan en nuestro país con la misma rapidez y el mismo crecimiento progresivo con que se manifestaron, por ejemplo, en Prusia y Sajonia en el primer cuarto del presente siglo" (p. 221). "En Prusia, como en toda Alemania, se pagaba, no por los rescates de las parcelas de los campesinos, que desde hacía mucho ya eran reconocidas por la ley como propiedad de estos, sino por la redención de la prestación obligatoria de servicios a los terratenientes" (p. 272).

Ahora pasaremos del aspecto económico de la reforma al jurídico según la apreciación de Skaldin. Este es un ardiente adversario de la caución solidaria, del sistema de pasaportes y del poder patriarcal de la comunidad rural en el campesinado (y de la sociedad pequeñoburguesa) sobre sus miembros. En el ensayo III (1867) insiste en que debe suprimirse la caución solidaria⁹, la capitación y el sistema de pasaportes, en la necesidad de establecer impuestos patrimoniales igualitarios y de sustituir los pasaportes por certificados gratuitos y permanentes. "El impuesto sobre pasaportes dentro del propio país no existe en ningún otro Estado civilizado" (p. 109). Como se sabe, este impuesto recién fue abolido en 1897. En el título del IV ensayo leemos: "La arbitrariedad de las comunidades rurales y de las dumas urbanas en el envío de pasaportes y en el cobro de impuestos a contribuyentes ausentes [...]. La caución solidaria es un yugo pesado que deben soportar los labradores eficientes e industriosos por los vagos y holgazanes" (p. 126). Skaldin quiere explicar la diferenciación del campesinado, que ya entonces comenzaba a manifestarse, haciendo referencia a las cualidades personales de los que progresan y de los que se arruinan. Describe minuciosamente las dificultades con que tropiezan los campesinos que viven en San Petersburgo para obtener y prorrogar los pasaportes y refuta la objeción de los que dicen "gracias a Dios que toda esta masa de campesinos sin tierra no ha sido incluida en los registros de las ciudades y no vino a aumentar el número de los habitantes urbanos que no tienen bienes raíces" (p. 130). "La bárbara caución solidaria" (p. 131). "Uno se pregunta: ¿puede llamarse libres, desde punto

⁹ Los campesinos de la comunidad rural estaban obligados al pago puntual y completo de los impuestos y al cumplimiento de toda clase de prestaciones en favor del Estado y los terratenientes (contribuciones, pagos de rescate, reclusa de quintos, etc.). Estas obligaciones fueron suprimidas en 1906 (Nde).

de vista civil, a las personas colocadas en semejante situación? ¿No es esto lo mismo que la *glebae adscripti*¹⁰?" (p. 132). Culpan a la reforma campesina. "Pero ¿acaso es culpable la reforma campesina si la legislación, después de emancipar al campesino de su servidumbre, no lo ha podido liberar de las cadenas que lo sujetan a la sociedad y al lugar donde vive? [...]. ¿Dónde está, entonces, su libertad civil si el campesino no puede elegir el lugar de residencia, ni sus ocupaciones?" (p. 132). En forma verdaderamente justa y certera, Skaldin denomina a nuestro campesino "proletario sedentario" (p. 231)¹¹. En el título del ensayo VIII (1868) leemos: "La adscripción de los campesinos a la comunidad y al *usuel* entorpece el mejoramiento de las condiciones de vida [...]. Es una traba para el desenvolvimiento de los trabajos de temporada". "Además de la ignorancia y la carga agobiante que representa el aumento progresivo de los impuestos, una de las causas que traba el desarrollo del trabajo campesino y, por consiguiente, de su bienestar, es su adscripción a la comunidad y al *usuel*. Atar la mano de obra a un lugar determinado y encadenar la comunidad rural con lazos indisolubles es ya de por sí una condición extremadamente desventajosa para el desarrollo del trabajo, para la iniciativa personal y para la pequeña propiedad agraria" (p. 284). "Los campesinos sujetos como están a su *usuel* y comunidades, privados de la posibilidad de emplear su trabajo donde resulte más productivo y ventajoso para ellos, han quedado como congelados dentro de esa forma de vida semejante a la de un rebaño, improductiva, tal como habían salido del régimen feudal" (p. 285). El autor, por consiguiente, enfoca los problemas del modo de vida campesino desde un punto de vista netamente burgués, pero, pese a ello (con más exactitud: por ello) aprecia, en forma extraordinariamente justa, lo pernicioso de la adscripción de los campesinos para toda la evolución social y para ellos mismos. Con singular fuerza (agregaremos por nuestra parte) se manifiesta este perjuicio sobre las capas inferiores del campesinado entre el proletariado rural. Skaldin dice con sumo acierto: "Es loable la preocupación de la ley por que los campesinos no queden sin tierra; pero conviene no olvidar que los propios campesinos se preocupan muchísimo más del particular que cualquier legislador" (p. 286). "Además de la adscripción de los campesinos a su *usuel* y a la comunidad, inclusive su alejamiento provisorio para ganar un jornal tropiezo con una multitud de restricciones y gastos a consecuencia de la caución solidaria y el sistema de pasaportes" (p. 298). "Numerosos campesinos, a mi juicio, encontrarían una salida a la difícil situación actual si se tomaran [...] medidas tendientes

10 Campesinos de la época del antiguo Imperio romano, adscritos a las parcelas, de las cuales no podían irse aun cuando su explotación no les alcanzara para vivir.

11 Skaldin ha mostrado muy detalladamente la justicia, no sólo de la primera, sino también de la segunda parte de esta definición (proletario). Dedica mucho espacio en sus ensayos a la descripción de la situación de dependencia de los campesinos y de su miseria, de la difícil situación de los peones, a la "descripción del hambre de 1868" (título del ensayo VI, etc., y de todo género de formas de saqueamiento y humillación del campesino. También en la década del 60, igual que en la del 90, hubo gente que silenció y negaba el hambre. Skaldin se alza ardientemente contra ella. Claro está que sería superfluo traer citas minuciosas sobre esta materia.

a facilitar a los campesinos la posibilidad de renunciar a la tierra" (p. 294). Aquí Skaldin expresa un deseo que contradice de modo radical todos los proyectos populistas, que terminan todos en el resultado: reforzamiento de la comunidad rural, no enajenación de los *avóuel*, etc. Numerosos hechos han probado plenamente desde entonces que Skaldin tenía razón: mantener a los campesinos sujetos a la tierra y el cerrado carácter estamental de la comunidad rural sólo empeora la situación del proletariado rural, entorpece el desarrollo económico del país y no ofrece en absoluto condiciones para defender al "proletario sedentario" contra las peores formas de sojuzgamiento y de dependencia, contra la caída vertical del salario y del nivel de vida.

De las citas transcritas el lector puede deducir ya que Skaldin es enemigo de la comunidad rural. Se pronuncia en contra de la misma y de la redistribución de las tierras desde el punto de vista de la propiedad privada, de la iniciativa privada, etc. (p. 142 y ss.). Refuta a quienes defienden la comunidad y afirma que el "derecho consuetudinario secular" ya ha caducado: "En todos los países, a medida que los habitantes rurales se ponían en contacto con el medio civilizado, el derecho consuetudinario fue perdiendo su pureza primitiva, se ha ido menguando y deformando. Este fenómeno se observa también en nuestro país; el poder del 'mir' se convierte poco a poco en el poder de los usureros y de los burócratas rurales que, en lugar de proteger al campesino, lo oprimen como un pesado yugo" (p. 143), observación muy justa, cuya veracidad ha sido confirmada durante los últimos treinta años por una infinidad de hechos. "La familia patriarcal, la posesión comunal de la tierra, el derecho consuetudinario", a juicio de Skaldin, están irremisiblemente condenados por la historia. "Aquellos que abrigasen el deseo de conservar para siempre estos venerados monumentos de los siglos pasados demostrarían con ello que están más dispuestos a dejarse arrastrar por una idea que a penetrar en la realidad y comprender la marcha incontenible de la historia" (p. 162), y agrega a esta observación efectivamente justa una vibrante filípica manchesteriana. "El usufructo comunal de la tierra —dice en otro lugar— coloca a cada campesino en situación de esclavo con respecto a toda la sociedad" (p. 222). Así, pues, la incondicional hostilidad a la comunidad rural en Skaldin se vincula, desde un punto de vista netamente burgués, con una consecuente defensa de los intereses de los campesinos. No le inspira en absoluto esos disparatados proyectos de destruir la comunidad rural por la violencia y de implantar, por el mismo medio, otro sistema similar de propiedad de la tierra, proyectos que suelen lucubrar los actuales enemigos de esa comunidad, quienes se pronuncian en contra de esta y defienden la descarada injerencia en la vida campesina en modo alguno desde el punto de vista de los intereses de sus integrantes. Por el contrario, Skaldin protesta enérgicamente contra su inclusión entre los partidarios de "la destrucción violenta del usufructo comunal de la tierra" (p. 144). "La Reglamentación del 19 de febrero ha dejado —dice— muy sabiamente en manos de los propios campesinos la decisión [...] de pasar [...] del usufructo comunal al familiar. En efecto, nadie, fuera de los campesinos mismos,

puede decidir con fundamento sobre la oportunidad de tal paso". Por lo tanto Skaldin es adversario de la comunidad rural sólo en el sentido de que ésta traba el desarrollo económico, la salida de los campesinos de la comunidad rural y la renuncia a la tierra, es decir, en el mismo sentido en el que ahora se manifiestan contrarios a la comunidad los "discípulos rusos"; esta hostilidad nada tiene en común con la defensa de los intereses egoístas de los terratenientes, ni con la de los vestigios y el espíritu del régimen de servidumbre, ni con la injerencia en la vida de los campesinos. Es muy importante tener en cuenta esta diferencia por cuanto los populistas de hoy, habituados a ver adversarios de la comunidad rural solamente en el campo de *Moskovskije Vedomosti*¹², etc., simulan de buen grado no comprender otra forma de hostilidad hacia la comunidad.

El punto de vista general de Skaldin con respecto a las causas de la penosa situación de los campesinos se reduce a que todas ellas se basan en las supervivencias del régimen de servidumbre. Al describir el hambre del año 1868 Skaldin hace notar que los terratenientes feudales se referían a él con malévola alegría y decían que su origen residía en la indisciplina de los campesinos, en la supresión de la tutela del terrateniente, etc. Skaldin se rebela vivamente contra estas opiniones. "Las causas de empobrecimiento de los campesinos -dice- radican en la herencia que ha dejado el régimen feudal (p. 212) y no un resultado de la abolición de este; esas son las razones principales que mantienen a la mayoría de nuestros campesinos en un nivel próximo al proletariado", y repite los juicios antes citados sobre la reforma. Es absurdo atacar las particiones familiares: "Aun cuando causan un daño temporal a los intereses materiales de los campesinos, estas particiones dejan a salvo, en cambio, su libertad individual y la dignidad moral de la familia campesina, es decir, los bienes superiores del hombre, sin los cuales no es posible que triunfe el espíritu ciudadano" (p. 217), y Skaldin señala, con razón, las auténticas causas de la campaña contra las particiones: "Muchos terratenientes exageran el perjuicio que ocasionan las particiones y descargan sobre ellas, del mismo modo que sobre la ebriedad de los campesinos, todas las consecuencias de estas u otras causas de la indigencia de los campesinos, cuyo reconocimiento es tan desagradable para los terratenientes" (p. 218). A los que dicen que ahora se habla mucho acerca de la pobreza campesina, mientras que antes no se la mencionaba para nada -lo cual probaría que la situación de los campesinos ha empeorado-, Skaldin contesta: "Para poder apreciar en su justo valor los resultados de la emancipación del campesinado de los terratenientes, comparando su situación actual con la de antes, habría que haber recortado los *nañal* de los campesinos durante el régimen feudal, como se hizo después, y cargar a los campesinos de entonces todos los tributos impuestos después de la emancipación, y se vería así cómo los campesinos hubieran soportado tal situación" (p. 219). Este es un rasgo en alto grado característico e importante de las concepciones de Skaldin, quien atribuye *toda* las causas que empeoran

12 "Noticias de Moscú" fue un periódico reaccionario fundado en 1756 [NdE].

la situación de los campesinos a las supervivencias del régimen feudal que ha dejado en herencia las prestaciones, los tributos, los recortes de tierra, la falta de derechos individuales y la obligatoriedad para los campesinos de tener un lugar fijo de residencia. Skaldin no ve ni admite siquiera la idea de que las causas del empobrecimiento campesino residan en el propio régimen de las nuevas relaciones económicas y sociales, en el propio régimen de la economía posterior a la reforma, ya que está profundamente convencido de que con la completa abolición de todos estos vestigios del régimen feudal sobrevendrá la prosperidad general. Su punto de vista es particularmente negativo: eliminense las trabas al libre desarrollo del campesinado, eliminense todas las cadenas heredadas del régimen feudal y todo marchará bien en este mundo, que es el mejor de todos. "De parte del poder estatal —dice Skaldin—, aquí [es decir, con respecto a los campesinos] sólo puede haber un camino: la paulatina y continua *eliminación de las anas* que han llevado a nuestro campesino al embotamiento y pobreza actuales, y que no le permiten alzar cabeza y progresar" (p. 224, la cursiva es mía). En este aspecto resulta muy ilustrativa la respuesta que Skaldin da a quienes defienden la "comunidad" (o sea, la sujeción de los campesinos a la comunidad rural y al *nadiel*) y alegan que en caso contrario "se formaría un proletariado rural". "Esta objeción —dice Skaldin— se rebate por sí misma si se tiene en cuenta las inmensas extensiones de tierra que tenemos sin cultivar y que no hallan mano de obra que las trabaje. Cuando la ley deje de imponer restricciones a la distribución natural de la mano de obra en Rusia sólo serán verdaderamente proletarios quienes son mendigos de profesión o la gente incorregiblemente corrompida y entregada a la bebida" (p. 144); punto de vista típico de los economistas e "ilustrados" del siglo XVIII, quienes creyeron que la abolición del régimen feudal y de todas sus supervivencias crearía sobre la tierra el reino del bienestar universal. Quizás un *narodnik* miraría a Skaldin con altanería y diría simplemente: es un burgués. Sí, claro está, Skaldin lo es, pero es el representante de la ideología burguesa progresista, mientras que la ideología del *narodnik* es pequeñoburguesa y reaccionaria en muchísimos aspectos. ¡Y este "burgués" ha sabido defender mejor aún que un populista los intereses prácticos y reales de los campesinos, intereses que han coincidido y coinciden con las exigencias de todo el desarrollo social!¹³

Para finalizar la caracterización de las concepciones de Skaldin añadiremos que este autor es enemigo del sistema de los estamentos, partidario de una justicia única para todos, simpatiza "en teoría" con la supresión de los estamentos en el distrito, es ferviente partidario de la instrucción pública, particularmente amplia, de la autoadministración y de las instituciones del *zemstvo*; es partidario de un amplio crédito agrario, sobre todo del pequeño crédito, porque hay una

13 Y, por el contrario, todas las medidas prácticas progresistas que encontramos entre los populistas son, por su contenido, *completamente burguesas*, es decir, están encaminadas precisamente al desarrollo capitalista y no a otro. Sólo pequeñoburgueses podían inventar la teoría según la cual la ampliación de la posesión territorial campesina, la reducción de los impuestos, el cambio de residencia, el crédito, el ascenso de la técnica, la regulación de la venta y otras medidas semejantes pueden servir a una "producción popular".

gran demanda de tierras entre los campesinos. También aquí se manifiesta el "manchesteriano": Skaldin dice, por ejemplo, que los bancos del *zastav* y urbanos son "una forma patriarcal o primitiva de bancos", que deben ceder el lugar a los bancos privados, los cuales gozan de "todas las prerrogativas" (p. 80). El valor de la tierra se puede aumentar "mediante la reanimación de la actividad industrial y comercial en nuestras provincias" (p. 71), etcétera.

Resumiendo. Por el carácter de sus concepciones, Skaldin puede ser llamado burgués ilustrado; las mismas recuerdan extraordinariamente a las de los economistas del siglo XVIII (refractadas, claro está, por el prisma de las condiciones rusas) y el carácter general "ilustrado" de la "herencia" de la década del 60 ha sido expuesto por él con destacado relieve. Al igual que los iluministas de Europa occidental y la mayoría de los representantes de la literatura de la década del 60, Skaldin está animado por un ardiente odio al régimen feudal y a *todas sus* manifestaciones en el terreno económico, social y jurídico. Este es el primer rasgo característico del "ilustrado". El segundo, común a todos los ilustrados rusos, es la fervorosa defensa de la instrucción, de la autoadministración, de la libertad, de las formas europeas de vida y, en general, de la europeización de Rusia en todos los aspectos. Por último, el tercer rasgo característico del "ilustrado" es la defensa de los intereses de las masas populares, principalmente de los campesinos (los que aún no estaban del todo emancipados o los que se iban emancipando en la época de los ilustrados), la sincera fe en que la abolición del régimen feudal y de sus supervivencias habría de traer el bienestar general y el sincero deseo de contribuir a ello. Estos tres rasgos constituyen también la esencia de lo que entre nosotros se llama "la herencia de la década del 60", y es importante subrayar que *nada hay de narodniki en esta herencia*. En Rusia no son pocos los escritores que, por sus concepciones, participan de las mencionadas características y que, sin embargo, jamás tuvieron nada en común con el populismo. Cuando las concepciones de un escritor responden a esa característica se reconoce en él a quien "ha cuidado las tradiciones de la década del 60", independientemente de su actitud frente al populismo. A nadie, claro está, se le ocurriría decir, por ejemplo, que el señor M. Stasyulevich, cuyo aniversario se festejó hace poco, "ha renunciado a la herencia" porque fue adversario de los *narodniki* o porque se mantuvo indiferente ante los problemas planteados por el mismo. Hemos tomado como ejemplo a Skaldin¹⁴ precisamente porque siendo

14 Se nos objetará, tal vez, que ni la hostilidad de Skaldin por la comunidad rural ni el tono que emplea son típicos de la década del 60. Pero no se trata sólo de la comunidad, sino de las concepciones comunes a todos los ilustrados y que Skaldin comparte. En cuanto al tono, en efecto, puede ser que no sea típico, por su manera serena, moderada, gradual de razonar, etc. No en vano Engels llamó a Skaldin *liberalbolshevik* [conservador moderado, Nde]. Sin embargo, elegir a un representante de la herencia con un tono más típico hubiera sido, en primer lugar, inconveniente por diversos motivos, y, en segundo lugar, hubiera podido suscitar malentendidos al hacer un paralelo con el populismo actual. Por el carácter mismo de nuestro objetivo, el *tono* (a pesar del refrán) *no hace la música*, y el tono de Skaldin, precisamente porque no es típico, destaca con más relieve su "música", es decir, el contenido de sus concepciones. Y

un representante *indubitable* de la "herencia" es, al mismo tiempo, un enemigo irreductible de las instituciones del pasado que el populismo ha defendido.

Dijimos que Skaldin es un burgués y lo afirmamos con numerosos ejemplos. Sin embargo, es necesario hacer una reserva: a menudo esta palabra se entiende entre nosotros en forma absolutamente incorrecta, estrecha y antihistórica, vinculándola (*sin distinguir las épocas históricas*) con la defensa egoísta de los intereses de una minoría. No se debe olvidar que en la época en que escribían los ilustrados del siglo XVIII (a quienes la opinión más generalizada reconoce como líderes de la burguesía), y en la que escribían nuestros ilustrados, en la época que va del 40 al 60, *todos* los problemas sociales se reducían a la lucha contra el régimen feudal y sus supervivencias. Las nuevas relaciones económicas y sociales y sus contradicciones se hallaban aún en estado embrionario. Por eso, ningún interés egoísta podía entonces manifestarse en los ideólogos de la burguesía; todo lo contrario, tanto en Occidente como en Rusia creían con toda honestidad en la prosperidad general y la deseaban sinceramente. No velan (y en parte aún no podían verlas) las contradicciones en el régimen que surgía del feudalismo. No en vano Skaldin cita en su libro a Adam Smith: hemos visto que tanto sus concepciones como el carácter de su argumentación repiten, en muchos casos, las tesis de este gran ideólogo de la burguesía progresista.

Si entonces, frente a las aspiraciones concretas de Skaldin ponemos, por un lado, las concepciones de los *narodniks* contemporáneos, y, por el otro, la actitud hacia ellos de los "discípulos rusos" veremos que estos últimos apoyarán siempre las aspiraciones de Skaldin, por cuanto estas traducen los intereses de las clases sociales progresistas, los intereses vitales de todo el desarrollo social en el camino emprendido, o sea, el camino capitalista. Y en cuanto a los cambios que los *narodniks* han aportado a esas aspiraciones concretas de Skaldin o a su manera de plantear los problemas, dichos cambios son *negativos* y los "discípulos" los rechazan. Estos últimos no se "lanzan" contra la "herencia" (esto es una invención absurda), sino contra lo que los *narodniks* le agregan de romántico y de pequeñoburgués, y que ahora pasaremos a analizar.

Segunda parte.

Capítulo I.

II. Lo que los *narodniks* agregan a la "herencia"

Segunda parte.

De Skaldin pasaremos a Engelhardt. Sus *Cartas desde el campo* son también ensayos económicos y sociales sobre el mismo, de manera que, tanto por el contenido como por la forma, su libro se parece mucho al de aquel. Engelhardt es mucho más talentoso que Skaldin, y sus *Cartas desde el campo* están escritas en un estilo más vivaz e imaginativo. No contienen extensos razonamientos como los del maduro autor de *En un perdido rincón de la aldea y en la capital*, pero en can-

a nosotros sólo nos interesa ese contenido. Sólo por el contenido de las concepciones (y no por el tono que los escritores emplean) nos proponemos trazar el paralelo entre ellos.

bio abundan en imágenes y en caracterizaciones mucho más acertadas. No es de extrañar, pues, que su libro goce de tan firme simpatía por parte del público lector y que haya sido reeditado hace muy poco, mientras que el de Skaldin está casi completamente olvidado, pese a que las cartas de Engelhardt comenzaron a publicarse en *Otschetvennye Zapiski* apenas dos años después de la aparición del libro de Skaldin. Por eso, no creemos que sea necesario dar a conocer al lector el contenido del libro de Engelhardt; nos limitaremos, pues, a una breve caracterización de dos aspectos de sus concepciones: en primer lugar, las relativas a la "herencia", en general y en particular, comunes a Engelhardt y a Skaldin; en segundo término, las concepciones específicamente *narodniki*. Engelhardt *es ya un narodnik*, pero en sus concepciones hay todavía tantos rasgos propios de los ilustrados, tanto de lo que ha sido rechazado o alterado por el populismo contemporáneo que es difícil ubicarlo en el lugar que le corresponde: entre los representantes de la "herencia" en general, sin el tinte *narodnik*, o entre los *narodniki*.

Engelhardt se aproxima a los primeros, ante todo, por la notable lucidez de sus concepciones, por la forma simple y directa de caracterizar la realidad, por la denuncia implacable de todos los aspectos negativos de los "pilares" en general, y del campesinado en particular, de esos mismos "pilares" cuya falsa idealización y embellecimiento constituyen parte integrante y necesaria del populismo. El *narodnismo* de Engelhardt, todavía expresado en forma muy débil y tímida, se halla por lo mismo en directa y abierta contradicción con el campo de la *realidad* rural que con tanto talento ha trazado; y si algún economista o publicista tomase como base de sus juicios sobre el campo los datos y observaciones aportados por Engelhardt¹⁵ le sería imposible extraer de este material conclusiones *narodniks*. Quien dice *narodnik* dice idealización del campesino y de su comunidad, y los *narodniki* de todos los matices, desde el señor V. V.¹⁶ hasta el señor Mijailovsky han rendido un buen tributo a esta tendencia a idealizar y embellecer a la "comunidad". En Engelhardt no hay ni rastro de tal embellecimiento. En contraposición a la fraseología corriente acerca del espíritu de comunidad de nuestro campesino y a la costumbre de oponer a ese "espíritu de comunidad" el individualismo de las ciudades, la competencia en la economía capitalista, etc., Engelhardt pone al descubierto, de manera implacable, el sorprendente *individualismo* del pequeño agricultor. Muestra minuciosamente que "cuando se trata de la propiedad, nuestros campesinos son los propietarios más extremistas" (p. 62, citado según la edición de 1885), que no toleran "el trabajo en conjunto", lo odian por moti-

15 Dicho sea de paso: esto sería no sólo extraordinariamente interesante e instructivo, sino una manera de proceder legítima desde todo punto de vista para un economista que hace una investigación. Si los hombres de ciencia confían en el material contenido en las encuestas —respuestas y juicios de muchos propietarios poco informados y no siempre imparciales que no tienen una concepción completa y cuyos puntos de vista no han sido bien meditados—, ¿por qué no confiar en las observaciones que durante once años enteros estuvo recogiendo un hombre de notable espíritu de observación y de indudable sinceridad, un hombre que ha estudiado muy bien la materia de la que habla?

16 Vorontsov, V. P., fue un ensayista liberal-*narodnik* de las décadas de 1880-90 [NdE].

vos estrictamente personales y egoístas; trabajando en común, cada uno "teme trabajar más que el otro" (p. 206). Este temor de trabajar un poco más llega a su más alto grado de comicidad (quizás hasta de tragicomedia) cuando el autor relata cómo las mujeres que viven en una misma casa, poseen enseres domésticos comunes y pertenecen a una misma familia, llevan cada una de ellas la parte de la mesa en la cual comen; o cuando ordeñan las vacas por turno para recoger la leche para *su niño* (temiendo ser engañadas) y preparan cada una por separado la papilla para su hijo (p. 323). Engelhardt expone con tantos pormenores estos rasgos, los confirma con tal cantidad de hechos que no se puede decir que sean ejemplos aislados. Una de dos: o Engelhardt es un mal observador que no merece confianza, o las fíbulas acerca del espíritu de comunidad y de las cualidades comunitarias de nuestros *myils* son pura ficción que atribuyen a la *economía* rasgos que no corresponden a la forma de *propiedad de la tierra* (forma de tenencia de la tierra en la cual además se hace abstracción de aspectos administrativos y fiscales). Engelhardt muestra que en su actividad económica el campesino tiende a llegar a ser *kulak*: "Cada *myil* es, en cierta medida, un *kulak* en potencia" (p. 491), "el ideal de llegar a ser *kulak* impera en el ambiente campesino [...]: Más de una vez he mostrado que en el *myil* se hallan desarrollados al máximo el individualismo, el egoísmo, la tendencia a la explotación [...]. Cada uno se siente orgulloso de ser un pez grande y tiende a devorar al chico". Que el campesinado no tiende precisamente hacia el régimen de "comunidad", a la "producción popular", sino hacia el régimen pequeñoburgués propio de toda sociedad capitalista es lo que demuestra Engelhardt de manera magistral. Ha comprobado y demostrado irrefutablemente que el campesino acomodado aspira a ocuparse de operaciones comerciales (p. 363), de hacer pagar en trabajo el cultivo del cereal, de comprar el trabajo del *myil* más pobre (pp. 457, 482 y otras), es decir, traducido al lenguaje de los economistas, que los *myils* emprendedores tienen tendencia a transformarse en burguesía rural. "Si en lugar de organizarse en arteles, dice Engelhardt, los campesinos trabajan cada uno por su cuenta, veremos entre ellos, aun cuando haya tierra en abundancia, campesinos propietarios, campesinos sin tierra y peones. Diré más: creo que la diferencia en la situación económica de los campesinos será aún más considerable que hoy. Pese a la posesión comunal de la tierra, al lado de los ricos habrá muchos trabajadores agrícolas prácticamente sin tierra. ¿De qué me sirve a mí o a mis hijos tener derecho a la tierra si no tengo capital ni aperos para cultivarla? Es como darle tierra a un ciego diciéndole: ¡come!" (p. 370). La "hacienda tipo artel"¹⁷ aparece aquí con cierta triste ironía, solitaria, como la ingenua expresión de un buen deseo, que no sólo no surge de los datos que existen sobre el campesinado, sino que es refutado y excluido expresamente por dichos datos.

Otro rasgo que aproxima a Engelhardt a los representantes de la herencia sin tinte *narodniki* es su convicción de que la causa principal y básica de la

17 El artel era una forma de asociación de trabajo cooperativo entre los campesinos [Nde].

penosa situación de los campesinos reside en las supervivencias del régimen feudal y en la reglamentación que le es propia. Elimínense esos vestigios y esa reglamentación y se acabará el problema. La hostilidad absoluta de Engelhardt a esa reglamentación, su sarcástica ridiculización de toda tentativa de beneficiar al *mir* mediante una reglamentación venida desde arriba están en franca contradicción con las esperanzas *narodniki* en “la razón y la conciencia, en la sabiduría y el patriotismo de las clases dirigentes” (palabras del señor Yuzhakov en *Russkoye Bogatstvo*, 1896, N.º 12, p. 106), con los fantásticos proyectos *narodniki* a propósito de la “organización de la producción”, etc. Recordemos con cuánto sarcasmo arremete Engelhardt contra la disposición que prohíbe la venta de vodka en los molinos para “bien” del campesino; con qué indignación habla de la disposición de varios *uzavos* en 1880 prohibiendo sembrar centeno antes del 15 de agosto, esa grosera injerencia de los “sabios” de gabinete –so pretexto también de velar por los intereses de los campesinos– en la economía de “millones de campesinos propietarios” (p. 424). Después de señalar la existencia de reglamentos y disposiciones tales como la prohibición de fumar en los bosques de coníferas, de pescar lucios en primavera, de talar abedules para el festival de mayo, de destruir nidos, etc., Engelhardt anota sarcásticamente: “... la suerte del campesino ha sido siempre y sigue siendo la preocupación fundamental de los intelectuales. ¿Quién vive para sí mismo? ¡Todos viven para el campesino! [...]. El *mir* es tonto, no puede arreglarse solo. Si nadie se preocupa por él es capaz de quemar todos los bosques, exterminar todos los pájaros, pescar todos los peces, arruinar la tierra y acabar consigo mismo” (p. 398). Dime, lector, ¿podría este escritor mostrar alguna simpatía, por ejemplo, por las leyes tan preferidas por los *narodniki* sobre la imposibilidad de enajenar los *madel*? ¿Podría decir algo semejante a la frase anteriormente citada de uno de los pilares de *Russkoye Bogatstvo*? ¿Podría compartir la opinión de otro pilar de la misma revista, el señor N. Karishev, quien reprocha a nuestros *uzavos* de provincias (ien la década del 90!) por “no encontrar lugar [...] para grandes y serias inversiones sistemáticas con vistas a organizar el trabajo agrícola”?¹⁸.

Señalaremos todavía otro rasgo que hace que Engelhardt esté cerca de Skaldin: no tiene conciencia del carácter puramente burgués de buen número de expresiones de deseos y medidas. No es que Engelhardt quiera idealizar al pequeñoburgués, ni busque excusas (a la señor V. V.) por haber aplicado ese calificativo a tal o cual empresario. No, de ninguna manera. Como hacendado práctico, se apasiona por todo lo que es progresista y que contribuye al mejoramiento de su hacienda sin notar en absoluto que el carácter social de estos perfeccionamientos es la mejor refutación de sus propias teorías sobre la imposibilidad del capitalismo en nuestro país. Recordemos, por ejemplo, su entusiasmo por los éxitos que ha obtenido en su hacienda gracias al *pago a destajo*

18 *Russkoye Bogatstvo* N.º 5, mayo de 1896, p. 20. Artículo del señor Karishev sobre las inversiones de los *uzavos* provinciales para la aplicación de las medidas de orden económico.

de los obreros (por golpear el lino, por la trilla, etc.). Engelhardt no sospecha siquiera que la sustitución del salario periódico por el pago a destajo sea uno de los procedimientos más corrientemente utilizados por la economía capitalista en desarrollo para intensificar el trabajo y aumentar la cuota de plusvalía. Otro ejemplo. Engelhardt ridiculiza el programa de *Zemledelchestejaja Gaceta*¹⁹, que dice: "Suspensión de la entrega de los campos para trabajarlos *por cida*, organización de la explotación basada en el trabajo de peones, introducción de máquinas y herramientas perfeccionadas, cría de ganado de raza, sistema de rotación de cultivos, mejoramiento de prados y campos de pastoreo, etc., etc.". "Pero, ¡si todo esto no son más que frases generales!", exclama Engelhardt (p. 128). Y, sin embargo, este es precisamente el programa que él mismo realiza en la práctica y el progreso técnico alcanzado en su hacienda se debe, justamente, al hecho de haber organizado su explotación sobre la base del trabajo de peones. Y aún más: ya hemos visto con cuánta franqueza y lealtad puso al desnudo las verdaderas tendencias del *sujil* emprendedor; sin embargo, esto no le ha impedido, en absoluto, afirmar que "no se necesitan fábricas, sino *pequeñas* [cursiva suya] destilerías de aguardiente, molinos de aceite", etc. (p. 336), es decir, "es necesario" que la burguesía rural pase a transformar la producción agrícola sobre la base técnica, lo que siempre y en todas partes ha sido uno de los rasgos más importantes del capitalismo agrario. Es que Engelhardt no ha sido un teórico, sino un hacendado práctico. Una cosa es razonar sobre la posibilidad de un progreso sin capitalismo y otra dirigir uno mismo una hacienda. Puesto en la tarea de organizar racionalmente su hacienda, Engelhardt *se ha visto obligado*, por las circunstancias que lo rodeaban, a recurrir a procedimientos netamente capitalistas y dejar de lado todas sus dudas teóricas y abstractas con respecto al trabajo de "peones". En teoría, Skaldin razonaba como un típico manchesteriano, sin notar en lo más mínimo, ni este carácter de sus razonamientos, ni el hecho de que los mismos están en concordancia con las necesidades de la evolución capitalista de Rusia. En la práctica, Engelhardt se ha visto obligado a proceder como un típico manchesteriano, a pesar de sus protestas teóricas contra el capitalismo y a su propio deseo de creer que nuestro país seguiría sus propios caminos.

Pero por las convicciones de Engelhardt estamos obligados a llamarlo *narodnik*. Él ve ya con claridad la *verdadera* tendencia del desarrollo económico de Rusia y comienza a *justificar* las contradicciones de dicho desarrollo. Se esfuerza por demostrar la imposibilidad del capitalismo agrario en Rusia, por demostrar que "nosotros no tenemos siervos" (p. 556), a pesar de que él mismo, y del modo más minucioso, refutó las fábulas acerca de la falta de nuestra mano de obra, a pesar de haber confesado el mísero salario por el que trabajan su ganadero Piotr y su familia, a la cual le quedan, aparte de la manutención, seis rublos por año "para comprar sal, aceite vegetal y ropa" (p. 10). "Y todavía se

¹⁹ "Gaceta agraria" fue editada desde 1834 en San Petersburgo por el Ministerio de Bienes Fiscales [NfE].

lo envidia, y si se lo despiden se presentarán en el acto cincuenta voluntarios para ocupar su puesto" (p. 11). Al señalar el éxito de su hacienda, el hábil manejo del arado por los obreros, exclama triunfalmente: "¿Y quiénes son esos labradores? Los ignorantes y sin escrúpulos *myñs* rusos" (p. 225).

Después de haber disipado por el ejemplo de su propia administración, por la denuncia del individualismo campesino, todas las ilusiones sobre el "espíritu de comunidad", Engelhardt no "cree" menos en la posibilidad de que los *myñs* pasen a la hacienda tipo artel y está "convencido" de que así ocurrirá, de que nos corresponde a nosotros, los rusos, realizar esta gran obra, introducir nuevos métodos de administración. "Allí radica el carácter original, la peculiaridad de nuestra economía" (p. 349). El Engelhardt realista deja el lugar al romántico, que suple la absoluta falta de "originalidad" en sus propios métodos administrativos y en la de los campesinos que ha observado, icon la *ovenciá* en la "originalidad" futura! De esta creencia no hay ya más que un solo paso a los rasgos ultra-*narodniks* que se encuentran —muy raramente, es verdad— en Engelhardt, a un estrecho nacionalismo que raya en el chovinismo ("a Europa misma haremos añicos", "en la propia Europa el campesino estará con nosotros" [p. 387], decía Engelhardt hablando de la guerra a un terrateniente) ¡y hasta la idealización de las prestaciones! Sí, el propio Engelhardt, que dedica tantas páginas excelentes de su libro a describir la desesperada y humillante situación del *myñs* que, habiendo tomado dinero o cereales en préstamo para devolverlos con su trabajo, se ve obligado a trabajar casi gratuitamente, en las peores condiciones de dependencia personal²⁰; este mismo Engelhardt llega inclusive a decir que "sería bueno que el doctor [se trata de saber si era útil y necesario tener un médico en el campo. V. I.] tuviera su propia hacienda, de suerte que el campesino pudiera pagar con su trabajo la asistencia médica" (p. 41). Los comentarios sobran.

En resumen, si en la concepción de Engelhardt hacemos un paralelo entre los rasgos más positivos definidos más arriba (es decir, aquellos que le son comunes con los representantes de la "herencia", sin ningún tinte *narodnik*) y los rasgos negativos (o sea, *narodniks*), tendremos que reconocer que los primeros predominan en el autor de *Cartas desde el campo*, mientras que los segundos sólo aparecen como una suerte de intercalación extraña, casual, traída desde afuera y que no tiene conexión con el tono fundamental del libro.

III. ¿La "herencia" ha ganado al vincularse con el narodnismo?

Pero, entonces, ¿qué entiende usted por *narodnik*?, preguntará probablemente el lector. El contenido del concepto de "herencia" fue definido más arriba, pero sobre la noción de "*narodnik*" no se hace ninguna enunciación.

²⁰ Recuérdese la escena: el inquilino (es decir, el administrador del terrateniente) llama al campesino a trabajar cuando este tiene su propio trigo que se desgrana y se ve obligado a ir sólo porque le recuerdan que de lo contrario lo espera "una buena paliza".

Entendemos por *narodniki* un sistema de concepciones que comprende los tres rasgos siguientes: 1) *Se sostiene que el capitalismo es en Rusia un fenómeno de decadencia, de regresión.* De aquí la tendencia y el deseo de "detener", "paralizar", "impedir" que el capitalismo "rompa" los pilares seculares y otros lamentos reaccionarios por el estilo. 2) *Se reconoce la originalidad del régimen económico ruso, en general, y el del campesino con su comunidad rural, artel, etc., en particular.* Los *narodniki* no consideran necesario aplicar a las relaciones económicas rusas los conceptos que sobre las diversas clases sociales y sus conflictos ha elaborado la ciencia contemporánea. Consideran la comunidad rural como algo superior y mejor comparándola con el capitalismo; es la idealización de los "pilares". Niegan y disimulan las contradicciones que existen entre los campesinos, propias de toda economía mercantil y capitalista, niegan toda relación entre estas contradicciones y la forma más desarrollada que revisten en la industria y en la agricultura capitalista. 3) *Se desconoce el vínculo que ata a la "intelligencia" y a las instituciones políticas y jurídicas del país con los intereses materiales de determinadas clases sociales.* La negación de este vínculo, la falta de una explicación materialista de estos factores sociales obligan a ver en ellos una fuerza capaz de "arrastrar a la historia por otros caminos" (señor V. V.), "desviarse del camino" (señor N.-on, señor Yuzhakov y otros), etcétera.

Esto es lo que nosotros entendemos por "Narodniki". Ya ve el lector que empleamos este término en el amplio sentido de la palabra, como lo emplean también todos los "discípulos rusos" que se pronuncian contra todo un sistema de concepciones y no contra algunos de sus representantes aislados, entre los cuales, claro está, existen diferencias, y a veces no pequeñas, que nadie desconoce. Pero las particularidades que hemos citado de esa concepción del mundo son comunes a los diferentes representantes del populismo, comenzando con... bueno, digamos, el señor Yuzov y terminando con el señor Mijailovsky. Los señores Yuzov, Sazonov, V. V. y otros agregan a los mencionados rasgos negativos algunos más, igualmente negativos, que no vemos, por ejemplo, en el señor Mijailovsky, ni en otros colaboradores de la actual *Russkoye Bogatstvo*. Por cierto que sería incorrecto negar las diferencias que existen entre los *narodniki* en el sentido abstracto del término y de los *narodniki* en general; pero más incorrecto aún sería desconocer que las concepciones económicas y sociales fundamentales de todos y cada uno de los *narodniki* coinciden en los puntos principales señalados.

Y puesto que los "discípulos rusos" refutan precisamente esas concepciones fundamentales, y no sólo sus "lamentables desviaciones", hacia el peor lado, tienen, es evidente, el pleno derecho de emplear la noción de "narodniki" en el amplio sentido de la palabra. Y no sólo tienen ese derecho, sino que no pueden proceder de otra manera.

Para volver a las concepciones fundamentales del populismo ya señaladas debemos dejar constancia, ante todo, que la "herencia" *nada tiene que ver con dichas concepciones*. Hay una serie de inculdables representantes y guardianes de esta "herencia" que nada tienen en común con el narodnismo; no plantean en

absoluto el problema del capitalismo; ni creen para nada en la peculiaridad del desarrollo de Rusia, ni en el original carácter de la comunidad rural, etc.; ni consideran a la *intelligentsia* y a las instituciones políticas y jurídicas como factor capaz de "hacer desviar la historia". Ya mencionamos como ejemplo al editor redactor de la revista *Vestnik Yevrope*, a quien se puede acusar de cualquier cosa menos de renegar de las tradiciones de la herencia. Por el contrario, hay quienes se aproximan por sus concepciones a los principios fundamentales del narodnismo que hemos señalado y que directa y abiertamente "reniegan de la herencia". Mencionaremos aunque más no sea al mismo señor I. Abramov, a quien cita también el señor Mijailovsky, o al señor Yuzov. El populismo que combaten los "discípulos rusos" no existía cuando (expresado en lenguaje jurídico) la herencia fue "legada", o sea, en la década del 60. Ciertamente, el narodnismo existía ya en germen, en embrión, no sólo en la década del 60, sino también en la del 40, y aun antes²¹, pero la historia del populismo no nos interesa ahora. Lo importante para nosotros, volvemos a repetirlo, es dejar establecido que la "herencia" de la década del 60, en el sentido en que la hemos caracterizado antes, no tiene nada que ver con el narodnismo, o sea, que nada hay en común entre ellos si atendemos a la esencia de sus concepciones, pues plantean problemas diferentes. Hay guardianes de la "herencia" que no son *narodniks* y hay *narodniks* que "renegaron de la herencia". Como es natural, también hay *narodniks* que guardan la "herencia", o que pretenden guardarla. Precisamente por eso hablamos de los vínculos de la herencia con el populismo. Veamos, entonces, qué aportó este vínculo.

En primer lugar, el narodnismo dio un gran *paso adelante* respecto de la herencia, *al plantear* ante el pensamiento social problemas que los guardianes de la herencia, o bien no habían podido plantear aún (en su época), o bien no los plantearon ni los plantean en virtud de la estrechez de su horizonte. *Haber planteado* estos problemas es el gran mérito *histórico de los narodniks* y es completamente natural y comprensible que al darles una solución (no importa cuál sea) este haya ocupado *por ello* un lugar de vanguardia entre las corrientes progresistas del pensamiento social ruso.

Pero la solución resultó totalmente inservible, pues se basaba en teorías atrasadas que, en Europa occidental, hacía ya tiempo que habían sido arrojadas por la borda; se basaba en una crítica romántica y pequeñoburguesa del capitalismo; en el desconocimiento de los grandes hechos de la historia y de la realidad rusas. Mientras el desarrollo del capitalismo y de las contradicciones que le son propias era aún débil en Rusia esta crítica primitiva del sistema podía justificarse. Pero en el estado actual del desarrollo del capitalismo en Rusia, en el estado actual de nuestros conocimientos de la historia y de la realidad económica rusas, a las actuales exigencias de la teoría sociológica el populismo es absolutamente insuficiente. Progresista en su época, por ser el primero en plantear el problema

21 Cf. el libro de Tugan-Baranovsky *La fábrica rusa* (San Petersburgo, 1898).

del capitalismo, ahora es una teoría *reaccionaria y mieda* que desorienta el pensamiento social, que hace el juego a la rutina y a toda clase de atraso asiático. El carácter reaccionario de su crítica del capitalismo confiere aún actualmente al narodnismo rasgos tales que inclusive lo colocan por *debajo* de la concepción del mundo que se limita a ser depositaria fiel de la herencia²². Ahora trataremos de demostrar que esto es así mediante el análisis de cada uno de los tres rasgos fundamentales de la concepción del mundo de los *sarodniki* señalados más arriba.

Primer rasgo: se reconoce que en Rusia el capitalismo es decadencia, regresión. Desde que se planteó el problema del capitalismo en Rusia se puso en evidencia que nuestro desarrollo económico tenía un carácter capitalista y los populistas lo calificaron como un retroceso, como un error, como una desviación del camino supuestamente fijado por toda la historia de la nación, supuestamente consagrada por sus pilares seculares, etc., etc. En lugar de la ardiente fe de los ilustrados en el actual desarrollo social apareció la desconfianza hacia el mismo; en lugar del optimismo histórico y de la elevación, de espíritu, el pesimismo y el desaliento debido a la convicción de que, cuanto más lejos marchan las cosas tal como están marchando, tanto peor, tanto más difícil será la solución de los problemas planteados por el nuevo desarrollo; aparecen entonces las proposiciones de *detener* y *paralizar* ese desarrollo; aparece la teoría de que el atraso es la felicidad de Rusia, etc. Todos estos rasgos de la concepción narodniki del mundo no sólo no tienen nada en común con la "herencia", sino que son directamente opuestos a ella. Considerar el capitalismo ruso como una "desviación del camino", como una decadencia, etc., lleva a desnaturalizar el sentido de toda la evolución económica de Rusia, a desnaturalizar el sentido de ese "cambio" que se efectúa a nuestra vista. Seducido por el deseo de detener e impedir que el capitalismo derribe los pilares seculares, el narodniki revela una sorprendente ausencia de sentido histórico; olvida que *detrás* de este capitalismo nada hay fuera de la misma explotación, combinada con infinitas formas de sojuzgamiento y de dependencia personal que agravan la situación del trabajador; nada hay fuera de la rutina y el estancamiento en la producción social y, por consiguiente, en todas las esferas de la vida social. El *sarodniki* lucha desde su punto de vista romántico y pequeñoburgués contra el capitalismo y arroja por la borda todo realismo histórico al confrontar siempre la *realidad* del capitalismo con la *ficción* del sistema precapitalista. La "herencia" de la década del 60, con su fervorosa fe en el carácter progresista del desarrollo social de entonces, con su hostilidad implacable orientada íntegra y exclusivamente contra las supervivencias del pasado, con su convicción de que con sólo eliminarlas las cosas marcharían mejor que nunca: esa "herencia", no sólo no tiene nada en común con las señaladas concepciones del *sarodniki*, sino que las contradice en forma directa.

²² He tenido ya la oportunidad de hacer notar antes, en el artículo sobre el romanticismo económico, que nuestros adversarios revelan una miopía sorprendente al interpretar los términos *reaccionario* y *pequeñoburgués* como recursos polémicos, cuando estas expresiones tienen un sentido histórico-filosófico absolutamente definido.

Segundo rasgo del populismo: la convicción del carácter original de Rusia, la idealización del campesino, de la comunidad rural, etc. La teoría de la originalidad de Rusia obligó a los *narodniki* a aferrarse a anticuadas teorías de Europa occidental, los impulsó a tratar con sorprendente ligereza muchas conquistas de la cultura de esos países; los *narodniki* se consolaban con la idea de que si bien nos faltan estos o aquellos rasgos de la humanidad civilizada, en cambio "hemos sido llamados" a mostrar al mundo nuevos modos de dirección económica, etc. No solamente se evitaba aplicar a la Santa Rusia el análisis del capitalismo y de todas sus manifestaciones elaborado por el pensamiento de vanguardia de Europa occidental, sino que por el contrario se hacía lo imposible por imaginar pretextos que permitieran no extender al capitalismo ruso las conclusiones relativas al capitalismo europeo. Los *narodniki* se prosternaron ante los autores de este análisis y... tranquilamente siguieron siendo románticos del mismo tipo que los autores en cuestión habían combatido toda su vida. Esta teoría relativa a la originalidad de Rusia, compartida por todos los populistas, no sólo nada tiene en común con la "herencia", sino que se opone directamente a ella. Los de la "década del 60", por el contrario, aspiraban a europeizar a Rusia, creían en su incorporación a la cultura europea general, se preocupaban por trasplantar las instituciones de esta cultura también a nuestro suelo nada peculiar. Toda teoría referente a la originalidad de Rusia discrepa totalmente con el espíritu de la década del 60 y de sus tradiciones. Menos aún concuerda con esta tradición la idealización y el embellecimiento del campo por parte de los *narodniki*. Esta falsa idealización, que deseaba a toda costa ver en nuestro campo algo fuera de lo común, totalmente diferente del régimen existente en el campo en cualquier otro país durante la época precapitalista, está en flagrante contradicción con las tradiciones de una herencia sensata y realista. Cuanto más profundo era el desarrollo del capitalismo, tanto más fuertemente se manifestaban las contradicciones en el campo, contradicciones que son comunes a toda sociedad mercantil capitalista; tanto más acusadamente se ponía de relieve la contradicción entre las melosas fábulas de los populistas sobre el "espíritu de comunidad" y "de artel" del campesino, etc., por un lado, y la diferenciación efectiva de los campesinos en burguesía rural y proletariado rural, por el otro; con tanta mayor rapidez los populistas, que continuaban mirando las cosas con ojos de campesino, iban convirtiéndose de románticos sentimentales en ideólogos de la pequeñoburguesía, puesto que el pequeño productor, en la sociedad contemporánea, se va convirtiendo en un productor de mercancías. La falsa idealización del campo y los sueños románticos sobre el "espíritu de comunidad" llevaron a los *narodniki* a adoptar una actitud de extrema ligereza frente a las necesidades reales de los campesinos, las que emanan del desarrollo económico actual. En teoría se podía hablar cuanto se quisiera de la solidez de los pilares, pero en la práctica cada *narodnik* sentía muy bien que la eliminación de los resabios del pasado, resabios del régimen anterior a la reforma que hasta hoy en día atan de pies a cabeza a nuestros campesinos, desbrozaría precisamente el camino para el desarrollo capitalista y no otro. Más

vale el estancamiento que el progreso capitalista: tal es, en el fondo, el punto de vista de cada populista con respecto al campo, aun cuando, claro está, no todo *savodnik* se aventuraría a decirlo abierta y llanamente con la franqueza ingenua del señor V. V. "Los campesinos, sujetos como están a sus *sadél* y comunidades, privados de la posibilidad de emplear su trabajo donde resulte más productivo y ventajoso para ellos, han quedado como congelados dentro de esa forma de vida semejante a la de un rebaño, improductiva, tal como habían salido de manos del régimen feudal". Así lo veía uno de los representantes de la "herencia", con su característico punto de vista de "ilustrado"²³. "Es mejor que los campesinos continúen estancados en su forma de vida rutinaria, patriarcal, antes que desbrozar el camino para el capitalismo en el campo"; así lo ve, en el fondo, cada *savodnik*. En realidad, no se encontrará seguramente ningún populista que pueda negar que el carácter cerrado, estamental, de la comunidad rural, con su caución solidaria y la prohibición de vender la tierra y de renunciar al *sadél*, se halla en la más aguda contradicción con la actual *realidad* económica, con las actuales relaciones mercantiles capitalistas y su desarrollo. Es imposible negar esta contradicción, pero la esencia del problema reside en que los *savodniki* temen como al fuego tal planteamiento del problema, tal confrontación de la situación jurídica de los campesinos con la realidad económica, con el desarrollo económico actual. El *savodnik* se obstina en creer en un desarrollo inexistente creado por su romántica fantasía, sin capitalismo, y por eso... por eso está dispuesto a detener el desarrollo actual que marcha por la vía capitalista. Frente a los problemas relativos al carácter cerrado, estamental, de la comunidad rural, la caución solidaria y el derecho de los campesinos a vender la tierra y renunciar al *sadél*, el populista adopta una actitud sumamente cautelosa y pusilánime por el destino de los "pilares" (pilares de rutina y estancamiento); y por si eso fuera poco, cae tan bajo que llega a saludar la resolución policial que prohíbe a los campesinos vender la tierra. "El *sigit* es tonto -se le podría decir a tal *savodnik*, repitiendo las palabras de Engelhardt-, no puede arreglarse solo. Si nadie se preocupa por él es capaz de quemar todos los bosques, exterminar todos los pájaros, pescar todos los peces, arruinar la tierra y acabar consigo mismo". Aquí el *savodnik* directamente "reniega de la herencia" y se convierte en reaccionario. Y téngase en cuenta, además, que a medida que avanza el desarrollo económico esta destrucción del carácter cerrado, estamental de la comunidad rural se vuelve cada vez más una necesidad perentoria para el proletariado rural, mientras que los inconvenientes que de ello se derivan para la burguesía campesina de ninguna manera son tan considerables. El "*sigit* emprendedor" puede fácilmente tomar tierra en arriendo en otro lugar, abrir un negocio en otra aldea, trasladarse donde quiera y cuando quiera por asuntos de negocios. Pero para el "campesino" que vive principalmente de la venta de su fuerza de trabajo, la sujeción al *sadél* y a la comunidad rural representa una enorme restricción de su actividad económica, significa la impo-

²³ Se refiere a Skablin [NdE].

sibilidad de hallar a un patrón más conveniente, significa la necesidad de vender su fuerza de trabajo precisamente a sus compradores locales, que pagan siempre menos y que tratan de someterlo en toda forma. Una vez que cayó en el dominio de los sueños románticos, que se propuso como objetivo sostener y salvaguardar las estructuras a pesar del desarrollo económico, el *saroduliti* se deslizó sin darse cuenta por este plano inclinado hasta situarse al lado del terrateniente, que con toda el alma ansía la conservación y consolidación de "los lazos del campesino con la tierra". Bastaría mencionar cómo el carácter cerrado, estamental, de la comunidad rural engendró modos particulares de contratación de obreros: los dueños de fábricas y explotaciones agrícolas envían a sus empleados a las aldeas, sobre todo a las retrasadas en sus pagos, para la contratación más ventajosa de obreros. Finalmente, el desarrollo del capitalismo en la agricultura, al destruir la vida "sedentaria" del proletariado (tal efecto que "produce" el llamado trabajo agrícola de temporada) reemplaza en forma paulatina esta servidumbre por el trabajo asalariado libre.

Otra confirmación, no menos importante, de nuestra tesis acerca de lo nocivas que son las actuales teorías populistas nos la ofrece el hecho de que *la idealización del pago en trabajo* es corriente entre los *saroduliti*. Hemos citado el ejemplo de Engelhardt, que al caer en el pecado populista, llegó inclusive a decir que "sería bueno" generalizar en el campo el pago en trabajo! Esto mismo lo hallamos en el famoso proyecto del señor Yuzhakov sobre las escuelas secundarias agrícolas (*Russkoye Bogatstvo* N.º 5, 1895). En la misma idealización incurre el señor V. V., colaborador de la revista al igual que Engelhardt, al afirmar en artículos económicos serios que el campesino ha triunfado sobre el terrateniente que quería, según él, implantar el capitalismo; pero la desgracia es que el campesino había comenzado a trabajar tierras del terrateniente recibidas "en arriendo", es decir, había restablecido integralmente el mismo sistema de economía que ya existía bajo el régimen de servidumbre. Estos son los ejemplos más palpables del espíritu reaccionario de los *saroduliti* ante los problemas de nuestra agricultura. Cada uno de ellos habla del daño y el peligro del capitalismo en nuestra agricultura pues —conviene tenerlo en cuenta— reemplaza al campesino independiente por el peón. La *realidad* del capitalismo ("el peón") se contrapone a la *ficción* del campesino "independiente"; esta ficción se basa en el hecho de que el campesino de la época precapitalista posee sus medios de producción. Pero se guarda silencio, discretamente, sobre la circunstancia de que él paga esos medios de producción al doble de su valor; que esos medios de producción sirven para el pago en trabajo; que el nivel de vida de este campesino "independiente" es tan bajo que en cualquier país capitalista lo considerarían paupérrimo; que a la extrema miseria y a la inercia mental de este campesino "independiente" hay que añadir, además, la dependencia personal que acompaña inevitablemente las formas precapitalistas de economía.

El tercer rasgo característico del populismo —desconocer la vinculación que ata a la "*intelligentsia*" y a las instituciones políticas y jurídicas del país con los inte-

reses materiales de determinadas clases sociales— se halla relacionado íntimamente con los rasgos precedentes: sólo la falta de realismo en el enfoque de los problemas sociológicos pudo dar vida a la teoría sobre lo “erróneo” del capitalismo ruso y la posibilidad de “desviarse del camino”. Esta concepción del narodnismo tampoco guarda relación con la “herencia” y las tradiciones de la década del 60; por el contrario, *está directamente en oposición a dichas tradiciones*. De esta concepción, por supuesto, se deriva la posición adoptada por los *narodniki* ante las numerosas supervivencias en la vida rusa de la reglamentación anterior a la reforma, que en modo alguno habrían podido compartir los representantes de la “herencia”. Para caracterizar esta posición nos permitimos utilizar las excelentes observaciones del señor V. Ivanov en el artículo “Una desafortunada ocurrencia” (*Nóvoye Slovo*, septiembre de 1897). Su autor habla de la conocida novela del señor Boborykin, *De otro modo*, y pone al descubierto que este último no ha comprendido nada de la polémica de los *narodniki* con los “discípulos”. El señor Boborykin pone en boca del personaje central de su novela —un *narodnik*— un reproche dirigido a los “discípulos” que, según él, sueñan con “un cuartel con intolerables y despóticas reglamentaciones”. Con este motivo el señor Ivanov hace notar:

Ellos dicen:

Ellos (los *narodniki*), lejos de decir que el “sueño” de sus adversarios es el intolerable despotismo de la “reglamentación”, *no pueden ni podrán decirlo mientras siguen siendo narodniki. En este terreno* la esencia de su polémica con los “materialistas económicos” reside precisamente en que lo que subsiste de la antigua reglamentación, en opinión de los *narodniki*, puede servir de punto de partida para un desarrollo posterior de la misma. Pierden de vista lo intolerable de esa antigua reglamentación, por un lado, por la idea de que la propia “alma campesina (única e indivisible) evoluciona” hacia la reglamentación, y, por el otro, por su fe en la belleza moral actual o futura de la “*intelligentsia*”, de la “sociedad” o de las “clases dirigentes” en general disimulan el carácter intolerable de esta vieja reglamentación. Acusan a los partidarios del materialismo económico de apasionarse, no por la “reglamentación”, sino por el régimen de Europa occidental basado en la falta de reglamentación. Los materialistas económicos afirman, efectivamente, que los resabios de la vieja reglamentación, nacida de la economía natural, se vuelven cada día más “intolerables” en un país que ha pasado a la economía monetaria, con los innumerables cambios que se suceden tanto en la situación material como en la fisonomía intelectual y moral de las diversas capas de su población. Por eso están convencidos de que las condiciones necesarias para el surgimiento de una nueva “reglamentación” beneficiosa para la vida económica del país no pueden desarrollarse a partir de las supervivencias de una reglamentación adaptada a la economía natural y al régimen feudal, sino solamente en la atmósfera vasta y multilateral creada por la ausencia de esta vieja reglamentación, como sucede en los países avanzados de Europa occidental y Nortamérica. En este estado se encuentra el problema de la “reglamentación” en la polémica entre los *narodniki* y sus adversarios (pp. 11-12, *loc. cit.*).

Esta actitud de los *narodniki* frente a “resabios de la vieja reglamentación” representa tal vez la más pronunciada desviación del populismo de las tradiciones de la “herencia”. Los representantes de esta última, como ya hemos visto, condenaron apasionada y rotundamente todas las supervivencias de la vieja reglamentación. Por lo tanto, en este aspecto, los “discípulos” están muchísimo más cerca de las “tradiciones” y la “herencia” de la década del 60 que los populistas.

Además del error capital que señalamos en los *narodniki*, la falta de realismo sociológico los lleva también a una especial manera de pensar y de razonar sobre asuntos y problemas sociales, que se puede denominar mezquina presunción intelectualista o, tal vez, mentalidad burocrática. El *narodnik* piensa siempre sobre el camino que “nosotros” debemos escoger para la patria, sobre las calamidades que habrá que afrontar si “nosotros” encaminamos la patria por tal camino, las salidas que podríamos asegurar “nosotros” si evitáramos los peligros del camino seguido por la vieja Europa, si hubiéramos “tomado lo mejor”, tanto de Europa como de nuestra tradicional comunidad rural, etc., etc. De aquí la desconfianza y el completo desdén del populista por las tendencias propias de las diferentes clases sociales, que hacen la historia de conformidad con sus intereses. De aquí la sorprendente ligereza con que el *narodnik* emprende (olvidando el medio que lo rodea) todo tipo de proyecto social, comenzando por cualquier “organización del trabajo agrario” y terminando por la “comunalización de la producción” gracias a los esfuerzos de nuestra “sociedad”. *„Mit der Gründlichkeit der geschichtlichen Action wird der Umfang der Masse zunehmen, deren Action sie ist“*²⁴: estas palabras expresan una de las más profundas y más importantes tesis de la teoría de la filosofía de la historia, que de ninguna manera quieren ni pueden comprender nuestros populistas. A medida que se amplía y se profundiza la creación histórica de los hombres debe crecer también aquella parte de la población que es un factor consciente de la historia. El populista, en cambio, que siempre razona sobre la población en general, y sobre la población trabajadora en particular, considerándolas como el objeto de tales o cuales medidas más o menos racionales, como un material que debe ser encaminado por esta u otra ruta, y que jamás consideró a las diversas clases de la población como factores históricos que actúan de manera independiente por un camino dado, nunca se preguntó cuáles son las condiciones en el camino en cuestión, susceptibles de interesar (o, por el contrario, de paralizar) la actividad independiente y consciente de estos creadores de la historia.

Así, aun cuando el populismo dio un gran paso adelante con respecto a la “herencia” de los ilustrados, *plantando* el problema del capitalismo en Rusia, la *solución* que dio a esta cuestión fue tan poco satisfactoria que, debido a su punto de vista pequeñoburgués y a su crítica sentimental del capitalismo, sobre una serie de importantes cuestiones de la vida social se ha quedado atrás con

²⁴ Marx, *Die Heilige Familie*, p. 120, según Belov, p. 235 (“Con la profundidad de la acción histórica crecerá también el volumen de la masa cuya acción ella es”, Marx, *La sagrada familia*).

respecto a los ilustrados. En resumidas cuentas, la adhesión del populismo a la herencia y a las tradiciones de nuestros ilustrados resultó un *hecho negativo*: el populismo no ha resuelto los nuevos problemas que el desarrollo económico de la Rusia posterior a la reforma planteó al pensamiento social ruso y en este aspecto se limitó a proferir lamentaciones sentimentales y reaccionarias, mientras que la solución completa de los viejos problemas, que ya habían sido planteados por los ilustrados, fue dificultada por su romanticismo.

IV. Los ilustrados, los *narodniks* y los "discípulos"

Ahora podemos hacer el resumen de nuestros paralelos. Trataremos de definir brevemente la correlación existente entre las tres corrientes del pensamiento social mencionadas en el subtítulo.

El "ilustrado" tiene fe en un desarrollo determinado de la sociedad porque no advierte las contradicciones que le son propias. El *narodnik* teme dicho desarrollo por haber notado ya estas contradicciones. El "discípulo" cree en el actual desarrollo social porque ve la garantía de un futuro mejor sólo en el pleno desarrollo de estas contradicciones. La primera y la última corriente tienden por eso a apoyar, acelerar y facilitar el desarrollo por el camino dado, a eliminar todos los obstáculos que lo traban y lo frenan. El *narodnik*, por el contrario, tiende a detener y paralizar este desarrollo, teme destruir algunos obstáculos que se oponen al desarrollo del capitalismo. La primera corriente y la última se caracterizan por lo que se puede llamar optimismo histórico: cuanto más lejos y más rápidamente vayan las cosas tal como están marchando, tanto mejor. El populismo, por el contrario, cae naturalmente en el pesimismo histórico; cuanto más lejos vayan las cosas, tanto peor. Los "ilustrados" no plantearon para nada el problema del carácter del desarrollo posterior a la reforma y se limitan con exclusividad a luchar contra las supervivencias del régimen anterior, a la tarea negativa de desbrozar el camino para una evolución a la europea en Rusia. El populismo planteó el problema del capitalismo en Rusia, pero sacó la conclusión de que tiene un carácter reaccionario y no pudo, por eso, recoger íntegramente la herencia de los "ilustrados". Los *narodniks* siempre combatieron contra los hombres que tendían a la europeización de Rusia desde el punto de vista general de la "unidad de la civilización", y lo hacían no sólo porque no podían limitarse a los ideales de esos hombres (en tal caso la lucha sería justa), sino porque no querían marchar tan lejos en el desarrollo de esa civilización, es decir, del capitalismo. Los "discípulos" consideran el capitalismo en Rusia como un progreso; por eso pueden y deben recoger íntegramente la herencia de los "ilustrados", complementándola con un análisis de las contradicciones del capitalismo desde el punto de vista de los productores que no son propietarios. Los ilustrados no prestaron atención especial a ninguna clase de la población;

hablaban, no sólo del pueblo en general, sino también de la nación en general. Los *narodniki* deseaban representar los intereses del trabajo, sin distinguir, sin embargo, entre los determinados grupos que componen el sistema de economía contemporáneo; en la práctica sustentaban siempre el punto de vista del pequeño productor convertido en productor de mercancías por el capitalismo. Los "discípulos" no sólo toman como criterio los intereses del trabajo, sino que se refieren, además, a los grupos determinados de la economía capitalista, es decir, los productores que no son propietarios. La primera corriente y la última responden, por el contenido de sus aspiraciones, a los intereses de las clases que el capitalismo crea y desarrolla; el *narodniki* responde a los intereses de la clase de pequeños productores, de la pequeñoburguesía, que ocupa un lugar intermedio entre las otras clases que componen la sociedad actual. Por consiguiente, la actitud contradictoria del populismo ante la "herencia" no es en modo alguno una casualidad, sino el necesario resultado del propio contenido de la concepción de esta corriente: hemos visto que uno de los rasgos fundamentales de la concepción de los ilustrados era su fervorosa aspiración de europeizar a Rusia, mientras que los populistas no pueden, sin dejar de ser lo que son, compartir plenamente esta aspiración.

En resumidas cuentas hemos llegado, por lo tanto, a esta conclusión que más de una vez formulamos ya en diversas oportunidades: *los discípulos son guardianes de la herencia mucho más consecuentes y mucho más fieles que los narodniki*. No sólo no reniegan de la herencia, sino que, por el contrario, consideran que una de sus principales tareas es refutar los recelos románticos y pequeñoburgueses que obligan a los *narodniki*, en muchos y muy importantes puntos, a renunciar a los ideales europeos de los ilustrados. Pero de por sí se entiende que los "discípulos" no guardan la herencia como los archiveros conservan los viejos documentos. Salvaguardar la herencia no significa, ni mucho menos, limitarse a ella; y a la defensa de los ideales generales europeos los "discípulos" unen el análisis de las contradicciones que nuestro desarrollo capitalista lleva implícitas y la apreciación de dicho desarrollo desde el punto de vista específico anteriormente señalado.

V. El señor Mijailovsky y la renuncia de los "discípulos" a la herencia

Para concluir volveremos de nuevo al señor Mijailovsky y al examen de su afirmación sobre el problema que nos interesa. El señor Mijailovsky sostiene no sólo que esta gente (los discípulos) "no quiere tener ningún lazo con el pasado y renuncia decididamente a la herencia" (*loc. cit.*, p. 179), sino que, además, "ellos" (junto con otras personas de las más diversas tendencias, incluidos los señores Abramov, Volinsky y Rozanov) "arremeten contra la herencia con la mayor furia" (p. 180). ¿De qué herencia habla el señor Mijailovsky? De la herencia de la década del 60 al 70, de aquella de la cual ha renegado y reniega solemnemente *Masharskije Vedomosti* (p. 178).

Ya hemos señalado que si ha de hablarse de la "herencia" que se nos ha legado a los hombres contemporáneos deben distinguirse *dos herencias*: una, la de los ilustrados en general, gente absolutamente hostil a todo lo anterior a la reforma, y que se pronunció a favor de los ideales europeos y por los intereses de la vasta masa de la población. La otra, la herencia del narodnismo. Ya hemos dicho que sería un craso error confundir estas dos cosas diferentes, ya que todo el mundo sabe que hubo y hay gente que guarda "las tradiciones del 60" sin tener nada en común con el populismo. Todas las observaciones del señor Mijailowsky reposan pura y exclusivamente en una confusión de estas herencias, distintas desde todo punto de vista. Y como el señor Mijailowsky no puede ignorar esa diferencia, su ocurrencia no solamente es absurda, sino definitivamente calumniosa. ¿Sólo contra el narodnismo arremetía *Moskovskije Vedomosti*? En absoluto: no menos, si no más, atacó a los ilustrados en general, y *Vestnik Evropy*, completamente ajeno al narodnismo, no está considerado menos enemigo de estos que el populista *Russkije Bogatstvo*. *Moskovskije Vedomosti*, claro está, no estaría de acuerdo en muchas cosas con aquellos *sarodniki* que renegaron de la herencia con más firmeza, como por ejemplo Yuzov, pero es muy poco probable que se lanzara contra él con tanta furia y en última instancia ya lo harían objeto de sus elogios por aquello que lo distingue de los populistas que desean conservar la herencia. ¿Atacaron el señor Abramov o el señor Volinsky el populismo? En absoluto. El primero es populista: ambos atacaron a los ilustrados en general. ¿Arremetieron los "discípulos rusos" contra los ilustrados rusos? Renegaron alguna vez de la herencia que nos legó una innegable hostilidad hacia el modo de vivir anterior a la reforma y a sus supervivencias? No sólo no arremetieron dicha herencia, sino todo lo contrario: desenmascararon la tendencia de los populistas a sostener algunas de estas supervivencias debido al miedo pequeñoburgués ante el capitalismo.

¿Atacaron acaso alguna vez contra la herencia que nos ha legado los ideales europeos en general? No, no sólo no atacaron, sino que, por el contrario, denunciaron a los populistas que, en muchos y muy importantes problemas, habían imaginado reemplazar los ideales europeos por toda una serie de absurdas invenciones acerca del carácter peculiar de Rusia. ¿Atacaron alguna vez la herencia que nos legó la preocupación por los intereses de las masas trabajadoras de la población? No sólo no atacaron, sino que, por el contrario, denunciaron a los *sarodniki* por su inconsecuencia en la atención de dichos intereses (ya que se empeñan en confundir la burguesía rural con el proletariado rural); han mostrado que el beneficio de esas preocupaciones se encuentra reducido por sus sueños sobre lo que podría ser en lugar de prestar atención sobre lo que es; que sus preocupaciones son extremadamente estrechas, ya que jamás supieron valorar como es debido las condiciones (económicas y otras) que facilitan o dificultan la posibilidad que tienen esos hombres de ocuparse de su propia suerte.

El señor Mijailowsky puede no admitir que estas revelaciones son justas y, como *sarodniki*, por supuesto no estará de acuerdo con ellas; pero decir que

“la herencia del 60 y del 70” ha sido objeto de “mordaces” críticas por parte de quienes en realidad critican “mordazmente” sólo al populismo, que lo critican sólo por no haber sabido resolver en el espíritu de esta herencia y sin contradecirla los nuevos problemas planteados por la historia posterior a la reforma; decir algo semejante significa de hecho tergiversar las cosas.

Es divertido ver al señor Mijailovsky indignarse contra los “discípulos”; confunde maliciosamente “nosotros” (es decir, a los publicistas de *Russkoye Bogatstvo*) con los *narodniki* y otras personas ajenas a *Russkoye Bogatstvo* (p. 180). Esta curiosa tentativa de diferenciarse de los “populistas” conservando al mismo tiempo todas sus concepciones fundamentales sólo puede provocar risa. Todo el mundo sabe que los “discípulos rusos” emplean los términos “*narodniki*” y “*narodismo*” en el amplio sentido de estas palabras. Nadie ha olvidado ni negado que entre los populistas hay muchos matices diferentes: ni P. Struve, ni N. Belkov, por ejemplo, han “confundido” en sus libros al señor Mijailovsky con el señor V. V., ni siquiera con el señor Yuzhakov, es decir, no han ocultado la diferencia en las concepciones de ambos, ni atribuido a uno las concepciones del otro. Struve señaló, inclusive directamente, la diferencia entre las concepciones del señor Yuzhakov y las del señor Mijailovsky. Una cosa es confundir las diversas concepciones y otra generalizar y clasificar en la misma categoría a los escritores que, pese a las diferencias en muchos problemas, son solidarios en los puntos fundamentales y principales contra los cuales se alzan precisamente los “discípulos”. Para estos lo importante no es demostrar, por ejemplo, que las concepciones que diferencian a un señor Yuzov de los demás *narodniki* no sirven, sino refutar las concepciones que son comunes al señor Yuzov, al señor Mijailovsky y a todos los *narodniki* en general, es decir, la actitud que asumen frente al desarrollo capitalista de Rusia, su modo de examinar los problemas económicos y sociales desde el punto de vista del pequeño productor, la falta de comprensión del materialismo social (o histórico). *Estos rasgos* constituyen el patrimonio común de toda una corriente del pensamiento social que ha desempeñado un importante papel histórico. Esta vasta corriente encierra los más diversos matices; tiene flancos de derecha y de izquierda, se encuentra en ella gente que ha descendido hasta el nacionalismo y el antisemitismo, etc., y hay otra que no puede ser culpada de eso; hay quienes desprecian muchos legados de la “herencia” y otros que tratan, dentro de lo posible (es decir, dentro de lo posible para un populista), de preservarla. Ninguno de los “discípulos rusos” ha negado esa diversidad de matices; el señor Mijailovsky no podría acusar a ninguno de ellos de haber atribuido las concepciones de un *narodnik* de un cierto matiz a las de un *narodnik* de otro matiz. Pero si estamos en contra de las concepciones fundamentales que son comunes a todos esos matices, ¿para qué nos vamos a ocupar de las diferencias de detalle de una corriente general? ¡Es una exigencia que carece totalmente de sentido! El hecho de que los escritores que están muy lejos de ser solidarios en todo sustenten las mismas concepciones sobre el capitalismo ruso, sobre la “comunidad” rural, sobre la omnipotencia de la llamada “sociedad”, ha sido señalada más de una vez en nuestra literatura, mucho

antes de la aparición de los "discípulos" y no sólo ha sido señalada, sino también ensalzada como una feliz particularidad de Rusia. El término "narodniki", en el amplio sentido de la palabra, fue también empleado en nuestra literatura mucho antes de la aparición de los "discípulos". El señor Mijailovsky no sólo colaboró muchos años en la misma revista junto al "narodnik" (en el sentido estrecho de la palabra) señor V. V., sino también compartió con él los rasgos fundamentales, anteriormente señalados, de esas concepciones. Al refutar en las décadas del 80 y del 90 las diversas conclusiones del señor V. V., y rechazar por incorrectas sus incursiones en el campo de la sociología abstracta en esos mismos años, el señor Mijailovsky, sin embargo, hacía la salvedad de que su crítica no iba dirigida, ni mucho menos, contra los trabajos de dicho señor sobre temas económicos y que se solidarizaba con él en las concepciones fundamentales sobre el capitalismo ruso. Por eso, si ahora los pilares de *Russkoye Bogatstvo*, que tanto han hecho por el desarrollo, afianzamiento y divulgación de las concepciones narodnikis (en el amplio sentido de esta palabra), piensan librarse de la crítica de los "discípulos rusos" mediante la simple declaración de que no son "narodniki" (en el estrecho sentido de la palabra), que constituyen una "escuela ético-social" completamente distinta, ello, por supuesto, sólo puede provocar la burla justificada ante personas tan valientes y al mismo tiempo tan diplomáticas.

En la página 182 de su artículo el señor Mijailovsky saca a relucir en contra de los "discípulos" este otro argumento descomunal. El señor Kamensky ataca insidiosamente a los narodniki²⁵; esto, ténganlo en cuenta, "es síntoma de que está enojado, pero no tiene derecho alguno a ello [¡sic!]. Nosotros, los que somos 'viejos subjetivistas', así como los 'jóvenes subjetivistas', sin entrar en contradicción con nosotros mismos, no nos permitimos esta debilidad. Pero los representantes de la teoría 'justamente orgullosa de su inexorable objetividad' [expresión de uno de los "discípulos"] se hallan en otra situación".

¿Qué significa esto!? Si la gente reclama que las concepciones sobre los fenómenos sociales se basen inexorablemente en un análisis objetivo de la *realidad* y de la verdadera evolución, ¿hay que deducir de ello que no tiene derecho a enojarse!? ¡Esto es simplemente un galimatías, charlatanería absoluta! ¿No ha oído usted, señor Mijailovsky, que el famoso tratado sobre *El capital* es considerado como uno de los mejores modelos de objetividad inexorable en la investigación de los fenómenos sociales? Para numerosos sabios y economistas el defecto más grave y fundamental de este tratado es precisamente su inexorable objetividad. Y sin embargo en ese extraordinario tratado científico hallarán ustedes tanto "sentimiento", tantos ardientes y apasionados ataques polémicos contra los representantes de las concepciones atrasadas, contra los representantes de aquellas clases sociales que, a juicio del autor, frenan el desarrollo social... El escritor que con inexorable objetividad ha demostrado que las concepciones de Proudhon, por ejemplo, son el reflejo natural, comprensible e inevitable de los puntos de

²⁵ N. Kamensky es un pseudónimo de G. Plejanov [NdE].

vista y del espíritu del *petit bourgeois* francés, "ha arremetido", sin embargo, con ira y ardor apasionados contra ese ideólogo de la pequeñoburguesía. ¿No supondrá el señor Mijailovsky que aquí Marx "se contradice"? Si una doctrina determinada exige a todo militante social que la acepta un análisis inexorablemente objetivo de la realidad y de las relaciones que sobre la base de esta última se forman entre las diversas clases, ¿mediante qué milagro se puede extraer de aquí la conclusión de que ese militante no debe simpatizar con esta o aquella clase, que "no tiene derecho" a ello? Es hasta ridículo hablar aquí del deber, puesto que ningún ser viviente puede colocarse al margen de una u otra clase (tan pronto haya comprendido la correlación mutua entre ellas), no puede dejar de alegrarse con el éxito de esa clase, ni dejar de sentir amargura por sus fracasos; no puede dejar de sentir indignación contra los que se manifiestan hostiles a ella, contra los que ponen trabas a su desarrollo difundiendo concepciones atrasadas, etc., etc. La fútil argucia del señor Mijailovsky sólo demuestra que hasta hoy se ha orientado mal en el muy elemental problema de saber lo que distingue el determinismo del fatalismo.

"¡El capital está en marcha! Es indudable —escribe el señor Mijailovsky—, pero ¡isic! el problema está en saber cómo recibirlo" (p. 189).

El señor Mijailovsky descubre América, señala un "problema" en el cual los "discípulos rusos", evidentemente, ni siquiera habían pensado! ¡Sin duda no es la discrepancia sobre este problema lo que separó a los "discípulos rusos" de los *narodniki*! Sólo se puede "tener" dos actitudes con respecto al capitalismo que se está desarrollando en Rusia: reconociéndolo como fenómeno progresista o como fenómeno regresivo; como un paso adelante en el verdadero camino o como una desviación de este; apreciándolo desde el punto de vista de clase de los pequeños productores, a los que el capitalismo aniquila, o desde el punto de vista de clase de los productores desposeídos creados por el capitalismo. No hay término medio²⁶. Por consiguiente, si el señor Mijailovsky considera que la actitud de los "discípulos" frente al capitalismo no es justa quiere decir que acepta la posición de los *narodniki*, la misma que muchas veces expuso en artículos anteriores con toda precisión. El señor Mijailovsky no ha presentado ni presenta agregado ni modificación alguna en sus viejas concepciones sobre este problema; sigue siendo *narodnik*. ¡Oh, de ninguna manera! Él no es *narodnik*. ¡Válgame Dios! Él es representante de la "escuela ético-sociológica"...

"Mejor es que no hablen de los bienes futuros [??] que ha de traer [?] el posterior desarrollo del capitalismo", continúa diciendo el señor Mijailovsky.

No es *narodnik*. Sólo se limita a repetir íntegramente los errores de los populistas y los métodos incorrectos de sus razonamientos. Cuántas veces se ha insistido

²⁶ No hablamos, claro está, de la actitud que no considera necesario en absoluto guiarse por los intereses del trabajo, o para la cual la propia generalización expresada por el término "capitalismo" es incomprensible e ininteligible. Por más importantes que sean en la vida rusa las corrientes del pensamiento social aquí incluidas, nada tienen que ver en absoluto en la polémica entre los *narodniki* y sus adversarios, y no hay para qué introducir confusión en ellas.

ante los *narodniki* en que semejante formulación del problema sobre "el porvenir" es incorrecto, que no se trata de las "futuras", sino de las reales modificaciones progresistas de las relaciones precapitalistas que ya se están operando, modificaciones que trae (y no que traerá) el desarrollo del capitalismo en Rusia. En el fondo, al trasladar el problema al terreno "del porvenir" el señor Mijailovsky considera como demostradas precisamente las afirmaciones que los "discípulos" refutan. Considera como demostrado que en la realidad, en todo lo que sucede ante nuestros ojos, el desarrollo del capitalismo no aporta modificación progresista alguna a las viejas relaciones económicas y sociales. En esto consiste precisamente la concepción *narodnik* y contra ella polemizan los "discípulos rusos", quienes demuestran lo contrario. No hay un solo libro publicado por los "discípulos rusos" en el que no se hable y se demuestre que la sustitución del pago en trabajo por el trabajo asalariado libre en la agricultura, que la sustitución de la llamada industria "artesanal" por la fabril es un fenómeno real que se produce (y con enorme velocidad) ante nuestros ojos y de ninguna manera un fenómeno sólo "del porvenir"; que esta sustitución es un fenómeno progresista en todos los aspectos; que destruye la producción manual, pequeña, rutinaria y dispersa que se caracteriza por su secular inmovilidad y estancamiento; que aumenta la productividad del trabajo social y crea con ello la posibilidad de elevar el nivel de vida del trabajador; que crea las condiciones para la transformación de esa posibilidad en necesidad, es decir, que transforma al "proletariado sedentario", abandonado "en un rincón perdido", estancado, tanto en el sentido físico como moral, en un ser con posibilidades de movimiento; que europeiza las formas asiáticas de trabajo, con sus infinitas formas de servidumbre y de dependencia personal; que "el modo europeo de pensar y de sentir no es menos necesario [obsérvese; necesario, V. I.] que el vapor, la huella, la técnica, etc., para la efectiva utilización de las máquinas"²⁷, etc. Todo esto lo dice y lo demuestra, repetimos, cada "discípulo", pero todo esto, por lo visto, nada tiene que ver con el señor Mijailovsky "y compañía": todo esto se escribe sólo contra los "*narodniki*" que "no están conectados" a *Russkoye Bogatstvo*. *Russkoye Bogatstvo*, como vemos, es una "escuela ético-sociológica" cuya misión consiste en hacer pasar los trastos viejos bajo el manto de una nueva bandera.

Tal como ya lo señalamos antes, el objetivo de nuestro artículo es el de refutar las invenciones, muy difundidas en la prensa liberal *narodnik*, acerca de que los "discípulos rusos" reniegan de la "herencia", rompen con las mejores tradiciones de la mejor parte de la sociedad rusa, etc. No carecerá de interés destacar que el señor Mijailovsky, al repetir estas trilladas frases, ha dicho, en el fondo, exactamente lo mismo que dijo antes que él, y de manera más categórica, el "*narodniki*" "no conectado" a *Russkoye Bogatstvo*, el señor V. V. ¿Conoce el lector los artículos que publicó este autor en *Nedelja* hace tres años, a fines de

²⁷ Palabras de Schulze-Gaevernitz en *Schollers Jahrbuch*, 1896, en su artículo sobre la industria algodonera de Moscú-Vladimir.

1894, en respuesta al libro del señor P. Struve? A decir verdad, a mi juicio, no ha perdido nada si no los conoce. La idea fundamental de dichos artículos consiste en que "los discípulos rusos" rompen el hilo democrático que se extiende a lo largo de todas las corrientes progresistas del pensamiento social ruso. Pero ¿acaso esto no es lo mismo -aunque con palabras distintas- que lo que ahora repite el señor Mijailovsky cuando acusa a los "discípulos" de renunciar a la "herencia" contra la que malignamente arremete *Moskovskije Vedomosti*? En realidad, como ya lo hemos visto, los autores de esta invención achacan a otros su afirmación absurda de que la ruptura definitiva de los "discípulos" con el *populismo* significa la ruptura con las mejores tradiciones de la mejor parte de la sociedad rusa. ¿No será al revés, señores? ¿No significa esta ruptura limpiar de *populismo* estas mejores tradiciones?

SOBRE LAS HUELGAS¹

En los últimos años las huelgas obreras se han vuelto extraordinariamente frecuentes en Rusia. No existe una sola provincia industrial donde no haya habido varias huelgas. En cuanto a las grandes ciudades, las huelgas no cesan. Se comprende, pues, que los obreros conscientes y los socialistas se planteen cada vez más a menudo la cuestión del significado de las huelgas, de las formas de llevarlas a cabo y de las tareas que los socialistas se proponen al participar en ellas.

Queremos intentar una exposición de algunas ideas sobre estos problemas. En el primer artículo pensamos hablar del significado de las huelgas en el movimiento obrero en general; en el segundo, de las leyes rusas contra las huelgas, y, en el tercero, de cómo se han desenvuelto y se desenvuelven las huelgas en Rusia y cuál debe ser la actitud de los obreros conscientes ante ellas².

En primer término es preciso buscar una explicación para el nacimiento y la difusión de las huelgas. Quien recuerde todos los casos de huelga conocidos por su propia experiencia personal, por los relatos de otros o por los periódicos verá enseguida que las huelgas surgen y se extienden allí donde aparecen y se multiplican las grandes fábricas. De las más importantes, en las que trabajan centenares (y a veces miles) de obreros, apenas se encontrará una donde no haya habido huelgas. Cuando en Rusia las grandes fábricas eran pocas escaseaban las huelgas, pero son cada vez más frecuentes desde que aquellas aumentan con rapidez, tanto en las antiguas localidades fabriles como en las nuevas ciudades y aldeas industriales.

¿Por qué la gran producción fabril conduce siempre a las huelgas? Porque el capitalismo lleva necesariamente a la lucha de los obreros contra los patrones y cuando la producción se realiza en gran escala esa lucha se convierte necesariamente en lucha huelguística.

Aclaremos esto.

Se denomina capitalismo a la organización de la sociedad en que la tierra, las fábricas, los instrumentos de producción, etc., pertenecen a un pequeño número

¹ Escrito a fines de 1899. Se publicó de acuerdo con un manuscrito copiado por N. Krupskaya y fue publicado por primera vez en 1924, en la revista *Proletarskaya Revoliutsia* números 8-9.

² Al parecer, sólo se ha conservado (y publicado) el primer artículo; los dos restantes se han perdido o no fueron escritos [Nde].

de terratenientes y capitalistas, mientras la masa del pueblo no posee ninguna ó casi ninguna propiedad y debe, por lo mismo, alquilar su fuerza de trabajo. Los terratenientes y los fabricantes contratan a los obreros, los obligan a producir unos u otros artículos, que ellos venden en el mercado. Los patrones abonan a los obreros únicamente el salario imprescindible para que estos y sus familiares puedan apenas subsistir, y todo lo que el obrero produce por encima de esa cantidad de productos necesaria para su mantenimiento se lo embolsa el patrón; eso constituye su ganancia. Por lo tanto, en la economía capitalista, la masa del pueblo trabaja por contrato para otros; no trabaja para sí, sino para los patrones, y lo hace por un salario. Se comprende que los patrones tratan siempre de reducir el salario: cuanto menos entregan a los obreros, más ganancia les queda. En cambio, los obreros tratan de obtener el mayor salario posible para poder dar a su familia una alimentación abundante y sana, vivir en una buena casa y vestirse, no como pordioseros, sino como se viste todo el mundo. Por lo tanto, entre patrones y obreros existe una lucha constante por el salario: el patrón tiene libertad para contratar al obrero que le venga en gana, por lo cual busca el más barato. El obrero tiene libertad para alquilarse al patrón que quiera, y busca el más caro, el que pague más. Trabaje en el campo o en la ciudad, alquile sus brazos a un terrateniente, a un campesino rico, a un contratista o a un fabricante, el obrero siempre regatea con el patrón, lucha contra él por el salario.

Pero ¿puede sostener esta lucha por sí solo? Cada vez es mayor el número de obreros: los campesinos se arruinan y emigran de las aldeas a las ciudades y a las fábricas. Los terratenientes y los fabricantes introducen máquinas que dejan sin trabajo a los obreros. En las ciudades aumenta sin cesar el número de desocupados y en las aldeas el de gente reducida a la miseria; la existencia de un pueblo hambriento hace que bajen cada vez más los salarios. Al obrero le resulta imposible luchar él solo contra el patrón. Si exige mejor salario o no acepta la rebaja del mismo, el patrón contestará: vete a otra parte, son muchos los hambrientos que esperan a la puerta de la fábrica y estarán contentos de trabajar aunque sea por un salario bajo.

Cuando la ruina del pueblo llega a tal grado que en las ciudades y en las aldeas hay siempre masas de desocupados, cuando los fabricantes amasan enormes fortunas y los pequeños propietarios son desplazados por los millonarios, entonces el obrero aislado se convierte en un hombre *absolutamente desahogado* frente al capitalista. A este le es posible aplastar por completo al obrero, condenarlo a muerte en un trabajo de esclavos, y no sólo a él, sino también a su mujer y a sus hijos. En efecto, tomemos las industrias en que los obreros no han conseguido aún la protección de la ley y no pueden ofrecer resistencia a los capitalistas y comprobaremos que la jornada es increíblemente larga, hasta de diecisiete y diecinueve horas, que criaturas de cinco o seis años realizan un trabajo exenuante y que los obreros padecen hambre constantemente, condenados a una muerte lenta. Un ejemplo es el de los que trabajan a domicilio para los capitalistas; ¡pero cada obrero recordará otros muchos ejemplos! Ni siquiera bajo la esclavitud y bajo

el régimen de servidumbre existió jamás una opresión tan tremenda del pueblo trabajador como la que sufren los obreros cuando no pueden oponer resistencia a los capitalistas, ni conquistar leyes que limiten la arbitrariedad patronal.

Pues bien, para no llegar a verse reducidos a tales extremos, los obreros inician la lucha más porfiada. Como advierten que cada uno de ellos por sí solo nada puede y que pende sobre él la amenaza de perecer bajo el yugo del capital, los obreros empiezan a alzarse juntos contra sus patrones. Comienzan las huelgas obreras. Al principio es frecuente que los obreros no tengan ni siquiera una idea clara de lo que tratan de conseguir, no comprenden *por qué* actúan así: simplemente rompen las máquinas y destruyen las fábricas. Lo único que desean es dar a conocer a los patrones su indignación, prueban sus fuerzas mancomunadas para salir de una situación insostenible, sin saber aún por qué su situación es tan desesperada y cuáles deben ser sus aspiraciones.

En todos los países la indignación de los obreros comenzó con disturbios aislados, con motines, como los llaman en nuestro país la Policía y los patrones. En todos los países estos disturbios dieron lugar, por un lado, a huelgas más o menos pacíficas y, por otro, a una lucha multilateral de la clase obrera por su emancipación.

¿Cuál es el significado de las huelgas (o paros) en la lucha de la clase obrera? Para responder a esta pregunta debemos tener primero una visión más amplia de las huelgas. Si el salario del obrero se determina como hemos explicado —por un convenio entre el patrón y el obrero—, y si cada obrero por sí solo es en todo sentido impotente, resulta claro que los obreros deben necesariamente defender juntos sus reivindicaciones, recurrir a las huelgas para impedir que los patrones rebajen el salario o para lograr un salario más alto. Y, en efecto, no existe país capitalista alguno en el que no estallen huelgas obreras. En todos los países europeos y en América los obreros se sienten impotentes cuando actúan individualmente; sólo pueden oponer resistencia a los patrones si están unidos, bien declarándose en huelga, bien amenazando con ella. Y cuanto más se desarrolla el capitalismo, cuanto mayor es la rapidez con que crecen las grandes fábricas, cuanto más son desplazados los pequeños capitalistas por los grandes, más imperiosa es la necesidad de una resistencia conjunta de los obreros, porque se agrava la desocupación, se agudiza la competencia entre los capitalistas, que tratan de producir las mercancías lo más baratas posible (para lo cual es preciso pagar a los obreros lo menos posible) y se acentúan las oscilaciones de la industria y las crisis³. Cuando la industria prospera los patrones obtienen grandes beneficios y no piensan en compartirlos con los obreros; pero durante las crisis

³ Sobre las crisis en la industria y su significado para los obreros hablemos algún día con más detalle. Ahora observamos sólo que, en los últimos años, los asuntos industriales en Rusia han ido de mil maravillas, la industria "ha prosperado", pero ahora (a fines de 1899) se observan ya claros síntomas de que esta "prosperidad" desembocará en la crisis: dificultades para la venta de mercancías, quiebras de fabricantes, ruina de pequeños propietarios y terribles calamidades para los obreros (desocupación, disminución del salario, etcétera).

tratan de cargar las pérdidas sobre los obreros. La necesidad de las huelgas en la sociedad capitalista está tan reconocida por todos en los países europeos que allí la ley no las prohíbe; sólo en Rusia han quedado bárbaras leyes contra las huelgas (de estas leyes y de su aplicación hablaremos en otro momento).

Pero las huelgas, que son determinadas por la naturaleza misma de la sociedad capitalista, significan el comienzo de la lucha de la clase obrera contra esa estructura de la sociedad. Cuando con los potentados capitalistas se enfrentan obreros desposeídos que actúan individualmente, ello equivale a la total esclavización de los obreros. Pero cuando estos obreros desposeídos se unen la cosa cambia. No hay riquezas que puedan reportar provecho a los capitalistas si estos no encuentran obreros dispuestos a trabajar con los instrumentos y los materiales de los capitalistas y a producir nuevas riquezas. Cuando los obreros se enfrentan individualmente con los patrones siguen siendo verdaderos esclavos, que trabajan siempre para un extraño por un pedazo de pan, como asalariados siempre sumisos y silenciosos. Pero cuando proclaman juntos sus reivindicaciones y se niegan a someterse a quien tiene la bolsa de oro, entonces dejan de ser esclavos, se convierten en seres humanos y comienzan a exigir que su trabajo no sólo sirva para enriquecer a un puñado de parásitos, sino que también permita a los trabajadores vivir como seres humanos. Los esclavos empiezan a presentar la reivindicación de convertirse en amos: trabajar y vivir, no como quieren los terratenientes y los capitalistas que lo hagan, sino como quieran hacerlo los propios trabajadores. Las huelgas infunden siempre tal espanto a los capitalistas porque comienzan a socavar su dominio. "Todas las ruedas se detienen, si así lo quiere tu brazo vigoroso", dice sobre la clase obrera una canción de los obreros alemanes. En efecto: las fábricas, las fincas de los terratenientes, las máquinas, los ferrocarriles, etc., etc., son, por decirlo así, ruedas de un enorme mecanismo: este mecanismo suministra distintos productos, los elabora, los distribuye adonde es menester. Todo este mecanismo lo mueve *el obrero*, que cultiva la tierra, extrae el mineral, elabora las mercancías en las fábricas, construye casas, talleres y líneas férreas. Cuando los obreros se niegan a trabajar, todo este mecanismo amenaza con paralizarse. Cada huelga recuerda a los capitalistas que los verdaderos amos no son ellos, sino los obreros, que proclaman sus derechos con creciente fuerza. Cada huelga recuerda a los obreros que su situación no es desesperada y que no están solos. Véase qué enorme influencia ejerce una huelga, tanto sobre los huelguistas como sobre los obreros de las fábricas vecinas o próximas, o de las fábricas de la misma rama industrial. En tiempos normales, pacíficos, el obrero arrastra en silencio su carga, no discute con el patrón ni reflexiona sobre su situación. Durante una huelga, proclama en voz alta sus reivindicaciones, recuerda a los patrones todos los atropellos de que ha sido víctima, proclama sus derechos, no piensa solamente en sí mismo ni en su salario, sino que piensa también en todos sus camaradas, que han abandonado el trabajo junto con él y que defienden la causa obrera sin temor a las privaciones. Toda huelga acarrea al obrero gran número de privaciones, terribles privaciones, que sólo pueden compararse con

las calamidades de la guerra: hambre en la familia, pérdida del salario, a menudo detenciones, expulsión de la ciudad donde residía y trabajaba. Y a pesar de todas estas calamidades los obreros desprecian a quienes abandonan a sus camaradas y entran en componendas con el patrón. A pesar de las calamidades de la huelga, los obreros de las fábricas vecinas sienten entusiasmo cuando ven que sus camaradas han iniciado la lucha. "Los hombres que resisten tales calamidades para quebrar la oposición de un burgués sabrán quebrar también la fuerza de toda la burguesía", decía un gran maestro del socialismo, Engels, hablando de las huelgas de los obreros ingleses. Con frecuencia, basta que se declare en huelga una fábrica para que inmediatamente comience una serie de huelgas en otras muchas fábricas. ¡Tan grande es la influencia moral de las huelgas, tan contagiosa es la influencia que sobre los obreros ejerce el ver a sus camaradas que, aunque sólo sea temporalmente, se convierten de esclavos son personas con los mismos derechos que los ricos! Toda huelga infunde con enorme fuerza a los obreros la idea del socialismo: la idea de la lucha de toda la clase obrera por su emancipación del yugo del capital. Es muy frecuente que, antes de una gran huelga, los obreros de una fábrica o de una rama industrial o una ciudad cualquiera no conozcan casi el socialismo ni piensen en él, pero que después de la huelga se extiendan cada vez más entre ellos los círculos y las asociaciones y sean más y más los obreros que se hacen socialistas.

La huelga enseña a los obreros a comprender cuál es la fuerza de los patrones y cuál la de los obreros: enseña a pensar, no sólo en su patrón ni en sus camaradas más próximos, sino en todos los patrones, en toda la clase capitalista y en toda la clase obrera. Cuando un patrón que ha amasado millones a costa del trabajo de varias generaciones de obreros no accede al más modesto aumento del salario e inclusive intenta reducirlo todavía más y, si los obreros ofrecen resistencia, arroja a la calle a miles de familias hambrientas, entonces resulta claro para los obreros que toda la clase capitalista es enemiga de toda la clase obrera y que los obreros pueden confiar sólo en sí mismos y en su acción conjunta. Ocurre muy a menudo que un patrón hace todo lo posible para engañar a los obreros, presentarse ante ellos como un benefactor, encubrir la explotación de sus obreros con una dádiva cualquiera, con cualquier promesa falaz. Cada huelga destruye siempre de golpe este engaño, mostrando a los obreros que su "benefactor" es un lobo con piel de cordero.

Pero la huelga, además, abre los ojos a los obreros, no sólo en lo que se refiere a los capitalistas, sino también en lo que respecta al Gobierno y a las leyes. Del mismo modo que los patrones se esfuerzan por aparecer como benefactores de los obreros, así también los funcionarios y sus lacayos se esfuerzan por convencer a aquellos de que el zar y el Gobierno zarista se preocupan de los patrones y de los obreros por igual, con espíritu de justicia. El obrero no conoce las leyes y no se codea con los funcionarios, en particular con los altos, por lo que frecuentemente da crédito a todo esto. Pero estalla una huelga, se presentan en la fábrica el fiscal, el inspector fabril, la Policía y a menudo las

tropas, y entonces los obreros se enteran de que han violado la ley: ¡la ley permite a los fabricantes reunirse y discutir abiertamente cómo reducir el salario de los obreros, mientras que estos son tildados de delincuentes por reunirse y tratar de ponerse de acuerdo! Desalojan a los obreros de sus viviendas, la Policía cierra las tiendas en que podrán adquirir comestibles a crédito y se intenta azuzar a los soldados contra los obreros, inclusive cuando estos mantienen una actitud serena y pacífica. Se llega a dar a los soldados la orden de abrir fuego contra los obreros, y cuando matan a trabajadores indefensos tirando por la espalda a la multitud que huía, el propio zar manifiesta su gratitud a las tropas (así lo hizo con los soldados que mataron a huelguistas en 1895 en Yaroslavl). Para todo obrero resulta claro que el Gobierno zarista es su peor enemigo, que defiende a los capitalistas y maniat a los obreros. Comienza a comprender que las leyes se dictan en beneficio exclusivo de los ricos, que también los funcionarios defienden los intereses de los ricos, que al pueblo trabajador se le tapa la boca y no se le permite expresar sus necesidades y que la clase obrera debe necesariamente arrancar el derecho de huelga, publicar periódicos obreros y participar en una asamblea popular representativa, encargada de promulgar las leyes y velar por su cumplimiento. A su vez, el Gobierno comprende muy bien que las huelgas abren los ojos a los obreros, y por ese motivo les tiene tanto miedo y trata a toda costa de sofocarlas lo antes posible. Un ministro de Interior alemán, que adquirió fama por su enconada persecución contra los socialistas y los obreros conscientes, no sin motivo declaró en una ocasión ante los representantes del pueblo: "Tras cada huelga asoma la hidra [monstruo] de la revolución". En cada huelga crece y se desarrolla en los obreros la conciencia de que el Gobierno es su enemigo y de que la clase obrera debe prepararse para luchar contra él por los derechos del pueblo.

Las huelgas, por lo tanto, enseñan a los obreros a unirse, les hacen ver que sólo unidos pueden sostener la lucha contra los capitalistas, les enseñan a pensar en la lucha de toda la clase obrera contra toda la clase patronal y contra el Gobierno autocrático y policíaco. Por eso los socialistas llaman a las huelgas "escuela de guerra", escuela en la que los obreros aprenden a librar la guerra contra sus enemigos por la emancipación de todo el pueblo, de todos los trabajadores, del yugo de los funcionarios y del yugo del capital.

Pero la "escuela de guerra" no es la guerra misma. Cuando las huelgas se difunden, algunos obreros (y algunos socialistas) comienzan a pensar que la clase obrera puede limitarse a las huelgas y a las cajas o sociedades de resistencia, que las huelgas por sí solas pueden procurar una gran mejora de su situación y aun su emancipación. Cuando ven la fuerza que representan la unión de los obreros e incluso sus pequeñas huelgas, algunos piensan que a la clase obrera le basta con declarar la huelga general en todo el país para conseguir de los capitalistas y del Gobierno todo lo que quieran. Esta opinión la expresaron también los obreros de otros países cuando el movimiento obrero estaba en su etapa inicial y los obreros contaban aún con muy poca experiencia. *Pro esta*

opinión es errónea. Las huelgas son uno de los medios de lucha de la clase obrera por su emancipación, pero no el único, y si los obreros no prestan atención a otros medios de lucha demoran el desarrollo y los éxitos de la clase obrera. En efecto, para que las huelgas tengan éxito son necesarias las cajas de resistencia, a fin de mantener a los obreros mientras dure el conflicto. Estas cajas obreras (usualmente las de trabajadores de ramas industriales aisladas, oficios aislados o talleres) se mantienen en todos los países, pero en Rusia esto es muy difícil, porque la Policía las persigue, se apodera del dinero y detiene a los obreros.

Naturalmente, los obreros saben resguardarse de la Policía; por supuesto, la organización de estas cajas es útil y no queremos disuadir a los obreros de que se ocupen de esto. Pero no se debe confiar en que, estando prohibidas por la ley, las cajas obreras puedan atraer a muchos contribuyentes; y mientras el número de cotizantes sea escaso dichas cajas no reportarán gran utilidad. Además, aun en los países en que existen libremente las asociaciones obreras y en los que son muy fuertes las cajas la clase obrera de ningún modo puede limitarse en su lucha a las huelgas. Basta con que sobrevengan dificultades en la industria (una crisis, como la que, por ejemplo, se acerca ahora en Rusia) para que los patrones provoquen en forma premeditada las huelgas, porque a veces les conviene suspender temporalmente el trabajo, les resulta provechoso que las cajas obreras agoten sus fondos. De ahí que los obreros no puedan, en modo alguno, circunscribirse a las huelgas y a las sociedades de resistencia. En segundo lugar, las huelgas sólo pueden tener éxito cuando los obreros poseen ya suficiente conciencia, cuando saben elegir el momento para declararlas y presentar reivindicaciones, cuando mantienen contacto con los socialistas y reciben de ellos volantes y folletos. Pero hay todavía pocos obreros así en Rusia y es necesario orientar todos los esfuerzos a aumentar su número, hacer conocer la causa obrera a las masas obreras, esclarecerlas sobre el socialismo y la lucha obrera. Esta es la misión que deben asumir los socialistas y los obreros conscientes, organizando para ello el partido obrero socialista. En tercer lugar, las huelgas muestran a los obreros, como hemos visto, que el Gobierno es su enemigo y que es preciso luchar contra él. En efecto, han enseñado gradualmente a la clase obrera, en todos los países, a luchar contra los Gobiernos por los derechos de los obreros y de todo el pueblo. Como ya hemos dicho, esta lucha sólo puede llevarla a cabo el partido obrero socialista, difundiendo entre los obreros las ideas justas sobre el Gobierno y sobre la causa obrera. En otra ocasión nos referiremos en particular a cómo se realizan en Rusia las huelgas y a cómo deben utilizarlas los obreros conscientes. Por ahora debemos indicar que son, como ya hemos anotado más arriba, una "escuela de guerra", pero no la guerra misma; sólo son uno de los medios de lucha, una de las formas del movimiento obrero. De las huelgas aisladas los obreros pueden y deben pasar, y pasan realmente en todos los países, a la lucha de toda la clase obrera por la emancipación de todos los trabajadores. Cuando todos los obreros conscientes se convierten en socialistas, es decir, cuando tienden a esta emancipación,

cuando se unen en todo el país para difundir entre los obreros el socialismo y enseñarles todos los medios de lucha contra sus enemigos, cuando organizan el partido obrero socialista, que lucha por liberar a todo el pueblo de la opresión del Gobierno y por emancipar a todos los trabajadores del yugo del capital, sólo entonces la clase obrera se incorpora plenamente al gran movimiento de los obreros de todos los países, que agrupa a todos los obreros y enarbola en alto la bandera roja en la que están inscritas estas palabras: "¡Proletarios de todos los países, uníos!".

¿QUÉ HACER?

PROBLEMAS CANDENTES DE NUESTRO MOVIMIENTO¹

"La lucha interna le da al partido la fuerza y la vitalidad: la prueba más grande de la debilidad del partido es su amorfoso y la ausencia de fronteras claramente delimitadas; el partido se fortalece depurándose".
Extracto de una carta de Lassalle a Marx, 24 de junio de 1852

¹ Publicado por primera vez como libro en marzo de 1902. Reeditado en la compilación *En doce años* (1907).

PREFACIO

Según el plan inicial del autor, el presente folleto debía consagrarse a desarrollar en detalle las ideas expuestas en el artículo "¿Por dónde empezar?" (*Izba* N.º 4, mayo de 1901). Comenzaremos por pedir disculpas al lector por el retraso con que cumplimos nuestra promesa (que reiteramos en respuesta a muchos requerimientos y cartas particulares). Una de las causas de dicha tardanza fue la tentativa de unificar todas las organizaciones socialdemócratas en el extranjero, tarea cuya ejecución práctica emprendimos en junio del año pasado (1901). Era natural esperar los resultados de nuestra gestión, pues, de haber alcanzado éxito, tal vez habría sido necesario encarar con un criterio un tanto diferente las ideas de *Izba* en materia de organización; pero, sea como fuere, ese éxito hubiese augurado un rápido fin a la existencia de dos corrientes en la socialdemocracia rusa. Como el lector sabe, el intento fracasó porque, como trataremos de demostrar, no podía terminar de otro modo después del nuevo viraje de *Rabocheye Dielo* hacia el "economismo" en su número 10. Fue necesario emprender una lucha decidida contra esa orientación vaga y poco definida, pero que por ello mismo resultaba persistente y podía resurgir en las formas más variadas. Por tales razones tuvimos que modificar y ampliar considerablemente el plan inicial del folleto.

El tema principal debía abarcar tres problemas, planteados en el artículo "¿Por dónde empezar?", a saber: el carácter y contenido principal de nuestra agitación política, nuestras tareas de organización y el plan de estructurar, simultáneamente y en distintos lugares, una organización de lucha para toda Rusia. Estos problemas interesan desde hace mucho tiempo al autor, quien trató de plantearlos en *Rabochaya Gazeta* en ocasión de una de las tentativas infructuosas de reanudar su publicación (véase el capítulo V). Mas el propósito inicial de limitarse, en este folleto, a examinar esos tres temas y exponer en lo posible nuestras ideas en forma positiva, sin recurrir o casi sin recurrir a la polémica, resultó completamente irrealizable por dos razones. Por una parte, el "economismo" tenía bastante más vitalidad de lo que suponíamos (empleamos el término "economismo" en su sentido amplio, como se explicó en *Izba* N.º 12 [diciembre de 1901], en el artículo "Conversación con los defensores del economismo", donde se da, por así decirlo, un resumen del presente folleto). Ya no cabía duda de que los distintos conceptos sobre el modo de resolver esos tres problemas se explican mucho más por un antagonismo radical entre las dos orientaciones de la socialdemocracia rusa que por divergencias sobre detalles. Por otra parte, la perplejidad de los economistas al ver que *Izba* sostenía nuestras concepciones

en la práctica puso de manifiesto que a menudo hablamos lenguajes literalmente distintos; que, debido a ello, *no podemos* llegar a acuerdo alguno sin comenzar *ab ovo*³, que es necesario intentar una "explicación" *sistemática* en la forma más popular posible, sobre la base del mayor número posible de ejemplos concretos, con *todos* los economistas, en lo referente a *todos* los puntos fundamentales de nuestras discrepancias. Y por eso resolví intentar la "explicación" con plena conciencia de que ello aumentaría considerablemente la extensión del folleto y retardaría su aparición; no veía *otra* posibilidad de cumplir la promesa hecha en "¿Por dónde empezar?". Por consiguiente, a las disculpas por el retraso debo añadir las excusas por los enormes defectos del folleto en lo que a forma literaria se refiere; tuve que trabajar con *una precipitación extrema* y además fui interrumpido por otras tareas que reclamaban mi atención.

El análisis de las tres cuestiones arriba indicadas sigue constituyendo el tema principal del folleto, no obstante lo cual me fue necesario comenzar por dos preguntas de carácter más general: ¿por qué una consigna tan "ingenua" y "natural" como la de "libertad de crítica" debería ser para nosotros un verdadero grito de guerra?; ¿por qué no podemos llegar a un acuerdo ni siquiera en la cuestión fundamental del papel de la socialdemocracia en relación con el movimiento espontáneo de masas? Además, la exposición de nuestros conceptos sobre el carácter y el contenido de la agitación política se convirtió en una explicación de la diferencia entre la política tradeunionista y la socialdemócrata, y la exposición de las tareas de organización, en una explicación de la diferencia entre los métodos primitivos de trabajo, que satisfacen a los "economistas", y la organización de revolucionarios, que consideramos indispensable. Por otra parte, insisto en el "plan" de un periódico político destinado a toda Rusia porque las objeciones contra él eran inconsistentes y porque, en el fondo, no se dio una respuesta al interrogante planteado en "¿Por dónde empezar?" acerca de cómo podríamos emprender, en todas partes a la vez, la creación de la organización que necesitamos. Por último, en la parte final del folleto espero demostrar que hemos hecho todo lo que dependía de nosotros para impedir una ruptura definitiva con los "economistas", ruptura que, sin embargo, resultó inevitable; que *Rabocheye Díelo* adquirió una significación particular, si se quiere "histórica", por haber reflejado, en la forma más completa, con el mayor relieve, no el "economismo" consecuente, sino más bien la dispersión y las vacilaciones que constituyen, en la historia de la socialdemocracia rusa, el rasgo distintivo *de todo un período*; que por esta razón también adquiere importancia la polémica, a primera vista demasiado minuciosa, con *Rabocheye Díelo*, pues no podemos avanzar sin liquidar definitivamente este período.

N. Lenin

Febrero de 1902

³ Desde el origen [NdE].

I. DOGMATISMO Y "LIBERTAD DE CRÍTICA"

A. ¿Qué significa la "libertad de crítica"?

La "libertad de crítica" es hoy, sin duda, la consigna más en boga, la que con más frecuencia se emplea en las discusiones entre socialistas y demócratas en todos los países. A primera vista, es difícil imaginar algo más extraño que esas solemnes alusiones a la libertad de crítica hechas por una de las partes contendientes. ¿Acaso en el seno de los partidos avanzados se han levantado voces contra la ley constitucional que en la mayoría de los países europeos garantiza la libertad de enseñanza y de investigación científica? "¡Aquí pasa algo!", se dirá toda persona ajena a la cuestión que haya oído esa consigna, repetida en todos los rincones, pero que aún no haya comprendido la esencia de las discrepancias. "Esta consigna es, al parecer, una de las expresiones convencionales que, como los apodos, son legalizadas por el uso y se convierten casi en términos genéricos".

En efecto, para nadie es un secreto que en la socialdemocracia internacional³ contemporánea se han formado dos tendencias, cuya lucha tan pronto se reaviva y estalla en llamas como se calma y adormece bajo las cenizas de imponentes "resoluciones de armisticio". Bernstein *ha dicho* y Millerand *ha mostrado* con suficiente claridad en qué consiste la "nueva" tendencia, que adopta una actitud "crítica" frente al marxismo "viejo y dogmático".

De partido de la revolución social, la socialdemocracia debe convertirse en un partido democrático de reformas sociales. Bernstein ha apoyado esta reivindicación política con toda una batería de "nuevos" argumentos y consideraciones elaborados con bastante coherencia. Se negó la posibilidad de fundamentar el socialismo de modo científico y de demostrar, desde el punto de vista de

³ Por cierto, en la historia del socialismo moderno es quizá un hecho único en su género, y extraordinariamente consolador, el de que una disputa entre distintas tendencias en el seno del socialismo se haya convertido, por primera vez, de nacional a internacional. Antea, las discusiones entre lussatianos y eisenachianos, entre guesdistas y posibilistas, entre fabianos y socialdemócratas, entre partidarios de *Narodnaya Volya* y socialdemócratas eran discusiones puramente nacionales, reflejaban particularidades netamente nacionales, se desarrollaban, por así decirlo, en distintos planos. Hoy (ahora se ve bien claro), los fabianos ingleses, los ministerialistas franceses, los bernsteinianos alemanes, los críticos rusos constituyen una sola familia; se ensalzan mutuamente, aprenden los unos de los otros y luchan en común contra el marxismo "dogmático". ¿Será posible que en este primer conflicto realmente internacional con el socialismo oportunista la socialdemocracia revolucionaria internacional se fortalezca lo suficiente para acabar con la reacción política que desde hace ya mucho tiempo impera en Europa?

la concepción materialista de la historia, su necesidad e inevitabilidad; se negó la miseria creciente, la proletarización y la acentuación de las contradicciones capitalistas; se declaró inconsistente el concepto mismo de "*objetivo final*" y se rechazó de manera terminante la idea de la dictadura del proletariado; se negó la contradicción fundamental entre el liberalismo y el socialismo; se negó *la teoría de la lucha de clases*, con el supuesto argumento de que no es aplicable a una sociedad estrictamente democrática, gobernada de acuerdo con la voluntad de la mayoría, etcétera.

Así pues, la exigencia de que la socialdemocracia revolucionaria diese un viraje decisivo hacia el socialreformismo burgués fue acompañada por un viraje no menos decisivo hacia la crítica burguesa de todas las ideas fundamentales del marxismo.

Y como esta crítica contra el marxismo se venía realizando desde hacía ya mucho tiempo en la tribuna política y las cátedras universitarias, en numerosos folletos y en una serie de obras teóricas; como toda la nueva generación de las clases ilustradas fue educada sistemáticamente, durante decenios, sobre la base de esta crítica, no es de extrañar que la "nueva" tendencia "crítica" en la socialdemocracia haya surgido de golpe, completamente acabada, como Minerva de la cabeza de Júpiter. En cuanto a su contenido, esta tendencia no tuvo que desarrollarse ni formarse; fue trasplantada directamente de la literatura burguesa a la literatura socialista.

Prosigamos. Por si la crítica teórica de Bernstein y sus aspiraciones políticas estaban aún poco claras para ciertas personas, los franceses se tomaron la molestia de demostrar sorprendentemente qué es el "nuevo método". Francia justificó, una vez más, su vieja reputación de "país en cuya historia, más que en ninguna otra parte, las luchas de clases se llevaron cada vez a su término decisivo" (Engels, del prefacio a la obra de Marx *Der 18 Brumaire*). En lugar de teorizar, los socialistas franceses pusieron manos a la obra; las condiciones políticas de Francia, más desarrolladas en el sentido democrático, les permitieron pasar enseguida al "bersteinismo práctico", con todas sus consecuencias. Millerand ofreció un brillante ejemplo de este bersteinismo práctico: ¡no en vano Bernstein y Vollmar se apresuraron a defender y a ensalzar con tanto celo a Millerand! En efecto, si la socialdemocracia es, en esencia, simplemente un partido de reformas, y debe tener el valor de reconocerlo con franqueza, un socialista no sólo tiene derecho a entrar en un ministerio burgués, sino que siempre debe aspirar a ello. Si la democracia implica, en el fondo, la supresión de la dominación de clases, ¿por qué un ministro socialista no puede deleitar a todo el mundo burgués con discursos sobre la colaboración de clases? ¿Por qué no puede seguir en el ministerio aun después de que los asesinatos de obreros por los gendarmes han puesto de manifiesto por centésima y milésima vez el verdadero carácter de la colaboración democrática de clases? ¿Por qué no participar personalmente en la felicitación que se hace llegar al Zar, a quien los socialistas franceses no dan ahora otro nombre que el de "héroe del

knot⁴, de la horca y de la deportación" (*"knout, penduc et deportatcur"*)? ¡Y a cambio de este infinito envilecimiento y autoflagelación a que llega el socialismo ante el mundo entero, de la corrupción a que se somete la conciencia socialista de las masas obreras —única base que puede asegurarnos el triunfo—, a cambio de todo esto, unos rimbombantes *projects* de miserables reformas; tan miserables de hecho que se ha logrado obtener mucho más de Gobiernos burgueses!

Quien no cierre deliberadamente los ojos no puede dejar de ver que la nueva tendencia "crítica", surgida en el seno del socialismo, no es sino una nueva variedad del *oportunismo*. Y si no juzgamos a los hombres por el brillo del uniforme que se ponen, ni por los sobrenombres pomposos que se dan, sino por sus actos y por el tipo de propaganda que realizan veremos claramente que la "libertad de crítica" es la libertad de la tendencia oportunista en la socialdemocracia, la libertad de hacer de la socialdemocracia un partido demócrata de reformas, la libertad de introducir en el socialismo ideas burguesas y elementos burgueses.

La libertad es una gran palabra, pero bajo la bandera de la libertad para la industria se desarrollaron las guerras más expoliadoras y bajo la bandera de la libertad de trabajo se despojó a los trabajadores. La misma falsedad encierra el empleo que en la actualidad se da a la expresión "libertad de crítica". Quienes están realmente convencidos de haber impulsado la ciencia no reclamarían para las nuevas concepciones la misma libertad que para las antiguas, sino la sustitución de estas últimas por las primeras. En cambio, los gritos que hoy se oyen de "¡viva la libertad de crítica!" recuerdan demasiado la fábula del tonel vacío.

Marchamos en un grupo compacto, por un camino escarpado y difícil, tomándonos fuertemente de las manos. Estamos rodeados de enemigos por todas partes y tenemos que avanzar casi siempre bajo su fuego. Nos hemos unido en virtud de una decisión libremente adoptada para luchar contra los enemigos y no para ceder, dando un traspicé, al pantano vecino, cuyos moradores nos reprochan desde el comienzo que nos hayamos separado en un grupo aparte y escogido el camino de la lucha y no el de la conciliación. Y de pronto algunos de nosotros comienzan a gritar: "¡Vamos al pantano!". Y cuando empezamos a avergonzarlos, replican: "¡Qué hombres tan atrasados son ustedes! ¡Cómo no se avergüenzan de negarnos la libertad de invitarlos a seguir un camino mejor!". ¡Ah, sí, señores, ustedes son libres, no sólo de invitarnos, sino de ir adonde mejor les plazca, inclusive al pantano; hasta consideramos que su verdadero puesto está precisamente allí y estamos dispuestos a prestarles toda la colaboración que podamos para trasladarlos allí a *toda suelta*! ¡Pero suéltennos la mano, no se agarren de nosotros ni ensucien la gran palabra libertad, porque nosotros también somos "libres" de ir adonde nos parezca, de luchar, no sólo contra el pantano, sino inclusive contra los que se desvían hacia él!

⁴ Látigo de cuero que se utilizaba para los castigos bajo el zarismo [Ndt].

B. Los nuevos defensores de la "libertad de crítica"

Ahora bien, esta consigna ("libertad de crítica") ha sido solemnemente proclamada en estos últimos tiempos por *Rabocheye Dielo* (N.º 10), órgano de la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero, y no como un postulado teórico, sino como una reivindicación política, como respuesta a la pregunta: "¿Es posible la unión de las organizaciones socialdemócratas que actúan en el extranjero?": "Para una unión sólida es indispensable la libertad de crítica" (p. 36).

De esta declaración se desprenden dos conclusiones definidas: 1) *Rabocheye Dielo* asume la defensa de la tendencia oportunista en la socialdemocracia internacional en general; 2) *Rabocheye Dielo* exige la libertad del oportunismo en el seno de la socialdemocracia rusa. Examinemos estas conclusiones.

A *Rabocheye Dielo* le disgusta, "sobre todo", la "tendencia de *Iskra* y *Zarya* a pronosticar la ruptura entre la *Montaña* y la *Gironda* en la socialdemocracia internacional"⁵. Escribe B. Krichevsky, director de *Rabocheye Dielo*:

En general, las habladurías sobre la *Montaña* y la *Gironda* en las filas de la socialdemocracia nos parecen una analogía histórica superficial, ajena a la pluma de un marxista: la *Montaña* y la *Gironda* no representaban dos líneas de conducta o reacciones o corrientes intelectuales distintas, como puede parecerles a los ideólogos historiadores, sino distintas clases o capas: por una parte, la burguesía media, y por otra, la pequeñoburguesía y el proletariado. Pero en el movimiento socialista actual no hay conflictos entre intereses de clase; en su conjunto y en *todas* [subrayado por B. K.] sus variedades, incluyendo a los bernsteinianos más notorios, defiende los intereses de clase del proletariado, su lucha de clases por la liberación política y económica (pp. 32-33).

¡Audaz afirmación! ¿No ha oído B. Krichevsky hablar del hecho, observado ya mucho tiempo atrás, de que precisamente la amplia participación de la *aspa* de los "académicos" en el movimiento socialista de los últimos años aseguró una difusión tan rápida del bernsteinismo? Pero, ante todo, ¿en qué basa nuestro autor su juicio de que incluso "los bernsteinianos más notorios" defienden la lucha de clases por la liberación política y económica del proletariado? Nadie lo sabe. Esta defensa decidida de los más notorios bernsteinianos no se apoya en argumento alguno ni en razón alguna. Es evidente que el autor cree que si repite cuanto dicen de sí mismos los más notorios bernsteinianos no necesita fundamentar su afirmación. ¿Pero es posible figurarse algo más "superficial" que este juicio acerca

⁵ La comparación de las dos tendencias existentes en el proletariado revolucionario (la revolucionaria y la oportunista) con las dos corrientes de la burguesía revolucionaria del siglo XVIII (la jacobina -la "Montaña"- y la girondina) fue hecha en el editorial de *Iskra* N.º 2 (febrero de 1901). El autor de dicho artículo fue Plejánov. Los kadetes, los de *Bez Zlaganiy* y los mencheviques gustan, aún ahora, de hablar del "jacobinismo" en la socialdemocracia rusa. Pero hoy prefieren callar u olvidar que Plejánov lanzó por primera vez este concepto contra el ala derecha de la socialdemocracia (Lenin para la edición de 1907).

de toda una tendencia, basado sólo en lo que dicen de sí mismos sus propios representantes? ¿Es posible imaginar algo más superficial que la "moraleja" que se desprende a propósito de los dos tipos o caminos de desarrollo del Partido, distintos y aun diametralmente opuestos? (*Rabocheye Diele*, pp. 34-35). Los socialdemócratas alemanes, se dice, reconocen una completa libertad de crítica; los franceses, no, y es su ejemplo el que demuestra todo el "mal de la intolerancia".

El ejemplo de B. Krichevsky —contestamos a esto— demuestra que suelen darse el nombre de marxistas quienes interpretan la historia literalmente "a lo Ilovaisky". Para explicar la unidad del Partido Socialista alemán y el fraccionamiento del francés no hace falta hurgar en las particularidades de la historia de uno u otro país, comparar el semiabsolutismo militar del uno con el parlamentarismo republicano del otro, analizar las consecuencias de la Comuna y las de la ley de excepción contra los socialistas, comparar las condiciones económicas y el desarrollo económico, recordar cómo "el crecimiento sin par de la socialdemocracia alemana" fue acompañado por una lucha ardua, única en la historia del socialismo, no sólo contra las aberraciones teóricas (Mühlberger, Dühring⁶, los socialistas de cátedra), sino también contra las aberraciones tácticas (Lassalle), etc., etc. ¡Todo esto es superfluo! Los franceses riñen porque son intolerantes; los alemanes están unidos porque son niños buenos.

Y obsérvese que por medio de esta incomparable profundidad de pensamiento se quiere "refutar" un hecho que desbarata por completo la defensa de los bernsteinianos. Sólo a través de la experiencia histórica se puede resolver de manera definitiva y categórica el problema de *si defienden* o no la lucha de clases del proletariado. Por lo tanto, el ejemplo de Francia tiene la máxima importancia en este sentido, pues es el único país donde los bernsteinianos intentaron *actuar* de manera independiente, con la calurosa aprobación de sus colegas alemanes (y en parte de los oportunistas rusos: véase *Rabocheye Diele* N.º 2-3, pp. 83-84). La alusión a la "intolerancia" de los franceses —además de su significación "histórica" (al estilo de Nozdriov)⁷— no es otra cosa que una tentativa de disimular hechos muy desagradables con palabras airadas.

En cuanto a los alemanes, tampoco estamos dispuestos a regalárselos a B. Krichevsky y a los demás defensores de la "libertad de crítica". Si todavía se

6 Cuando Engels atacó a Dühring muchos representantes de la socialdemocracia alemana se inclinaron hacia los conceptos de este y acusaron a Engels, inclusive públicamente, en un congreso del Partido, de asperenza, de intolerancia, de no polemizar como camaradas, etc. Most y sus camaradas propusieron (en el Congreso de 1877) eliminar de *Vorwärts* los artículos de Engels, pues "no interesan a la mayoría de los lectores", y Vahlreich declaró que la publicación de esos artículos había perjudicado mucho al Partido, que también Dühring había prestado servicios a la socialdemocracia: "Debemos aprovecharlos a todos en interés del Partido, y si los profesores discuten, *Vorwärts* no tiene por qué ser en modo alguno campo de tales disputas" (*Vorwärts*, 1877, N.º 65, 6 de junio). ¡Como se ve, este también es un ejemplo de defensa de la "libertad de crítica", y no estaría mal que meditaran sobre ello nuestros críticos legales y oportunistas ilegales, que tanto gustan referirse al ejemplo de los alemanes!

7 Uno de los terratenientes, hablador y ventajista, que retrata Gogol en su libro *Almas muertas* (*Mёртвые души*) de 1842 [NóE].

tolera en las filas del partido alemán "a los más notorios bernsteinianos" es porque *así* la resolución de Hannover donde se desecharon resueltamente las "enmiendas" de Bernstein, así como la de Lübeck, que contiene (a pesar de toda su diplomacia) una advertencia directa a Bernstein. Se puede discutir, desde el punto de vista de los intereses del partido alemán, en qué medida era oportuna esa diplomacia, o si en ese caso es preferible un mal acuerdo a un buen pleito; se puede disentir, en una palabra, en la apreciación de la conveniencia de uno u otro *procedimiento* de repudio al bernsteinismo, pero no es posible ignorar que el partido alemán lo *repudió* dos veces. Por lo tanto, creer que el ejemplo de los alemanes confirma la tesis de que "los más notorios bernsteinianos defienden la lucha de clases del proletariado por su liberación política y económica" significa no comprender absolutamente nada de lo que sucede ante nuestros propios ojos⁸.

Es más: como hemos visto, *Rabocheye Dielo* presenta a la socialdemocracia rusa la reivindicación de "libertad de crítica" y defiende al bernsteinismo. Al parecer, llegó a la conclusión de que se ha agraviado injustamente a nuestros "críticos" y bernsteinianos. ¿A cuáles? ¿Quién, dónde y cuándo? ¿En qué consistió la injusticia? ¡*Rabocheye Dielo* guarda silencio sobre esto, no menciona una sola vez a ningún crítico o bernsteiniano ruso! Sólo nos resta formular una de las dos hipótesis posibles. O bien la parte injustamente agravada no es otra que el propio *Rabocheye Dielo* (así lo confirma el hecho de que ambos artículos de su número 10 tratan únicamente de agravios inferidos por *Zarya* e *Izba* a *Rabocheye Dielo*). En tal caso, ¿cómo explicar la extraña circunstancia de que *Rabocheye Dielo*, que siempre negó con tanta obstinación toda solidaridad con el bernsteinismo, no pudiera defenderse sin interceder en favor de los "más notorios bernsteinianos" y de la libertad de crítica? O bien las injustamente agravadas fueron terceras personas. ¿Cuáles pueden ser entonces los motivos para no mencionarlas?

Vemos, pues, que *Rabocheye Dielo* continúa jugando al escondite como lo ha hecho desde su aparición (así lo demostraremos más adelante). Además, obsérvese esta *primera* aplicación *práctica* de la tan ponderada "libertad de crítica". En los hechos, esta libertad se redujo, enseguida, no sólo a la falta de toda crítica,

⁸ Hay que observar que, al tratar la cuestión del bernsteinismo en el partido alemán, *Rabocheye Dielo* siempre se limitó a un mero relato de los hechos y se "abstuvo" por completo de efectuar su apreciación sobre los mismos. Véase, por ejemplo, el número 2-3, página 66, acerca del Congreso de Stuttgart; todas las discrepancias se reducen a cuestiones de "táctica" y sólo se señala que la inmensa mayoría es fiel a la anterior táctica revolucionaria. O el número 4-5, página 25 y siguientes, que es una simple repetición de los discursos pronunciados en el Congreso de Hannover, acompañado de la resolución de Bebel; la exposición de las concepciones de Bernstein y la crítica de estas quedan otra vez aplanadas (así como en el N.º 2-3) para un "artículo especial". Lo curioso del caso es que en la página 33 del número 4-5 leemos: "... las concepciones expuestas por Bebel cuentan con una inmensa mayoría en el congreso", y un poco más adelante: "... David defendía las opiniones de Bernstein [...] ante todo trataba de demostrar que [...] Bernstein y sus amigos, a pesar de todo (sic!) defienden la lucha de clases...". ¡Eso fue escrito en diciembre de 1899 y en septiembre de 1901 *Rabocheye Dielo* ya no cree, al parecer, que Bebel tenga razón y repite la opinión de David como suya propia!

sino a la de todo juicio independiente en general. El mismo *Rabocheye Dielo*, que guarda silencio sobre el bernsteinismo ruso como si fuera una enfermedad secreta (según la feliz expresión de Starovier), ipropone curarla *copiando lisa y llanamente* la última receta alemana contra la variedad alemana de la enfermedad! [En vez de libertad de crítica, imitación servil o, peor aún, simiesca! El mismo contenido social y político del actual oportunismo internacional se manifiesta en tales o cuales variedades según las peculiaridades nacionales. En un país, un grupo de oportunistas actúa desde hace mucho tiempo bajo una bandera especial; en otro, los oportunistas desdénaron la teoría y siguieron en la práctica la política de los radicales socialistas; en un tercero, algunos miembros del partido revolucionario se han pasado al campo del oportunismo y tratan de alcanzar sus objetivos, no con una lucha abierta en favor de los principios y de la nueva táctica, sino valiéndose de una corrupción gradual, imperceptible y, valga la expresión, impune, de su partido; en un cuarto país, esos mismos tráfugas emplean idénticos procedimientos en las tinieblas de la esclavitud política y vinculan en forma completamente original la actividad "legal" con la "ilegal", etc. Pero hablar de libertad de crítica y del bernsteinismo como de una condición para unir a los socialdemócratas *rusos*, sin analizar en qué se manifestó y qué frutos peculiares dio el bernsteinismo *ruso* equivale a hablar por hablar.

Intentemos, pues, decir, aunque sea en pocas palabras, lo que no quiso decir (o acaso ni siquiera pudo entender) *Rabocheye Dielo*.

ISSUED BY

A. SPENCER

C. La crítica en Rusia

ISSUED BY

La particularidad fundamental de Rusia, en el aspecto que examinamos, consiste en que desde *el comienzo mismo* el movimiento obrero espontáneo, por una parte, y el viraje de la opinión pública avanzada hacia el marxismo, por la otra, se distinguieron por la unión de elementos notoriamente heterogéneos bajo una bandera común para luchar contra un adversario común (las concepciones políticas y sociales anticuadas). Nos referimos a la luna de miel del "marxismo legal". En general, fue un fenómeno extraordinariamente original, en cuya posibilidad nadie hubiera creído siquiera en la década del 80 o a principios de la del 90. En un país autocrático, con una prensa completamente sojuzgada, en una época de terrible reacción política en que eran perseguidas las más mínimas expresiones de descontento político y de protesta, de pronto, en la literatura *autorizada por la censura*, se abre camino la teoría del marxismo revolucionario, expuesta en lenguaje *a la Esopo*, pero comprensible para todos los "interesados". El Gobierno se había acostumbrado a considerar peligrosa sólo la teoría de *Narodnaya Vólya* (de la revolucionaria), sin advertir, como suele suceder, su evolución interna, y regocijándose ante *toda* crítica dirigida contra ella. Antes de que el Gobierno se diera cuenta, antes de que el torpe ejército de censores y gendarmes pudiera descubrir al nuevo enemigo y caer sobre él pasó

mucho tiempo (mucho para nosotros, los rusos). Y mientras tanto aparecía un libro marxista tras otro; empezaron a publicarse revistas y periódicos marxistas; todo el mundo, como por contagio, se hacía marxista; a los marxistas se los halagaba y se los cortejaba; los editores estaban entusiasmados por la extraordinaria rapidez con que se vendían los libros marxistas. Huelga decir que entre los marxistas principiantes, rodeados de esa humareda de éxito, hubo más de un "escritor envanecido".

Hoy puede hablarse de ese período con calma, como se habla del pasado. No es un secreto para nadie que el florecimiento efímero del marxismo en nuestra literatura tuvo su origen en la alianza de elementos extremistas con otros muy moderados. En el fondo, estos últimos eran demócratas burgueses y tal conclusión (confirmada con evidencia por la evolución "crítica" posterior de esa gente) resultó clara para algunas personas, aun en la época en que la "alianza" estaba intacta⁹.

Pero, en ese caso, ¿no cabría a los socialdemócratas revolucionarios la mayor responsabilidad por la "confusión" posterior, por haber pactado esa alianza con los futuros "críticos"? Esta pregunta, seguida de una respuesta afirmativa, se oye a veces en boca de personas que enfocan el problema en forma demasiado esquemática. Pero están equivocadas. Sólo quienes no están seguros de sí pueden temer las alianzas temporales, aunque sea con gente poco digna de confianza, y ningún partido político podría existir sin esas alianzas. Ahora bien, la unión con los marxistas legales fue, a su manera, la primera alianza verdaderamente política concertada por la socialdemocracia rusa. Gracias a esta alianza se logró un triunfo asombrosamente rápido sobre el populismo, así como una enorme difusión de las ideas del marxismo (si bien en forma vulgarizada). Además, la alianza no fue sin "condiciones", ni mucho menos. Evidencia de esto es la colección marxista *Materiales sobre nuestro desarrollo económico*, quemada por la censura en 1895. Si el acuerdo literario con los marxistas legales se puede comparar con una alianza política, entonces ese libro se puede comparar con un tratado político.

La ruptura no se produjo, desde luego, porque los "aliados" resultaran ser demócratas burgueses. Por el contrario, los representantes de esta tendencia son aliados naturales y deseables de la socialdemocracia siempre que se trate de las tareas democráticas, llevadas al primer plano por la situación actual de Rusia. Pero es condición indispensable para esta alianza que los socialistas tengan plena posibilidad de revelar a la clase obrera que sus intereses y los de la burguesía son antagónicos. Mas el bernsteinismo y la tendencia "crítica", hacia la cual evolucionó la mayoría de los marxistas legales, habían eliminado esta posibilidad y corrompían la conciencia socialista al vulgarizar el marxismo, predicar la teoría de la atenuación de las contradicciones sociales, proclamar que es absurda la idea

⁹ Aludimos al artículo de K. Tulin contra Struve, redactado sobre la base de una conferencia titulada Reflejo del marxismo en la literatura burguesa. Véase el Prólogo (nota de Lenin para la edición de 1907).

de la revolución social y de la dictadura del proletariado, reducir el movimiento obrero y la lucha de clases a un traducionismo estrecho y a la lucha "realista" por reformas pequeñas y graduales. Era exactamente lo mismo que si la democracia burguesa negara el derecho del socialismo a la independencia y, por lo tanto, su derecho a existir; en la práctica, significaba esforzarse por convertir el incipiente movimiento obrero en un apéndice de los liberales.

Como es natural, en esas condiciones se hizo necesaria la ruptura. Pero la particularidad "original" de Rusia se manifestó en que esa ruptura sólo significó que los socialdemócratas se apartaron de la literatura "legal", la más accesible y ampliamente difundida. Los "exmarxistas" se atrincheraron en ella, se colocaron "bajo el signo de la crítica" y obtuvieron casi el monopolio para "demoler" al marxismo. Consignas como "Contra la ortodoxia" y "¡Viva la libertad de crítica!" (repetidas ahora por *Rabocheye Dielo*) se pusieron enseguida muy en boga; y el hecho de que ni siquiera pudieron resistir a esa moda los censores y los gendarmes resulta evidente en la publicación de tres ediciones rusas del libro del famoso (famoso a lo Eróstrato) Bernstein y en la circunstancia de que los libros de Bernstein, del señor Prokopovich y otros fueron recomendados por Zubatov (*Izba* N.º 10). Recayó entonces sobre los socialdemócratas una tarea de por sí difícil e increíblemente dificultada por obstáculos puramente exteriores: la de luchar contra la nueva corriente. Y esta corriente no se limitó al terreno de la literatura. El viraje hacia la "crítica" fue acompañado por un movimiento en sentido contrario: la propensión de los socialdemócratas militantes hacia el "economismo".

Podría servir de tema para un artículo especial esta interesante cuestión: cómo surgió y se estrechó el vínculo y la interdependencia entre la crítica legal y el "economismo" ilegal. Nos basta con consignar aquí la existencia indiscutible de tal vínculo. El famoso *Ordo* adquirió una celebridad tan merecida porque expuso con franqueza ese vínculo y reveló la tendencia política fundamental del "economismo": que los obreros se encarguen de la lucha económica (más exacto sería decir: de la lucha sindical, pues esta última abarca también la política específicamente obrera) y que los intelectuales marxistas se fusionen con los liberales para la "lucha" política. Por consiguiente, el trabajo sindicalista "en el pueblo" resultó ser la realización de la primera mitad, y la crítica legal, la de la segunda mitad de dicha tarea. Esta declaración fue un arma tan excelente contra el "economismo" que, si no hubiese aparecido el *Ordo*, habría valido la pena inventarlo.

El *Ordo* no fue inventado, pero sí publicado sin la conformidad y tal vez incluso contra la voluntad de sus autores. En todo caso, quien escribe estas líneas, que participó en la publicación del nuevo "programa"¹⁰, tuvo que escuchar

10 Se trata de la *Protesta de los diecisiete contra el Ordo*. El que escribe estas líneas participó en la redacción de la protesta (fines de 1899), que se publicó en el extranjero junto con el *Ordo* en la primavera de 1900. Hoy ya se sabe por el artículo de la señora Kuskova (publicado, creo, en la revista *Byloye*) que ella fue la autora del *Ordo* y que entre los "economistas" de entonces, radicados en el extranjero, desempeñaba un papel prominente el señor Prokopovich (nota de Lenin para la edición de 1907).

lamentaciones y reproches porque el resumen de los puntos de vista de los oradores había sido difundido en copias, recibido el mote de *Ordo* e inclusive publicado en la prensa junto con la protesta! Referimos este episodio porque revela un rasgo muy curioso de nuestro "economismo": el temor a la publicidad. Y no sólo es el rasgo característico de los autores del *Ordo*, sino del economismo en general; lo han manifestado tanto *Rabochaya Mysl*, el defensor más franco y más honrado del "economismo", como *Rabocheye Dielo* (al indignarse contra la publicación de documentos "economistas" en el *Iskreménizm*), el Comité de Kiev, que hace cerca de dos años no quiso autorizar la publicación de su *Profesión de fe* junto con la refutación¹¹ a la misma, y muchísimos representantes del "economismo".

Este temor a la crítica que exhiben los adeptos de la libertad de crítica no puede explicarse sólo por astucia (aunque es indudable que en ciertas ocasiones no se puede prescindir de la astucia, ino es conveniente dejar librados a los ataques del adversario los brotes, débiles aún, de la nueva tendencia!). No, la mayoría de los "economistas" desaprovechan con absoluta sinceridad (y dada la esencia del "economismo", así tienen que hacerlo) toda clase de controversias teóricas, los desacuerdos entre fracciones, los grandes problemas políticos, los proyectos de organizar a los revolucionarios, etc. "¡Deberíamos dejar todo esto a la gente del extranjero!", me dijo un día uno de los "economistas" bastante consecuentes, con lo cual expresaba la siguiente idea, muy difundida (y también puramente tradeunionista): lo que nos incumbe es el movimiento obrero, las organizaciones obreras que existen aquí, en nuestras localidades; todo lo demás es invención de los doctrinarios, "sobrestimación de la ideología", como decían los autores de la carta publicada en *Izba N.º 12*, al unísono con el décimo número de *Rabocheye Dielo*.

Ahora cabe preguntar: en vista de estas particularidades de la "crítica" rusa y del bernsteinismo ruso, ¿en qué debía consistir la tarea de quienes no sólo de palabra, sino en los hechos, trataban de oponerse al oportunismo? En primer lugar, debían esforzarse por reanudar la labor teórica, que apenas se había iniciado en la época del marxismo legal y que ahora volvía a recaer sobre los militantes ilegales. Sin un trabajo de esa índole era imposible el desarrollo exitoso del movimiento. En segundo lugar, era preciso emprender una lucha activa contra la "crítica" legal, que corrompía profundamente la mente del pueblo. En tercer término, había que actuar con energía contra la dispersión y las vacilaciones que surgían en el movimiento mismo y denunciar y refutar toda tentativa de rebajar, consciente o inconscientemente, nuestro programa y nuestra táctica.

Se sabe que *Rabocheye Dielo* no hizo nada de eso y más adelante tendremos que aclarar esta conocida verdad en detalle y en sus más diversos aspectos. Pero por ahora sólo queremos poner de manifiesto la flagrante contradicción que existe entre la reivindicación de la "libertad de crítica" y las particularidades de la crítica nativa y del "economismo" ruso. En efecto, basta con echar una ojeada

¹¹ Por lo que sabemos, la composición del Comité de Kiev fue modificada posteriormente.

al texto de la resolución con que la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero confirmó el punto de vista de *Rabocheye Dielo*:

En interés del posterior desarrollo ideológico de la socialdemocracia consideramos absolutamente necesaria la libertad de criticar la teoría socialdemócrata en las publicaciones del Partido en la medida en que dicha crítica no vaya en contra del carácter de clase y revolucionario de esta teoría (*Des congresos*, p. 10).

Y se dan los motivos: la resolución "coincide en su primera parte con la del congreso partidario de Lübeck a propósito de Bernstein...". En su simplicidad, los de la Unión ni siquiera notan qué *testimonium paupertatis* (certificado de pobreza) se firman a sí mismos con esta manera de copiar... "Pero [...] en su segunda parte restringe la libertad de crítica de un modo más estricto que el Congreso de Lübeck".

¿De modo que la resolución de la Unión está dirigida contra los bernsteinianos rusos? Porque de lo contrario sería un verdadero absurdo referirse a Lübeck. Pero no es cierto que "restringa la libertad de crítica de un modo estricto". En su resolución de Hannover, los alemanes rechazaron punto por punto *precisamente* las enmiendas que presentó Bernstein, y en la de Lübeck formularon una advertencia a *Bernstein personalmente*, mencionando su nombre en el texto. En cambio, nuestros imitadores "libres" no hacen *la menor alusión a una sola* de las manifestaciones de la "crítica" y del "economismo" específicamente rusos; si se guarda silencio, la mera referencia al carácter de clase y revolucionario de la teoría deja mucho más margen para falsas interpretaciones, sobre todo si la Unión se niega a calificar de oportunismo al "llamado economismo" (*Des congresos*, p. 8, párrafo 1). Pero esto lo decimos de paso. Lo principal es que la posición de los oportunistas frente a los socialdemócratas revolucionarios es diametralmente opuesta en Alemania y en Rusia. En Alemania, los socialdemócratas revolucionarios, como se sabe, son partidarios de conservar lo que existe: el viejo programa y la vieja táctica, que todo el mundo conoce y que la experiencia de muchas décadas ha esclarecido en todos sus detalles. Los "críticos", en cambio, quieren introducir modificaciones, y como representan una ínfima minoría y sus aspiraciones revisionistas son muy tímidas es fácil comprender los motivos por los cuales la mayoría se limita a rechazar lisa y llanamente las "innovaciones". En cambio, en Rusia, son los críticos y los "economistas" quienes quieren mantener lo que existe: los "críticos" quieren que se los siga considerando como marxistas y que se les asegure la "libertad de crítica" de que gozaban en todos los sentidos (pues, en el fondo, jamás reconocieron vínculo alguno *con el partido*¹²; además,

12 La falta de vínculos públicos con el Partido y de tradiciones de partido constituye una diferencia tan cardinal entre Rusia y Alemania que habría debido poner en guardia a todo socialista sensato contra cualquier imitación ciega. Pero he aquí un ejemplo del límite a que llegó la "libertad de crítica" en Rusia. Un crítico ruso, el señor Bulgakov, lanza la siguiente reprimenda al crítico austriaco Hertz: "A pesar de la independencia de sus conclusiones en este punto [el

no había entre nosotros un órgano de partido reconocido por todos que pudiera "restringir" la libertad de crítica, aunque sólo fuera por medio de un consejo). Los "economistas" quieren que los revolucionarios reconozcan "plenos derechos al movimiento actual" (*Rabocheye Dielo* N.º 10, p. 25), es decir, "legitimidad" a lo que existe; que los "ideólogos" no traten de "desviar" el movimiento del camino "determinado por la acción recíproca entre los elementos materiales y el medio material" ("Carta", en *Libro* N.º 12); que se considere deseable la lucha "que los obreros puedan sostener en las actuales circunstancias", y posible la lucha "que libran en este momento" ("Suplemento especial" de *Rabochaya Myel*, p. 14). En cambio, a nosotros, los socialdemócratas revolucionarios, nos disgusta ese culto de la espontaneidad, es decir, de lo que existe "en el momento actual"; reclamamos que se modifique la táctica que prevaleció en estos últimos años; declaramos que "antes de uniros y para poder uniros debemos comenzar por trazar una línea de demarcación con decisión y claridad" (del anuncio sobre la publicación de *Libro*). En una palabra, los alemanes se conforman con lo que existe y rechazan las modificaciones; nosotros reclamamos que se modifique lo existente y rechazamos que se le rinda culto y se acepte la situación.

¡Esta "pequeña" diferencia es la que nuestros "libres" copiadore de resoluciones alemanas no han notado!

D. Engels y la importancia de la lucha teórica

"Dogmatismo, doctrinarismo", "fossilización del Partido, castigo inevitable por la violencia con que se encadena el pensamiento": estos son los enemigos contra los cuales arremeten caballerescamente en *Rabocheye Dielo* los defensores de la "libertad de crítica". Mucho nos place que se haya puesto a la orden del día esta cuestión y sólo propondríamos agregarle otra.

¿Quiénes serán los jueces?

Tenemos ante la vista los anuncios de dos publicaciones. Uno es el "Programa del órgano de prensa de la Unión de Socialdemócratas Rusos, *Rabocheye Dielo*" (reimpresión de *Rabocheye Dielo* N.º 1). El otro es un "Anuncio sobre la reanudación de las publicaciones del Grupo Emancipación del Trabajo". Ambos datan de 1899, cuando la "crisis del marxismo" estaba desde hacía mucho tiempo en discusión. ¿Y qué encontramos? Pues bien, en vano buscaríamos en la primera de dichas publicaciones una alusión a este fenómeno y una exposi-

problema de las cooperativas). Hertz, por lo visto, sigue demasiado atado por las opiniones de su partido y, aunque disiente con él en los detalles, no se atreve a rechazar el principio general" (*El capitalismo y la agricultura*, t. II, p. 287). ¡Un súbdito de un Estado políticamente esclavizado, en el cual los novecientos noventa y nueve de cada mil de la población están corrompidos hasta la médula por el servilismo político y por la absoluta incompreensión del honor de partido y de los vínculos de partido, lanza una altiva reprimenda a un ciudadano de un Estado constitucional por estar excesivamente "atado a las opiniones del Partido"! Lo único que les queda a nuestras organizaciones ilegales es ponerse a redactar resoluciones sobre la libertad de crítica...

ción definida de la actitud que el nuevo órgano piensa adoptar al respecto. Ni este programa ni los suplementos del mismo, aprobados por el III Congreso de la Unión en 1901 (*Los congresos*, pp. 15-18), mencionan el trabajo teórico ni sus actuales objetivos inmediatos. Durante todo este tiempo la redacción de *Rabocheye Dielo* pasó por alto los problemas teóricos pese a que apasionaban a todos los socialdemócratas del mundo.

Por el contrario, el otro anuncio señala ante todo que en estos últimos años se observa menos interés por la teoría, reclama con insistencia una "atención constante hacia el aspecto teórico del movimiento revolucionario del proletariado" y llama a "criticar implacablemente las tendencias bernsteinianas y otras tendencias antirrevolucionarias" en nuestro movimiento. Los números de *Zarya* publicados hasta la fecha muestran cómo se cumplió ese programa.

Vemos, pues, que las frases altisonantes contra la fosilización del pensamiento, etc., disimulan la despreocupación y la incapacidad para desarrollar el pensamiento teórico. El ejemplo de los socialdemócratas rusos ilustra con particular evidencia un fenómeno general en Europa (consignado también hace ya tiempo por los marxistas alemanes): la famosa libertad de crítica no implica la sustitución de una teoría por otra, sino la libertad de prescindir de toda teoría coherente y meditada; significa eclecticismo y falta de principios. Quien conozca, por poco que sea, el estado real de nuestro movimiento, no podrá dejar de comprobar que la amplia difusión del marxismo fue acompañada por cierto descenso del nivel teórico. Mucha gente muy poco preparada e inclusive sin preparación teórica alguna adhirió al movimiento por su significación práctica y sus éxitos prácticos. Se puede juzgar por ello qué falta de tacto revela *Rabocheye Dielo* cuando cita con aire victorioso la sentencia de Marx: "Cada paso de movimiento práctico es más importante que una docena de programas". Repetir estas palabras en una época de dispersión teórica es lo mismo que gritar al paso de un funeral: "Lleven a ese y vuelvan por otro". Además, estas palabras de Marx han sido tomadas de su carta sobre el programa de Gotha, en la cual *asesna duramente* el eclecticismo en la formulación de los principios: si es preciso unirse —escribía Marx a los dirigentes del partido—, pacten acuerdos que permitan alcanzar los objetivos prácticos del movimiento, pero no trafiquen con los principios, no hagan "concesiones" teóricas. Este era el pensamiento de Marx, ¡y he aquí que entre nosotros hay quienes en su nombre tratan de rebajar la importancia de la teoría!

Sin teoría revolucionaria no puede haber movimiento revolucionario. Nunca se insistirá lo bastante sobre esta idea en una época en que la prédica del oportunismo en boga se conjuga con el apasionamiento por las formas más estrechas de la actividad práctica. Y para la socialdemocracia rusa la importancia de la teoría aumenta debido a tres circunstancias que se suele olvidar: primero, por el hecho de que nuestro partido apenas empieza a formarse, a adquirir fisonomía propia y todavía no ha terminado de ajustar cuentas con las otras tendencias del pensamiento revolucionario que amenazan con desviar al movimiento del camino correcto. Por el contrario, estos últimos tiempos se han distinguido (como hace

ya mucho predijo Axelrod a los "economistas") por una reanimación de las tendencias revolucionarias no socialdemócratas. En estas condiciones, un error, a primera vista "sin importancia", puede causar los más desastrosos efectos, y sólo un miopo puede encontrar inoportunas o superfluas las discusiones entre los grupos y la delimitación rigurosa de los matices. El porvenir de la socialdemocracia rusa puede depender durante muchos años de la consolidación de tal o cual "matiz".

En segundo lugar, el movimiento socialdemócrata es internacional por su esencia. Ello no sólo significa que debemos combatir el chovinismo nacional, sino también que el movimiento incipiente en un país joven únicamente puede desarrollarse con éxito si asimila la experiencia de otros países. Para ello, no basta simplemente con conocer esta última o con copiar las últimas resoluciones aprobadas; es necesario saber adoptar una actitud crítica frente a esa experiencia y comprobarla rigurosamente. Quien posea una idea clara del crecimiento y la ramificación alcanzados hoy por el movimiento obrero comprenderá qué reserva de fuerzas teóricas y de experiencia política (y también revolucionaria) se requiere para cumplir esta tarea.

En tercer lugar, ante ningún otro partido socialista del mundo se plantean tareas nacionales como las que encara la socialdemocracia rusa. Más adelante tendremos que hablar de los deberes políticos y de organización que nos impone esta tarea de liberar a todo el pueblo del yugo de la autocracia. Por el momento nos limitamos a indicar que *sólo un partido dirigido por una teoría de vanguardia puede cumplir la misión de combatiente de vanguardia*. Y para formarse una idea más o menos concreta de lo que esto significa convendrá que el lector recuerde a los precursores de la socialdemocracia rusa, como Herzen, Belinsky, Chernishevsky y la brillante pléyade de revolucionarios de la década del 70; que piense en la importancia universal que la literatura rusa va adquiriendo ahora; que... ¡Pero con esto basta!

Citaremos las observaciones formuladas por Engels en 1874 sobre la importancia de la teoría en el movimiento socialdemócrata. Engels reconoce, *no dos formas* de la gran lucha de la socialdemocracia (la política y la económica) —como se estilaba entre nosotros—, *sino tres, pues coloca a la par con ellas también la lucha teórica*. Sus recomendaciones al movimiento obrero alemán, ya robustecido práctica y políticamente, son tan instructivas desde el punto de vista de los problemas y las controversias actuales que confiamos en que el lector no lamentará que insertemos un extenso extracto del prólogo escrito para el folleto *Der deutsche Bauernkrieg*¹³, obra que desde hace mucho tiempo es una rareza bibliográfica:

Los obreros alemanes tienen dos ventajas esenciales sobre los del resto de Europa. La primera es que pertenecen al pueblo más teórico de Europa y han conservado ese sentido teórico, casi completamente perdido por las denominadas clases "cultas" de Alemania. Sin la filosofía alemana que lo precedió, y sobre

13 En alemán, *La guerra campesina en Alemania* [NdE].

todo sin la filosofía de Hegel, jamás se habría creado el socialismo científico alemán, el único socialismo científico que ha existido. Si los obreros hubiesen carecido de sentido teórico este socialismo científico nunca habría sido, en la medida en que lo es hoy, carne de su carne y sangre de su sangre. Y cuán inmensa es esta ventaja lo demuestran, por una parte, la indiferencia por toda teoría —que es una de las causas principales de que el movimiento obrero inglés avance tan lentamente, a pesar de la excelente organización de los diferentes oficios—, y, por otra parte, la confusión y las vacilaciones sembradas por el proudhonismo, en su forma primitiva, entre los franceses y los belgas, y, en la forma caricaturesca que le ha dado Bakunin, entre los españoles y los italianos.

La segunda ventaja consiste en que los alemanes han sido casi los últimos en incorporarse al movimiento obrero. Así como el socialismo teórico alemán jamás olvidará que se sostiene sobre los hombros de Saint-Simon, Fourier y Owen —tres pensadores que, a pesar del carácter fantástico y de todo el utopismo de sus doctrinas, figuran entre las mentes más grandes de todos los tiempos y se han anticipado genialmente a una infinidad de verdades cuya exactitud estamos demostrando ahora de un modo científico—, así también el movimiento obrero práctico alemán nunca debe olvidar que se ha desarrollado sobre la base del movimiento inglés y francés, que ha tenido la posibilidad de sacar simplemente partido de su costosa experiencia, de evitar en el presente los errores que entonces no era posible evitar en la mayoría de los casos. ¿Dónde estaríamos ahora sin el precedente de las *trade unions* inglesas y de la lucha política de los obreros franceses, sin ese impulso colosal que dio particularmente la Comuna de París? Hay que hacer justicia a los obreros alemanes por haber aprovechado con rara inteligencia las ventajas de su situación. Por primera vez desde que existe el movimiento obrero la lucha se desarrolla en forma metódica en sus tres direcciones combinadas y relacionadas entre sí: teórica, política y económico-práctica (resistencia a los capitalistas). En este ataque concéntrico, por decirlo así, reside la fuerza y la invencibilidad del movimiento alemán.

Esta situación ventajosa, por una parte, y, por otra, las particularidades insulares del movimiento inglés y la represión violenta del francés hacen que los obreros alemanes se encuentren ahora a la cabeza de la lucha proletaria. No es posible pronosticar durante cuánto tiempo los acontecimientos les permitirán ocupar este puesto de honor. Pero esperemos que mientras lo sigan ocupando lo hagan adecuadamente. Para ello deberán redoblar sus esfuerzos en todos los aspectos de la lucha y de la agitación. Sobre todo los dirigentes deberán instruirse cada vez más en todos los problemas teóricos, desembarazarse cada vez más de la influencia de la fraseología tradicional, propia de la vieja concepción del mundo, y tener siempre presente que el socialismo, desde que se ha convertido en ciencia, exige que se lo trate como tal, es decir, que se lo estudie. La conciencia cada vez más lúcida así lograda debe ser difundida entre las masas obreras con celo cada vez mayor, para cimentar cada vez más fuertemente la organización del partido, así como la de los sindicatos...

Si los obreros alemanes siguen avanzando de este modo, no marcharán exactamente al frente del movimiento —y no conviene tampoco en absoluto a este último que los obreros de una nación cualquiera marchen al frente del mismo—, sino que ocuparán un puesto de honor en la primera línea de combate y se hallarán bien pertrechados para ello si, de pronto, duras pruebas o grandes acontecimientos reclaman de ellos mayor valor, decisión y energía.

Estas palabras de Engels resultaron proféticas. Algunos años más tarde, cuando se dictó la ley de excepción contra los socialistas, los obreros alemanes se vieron de improviso sometidos a duras pruebas. Y, en efecto, estaban bien pertrechados para afrontarlas y supieron salir victoriosos de ellas.

Al proletariado ruso le esperan pruebas incommensurablemente más duras aún; deberá luchar contra un monstruo en comparación con el cual la ley de excepción en un país constitucional parece un verdadero pigneo. La historia nos plantea hoy una tarea inmediata que es la *más revolucionaria* de todas las tareas *inmediatas* del proletariado de ningún otro país. La realización de esta tarea, la destrucción del más poderoso baluarte, no ya de la reacción europea, sino también (podemos decirlo hoy) de la reacción asiática, convertirla al proletariado ruso en la vanguardia del proletariado revolucionario internacional. Y tenemos el derecho de aspirar a ese título de honor, que merecieron nuestros predecesores, los revolucionarios de la década del 70, siempre que sepamos infundir a nuestro movimiento, mil veces más vasto y profundo, la misma decisión abnegada y la misma energía.

II. LA ESPONTANEIDAD DE LAS MASAS Y LA CONCIENCIA DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Hemos dicho que es preciso infundir a nuestro movimiento, mucho más vasto y profundo que el de la década del 70, la misma decisión abnegada y la misma energía que en aquella época. En efecto, parece que hasta ahora nadie había puesto aún en duda que la fuerza del movimiento contemporáneo consistiese en el despertar de las masas (principalmente del proletariado industrial), y su debilidad en la falta de conciencia e iniciativa de los dirigentes revolucionarios.

Sin embargo, en estos últimos tiempos se ha hecho un descubrimiento asombroso, que amenaza con trastornar todos los conceptos que dominaban hasta ahora con respecto a esta cuestión. Este descubrimiento fue hecho por *Rabocheye Dielo*, que en su polémica con *Iskra* y *Zarya* no se limitó a objeciones particulares, sino que intentó reducir "el desacuerdo general" a su raíz más profunda: la "distinta apreciación de la importancia *relativa* del elemento espontáneo y del elemento consciente y 'metódico'". *Rabocheye Dielo* nos acusa de "subestimar la importancia del elemento objetivo o espontáneo del desarrollo"¹⁴. A esto contestamos: si la polémica de *Iskra* y *Zarya* no hubiera dado otro resultado que el de llevar a *Rabocheye Dielo* a descubrir ese "desacuerdo general", eso por sí solo sería una gran satisfacción para nosotros; hasta tal punto es significativa esta acusación, hasta tal punto ilustra con claridad la esencia de las actuales discrepancias teóricas y políticas entre los socialdemócratas rusos.

He aquí por qué la relación entre la conciencia y la espontaneidad presenta un enorme interés general y requiere ser analizada en detalle.

A. Comienza el ascenso de la espontaneidad

En el capítulo anterior nos referimos al apasionamiento *generalizado* entre la juventud ilustrada de Rusia por la teoría del marxismo a mediados de la década del 90. Por aquella época, después de la famosa guerra industrial de 1896 en San Petersburgo, también las huelgas obreras se convirtieron en un fenómeno generalizado. Su extensión a toda Rusia atestiguaba claramente cuán profundo era el movimiento popular que volvía a renacer; y si hablamos del "elemento espontáneo", entonces, por supuesto, es este movimiento huelguístico el que debe ser calificado ante todo como espontáneo. Pero hay diferentes clases de

¹⁴ *Rabocheye Dielo* N.º 10, septiembre de 1901, pp. 17-18. La cursiva es de *Rabocheye Dielo*.

espontaneidad. Durante la década del 70 y también en la del 60 (y aun en la primera mitad del siglo XIX) hubo en Rusia huelgas acompañadas de destrucción "espontánea" de máquinas, etc. Comparadas con esos "motines", las huelgas de la década del 90 pueden incluso ser llamadas "conscientes": hasta tal punto era considerable el progreso del movimiento obrero en aquel período. Esto demuestra que, en el fondo, el "elemento espontáneo" no es sino la *forma embrionaria* de lo consciente.

Y los motines primitivos reflejaban ya cierto despertar de lo consciente: los obreros perdían la fe tradicional en la inamovilidad del sistema que los oprimía; empezaban... no diré que a comprender, pero sí a sentir la necesidad de oponer resistencia colectiva y rompían decididamente con la sumisión servil a las autoridades. Pero esto, sin embargo, más que *lucha*, era una expresión de desesperación y de venganza. En las huelgas de la década del 90 vemos muchos más destellos de conciencia: se formulan determinadas reivindicaciones, se estudia previamente el momento más conveniente, se discuten los casos y ejemplos conocidos de otros lugares, etc. Los motines eran nuevos levantamientos de los oprimidos, en tanto que las huelgas sistemáticas representaban ya embriones de lucha de clases, pero nada más que embriones. En sí, esas huelgas eran lucha sindicalista, no todavía lucha socialdemócrata. Señalaban el despertar del antagonismo entre los obreros y los patrones, pero los primeros no tenían, ni podían tener, conciencia del antagonismo irreconciliable entre sus intereses y todo el régimen político y social contemporáneo, es decir, no tenían una conciencia socialdemócrata. En ese sentido, las huelgas de la década del 90, a pesar del enorme progreso que representaban en comparación con los "motines", seguían siendo un movimiento netamente espontáneo.

Hemos dicho que los obreros *no podían tener* conciencia socialdemócrata. Esta sólo podía ser introducida desde fuera. La historia de todos los países demuestra que la clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, sólo puede elaborar una conciencia sindical, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patrones, reclamar del Gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc.¹⁵ En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas que fueron elaboradas por representantes instruidos de las clases poseedoras, por intelectuales. Por su posición social, también los fundadores del socialismo científico contemporáneo, Marx y Engels, pertenecían a la intelectualidad burguesa. Del mismo modo, la doctrina teórica de la socialdemocracia surgió en Rusia con absoluta independencia del crecimiento espontáneo del movimiento obrero, como resultado natural e inevitable del desarrollo del pensamiento entre los intelectuales revolucionarios socialistas. Hacia la época

15 El tradeunionismo no excluye en modo alguno toda "política", como suele creerse. Las *trade unions* siempre han llevado a la práctica cierta agitación y lucha política (pero no socialdemócrata). En el capítulo siguiente expondremos la diferencia entre la política tradeunionista y la socialdemócrata.

de que tratamos, es decir, a mediados de la década del 90, esa doctrina no sólo constituía ya el programa completamente elaborado por el grupo Emancipación del Trabajo, sino que inclusive había llegado a conquistar a la mayoría de la juventud revolucionaria de Rusia.

De manera que existían tanto el despertar espontáneo de las masas obreras, un despertar a la vida consciente y a la lucha consciente, como una juventud revolucionaria que, armada de la teoría socialdemócrata, pugnaba por estar junto a los obreros. Al respecto, es importante señalar el hecho, olvidado con frecuencia (y relativamente poco conocido), de que los primeros socialdemócratas de ese período, *que se dedicaban con pasión a la agitación económica* (y se guiaban por las indicaciones realmente útiles del folleto, por aquel entonces manuscrito, *Sobre la agitación*), lejos de considerarla su única tarea, *ya desde el comienzo* planteaban los más amplios objetivos históricos de la socialdemocracia rusa en general y el de derrocar a la autocracia en particular.

Así, por ejemplo, el grupo de socialdemócratas de San Petersburgo, fundador de la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera, preparó a fines de 1895 el primer número de un periódico llamado *Rabocheye Dielo*. Listo para la imprenta, dicho número fue requisado por la Policía en el allanamiento del domicilio de uno de los miembros del grupo, Anatol Alexei Vaneyev¹⁶, realizado en la noche del 8 de diciembre de 1895. Así, el *Rabocheye Dielo* de la primera fundación no tuvo la suerte de ver la luz. El editorial de ese periódico (que quizá dentro de unos treinta años alguna revista como *Russkaya Starina* exhumará de los archivos del Departamento de Policía) esbozaba los objetivos históricos de la clase obrera de Rusia, colocando en primer plano la conquista de la libertad política. Luego seguía el artículo “¿En qué piensan nuestros ministros?”, dedicado a la disolución violenta de los Comités de Primera Enseñanza por la Policía, así como una serie de notas de corresponsales, no sólo de San Petersburgo, sino de otras localidades de Rusia (por ejemplo, sobre la matanza de obreros en la provincia de Yaroslavl). Así, pues, éste que, si no nos equivocamos, fue el “primer ensayo” de los socialdemócratas rusos de la década del 90, no era un periódico de carácter localista, y mucho menos “economista”; tendía a vincular la lucha huelguística con el movimiento revolucionario contra la autocracia y a ganar para la socialdemocracia el apoyo de todas las víctimas de la opresión política del oscurantismo reaccionario. Y quien conozca, por poco que sea, el estado del movimiento en aquella época, no dudará de que un periódico como ese habría sido acogido con plena simpatía tanto por los obreros de la capital como por los intelectuales revolucionarios, y recibido la más amplia difusión. El fracaso de esta empresa sólo demostró que los socialdemócratas de entonces no estaban en condiciones de satisfacer las exigencias vitales del momento por falta de

¹⁶ A. Vaneyev murió en 1899, en Siberia oriental, de tuberculosis, enfermedad que contrajo cuando se encontraba incomunicado, antes de su exilio. Por eso consideramos posible publicar la información que figura en el texto, cuya autenticidad garantizamos, pues procede de gente que conocía a Vaneyev personal e íntimamente.

experiencia revolucionaria y de preparación práctica. Lo mismo puede decirse del *San Petersburgski Rabochi Listok* y, sobre todo, de *Rabochaya Gazeta* y del *Manifiesto* del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, fundado en la primavera de 1898.

Se sobreentiende que ni se nos ocurre culpar por esa falta de preparación a los militantes de entonces. Pero para aprovechar la experiencia del movimiento y extraer de ella enseñanzas prácticas es necesario comprender las causas y la significación de tal o cual defecto. Por eso es muy importante dejar constancia de que una parte (acaso la mayoría) de los socialdemócratas que actuaron de 1895 a 1898, ya entonces, en los albores del movimiento "espontáneo", consideraban posible con toda razón aparecer con el más amplio programa y táctica de lucha¹⁷.

En cuanto a la falta de preparación de la mayoría de los revolucionarios, fenómeno completamente natural, no podía provocar ninguna aprensión particular. Desde el momento en que la formulación de los objetivos era justa, en que había suficiente energía para intentar reiteradas veces su cumplimiento, los reveses temporales eran una desgracia a medias. La experiencia revolucionaria y la habilidad de organización son cosas que se pueden adquirir. ¡Lo único que hace falta es querer desarrollar en uno mismo las cualidades necesarias! ¡Lo único que hace falta es tener conciencia de las deficiencias, y en la labor revolucionaria conocerlas es recorrer la mitad del camino para corregirlas!

Pero la desgracia a medias se convirtió en una desgracia total cuando esa conciencia comenzó a perder claridad (y es de notar que era muy viva entre los militantes de dichos grupos), cuando aparecieron personas y aun publicaciones socialdemócratas dispuestas a erigir los defectos en virtudes y que inclusive intentaron dar fundamento teórico a su halago servil y a un culto de la espontaneidad. Ya es hora de analizar esa tendencia, muy inexactamente caracterizada por la palabra "economismo", demasiado estrecha para expresar su contenido.

B. El culto a la espontaneidad. *Rabochaya Mysl*

Antes de pasar a las expresiones literarias de este culto a la espontaneidad queremos destacar un hecho típico (del que nos informa la fuente arriba mencionada) que arroja cierta luz sobre la forma en que surgieron y crecieron entre los

17 "Al criticar la actividad de los socialdemócratas de fines de la década del 90, *Izba* no tiene en cuenta que entonces faltaban condiciones para cualquier trabajo que no fuera la lucha por pequeñas reivindicaciones", dicen los economistas en su "Carta a los órganos socialdemócratas rusos" (*Izba* N.º 12). Los hechos mencionados en el texto demuestran que esta afirmación sobre la "falta de condiciones" es diametralmente opuesta a la verdad. No sólo a fines, sino a mediados de la década del 90 existían todas las condiciones para otro trabajo, además de la lucha por las pequeñas reivindicaciones; todas las condiciones, excepto una preparación suficiente de los dirigentes. Y he aquí que, en vez de reconocer con franqueza esa falta de preparación por nuestra parte, por parte de los ideólogos, de los dirigentes, los "economistas" quieren cargar toda la responsabilidad a la "falta de condiciones", a la influencia del medio material que determina el camino del cual ningún ideólogo logrará desviar el movimiento. ¿Qué es eso sino un halago servil de la espontaneidad, un coquetismo de los "ideólogos" con sus propios defectos?

camaradas que actuaban en San Petersburgo las dos futuras tendencias en pugna de la socialdemocracia rusa. A principios de 1897, A. Vaneyev y algunos de sus camaradas tuvieron ocasión de participar, antes de su deportación, en una reunión en privado de "viejos" y "jóvenes" miembros de la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera. La conversación giró principalmente en torno de la organización y en particular del Estatuto de la Caja Obrera que, en su forma definitiva, fue publicado en el N.º 9-10 de *Listok Rabotnika* (p. 46). Entre los "viejos" ("decembristas", como los llamaban en tono de chanza los socialdemócratas petersburgueses) y algunos de los "jóvenes" (que más tarde colaboraron activamente en *Rabochaya Myel*) se puso de manifiesto enseguida una aguda divergencia y se desencadenó una acalorada polémica. Los "jóvenes" defendían los fundamentos principales del Estatuto tal como fue publicado. Los "viejos" decían que no era eso lo que hacía falta ante todo, sino fortalecer la Unión de Lucha como organización de revolucionarios, a la que debían subordinarse las distintas cajas obreras, los círculos para la propaganda entre la juventud estudiantil, etc. Se sobreentiende que los contrincantes distaban mucho de advertir en esta divergencia el comienzo de un desacuerdo; todo lo contrario, la consideraban como algo aislado y casual. Pero este hecho prueba que, también en Rusia, el "economismo" no surgió ni se difundió sin lucha contra los "viejos" socialdemócratas (los "economistas" de hoy suelen olvidarlo). Y si en su mayor parte esta lucha no dejó vestigios "documentales", ello se debe únicamente a que la composición de los círculos en actividad cambiaba con tanta frecuencia que no había continuidad alguna, razón por la cual las divergencias tampoco quedaban registradas en documento alguno.

La aparición de *Rabochaya Myel* sacó el "economismo" a la luz del día, pero tampoco lo hizo de golpe. Es preciso imaginar en forma concreta las condiciones de trabajo y la vida efímera de los numerosos círculos rusos (y sólo puede imaginar tal cosa quien la haya experimentado) para comprender cuánto hubo de casual en el éxito o el fracaso de la nueva tendencia en las distintas ciudades y durante cuánto tiempo los partidarios y los adversarios de lo "nuevo" no pudieron determinar —ni tuvieron literalmente posibilidad alguna de hacerlo— si se trataba de una tendencia particular o si reflejaba simplemente la falta de preparación de algunas personas. Así, los primeros números de *Rabochaya Myel*, reproducidos en hectógrafo, jamás llegaron a la inmensa mayoría de los socialdemócratas, y si ahora podemos referirnos al editorial de su primer número ello sólo se debe a que fue reproducido en el artículo de V. I. (Ivanshin, V.) (*Listok Rabotnika*, N.º 9-10, p. 47 y ss.) que, claro está, no dejó de elogiar con empeño (un empeño desatinado) el nuevo periódico, que tanto se distinguía de los periódicos y proyectos de periódicos arriba mencionados¹⁸. Ese editorial

18 Digamos de paso que ese elogio de *Rabochaya Myel*, en noviembre de 1898, cuando el "economismo", sobre todo en el extranjero, se había definido por completo, partía del propio V. I., quien muy pronto integró el cuerpo de redactores de *Rabocheye Dielo*. ¡Y sin embargo *Rabocheye Dielo* negaba entonces la existencia de dos tendencias en el seno de la socialdemocracia rusa, y sigue negándolo en el presente!

expresa con tanta elocuencia *todo el espíritu de Rabochaya Mysl* y del "economismo" en general que vale la pena analizarlo.

Después de señalar que la mano de bocamanga azul no podrá detener el desarrollo del movimiento obrero, el artículo continúa: "... El movimiento obrero debe esa vitalidad a que el obrero toma por fin su destino en sus propias manos, lo arranca de las de los dirigentes", y esta tesis fundamental se desarrolla más adelante en forma detallada. En realidad, los dirigentes (es decir, los socialdemócratas, organizadores de la Unión de Lucha) fueron arrancados por la Policía, puede decirse, de manos de los obreros¹⁹, y sin embargo se presenta las cosas como si los obreros lucharan contra esos dirigentes y se hubieran librado de su yugo! En vez de exhortar a marchar hacia adelante, a consolidar la organización revolucionaria y extender la actividad política, comenzaron a incitar a volver *atrás*, hacia la lucha exclusivamente sindicalista. Se proclamó que "la base económica del movimiento es eclipsada por el esfuerzo constante de no olvidar el ideal político", que el lema del movimiento obrero debe ser: "Lucha por la situación económica" (!) o, mejor aún, "los obreros, para los obreros"; se declaró que las cajas de ayuda en las huelgas "valen más para el movimiento que un centenar de otras organizaciones" (compárese esta afirmación, de octubre de 1897, con la discusión entre los "dembriistas" y los "jóvenes" a principios de 1897), etc. Frasécitas como, por ejemplo, la de que no se debe concentrar la atención en la "flor y nata" de los obreros, sino en el obrero "medio", en el obrero de la masa, que la "política sigue siempre dócilmente a la economía"²⁰, etc., etc., se pusieron de moda y adquirieron una influencia irresistible sobre la masa de la juventud enrolada en el movimiento, que en la mayoría de los casos no conocía más que fragmentos del marxismo aparecidos en las publicaciones legales.

Esto era someter por completo la conciencia a la espontaneidad, a la espontaneidad de "socialdemócratas" que repetían las "ideas" del señor V. V. (Vorontsov, V. P.); a la espontaneidad de los obreros que se dejaban arrastrar por el argumento de que obtener un aumento de un kopek por rublo valía mucho más que todo el socialismo y toda la política, de que "debían luchar sabiendo que lo hacían, no para imprecisas generaciones futuras, sino para ellos mismos y para sus propios hijos" (editorial del *Rabochaya Mysl* N.º 1). Frases de esta índole fue-

19 El siguiente hecho característico demuestra que esta comparación es justa. Cuando después de la detención de los "dembriistas" se difundió entre los obreros de la carretera Schlüsselburg la noticia de que había ayudado a la Policía el provocador N. Mijáilov (un dentista), que había estado en contacto con un grupo vinculado a los "dembriistas", los obreros se indignaron tanto que decidieron matar a Mijáilov.

20 Estas citas pertenecen al mismo editorial del primer número de *Rabochaya Mysl*. Se puede juzgar por esto acerca de cuál era la preparación teórica de esos "V. V. de la socialdemocracia rusa", quienes repetían las buidas trivialidades del "materialismo económico", mientras que en sus publicaciones los marxistas combatían al auténtico señor V. V., llamado desde tiempo atrás "maestro en asuntos reaccionarios" por ese mismo modo de concebir la relación entre la política y la economía.

ron siempre el arma favorita de los burgueses de Europa occidental que, en su odio al socialismo, trabajaban (al estilo del "socialpolítico" alemán Hirsch) para trasplantar el tradeunionismo inglés a su suelo patrio, diciendo a los obreros que la lucha exclusivamente sindical²¹ es una lucha para ellos mismos y para sus hijos, y no para imprecisas generaciones futuras y un impreciso socialismo futuro. Y ahora "los V. V. de la socialdemocracia rusa" se han puesto a repetir esa fraseología burguesa. Es importante señalar aquí tres circunstancias que nos serán de gran utilidad para seguir examinando las divergencias *actuales*²².

En primer lugar, el sometimiento de la conciencia por la espontaneidad, arriba indicado, se dio también *en forma espontánea*. Parece un juego de palabras, pero por desgracia es una amarga verdad. No se produjo por una lucha abierta entre dos concepciones diametralmente opuestas y por el triunfo de una de ellas sobre la otra, sino debido a que los gendarmes "arrancaban" un número cada vez mayor de revolucionarios "viejos" y a que aparecían en escena en número cada vez mayor los "jóvenes", los "V. V. de la socialdemocracia rusa". Quien no participó en el movimiento ruso *contemporáneo*, pero por lo menos respiró su atmósfera sabe muy bien que la situación es como acabamos de describirla. Y si, no obstante, insistimos particularmente en que el lector tenga una idea cabal de este hecho notorio; si, para mayor evidencia, por decirlo así, citamos datos sobre el *Rabocheye Dielo* de la primera fundación y sobre las discusiones entre los "viejos" y los "jóvenes", a principios de 1897, es porque personas que se jactan de su "democratismo" especulan con la ignorancia de todo esto por parte del gran público (o los muy jóvenes). Volveremos a insistir sobre este punto más adelante.

En segundo lugar, ya en la primera expresión literaria del economismo podemos observar un fenómeno muy peculiar y característico para entender todas las divergencias existentes entre los socialdemócratas contemporáneos, fenómeno consistente en que los partidarios del "movimiento puramente obrero", los admiradores del contacto más estrecho y más "orgánico" (así dice *Rabocheye Dielo*) con la lucha proletaria, los adversarios de todos los intelectuales no obreros (aunque sean intelectuales socialistas) se ven obligados a recurrir, en defensa de su posición, a los argumentos de los "sindicalistas puros" burgueses. Esto nos prueba que *Rabochaya Mysl* —sin advertirlo— había comenzado desde su aparición a realizar el programa del *Credo*. Esto prueba (cosa que *Rabocheye Dielo* no puede comprender) que *todo lo que sea* rendir culto a la espontaneidad del movimiento obrero, *todo lo que sea* rebajar el papel del "elemento consciente", el papel de la socialdemocracia, *equivale —con absoluta independencia de la voluntad de quien lo hace— a fortalecer la influencia de la ideología burguesa sobre los obreros*. Quien hable de "sobrestimación de

21 Los alemanes tienen inclusive una palabra especial, *Nur-Gewerkschaftler*, con la que designan a los partidarios de la lucha "únicamente sindical".

22 Subrayamos *actuales* para quienes se enojan hipócritamente de hombres y digan: ahora es muy fácil denigrar a *Rabochaya Mysl*, cuando no es más que un arcaísmo. *¡Mátese uno de le jobaba narrativo*, contestamos a los fariseos contemporáneos, cuya total sumisión servil a las ideas de *Rabochaya Mysl* será demostrada más adelante.

la ideología²³, de exageración del papel del elemento consciente²⁴, etc., imagina que el movimiento obrero puro puede elaborar y elaborará por sí mismo una ideología independiente en cuanto los obreros "arranquen su destino de manos de los dirigentes". Pero es un craso error. Para completar lo que acabamos de exponer añadiremos las siguientes palabras, profundamente justas e importantes, pronunciadas por K. Kautsky con motivo del proyecto del nuevo programa del Partido Socialdemócrata austriaco²⁵:

Muchos de nuestros críticos revisionistas creen que Marx afirmó que el desarrollo económico y la lucha de clases no sólo crean las premisas para la producción socialista, sino que también engendran directamente la conciencia [la cursiva es de K. K.] de su necesidad. Y he aquí que esos críticos replican que Inglaterra, el país de más alto desarrollo capitalista, es el más ajeno a esta conciencia. A juzgar por el nuevo proyecto, se podría creer que esta supuesta concepción marxista ortodoxa, refutada del modo indicado, es compartida también por la comisión que redactó el programa austriaco. El proyecto dice: "Cuanto más aumenta el proletariado con el desarrollo del capitalismo, tanto más obligado se ve a emprender la lucha contra este, y tanto más capacitado se halla para emprenderla. El proletariado llega a adquirir conciencia de la posibilidad y la necesidad del socialismo". En este orden de ideas, la conciencia socialista aparece como el resultado necesario y directo de la lucha de clases del proletariado. Pero esto es falso. Por cierto, el socialismo, como doctrina, tiene sus raíces en las relaciones económicas actuales, exactamente igual que la lucha de clases del proletariado, y, lo mismo que esta, surge de la lucha contra la miseria y la pobreza de las masas, engendrada por el capitalismo; pero el socialismo y la lucha de clases surgen paralelamente y uno no deriva de la otra; surgen de premisas diferentes. La conciencia socialista moderna puede surgir sólo sobre la base de un profundo conocimiento científico. En efecto, la ciencia económica contemporánea constituye una premisa de la producción socialista, lo mismo que, pongamos por caso, la técnica moderna, y el proletariado, por mucho que lo desee, no puede crear la una ni la otra; ambas surgen del proceso social contemporáneo. Pero no es el proletariado el portador de la ciencia, sino la *intelectualidad burguesa* [la cursiva es de K. K.]; el socialismo moderno surgió del cerebro de algunos miembros de esta capa y ellos fueron quienes lo transmitieron a los proletarios destacados por su desarrollo intelectual; estos, a su vez, lo introducen luego en la lucha de clases del proletariado, allí donde las condiciones lo permiten. De modo que la conciencia socialista es algo introducido desde afuera [von Außen Hineingetragen] en la lucha de clases del proletariado y no algo que surgió espontáneamente [wachsen] de ella. De

²³ Carta de los "economistas" en *Idea* N.º 12.

²⁴ *Rabocheye Dielo* N.º 10.

²⁵ *Die Neue Zeit*, 1901-1902, XX, I, N.º 3, p. 79. El proyecto de la comisión, del que habla Kautsky, fue aprobado por el Congreso de Viena (a fines del año pasado) con algunas modificaciones.

acuerdo con esto, ya el viejo programa de Hainfeld decía, con toda razón, que es tarea de la socialdemocracia infundir al proletariado *la conciencia* de su situación [literalmente: saturar al proletariado de ella] y de su misión. No habría necesidad de hacerlo si esta conciencia derivara automáticamente de la lucha de clases. El nuevo proyecto, en cambio, copia esta tesis del viejo programa y la agrega a la tesis antes citada. Pero esto ha interrumpido por completo el razonamiento...

Ya que no puede ni hablarse de una ideología independiente, elaborada por las propias masas obreras en el curso de su movimiento²⁶, el problema se plantea *sólo así*: ideología burguesa o ideología socialista. No hay término medio (pues la humanidad no ha elaborado ninguna "tercera" ideología; además, en la sociedad desgarrada por las contradicciones de clase jamás puede existir una ideología al margen de las clases ni por encima de estas). Por eso, *todo lo que sea* rebajar la ideología socialista, *todo lo que sea* alejarse de ella equivale a fortalecer la ideología burguesa. Se habla de espontaneidad. Pero el desarrollo *espontáneo* del movimiento obrero marcha hacia su subordinación a la ideología burguesa, *marcha hacia el programa del Credo*, pues el movimiento obrero espontáneo es sindicalismo, es *Nur-Gewerkschaftlerei*, y el sindicalismo implica el sometimiento ideológico de los obreros por la burguesía. Por eso nuestra tarea, la tarea de la socialdemocracia, consiste en *combate* la espontaneidad, en *aportar* al movimiento obrero de esta tendencia espontánea del sindicalismo a cobijarse bajo el ala de la burguesía y atraerlo hacia la socialdemocracia revolucionaria. La frase de los autores de la carta "economista" publicada en *Iskra* N.º 12 acerca de que ningún esfuerzo de los ideólogos más inspirados podrá desviar al movimiento obrero del camino determinado por la interacción de los elementos materiales y el medio material *equivale plenamente*, por lo tanto, a *una renuncia al socialismo*. Y si estos autores fuesen capaces de meditar lo que dicen, de meditarlo hasta sus últimas consecuencias, con valentía y lógica, como corresponde a cualquier persona que interviene en la actividad literaria y social, no les quedaría más remedio que "cruzar sobre el pecho vacío las manos inútiles" y... ceder el campo de acción a los señores Struve y Prokopovich, que arrastran el movimiento obrero "por la línea de la menor resistencia", es decir, por la línea del sindicalismo burgués, o a los Zubatov, que arrastran por la línea de la "ideología" clerical-policiaca.

²⁶ Esto no significa, naturalmente, que los obreros no participan en esa elaboración. Pero no intervienen como obreros, sino como teóricos del socialismo, como los Proudhon y los Weitling: en otros términos, sólo participan en el momento y en la medida en que logran, en mayor o menor grado, dominar la ciencia de su siglo y desarrollarla. Pero para que los obreros *lo logren con mayor frecuencia* es necesario ocuparse lo más posible de elevar su nivel de conciencia en general; que los obreros no se encierran en el marco artificialmente restringido de la "literatura para obreros", sino que aprendan a asimilar cada vez más la *literatura general*. Sería más justo decir, en vez de "no se encierran", no sean encerrados, pues los obreros leen y quieren leer todo lo que se escribe también para los intelectuales, y sólo ciertos intelectuales (de ínfima categoría) creen que "para los obreros" basta con describir el sistema que rige en las fábricas y repetirles lo que ya se conoce desde hace mucho tiempo.

Recuérdese el ejemplo de Alemania. ¿En qué consistió el mérito histórico de Lassalle ante el movimiento obrero alemán? En haberlo apartado del camino del sindicalismo progresista y del cooperativismo, por el cual se encauzaba espontáneamente (con la benévola cooperación de Schuler-Deflitisch y sus semejantes). Para cumplir esta misión fue necesario algo muy distinto de la charlatanería sobre la subestimación del elemento espontáneo, sobre la táctica como proceso, sobre la interacción de los elementos y el medio, etc. Fue necesario desplegar una lucha encarnizada contra la espontaneidad, y sólo como resultado de esa lucha, que duró muchos años, se logró, por ejemplo, que la población obrera de Berlín se convirtiera, de sostén del partido progresista, en uno de los mejores baluartes de la socialdemocracia. Y esta lucha no ha terminado aún, ni mucho menos (como podrían creer quienes estudian la historia del movimiento alemán en Prokopovich y su filosofía en Struve). Aun ahora la clase obrera alemana está fraccionada, si se puede usar esta expresión, en varias ideologías: una parte de los obreros se agrupa en los sindicatos obreros católicos y monárquicos, otra en los sindicatos de Hirsch-Duncker, fundados por los admiradores burgueses del tradeunionismo inglés; una tercera, en los sindicatos socialdemócratas. Esta última es incomparablemente mayor que las demás, pero la ideología socialdemócrata sólo ha podido conquistar esta supremacía y mantenerla mediante una lucha tenaz contra todas las demás ideologías.

Pero —preguntará el lector—, ¿por qué el movimiento espontáneo, el que pasa por la línea de la menor resistencia, conduce a la dominación de la ideología burguesa? Por la sencilla razón de que esta es mucho más antigua por su origen que la ideología socialista, porque su elaboración es más completa; porque posee medios de difusión incomparablemente más poderosos²⁷. Y por lo mismo, cuanto más joven es el movimiento socialista en un país, tanto más enérgica debe ser la lucha contra toda tentativa de afianzar la ideología no socialista, tanto más resueltamente se debe alertar a los obreros contra los malos consejeros, que protestan contra “la exageración del elemento consciente”, etc. Los autores de la carta de los “economistas” se hacen eco de *Rabocheye Dielo* y atacan con furor la intolerancia propia del período infantil del movimiento. A esto contestamos: sí, nuestro movimiento realmente se encuentra en su infancia y para que llegue con mayor celeridad a la madurez debe llenarse de intransigencia sobre todo con quienes frenan su desarrollo con su servilismo ante la espontaneidad. ¡Nada más ridículo y nocivo que presumir de viejo militante que hace mucho pasó ya por todos los episodios decisivos de la lucha!

²⁷ Con frecuencia se oye decir: la clase obrera tiende espontáneamente hacia el socialismo. Esto es muy correcto en el sentido de que la teoría socialista revela, con más profundidad y precisión que ninguna otra, las causas de las calamidades que sufre la clase obrera, y por eso los obreros la asimilan con tanta facilidad, siempre que esta teoría no retroceda ante la espontaneidad, siempre que esta teoría someta a la espontaneidad. Por lo general esto se entiende así, pero *Rabocheye Dielo* lo olvida y lo desfigura. La clase obrera tiende de modo espontáneo al socialismo, pero la ideología burguesa, la más difundida (y que siempre vuelve a resurgir en las formas más diversas), se impone, no obstante, espontáneamente al obrero más que a nadie.

En tercer lugar, el primer número de *Rabochaya Mysl* nos dice que la denominación de "economismo" (a la cual, por supuesto, no nos proponemos renunciar, pues de todos modos es un mote ya aceptado) no expresa con suficiente exactitud la esencia de la nueva orientación. *Rabochaya Mysl* no repudia por completo la lucha política: en los estatutos de las cajas, publicados en su primer número, se habla de la lucha contra el Gobierno. Sin embargo, cree que "la política sigue siempre dócilmente a la economía" (en tanto que *Rabocheye Dielo* modifica esta tesis cuando asegura en su programa que "en Rusia, más que en ningún otro país, la lucha económica está indisolublemente ligada a la lucha política"). Estas tesis de *Rabochaya Mysl* y *Rabocheye Dielo* son totalmente falsas, si entendemos por política la de los socialdemócratas. Con mucha frecuencia la lucha económica de los obreros está ligada (aunque no indisolublemente) a la política burguesa, clerical, etc., como ya vimos. Las tesis de *Rabocheye Dielo* son justas si entendemos por política la sindicalista, es decir, la aspiración, común a todos los obreros, de conseguir del Estado tales o cuales medidas destinadas a remediar los males propios de su situación, pero que no acaban con esta, es decir, no suprimen el sometimiento del trabajo al capital. Esta aspiración es en verdad común, tanto a los tradeunionistas ingleses, que mantienen una actitud hostil al socialismo, como a los obreros católicos, a los "de Zolotov", etc. Hay diferentes clases de política. Vemos, pues, que *Rabochaya Mysl*, en lo que a la lucha política se refiere, más que repudiarla se inclina ante su espontaneidad, ante su falta de conciencia. Al admitir plenamente la lucha política derivada en forma espontánea del propio movimiento obrero (o con mayor exactitud: los anhelos y las reivindicaciones políticas de los obreros) renuncia por completo a elaborar independientemente una política socialdemócrata, específica, que corresponda a los objetivos generales del socialismo y a las condiciones actuales de Rusia. Más adelante demostraremos que *Rabocheye Dielo* incurre en el mismo error.

C. El Grupo de Autoemancipación y *Rabocheye Dielo*

Hemos examinado tan en detalle el editorial, poco conocido y casi olvidado hoy, del primer número de *Rabochaya Mysl* porque expresó, mucho antes y con más exactitud que nadie, esta corriente general que luego aparecería a la luz del día por pequeños y numerosos cauces. V. I. tenía plena razón cuando ponderó el primer número y el editorial de *Rabochaya Mysl* y dijo que había sido escrito "con agudeza", "con brío" (*Listok Rabotnika* N.º 9-10, p. 49). Toda persona convencida de sus opiniones, que piensa que aporta algo nuevo, escribe "con brío" y quiere expresar con precisión sus puntos de vista. Sólo quienes están acostumbrados a nadar entre dos aguas carecen de todo "brío"; sólo ese tipo de personas es capaz de elogiar un día los bríos de *Rabochaya Mysl* y atacar al siguiente los "bríos polémicos" de sus adversarios.

No nos detendremos en el "*Suplemento especial*" de *Rabochaya Mysl* (más adelante, por distintos motivos, nos referiremos a este trabajo, que expresa del modo más consecuente las ideas de los "economistas"), sino que por ahora comentaremos en forma resumida el "*Llamamiento del Grupo de Autoemancipación de los Obreros*" (marzo de 1899, reproducido en *Nekavanie* de Londres, N.º 7, julio de 1899). Los autores de este llamamiento dicen con acierto que "la Rusia obrera apenas comienza a despertar, a mirar a su alrededor, y se aferra instintivamente a los primeros medios de lucha que encuentra al alcance de su mano". Pero de ello deducen la misma conclusión falsa que *Rabochaya Mysl*, olvidando que lo instintivo es lo inconsciente (lo espontáneo), en cuya ayuda deben acudir los socialistas; que los primeros medios de lucha "que encontrará al alcance de su mano" serán siempre, en la sociedad moderna, los sindicalistas, y que la primera ideología "que encontrará al alcance de su mano" será la burguesa (sindicalista). Tampoco estos autores "niegan" la política, sino que, siguiendo a V. V., sólo (sólo!) repiten que la política es una superestructura y que por eso "la agitación política debe ser una superestructura de la agitación en favor de la lucha económica, debe surgir sobre la base de esta lucha y seguir tras ella".

En cuanto a *Rabocheye Dielo*, comenzó su actividad por la "defensa" de los "economistas". Después de la falsa afirmación en su primer número (pp. 141-142) de que "ignoraba a qué camaradas jóvenes se había referido Axelrod" cuando en su conocido folleto²⁸ dirigía una advertencia a los "economistas", *Rabocheye Dielo* debió reconocer, en la polémica con Axelrod y Plejanov a propósito de esa falsedad, que, " fingiendo no saber de quién se trataba, quiso defender a todos los emigrados socialdemócratas más jóvenes contra esa acusación injusta" (Axelrod acusaba a los "economistas" de estrechez de miras). En realidad, esa acusación era justa en todo sentido y *Rabocheye Dielo* sabía muy bien que ayudaba, entre otros, a V. I., miembro de su redacción. De paso diré que en dicha polémica Axelrod estaba en lo cierto y *Rabocheye Dielo* completamente equivocado en la interpretación de mi folleto *Tareas de los socialdemócratas rusos*. Ese folleto fue escrito en 1897, antes de la aparición de *Rabochaya Mysl*, cuando yo consideraba correctamente que la tendencia primitiva de la Unión de Lucha de San Petersburgo, que ya he definido, era la predominante. Y esa tendencia predominó por lo menos hasta mediados de 1898. Por eso, en su intento de refutar la existencia y el peligro del "economismo", *Rabocheye Dielo* no tenía derecho alguno a referirse a un folleto donde se exponía concepciones desplazadas en San Petersburgo, en 1897-98, por la concepción "economista"²⁹.

²⁸ *Las tareas actuales y la táctica de los socialdemócratas rusos*, Ginebra, 1898, dos cartas a *Rabochaya Gazeta*, escritas en 1897.

²⁹ En su defensa, *Rabocheye Dielo* completó su primera mentira ("ignoramos a qué camaradas jóvenes se refería P. Axelrod") con una segunda, al escribir en su "Respuesta": "Desde la aparición de la crítica de *Las tareas*... surgieron o se definieron con cierta claridad, entre algunos socialdemócratas rusos, tendencias hacia la unilateralidad economista, que significan un paso atrás en comparación con el estado de nuestro movimiento, esbozado en *Las tareas*..." (p. 9). Eso lo dice la "Respuesta", aparecida en 1900. Y el primer número de *Rabocheye Dielo* (con la crítica) apareció

Pero *Rabocheye Dielo* no sólo “defendía” a los “economistas”, sino que a su vez caía continuamente en los principales errores de estos. Ello se debía a la interpretación ambigua de la siguiente tesis del programa de *Rabocheye Dielo*: “El movimiento obrero de masas [la cursiva es de *Rabocheye Dielo*] que ha surgido en estos últimos años es, a nuestro juicio, el fenómeno más importante de la vida rusa, llamado primordialmente a *determinar las tareas* [la cursiva es nuestra] y el carácter de la actividad literaria de la Unión”. No puede ponerse en duda que el movimiento de masas es un fenómeno de la mayor importancia. Pero el problema consiste en cómo interpreta “la determinación de las tareas” ese movimiento de masas. Sólo es posible interpretarlo de dos maneras: o bien en el sentido del culto a la espontaneidad de ese movimiento, es decir, reduciendo el papel de la socialdemocracia al de simple servidora del movimiento obrero como tal (así lo conciben *Rabochaya Mysl*, el Grupo de Autoemancipación y los demás “economistas”), o bien en el sentido de que el movimiento de masas nos plantea nuevas tareas teóricas, políticas y de organización, mucho más complejas que las que podían satisfacernos en el período anterior a la aparición del movimiento de masas. *Rabocheye Dielo* tendía y tiende a concebirlo en el primer sentido, porque nada concreto ha dicho acerca de las nuevas tareas y siempre razonó como si el “movimiento de masas” nos *exigiera* de la necesidad de definir y resolver con claridad las tareas que nos plantea. Basta recordar que *Rabocheye Dielo* consideraba imposible plantear al movimiento obrero de masas, como *primera* tarea, el derrocamiento de la autocracia, y que rebajó esta tarea (en nombre del movimiento de masas) a la lucha por reivindicaciones políticas inmediatas (“Respuesta”, p. 25).

Dejaremos a un lado el artículo “La lucha económica y política en el movimiento ruso”, publicado por B. Krichevsky, director de *Rabocheye Dielo*, en el N.º 7, en el que repite esos mismos errores³⁰, y pasaremos directamente al *Rabocheye Dielo* N.º 10.

en abril de 1899. ¿Es que el “economismo” surgió recién en 1899? No; en 1899 se oyó por primera vez la voz de protesta de los socialdemócratas rusos contra el “economismo” (la protesta contra el *Orskij*). Pero el “economismo” había surgido en 1897, como muy bien lo sabe *Rabocheye Dielo*, pues ya en noviembre de 1898 (*Listok Rabotnika* N.º 9-10) V. I. se deshacía en elogios a *Rabochaya Mysl*.

30 La “teoría de las fases” o la teoría de los “tímidos zigzags” en la lucha política se expone, por ejemplo, en ese artículo, del siguiente modo: “Las reivindicaciones políticas, que por su carácter son comunes a toda Rusia, deben, sin embargo, durante los primeros tiempos [esto fue escrito en agosto de 1900?], corresponder a la experiencia adquirida por una capa determinada [sic] de obreros en la lucha económica. Sólo [?] sobre la base de esa experiencia se puede y debe iniciar la agitación política”, etc. (p. 11). En la página 4 el autor, indignado por las acusaciones, a su juicio completamente infundadas, de herejía economista, exclama en tono patético: “Pero ¿qué socialdemócrata ignora que, según la doctrina de Marx y Engels, los intereses económicos desempeñan las distintas clases desempeñan un papel decisivo en la historia y que, *por lo tanto* [la cursiva es nuestra], particularmente la lucha del proletariado por sus intereses económicos debe tener una importancia primordial para su desarrollo como clase y para su lucha de liberación?”. Ese “por lo tanto” está completamente fuera de lugar. Del hecho de que los intereses económicos desempeñan un papel decisivo *no se desprende en modo alguno* la conclusión de que la lucha económica (= sindical) tenga una importancia primordial, pues los intereses más esenciales, “decisivos”, de las clases *sólo* pueden ser satisfechos por radicales transformaciones *políticas* en general; sobre todo el interés económico fundamental del proletariado puede ser satisfecho sólo por medio de una revolución política que sustituya la dictadura de la burguesía por la del

Por cierto, no nos detendremos a analizar objeciones aisladas de Krichevsky y Martinov contra *Zarys e Iskra*. Aquí sólo nos interesa la posición de principio que *Rabocheye Dielo* adoptó en su número diez. No nos detendremos, por ejemplo, a examinar el caso curioso de que *Rabocheye Dielo* vea una "contradicción flagrante" entre la tesis: "La socialdemocracia no se ata las manos, no limita su actividad a un plan cualquiera previamente elaborado, o a un solo procedimiento de lucha política, sino que admite como buenos todos los procedimientos de lucha con tal de que correspondan a las fuerzas del partido, etc." (*Iskra* N.º 1) y la tesis: "... si no existe una organización fuerte, experimentada en la lucha política en todas las circunstancias y en todos los períodos, no es posible hablar siquiera de un plan de acción sistemático, elaborado sobre la base de principios firmes y aplicado con perseverancia, único plan que merece el nombre de táctica" (*Iskra* N.º 4).

Confundir la admisión *en principio* de todos los medios de lucha, de todos los planes y procedimientos, con tal de que sean convenientes, con la exigencia de que *en determinado momento político* es preciso guiarse por un plan aplicado en forma inflexible equivale, si se quiere hablar de táctica, a confundir el hecho de que la medicina reconozca todos los sistemas terapéuticos con la exigencia de que en el tratamiento de una enfermedad determinada se siga siempre determinado sistema. Pero se trata de que *Rabocheye Dielo*, que padece la enfermedad que hemos llamado culto a la espontaneidad, no quiere admitir ningún "sistema terapéutico" para curar *esa* enfermedad. Por eso ha realizado el notable descubrimiento de que la "táctica como plan está en contradicción con el espíritu fundamental del marxismo" (N.º 10, p. 18), que la táctica es "*un proceso de crecimiento de las tareas del partido, que crecen junto con éste*" (p. 11; la cursiva es de *Rabocheye Dielo*). Este pensamiento tiene muchas probabilidades de hacerse célebre, de convertirse en un monumento impercedero a la "tendencia" de *Rabocheye Dielo*. A la pregunta "*¿Adónde ir?*", este órgano dirigente responde: el movimiento es un proceso de cambio de distancia entre el punto de partida y los puntos siguientes del movimiento. Este pensamiento de incomparable profundidad no sólo es curioso (si sólo fuese así, no valdría la pena detenerse a analizarlo), sino que además representa *el programa de toda una tendencia*, a saber: el mismo programa que *Rabochaya Myel* expresó (en su "*Suplemento especial*") en estos términos: es deseable la lucha que es posible y es posible la lucha que se desarrolla en un momento dado. Esta es la tendencia del oportunismo ilimitado, que se adapta en forma pasiva a la espontaneidad.

"¿La táctica como plan está en contradicción con el espíritu fundamental del marxismo?". Esto es una calumnia contra el marxismo, es convertirlo en la misma caricatura que esgrimían los populistas en su guerra contra nosotros. Es rebajar la iniciativa y la energía de los militantes conscientes, en tanto que el marxismo, por el contrario, da un impulso gigantesco a la iniciativa y

proletariado. Krichevsky repite el razonamiento de los "V. V. de la socialdemocracia rusa" (la política sigue a la economía, etc.) y de los bernsteinianos de la socialdemocracia alemana (por ejemplo, Wollman recurría a la misma argumentación para probar que los obreros, antes de pensar en una revolución política, debían adquirir "poder económico").

la energía de los socialdemócratas, despliega ante ellos las más amplias perspectivas y pone a su disposición (si podemos expresarnos así) las potentes fuerzas de muchos millones de hombres de la clase obrera que se lanzan a la lucha "espontáneamente". Toda la historia de la socialdemocracia internacional abunda en planes, propugnados por uno u otro dirigente político, algunos de los cuales demuestran la perspicaz y correcta concepción política y organizativa de sus autores, y otros revelan miopía y errores políticos. Cuando Alemania atravesaba uno de los virajes históricos más grandiosos -formación del Imperio, apertura del *Reichstag*, concesión del sufragio universal-, Liebknecht tenía para la socialdemocracia un plan político y de acción general y Schweitzer, otro. Cuando los socialistas alemanes fueron golpeados por la ley de excepción, Most y Hasselmann, dispuestos a exhortar pura y simplemente a la violencia y el terror, tenían un plan; distinto era el de Höchberg, Schramm y (en parte) Bernstein, quienes comenzaron a predicar a los socialdemócratas que al ser excesivamente violentos y revolucionarios habían provocado esa ley, y que debían ahora obtener el perdón con una conducta ejemplar; un tercer plan tenían los que venían preparando y llevaron a cabo la publicación de un periódico ilegal. Cuando se mira hacia atrás, muchos años después de terminada la lucha por la elección de un camino y cuando la historia ya ha dado su veredicto sobre el acierto del camino elegido, no es difícil, naturalmente, exhibir profundidad de pensamiento diciendo que las tareas del partido crecen junto con este. Pero en un momento de confusión³¹, cuando los "críticos" y los "economistas" rusos rebajan la socialdemocracia al nivel del sindicalismo y los terroristas predicán con ardor la adopción de una "táctica como plan" que repite los antiguos errores, limitarse en un momento así a pensamientos profundos como ese es firmarse uno mismo un "certificado de pobreza". En un momento en que muchos socialdemócratas rusos padecen de falta de iniciativa y de energía, de falta de "planes" para organizar en forma más vasta la labor revolucionaria, que "restringen el contenido y el alcance de la propaganda, agitación y organización políticas"³²; en un momento así, decir que "la táctica como plan está en contradicción con el espíritu fundamental del marxismo" no sólo equivale a envilecer el marxismo en el sentido teórico, sino, en la práctica, a arrastrar al partido hacia atrás. Nos alecciona más adelante *Rabocheye Diele*:

La tarea de un socialdemócrata revolucionario consiste sólo en acelerar con su trabajo consciente el desarrollo objetivo y no en suprimirlo o sustituirlo por sus propios planes subjetivos. En teoría *Iskra* sabe todo esto. Pero la enorme importancia que el marxismo atribuye con toda razón a la labor revolucionaria

31 "*Ein Jahr der Verwirrung*" (Un año de confusión) es el título que dio Mehring, en su *Historia de la socialdemocracia alemana*, al apartado donde describe los tímidos y la indecisión que manifestaron los socialistas en un principio al elegir la "táctica como plan" que correspondía a las nuevas condiciones.

32 Del editorial de *Iskra* N.º 1.

consciente la lleva en la práctica, como resultado de su concepto doctrinario de la táctica, a *subestimar la importancia del elemento objetivo o espontáneo del desarrollo* (p. 18).

Otra vez la mayor confusión teórica, digna del señor V. V. y su cofradía. Desearíamos preguntar a nuestro filósofo: ¿en qué puede traducirse la "subestimación" del desarrollo objetivo por parte del autor de planes subjetivos? Al parecer, en perder de vista que este desarrollo objetivo crea o afianza, hunde o debilita a unas u otras clases, capas, grupos; a tales o cuales naciones, grupos de naciones, etc., con lo cual determina cierto agrupamiento político internacional de fuerzas, una u otra posición de los partidos revolucionarios, etc. Pero el error de tal autor no consistirá entonces en subestimar el elemento espontáneo, sino, por el contrario, en menospreciar el elemento *consciente*, pues probará que carece de "conciencia" para comprender en forma cabal el desarrollo objetivo. Por eso, el solo hablar de "apreciar la importancia *relativa*" (subrayado por *Rabocheye Dielo*) del elemento consciente y de la espontaneidad revela una falta absoluta de "conciencia". Si ciertos "elementos espontáneos de desarrollo" son en general accesibles al entendimiento humano, una apreciación equivocada de los mismos equivaldría a "subestimar el elemento consciente". Y si son inaccesibles, no los conocemos ni podemos hablar de ellos. ¿A qué se refiere, pues, B. Krichevsky? Si considera erróneos los "planes subjetivos" de *Iskra* (así lo declara) debería demostrar qué hechos objetivos no son tenidos en cuenta por esos planes y sólo entonces acusar a *Iskra*, por tal razón, de *falta de conciencia*, de "subestimar el elemento consciente", para decirlo con sus palabras. Pero si, descontento con los planes subjetivos, no posee más argumento que invocar la "subestimación del elemento espontáneo" (!!), con ello sólo demuestra que: (1) teóricamente entiende el marxismo *a la* Kareyev y Mijailowsky, ya bastante ridiculizados por Belov (Plejanov); (2) en la práctica se da por satisfecho con los "elementos espontáneos de desarrollo", que arrastraron a nuestros marxistas legales hacia el bernsteinismo y a nuestros socialdemócratas hacia el "economismo", y siente una "gran indignación" contra quienes se proponen *desviar* a toda costa a la socialdemocracia rusa del camino del desarrollo "espontáneo".

Y más adelante siguen cosas muy graciosas:

Así como los hombres, a pesar de todos los descubrimientos de las ciencias naturales, continuarán multiplicándose según los métodos de nuestros antepasados, así el nacimiento de un nuevo sistema social, pese a todos los descubrimientos de las ciencias sociales y al aumento del número de los combatientes conscientes, será también, en lo sucesivo, *principalmente* el resultado de explosiones espontáneas (p. 19).

Así como la antigua sabiduría dice: ¿a quién le faltará inteligencia para tener hijos?, la sabiduría de los "socialistas modernos" (*a la* Narciso Tuporilov

[Martov]), dice: para participar en el nacimiento (espontáneo) de un nuevo sistema social le alcanzará la inteligencia a cualquiera. Nosotros también lo creemos así. Para participar de ese modo basta *order* ante el "economismo" cuando reina el economismo y ante el terrorismo cuando surge el terrorismo. Así, en la primavera de este año, cuando tan importante era alertar contra el apasionamiento por el terrorismo, *Rabocheye Dielo* se mostró perplejo ante este problema "nuevo" para él. Y ahora, seis meses más tarde, cuando la cuestión ya ha perdido actualidad, nos ofrece al mismo tiempo la siguiente declaración: "Entendemos que la tarea de la socialdemocracia no puede ni debe consistir en contrarrestar el ascenso de la predisposición al terrorismo" (*Rabocheye Dielo* N.º 10, p. 23) y la resolución del Congreso: "El Congreso considera inoportuno el terror agresivo sistemático" (*Dos congresos*, p. 18). ¡Qué claridad y coherencia más notables! No lo contrarrestamos, pero lo declaramos inoportuno; y lo decimos de tal manera que el terror esporádico y defensivo no se incluye en la "resolución". ¡Hay que reconocer que esta resolución está a salvo de todo peligro y totalmente inmunizada contra los errores, como un hombre que habla para no decir nada!

Y para redactar semejante resolución sólo hacía falta una cosa: saber mantenerse a la zaga del movimiento. Cuando *Izra* puso en ridículo a *Rabocheye Dielo* por haber declarado que el terror era un problema nuevo, *aquel*, enfadado, acusó a *Izra* por su "pretensión verdaderamente increíble de imponer a la organización del Partido la solución que un grupo de escritores emigrados ha dado a los problemas tácticos hace más de quince años" (p. 24). En efecto, ¡qué pretensión y sobrestimación del elemento consciente: resolver primero los problemas en teoría, para luego convencer de lo justo de esa solución, tanto a la organización como al partido y a las masas!³³ Otra cosa es repetir lugares comunes y, sin "imponer" nada a nadie, someterse a cada "viraje", ya sea hacia el economismo, ya hacia el terrorismo. *Rabocheye Dielo* llega inclusive a generalizar este gran precepto de la experiencia de la vida y acusa a *Izra* y *Zarya* de "oponer su programa al movimiento, como un espíritu que se cierne sobre un caos amorfo" (p. 29). Pero ¿en qué consiste el papel de la socialdemocracia, si no en ser el "espíritu" que no sólo se cierne sobre el movimiento espontáneo, sino que lo eleva al nivel de "su programa"? No se trata de arrastrarse a la zaga del movimiento, cosa que, en el mejor de los casos, sería inútil para este, y, en el peor, extremadamente nocivo. Pero *Rabocheye Dielo* no sólo sigue esta "táctica como proceso", sino que la eleva a la categoría de principio, de modo que en vez de llamar a esta tendencia oportunismo sería más justo denominarla *seguidismo*. Forzoso es reconocer que quienes tienen la firme decisión de seguir a la zaga del movimiento están asegurados, en forma absoluta y definitiva, contra el error de "subestimar el elemento espontáneo del desarrollo".

33 Tampoco se debe olvidar que al resolver "en teoría" el problema del terror el grupo Emancipación del Trabajo *resumió* la experiencia previa del movimiento revolucionario.



Nos hemos convencido, pues, de que el error fundamental de la "nueva tendencia" surgida en la socialdemocracia rusa consiste en rendir culto a la espontaneidad, en no comprender que la espontaneidad de las masas exige de nosotros, como socialdemócratas, una elevada conciencia. Cuanto más poderoso es el ascenso espontáneo de las masas y más se amplía el movimiento, mayor es la rapidez con que aumenta la necesidad de una elevada conciencia, tanto en la labor teórica de la socialdemocracia como en su trabajo político y organizativo.

En Rusia, el ascenso del movimiento espontáneo de las masas fue (y sigue siendo) tan rápido que la juventud socialdemócrata resultó estar poco preparada para cumplir tan gigantescas tareas. Esa falta de preparación es nuestra desgracia común, la de *todos* los socialdemócratas rusos. El ascenso de las masas se produjo y extendió en forma ininterrumpida y continua, y, lejos de cesar donde había comenzado, se extendió a nuevas localidades y a nuevas capas de la población (bajo la influencia del movimiento obrero se reavivó la efervescencia entre la juventud estudiantil, entre los intelectuales en general y hasta entre los campesinos). Pero los revolucionarios quedaron *rezagados* con respecto a este movimiento ascensional, tanto en sus "teorías" como en su actividad; no han logrado crear una organización permanente que funcione sin interrupciones, capaz de *dirigir* todo el movimiento.

En el primer capítulo dejamos establecido que *Rabocheye Dielo* rebaja nuestras tareas teóricas y repite "espontáneamente" el clamor de moda: "Libertad de crítica"; quienes lo corran carecen de la "conciencia" suficiente para comprender que las posiciones de los "críticos" oportunistas y las de los revolucionarios son diametralmente opuestas en Alemania y en Rusia.

En los capítulos siguientes examinaremos cómo se manifestó el culto de la espontaneidad en el terreno de las tareas políticas y en la labor de organización de la socialdemocracia.

III. POLÍTICA SINDICALISTA Y POLÍTICA SOCIALDEMOCRATA

Una vez más comenzaremos con un elogio a *Rabocheye Dieło*. "Literatura de denuncias y lucha proletaria" es el título con que Martinov encabeza, en *Rabocheye Dieło* N.º 10, un artículo sobre sus divergencias con *Iskra*. "No podemos limitarnos a denunciar el estado de cosas que entorpece su desarrollo [el del partido obrero]. También debemos hacernos eco de los intereses inmediatos y cotidianos del proletariado" (p. 63). Así formula Martinov el fondo de esas divergencias. "*Iskra* [...] es en la práctica un órgano de oposición revolucionaria, que denuncia el estado de cosas reinante en nuestro país, y en especial la situación política [...] Nosotros, en cambio, trabajamos y seguimos trabajando por la causa obrera, en estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria" (*ibidem*). Corresponde agradecer a Martinov por esta formulación, que adquiere un notable interés general porque, en esencia, no sólo abarca nuestras divergencias con *Rabocheye Dieło*, sino también todas las que existen entre nosotros y los "economistas" en lo que se refiere a la lucha política. Ya demostramos que estos últimos no niegan en forma absoluta la "política", sino que sólo se desvían constantemente de la concepción socialdemócrata hacia la concepción sindicalista de la misma. De igual modo se desvía Martinov y por eso decidimos tomarlo como ejemplo de los errores "economistas" en este aspecto. Intentaremos demostrar que nadie podrá reprocharnos por esta elección: ni los autores del "*Suplemento especial*" de *Rabochaya Mysl*, ni los de la proclama del Grupo de Autoemancipación, ni los de la carta "economista" publicada en *Iskra* N.º 12.

A. La agitación política y su limitación por parte de los economistas

Todos saben que la lucha económica³⁴ de los obreros rusos se extendió en vasta escala y se consolidó paralelamente a la aparición de la "literatura" que denunciaba la situación económica (en las fábricas y los gremios). El contenido principal de los volantes consistía en revelar el sistema existente en las fábricas, y muy pronto se despertó entre los obreros un verdadero apasionamiento por estas denuncias. En cuanto vieron que los círculos de los socialdemócratas

³⁴ Para evitar interpretaciones erróneas, advertimos que en la exposición que sigue entendemos por lucha económica (según el uso establecido entre nosotros) la "lucha económica práctica", que Engels llamó, en el pasaje citado más arriba, "resistencia a los capitalistas" y que en los países libres se denomina lucha gremial, sindical o tradeunionista.

querían y podían proporcionarles un nuevo tipo de volantes donde se exponía toda la verdad sobre su vida miserable, su trabajo increíblemente penoso y su falta de derechos, comenzaron a llover, por así decirlo, cartas de las fábricas y talleres. Esta "literatura de denuncias" produjo enorme impresión, no sólo en las fábricas cuyo sistema se criticaba, sino en todas las fábricas adonde llegaban noticias de los hechos denunciados. Y como las necesidades y los padecimientos de los obreros de distintas empresas y de diferentes gremios tienen mucho en común, la "verdad sobre la vida obrera" entusiasmaba a *toda*. Entre los obreros más atrasados surgió una verdadera pasión "por aparecer en letras de molde", pasión noble por esta forma embrionaria de guerra contra todo el actual régimen social, basado en el pillaje y la opresión. Y los "volantes", en la inmensa mayoría de los casos, eran por cierto una declaración de guerra, porque la denuncia ejercía una influencia muy estimulante, movía a todos los obreros a reclamar que se pusiera fin a los escándalos más flagrantes y los predisponía a apoyar sus reivindicaciones por medio de huelgas. Los propios empresarios, a fin de cuentas, debieron reconocer hasta tal punto la importancia de los volantes como declaración de guerra que en muchos casos ni siquiera quisieron esperar a que estallaran las hostilidades. Como ocurre siempre, su sola publicación confería fuerza a las denuncias, que adquirieron la significación de una poderosa presión moral. Más de una vez bastó con que apareciera un volante para que las reivindicaciones quedaran satisfechas total o parcialmente. En una palabra, las denuncias económicas (relativas a las fábricas) fueron y siguen siendo hoy un resorte importante de la lucha económica. Y seguirán conservando esta importancia mientras subsista el capitalismo, que engendra necesariamente la autodefensa de los obreros. En los países europeos más adelantados se puede observar, aun hoy, cómo las denuncias de abusos que ocurren en alguna "industria artesanal", en un lugar remoto o en alguna rama de trabajo a domicilio olvidada por todos se convierten en punto de partida para despertar la conciencia de clase, para iniciar la lucha sindical y la difusión del socialismo³⁵.

En los últimos tiempos, la inmensa mayoría de los socialdemócratas rusos estuvo casi enteramente absorbida por ese trabajo de organización de las denuncias en las fábricas. Basta recordar el caso de *Rabochaya Mysl* para advertir hasta qué punto estaban absorbidos por esa tarea; tanto que llegaron a olvidar que esa

35 En el presente capítulo hablamos sólo de la lucha política en su concepto más amplio o más restringido. Por eso sólo señalaremos de paso, como una simple curiosidad, la acusación lanzada por *Rabocheye Dielo* contra *Izba* de "abstención excesiva" en cuanto a la lucha económica (*Dni onegren*, p. 27, repetida hasta el cansancio por Martinov en su folleto *La socialdemocracia y la clase obrera*). Si los señores acusadores midieran en *judi* o en pliegos de imprenta (como gustan hacerlo) la sección de *Izba* dedicada a la lucha económica durante el año y la compararan con la misma sección de *Rabocheye Dielo* y *Rabochaya Mysl* juntos, comprobarían enseguida que inclusive en ese sentido están atrasados. Es evidente que la conciencia de esta sencilla verdad los obliga a recurrir a argumentos que demuestran con claridad su confusión. "*Izba* —escriben—, quiéralo o no (!), se ve obligada (!) a tener en cuenta las exigencias imperiosas de la vida y publicar, por lo menos (!), cartas sobre el movimiento obrero" (*Dni onegren*, p. 27). ¡Este sí es un argumento realmente aplastante!

actividad por sí sola no era aún, en esencia, socialdemócrata, sino sólo sindical. En realidad, las denuncias sólo se referían a las relaciones de los obreros de un gremio determinado con sus respectivos patrones y el único objetivo que lograban era que los vendedores de la fuerza de trabajo aprendieran a vender esa "mercancía" con mayores ventajas y a luchar contra los compradores en el terreno de transacciones puramente comerciales. Las denuncias podían convertirse (siempre que la organización de los revolucionarios las utilizase de modo adecuado) en punto de partida y elemento integrante de la actividad socialdemócrata; pero también podían conducir (y con el culto a la espontaneidad era ineludible que así fuera) a una lucha "puramente sindical" y a un movimiento obrero no socialdemócrata. La socialdemocracia dirige la lucha de la clase obrera, no sólo para obtener mejores condiciones de venta de la fuerza de trabajo, sino para destruir el régimen social que obliga a los desposeídos a vender su fuerza de trabajo a los ricos. La socialdemocracia representa a la clase obrera, no sólo en su relación con un grupo determinado de empresarios, sino en sus relaciones con todas las clases de la sociedad contemporánea y con el Estado como fuerza política organizada. Se comprende, entonces, que los socialdemócratas, lejos de limitarse a la lucha económica, ni siquiera pueden admitir que la organización de las denuncias económicas constituya su actividad predominante. Debemos emprender con energía la labor de educar políticamente a la clase obrera, de desarrollar su conciencia política. Ahora, después de la primera acometida de *Zarya* e *Libra* contra el "economismo", "todo el mundo está de acuerdo" con eso (aunque hay quienes sólo lo están de palabra, como veremos enseguida).

Cabe preguntar en qué debe consistir la educación política.

¿Podemos limitarnos a difundir la idea de que la clase obrera es hostil a la autocracia? Por cierto que no. No basta con *explicar* la opresión política de que son objeto los obreros (de la misma manera que no era suficiente *explicarles* el antagonismo entre sus intereses y los de los patrones). Es necesario hacer agitación con motivo de cada manifestación concreta de esa opresión (como comenzamos a hacerlo con respecto a las manifestaciones concretas de la opresión económica). Y dado que las más diversas clases de la sociedad son víctimas de esa opresión, dado que se manifiesta en los más diferentes aspectos de la vida y la actividad profesional, civil, personal, familiar, religiosa, científica, etc., etc., ¿no es evidente que no cumpliríamos nuestra misión de desarrollar la conciencia política de los obreros si no emprendiéramos la organización de una vasta campaña política de denuncias contra la autocracia? Porque para hacer agitación con motivo de las manifestaciones concretas de la opresión es preciso denunciar esas manifestaciones (lo mismo que para hacer agitación económica era necesario denunciar los abusos cometidos en las fábricas).

Se diría que todo está claro. Pero resulta que "todo el mundo" está de acuerdo sólo de palabra en cuanto a la necesidad de desarrollar la conciencia política en todos sus aspectos. Resulta que *Rabocheye Diele*, por ejemplo, no sólo no ha emprendido la labor de organizar denuncias políticas en todos los aspectos (o comenzar su

organización), sino que se dedicó a *armar hacia atrás* también a *Izbra*, que había emprendido esa tarea. Escuchen: "La lucha política de la clase obrera es sólo [precisamente no sólo] la forma más desarrollada, amplia y efectiva de la lucha económica" [programa de *Rabocheye Dielo*. Véase el N.º 1, p. 3]. "Los socialdemócratas tienen ahora ante sí la tarea de imprimir a la propia lucha económica, en lo posible, un carácter político" [Martinov, en el N.º 10, p. 42]. "La lucha económica es el medio más ampliamente aplicable para incorporar a las masas a la lucha política activa" (Resolución del Congreso de la Unión y "enmiendas"; véase *Dos congresos*, pp. 11 y 17). Como el lector podrá observar, desde su aparición y hasta las últimas "Instrucciones a los editores", *Rabocheye Dielo* está plagada de estas tesis y todas ellas expresan con elocuencia un concepto único de la agitación y la lucha políticas. Examinemos, pues, este concepto desde el punto de vista predominante entre todos los economistas, según el cual la agitación política debe seguir a la económica. ¿Será cierto que la lucha económica es, en general³⁶, "el medio más ampliamente aplicable" para incorporar a las masas a la lucha política? Completamente falso. Todas las manifestaciones de la opresión policiaca y de los desmanes de la autocracia, y no sólo las manifestaciones vinculadas a la lucha económica, son medios no menos "ampliamente aplicables" para lograr esa "incorporación". ¿Por qué los superintendentes rurales y los castigos corporales de que son objeto los campesinos, la venalidad de los funcionarios y el trato que la Policía da a la "gente sencilla" de las ciudades, la lucha contra los hambrientos y la represión de los anhelos populares de instrucción y conocimientos, la exacción de tributos y la persecución de las sectas religiosas, el duro adiestramiento impuesto a los soldados y el rigor militar que se aplica a los estudiantes y los intelectuales liberales; ¿por qué todas estas manifestaciones de opresión, así como muchas otras análogas, que no están directamente ligadas a la lucha "económica" deben ser en general medios y motivos *menos* "ampliamente aplicables" para la agitación política y para incorporar a las masas a la lucha política? Muy por el contrario: en la suma total de los casos cotidianos en que el obrero es víctima (él mismo o sus allegados) de la arbitrariedad, la violencia y la falta de derechos es indudable que sólo una pequeña minoría representa casos de opresión policiaca en el terreno de la lucha sindical. ¿Para qué, pues, *limitar* de antemano los alcances de la agitación política, declarando "más ampliamente aplicable" sólo uno de los medios, junto al cual, para un socialdemócrata, deben hallarse otros que en términos generales no son menos "ampliamente aplicables"?

36 Decimos "en general" porque *Rabocheye Dielo* trata de los principios generales y de las tareas generales de todo el Partido. No cabe duda de que en la práctica suelen darse casos en que la política *debe*, en efecto, seguir a la economía, pero sólo los "economistas" pueden decir esto en una resolución destinada a toda Rusia. Pues hay también casos en que "desde el comienzo" se puede llevar a cabo la agitación política "únicamente en el terreno económico", a pesar de lo cual *Rabocheye Dielo* ha llegado por fin a la conclusión de que "no hay necesidad alguna" de ello (*Dos congresos*, p. 11). En el capítulo siguiente demostraremos que la táctica de los "políticos" y de los revolucionarios, lejos de desconocer las tareas sindicales de la socialdemocracia, es, por el contrario, la única que *puede asegurar* su realización consecuente.

En tiempos muy, muy remotos (¡hace un año!), *Rabocheye Dieło* decía: "Las reivindicaciones políticas inmediatas se tornan comprensibles para las masas después de una huelga o, a lo sumo, de varias", "en cuanto el Gobierno emplea la Policía y la gendarmería" (N.º 7, p. 15, agosto de 1900). Ahora, esta teoría oportunista de las fases ya ha sido rechazada por la Unión, que nos hace una concesión y declara: "No hay necesidad alguna de desarrollar desde el comienzo la agitación política exclusivamente en el terreno económico" (*Dos kongresy*, p. 11). ¡El solo repudio de la Unión de una parte de sus antiguos errores mostrará al futuro historiador de la socialdemocracia rusa, mejor que todas las disquisiciones, hasta qué punto han envilecido el socialismo nuestros "economistas"! ¡Pero cuán ingenua resulta la Unión cuando cree que a cambio de esa renuncia a una forma de limitación de la política puede llevarnos a aceptar la otra! ¿Acaso no habría sido más lógico decir, también aquí, que se debe desarrollar lo más ampliamente posible la lucha económica, que es preciso utilizarla siempre para la agitación política, pero que "no hay necesidad alguna" de considerarla como el medio más ampliamente aplicable para incorporar a las masas a una lucha política activa?

La Unión considera importante el haber reemplazado la expresión "el mejor medio", que figura en la resolución correspondiente del IV Congreso de la Unión Obrera Judía (*Bund*), por las palabras "el medio más ampliamente aplicable". Por cierto que nos resultaría difícil decir cuál de estas dos resoluciones es mejor: a nuestro juicio, *las dos son peores*. Tanto la Unión como el Bund se desvían en este caso (en parte, quizás inconscientemente, bajo la influencia de la tradición) hacia una interpretación economista, sindicalista, de la política. La esencia del problema no cambia porque se emplee la palabra "mejor" o la frasecita "más ampliamente aplicable". Si la Unión dijera que la "agitación política en el terreno económico" es el medio más ampliamente aplicado (y no "aplicable") tendría razón con respecto a cierto período del desarrollo de nuestro movimiento socialdemócrata. A saber: tendría razón con respecto a los "economistas" y a muchos militantes (si no a la mayoría de ellos) de 1898 a 1901, porque esos economistas prácticos, en efecto, *aplicaron* la agitación política (¡en la medida en que la aplicaban!) *casi exclusivamente al terreno económico*. Ese tipo de agitación política era aceptado y hasta recomendado, como vimos, tanto por *Rabochaya Mysl* como por el Grupo de Autoemancipación. *Rabocheye Dieło* habría debido condenar resueltamente el hecho de que la útil tarea de agitación económica fuera acompañada por una limitación nociva de la lucha política; ¡pero en vez de tal cosa declara que el medio más aplicado (por los "economistas") es el método más aplicable! No es extraño que esas personas, cuando las tildamos de "economistas", no encuentren otra salida que insultarnos a rabiar y nos llamen "mistificadores", "desorganizadores", "nuncios del Papa", "calumniadores"³⁷; que se quejen ante todo el mundo de que les hemos inferido una cruel afrenta;

³⁷ Así se expresa literalmente el folleto *Dos kongresy*, pp. 31, 32, 28 y 30.

que declaren casi bajo juramento que "ni una sola organización socialdemócrata peca hoy de 'economismo'"³⁸. ¡Ah, esos calumniadores, esos malvados políticos! ¿No habrán inventado adrede todo el "economismo" para inferir a la gente crueles afrentas, por simple odio a la humanidad?

¿Qué sentido concreto, real, tiene, en labios de Martinov, plantear ante la socialdemocracia la tarea de "imprimir a la lucha económica un carácter político"? La lucha económica es la lucha colectiva de los obreros contra los patrones por lograr mejores condiciones de *venta de su fuerza de trabajo*, mejores condiciones de trabajo y de vida. Es, necesariamente, una lucha sindical, porque las condiciones de trabajo son muy variadas en los distintos gremios y, por lo tanto, la lucha por *mejorarlas* debe llevarse a cabo forzosamente por gremios (por los sindicatos en Occidente, por asociaciones sindicales de carácter provisional y por medio de volantes en Rusia, etc.). Imprimir a la "lucha económica en sí misma un carácter político" significa, pues, procurar la satisfacción de esas reivindicaciones gremiales, el mejoramiento de las condiciones de trabajo en los gremios por medio de "medidas legislativas y administrativas" (según se expresa Martinov en la página 43 de su artículo). Es lo que siempre hacen y han hecho todos los sindicatos obreros. Basta hojear la obra de los esposos Webb, verdaderos eruditos (y "verdaderos" oportunistas), para comprobar que los sindicatos obreros ingleses reconocieron y realizan desde mucho tiempo atrás la tarea de "imprimir a la lucha económica en sí misma un carácter político", desde mucho tiempo atrás luchan por la libertad de huelga, por la supresión de todos los obstáculos jurídicos que se oponen al movimiento cooperativo y sindical, por la promulgación de leyes de protección para la mujer y el niño, por mejorar las condiciones de trabajo mediante una legislación sanitaria e industrial, etcétera.

¡Así pues, la pomposa frase: "Imprimir a la lucha económica en sí misma un carácter político", que suena "terriblemente" profunda y revolucionaria, oculta en el fondo la tendencia tradicional a *rebajar* la política socialdemócrata al nivel de la política tradeunionista! So pretexto de rectificar la unilateralidad de *Iskra*, que prefiere —según se afirma— "revolucionar el dogma a revolucionar la vida"³⁹, nos ofrecen como algo nuevo *la lucha por las reformas económicas*. En efecto, la frase "imprimir a la lucha económica en sí un carácter político" no significa otra cosa que la lucha por las reformas económicas. Y el propio Martinov habría podido llegar a esta sencilla conclusión si hubiese reflexionado en la significación de sus propias palabras. "Nuestro partido —dice, dirigiendo su artillería más pesada contra *Iskra*— podría y debería plantear ante el Gobierno exigencias concretas de medidas legislativas y administrativas contra la explo-

38 *Das congress*, p. 32.

39 *Rabocheye Dielo* N.º 10, p. 60. En esta variante Martinov aplica al caótico estado actual de nuestro movimiento la siguiente tesis: "Cada paso de movimiento real es más importante que una docena de programas", tesis que ya hemos caracterizado más arriba. En el fondo, no es más que una traducción al ruso de la célebre frase de Bernstein: "El movimiento lo es todo; el objetivo final, nada".

tación económica, la desocupación, el hambre, etc." (*Rabochye Dielo* N.º 10, pp. 42-43). Exigir medidas concretas, ¿no es acaso reclamar reformas sociales? Y preguntamos una vez más a los lectores imparciales si calumniamos a los partidarios de *Rabochye Dielo* (¡que se me perdone esta poco feliz denominación en boga!) cuando los calificamos de bernsteinianos solapados, puesto que esgrimen, como *discrepancia* con *Izba*, la tesis sobre la necesidad de luchar por reformas económicas.

La socialdemocracia revolucionaria siempre incluyó e incluye en sus actividades la lucha por las reformas. Pero utiliza la agitación "económica", no sólo para reclamar del Gobierno toda clase de medidas, sino también (y en primer término) para exigir que deje de ser un Gobierno autocrático. Además, considera su deber presentar al Gobierno esta exigencia, *no sólo* en el terreno de la lucha económica, sino también en el de todas las manifestaciones de la vida social y política. En una palabra, como la parte al todo, subordina la lucha por las reformas a la lucha revolucionaria por la libertad y el socialismo. En cambio, Martinov resucita en una nueva forma la teoría de las fases y trata de prescribir, por así decirlo, un camino de desarrollo exclusivamente económico a la lucha política. Al propugnar, en un momento de ascenso revolucionario, la lucha por las reformas como una presunta "tarea" especial, arrastra al Partido hacia atrás y hace el juego al oportunismo "economista" y liberal.

Prosigamos. Después de ocultar púdicamente la lucha por las reformas tras la pomposa tesis: "Imprimir a la lucha económica en sí misma un carácter político", Martinov presenta como algo especial *las reformas exclusivamente económicas* (y, en verdad, exclusivamente en la vida fabril). No sabemos por qué lo hace. ¿Descuido, tal vez? Pero si sólo hubiera pensado en las reformas "fabriles", toda su tesis, que acabamos de exonerar, carecería de sentido. ¿Tal vez porque estima posible y probable que el Gobierno otorgue "concesiones" únicamente en el terreno económico?⁴⁰ Si así fuese, resultaría un extraño error: las concesiones son posibles y se otorgan también en el terreno de la legislación sobre castigos corporales, pasaportes, pagos de rescate, sectas religiosas, censura, etc., etc. Las concesiones "económicas" (o seudooncesiones) son, se entiende, las más baratas y ventajosas para el Gobierno, pues espera con ellas ganar la confianza de las masas obreras. Pero por ese mismo motivo, nosotros, los socialdemócratas, *no debemos* en modo alguno y por ningún motivo dar lugar a la opinión (o al falso concepto) de que apreciamos más las reformas económicas o de que las consideramos de particular importancia, etc. "Estas reivindicaciones —dice Martinov con respecto a las demandas concretas de medidas legislativas y administrativas de que habla más arriba— no serían simples frases, pues como prometen ciertos resultados palpables podrían ser apoyadas activamente por la masa obrera". No somos "economistas", ¡oh, no! ¡Sólo nos

40 "Por supuesto, si recomendamos a los obreros que formulen ciertas reivindicaciones económicas al Gobierno es porque en el terreno *económico* el Gobierno *autócrata* está dispuesto, por necesidad, a otorgar ciertas concesiones" (p. 43).

arrastramos a los pies de la "palpabilidad" de los resultados concretos, con tanto servilismo como los señores Bernstein, Prokopovich, Struve, R. M. (Taj-tariov, K. M.) y *tutti quanti*! ¡Sólo damos a entender (con Narciso Tiuporikov) que todo lo que no "promete resultados palpables" es una "simple frase"! ¡Sólo tratamos de expresarnos como si la masa obrera no fuese capaz (y como si no hubiese demostrado su capacidad, pese a todos los que le endosan su propio filisteísmo) de apoyar en forma activa *cualquier* protesta contra la autocracia, *incluso la que no le promete absolutamente ningún resultado palpable*!

Tomemos los mismos ejemplos citados por Martinov sobre las "medidas" contra la desocupación y el hambre. Mientras *Rabocheye Dielo* se ocupa, según promete, de elaborar y desarrollar "demandas concretas [¿en forma de proyectos de ley?] de medidas legislativas y administrativas", que "prometan resultados palpables", *Iskra*, "que siempre prefiere revolucionar el dogma a revolucionar la vida", procuró explicar la íntima vinculación entre la desocupación y todo el régimen capitalista, advirtió que "viene el hambre" y denunció "la lucha de la Policía contra los hambrientos", así como el escandaloso "reglamento provisional de trabajos forzados", y *Zarya* publicó en edición especial, como folleto de agitación, una parte de su "Análisis de la situación interior". Pero, Dios mío, ¡qué "unilaterales" son esos ortodoxos incorregiblemente estrechos, esos dogmáticos, sordos a los imperativos de la "vida misma"! ¡Ni uno solo de sus artículos contiene -¡horror!- *ni una sola*, ¿se imaginan?, ni siquiera una "demanda concreta" que "prometa resultados palpables"! ¡Pobres dogmáticos! ¡Habría que mandarlos a estudiar con los Krichevsky y los Martinov para que se convencieran de que la táctica es un proceso de crecimiento, de aquello que crece, etc., y de que es necesario imprimir un carácter político a la lucha económica *en sí misma*!

"La lucha económica de los obreros contra los patrones y el Gobierno [¡lucha económica contra el Gobierno!], además de su significación revolucionaria directa, tiene también la de llevar a pensar continuamente a los obreros en la falta de derechos" (Martinov, p. 44). Hemos citado este pasaje, no para repetir por centésima o milésima vez lo que ya dijimos, sino para agradecer en especial a Martinov esta nueva y excelente formulación: "La lucha económica de los obreros contra los patrones y el Gobierno". ¡Magnífico! Con qué inimitable talento, con qué maestría para eliminar todas las discrepancias parciales y diferencias de matices entre los "economistas" expresa esta frase concisa y clara, *toda la esencia* del "economismo", que empieza por llamar a los obreros a la "lucha política en aras del interés general, para mejorar la situación de todos los obreros"⁴¹, continúa con la teoría de las fases y termina con la resolución del Congreso sobre el medio "más ampliamente aplicable", etc. "La lucha económica contra el Gobierno" es política sindicalista, que está muy lejos de ser política socialdemócrata.

41 *Rabocheye Mysl*, "Suplemento especial", p. 14.

B. De cómo Martinov "profundizó" a Plejanov

"¡Cuántos Lomonosov socialdemócratas aparecieron estos últimos tiempos en nuestro país!", observó cierto día un camarada, refiriéndose a la asombrosa inclinación de mucha gente propensa al "economismo", que quiere llegar indefectiblemente, por "su propio razonamiento", a las grandes verdades (por el estilo de aquella de que la lucha económica lleva a los obreros a pensar en su falta de derechos), y desconoce, con el olímpico desdén de los genios innatos, todos los frutos del desarrollo anterior del pensamiento y el movimiento revolucionarios. Un genio de este tipo es el Lomonosov-Martinov. Basta echar una ojeada a su artículo "*Problemas inmediatos*" para ver cómo *encara* con "su propio razonamiento" cosas que hace mucho tiempo había expuesto Axelrod (acerca del cual nuestro Lomonosov guarda, por supuesto, absoluto silencio); cómo *empieza*, por ejemplo, a comprender que no podemos pasar por alto la oposición de tales o cuales capas de la burguesía (*Rabochye Delo* N.º 9, pp. 61, 62, 71; compárese esto con la "*Respuesta*" de la redacción de *Rabochye Delo* a Axelrod, pp. 22, 23, 24), etc. Pero, ¡ay!, sólo "encara" y sólo "empieza", nada más; pues, a pesar de todo, ha entendido tan poco las ideas de Axelrod que habla de "lucha económica contra los patrones y el Gobierno". Durante tres años (de 1898 a 1901), *Rabochye Delo* vino acumulando fuerzas para comprender a Axelrod, ¡pero hasta ahora no lo ha logrado! ¿Tal vez esto ocurre porque la socialdemocracia, "lo mismo que la humanidad", se plantea siempre únicamente tareas realizables?

Pero no sólo se distinguen los Lomonosov por ignorar muchas cosas (¡esta sería una desgracia a medias!), sino también por no advertir su propia ignorancia. Esta ya es una desgracia total y es la que los impulsa a emprender sin más la labor de "profundizar" a Plejanov. Dice Lomonosov-Martinov:

Desde que Plejanov escribió el opúsculo citado (*Tareas de los socialistas en la lucha contra el hambre en Rusia*) ha corrido mucha agua bajo los puentes. Los socialdemócratas, que durante una década dirigieron la lucha económica de la clase obrera [...], aún no tuvieron tiempo de ofrecer una amplia fundamentación teórica de la táctica del Partido. Ahora esta cuestión ha madurado y si quisiéramos ofrecer una fundamentación teórica de esa índole nos veríamos, sin duda, obligados a profundizar bastante en los principios tácticos desarrollados en su tiempo por Plejanov [...]. Ahora tendríamos que definir la diferencia entre propaganda y agitación de una manera distinta a la establecida por Plejanov. [Martinov acaba de citar las palabras de Plejanov: "El propagandista inculca muchas ideas a una sola persona o a un pequeño grupo de personas, mientras que el agitador inculca una o varias ideas, pero en cambio se dirige a gran cantidad de personas"]. Por propaganda entenderíamos la explicación revolucionaria del actual régimen social o de sus manifestaciones parciales, al margen de si se realiza en forma accesible sólo para algunas personas o para las grandes masas. Por agitación, en el sentido estricto de la palabra [*isid*], entenderíamos

el llamamiento dirigido a las masas para ciertas acciones concretas, definidas, y el contribuir a la intervención revolucionaria directa del proletariado en la vida social.

Felicitemos a la socialdemocracia rusa —así como a la internacional— por haber encontrado, gracias a Martinov, esta nueva terminología, más rigurosa y profunda. Hasta ahora creíamos (con Plejanov y con todos los dirigentes del movimiento obrero internacional) que cuando un propagandista trata, por ejemplo, el problema de la desocupación, debe explicar la naturaleza capitalista de la crisis, señalar la causa de su inevitabilidad en la sociedad actual, indicar la necesidad de transformar esta en sociedad socialista, etc. En una palabra, debe ofrecer “muchas ideas”, tantas, que en su conjunto sólo puedan ser asimiladas en el acto por (relativamente) pocas personas. En cambio el agitador, cuando aborde ese mismo problema, tomará un ejemplo, el más destacado y conocido por su auditorio —pongamos por caso, el de una familia de desocupados muerta de hambre, el aumento de la miseria, etc.— y, aprovechando este hecho conocido por todos, orientará todos sus esfuerzos a inculcar a la “masa” *una sola idea*: lo absurdo de la contradicción entre el aumento de la riqueza y el crecimiento de la miseria; tratará de *debertar* en la masa el descontento y la indignación contra esta flagrante injusticia y dejará al propagandista la explicación completa de dicha contradicción. Por consiguiente, el propagandista se vale principalmente de la palabra *impres*a, mientras que el agitador emplea la forma *oral*. Al propagandista se le exigen cualidades distintas que al agitador. Así, llamaremos propagandistas a Kautsky y a Lafargue; a Bebel y Guesde, agitadores. Destacar una tercera esfera o tercera función de la actividad práctica e incluir en ella el “llamamiento dirigido a las masas para ciertas acciones concretas” es el desatino más grande, pues un “llamamiento”, como acto aislado, o bien es un complemento natural e inevitable del tratado teórico, del folleto de propaganda y del discurso de agitación, o bien constituye una función puramente ejecutiva. En efecto, tomemos, por ejemplo, la lucha actual de los socialdemócratas alemanes contra los aranceles sobre los cereales. Los teóricos, en sus investigaciones sobre la política aduanera, “llaman”, digámoslo así, a luchar por la conclusión de convenios comerciales y por la libertad de comercio; lo mismo hacen el propagandista en la prensa periódica y el agitador en sus discursos públicos. La “acción concreta” de la masa consiste en ese caso en estampar su firma al pie de una petición dirigida al Reichstag⁴², en la que se exige que no se aumenten los aranceles sobre los cereales. El llamamiento a esta acción parte indirectamente de los teóricos, de los propagandistas y de los agitadores, y directamente de los obreros que recorren las fábricas y las viviendas particulares con las listas de adhesión a la petición. Según la “terminología de Martinov”, resultaría que Kautsky y Bebel son ambos propagandistas y que los portadores de las listas de adhesión son agitadores. ¿No es así?

42 Parlamento [NdlE].

El ejemplo de los alemanes me hizo recordar la palabra alemana *Verballhornung*, que literalmente significa *ballhornización*. Johann Ballhorn era un editor de Leipzig, del siglo XVI; editó un abecedario en el que, como era costumbre, incluyó un dibujo que representaba un gallo; pero, en lugar de la estampa habitual del gallo con espolones, aparecía uno sin ellos y con un par de huevos al lado. La portada del abecedario decía: "Edición *corregida* por Johann Ballhorn". Desde entonces, los alemanes dicen *Verballhornung* al referirse a las "correcciones" que en la práctica empeoran lo corregido. Y, quiérase o no, uno recuerda a Ballhorn al ver cómo los Martinov "profundizan" a Plejanov...

¿Para qué habrá "inventado" nuestro Lomonosov este embrollo? Para demostrar que *Izba*, "lo mismo que Plejanov hace ya unos quince años, dedica su atención a un solo aspecto del problema" (p. 39). "Según *Izba*, al menos para el presente periodo, las tareas de propaganda relegan a segundo plano las de agitación" (p. 52). Si traducimos esta última frase del lenguaje de Martinov al idioma corriente (pues la humanidad no ha tenido tiempo aún de aprender esta terminología recién descubierta), resulta lo siguiente: según *Izba*, las tareas de propaganda y de agitación política relegan a segundo plano la tarea de "plantear al Gobierno demandas concretas de medidas legislativas y administrativas", que "prometan ciertos resultados palpables" (o, en otros términos, la reivindicación de reformas sociales, si se nos permite emplear una vez más la antigua terminología de la vieja humanidad, que no alcanzó aún el nivel de Martinov). Sugerimos al lector que compare con esta tesis el siguiente párrafo:

Nos asombra en estos programas [en los programas de los socialdemócratas revolucionarios] el que siempre destaquen las ventajas de la actividad de los obreros en el Parlamento [que no existe en nuestro país] y pasen por alto [debido a su nihilismo revolucionario] la importancia de la participación de los obreros en las asambleas legislativas de los fabricantes [asambleas que sí existen en nuestro país] para discutir asuntos de las fábricas [...] o por lo menos la intervención de los obreros en la administración municipal...

El autor de este párrafo expresa en forma algo más directa, clara y franca la idea a que llegó por su propio razonamiento Lomonosov-Martinov. El autor es R. M., en el "Suplemento especial" de *Rabochaya Mysl* (p. 15).

C. Las denuncias políticas y la "educación en la actividad revolucionaria"

Al lanzar contra *Izba* su "teoría" de "elevar la actividad de las masas obreras", Martinov evidenció en verdad su intención de *rebañar* esa actividad, pues señaló que el medio más adecuado, más importante, "más ampliamente aplicable" para despertarla e impulsarla era la lucha económica en sí misma, ante la cual se prosternan todos los "economistas". Este error es característico, porque

no sólo es propio de Martinov. En realidad se puede "elevar la actividad de las masas obreras" *sólo* si no nos *limitamos* a la "agitación política en el terreno económico". Y una de las condiciones esenciales para lograr esa extensión indispensable de la agitación política es organizar denuncias políticas que abarquen *todos los aspectos*. Las masas *sólo pueden* ser educadas en su conciencia política y en su actividad revolucionaria sobre la base de esas denuncias. De ahí que esa actividad constituya una de las funciones más importantes de la socialdemocracia internacional, pues ni siquiera la libertad política elimina en modo alguno las denuncias, sino que sólo desplaza un tanto la esfera a la que van dirigidas. Por ejemplo, el partido alemán afianza en gran medida sus posiciones y extiende su influencia precisamente debido a la incansable energía con que realiza sus campañas de denuncias políticas. La conciencia de la clase obrera no puede ser una auténtica conciencia política si los obreros no están acostumbrados a hacerse eco de *todos* los casos de arbitrariedad y opresión, de violencias y abusos *de todo tipo, cualesquiera sean las clases afectadas*; y, además, si no están acostumbrados a interpretarlos, no con cualquier criterio, sino desde el punto de vista socialdemócrata. La conciencia de las masas obreras no puede ser una auténtica conciencia de clase si los obreros no aprenden, sobre la base de hechos y acontecimientos políticos concretos, y además de actualidad, a observar a *cada una* de las otras clases sociales *en todas* las manifestaciones de su vida intelectual, moral y política; si no aprenden a aplicar en la práctica el análisis y la apreciación materialistas de *todos* los aspectos de la actividad y de la vida de *todas* las clases, capas y grupos de la población. Quien concentre la atención de la clase obrera, su capacidad de observación y su conciencia exclusivamente (o incluso principalmente) en ella misma no es un socialdemócrata; pues el conocimiento de sí misma por parte de la clase obrera está vinculado en forma inseparable, no sólo a una comprensión teórica absolutamente clara —o, mejor dicho, no tanto teórica como práctica— de las relaciones entre todas las clases de la sociedad actual, comprensión adquirida a través de la experiencia de la vida política. Por eso resulta tan profundamente nociva y reaccionaria, en su significación práctica, la prédica de nuestros "economistas" acerca de que la lucha económica es el medio más ampliamente aplicable para incorporar a las masas al movimiento político. Para llegar a ser un socialdemócrata el obrero debe formarse una idea clara de la naturaleza económica y la fisonomía social y política del terrateniente y del cura, del dignatario y del campesino, del estudiante y el vagabundo; conocer sus lados fuertes y sus lados débiles, saber orientarse en medio de la fraseología usual y de los más diversos sofismas con los que cada clase y cada capa *encubre* sus apetitos egoístas y su verdadera "naturaleza"; saber distinguir qué instituciones y leyes reflejan unos u otros intereses y cómo los reflejan. Pero esta "idea clara" no puede obtenerse en los libros: sólo puede surgir de la realidad, así como de las denuncias formuladas en caliente sobre todo cuanto sucede en determinado momento a nuestro alrededor; sobre lo que todos comentan o murmuran, sobre lo que se revela en

determinados acontecimientos, estadísticas, sentencias judiciales, etc., etc., etc. Estas denuncias políticas que abarcan todos los aspectos de la vida son una condición indispensable y *fundamental* para educar a las masas en la actividad revolucionaria.

¿Por qué el obrero ruso manifiesta todavía poca actividad revolucionaria en respuesta al trato bestial de que la Policía hace objeto al pueblo, ante las persecuciones de las sectas religiosas, los castigos corporales impuestos a los campesinos, los abusos de la censura, las torturas infligidas a los soldados, las persecuciones contra las iniciativas culturales más inofensivas, etc.? ¿No será porque la "lucha económica" no le "lleva a pensar" en ello, porque le "promete" pocos "resultados palpables", porque no le ofrece nada "positivo"? No; semejante juicio, repetimos, no es sino una tentativa de endosar las propias culpas a otro, de endosar el filisteísmo propio (como también el bernsteinismo) a las masas obreras. Debemos admitir que la culpa es nuestra, de nuestro atraso con respecto al movimiento de las masas; que no hemos sabido aún organizar denuncias suficientemente amplias, convincentes, rápidas, contra todas esas ignominias. Si lo logramos (debemos y podemos lograrlo), el obrero más atrasado comprenderá *o sentirá* que el estudiante y el miembro de una secta religiosa, el *mayák* y el escritor, son vejados y pisoteados por esa misma fuerza tenebrosa que tanto lo oprime y sojuzga a él a cada paso de su vida. Al sentirlo así, experimentará deseos incontenibles de reaccionar, y entonces sabrá organizar hoy un tumulto contra los censores, mañana una manifestación ante la casa del gobernador que haya sofocado un alzamiento de campesinos, pasado mañana dará una lección a los gendarmes con sotana que desempeñan el papel de la Santa Inquisición, etc. Hasta ahora hemos hecho muy poco, casi nada, para *llevar* entre las masas obreras denuncias amplias y candentes. Muchos de entre nosotros todavía no tienen conciencia de que esta es su *obligación*, y siguen en forma rutinaria la "lucha cotidiana y gris", dentro de los límites estrechos de la vida fabril. En semejantes condiciones, decir que "*letra* tiende a restar importancia a la marcha progresiva de la lucha cotidiana y gris, en comparación con la propaganda de ideas brillantes y acabadas" (Martínov, p. 61) significa arrastrar al Partido hacia atrás, defender y exaltar nuestra falta de preparación y nuestro atraso.

En cuanto al llamamiento dirigido a las masas para la acción, surgirá por sí mismo en cuanto se realice una enérgica agitación política y denuncias vivas y convincentes. Sorprender a alguien con las manos en la masa y estigmatizarlo en el acto ante todo el mundo y por todas partes produce mayor efecto que cualquier "llamamiento"; y las consecuencias suelen ser de tal magnitud que más tarde ni siquiera es posible determinar con precisión quién "llamó" a la muchedumbre, quién lanzó tal o cual plan de manifestación, etc. Sólo se puede llamar a la masa a una acción —en el sentido concreto de la palabra y no en el general— en el lugar de la acción; no se puede exhortar a la acción a los demás sin dar el ejemplo uno mismo y de inmediato. A nosotros, como publicistas socialdemócratas, nos incumbe ahondar, extender e intensificar las denuncias políticas y la agitación política.

A propósito de los "llamamientos", *Iskra* fue la única publicación que antes de los acontecimientos de la primavera llamó a los obreros a intervenir activamente en un problema que no prometía resultado palpable alguno para ellos, a saber, el de la incorporación de estudiantes al Ejército. En cuanto se publicó la orden del 11 de enero sobre la "incorporación de 183 estudiantes al Ejército", *Iskra* publicó un artículo sobre este hecho (número de febrero) y, antes de que hubiera comenzado una manifestación, llamó directamente "al obrero a acudir en ayuda del estudiante", llamó al "pueblo" a contestar abiertamente al insolente desafío del Gobierno. Preguntamos a todo el mundo: ¿cómo explicar la notable circunstancia de que mientras se habla tanto de "llamamientos", e inclusive se los destaca como una forma particular de actividad, Martinov no haya mencionado para nada a este? ¿Y acaso no es filisteísmo que después de ello Martinov declare que *Iskra* es unilateral porque no "llama" con suficiente énfasis a luchar por reivindicaciones que "prometen resultados palpables"?

Nuestros "economistas", entre ellos *Rabocheye Dielo*, tuvieron éxito porque se adaptaron a la mentalidad de los obreros atrasados. Pero el obrero socialdemócrata, el obrero revolucionario (y su número aumenta de día en día), desechará con indignación todos estos razonamientos sobre la lucha por las reivindicaciones que "prometen resultados palpables", etc., pues comprenderá que no son sino variantes del antiguo estribillo sobre el aumento de un kopek por rublo. Este obrero dirá a sus consejeros de *Rabochaya Mysl* y *Rabocheye Dielo*: en vano se ocupan, señores, de entrometerse con tanto celo en asuntos que nosotros mismos resolvemos, mientras dejan de cumplir sus verdaderas obligaciones. No es muy inteligente decir que la tarea de los socialdemócratas consiste en imprimir a la lucha económica en sí misma un carácter político; esto no es más que el comienzo y no es esa la tarea principal de los socialdemócratas. Pues en Rusia, como en todo el mundo, la propia *Policia se encarga muchas veces de imprimir a la lucha económica un carácter político* y los obreros aprenden a comprender a quién defiende el Gobierno⁴³.

En efecto, esa "lucha económica de los obreros contra los patrones y el Gobierno", de la que ustedes alardean como si se tratara del descubrimiento de

43 La exigencia de "imprimir a la lucha económica en sí misma un carácter político" expresa con máxima precisión el culto de la espontaneidad en el plano de la actividad política. La lucha económica suele adquirir un carácter político de modo espontáneo, es decir, sin la intervención de ese "buclo revolucionario que son los intelectuales", sin la intervención de los socialdemócratas conscientes. Por ejemplo, la lucha económica de los obreros en Inglaterra adquirió también un carácter político sin participación alguna de los socialistas. Pero la tarea de los socialdemócratas no se limita a realizar la agitación política en el plano económico: su misión es transformar esa política sindicalista en lucha política socialdemócrata, aprovechar los destellos de conciencia política que la lucha económica ha despertado en el espíritu de los obreros para elevarlos hasta el nivel de la conciencia política socialdemócrata. Ahora bien, los Martinov, en vez de elevar e impulsar la conciencia política que se despierta espontáneamente, se prosternan ante la espontaneidad y repiten hasta el cansancio que la lucha económica "lleva a pensar" a los obreros en su situación de desigualdad política. ¡Es de lamentar, señores, que este despertar espontáneo de la conciencia política sindicalista no los "lleve a pensar" en las tareas socialdemócratas que les corresponden!

América, la libran en muchos puntos remotos de Rusia los obreros mismos, que han oído hablar de huelgas, pero que quizá nada saben de socialismo. Esa "actividad" nuestra, de los obreros, que todos ustedes quieren apoyar presentando reivindicaciones concretas que prometan resultados palpables, ya existe entre nosotros, y en el trabajo pequeño, sindical, que realizamos a diario, lanzamos esas reivindicaciones concretas, a menudo sin ayuda alguna de los intelectuales. Pero *esa* actividad no nos basta; no somos niños a los que se puede alimentar sólo con la papilla de la política "económica"; queremos saber todo lo que saben los demás, conocer en detalle *todos* los aspectos de la vida política y tomar parte *activa* en todos los acontecimientos políticos. Para lograrlo, es necesario que los intelectuales repitan menos lo que ya sabemos⁴⁴ y que nos digan más sobre lo que todavía ignoramos, sobre lo que jamás podremos llegar a conocer por nuestra experiencia fabril y "económica", o sea: conocimientos políticos. Ustedes, los intelectuales, pueden adquirir esos conocimientos y tienen el *deber* de trasmitirnoslos cien y mil veces más de lo que lo han hecho hasta ahora; además, tienen la obligación de ofrecérmolos, no sólo en forma de razonamientos, folletos y artículos (que a menudo -¡disculpen la franqueza!- suelen ser algo pesados), sino en forma de *denuncias* concretas sobre todo lo que hacen nuestro Gobierno y nuestras clases dominantes en este preciso momento y en todos los aspectos de la vida. Cumplan con mayor celo esta obligación y *charlen menos* sobre "la elevación de la actividad de las masas obreras". ¡Desplegamos mucha más actividad de la que ustedes suponen y sabemos apoyar, por medio de la lucha abierta, en la calle, inclusive las reivindicaciones que no prometen ningún "resultado palpable"! Y no son ustedes quienes "elevarán" nuestra actividad, pues *esta es precisamente algo de lo que ustedes carecen*. ¡Ustedes, señores, deberían postrarse menos ante la espontaneidad y pensar más en elevar su *propia* actividad!

Continúa...

44 Para confirmar que todo este discurso imaginario de los obreros a los "economistas" no es fruto exclusivo de nuestra invención recurrimos a dos testigos que sin duda conocen el movimiento obrero en forma directa y que no son, ni mucho menos, propensos a favorecer a los "dogmáticos", pues uno es un "economista" (que inclusive considera a *Rabochy Delo* como un órgano político!) y el otro, un terrorista. El primero es autor de un artículo notable por su veracidad y sagacidad, titulado *El movimiento obrero de San Petersburgo y las tareas políticas de la socialdemocracia*, publicado en el N.º 6 de *Rabochy Delo*. Divide a los obreros en: 1) revolucionarios conscientes; 2) capa intermedia y 3) el resto de la masa. La capa intermedia, dice, "con frecuencia se ocupa más de los problemas de la vida política que de sus intereses económicos inmediatos, cuya relación con las condiciones sociales generales ha entendido hace mucho tiempo". *Rabochy Mysl* es "duramente criticado": "Siempre lo mismo, hace mucho tiempo que lo sabemos, hace mucho que lo hemos leído", "en la crónica política, tampoco hay nada nuevo" (pp. 30-31). Pero aun la tercera capa, "la masa obrera más sensible, más joven, menos corrompida por la taberna y la iglesia, que casi nunca puede conseguir un libro de contenido político, habla a diestra y siniestra de los acontecimientos políticos y media acerca de las noticias fragmentadas sobre un motín de estudiantes", etc. Y el terrorista escribe: "... Leerán un par de veces las minucias que relatan la vida en las fábricas de distintas ciudades extrañas y luego se cansarán [...]. Les aburre [...]. No hablar en un periódico obrero sobre el Estado [...] es considerar al obrero como a un niño [...]. El obrero no es un niño". (*Sobolev*, ed. del grupo revolucionario socialista, pp. 69 y 70.)

D. ¿Qué tienen en común el economismo y el terrorismo?

En una nota anterior citamos las opiniones de un "economista" y de un terrorista no socialdemócrata que por casualidad resultaron coincidentes. Pero hablando en términos generales, entre unos y otros existe un nexo no casual, sino intrínseco y necesario, sobre el que aún deberemos hablar y al que será necesario referirse cuando encaremos la educación para la actividad revolucionaria. Los "economistas" y los terroristas actuales tienen una raíz común, a saber: el culto de la espontaneidad, del que hablamos en el capítulo precedente como de un fenómeno general y que ahora examinamos desde el ángulo de su influencia sobre la actividad y la lucha políticas. A primera vista, nuestra afirmación podría parecer paradójica: tan grande es la diferencia entre quienes subrayan la "lucha cotidiana y gris" y los que exhortan a individuos aislados a entregarse a la lucha más abnegada. Pero no es una paradoja. Los "economistas" y los terroristas rinden culto a dos polos opuestos de la corriente espontánea: los primeros, a la espontaneidad del "movimiento puramente obrero"; los segundos, a la espontaneidad de la apasionada indignación de los intelectuales, que no saben o no pueden vincular el trabajo revolucionario con el movimiento obrero para formar un todo. A quien haya perdido por completo la fe en esta posibilidad, o nunca la haya tenido, le es realmente difícil encontrar para su sentimiento de indignación y su energía revolucionaria otra salida que el terrorismo. De esta manera, el culto a la espontaneidad en las dos direcciones indicadas no es más que el *comienzo de la realización* del famoso programa formulado en el *Ordo* que los obreros despliegan su "lucha económica contra los patrones y el Gobierno" (¡pedimos disculpas al autor del *Ordo* por expresar sus ideas en el lenguaje de Martinov! Creemos que nos asiste ese derecho, pues también el *Ordo* habla de cómo los obreros, en la lucha económica, "se enfrentan con el régimen político") y que los intelectuales, con sus propias fuerzas, despliegan su lucha política, con ayuda del terror, ¡por supuesto! Esta es una *conclusión* lógica e inevitable, sobre la que no se puede dejar de insistir *aunque los que* comienzan a dar cumplimiento a ese programa no *se hayan dado cuenta* de ello. La actividad política tiene su lógica, que no depende de la conciencia de quienes, con la mejor intención del mundo, exhortan, bien al terror, bien a imprimir un carácter político a la lucha económica. De buenas intenciones está pavimentado el camino al infierno, y en este caso las buenas intenciones no bastan para salvar del apasionamiento espontáneo que provoca "la línea de la menor resistencia", la línea del programa *actamente burgués* expuesto en el *Ordo*. Porque tampoco es casual el que muchos liberales rusos —tanto los liberales declarados como los que se cubren con una careta marxista— simpaticen de todo corazón con el terrorismo y traten de impulsar el desarrollo de la tendencia actual al terrorismo.

Y he aquí que cuando se formó el Grupo Revolucionario Socialista *Sobolev*, que se propuso la tarea de cooperar por todos los medios con el movimiento obrero, pero incluyó en el programa el terrorismo y se emancipó, por así decirlo,

de la socialdemocracia, se confirmó una vez más la notable perspicacia de P. Axelrod, quien ya a fines de 1897 (*a propósito de las tareas y de la táctica actuales*) predijo paso a paso esos resultados de las vacilaciones socialdemócratas y esbozó sus célebres "dos perspectivas". Todas las discusiones y discrepancias posteriores entre los socialdemócratas rusos están latentes ya, como la planta en la semilla, en esas dos perspectivas⁴⁵.

Desde el punto de vista indicado, se comprende también que *Rabocheye Dielo*, que no pudo resistir la espontaneidad del "economismo", tampoco se haya mantenido firme en cuanto a la espontaneidad del terrorismo. Es de sumo interés destacar aquí la singular argumentación que esgrimió *Soboda* en defensa del terrorismo. "Niega por completo" que el terrorismo siembre el temor (*Renacimiento del revolucionarismo*, p. 64), pero en cambio subraya su "significación como estimulante". Esto es característico, primero, como una de las fases de la descomposición y decadencia de ese conjunto tradicional de ideas (presocialdemócratas) que insistía en el terrorismo. Reconocer que hoy es imposible "intimidar" al Gobierno —y, por consiguiente, desorganizarlo— por medio del terror significa, en esencia, condenar el terrorismo como sistema de lucha, como campo de actividad consagrado por su programa. En segundo lugar, esto es aún más característico como ejemplo de la incomprensión de nuestras tareas inmediatas en cuanto a la "educación de las masas para la actividad revolucionaria". *Soboda* aboga por el terror como medio para "estimular" el movimiento obrero e imprimirle un "fuerte impulso". ¡Es difícil imaginar una argumentación que se refute a sí misma con mayor evidencia! Cabe preguntar si son tan pocos los abusos que existen en la vida rusa, que aún hace falta inventar medios "estimulantes" especiales. Y, por otra parte, si hay quien no se siente estimulado y ni siquiera es sensible a las arbitrariedades rusas, ¿no es acaso evidente que también seguirá contemplando de brazos cruzados el duelo entre el Gobierno y un puñado de terroristas? El caso es que las masas obreras se sienten muy estimuladas por las infamias de la vida rusa, pero nosotros no sabemos juntar, si podemos expresarnos de este modo, y concentrar todas las gotas y arroyuelos del descontento popular que la vida local destila en una cantidad incommensurablemente mayor de lo que todos nos figuramos y creemos, y que hay que reunir en *un solo* torrente gigantesco. El enorme desarrollo del movimiento obrero, así como el ansia de

45 Martinov "se imagina otro dilema, más real [?]" (*La socialdemocracia y la clase obrera*, p. 19). "O la socialdemocracia asume la dirección inmediata de la lucha económica del proletariado y, por lo mismo [?], la transforma en lucha revolucionaria de clases"... "Por lo mismo", es decir, evidentemente, por la dirección inmediata de la lucha económica. Que nos cite Martinov un ejemplo demostrativo de que por el *éxito* y *sólo* hecho de dirigir la lucha sindical se haya logrado transformar el movimiento tradeunionista en movimiento revolucionario de clase. ¿No se da cuenta de que para realizar esta "transformación" debemos asumir activamente la "dirección inmediata" de la agitación política *en todo su aspecto*? O bien otra perspectiva: la socialdemocracia abandona la dirección de la lucha económica de los obreros y, con ello [...], se corta las alas". Según el juicio de *Rabocheye Dielo* ya citado, es *ésta* la que "abandona". Pero hemos visto que para dirigir la lucha económica *debe* hacer mucho más que *Rabocheye Dielo*; por otra parte, no se limita a eso, *si restringe*, en nombre de eso, sus tareas políticas.

los obreros, ya señalada por la literatura política, demuestra en forma fehaciente que se trata de una tarea realizable. Pero los llamamientos que incitan a aplicar el terror, así como las exhortaciones a que se imprima a la lucha económica en sí misma un carácter político, son dos formas distintas de *esquivar* el deber más imperioso de los revolucionarios rusos: organizar la agitación política en todos sus aspectos. *Svoboda* quiere *sustituir* la agitación por el terror y confiesa abiertamente que "en cuanto empiece una agitación intensa y enérgica entre las masas, el papel estimulante de aquel desaparecerá" (*Renacimiento del revolucionarismo*, p. 68). Esto pone de manifiesto que tanto los terroristas como los "economistas" *subestiman* la actividad revolucionaria de las masas, a pesar de la prueba elocuente de los acontecimientos que se produjeron en la primavera⁴⁶. Además, unos se precipitan en busca de "estimulantes" artificiales, en tanto que otros hablan de "revindicaciones concretas". Ni unos ni otros prestan suficiente atención al desarrollo de *su propia actividad* en lo que concierne a la agitación política y a la organización de las denuncias políticas. Pero ni ahora ni nunca se puede *sustituir* esta tarea por nada.

E. La clase obrera como combatiente de vanguardia por la democracia

Ya hemos visto que es indiscutible que la agitación política más amplia, y por consiguiente la organización de denuncias políticas en todos los aspectos, constituye una tarea necesaria, la *más imperiosamente* necesaria de nuestra actividad, siempre que esta sea en verdad socialdemócrata. Pero llegamos a esta conclusión partiendo sólo de la necesidad perentoria que tiene la clase obrera de adquirir conocimientos políticos y educación política. Ahora bien, esta manera de plantear el problema es demasiado restringida, desconoce las tareas democráticas generales de la socialdemocracia, y de la socialdemocracia rusa actual en particular. Para explicar este punto en la forma más concreta posible trataremos de enfocarlo desde el ángulo más "familiar" a los "economistas", o sea, desde el ángulo práctico. "Todo el mundo está de acuerdo" en que es necesario desarrollar la conciencia política de la clase obrera. Pero *cómo* hacerlo y qué se requiere para ello? La lucha económica sólo "lleva a pensar" a los obreros en la actitud del Gobierno hacia la clase obrera; por eso, *por más que nos esforcemos* en "imprimir a la lucha económica en sí misma un carácter político", *jamás podremos*, en el marco de tal tarea, desarrollar la conciencia política de los obreros (hasta el grado de conciencia política socialdemócrata), pues dicho marco es demasiado estrecho. La fórmula de Martinov nos resulta valiosa, no como prueba de la confusión de su autor, sino porque expresa con relieve el error fundamental de todos los "economistas", a saber: la convicción de que se

46 Se trata de la primavera de 1901, cuando comenzaron las grandes manifestaciones callejeras (nota de Lenin para la edición de 1907).

puede desarrollar la conciencia política de clase de los obreros *desde adentro*, por así decirlo, de su lucha económica, o sea, tomando sólo (o por lo menos principalmente) esa lucha como punto de partida y basándose sólo (o por lo menos principalmente) en esa lucha. Esta concepción es falsa de raíz; y como los "economistas", furiosos por nuestra polémica con ellos, no quieren reflexionar con seriedad sobre el origen de nuestras discrepancias, acabamos literalmente por no comprendernos, por hablar lenguas diferentes.

La conciencia política de clase *sólo* puede llegar al obrero *desde el exterior*, es decir, desde un campo ubicado fuera de la lucha económica, al margen de la esfera de las relaciones entre obreros y patronos. La única esfera de la que se puede extraer estos conocimientos es la de las relaciones de *todas* las clases y capas con el Estado y el Gobierno, la esfera de las relaciones de *todas* las clases entre sí. Por eso, la respuesta a la pregunta: "¿Qué hacer para dotar a los obreros de conocimientos políticos?", no puede ser simplemente la que satisface, en la mayoría de los casos, a los militantes dedicados al trabajo práctico, sin hablar ya de los propensos al "economismo", a saber: "Hay que ir hacia los obreros". Para dotar de conocimientos políticos a los obreros, los socialdemócratas *deben ir a todas las clases de la población*, deben enviar a *todas partes* los destacamentos de su ejército.

Si empleamos deliberadamente esta formulación burda y nos expresamos de modo esquemático y simple no es porque nos gusten las paradojas, sino para "llevar a pensar" a los "economistas" en las tareas por las que sienten imperdonable desdén, en la diferencia que existe entre la política sindicalista y la socialdemócrata, diferencia que no quieren comprender. Por eso rogamos al lector que conserve la calma y nos siga con atención hasta el final.

Tomemos como ejemplo el tipo de círculo socialdemócrata más difundido en estos últimos años y examinemos su actividad. "Está en contacto con los obreros" y se conforma con ello. Edita volantes que denuncian los abusos cometidos en las fábricas, la parcialidad del Gobierno hacia los capitalistas, así como las violencias de la Policía. En las reuniones con los obreros, la conversación, por lo común, no va más allá de esos mismos temas. Son poco frecuentes las conferencias y charlas sobre la historia del movimiento revolucionario, la política interna y exterior de nuestro Gobierno, la evolución económica de Rusia y de Europa, la situación de las distintas clases en la sociedad actual, etc., y nadie piensa en entablar y cultivar relaciones sistemáticas con las otras clases de la sociedad. En el fondo, para los miembros de ese círculo el ideal del militante se parece, en la mayoría de los casos, mucho más a un secretario de sindicato que a un dirigente político socialista. Pues el secretario de cualquier *trade union* inglesa, por ejemplo, ayuda siempre a los obreros a desplegar la lucha económica, organiza la denuncia de los abusos cometidos en las fábricas, explica la injusticia de las leyes y reglamentos que restringen la libertad de huelga y el derecho de ubicar piquetes cerca de las fábricas (para anunciar que se ha declarado una huelga), explica la parcialidad de los tribunales arbitrales integrados por miembros de las clases burguesas de la población, etc., etc.

En una palabra, cualquier secretario de sindicato apoya "la lucha económica contra los patrones y el Gobierno" y colabora en ella. Y nunca se insistirá bastante en que *esto no es aún* socialdemocracia, que el ideal del socialdemócrata no debe ser el secretario sindical, sino el *tribuno popular*, capaz de reaccionar contra cualquier manifestación de arbitrariedad y de opresión, dondequiera se produzca y cualquiera sea la capa o la clase social a la que afecte; capaz de generalizar todos estos hechos y ofrecer un cuadro único de la brutalidad policial y de la explotación capitalista; capaz de aprovechar el menor detalle para exponer *ante todos* sus convicciones socialistas y sus reivindicaciones democráticas, para explicar a *todos* la importancia histórica mundial de la lucha emancipadora del proletariado. Comparen, por ejemplo, a hombres como Robert Knight (conocido secretario y líder de la Sociedad de Obreros Caldereros, una de las *trade unions* más poderosas de Inglaterra) con Wilhelm Liebknecht y traten de aplicarles los diferentes conceptos que enumera Martinov para fundamentar sus divergencias con *Iskra*. Observarán que R. Knight —comienzo a releer el artículo de Martinov— "exhortó" mucho más "a las masas a realizar determinadas acciones concretas" (p. 39) y que W. Liebknecht se ocupó más de "enfocar desde un punto de vista revolucionario todo el régimen actual o algunas de sus manifestaciones" (pp. 38-39); que Knight "formuló las reivindicaciones inmediatas del proletariado e indicó los medios para obtenerlas" (p. 41) y que Liebknecht también lo hizo, pero sin dejar de "dirigir al mismo tiempo la enérgica actividad de las diferentes capas opositoras" y "elaborar para ellas un programa positivo de acción"⁴⁷ (p. 41); que Knight trató de "imprimir a la lucha económica en sí misma, en la medida de lo posible, un carácter político" (p. 42) y mostró excepcional habilidad para "formular al Gobierno demandas concretas que prometen ciertos resultados palpables" (p. 43), en tanto que Liebknecht se ocupó mucho más, "en forma unilateral", de "denunciar los abusos" (p. 40); que Knight concedió más importancia a la "marcha gradual de la lucha cotidiana y gris" (p. 61) y Liebknecht, "a la propaganda de ideas brillantes y acabadas" (p. 61); que este último convirtió el periódico que dirigía en "un órgano de oposición revolucionaria que denuncia nuestro sistema de gobierno, y sobre todo nuestro régimen político, porque están en pugna con los intereses de las capas más diversas de la población" (p. 63), mientras que Knight "trabajó por la causa obrera en estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria" (p. 63) —si se entiende por "estrecho contacto orgánico" ese culto de la espontaneidad que ya analizamos en los ejemplos de Krichévsky y Martinov— y "restringió la esfera de su influencia", convencido, naturalmente, como Martinov, de que "con ello esa influencia sería más profunda" (p. 63). En una palabra, observarán que Martinov rebaja *de facto* la socialdemocracia al nivel del sindicalismo, aunque, claro está, no porque no quiera el bien de la

⁴⁷ Por ejemplo, durante la guerra franco-prusiana, Liebknecht dictó un programa de acción para toda la democracia, cosa que Marx y Engels hicieron en mayor escala en 1848.

socialdemocracia, sino simplemente porque se apresuró un poco a profundizar a Plejanov, en lugar de tomarse la molestia de comprenderlo.

Pero volvamos a nuestra exposición. Como dijimos, si el socialdemócrata está a favor, no sólo de palabra, del desarrollo integral de la conciencia política del proletariado, aquel debe "ir hacia todas las clases de la población". Surgen estos interrogantes: ¿cómo hacerlo?; ¿tenemos fuerzas suficientes para ello?; ¿existe terreno propicio para este trabajo en todas las demás clases?; ¿no implicará eso apartarse o inclusive abandonar el punto de vista de clase? Examinemos estos interrogantes.

Debemos "ir hacia todas las clases de la población" como teóricos, propagandistas, agitadores y organizadores. Nadie pone en duda que la labor teórica de los socialdemócratas debe tener como objetivo el estudio de todas las particularidades de la situación social y política de las diversas clases. Pero es muy poco lo que se hace en este sentido comparado con la labor que se lleva a cabo para estudiar las particularidades de la vida en las fábricas. En los comités y en los círculos podemos encontrar personas que se especializan en estudiar alguna rama de la siderurgia; pero apenas se hallarán ejemplos de miembros de las organizaciones que (obligados por una u otra razón, como sucede a menudo, a retirarse de la labor práctica) se ocupen en especial de reunir materiales sobre algún problema de actualidad de nuestra vida social y política que pueda servir para desarrollar una labor socialdemócrata entre las otras capas de la población. Cuando se habla de la escasa preparación que posee la mayor parte de los actuales dirigentes del movimiento obrero no se puede dejar de mencionar también la capacitación en ese aspecto, pues está igualmente ligada a la concepción "economista" del "estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria". Pero lo principal es, por supuesto, la *propaganda* y la *agitación* entre todas las capas del pueblo. Para el socialdemócrata de Europa occidental esta labor es más fácil debido a las reuniones y asambleas populares a las cuales asisten *todos* los que lo desean y a la existencia del Parlamento, en el que habla ante los diputados de *todas* las clases. En nuestro país no tenemos Parlamento ni libertad de reunión, pero sabemos organizar reuniones con los obreros que quieren escuchar a un *socialdemócrata*. Del mismo modo, debemos saber organizar reuniones con los representantes de todas las clases de la población que deseen escuchar a un *demócrata*, pues no es socialdemócrata quien olvida en la práctica que "los comunistas apoyan cualquier movimiento revolucionario"; que, por lo tanto, debemos exponer y subrayar nuestros *objetivos democráticos generales ante todo el pueblo*, sin ocultar ni un solo instante nuestras convicciones socialistas. No es socialdemócrata quien olvida en la práctica que su deber consiste en ser el *primero* en plantear, acentuar y resolver *todos* los problemas democráticos generales.

"¡Pero si todo el mundo está de acuerdo con eso!" -nos interrumpirá el lector impaciente- y las nuevas instrucciones a la redacción de *Rabocheye Dielo*, aprobadas en el último congreso de la Unión, dicen con claridad: "Todos los fenómenos y acontecimientos de la vida social y política que afecten al proletariado,

ya sea directamente, como clase especial, o como *vanguardia de todas las fuerzas revolucionarias en la lucha por la libertad*, deben servir de motivos para la propaganda y la agitación política" (*Los congresos*, p. 17. La cursiva es nuestra). Estas son, en efecto, palabras muy justas y atinadas, y estaríamos muy satisfechos si *Rabocheye Dieño las comprendiese y no pronunciase, al mismo tiempo, otras que las contradicen*. Pues no basta con rotularse "vanguardia", destacamento avanzado: es preciso obrar de manera tal que *todos* los demás destacamentos vean y estén obligados a reconocer que marchamos en primera fila. Preguntamos al lector: ¿caso los representantes de los demás "destacamentos" son tan estúpidos que nos reconocerán como "vanguardia" porque nosotros lo digamos? Imaginemos un caso concreto. Ante el "destacamento" de radicales rusos ilustrados o de constitucionalistas liberales se presenta un socialdemócrata y declara: somos la vanguardia; "nuestra tarea actual consiste en imprimir, en la medida de lo posible, un carácter político a la lucha económica en sí misma". Cualquier radical o constitucionalista, por poco inteligente que sea (y hay en Rusia muchos hombres inteligentes entre ellos), no podrá menos que recibir con una sonrisa semejantes palabras y dirá (para sus adentros, claro está, ya que en la mayoría de los casos son diplomáticos experimentados): ¡He aquí una 'vanguardia' bastante tonta! Ni siquiera comprende que es a nosotros, como representantes avanzados de la democracia burguesa, a quienes corresponde la tarea de imprimir a la lucha económica *en sí misma* de los obreros un carácter político. Somos nosotros quienes, como todos los burgueses de Europa occidental, queremos incorporar a los obreros a la política, *pero a la política sindicalista y no a la socialdemócrata*. La política sindicalista de la clase obrera es la *política burguesa* de dicha clase. ¡Y la formulación que esta 'vanguardia' hace de su tarea puede calificarse, por cierto, de política sindicalista! Así, pues, que se den el gusto de titularse socialdemócratas. ¡No soy un niño, no voy a fastidiarme por un rótulo! Pero que no se dejen influir por esos malvados y dogmáticos ortodoxos, ¡que dejen la 'libertad de crítica' a quienes arrastran inconscientemente a la socialdemocracia al cauce sindicalista!

La sonrisa de nuestro constitucionalista se convertirá en homérica carcajada cuando sepa que los socialdemócratas que hablan de la vanguardia de la socialdemocracia, en el momento actual, en que la espontaneidad predomina en forma casi absoluta en nuestro movimiento, ítemen sobre todo "que se subestime el elemento espontáneo", que se "reste importancia a la marcha progresiva de la lucha cotidiana y gris en comparación con la propaganda de ideas brillantes y acabadas", etc., etc. ¡Una "vanguardia" que teme que lo consciente predomine sobre lo espontáneo, que teme proponer un "plan" audaz que obligue al reconocimiento general, incluso de aquellos que piensan de otro modo! ¿No será que confunden "vanguardia" con "retaguardia"?

Reflexionemos, en efecto, sobre el siguiente razonamiento de Martinov. En la página 40 declara que la táctica de denuncias de *Isba* es unilateral; que "por más que sembramos la desconfianza y el odio hacia el Gobierno no alcanzaremos nuestro objetivo mientras no logremos desarrollar una fuerza social lo

bastante activa para derrocarlo". He aquí, dicho sea entre paréntesis, la preocupación, que ya nos es familiar, de intensificar la actividad de las masas, a la vez que se tiende a restringir la propia. Pero no se trata ahora de eso. Como vemos, Martinov habla aquí de fuerza *revolucionaria* ("para el derrocamiento del Gobierno"). ¿Pero a qué conclusión llega? Como es inevitable que en épocas normales las diversas capas sociales actúen desunidas, luego:

resulta claro, entonces, que nosotros, los socialdemócratas, no podemos orientar al mismo tiempo la actividad directa de los diversos sectores de oposición, no podemos indicarles un programa positivo de acción, no podemos señalarles los procedimientos con que deben luchar día tras día para defender sus intereses [...]. Los sectores liberales se preocuparán por sí solos de esa lucha activa en aras de sus intereses inmediatos, lucha que los llevará a enfrentarse con nuestro régimen político (p. 41).

De este modo, después de haberse referido a la fuerza revolucionaria, a la lucha activa por el derrocamiento de la autocracia, ¡Martinov se desvía inmediatamente hacia la fuerza sindical, hacia la lucha activa por los intereses inmediatos! Es evidente que no podemos dirigir la lucha de los estudiantes, de los liberales, etc., por sus "intereses inmediatos", ¡pero no se trataba de eso, respetable "economista"! Se trataba de la posible y necesaria participación de las diferentes capas sociales en el derrocamiento de la autocracia, y *esa* "actividad directa de los diversos sectores de oposición", no sólo *podemos*, sino que tenemos la ineludible obligación de dirigirla si queremos ser la "vanguardia". No sólo nuestros estudiantes, nuestros liberales, etc., se preocuparán por sí solos de "la lucha que los llevará a enfrentarse con nuestro régimen político", sino que principalmente y ante todo se encargarán de ello la propia Policía y los funcionarios del Gobierno autocrático. Pero "nosotros", si queremos ser demócratas avanzados, debemos preocuparnos de *llevar a pensar* a quienes sólo están descontentos con la estructura universitaria o la de los *zemstvos*, etc., que todo el régimen político es malo. *Nosotros* debemos asumir la tarea de organizar, bajo la dirección de *nuestro partido*, una lucha política tan amplia de forma tal que todos los sectores de oposición puedan prestar y presten a esa lucha y a nuestro partido la colaboración efectiva de que sean capaces. *Nosotros* debemos convertir a los militantes socialdemócratas en líderes políticos capaces de dirigir todas las manifestaciones de esta amplia lucha, que sepan, en el momento necesario, "indicar un programa positivo de acción" a los estudiantes exaltados, a los descontentos de los *zemstvos*, a los miembros indignados de las sectas religiosas, a los maestros lesionados en sus intereses, etc., etc. Por eso, es *absolutamente falsa* la afirmación de Martinov acerca de que "sólo podemos desempeñar con respecto a ellos la función *negativa* de denunciar el régimen [...]. Lo único que podemos hacer es disipar sus esperanzas en las distintas comisiones del Gobierno" (la cursiva es nuestra). Al decir esto, Martinov demuestra que

no comprende en absoluto el auténtico papel de una "vanguardia" revolucionaria. Y si el lector tiene en cuenta esto entenderá *el verdadero sentido* de las siguientes palabras finales de Martinov:

Istra es un órgano de oposición revolucionaria que denuncia nuestro sistema de gobierno, y sobre todo nuestro régimen político, porque están en pugna con los intereses de las capas más diversas de la población. Por lo que a nosotros se refiere, trabajamos y trabajaremos por la causa obrera en estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria. Al restringir la esfera de nuestra influencia, esta será más profunda (p. 63).

El verdadero sentido de tal conclusión es: *Istra* quiere *elevar* la política sindicalista de la clase obrera (política a la cual, por error, por falta de preparación o por convicción se limitan con tanta frecuencia nuestros militantes) al nivel de la política socialdemócrata. En cambio, *Rabocheye Dielo* quiere *rebajar* la política socialdemócrata al nivel de la sindicalista. Y, por si fuera poco, asegura a todo el mundo que "estas dos posiciones son perfectamente compatibles dentro de la causa común" (p. 63). *Id sancta simplicitas!*

Prosigamos. ¿Tenemos suficientes fuerzas para llevar nuestra propaganda y agitación a *todas* las clases de la población? Por cierto que sí. Nuestros "economistas", que suelen negarlo, olvidan los gigantescos progresos realizados por nuestro movimiento desde 1894 (más o menos) hasta 1901. Como auténticos "seguidistas", a menudo conservan la imagen de un período hace mucho tiempo concluido: la etapa inicial del movimiento. Entonces nuestras fuerzas eran realmente escasas y era natural y legítima la decisión de dedicarnos por entero al trabajo entre los obreros y de condenar con severidad toda desviación de esta línea. Entonces la tarea *sólo* consistía en afianzarnos en el seno de la clase obrera. Ahora se ha incorporado al movimiento una masa gigantesca de fuerzas; acuden a nuestras filas los mejores representantes de la nueva generación de las clases instruidas; por todas partes, en las provincias, se ven condenadas a la inactividad personas que ya han participado en el movimiento o desean intervenir en él, que simpatizan con la socialdemocracia (mientras que en 1894 se podía contar con los dedos de una mano a los socialdemócratas rusos). Uno de los defectos fundamentales de nuestro movimiento, tanto desde el punto de vista político como desde el organizativo, es que *no sabemos* emplear todas esas fuerzas y asignarles un trabajo adecuado (hablaremos con más detalle sobre este problema en el capítulo siguiente). La inmensa mayoría de esas fuerzas carece de la posibilidad de "ir hacia los obreros"; por consiguiente, no hay motivos para temer que distraigamos fuerzas de nuestra labor fundamental.

Y para dotar a los obreros de conocimientos políticos verdaderos, actuales y amplios es necesario que tengamos "gente nuestra", socialdemócratas, en todas partes, en todas las capas sociales, en todas las posiciones que permitan conocer los resortes internos de nuestro mecanismo estatal. Nos hace falta gen-

te como esa, no sólo para la propaganda y la agitación, sino en mayor medida para la organización.

¿Hay campo para la actividad en todas las clases de la población? Quienes lo dudan demuestran una vez más que su conciencia está en retraso con respecto al ascenso espontáneo de las masas. En unos, el movimiento obrero provoca descontento; en otros despierta la esperanza de que se contará con el apoyo de la oposición; en otros más crea la conciencia de que el régimen autocrático no puede seguir existiendo y que su derrumbe es inevitable. Pero sólo seríamos "políticos" y socialdemócratas de palabra (como a menudo ocurre en la realidad) si no tuviéramos conciencia de que nuestra misión es utilizar todas las expresiones de descontento, reunir y utilizar cualquier manifestación de protesta, por incipiente que sea. Dejemos ya a un lado el hecho de que millones de campesinos laboriosos, de artesanos, de pequeños productores, etc., escucharán siempre con avidez la propaganda de un socialdemócrata, por poco hábil que sea. Pero ¿es que hay una sola clase de la población en la que no haya individuos, grupos y sectores descontentos con la falta de derechos y la arbitrariedad, y por consiguiente accesibles a la palabra del socialdemócrata, como vocero de las aspiraciones democráticas más candentes? Para quienes deseen adquirir una idea concreta de esa agitación política del socialdemócrata en *todas* las clases y capas de la población queremos destacar que *la denuncia de los abusos políticos*, en el sentido amplio de la palabra, es el principal (aunque, por cierto, no el único) medio de esa agitación. Escribí yo en el artículo "¿Por dónde empezar?" (*Izvestia* N.º 4, mayo de 1901), al que nos referiremos en detalle más adelante:

Debemos despertar en todas las capas de la población con cierto grado de conciencia política la pasión por las denuncias *políticas*. No debe desanimarnos el hecho de que las voces que hacen denuncias políticas sean ahora tan débiles, escasas y tímidas. Ello no se debe a que exista una conformidad general ante el despotismo policial, sino a que las personas capaces y dispuestas a hacer la denuncia carecen de una tribuna desde la que puedan hablar y de un auditorio que escuche con avidez y estimule a los oradores; no ven en ningún sector del pueblo una fuerza ante la cual valga la pena quejarse del "todopoderoso" Gobierno ruso [...]. Ahora podemos —y debemos— crear una tribuna para denunciar al Gobierno zarista ante todo el pueblo; esa tribuna tiene que ser un periódico socialdemócrata.

El auditorio ideal para las denuncias políticas es la clase obrera, que necesita, ante todo y sobre todo, conocimientos políticos amplios y actuales, que es la más capaz de convertir esos conocimientos en lucha activa, aunque no prometa ningún "resultado palpable". En cuanto a la tribuna para esas denuncias *ante todo el pueblo* esta no puede ser otra que un periódico destinado a toda Rusia. "Sin un órgano político sería inconcebible en la Europa contemporánea un movimiento político que merezca ese nombre" y, en ese sentido, no se

puede negar que Rusia forma parte de la Europa contemporánea. La prensa se ha convertido en nuestro país, desde hace mucho tiempo, en una fuerza; de lo contrario, el Gobierno no invertiría decenas de millares de rublos en sobornarla y en subvencionar a los Katkov y Meschersky de todo tipo. Y no es una novedad en la Rusia autocrática que la prensa ilegal rompa las cadenas de la censura y *obligue* a hablar abiertamente de ella a los periódicos legales y conservadores. Así ocurrió en la década del 70 e inclusive a mediados de siglo. ¡Y cuánto más extensos y profundos son ahora los sectores populares dispuestos a leer la prensa ilegal y a aprender en ella "a vivir y a morir", para emplear la expresión del obrero autor de la carta publicada en el número 7 de *Iskra*! Las denuncias políticas son una declaración de guerra *al Gobierno*, así como las de carácter económico son una declaración de guerra al patrón de la fábrica. Y esa declaración de guerra posee una significación moral tanto más grande cuanto más vasta y vigorosa es la campaña de denuncias, cuanto más numerosa y decidida es la *clase social que declara la guerra para iniciarla*. Por eso, las denuncias políticas en sí mismas son uno de los medios más poderosos para desintegrar el régimen que nos es hostil, para separar del enemigo a sus aliados fortuitos o temporarios, para sembrar la enemistad y la desconfianza entre los colaboradores permanentes del poder autocrático.

Sólo el partido que *organice* campañas de denuncias que realmente *lleguen a todo el pueblo* podrá convertirse en nuestros días en vanguardia de las fuerzas revolucionarias. Las palabras "a todo el pueblo" encierran un gran contenido. La inmensa mayoría de los denunciantes que no pertenecen a la clase obrera (y para ser vanguardia es necesario, sobre todo, atraer a otras clases) son políticos realistas y personas sensatas y prácticas. Saben muy bien cuán peligroso es "quejarse" hasta de un modesto funcionario, y no hablemos si se trata del "todopoderoso" Gobierno ruso. Por eso, sólo *nos* traerán sus quejas cuando vean que pueden surtir efecto, que representamos una *fuerza política*. Para llegar a ser una fuerza política ante los demás tenemos que trabajar mucho y con tenacidad a fin de *desarrollar* nuestra conciencia, iniciativa y decisión; no basta con poner el rótulo de "vanguardia" a una teoría y una práctica de retaguardia.

Pero —nos preguntarán y nos preguntan ya los partidarios acérrimos del "estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria"—, si debemos encargarnos de organizar las denuncias de los abusos cometidos por el Gobierno y de que lleguen realmente a todo el pueblo, ¿en qué se manifestará entonces el carácter de clase de nuestro movimiento? (Pues precisamente en que seremos nosotros, los socialdemócratas, quienes organicemos esas campañas de denuncias que llegarán a todo el pueblo; en que todos los problemas planteados en nuestra agitación serán esclarecidos con invariable criterio socialdemócrata, sin ninguna indulgencia hacia las tergiversaciones, intencionadas o no, del marxismo; en que esa amplia agitación política la llevará a cabo un partido que reúne en un todo único la ofensiva contra el Gobierno en nombre del pueblo entero, la educación revolucionaria del proletariado y la protección de su independencia

política, la dirección de la lucha económica de la clase obrera y la utilización de sus conflictos espontáneos con sus explotadores, conflictos que despiertan y atraen a nuestro campo a nuevas capas del proletariado!

Pero uno de los rasgos más típicos del "economismo" consiste en que no entiende esa relación; más aún: no entiende que la necesidad más urgente del proletariado (amplia educación política por medio de la agitación política y de las campañas de denuncias) coincide con idéntica necesidad de todo el movimiento democrático. Esta incompreensión se pone de relieve, no sólo en las frases de Martinov, sino también en diferentes pasajes de contenido análogo en los que los "economistas" se refieren a un supuesto punto de vista de clase. He aquí, por ejemplo, cómo se expresan los autores de la carta "economista", publicada en el número 12 de *Izba*⁴⁸:

Este mismo defecto fundamental de *Izba* [la sobrestimación de la ideología] es la causa de su inconsecuencia en los problemas relacionados con la actitud de la socialdemocracia ante las diversas clases y tendencias sociales. Resuelve por medio de especulaciones teóricas [...] [y no sobre la base del "crecimiento de las tareas del partido, que crecen junto con este..."] la tarea de pasar inmediatamente a la lucha contra el absolutismo. Quizás advierte toda la dificultad que presenta esta tarea para los obreros, dada la situación actual [...] [y no sólo advierte, sino que sabe muy bien que esta tarea les parece menos difícil a los obreros que a los intelectuales "economistas" que los tratan como a niños, pues los obreros están dispuestos a luchar hasta por reivindicaciones que no prometan, para emplear la expresión del inolvidable Martinov, ningún "resultado palpable"] [...]; pero, como no tiene paciencia para esperar a que hayan acumulado fuerzas para esta lucha, *Izba* comienza a buscar aliados entre los liberales y los intelectuales.

Sí, sí, se nos acabó, en efecto, la "paciencia" para "esperar" los días felices que nos prometen desde hace mucho los "conciliadores" de todo tipo, esos días en que nuestros "economistas" dejarán de endosar a los obreros la culpa de su propio atraso, de justificar su insuficiente energía por una presunta insuficiencia de fuerzas de los obreros. Y preguntamos a nuestros "economistas": ¿cómo deben "acumular fuerzas los obreros para esta lucha"? ¿No es evidente que ello significa la educación política de los obreros, de modo que les resulten comprensibles *todos* los aspectos de nuestro infame régimen autocrático? ¿Y no está claro que *justamente para ese trabajo* necesitamos contar con "aliados entre los

48 Por falta de espacio no pudimos dar en *Izba* una respuesta completa y detallada a esta carta, tan característica de los "economistas". Su aparición nos produjo gran satisfacción, pues hacía ya mucho que oíamos repetir que *Izba* carece de un punto de vista de clase consecuente y sólo esperábamos una ocasión propicia, o la expresión concreta de esa acusación, para darle una respuesta. Y tenemos por costumbre no contestar a un ataque poniéndonos a la defensiva, sino pasando al contraataque.

liberales y los intelectuales", dispuestos a contribuir con sus denuncias sobre la campaña política contra los *zemstos*, los maestros, los estadísticos, los estudiantes, etc.? ¿Es de veras tan difícil entender este asombroso y "sutil mecanicismo"? ¿No les repite ya P. Axelrod desde 1897 que "el problema de que los socialdemócratas rusos conquisten partidarios y aliados directos o indirectos entre las clases no proletarias se resuelve ante todo y sobre todo por el carácter de la propaganda realizada entre el proletariado mismo"? ¡Pero Martinov y los otros "economistas" siguen creyendo que los obreros deben *primero*, por medio de "la lucha económica contra los patrones y el Gobierno", acumular fuerzas (para la política sindicalista), y *sólo después*, según parece, "pasar" de la "educación para la actividad" sindical a la actividad socialdemócrata! Continúan los "economistas":

... En su búsqueda, *Izba* se desvía con frecuencia del punto de vista de clase, oculta los antagonismos de clase y ubica en primer plano la generalización del descontento contra el Gobierno, a pesar de que las causas y el grado de ese descontento son muy diferentes entre los "aliados". Tal es, por ejemplo, la actitud de *Izba* hacia los *zemstos*...

Según dicen, "*Izba* promete a los nobles disconformes con las limosnas gubernamentales la ayuda de la clase obrera, sin decir una sola palabra acerca de las diferencias de clase que separan a estos dos sectores de la población". Si el lector se remite a los artículos "La autocracia y los *zemstos*" (números 2 y 4 de *Izba*), a los que *evidentemente* aluden los autores de la carta, observará que aquellos están dedicados a la actitud del Gobierno ante la "débil agitación de los *zemstos* burocráticos y estamentales" e inclusive ante la "actividad independiente de las clases poseedoras". El artículo dice que el obrero no puede ser indiferente a la lucha del Gobierno contra el *zemsto*; invita a los miembros de este a dejar a un lado sus débiles discursos y a hacer oír su palabra firme y decidida cuando la socialdemocracia revolucionaria se lance con toda su fuerza contra el Gobierno. ¿Qué hay aquí de inaceptable para los autores de la carta? Nadie lo sabe. ¿Piensan que el obrero "no comprenderá" las expresiones "clases poseedoras" y "*zemsto* burocrático y estamental"? ¿Green que el hecho de *impulsar* a los miembros del *zemsto* a pasar de los débiles discursos a las palabras decididas es "sobrestimar la ideología"? ¿Imaginan que los obreros pueden "acumular fuerzas" para la lucha contra la autocracia si ignoran cómo trata esta *inclusivo* a los *zemstos*? Eso tampoco se sabe. Lo único claro es que los autores tienen una idea muy vaga sobre las tareas políticas de la socialdemocracia. Así nos lo revela con mayor nitidez aún esta frase: "Idéntica es la actitud de *Izba* ante el movimiento estudiantil" (es decir, que también "oculta los antagonismos de clase"). En lugar de exhortar a los obreros a denunciar, por medio de una manifestación pública, que el verdadero foco de la violencia desenfrenada, de la arbitrariedad y de los atropellos no es la juventud universitaria, sino el Gobierno ruso (*Izba* N.º 2), ¡habríamos debido

publicar, al parecer, razonamientos inspirados en la línea de *Rabochaya Mysl*! Y semejantes ideas son expresadas por socialdemócratas, en el otoño de 1901, después de los acontecimientos de febrero y marzo, en vísperas de un nuevo ascenso del movimiento estudiantil, situación reveladora de que inclusive en este plano la "espontaneidad" de la protesta contra la autocracia rebasa a la dirección consciente del movimiento por la socialdemocracia. ¡La tendencia espontánea de los obreros a intervenir en favor de los estudiantes apalcados por la Policía y los cosacos rebasa la actividad consciente de la organización socialdemócrata!

"Sin embargo, en otros artículos —continúan los autores de la carta— *Izba* condena con severidad cualquier concesión y defiende, por ejemplo, la conducta intolerante de los guesdistas". A quienes con tanta vanidad y tan frívolamente suelen afirmar que las discrepancias surgidas entre los socialdemócratas de hoy no son esenciales ni justifican una división les aconsejamos que mediten cuidadosamente estas palabras. Los que afirman que aún no hemos hecho casi nada para demostrar la hostilidad de la autocracia hacia las clases más diversas, para dar a conocer a los obreros la oposición de los sectores más diversos de la población a la autocracia, ¿pueden militar con eficiencia en una misma organización junto a quienes ven en esa actividad una "concesión", sin dada una concesión a la teoría de la "lucha económica contra los patrones y el Gobierno"?

Con motivo del cuadragésimo aniversario de la liberación de los campesinos hablamos de la necesidad de llevar la lucha de clases al campo (*Izba* N.º 3); a propósito del memorándum confidencial de Witte señalamos (*Izba* N.º 4) la incompatibilidad que existe entre los órganos de administración autónoma local y la autocracia; en relación con la nueva ley (N.º 8) atacamos el feudalismo de los terratenientes y del Gobierno que está a su servicio y saludamos el congreso ilegal de los *zemstvos* (N.º 8); alentamos a sus miembros a pasar de las peticiones humillantes a la lucha. Con motivo del llamamiento del Comité Ejecutivo de los estudiantes de Moscú del 25 de febrero (N.º 3) alentamos a los estudiantes que comenzaban a comprender la necesidad de la lucha política y la iniciaban, y a la vez fustigamos la "bárbara incompreensión" de los partidarios del movimiento "puramente estudiantil", que exhortan a los estudiantes a no participar en las manifestaciones callejeras; pusimos al descubierto ("Redada policial contra la literatura", *Izba* N.º 5) las "ilusiones absurdas", la "mentira y la hipocresía" de los astutos liberales del periódico *Risaja*, y al mismo tiempo denunciarnos la rabiosa represión gubernamental que "se ejerce contra pacíficos escritores, contra viejos profesores y científicos, contra conocidos liberales de los *zemstvos*"; desentrañamos (N.º 6) el verdadero sentido del programa "de protección del Estado para el mejoramiento de las condiciones de vida de los obreros" y celebramos la "valiosa confesión" de que "más vale prevenir con reformas desde arriba las exigencias de reformas desde abajo que esperar esta última eventualidad"; alentamos (N.º 7) a los estadísticos en su protesta y condenamos a los rompeduelgas (N.º 9).

Quien vea en esta tática un oscurecimiento de la conciencia de clase del proletariado y *un compromiso con el liberalismo* demuestra que no entiende en absoluto el verdadero sentido del programa del Credo y *aplica de facto precisamente ese programa*, por mucho que lo repudie. Porque *con semejante enfoque* arrastra a la socialdemocracia a "la lucha económica contra los patrones y el Gobierno" y *retrocede ante el liberalismo*, abandona la tarea de intervenir activamente en todos los problemas de carácter "liberal" y de determinar frente a cada uno de estos problemas *su propia* actitud, su actitud socialdemócrata.

F. Una vez más "calumniadores", una vez más "mistificadores"

Como recordará el lector, estas amables palabras son de *Rabocheye Dielo*, que así contesta a nuestra acusación de "haber preparado indirectamente el terreno para convertir al movimiento obrero en instrumento de la democracia burguesa". En su simplicidad, *Rabocheye Dielo* ha decidido que esta acusación no es ni más ni menos que un recurso polémico. Como si dijera: estos dogmáticos maliciosos se han propuesto decirnos cosas desagradables, porque, ¿qué puede resultar más desagradable que ser instrumento de la democracia burguesa? Y se publica una "desmentida" en caracteres destacados: "Una calumnia sin atenuantes" (*Des omyesras*, p. 30), "mistificación" (p. 31), "una mascarada" (p. 33). Como Júpiter, *Rabocheye Dielo* (aunque se parece bastante poco a Júpiter) se enfada porque no tiene razón, y demuestra, con sus apresuradas injurias, que es incapaz de seguir el razonamiento de sus adversarios. Y sin embargo no hay que reflexionar mucho para comprender por qué *todo* culto a la espontaneidad del movimiento de masas, *todo* lo que contribuya a rebajar la política socialdemócrata al nivel de la política sindicalista equivale a preparar el terreno para convertir al movimiento obrero en instrumento de la democracia burguesa. El movimiento obrero espontáneo por sí solo no puede crear otra cosa que el sindicalismo (e inevitablemente lo crea), y la política sindicalista de la clase obrera es la política burguesa de dicha clase. La participación de la clase obrera en la lucha política, e inclusive en la revolución política, no convierte su política en socialdemócrata. ¿Se le ocurrirá a *Rabocheye Dielo* negar esto? ¿Se le ocurrirá, por fin, exponer ante todo el mundo, sin ambages ni rodeos, su concepto acerca de los problemas candentes de la socialdemocracia internacional y rusa? No, jamás se le ocurrirá nada semejante, porque se aferra al recurso de "hacerse el desentendido": ni yo soy yo, ni el caballo es mío, ni soy el cochero. Nosotros no somos "economistas", *Rabochaya Mysl* no representa al "economismo"; en Rusia no existe el "economismo". Es un recurso muy hábil y "político", que sólo adolece de un pequeño inconveniente: a las publicaciones que lo aplican se les suele dar el mote de "A sus órdenes, señor".

Rabocheye Dieło cree que, en general, la democracia burguesa es en Rusia un "fantasma" (*Dos congresos*, p. 32)⁴⁹. ¡Qué gente feliz! Como el avestruz, esconden la cabeza en la arena e imaginan que todo lo que los rodea ha desaparecido. Varios escritores liberales, que todos los meses anuncian triunfalmente la descomposición del marxismo y aun su desaparición; varios periódicos liberales (*S. Peterburgskije Vedomosti*, *Russkije Vedomosti* y muchos otros), en cuyas columnas se estimula a los liberales que inculcan a los obreros una concepción de la lucha de clases inspirada en Brentano y una concepción sindicalista de la política; la pléyade de críticos del marxismo, cuyas verdaderas tendencias ha evidenciado con toda claridad el *Orel* y cuya mercancía literaria es la única que circula en Rusia sin pagar impuestos; la reanimación de las tendencias revolucionarias no socialdemócratas, sobre todo después de los sucesos de febrero y marzo: ¡todo esto, por lo que parece, es un fantasma! ¡Todo esto nada tiene que ver con la democracia burguesa!

Rabocheye Dieło, lo mismo que los autores de la carta "economista" de *Izba N.º* 12, habrían debido "pensar en la razón por la cual los sucesos de la primavera han producido una reanimación tan considerable de las tendencias revolucionarias no socialdemócratas en lugar de fortalecer la autoridad y el prestigio de la socialdemocracia". La razón es que no estuvimos a la altura de nuestra misión; la actividad de las masas obreras fue superior a la nuestra; nos faltaron dirigentes y organizadores revolucionarios suficientemente preparados, que conocieran a fondo el estado de ánimo de todos los sectores de la oposición y supieran ponerse al frente del movimiento, convertir una manifestación espontánea en demostración política, darle un contenido político más amplio, etc. En estas condiciones, los revolucionarios no socialdemócratas más dinámicos y audaces seguirán aprovechándose inevitablemente de nuestro atraso, y los obreros, por grandes que sean su abnegación y su energía en la lucha contra la Policía y las tropas, por muy revolucionaria que sea su acción, sólo serán una fuerza que apoye a esos revolucionarios, la retaguardia del movimiento democrático burgués y no la vanguardia socialdemócrata. Tomemos el caso de la socialdemocracia alemana, de la que nuestros "economistas" sólo quieren imitar los aspectos débiles. ¿Por qué en Alemania no hay un solo suceso político que no contribuya a afianzar cada vez más la autoridad y el prestigio de la socialdemocracia? Porque esta es siempre la primera en dar la apreciación más revolucionaria de cada suceso, en defender cualquier protesta contra la arbitrariedad. No se deja adormecer por las ideas de que la lucha económica lleva a los obreros a pensar en su falta de derechos, de que las condiciones concretas empujan fatalmente al movimiento obrero

49 En el mismo pasaje se refieren a las "condiciones concretas rusas que empujan fatalmente el movimiento obrero al camino revolucionario". ¡Esta gente no quiere comprender que el camino revolucionario del movimiento obrero puede no ser el socialdemócrata! Toda la burguesía de Europa occidental, bajo el absolutismo, "empujaba", empujaba deliberadamente a los obreros al camino revolucionario. Pero nosotros, los socialdemócratas, no podemos conformarnos con esto. Y si de una u otra forma rebajamos la política socialdemócrata al nivel de la política espontánea, sindicalista, sólo hacemos el juego a la democracia burguesa.

hacia el camino revolucionario. Interviene en todos los aspectos y en todos los problemas de la vida social y política: cuando Wilhelm II se niega a ratificar el nombramiento de un alcalde progresista burgués (¡nuestros "economistas" aún no pudieron explicar a los alemanes que eso es, en esencia, una concesión al liberalismo!); cuando se dicta una ley contra las obras y las ilustraciones "inmorales", cuando el Gobierno presiona para que se elija a determinados profesores, etc., etc. La socialdemocracia siempre está al frente, estimulando el descontento político en todas las clases, sacudiendo a los dormidos, espolcando a los rezagados, proporcionando abundantes materiales de propaganda para desarrollar la conciencia y la actividad políticas del proletariado. Como consecuencia de todo esto, hasta los enemigos conscientes del socialismo sienten respeto hacia el luchador político de vanguardia y no es raro que un documento importante, no sólo de las esferas burguesas, sino hasta de las esferas burocráticas y palaciegas, llegue como por milagro a la redacción de *Vorwärts*.

Aquí está la clave de la aparente "contradicción", que supera la capacidad de comprensión de *Rabocheye Diele* hasta tal punto que este se limita a alzar los brazos al cielo y exclamar: "¡Mascarada!". En efecto, imagínense ustedes: nosotros, *Rabocheye Diele*, consideramos que la *piedra angular* es el movimiento obrero de masas (¡y lo publicamos en cursiva!), prevenimos a todos contra el peligro de subestimar la importancia del elemento espontáneo, queremos imprimir a la lucha económica en sí misma —en sí misma, en su propio ser— un carácter político; queremos mantener un contacto estrecho y orgánico con la lucha proletaria. Y sin embargo nos dicen que preparamos el terreno para convertir al movimiento obrero en instrumento de la democracia burguesa. ¿Y quién lo dice? ¡Personas que hacen un "compromiso" con el liberalismo al intervenir en todos los problemas "liberales" (¡qué incomprensión del "contacto orgánico con la lucha proletaria"!); al dedicar tanta atención a los estudiantes e inclusive (¡qué horror!) a los miembros de los *zemstvos*! ¡Personas que, por sobre todo, quieren dedicar la mayor parte de sus fuerzas (en comparación con los "economistas") a desarrollar su actividad entre las clases no proletarias de la población! ¿No es esto una "mascarada"?

¡Pobre *Rabocheye Diele*! ¿Llegará alguna vez a descubrir la solución de este confuso rompecabezas?

IV. LOS MÉTODOS ARTESANALES DE TRABAJO DE LOS ECONOMISTAS Y LA ORGANIZACIÓN DE LOS REVOLUCIONARIOS

Las afirmaciones de *Rabocheye Dielo* examinadas más arriba, cuando dice que la lucha económica es el medio de agitación política más ampliamente aplicable, que nuestra tarea consiste ahora en imprimir a la lucha económica en sí un carácter político, etc., reflejan una concepción estrecha de nuestras tareas, no sólo en el plano político, sino también en el de organización. Para la "lucha económica contra los patrones y el Gobierno" no es necesaria una organización centralizada destinada a toda Rusia (que, por ello mismo, no puede formarse en el curso de semejante lucha), que reúne en un solo impulso común todas las manifestaciones de oposición política, de protesta y de indignación, una organización integrada por revolucionarios profesionales y dirigida por verdaderos líderes políticos de todo el pueblo. Y se comprende que así sea. Como es natural e inevitable, el tipo de estructura de una institución está determinado por el contenido de su actividad. Por eso *Rabocheye Dielo*, con las formulaciones que ya hemos examinado, no sólo consagra y legitima la estrechez de la actividad política, sino también la estrechez del trabajo de organización. Y en ese caso, como en todos, es un órgano de prensa cuya conciencia retrocede ante la espontaneidad. Pero el culto a las formas de organización que surgen espontáneamente, la falta de conciencia de cuán estrecho y primitivo es nuestro trabajo de organización, de que todavía somos "artesanos" en este importante dominio, la falta de esa conciencia, digo, es una verdadera enfermedad de nuestro movimiento. No es, desde luego, una enfermedad propia de la decadencia, sino del crecimiento. Pero ahora, cuando la ola de indignación espontánea nos cubre, por así decirlo, a nosotros como dirigentes y organizadores del movimiento, es imprescindible desarrollar la lucha más intransigente contra toda defensa del atraso, contra toda legitimación de la estrechez de miras en este sentido. Es imprescindible despertar, en todos los que participan o se proponen colaborar en el trabajo práctico, el descontento por los métodos artesanales de trabajo predominantes entre nosotros y la decisión inquebrantable de deshacernos de ellos.

A. ¿Qué son los métodos artesanales de trabajo?

Trataremos de responder a esta pregunta describiendo en pocas palabras la actividad de un círculo socialdemócrata típico durante el período de 1894 a 1901.

Ya hablamos del apasionamiento por el marxismo que manifestaba la juventud estudiantil de aquel entonces. Es claro que ese apasionamiento no respondía tanto al marxismo como teoría, sino como respuesta a la pregunta: "¿Qué hacer?", como llamamiento para marchar contra el enemigo. Y los nuevos guerreros marchaban al combate con un equipo y una preparación extraordinariamente primitivos. En muchísimos casos carecían casi por completo de equipo y no tenían preparación alguna. Iban a la guerra como verdaderos *migüla*, sin más armas que un garrote. Desvinculado de los viejos militantes del movimiento, de los círculos de otros lugares o inclusive de otros puntos de la ciudad (o de otros centros de enseñanza), sin organización previa de los diferentes aspectos del trabajo revolucionario y sin un plan sistemático de acción para un período más o menos prolongado, el círculo de estudiantes se pone en contacto con los obreros y comienza a trabajar. Poco a poco desarrolla una agitación y una propaganda cada vez más vastas y por su sola actuación atrae las simpatías de sectores obreros bastante amplios y de una parte de la sociedad culta, que proporciona dinero y entrega al "comité" nuevos grupos de jóvenes. Crecen la trascendencia de la actividad y el prestigio del comité (o unión de lucha) y este va ampliando su acción de modo completamente espontáneo: las mismas personas que un año o unos cuantos meses antes intervenían en círculos estudiantiles y resolvían el problema de "¿adónde ir?", que establecían y mantenían relaciones con los obreros, redactaban y publicaban volantes, se vinculan con otros grupos de revolucionarios, consiguen publicaciones, emprenden la edición de un periódico local, comienzan a hablar de organizar una manifestación y, por último, pasan a acciones de combate directas (que pueden ser, según las circunstancias, el primer volante agitativo, el primer número del periódico o la primera manifestación). Y, por lo general, en cuanto se inician dichas operaciones se producen arrestos en masa. Semejante resultado se debe a que esas operaciones militares no son fruto de un plan sistemático, premeditado, preparado en forma minuciosa para una lucha larga y sostenida, sino sencillamente el crecimiento espontáneo de una labor de círculo realizada de acuerdo con la tradición; porque la Policía, que, como es natural, conoce casi siempre a los principales dirigentes del movimiento local, que ya han "dado que hablar" en las aulas de la universidad, sólo espera el momento más propicio para hacer la redada. Permite con toda intención que el círculo se extienda y desarrolle lo bastante como para tener un *corpus delicti* palpable y siempre deja unas cuantas personas ya conocidas como "carnada" (expresión técnica que emplean, por lo que sé, tanto los nuestros como los gendarmes). No se puede menos que comparar semejante guerra con la que un grupo de campesinos armados de garrotes sostiene contra un Ejército moderno. Sólo cabe admirar la vitalidad de un movimiento que se extendió, creció y obtuvo victorias a pesar de la falta total de preparación de los combatientes. Es cierto que desde el punto de vista histórico, el carácter primitivo del equipo era, al principio, no sólo inevitable sino *inclusive legítimo* como una de las condiciones para incorporar gran cantidad de combatientes. Pero en cuanto empezaron las operaciones mili-

tares serias (en realidad, con las huelgas del verano de 1896) las deficiencias de nuestras organizaciones de combate se hicieron sentir cada vez más. Pasado el primer momento de sorpresa, el Gobierno, después de haber cometido una serie de errores (por ejemplo, dirigirse a la opinión pública describiendo las fechorías de los socialistas o deportar a los centros industriales del interior a los obreros de las capitales), no tardó en adaptarse a las nuevas condiciones de la lucha y supo ubicar en los puntos convenientes sus mejores destacamentos de provocadores, espías y gendarmes. Los arrestos se volvieron tan frecuentes, se detenía a tanta gente, los círculos locales quedaban tan desmantelados que la masa obrera perdía literalmente a sus dirigentes, el movimiento llegaba a un grado increíble de irregularidad y era absolutamente imposible establecer continuidad ni conexión alguna en el trabajo. La extraordinaria desunión de los militantes locales, el carácter fortuito de los círculos, la falta de preparación y la estrechez de miras con respecto a los problemas teóricos, políticos y de organización eran consecuencia inevitable de las condiciones descritas. La situación ha llegado a tal extremo que en algunos lugares los obreros, al ver nuestra falta de firmeza y nuestras deficiencias en el aspecto conspirativo, sienten desconfianza hacia los intelectuales y se apartan de ellos: ¡los intelectuales, dicen, provocan los arrestos porque son demasiado descuidados!

Cualquiera que conozca algo el movimiento sabe que no hay un socialdemócrata sensato que no considere ya, por fin, que los métodos artesanales de trabajo constituyen una enfermedad. Pero para que el lector poco informado no crea que estemos "inventando" una fase especial o una enfermedad especial del movimiento nos remitimos al testigo ya citado. Esperamos que nos disculpen la extensión de la cita, escribe B-v (Boris Savinkov) en *Rabocheye Dielo* N.º 6:

Aunque el paso gradual a una actividad práctica más amplia, paso que depende del período general de transición por el que atraviesa el movimiento obrero ruso, es un rasgo característico [...], hay, sin embargo, otro rasgo no menos interesante en el mecanismo de la revolución obrera rusa en su conjunto. Nos referimos a la *escasez general de fuerzas revolucionarias aptas para la acción*⁵⁰, que se siente no sólo en San Petersburgo, sino en toda Rusia. A medida que el movimiento obrero se intensifica, que se desarrolla la masa obrera, que son más frecuentes los casos de huelgas, que la lucha de masas de los obreros se despliega más abiertamente y que recrudecen la persecución gubernamental, las detenciones, los destierros y deportaciones, esta *escasez de fuerzas revolucionarias calificadas se torna cada vez más sensible y, sin duda, no puede dejar de influir sobre la profundidad y el carácter general del movimiento*. Muchas huelgas se desarrollan sin que las organizaciones revolucionarias ejerzan sobre ellas una influencia enérgica y directa [...]. Se siente la escasez de volantes de agitación y de publicaciones ilegales [...]. Los círculos obreros se quedan sin agitadores [...].

⁵⁰ Todas las cursivas son nuestras.

Al mismo tiempo, hay una constante falta de fondos. En una palabra, el *crecimiento del movimiento obrero sobrepasa al crecimiento y al desarrollo de las organizaciones revolucionarias*. La fuerza numérica de los revolucionarios activos resulta demasiado insignificante para concentrar en sus manos la influencia sobre toda la masa obrera en efervescencia, para dar a todos los disturbios cierta forma armónica y organizada [...]. Los círculos aislados, los revolucionarios aislados no se reúnen, no se agrupan, no constituyen una organización única, fuerte y disciplinada, con secciones que se desarrollen de manera sistemática...

Y después de formular la reserva de que si en lugar de los círculos destruidos aparecen inmediatamente otros nuevos ello "demuestra sólo la vitalidad del movimiento [...], pero no prueba que exista una cantidad suficiente de militantes revolucionarios plenamente capacitados", el autor concluye:

La falta de preparación práctica de los revolucionarios de San Petersburgo se refleja también en los resultados de su trabajo. Los últimos procesos, y en particular los de los grupos Autoemancipación y Lucha del Trabajo contra el Capital, demostraron con claridad que un agitador joven que no conozca al detalle las condiciones del trabajo y, por consiguiente, de la agitación en determinada fábrica, que no conozca los principios de la conspiración y que sólo haya asimilado [¿asimilado?] las ideas generales de la socialdemocracia puede trabajar unos cuatro, cinco o seis meses. Luego viene el arresto, que muchas veces trae aparejado el desmoronamiento de toda la organización, o por lo menos de una parte de ella. Cabe preguntar: ¿puede un grupo trabajar con eficacia y obtener resultados cuando su existencia está limitada a unos cuantos meses? Es evidente que los defectos de las organizaciones existentes no pueden atribuirse por entero al período de transición [...]; es evidente que la cantidad y, sobre todo, la calidad de los integrantes de las organizaciones activas desempeñan aquí un papel de no escasa importancia, y la primera tarea de nuestros socialdemócratas [...] debe consistir en *unificar realmente las organizaciones y efectuar una selección rigurosa de sus miembros*.

B. Los métodos artesanales de trabajo y el economismo

Debemos detenernos ahora en una pregunta que sin duda se formulan ya todos los lectores: ¿puede establecerse una relación entre esos métodos artesanales de trabajo, como enfermedad de crecimiento que afecta a *todo* el movimiento, y el economismo, que es una de las corrientes de la socialdemocracia rusa? Creemos que sí. La falta de preparación práctica, de habilidad en la labor de organización son, en efecto, cosas comunes a *todas* *nosotras*, incluso a quienes desde el principio han sustentado inflexiblemente el punto de vista del marxismo revolucionario. Y es cierto que si se tratase sólo de falta de preparación

práctica nadie podría culpar a los militantes dedicados a la labor práctica. Pero, además de la falta de preparación, el concepto "métodos artesanales de trabajo" supone otra cosa: el reducido alcance del trabajo revolucionario en general, el hecho de que no se entienda que sobre la base de ese trabajo de horizontes limitados no se puede constituir una buena organización de revolucionarios; y, por último -y esto es lo principal- supone tentativas de justificar esa estrechez de miras y de elevarla a la categoría de "teoría" particular, es decir, supone el culto a la espontaneidad también en ese terreno. En cuanto se manifestaron tales tentativas, resultó indudable que los métodos artesanales de trabajo están relacionados con el "economismo" y que no nos libramos de la estrechez en nuestro trabajo de organización si no nos libramos del economismo en general (es decir, de una concepción limitada, tanto de la teoría del marxismo como del papel de la socialdemocracia y de sus tareas políticas). Y esas tentativas aparecieron en dos direcciones. Unos comenzaron a decir que la masa obrera no había planteado aún tareas políticas tan amplias y combativas como las que les "imponían" los revolucionarios, que todavía debe luchar por reivindicaciones políticas *inmediatas*, desarrollar "una lucha económica contra los patrones y el Gobierno"⁵¹ (y a esa lucha "accesible" al movimiento de masas corresponde, es claro, una organización "accesible" inclusive para la juventud menos preparada). Otros, muy alejados de cualquier enfoque "gradual", plantearon que se podía y se debía "hacer la revolución política", pero que para ello no había necesidad alguna de crear una fuerte organización de revolucionarios, capaz de educar al proletariado en una lucha firme y tenaz; que bastaba con que todos empujáramos el garrote ya conocido y "accesible". Para decirlo sin metáforas: que debíamos organizar la huelga general⁵² o estimular el apocado progreso del movimiento obrero por medio de un "terrorismo excitante"⁵³. Ambas tendencias, la oportunista y la "revolucionarista", capitulan ante los métodos artesanales de trabajo imperantes, no creen en la posibilidad de librarse de ellos, no comprenden nuestra primera y más urgente tarea práctica: *crear una organización de revolucionarios* capaz de dar energía, firmeza y continuidad a la lucha política.

Acabamos de citar las palabras de B-v: "El crecimiento del movimiento obrero sobrepasa al crecimiento y desarrollo de las organizaciones revolucionarias". Esta "valiosa conclusión de un observador directo" (comentario de la redacción de *Rabocheye Dielo* al artículo de B-v) posee para nosotros doble valor. Demuestra que teníamos razón cuando considerábamos que la causa fundamental de la actual crisis de la socialdemocracia rusa es el *atraso de los dirigentes* ("ideólogos", revolucionarios, socialdemócratas) respecto del *avance espontáneo de las masas*. Demuestra que todas estas disquisiciones de B. Krichevsky y Martinov, autores de la carta "economista" (en *Izbra* N.º 12), sobre el peligro

⁵¹ *Rabochaya Mysl* y *Rabocheye Dielo*, sobre todo en la "Respuesta" a Plejanov.

⁵² Véase "¿Quién hará la revolución política?", folleto publicado en Rusia en la colección *La lucha proletaria* y republicado por el Comité de Kiev.

⁵³ *Renacimiento del revolucionarismo* y *Svoboda*.

de subestimar la importancia del elemento espontáneo, de la lucha cotidiana y gris, sobre la táctica como proceso, etc., son una defensa y una exaltación de los métodos artesanales de trabajo. Esta gente que no puede pronunciar la palabra "teórico" sin una mueca de desprecio, que llama "sentido de la realidad" a su culto a la falta de preparación para la vida y al atraso, demuestra en los hechos que no entiende nuestras tareas *prácticas* más urgentes. A quienes se han quedado atrás les gritan: "¡Conserven el paso! ¡No se adelanten!". ¡A quienes carecen de energía y de iniciativa en el trabajo de organización, de "planes" para organizar con amplitud y valentía el trabajo, les hablan de la "táctica como proceso"! Nuestro pecado capital consiste en *rebajar* nuestras tareas políticas y de organización al nivel de los intereses inmediatos, "palpables", "concretos", de la lucha económica cotidiana, ¡pero a nosotros nos repiten el mismo estribillo: hay que imprimir a la lucha económica en sí misma un carácter político! Repetimos: esto es literalmente el mismo "sentido de la vida" que demostraba poseer el personaje de la fábula popular que gritaba, al paso de un funeral: "Lleven a ese y vuelvan por otro".

Recuerden con qué incomparable arrogancia narcisista aleccionaban esos sabios a Plejanov: "A los círculos obreros no les son accesibles en general [sic] las tareas políticas en el sentido real, *práctico*, de la palabra, es decir, en el sentido de una lucha *práctica* adecuada y eficaz por reivindicaciones políticas" ("Respuesta" de la redacción de *Rabocheye Dielo*, p. 24). ¡Hay círculos y círculos, señores! Un círculo que emplee métodos "artesanales" de trabajo no comprenderá, desde luego, las tareas políticas, mientras sus miembros no reconozcan el carácter primitivo de dichos métodos y no los abandonen. Pero si además esos artesanos están enamorados de sus métodos primitivos, si escriben siempre en cursiva la palabra "práctico" e imaginan que la práctica exige que rebajen sus tareas al nivel de comprensión de las capas políticamente más atrasadas de la masa, entonces son artesanos incurables y, por supuesto, *las tareas políticas les resultan en general incomprensibles*. Pero un círculo de militantes destacados como Alexeyev y Mishkin, Jalturin y Zheliabov comprende las tareas políticas en el sentido más real y práctico de la palabra, porque sus ardientes prédicas encuentran eco en la masa que se despierta espontáneamente; porque su fogosidad es secundada y apoyada por la energía de la clase revolucionaria. Plejanov tenía mil veces razón cuando indicó cuál era esa clase revolucionaria, demostró que era inevitable e ineludible su despertar espontáneo y además señaló a los "círculos obreros" una elevada e importante misión política. En cambio, ustedes se refieren al movimiento de masas que surgió a partir de entonces para *rebajar* esa misión, para *reducir* la energía y alcance de la actividad de los "círculos obreros". ¿Qué es eso, si no la actitud propia del artesano enamorado de sus métodos primitivos? Ustedes se vanaglorian del sentido práctico que demuestran y no ven algo que conoce cualquier militante ruso entregado al trabajo práctico: los milagros que puede realizar en la obra revolucionaria, no sólo la energía de un círculo, sino aun la de un solo individuo.

¿O acaso creen que nuestro movimiento no puede producir dirigentes como los que existieron en la década del 70? ¿Por qué razón? ¿Porque estamos poco preparados? ¡Pero nos preparamos, seguiremos preparándonos y estaremos preparados! Verdad es que, por desgracia, en nuestras aguas estancadas de la "lucha económica contra los patrones y el Gobierno" se ha formado ya mohó: han aparecido personas que se arrodillan para adorar la espontaneidad y que contemplan con unción (como dice Plejanov) "la parte trasera" del proletariado ruso. Pero sabremos librarnos de ese mohó. Ha llegado el momento en que el revolucionario ruso, guiado por una teoría auténticamente revolucionaria, apoyado en una clase auténticamente revolucionaria que despierta en forma espontánea, puede por fin —¡por fin!— erguirse con audacia y exhibir toda su titánica energía. Para ello sólo hace falta que la masa de militantes entregados al trabajo práctico y la masa aún más amplia de gente que ya sueña con el trabajo práctico desde el pupitre escolar reciba con burla y desprecio cualquier intento de rebajar nuestras tareas políticas y el alcance de nuestro trabajo de organización. ¡No se preocupen, señores, lo conseguiremos!

En el artículo "¿Por dónde empezar?" escribí contra *Rabocheye Dielo*:

En veinticuatro horas se puede modificar la táctica de la agitación con respecto a algún problema particular, la táctica en la ejecución de algún detalle de la organización partidaria, pero cambiar, no ya en veinticuatro horas, sino en veinticuatro meses, el punto de vista sobre el problema de la necesidad —en general, siempre e incondicionalmente— de una organización de combate y de la agitación política entre las masas es algo que sólo pueden hacer personas sin principios.

Rabocheye Dielo contesta:

Esta acusación de *Libra*, la única que pretende basarse en hechos, carece de fundamento. Los lectores de *Rabocheye Dielo* saben perfectamente que nosotros no sólo exhortamos desde el principio a la agitación política, sin esperar a que apareciera *Libra*...

[diciendo al mismo tiempo que no sólo a los círculos obreros, sino "ni siquiera al movimiento obrero de masas se le puede plantear como primera tarea política el derrocamiento del absolutismo", sino únicamente la lucha por reivindicaciones políticas inmediatas, y que "las reivindicaciones políticas inmediatas se tornan accesibles a las masas después de una o, en todo caso, de varias huelgas..."]

... y que con nuestras publicaciones editadas en el extranjero hemos proporcionado a los camaradas que actúan en Rusia el único material de agitación política socialdemócrata...

[y en ese material único, no sólo se limitaban ustedes a aplicar la agitación política más amplia al terreno de la lucha meramente económica, sino que llegaron por fin a la conclusión de que esa agitación limitada era "la más ampliamente aplicable". ¿Y no advirtieron, señores, que su argumentación demuestra la necesidad de que se publique *Iskra* -dado que existe ese material único- y de que luche contra *Rabocheye Diele*?]

... por otra parte, nuestra actividad editorial preparó el terreno para la unidad táctica del Partido...

[¿la unidad de creer que la táctica es el proceso de crecimiento de las tareas del partido, que crecen juntamente con este? ¡Valiente unidad!]

... y por ello mismo posibilitó la existencia de una "organización de combate", para cuya creación la Unión hizo cuanto estaba al alcance de una organización radicada en el extranjero (*Rabocheye Diele* N.º 10, p. 15).

¡Qué poco feliz intento de salirse por la tangente! Nunca pensé en negar que ustedes hayan hecho cuanto les fue posible. Lo que afirmé y afirmo es que los límites de lo que es "posible" para ustedes se estrechan por la miopía de sus concepciones. Es ridículo hablar siquiera de "organizaciones de combate" para luchar por "reivindicaciones políticas inmediatas" o para "la lucha económica contra los patrones y el Gobierno".

Pero si el lector quiere conocer algunas perlas de la adoración "economista" de los métodos artesanales tendrá que pasar, por cierto, del ecléctico y vacilante *Rabocheye Diele* al consecuente y decidido *Rabochaya Myd*. Escribía R. M. en el "Suplemento especial", p. 13:

Dos palabras sobre los tan mentados intelectuales revolucionarios. Es cierto que más de una vez han demostrado en la práctica su total disposición para entablar "la contienda decisiva con el zarismo". Lo único malo es que, perseguidos sin tregua por la policía política, nuestros intelectuales revolucionarios consideraban su lucha contra esta como una lucha política contra la autocracia. Por eso aún siguen sin encontrar respuesta a la pregunta: "¿De dónde sacar fuerzas para combatir a la autocracia?".

¿No resulta en verdad admirable el olímpico desprecio que siente por la lucha contra la Policía un admirador (en el peor sentido de la palabra) del movimiento espontáneo? ¿Está dispuesto a justificar nuestras deficiencias en el trabajo conspirativo diciendo que, como existe un movimiento espontáneo de masas, la lucha contra la policía política carece de importancia!! Muy pocos suscribirían esta monstruosa conclusión: tan dolorosas son para todo el mundo las deficiencias de nuestras organizaciones revolucionarias. Pero si no la

suscribe Martinov, por ejemplo, es sólo porque no sabe o no tiene la valentía de ser consecuente con sus propias tesis. En efecto, ¿acaso la "tarea" de que las masas planteen reivindicaciones concretas que prometan resultados palpables exige una preocupación especial por crear una organización de revolucionarios sólida, centralizada y combativa? ¿Acaso no realiza también esta "tarea" una masa que no "lucha contra la policía política"? Más aún: ¿sería realizable esta tarea si, además de unos pocos dirigentes, se encargaran de cumplirla también obreros que (en su inmensa mayoría) son absolutamente *incapaces* de "luchar contra la policía política"? Esos obreros, hombres comunes, son capaces de dar pruebas de una energía y una abnegación sin límites en una huelga, en la lucha callejera contra la Policía y las tropas, pueden (y son los únicos que pueden) *decidir* el desenlace de nuestro movimiento; pero la lucha contra la policía *política* exige cualidades especiales, exige revolucionarios *profesionales*. Y no debemos preocuparnos sólo de que la masa "plantee" reivindicaciones concretas, sino también de que la masa de obreros "promueva" un número cada vez mayor de esos revolucionarios profesionales. Llegamos así al problema de la relación entre la organización de revolucionarios profesionales y el movimiento puramente obrero. A este aspecto, poco tratado en las publicaciones, le hemos dedicado nosotros, los "políticos", mucho tiempo en conversaciones y discusiones con camaradas más o menos propensos al "economismo". Vale la pena que lo tratemos en detalle. Pero terminemos antes con otra cita que ilustra nuestra tesis sobre la relación entre los métodos artesanales de trabajo y el "economismo".

"El grupo Emancipación del Trabajo —decía N. N. (Prokopovich) en su "Respuesta"— exige que se luche directamente contra el Gobierno, sin analizar de dónde se obtendrán las fuerzas materiales necesarias para esa lucha, ni indicar *qué caminos debe seguir esta*". Y, subrayando estas últimas palabras, el autor observa lo siguiente a propósito del término "caminos":

«Caminos»:

Esta circunstancia no puede explicarse por motivos del trabajo clandestino, porque en el programa no se refiere a una conspiración, sino a un movimiento de masas. Y las masas no pueden avanzar por caminos secretos. ¿Es acaso posible una huelga secreta? ¿Es posible realizar una manifestación o presentar una petición en secreto? (*Vademecum*, p. 59).

«Caminos»:

El autor se acerca mucho al problema de la "fuerza material" (los organizadores de las huelgas y de las manifestaciones) y a los "caminos" que debe seguir esa lucha; pero sin embargo siente confusión y perplejidad, pues se "prosterna" ante el movimiento de masas, es decir, lo considera como algo que nos *cime* de nuestra actividad revolucionaria y no como algo que la debe alentar e *impulsar*. Una huelga secreta es imposible para quienes participan en ella o tienen con ella una vinculación directa. Pero para las masas de obreros rusos esa huelga puede ser (y lo es en la mayoría de los casos) un "secreto", porque el Gobierno se preocupará de impedir cualquier contacto con los huelguistas y hará lo imposible

para que las noticias sobre la huelga no se difundan. Y aquí es donde se requiere la "lucha contra la policía política", una lucha especial que nunca podrá sostener activamente una masa tan amplia como la que interviene en las huelgas. Deben organizarla, "según todas las reglas del arte", personas cuya profesión sea la actividad revolucionaria. Y la organización de esa lucha no es ahora *menos necesaria* porque las masas se incorporen de modo espontáneo al movimiento. Al contrario, resulta *más necesaria* porque nosotros, los socialistas, faltaríamos a nuestras obligaciones directas para con las masas si no supiéramos impedir que la Policía convierta en un secreto (y si a veces no preparásemos nosotros mismos en secreto) cualquier huelga o manifestación. Y *sabremos* hacerlo porque las masas que despiertan espontáneamente *también promoverán de su filas* un número cada vez mayor de "revolucionarios profesionales" (siempre que no se nos ocurra invitar a los obreros, de diferentes maneras, a que sigan marcando el paso en el mismo lugar).

C. La organización de los obreros y la organización de los revolucionarios

Si el concepto de "lucha económica contra los patrones y el Gobierno" coincide para un socialdemócrata con el de "lucha política" es natural esperar que el de "organización de revolucionarios" coincida más o menos con el de "organización de obreros". En realidad es así, de modo que cuando hablamos de organización estamos hablando literalmente en idiomas distintos. Recuerdo, por ejemplo, como si fuera hoy, la conversación que mantuve cierto día con un "economista" bastante consecuente, al que no conocía. Hablábamos del folleto *¿Quién hará la revolución política?* Pronto convinimos en que su defecto fundamental consistía en no tener en cuenta el problema de organización. Creíamos estar ya de acuerdo, pero... a medida que avanzaba la conversación resultó que hablábamos de cosas diferentes. Mi interlocutor acusaba al autor de no tener en cuenta las cajas de ayuda a los huelguistas, las sociedades de socorros mutuos, etc.; yo, en cambio, pensaba en la organización de revolucionarios, indispensable para "hacer" la revolución política. ¡Y en cuanto se reveló esta discrepancia, ya no recuerdo un solo punto de coincidencia con ese "economista" sobre ninguna cuestión importante!

Pero ¿en qué consistía el motivo de nuestras discrepancias? Precisamente en que los "economistas" se desvían siempre de la socialdemocracia al sindicalismo, tanto en las tareas de organización como en las políticas. La lucha política de la socialdemocracia es mucho más amplia y compleja que la lucha económica de los obreros contra los patrones y el Gobierno. Del mismo modo (y como consecuencia de ello), es inevitable que la organización de un partido socialdemócrata revolucionario sea de *distinto tipo* que la organización de los obreros para la lucha económica. La organización de los obreros debe ser ante todo sindical; segundo, debe ser lo más amplia posible; tercero, debe ser lo menos clandestina posible (aquí y en lo que sigue me refiero, claro está, sólo a

la Rusia autocrática). Por el contrario, la organización de los revolucionarios debe incluir ante todo y sobre todo a personas cuya profesión sea la actividad revolucionaria (por eso hablo de una organización de *revolucionarios*, y me refiero a los revolucionarios socialdemócratas). Dada esta característica común a los miembros de tal organización, *debe desaparecer por completo toda diferencia entre obreros e intelectuales*, para no hablar de la que existe entre las diversas profesiones de unos y otros. Es imprescindible que esa organización no sea muy amplia y sí lo más clandestina posible. Analicemos estas tres diferencias.

En los países que gozan de libertad política la diferencia entre la organización sindical y la política es completamente clara, como también lo es la diferencia que existe entre los sindicatos y la socialdemocracia. Las relaciones de esta con los sindicatos, desde luego, varían inevitablemente de unos países a otros, según las condiciones históricas, jurídicas, etc., y pueden ser más o menos estrechas, complejas, etc. (desde nuestro punto de vista, deben ser lo más estrechas y lo menos complejas posible); pero en los países libres no puede hablarse siquiera de identificar la organización de los sindicatos con la del partido socialdemócrata. En Rusia, en cambio, el yugo de la autocracia horra, a primera vista, toda diferencia entre la organización socialdemócrata y la asociación obrera, pues *todas* las asociaciones obreras y *todos* los círculos están prohibidos, y la huelga, principal manifestación y arma de la lucha económica de los obreros, es considerada en general como delito común (¡y a veces hasta como delito político!). Por consiguiente, las condiciones de Rusia, por un lado, "incitan" a pensar en los problemas políticos a los obreros que luchan en el plano económico, y, por otro, "incitan" a los socialdemócratas a confundir el sindicalismo con la socialdemocracia (nuestros Krichevsky, Martinov y compañía, que no dejan de hablar de la "incitación" del primer tipo, no advierten la del segundo tipo). En efecto, imaginemos a personas absorbidas en un 99% por "la lucha económica contra los patrones y el Gobierno". Durante *todo* el período de su actividad (de cuatro a seis meses) algunos de ellos jamás pensarán en la necesidad de una organización más compleja de revolucionarios. Otros tal vez "tropezarán" con la literatura bernsteiniana, bastante difundida, y se convencerán de que lo que importa en esencia es la "marcha progresiva de la lucha cotidiana y gris". Otros, en fin, quizá se dejen seducir por la tentadora idea de dar al mundo un nuevo ejemplo de "estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria", de contacto del movimiento sindical con el socialdemócrata. Quanto más tarde llega un país al capitalismo, y por consiguiente al movimiento obrero, dirán esos hombres, tanto más pueden participar los socialistas en el movimiento sindical y apoyarlo y menos razón para la existencia de sindicatos no socialdemócratas. Hasta ahora el razonamiento es perfectamente justo, pero la desgracia consiste en que algunos van más lejos y sueñan con la total fusión de la socialdemocracia y el sindicalismo. Enseguida vamos a ver, por el ejemplo del Estatuto de la Unión de Lucha de San Petersburgo, la influencia nociva de esos sueños en nuestros planes de organización.

Las organizaciones obreras para la lucha económica deben ser organizaciones sindicales. Todos los obreros socialdemócratas deben apoyar en lo posible a esas organizaciones y trabajar activamente en ellas. De acuerdo. Pero es por cierto ajena a nuestros intereses la exigencia de que sólo los socialdemócratas puedan ser miembros de las asociaciones "gremiales", ya que ello reduciría el alcance de nuestra influencia en la masa. Que participen en la asociación gremial todos los obreros que comprendan la necesidad de unirse para luchar contra los patrones y el Gobierno. El objetivo de las asociaciones gremiales sería inalcanzable si no agrupasen a todos los obreros capaces de comprender aunque sólo sea esta noción elemental, si no fuesen organizaciones muy *amplias*. Y cuanto más amplias sean, tanto más amplio será nuestro ascendiente sobre ellas, ejercido no sólo por el desarrollo "espontáneo" de la lucha económica, sino también por la influencia directa y consciente de los miembros socialistas de los sindicatos sobre sus camaradas. Pero en una organización amplia es imposible la clandestinidad rigurosa (pues exige mucha más preparación que la necesaria para participar en la lucha económica). ¿Cómo resolver esta contradicción entre la necesidad de contar con un gran número de miembros y una rigurosa clandestinidad? ¿Cómo conseguir que las organizaciones gremiales sean lo menos clandestinas posible? En términos generales, no puede haber más que dos caminos: o bien legalizar las asociaciones gremiales (cosa que en algunos países precedió a la legalización de las asociaciones socialistas y políticas), o bien mantener la organización secreta, pero tan "libre", tan amorfa —tan *lose* como dicen los alemanes—, que para la masa de afiliados la clandestinidad quede casi anulada.

La legalización de las asociaciones obreras no socialistas y apolíticas ha comenzado ya en Rusia y no cabe la menor duda de que cada paso de nuestro movimiento obrero socialdemócrata, que crece en rápida progresión, alentará y multiplicará los intentos de legalización procedentes sobre todo de los partidarios del régimen existente, pero también, en parte, de los propios obreros y los intelectuales liberales. Los Vasiliev y los Zubatov izaron ya la bandera de la legalización; los señores Ozerov y Worms ya han prometido y brindado su colaboración, y la nueva corriente encontró adeptos entre los obreros. Nosotros no podemos dejar de tener en cuenta esta corriente. No es posible que haya entre los socialdemócratas dos opiniones sobre la forma en que se la debe tener en cuenta. Debemos desenmascarar sin descanso cualquier participación de los Zubatov y los Vasiliev, de los gendarmes y los popes en esta corriente, y revelar a los obreros las verdaderas intenciones de estos elementos. Es nuestro deber denunciar también cualquier matiz conciliador, de "armonía", que se deslice en los discursos de los liberales en las reuniones obreras públicas, ya sea que tales matices respondan a una sincera creencia en la colaboración pacífica de las clases, a que quieran congraciarse con las autoridades o simplemente a que actúen con torpeza. Es nuestro deber, por último, advertir a los obreros contra las trampas que les prepara la Policía, que en esas reuniones públicas y en las sociedades ar-

torizadas observa a los más "ardientes" y trata de aprovechar las organizaciones legales para introducir provocadores también en las ilegales.

Pero hacer esto no significa en absoluto olvidar que, en último término, la legalización del movimiento obrero no beneficiará a los Zubatov, sino a nosotros. Al contrario, con nuestra campaña de denuncias separamos la cizaña del trigo. Ya hemos indicado cuál es la cizaña. El trigo es, en primer lugar, interesar en los problemas sociales y políticos a sectores obreros todavía más amplios, a los sectores más atrasados; liberarnos nosotros, los revolucionarios, de las funciones que son, en el fondo, legales (difusión de libros legales, socorros mutuos, etc.) y cuyo desarrollo nos dará inevitablemente una cantidad cada vez mayor de materiales para la agitación. En este sentido, podemos y debemos decir a los Zubatov y a los Ozerov: "¡Trabajen, señores, trabajen!". En cuanto tiendan una celada a los obreros (mediante la provocación directa o la corrupción "honrada" de los obreros con ayuda del "estruvismo"), ya nos encargaremos nosotros de desenmascararlos. Pero en cuanto den un paso efectivo hacia adelante —aunque sea el más "tímido zigzag"— les diremos: "¡Sigan, sigan!". Sólo una ampliación verdadera, aunque sea minúscula, del campo de acción de los obreros puede ser un paso efectivo hacia adelante. Toda ampliación por el estilo nos beneficiará y precipitará la aparición de asociaciones legales en las que no serán los provocadores quienes pesquen a los socialistas, sino estos quienes conquisten adeptos. En una palabra, ahora nuestra tarea consiste en combatir la cizaña, pero no debemos cultivar el trigo en macetas. Al arrancar la cizaña, despejamos el terreno para que pueda crecer el trigo. Y mientras las personas que no tienen ninguna visión se dedican al cultivo en macetas, nosotros podemos preparar segadores que sepan hoy arrancar la cizaña y mañana recoger el buen grano⁵⁴.

Así pues, nosotros no podemos resistir, por medio de la legalización, el problema de crear una organización sindical lo menos clandestina y lo más amplia posible (pero nos encantaría que los Zubatov y los Ozerov nos ofreciesen la posibilidad, incluso parcial, de resolverlo de este modo, ¡para lo cual debemos combatirlos con la máxima energía posible!). Nos queda el recurso de las organizaciones sindicales secretas y debemos ayudar con todas nuestras fuerzas a los obreros que emprenden ya (como nos consta) este camino. Las organizaciones sindicales no sólo pueden ser extraordinariamente útiles para desarrollar y vigorizar la lucha económica, sino que pueden convertirse, además, en un auxiliar de la mayor importancia para la agitación política y la organización revolucionaria. Para lograr

54 La lucha de Ibra contra la cizaña ha dado lugar, por parte de *Ruboloye Diel*, a este comentario airado: "Para Ibra, en cambio, estos acontecimientos importantes [los de la primavera] son menos característicos de su tiempo que las miserables tentativas de los agentes de Zubatov de 'legalizar' el movimiento obrero. Ibra no advierte que estos hechos hablan precisamente contra ella y que atestiguan que el movimiento obrero ha adquirido a los ojos del Gobierno proporciones muy amenazadoras" (*Do ogressa*, p. 27). La culpa de todo la tiene el "dogmatismo" de estos ortodoxos, "sordos a las exigencias imperiosas de la vida", ¡se obstinan en no ver trigo de un metro de alto y combaten la cizaña de un centímetro! ¿No es esto una "deformación del sentido de la perspectiva en relación con el movimiento obrero ruso" (*ibid.*, p. 27)?

este resultado y para guiar al naciente movimiento sindical por el cauce que desea la socialdemocracia es preciso, ante todo, comprender con claridad lo absurdo del plan de organización que preconizan, desde hace ya cerca de cinco años, los economistas petersburgueses. Este plan se expone en el Estatuto de la Caja Obrera de julio de 1897 (*Listok Rabotnika*, N.º 9-10, p. 48, tomado de *Rabochaya Mysl* N.º 1) y en el Estatuto de la Organización Obrera Sindical de octubre de 1900 (boletín especial, impreso en San Petersburgo y mencionado en *Izba* N.º 1). El defecto esencial de estos dos estatutos consiste en que establecen todos los detalles de una rígida estructura para una organización obrera de masas y confunden esta con una organización de revolucionarios. Tomemos el segundo estatuto, por ser el que está mejor elaborado. Se compone de *cincuenta y dos* artículos: veintitrés exponen la estructura, el modo de funcionamiento y los límites de competencia de los "círculos obreros", que serán organizados en cada fábrica ("diez hombres como máximo") y elegirán los "grupos (fabriles) centrales". "El grupo central —reza el art. 2— observará todo lo que pasa en la fábrica o taller y mantendrá un registro de los acontecimientos". "El grupo central dará cuenta cada mes a todos los cotizantes del estado de la caja" (art. 17), etc. Diez artículos están dedicados a la "organización de distrito" y diecinueve a la complejísima interrelación entre el Comité de la Organización Obrera y el Comité de la Unión de Lucha de San Petersburgo (delegados de cada distrito y de los "grupos ejecutivos": "Grupos de propagandistas, para las relaciones con las provincias, para las relaciones con el extranjero, para la administración de los depósitos, de las ediciones, de la caja").

¡La socialdemocracia — "grupos ejecutivos" en lo que concierne a la lucha económica de los obreros! Sería difícil demostrar de un modo más evidente cómo el pensamiento del economista se desvía de la socialdemocracia hacia el tradeunionismo; hasta qué punto le es extraña toda noción de que el socialdemócrata debe, ante todo, pensar en una organización de revolucionarios capaces de dirigir *toda* la lucha emancipadora del proletariado. Hablar de la "emancipación política de la clase obrera", de la lucha contra el "despotismo zarista", y al mismo tiempo redactar semejantes estatutos es no tener el menor concepto de cuáles son las verdaderas tareas políticas de la socialdemocracia. Ni uno solo del medio centenar de artículos revela en lo más mínimo que los autores hayan comprendido que es preciso desplegar entre las masas la más amplia agitación política, una agitación que arroje luz sobre todos los aspectos del absolutismo ruso, así como sobre la fisonomía de las diferentes clases sociales de Rusia. Por otra parte, con semejante estatuto, no sólo son irrealizables los objetivos políticos, sino ni siquiera los tradeunionistas, porque estos exigen una organización por *gremios*, cosa que ni siquiera menciona el estatuto.

Pero más característico, acaso, es la pesadez asombrosa de todo ese "sistema", que trata de ligar cada fábrica con el "comité" por medio de una serie de reglas uniformes, minuciosas hasta el ridículo, con un sistema electoral de tres etapas. Encerrado en el estrecho horizonte del economismo, el pensamiento se pierde en detalles que huelen a papeleo y burocracia. En la práctica, por

supuesto, las tres cuartas partes de estos artículos no son aplicadas jamás; en cambio, una organización tan "clandestina", con un grupo central en cada fábrica, facilita a los gendarmes el llevar a cabo redadas increíblemente vastas. Los camaradas polacos pasaron ya por esta fase del movimiento; hubo un tiempo en que les entusiasmaba la idea de crear en todas partes cajas obreras, pero muy pronto renunciaron a su plan al persuadirse de que sólo facilitaban una presa abundante a los gendarmes. Si queremos amplias organizaciones obreras, y no amplias redadas, si no queremos dar el gusto a la Policía debemos procurar que no sean organizaciones reglamentadas. ¿Podrán entonces funcionar? Veamos cuáles son sus funciones: "... Observar todo lo que pasa en la fábrica y llevar un registro de los acontecimientos" (art. 2 de los estatutos). ¿Es que hay necesidad de un grupo especial para este propósito? ¿Acaso no podría cumplirse mejor tal propósito por medio de crónicas en la prensa ilegal, sin necesidad de crear grupos especiales? "Dirigir la lucha de los obreros por el mejoramiento de su situación en la fábrica" (art. 3 de los estatutos). Para esto tampoco se requiere una organización. Todo agitador sensato sabrá averiguar muy bien, por una simple conversación, qué reivindicaciones quieren presentar los obreros; después las transmitirá a una organización estrecha, y no amplia, de revolucionarios que editará un volante apropiado... "Crear una caja... con cotización de dos kopeks por rublo" (art. 9) y dar cuenta cada mes a todos los cotizantes del estado de la caja (art. 17); excluir a los miembros que no paguen su cotización (art. 10), etc. He aquí una verdadera ganga para la policía, pues nada hay más fácil que penetrar en el secreto de la "caja central de la fábrica", confiscar el dinero y encarcelar a todos los elementos activos. ¿No sería más sencillo emitir cupones de uno o dos kopeks con el sello de una organización determinada (muy reducida y muy secreta), o inclusive sin sello alguno, o efectuar colectas cuyo resultado se daría a conocer en un periódico ilegal, con un lenguaje convencional? Se alcanzaría el mismo fin y los gendarmes tendrían muchísimo más trabajo para descubrir los hilos de la organización.

Podría continuar este análisis de los estatutos, pero creo que basta con lo dicho. Un pequeño núcleo estrechamente unido, compuesto por los obreros más seguros, más experimentados y mejor templados, con delegados en los principales distritos y unido por todas las reglas de la estricta clandestinidad a la organización de revolucionarios podrá perfectamente, con el más amplio apoyo de la masa y sin reglamentación alguna, realizar todas las funciones que competen a una organización sindical; y realizarlas, además, de la manera deseable para la socialdemocracia. Sólo así se podrá consolidar y desarrollar, a pesar de todos los gendarmes, el movimiento sindical socialdemócrata.

Se me objetará que una organización tan *luz*, nada reglamentada, sin ningún miembro conocido y registrado, no puede ser calificada de organización. Es posible. Para mí la denominación carece de importancia. Pero esta "organización sin miembros" hará todo lo necesario y asegurará desde el comienzo mismo un vínculo sólido entre nuestras futuras *trade unions* y el socialismo. Los que —bajo la

autocracia— quieren una amplia organización de obreros, con elecciones, informes, sufragio universal, etc., son utópicos incorregibles.

La moraleja es simple: si comenzamos por establecer una fuerte organización de revolucionarios podremos asegurar la estabilidad del movimiento en su conjunto y realizar al mismo tiempo los objetivos socialdemócratas y los propiamente tradunionistas. Pero si empezamos por construir una amplia organización obrera con el pretexto de que esta es la más "accesible" a la masa (en realidad será más accesible a los gendarmes y pondrá a los revolucionarios más al alcance de la Policía), no realizaremos ninguno de estos objetivos, no eliminaremos nuestros métodos primitivos y con nuestra dispersión y nuestros fracasos continuos no lograremos otra cosa que hacer más accesibles a la masa las *trade unions* del tipo Zubatov u Ozerov.

¿En qué deben consistir, entonces, las funciones de esta organización de revolucionarios? Vamos a decirlo con todo detalle. Pero examinemos antes un razonamiento muy típico de nuestro terrorista, que (¡triste destino!) marcha de nuevo del brazo con el economista. La revista para obreros *Svoboda* contiene en su primer número un artículo titulado "Organización", cuyo autor trata de defender a sus amigos, los economistas obreros de Ivanovo-Voznesensk.

Mala cosa es —dice— una muchedumbre silenciosa, inconsciente; mala cosa un movimiento que no viene de lo profundo de la masa. Veán lo que sucede en una ciudad universitaria: cuando los estudiantes, durante el estío o en otra época de vacaciones, retornan a sus hogares, el movimiento obrero se paraliza. ¿Puede ser una verdadera fuerza un movimiento obrero estimulado desde el exterior? De ninguna manera [...]. Todavía no ha aprendido a andar solo, lo llevan con andadores. En todas partes el cuadro es el mismo: los estudiantes se van y el movimiento cesa; se encarcela a los elementos más capaces, a la crema, y la leche se vuelve agria; se detiene al "comité" y hasta que no se forma uno nuevo vuelve a surgir la calma. Y no se sabe cómo será el que remplace al anterior, el nuevo comité puede no parecerse en nada al antiguo: aquel decía una cosa, este dirá lo contrario. La continuidad entre el ayer y el mañana está rota, la experiencia del pasado no beneficia al porvenir, y todo porque el movimiento no tiene raíces profundas en la multitud, porque no son un centenar de imbéciles, sino una decena de hombres inteligentes quienes llevan a cabo el trabajo. Siempre es fácil que una decena de hombres caiga en la boca del lobo; pero cuando la organización abarca a la multitud, cuando todo viene de la multitud es imposible que la empresa sea destruida (p. 63).

La descripción es correcta. Hay aquí un buen cuadro de nuestros métodos artesanales; pero por su falta de lógica y de tacto político las conclusiones son dignas de *Rabochaya Mysl*. Es el colmo de la falta de lógica, porque el autor confunde el problema filosófico e histórico-social de la "profundidad" de las "raíces" del movimiento con el problema técnico y organizativo de los métodos

de lucha más eficaces contra los gendarmes. Es el colmo de la falta de tacto político, porque en lugar de apelar a los buenos dirigentes recurre a los malos, y en vez de apelar a los dirigentes en general recurre a las "masas". Es un intento de arrastrarnos hacia atrás en el terreno de la organización, del mismo modo que la idea de sustituir la agitación política por el terror excitante nos arrastra hacia atrás en el sentido político. Por cierto que me veo en un verdadero *embarras de richesses*⁵⁵, sin saber por dónde comenzar el análisis del galimatías con que nos obsequia *Svoboda*.

Para mayor claridad, empezaré por un ejemplo: el de los alemanes. Nadie negará, me imagino, que la suya es una organización de masas, que en Alemania todo proviene de las masas, que el movimiento obrero ha aprendido a andar solo. Sin embargo, ¡observen cómo aprecian estos millones a su "docena" de dirigentes políticos probados! ¡Cómo se aferran a ellos! Más de una vez, en el Parlamento, los diputados de los partidos opositores trataron de irritar a los socialistas diciéndoles: "¡Buenos demócratas son ustedes! El movimiento de la clase obrera sólo existe para ustedes de palabra; en realidad, es siempre la misma camarilla de dirigentes la que lleva a cabo todo. Año tras año, desde hace decenios, siempre son Bebel y Liebknecht quienes dirigen. ¡Los delegados que los representan, supuestamente elegidos por los obreros, son más inamovibles que los funcionarios nombrados por el emperador!". Pero los alemanes han acogido siempre con sonrisa desdeñosa estas tentativas demagógicas de oponer las "masas" a los "dirigentes" para despertar malos y ambiciosos instintos en las primeras, de privar al movimiento de solidez y estabilidad, minando la confianza que las masas sienten hacia la "docena de hombres inteligentes". Los alemanes están lo bastante desarrollados políticamente, han acumulado suficiente experiencia política para comprender que sin "una docena" de líderes talentosos y probados (y los talentosos no surgen por centenares), profesionalmente preparados e instruidos por una larga práctica y que trabajen en perfecta armonía no es posible que clase alguna de la sociedad contemporánea desarrolle una lucha decidida. También los alemanes han tenido sus demagogos, que adulaban a los "centenares de imbéciles" colocándolos por encima de las "docenas de hombres inteligentes"; que glorificaban el "puño potente" de la masa, la empujaban (como Most y Hasselmann) a realizar actos "revolucionarios" irreflexivos y sembraban la desconfianza hacia los dirigentes firmes y resueltos. Y el socialismo alemán creció y se fortaleció sólo gracias a una lucha tenaz e intransigente contra todo género de elementos demagógicos que abundaban en su seno. Pero en un período en que toda la crisis de la socialdemocracia rusa se explica por el hecho de que las masas que despiertan de un modo espontáneo carecen de líderes suficientemente preparados, inteligentes y expertos, nuestros sabilhoncos, con la profundidad de Juan el tonto, nos dicen: "¡Mala cosa es un movimiento que no viene de la base!".

⁵⁵ Dificultad por la abundancia de argumentos [NóE].

"Un comité formado por estudiantes no nos conviene porque es inestable". Muy cierto. Pero la conclusión que hay que extraer de ello es que hace falta un comité de *revolucionarios* profesionales, sin que importe si son estudiantes u obreros quienes sean capaces de forjarse como tales. ¡En cambio ustedes extraen la conclusión de que no hay que estimular desde afuera al movimiento obrero! Son tan ingenuos en el aspecto político, que ni siquiera se dan cuenta de que en esta forma hacen el juego a nuestros economistas y fomentan nuestros métodos artesanales. Permítanme una pregunta: ¿cómo "estimularon" nuestros estudiantes hasta el presente a nuestros obreros? Sólo aportándoles los fragmentos de conocimientos políticos que los estudiantes poseían, las migajas de ideas socialistas que habían podido adquirir (pues el principal alimento espiritual del estudiante de nuestros días, el marxismo legal, no podía darle sino los rudimentos, pizcas de conocimientos). Este "estímulo desde afuera" no fue muy considerable, sino, por el contrario, insignificante, escandalosamente insignificante en nuestro movimiento, pues no hemos hecho otra cosa que cocinarnos con demasiada diligencia en nuestra propia salsa, inclinarnos con demasiado servilismo ante la elemental "lucha económica de los obreros contra los patrones y el Gobierno". Nosotros, los revolucionarios de profesión, debemos ocuparnos, y nos ocuparemos, de "estimular" *de esta manera* con cien veces más fuerza que hasta ahora. Pero al elegir esta infame expresión de "estímulo desde afuera" —que inspira de modo inevitable al obrero (por lo menos al obrero tan poco desarrollado como ustedes) la desconfianza hacia *todos* los que le aportan desde afuera conocimientos políticos y experiencia revolucionaria, que no puede dejar de despertar en él el deseo instintivo de rechazar a *todos* ellos— ustedes prueban ser demagogos, y los demagogos son los peores enemigos de la clase obrera.

¡Y, por favor, no se apresuren a chillar contra mis "métodos" de debate "desprovistos de camaradería"! Yo no pongo en duda la pureza de las intenciones de ustedes; ya he dicho que la ingenuidad política basta para convertir a una persona en demagogo. Pero he demostrado que ustedes han descendido hasta la demagogia y no me cansaré de repetir que los demagogos son los peores enemigos de la clase obrera. Y lo son porque excitan bajos instintos en las masas, porque a los obreros atrasados les es imposible reconocer a sus enemigos en aquellos que se presentan, y a veces con sinceridad, como amigos. Son los peores porque, en este período de dispersión y de vacilación, en que nuestro movimiento está aún formándose, nada hay más fácil que arrastrar demagógicamente a las masas, a las cuales sólo las pruebas más amargas lograrán persuadir luego de su error. He aquí por qué la consigna del momento de los socialdemócratas rusos debe ser la lucha resuelta contra *Soboda* y *Rabobey Diehl*, que han descendido a la demagogia. Más adelante volveremos a hablar en detalle sobre este punto⁵⁶.

⁵⁶ Sólo señalaremos aquí que cuanto hemos dicho con respecto al "estímulo desde afuera" y a todos los demás razonamientos de *Soboda* sobre organización se refiere *entonces* a *todos* los economistas, inclusive a los partidarios de *Rabobey Diehl*, ya que han preconizado y sostenido activamente estos puntos de vista sobre los problemas de organización o se han desviado hacia ellos.

“Es más fácil aplastar a una docena de inteligentes que a un centenar de imbéciles”. Este excelente axioma (que les valdrá siempre los aplausos del centenar de imbéciles) parece lógico sólo porque en medio de los razonamientos saltan ustedes de una cuestión a otra. Comenzaron por hablar y siguen hablando de la eliminación del “comité”, de la eliminación de la “organización”, y ahora saltan a otro asunto: a la eliminación de las “raíces” en las “profundidades” del movimiento. Por supuesto, nuestro movimiento es indestructible sólo porque tiene centenares y centenares de miles de raíces profundas en las masas, pero no se trata de esto, ni mucho menos. En lo que se refiere a las “raíces profundas”, tampoco ahora se nos puede “eliminar”, a pesar del carácter artesanal de nuestros métodos de trabajo, y sin embargo todos nos quejamos y no podemos menos que quejarnos de la eliminación de “organizaciones”, que impide toda continuidad en el movimiento. Ahora bien, ya que plantean el asunto de la eliminación de las organizaciones e insisten en su opinión, les diré que es mucho más difícil pescar a una docena de hombres inteligentes que a un centenar de imbéciles; y seguiré sosteniéndolo por más que ustedes instiguen a las masas en contra de mis tendencias “antidemocráticas”, etc. Por “hombres inteligentes” me refiero, en materia de organización, como lo indiqué en varias ocasiones, a los *revolucionarios profesionales*, no importa que sean estudiantes u obreros. Pues bien, yo afirmo: 1) que no puede haber un movimiento revolucionario sólido sin una organización de dirigentes estable y que asegure la continuidad; 2) que cuanto más extensa sea la masa espontáneamente incorporada a la lucha, que constituye la base del movimiento y participa en él, más urgente será la necesidad de semejante organización y más sólida tendrá que ser (ya que a cualquier demagogo le resultará tanto más fácil arrastrar a las capas atrasadas de la masa); 3) que dicha organización debe estar formada en lo fundamental por hombres que encaren las actividades revolucionarias como una profesión; 4) que en el país de la autocracia, cuanto más *limitemos* el número de miembros de una organización de este tipo hasta incluir en ella sólo a quienes se ocupen profesionalmente de actividades revolucionarias y que posean ya una preparación profesional en el arte de luchar contra la policía política, más difícil será “eliminar” a esta organización, y 5) *mayor* será el número de personas, tanto de la clase obrera como de las demás clases de la sociedad, que podrán participar en el movimiento y colaborar activamente en él.

Invito a nuestros economistas, terroristas, y “economistas-terroristas”⁵⁷ a que

57 Este término sería acaso más justo que el precedente en lo que atañe a *Sosboda* porque en *El renacimiento del revolucionarismo* se defiende el terrorismo y en el artículo en cuestión, el economismo. “Están verdes”, puede decirse hablando de *Sosboda*. Ese órgano tiene buenas aptitudes y las mejores intenciones pero no consigue otro resultado que la confusión; ante todo porque, si bien defiende la continuidad de la organización, no quiere saber nada de la continuidad del pensamiento revolucionario y de la teoría socialdemócrata. Esforzarse por resucitar al revolucionario profesional (*Renacimiento del revolucionarismo*) y proponer para ello primero el terror excitante y segundo la “organización de los obreros meritorios” (*Sosboda* N.º 1, pp. 66 y ss.), menos susceptibles de recibir “estímulo desde afuera”, equivale, en verdad, a demoler la propia casa a fin de tener leña para calcinarla.

refuten estas tesis, de las cuales sólo desarrollaré en este momento las dos últimas. El interrogante de si es más fácil pescar a "una docena de hombres inteligentes" que a "un centenar de imbéciles" se reduce a la cuestión, que analicé más arriba, de si es compatible una *organización* de masas con la necesidad de mantener un régimen estrictamente clandestino. Nunca podremos dar a una organización de masas el carácter clandestino indispensable para una lucha firme y persistente contra el Gobierno. Y la concentración de todas las funciones clandestinas en manos del número más pequeño posible de revolucionarios profesionales no significa en modo alguno que estos últimos "pensarán por todos", que las masas más amplias no participarán activamente en el *movimiento*. Al contrario, las masas más amplias destacarán de su seno a un número cada vez mayor de revolucionarios profesionales, pues entonces sabrá que no basta que algunos estudiantes y obreros que luchan en el terreno económico se reúnan para constituir un "comité", sino que es necesario forjarse, a través de los años, como revolucionarios profesionales, y no "pensará" sólo en los métodos artesanales de trabajo, sino en esta formación. Centralizar las funciones clandestinas de la *organización* no implica en manera alguna que debe hacerse lo mismo con todas las funciones del *movimiento*. Lejos de disminuir, la colaboración activa de las masas en las publicaciones ilegales se *desplegará* cuando una "docena" de revolucionarios profesionales centralicen la edición clandestina de dichas publicaciones. Así y sólo así conseguiremos que la lectura de las publicaciones ilegales, la colaboración en ellas y en alguna medida hasta su difusión *dejen casi de ser una obra clandestina*, pues la Policía comprenderá pronto cuán absurdas e imposibles son las persecuciones judiciales y administrativas contra cada poseedor o propagador de publicaciones con tiradas de millares de ejemplares. Esto es válido no sólo para la prensa, sino también para todas las funciones del movimiento, incluso las manifestaciones. La participación más activa y amplia de las masas en una manifestación no sólo no saldrá perjudicada, sino que, por el contrario, contará con muchas más probabilidades de éxito si una "docena" de revolucionarios profesionales, probados, bien adiestrados, por lo menos tan bien como nuestra Policía, centraliza el trabajo clandestino en todos sus aspectos: edición de volantes, elaboración del plan aproximado, nombramiento de los dirigentes para cada barriada de la ciudad, cada grupo de fábrica, cada establecimiento de enseñanza, etc. (se dirá, ya lo sé, que mis concepciones son "antidemocráticas", pero más adelante refutaré de manera detallada esta objeción nada inteligente). La centralización de las funciones más clandestinas por la organización de los revolucionarios no debilitará sino que enriquecerá la amplitud y el contenido de la actividad de una gran cantidad de otras organizaciones destinadas al gran público y, por consiguiente, lo menos reglamentadas y lo menos clandestinas posible: sindicatos obreros, círculos obreros autodidactas y de lectura de publicaciones ilegales, círculos socialistas, círculos democráticos para *todos* los demás sectores de la población, etc., etc. Tales círculos, sindicatos y organizaciones son necesarios en todas partes; es preciso que sean *lo más numerosos posible*

y con la más amplia variedad de funciones, pero es absurdo y perjudicial *confundir* estas organizaciones con la de los *revolucionarios*, borrar las fronteras entre ellas, extinguir en la masa la conciencia, ya de por sí increíblemente tenue, de que para "servir" a un movimiento de masas es necesario disponer de hombres que se consagren especial y enteramente a la actividad socialdemócrata y de que esos hombres deben formarse con paciencia y tenacidad hasta convertirse en revolucionarios profesionales.

Sí, esta conciencia es increíblemente tenue. *Con nuestros métodos artesanales de trabajo hemos comprometido el prestigio de los revolucionarios de Rusia*: esa es nuestra falta capital en materia de organización. Un revolucionario blando, vacilante en los problemas teóricos, limitado en su horizonte, que justifica su inercia por la espontaneidad del movimiento de masas, más semejante a un secretario de *trade union* que a un tribuno popular, que no sepa llevar a la práctica un plan audaz y de gran extensión que imponga respeto a sus adversarios, inexperto e inhábil en su oficio (la lucha contra la policía política), no es un revolucionario, sino un misero aficionado!

Que ningún militante dedicado al trabajo práctico se ofenda por este duro epíteto, pues en lo que concierne a la falta de preparación me lo aplico a mí mismo en primer término. Solía trabajar en un círculo que se asignaba tareas vastas y omnímodas, y todos nosotros, los miembros del círculo, sufríamos lo indecible al comprobar que actuábamos como artesanos en un momento histórico en que, parafraseando el antiguo apotegma, se podría decir: "¡Denos una organización de revolucionarios y removeremos los cimientos de Rusia!". Y cuanto más a menudo tenía que recordar el agudo sentimiento de vergüenza que experimentaba entonces, tanto más se acrecentaba mi amargura contra esos seudosocialdemócratas cuya propaganda "deshonra el nombre de revolucionario" y que no comprenden que nuestra obra no consiste en abogar por que el revolucionario sea rebajado al nivel del artesano, sino en *eleva*r a este al nivel del primero.

D. Envergadura del trabajo de organización

Como hemos visto, B-v habla de "la escasez de fuerzas revolucionarias aptas para la acción, que se siente no sólo en San Petersburgo, sino en toda Rusia". Y no creo que haya nadie que ponga en duda este hecho. Pero el problema consiste en cómo explicarlo. B-v escribe:

No trataremos de esclarecer las razones históricas de este fenómeno; sólo diremos que, desmoralizada por una larga reacción política y desarticulada por los cambios económicos que se han producido y se siguen produciendo, la sociedad proporciona un número *extremadamente reducido* de *perunas aptas para el trabajo revolucionario*; que la clase obrera crea revolucionarios obreros y completa en

parte las filas de las organizaciones clandestinas, pero que el número de estos revolucionarios no responde a las exigencias de la época. Tanto más debido a que el obrero que trabaja en la fábrica once horas y media por día sólo puede, por su situación, desempeñar principalmente funciones de agitador; en cambio, la propaganda y la organización, la reproducción y distribución de literatura clandestina, la publicación de proclamas, etc., quitérase o no, corren sobre todo a cargo de un número muy reducido de intelectuales (*Rabochye Dielo* N.º 6, pp. 38-39).

En muchos puntos no estamos de acuerdo con esta opinión de B-v; y en particular no estamos de acuerdo con las palabras que hemos subrayado, las cuales muestran con singular relieve que, después de haber sufrido mucho (como todo militante práctico que piense un poco) por nuestros métodos artesanales, B-v no puede encontrar una salida de esta situación intolerable porque se halla subyugado por el economismo. No, la sociedad proporciona un número muy *grande* de personas aptas para la "causa", pero nosotros no sabemos utilizarlas a todas. En tal sentido, el estado crítico, de transición, de nuestro movimiento puede formularse del modo siguiente: *no hay gente y hay muchísima gente*. Hay muchísima gente, porque tanto la clase obrera como sectores cada vez más variados de la sociedad proporcionan cada año un mayor número de descontentos que desean protestar, que están dispuestos a cooperar en lo que puedan en la lucha contra el absolutismo, cuyo carácter intolerable no advierte aún todo el mundo, pero lo sienten masas cada vez más extensas y de manera cada vez más aguda. Pero al mismo tiempo no hay gente, porque no hay dirigentes, no hay líderes políticos, no hay talentos capaces de organizar un trabajo a la vez amplio y unificado, coordinado, que permita utilizar todas las fuerzas, aun las más insignificantes.

"El crecimiento y el desarrollo de las organizaciones revolucionarias" están atrasados, no sólo en relación con el crecimiento del movimiento obrero, cosa que reconoce también B-v, sino con respecto al crecimiento del movimiento democrático general en todos los sectores del pueblo. (Por lo demás, es probable que actualmente B-v reconociera esto como complemento a su conclusión.) El alcance del trabajo revolucionario es demasiado reducido si se lo compara con la amplia base espontánea del movimiento; está demasiado ahogado por la pobre teoría de "la lucha económica contra los patrones y el Gobierno". Pero hoy no sólo los agitadores políticos, sino también los organizadores socialdemócratas tienen que "ir hacia todas las clases de la población"⁵⁸. No creo que ni un solo militante dedicado al trabajo práctico dude de que los socialdemócratas puedan distribuir las mil funciones fragmentarias de su trabajo de organización entre los

⁵⁸ Entre los militares, por ejemplo, se observa últimamente una indudable reanimación del espíritu democrático, en parte como consecuencia de luchas callejeras, cada vez más frecuentes, contra "enemigos" como los obreros y los estudiantes. Y en cuanto nos lo permitan nuestras fuerzas, debemos dedicar la más seria atención a la labor de agitación y propaganda entre soldados y oficiales, a la creación de "organizaciones militares" afiliadas a nuestro partido.

distintos representantes de las clases más diversas. La falta de especialización es uno de los más graves defectos de nuestra técnica, acerca del cual B-v se queja con tanta amargura y razón. Cuanto más pequeñas sean las diversas "operaciones" de la labor general, tantas más personas podrá encontrarse que sean capaces de llevarlas a cabo (y, en la mayoría de los casos, absolutamente incapaces de ser revolucionarios profesionales) y tanto más difícil será que la Policía "pesque" a todos esos "militantes que desempeñan funciones fragmentadas", tanto más difícil será que esta pueda montar, con el delito insignificante de un individuo, un "caso" que justifique los gastos del Estado para la *Ojmbka*. Y por lo que se refiere al número de personas dispuestas a colaborar con nosotros, ya dijimos en el capítulo anterior qué cambio gigantesco se ha producido en este aspecto en los últimos cinco años.

Pero, por otra parte, para agrupar en un todo único todas estas pequeñas fracciones, para no fragmentar junto con las funciones el movimiento mismo y para infundir en quien ejecuta las más pequeñas la fe en la necesidad y en el valor de su trabajo, fe sin la cual nunca trabajará⁵⁹, se requiere una fuerte organización de revolucionarios probados. Cuanto más clandestina sea la organización, la fe en la fuerza del partido será tanto más firme y extensa, y en la guerra, como se sabe, lo más importante es no sólo inspirar confianza al ejército en sus propias fuerzas, sino impresionar al enemigo y a todos los elementos *neutrales*; una neutralidad amistosa puede, a veces, decidir la contienda. Con semejante organización, montada sobre una base teórica firme y contando con un órgano socialdemócrata, no habrá que temer que el movimiento sea desviado de su camino por los numerosos elementos "extraños" que hayan adherido a él (al contrario, ahora, cuando predominan los métodos artesanales, vemos que muchos socialdemócratas, creyéndose los únicos socialdemócratas verdaderos, desvían el movimiento hacia la línea del *Ordé*). En una palabra, la especialización presupone necesariamente la centralización y, a su vez, la exige en forma incondicional.

59 Recuerdo que un camarada me refirió un día que un inspector de fábrica que había ayudado a la socialdemocracia y estaba dispuesto a seguir ayudándola se quejaba amargamente porque no sabía si su "información" llegaba a un verdadero centro revolucionario, hasta qué punto era necesaria su ayuda ni hasta qué punto era posible utilizar sus pequeños y menudos servicios. Todo militante dedicado a la labor práctica podría citar, naturalmente, casos semejantes, en que nuestros métodos artesanales de trabajo nos han hecho perder aliados. ¡Y no sólo los empleados y los funcionarios de las fábricas, sino los de correo, de ferrocarriles, de aduanas, de la nobleza, del clero y de todas las demás instituciones, incluso en la Policía y en la Corte, podrían prestarnos y nos prestarían pequeños "servicios" que en conjunto serían de un valor inapreciable! Si contráramos ya con un verdadero partido, con una organización verdaderamente combativa de revolucionarios, no nos pronunciaríamos en forma tan categórica respecto de esos "auxiliares", no nos apresuraríamos por llevarlos siempre y necesariamente al corazón mismo de la "acción clandestina"; al contrario, los cuidaríamos de un modo peculiar y aun prepararíamos de manera especial a determinadas personas para esas funciones, recordando que muchos estudiantes podrían sernos más útiles como funcionarios "auxiliares" que como revolucionarios "a breve plazo". Pero, vuelvo a repetirlo, sólo puede aplicarse esta táctica una organización ya perfectamente firme, a la que no faltan fuerzas activas.

Pero el mismo B-v, que tan bien mostró la necesidad de la especialización, no la apreció lo suficiente, a nuestro parecer, en la segunda parte del razonamiento citado. Según él, el número de revolucionarios procedentes de los medios obreros es insuficiente. Esta observación es muy correcta y volvemos a subrayar que la "valiosa comunicación de un observador directo" confirma por entero nuestra opinión sobre las causas de la crisis que hoy sufre la socialdemocracia y, por lo tanto, sobre los procedimientos para remediarla. No sólo los revolucionarios en general están retrasados con respecto al despertar espontáneo de las masas, sino que incluso los obreros revolucionarios están atrasados en relación con el despertar espontáneo de las masas obreras. Y este hecho confirma del modo más evidente, aun desde el punto de vista "práctico", no sólo lo absurdo, sino el carácter *político reaccionario* de la "pedagogía" con que se nos obsequia con tanta frecuencia cuando se trata del problema de nuestros deberes para con los obreros. Este hecho confirma que la primera y más imperiosa de nuestras obligaciones es contribuir a la formación de obreros revolucionarios, que desde el punto de vista de su actividad en el partido estén al mismo nivel que los revolucionarios intelectuales (enfatizamos la expresión "desde el punto de vista de su actividad en el partido" porque en otros sentidos no es, ni mucho menos, tan fácil ni tan urgente, aunque sí necesario, que los obreros lleguen al mismo nivel). Por eso, nuestra atención debe dirigirse *principalmente* a *eleva*r a los obreros al nivel de los revolucionarios y en modo alguno a *descender* nosotros mismos al nivel de la "masa obrera", como quieren los economistas, o al nivel del "obrero medio", como quiere *Seoboda* (que de tal manera pasa al segundo grado de la "pedagogía" economista). Nada está más lejos de mí que la idea de negar la necesidad de una literatura popular para los obreros y de otra literatura especialmente popular (no vulgar, es claro) para los obreros más atrasados. Pero lo que me molesta es esa constante confusión de la pedagogía con los problemas políticos y de organización. Pero ustedes, señores protectores del "obrero medio", en el fondo más bien ofenden a los obreros con el deseo de *incluarse* hacia ellos cuando hablan de política obrera o de organización obrera. ¡Adopten una postura bien erguida para hablar de cosas serias y dejen la pedagogía a los pedagogos, que no es ocupación de políticos ni de organizadores! ¿Acaso entre los intelectuales no hay también hombres avanzados, elementos "medios" y "masas"? ¿No reconoce acaso todo el mundo que los intelectuales también necesitan una literatura popular? ¿No se publica esa literatura? Pero imaginen que en un artículo sobre la organización de los estudiantes universitarios o secundarios el autor, como quien realiza un descubrimiento, se pusiera a machacar que hace falta, ante todo, una organización de "estudiantes medios". Semejante autor sería sin duda ridiculizado, y con toda razón. Le dirían: denos unas cuantas ideas de organización, si las tiene, y nosotros mismos veremos quién es "medio", superior o inferior. Y si no tiene ideas *propias* sobre organización, todas sus disquisiciones sobre las "masas" y los "elementos medios" serán simplemente fastidiosas. Comprendan de una vez que los pro-

blemas de "política" y de "organización" son tan serios por sí mismos que sólo se puede hablar de ellos con extrema seriedad: se puede y se debe *preparar a los obreros* (lo mismo que a los estudiantes universitarios y secundarios) para *poder discutir con ellos* esos problemas, pero, una vez iniciada la conversación, ofrezcan verdaderas respuestas, no retrocedan hacia los "elementos medios" o hacia las "masas", no salgan del paso con frases y anécdotas⁶⁰.

Si el obrero revolucionario quiere prepararse a fondo para su trabajo debe convertirse también en un revolucionario profesional. Por eso está en lo cierto B-v cuando dice que, como el obrero está ocupado en la fábrica once horas y media, las demás funciones revolucionarias (salvo la agitación) "*quírase o no*, corren sobre todo a cargo de un número muy reducido de intelectuales". No sucede esto "quírase o no", sino debido a nuestro atraso, porque no entendemos que es nuestro deber ayudar a todo obrero que se distinga por su capacidad a convertirse en un agitador *profesional*, en un organizador, en un propagandista, en un difusor de literatura, etc., etc. En este sentido, malgastamos vergonzosamente nuestras fuerzas, no sabemos cuidar lo que debe ser cultivado y desarrollado con particular solicitud. Fijense en los alemanes: tienen cien veces más fuerza que nosotros, pero comprenden a la perfección que los obreros "medios" no proporcionan con demasiada frecuencia agitadores, etc., efectivamente capaces. Por eso tratan enseguida de ubicar a todo obrero capaz en condiciones que le permitan desarrollar y aplicar plenamente sus aptitudes: hacen de él un agitador profesional, lo animan a ampliar su campo de acción, a extenderlo de una fábrica a toda una industria, de una localidad a todo el país. De este modo el obrero adquiere experiencia y habilidad profesional, ensancha su horizonte y sus conocimientos, observa de cerca a los líderes políticos eminentes de otras localidades y de otros partidos, procura elevarse él mismo a su nivel y reunir en su persona el conocimiento del ambiente obrero y el ardor de las convicciones socialistas con la habilidad profesional, sin la cual el proletariado *no puede* luchar con empeño contra sus enemigos, perfectamente adiestrados. Así, y sólo así, surgen de la masa obrera los Bebel y los Auer. Pero lo que en un país políticamente libre se cumple en gran medida por sí solo, entre nosotros deben cumplirlo de manera sistemática nuestras organizaciones. Todo agitador obrero dotado de algún talento, que "prometa", *no debe* trabajar once horas en la fábrica. Debemos arreglarnos de modo que viva por cuenta del partido, que pueda pasar a la acción clandestina en el momento preciso, que cambie el lugar de su actividad, pues de otro modo no adquirirá gran experiencia, no ensanchará su horizonte, no podrá sostenerse por lo menos

60 *Soboda N.* 1, artículo "La organización", p. 66. "La masa obrera apoyará con todo su peso las reivindicaciones que se formule en nombre del Trabajo de Rusia" (¡por supuesto, Trabajo con mayúscula!). Y el mismo autor exclama: "No siento hostilidad alguna hacia los intelectuales, pero... [este es el *pero* que Schedrian traducía con las palabras: ¡no crecen las orejas más arriba de la frente!], pero me pongo terriblemente furioso cuando viene una persona y me dice una serie de cosas muy bellas y muy buenas y exige que sean aceptadas por su [é]la de [é]l] belleza y demás méritos" (p. 62). Sí, también yo "me pongo siempre terriblemente furioso".

unos cuantos años en la lucha contra los gendarmes. Cuanto más amplio y profundo es el despertar espontáneo de las masas obreras, tantos más agitadores de talento destacan, y no sólo agitadores, sino talentosos organizadores, propagandistas y militantes "prácticos" en el buen sentido de la palabra (tan escasos entre nuestros intelectuales, quienes, al estilo ruso, son en su mayor parte un poco apáticos y descuidados). Cuando tengamos destacamentos obreros revolucionarios especialmente preparados por un largo aprendizaje (y, por supuesto, en "todas las armas" de la acción revolucionaria), ninguna policía política del mundo podrá con ellos, porque esos destacamentos de hombres consagrados en cuerpo y alma a la revolución gozarán de la confianza ilimitada de las más amplias masas obreras. Y cometemos una gran *falta* cuando no "empujamos" lo bastante a los obreros por este camino, común para ellos y para los "intelectuales", del aprendizaje revolucionario profesional, y cuando con demasiada frecuencia tiramos de ellos hacia atrás con discursos necios sobre lo que es "accesible" a la masa obrera, a los "obreros medios", etcétera.

En este sentido, como en los demás, el reducido alcance del trabajo de organización guarda íntima e indudable relación (aunque la inmensa mayoría de los "economistas" y de los militantes prácticos novatos no lo reconozcan) con la estrechez de nuestra teoría y de nuestras tareas políticas. El culto a la espontaneidad origina una especie de temor a apartarnos siquiera un paso de lo "accesible" a las masas, el temor a subir demasiado alto, por encima de la simple satisfacción de sus necesidades directas e inmediatas. ¡No teman, señores! ¡Recuerden que en materia de organización estamos en un nivel tan bajo que resulta absurda la idea misma de que *podamos* subir demasiado alto!

E. La organización "conspirativa" y el "democratismo"

sin embargo hay entre nosotros mucha gente tan sensible a "la voz de la vida" que la temen más que a ninguna otra cosa en el mundo y acusan a quienes sustentan las opiniones expuestas más arriba de ser partidarios de *Narodnaya Vólja*, de no comprender el "democratismo", etc. Es preciso que nos detengamos en estas acusaciones, también apoyadas, como es natural, por *Rabocheye Dielo*.

Quien escribe estas líneas sabe muy bien que los economistas petersburgueses acusan ya a *Rabochaya Gazeta* de seguir a *Narodnaya Vólja* (cosa comprensible si se la compara con *Rabochaya Mysl*). Por eso, cuando después de la aparición de *Izba* un camarada nos refirió que los socialdemócratas de la ciudad X califican a *Izba* de órgano del grupo *Narodnaya Vólja*, no nos sorprendimos en lo más mínimo. Por supuesto, esta acusación era para todos un elogio porque, ¿a qué socialdemócrata decente no lo acusaron los economistas de lo mismo?

Estas acusaciones son el resultado de una doble confusión. En primer lugar, entre nosotros se conoce tan poco la historia del movimiento revolucionario que se califica de afecta a *Narodnaya Vólja* toda idea de una organización de combate

centralizada que declare decididamente la guerra contra el zarismo. Pero la magnífica organización que tenían los revolucionarios de la década del 70, y que debería servirnos a todos de modelo, no la crearon, ni mucho menos, los partidarios de *Narodnaya Volya*, sino los de *Zemlya i Volya* [Tierra y libertad], que luego se dividieron en Chorny Peredel [Reparto Negro] y *Narodnaya Volya* [Voluntad del Pueblo]. Por consiguiente, es un absurdo, desde el punto de vista histórico y lógico, considerar una organización revolucionaria de combate como algo específicamente propio de los partidarios de *Narodnaya Volya*, porque toda tendencia revolucionaria, si piensa de veras en una lucha seria, no puede prescindir de semejante organización. El error de los partidarios de *Narodnaya Volya* no consistió en procurar que se incorporaran a su organización todos los descontentos y en orientar esa organización hacia una lucha resuelta contra la autocracia. Por el contrario, ese fue su gran mérito histórico. Su error consistió en basarse en una teoría que, en realidad, no era revolucionaria en modo alguno, y en no haber sabido o podido establecer un nexo firme entre su movimiento y la lucha de clases que se desenvolvía en la sociedad capitalista en desarrollo. Y sólo la más burda incompreensión del marxismo (o su “comprensión” en el espíritu del “estruvismo”) pudo dar lugar a la opinión de que el surgimiento de un movimiento obrero espontáneo de masas nos *exime* de la obligación de crear una organización de revolucionarios tan buena como la de los partidarios de *Zemlya i Volya* o una incomparablemente mejor. Por el contrario, ese movimiento nos *impone* tal obligación porque la lucha espontánea del proletariado no se convertirá en su verdadera “lucha de clases” hasta que sea dirigida por una fuerte organización de revolucionarios.

En segundo lugar, muchos —y, entre ellos, por lo visto, B. Krichevsky (*Rabocheye Dielo* N.º 10, p. 18)— no entienden bien la polémica que los socialdemócratas siempre sostuvieron contra la concepción de la lucha política como una lucha “conspirativa”⁶¹. Hemos protestado y protestaremos siempre, desde luego, contra el criterio de *reducir* la lucha política a una conspiración, pero es claro que ello no significa en modo alguno que neguemos la necesidad de una fuerte organización revolucionaria. Así, por ejemplo, en el folleto citado en la nota al pie precedente, junto a la polémica contra quienes quieren reducir la lucha política a una conspiración se da una descripción de una organización (como ideal de los socialdemócratas) lo bastante fuerte para poder recurrir tanto a la “insurrección” como a cualquier otra forma de ataque “con el objeto de asestar el golpe decisivo al absolutismo”⁶². Por su *forma*, una organización revolucionaria tan fuerte en un

61 *Tareas de los socialdemócratas rusos* [de Lenin], p. 21, polémica contra P. L. Lavrov.

62 *Tareas de los socialdemócratas rusos*, p. 23. A propósito, he aquí otro ejemplo de cómo *Rabocheye Dielo* no comprende lo que dice o cambia de opinión según el “viento que sopla”. En *Rabocheye Dielo* N.º 1 se dice en cursiva: “El contenido del folleto que acabamos de exponer coincide por completo con el programa de la redacción de *Rabocheye Dielo*” (p. 142). ¿Es cierto esto? ¿Coincide con las *Tareas* la idea de que no se puede plantear al movimiento de masas, como primera tarea, el derrocamiento de la autocracia? ¿Coincide con las ideas de ese folleto la teoría de la “lucha económica contra los patrones y el Gobierno” y la teoría de las etapas? Juzgue el lector sobre la firmeza de principios de un órgano que de modo tan original comprende la “coincidencia”.

país autocrático puede llamarse también organización "conspirativa" porque la palabra francesa *conspiration* equivale en ruso a *zagovor* [conspiración] y el carácter conspirativo es imprescindible en el máximo grado para semejante organización. Hasta tal punto es condición imprescindible que todas las demás (número de miembros, su selección, funciones, etc.) tienen que adaptarse a ella. Por lo tanto, sería en extremo ingenuo temer la acusación de que los socialdemócratas queremos crear una organización conspirativa. Todos los enemigos del economismo deben enorgullecerse de esa acusación tanto como de la de seguir la línea de *Narodnaya Volya*.

Se nos objetará que una organización tan poderosa y tan rigurosamente secreta, que concentra en sus manos todos los hilos de la actividad conspirativa y es obligatoriamente centralizada puede lanzarse con demasiada facilidad a un ataque prematuro, puede intensificar el movimiento en forma irreflexiva, antes de que lo hagan posible y necesario la extensión del descontento político, el aumento de la efervescencia y de la indignación de la clase obrera, etc. Nosotros contestaremos que, hablando en abstracto, no se puede negar, desde luego, que una organización de combate *puede* entablar una batalla irreflexivamente, la cual *puede* terminar con una derrota enteramente evitable en otras condiciones. Pero en semejante problema es imposible limitarse a consideraciones abstractas, porque todo combate entraña posibilidades abstractas de derrota y no hay otro medio de *diminuir* esa posibilidad que la preparación organizada del combate. Y si planteamos el problema en el terreno concreto de las condiciones actuales de Rusia tendremos que llegar a esta conclusión positiva: una fuerte organización revolucionaria es absolutamente necesaria precisamente para dar estabilidad al movimiento y *preservarlo* de la posibilidad de ataques irreflexivos. Justamente ahora, cuando carecemos de tal organización y el movimiento revolucionario crece en forma espontánea y rápida, *se observan* ya dos extremos opuestos (que, como es lógico, "se tocan"): o un economismo totalmente inconsistente, acompañado por prédicas de moderación, o un "terror excitante", con la misma inconsistencia, tendiente a "producir artificialmente los síntomas del final del movimiento, que se desarrolla y se consolida, pero que todavía está más cerca de su inicio que de su final" (V. Zasulich en *Zarya* N.º 2-3, p. 353). Y el ejemplo de *Rabocheye Dielo* demuestra que *ya existen* socialdemócratas que capitulan ante ambos extremos. Y no es de extrañar porque, amén de otras razones, la "lucha económica contra los patrones y el Gobierno" *nunca* puede satisfacer a un revolucionario y siempre surgirán, aquí o allá, extremos opuestos. Sólo una organización combativa centralizada, que aplique con firmeza la política socialdemócrata y que satisfaga, por decirlo así, todos los instintos y las aspiraciones revolucionarios puede preservar al movimiento de un ataque irreflexivo y preparar un ataque que prometa éxito.

Se nos objetará que el punto de vista expuesto sobre la organización contradice los "principios democráticos". En tanto que la acusación anterior era *específicamente* rusa en su origen, esta exhibe un carácter *específicamente* extranjero.

sólo una organización en el exterior (la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero) ha podido dar a su redacción, entre otras instrucciones, la siguiente:

Principio de organización. Para favorecer el desarrollo y unificación de la socialdemocracia es preciso destacar, impulsar, luchar para imponer un amplio principio democrático en su organización de partido, cosa especialmente imprescindible ante las tendencias antidemocráticas que han aparecido en las filas de nuestro partido (*Dos congresos*, p. 18).

En el capítulo siguiente veremos cómo lucha *Rabocheye Dielo* contra las "tendencias antidemocráticas" de *Izda*. Ahora analicemos más en detalle el "principio" que proponen los economistas. Es probable que todo el mundo esté de acuerdo en que el "amplio principio democrático" supone estas dos condiciones imprescindibles: en primer lugar, una completa *glaznost* (transparencia), en segundo lugar, el carácter electivo de todos los cargos. Sería ridículo hablar de espíritu democrático sin transparencia y, además, sin una transparencia que no se limite a los miembros de la organización. Llamaremos democrática a la organización del Partido Socialista alemán porque en él todo se lleva a cabo públicamente, inclusive las sesiones de sus congresos; pero nadie llamará democrática a una organización que se oculte, para todos los que no sean sus miembros, tras el velo del secreto. Por lo tanto, ¿qué sentido tiene proponer un "amplio principio democrático", cuando su condición fundamental es *irrealizable* para una organización secreta? El "amplio principio" resulta ser una mera frase, sonora pero vacía. Más aún, esta frase demuestra una incomprensión total de las tareas urgentes del momento en materia de organización. Todo el mundo sabe hasta qué punto se halla extendida entre nosotros la falta de discreción conspirativa en la "gran" masa de revolucionarios. Ya vimos que B-v se queja amargamente de ello y exige con toda razón "una severa selección de los afiliados" (*Rabocheye Dielo* N.º 6, p. 42). ¡Y de pronto surge gente que se ufana de su "sentido de la realidad" y que en semejante situación *obliga*, no la necesidad de la más severa discreción conspirativa y de la más rigurosa (y por consiguiente más estrecha) selección de afiliados, sino de un "amplio principio democrático"! ¿No se pierde el punto por completo?

No queda mejor parado el segundo rasgo de la democracia, el carácter electivo. En los países que gozan de libertad política esta condición se da por sentada. "Se considera miembro del partido a todo el que acepta los principios de su programa y apoya al partido en la medida de sus posibilidades", dice el artículo primero de los estatutos del Partido Socialdemócrata alemán. Y como todo el escenario político está abierto a la visión de todos, de igual modo que el escenario de un teatro para los espectadores, el que se acepte o no, se apoye o no son cosas que todos saben por los periódicos y por las reuniones públicas. Todo el mundo sabe que determinado dirigente político comenzó de tal manera, siguió tal evolución, se portó de tal y cual modo en un momento difícil de

su vida, se distingue en general por ciertas cualidades; por lo tanto, es natural que lo puedan elegir o no con conocimiento de causa, para determinado cargo de partido, *todos* los miembros del partido. El control general (en el sentido literal de la palabra) de cada uno de los pasos del afiliado al partido, a lo largo de su carrera política, crea un mecanismo de acción automática cuyo resultado es lo que en biología se llama "supervivencia de los más aptos". La "selección natural", producto de la verdadera transparencia, del carácter electivo y del control general, asegura que en definitiva cada dirigente quede "en su sitio", se encargue de la labor que mejor concuerde con sus fuerzas y con sus aptitudes, sienta todas las consecuencias de sus errores y demuestre ante los demás su capacidad para reconocerlos y evitarlos.

¡Pero traten de encajar este cuadro en el marco de nuestra autocracia! ¿Es acaso concebible entre nosotros que "todo el que acepte los principios del programa del partido y lo apoye en la medida de sus posibilidades" controle cada paso del revolucionario clandestino? ¿Que todos elijan a uno de estos cuando en interés de su trabajo el revolucionario está *obligado* a ocultar su verdadera personalidad a las nueve décimas partes de esos "todos"? Reflexionen aunque sea un momento acerca del verdadero sentido de las sonoras palabras de *Rabocheye Dielo* y verán que un "amplio espíritu democrático" para una organización partidaria que actúa en las tinieblas de la autocracia, cuando son los gendarmes quienes seleccionan, no es más que un *juego vano y perjudicial*. Vano, porque en la práctica ninguna organización revolucionaria ha podido aplicar jamás un *amplio* criterio democrático, ni puede aplicarlo, por mucho que lo desee. Perjudicial, porque los intentos de aplicar en la práctica un "amplio principio democrático" facilitan a la Policía las grandes redadas, perpetúan los métodos artesanales de trabajo dominantes y distraen el pensamiento de los militantes dedicados a la labor práctica de la seria e imperiosa tarea de formarse como revolucionarios profesionales, desviándolo hacia la redacción de detallados reglamentos "burocráticos" sobre sistemas electorales. Sólo en el extranjero, donde no pocas veces se reúnen personas que no pueden encontrar una actividad verdadera y real, ha podido desarrollarse, en alguna que otra parte, especialmente en diversos pequeños grupos, ese "jugar a la democracia".

Para demostrar al lector hasta qué punto es inapropiada la forma en que *Rabocheye Dielo* gusta de preconizar un "principio" tan noble como el de la democracia en el trabajo revolucionario volveremos a llamar a un testigo. Se trata de E. Serebriakov, director de la revista de Londres *Nakamunie*, que siente gran debilidad por *Rabocheye Dielo* y profundo odio contra Plejanov y los "plejanovistas". En los artículos referentes a la escisión de la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero, *Nakamunie* se puso decididamente de parte de *Rabocheye Dielo* y se abalanzó sobre Plejanov con un verdadero torrente de palabras lamentables. Tanto más valor posee para nosotros el testigo en este punto. En *Nakamunie* N.º 7 (julio de 1899), en el artículo titulado "Con motivo del llamamiento del Grupo de Autoemancipación de los Obreros", Serebriakov

decía que era “indecente” plantear cuestiones de “prestigio, de liderazgo y del llamado Areópago⁶³ en un movimiento revolucionario serio” y escribía, entre otras cosas, lo siguiente:

Mishkin, Rogachov, Zheliabov, Mijailov, Perovskaya, Figner y otros nunca se consideraron dirigentes y nadie los había elegido ni nombrado, aunque en realidad sí lo eran, porque tanto en el período de propaganda como en el de lucha contra el Gobierno cargaron con el mayor peso del trabajo, fueron a los sitios más peligrosos y su actividad fue la más fructífera. Y llegaron a ser dirigentes, no porque lo desearan, sino porque los camaradas que los rodeaban confiaban en su inteligencia, energía y lealtad. Temer a un Areópago (y si no se le teme no hay por qué hablar de él) que pueda dirigir autoritariamente el movimiento es ya demasiada ingenuidad. ¿Quién le obedecería?

Preguntamos al lector: ¿en qué se diferencia el “Areópago” de las “tendencias antidemocráticas”? ¿No es evidente que el “plausible” principio de organización de *Rabocheye Dielo* es tan ingenuo como indecente? Ingenuo porque a un “Areópago” o a “gente con tendencias antidemocráticas” sencillamente no los obedecería nadie si “los camaradas que los rodean no confiaran en su inteligencia, energía y lealtad”. E indecente porque es una salida demagógica en la que se especula con la presunción de unos, con el desconocimiento de otros en cuanto al estado en que realmente se halla nuestro movimiento y con la falta de preparación y la ignorancia de la historia del movimiento revolucionario por parte de los terceros.

El único principio de organización serio a que han de atenerse los militantes de nuestro movimiento debe ser el siguiente: la más severa discreción conspirativa, la más rigurosa selección de los afiliados y la preparación de revolucionarios profesionales. Si se cuenta con estas cualidades está asegurado algo mucho más importante que el “democratismo”, a saber: la plena y fraternal confianza mutua entre los revolucionarios. Es indiscutible que necesitamos esta confianza porque no se puede hablar entre nosotros, en Rusia [bajo el absolutismo], de sustituirla por un control democrático general. Y cometeríamos un gran error si creyéramos que, como es imposible un control verdaderamente “democrático”, los afiliados a una organización revolucionaria se encuentran más allá de todo control. No tienen tiempo de pensar en las formas de democracia ficticia (democracia en el seno de un apretado grupo de camaradas entre los que reina plena confianza mutua), pero sienten muy vivamente su *responsabilidad* y además saben por experiencia que una organización de verdaderos revolucionarios no se detendrá ante nada para librarse de un miembro indigno. Por otra parte, hay una opinión pública bastante extendida en los círculos

63 Nombre en la antigua Grecia que designaba el lugar donde funcionaba en Atenas el tribunal o asamblea de apelaciones [NdE].

revolucionarios rusos (e internacionales), con toda una historia tras de sí y que castiga con implacable severidad toda falta a las obligaciones de camaradería (¡y el "democratismo", el verdadero, no el ficticio, queda comprendido, como la parte en el todo, en este concepto de camaradería!). ¡Tomen en cuenta todo esto y percibirán que todas las habladurías y las resoluciones sobre "tendencias antidemocráticas" despiden el repugnante tufillo del juego a los generales, juego que se practica entre los emigrados!

Hay que observar, además, que la otra fuente de tales habladurías, es decir, la ingenuidad, se origina también en la confusión de ideas acerca de qué es la democracia. En el libro de los esposos Webb sobre las *trade unions* inglesas hay un capítulo interesante llamado "La democracia primitiva". Los autores refieren en él cómo los obreros ingleses, en el primer período de existencia de sus sindicatos, consideraban como signo imprescindible de democracia el que todos hicieran de todo en la dirección de aquellos: no sólo todas las cuestiones eran decididas por votación de todos los miembros, sino que las funciones oficiales también eran desempeñadas sucesivamente por todos los afiliados. Fue necesaria una larga experiencia histórica para que los obreros comprendieran tanto lo absurdo de semejante concepto de la democracia como la necesidad, por una parte, de la existencia de instituciones representativas, y, por otra, de funcionarios profesionales. Fueron necesarios unos cuantos casos de quiebra de las cajas de los sindicatos para que los obreros entendieran que la relación proporcional entre las cuotas que pagaban y los subsidios que recibían no podía decidirse sólo por votación democrática, sino que exigía, además, el consejo de un perito en seguros. Tomemos también el libro de Kautsky sobre el parlamentarismo y la legislación popular y veremos que las deducciones del teórico marxista coinciden con las lecciones que ofrecen prolongados años de práctica de los obreros unidos "espontáneamente". Kautsky protesta con energía contra la forma primitiva en que Rittinghausen concibe la democracia, se burla de quienes en nombre de esta exigen que "los periódicos populares sean directamente redactados por el pueblo", demuestra la necesidad de que existan periodistas *profesionales*, parlamentarios, etc., para una dirección socialdemócrata de la lucha de clases del proletariado; ataca el "socialismo de anarquistas y literatos", que en su "búsqueda del efectismo" exaltan la legislación directa de todo el pueblo y no comprenden hasta qué punto es sólo relativamente aplicable en la sociedad contemporánea.

Todo el que haya realizado alguna labor práctica en nuestro movimiento sabe cuán extendido está entre la masa de la juventud estudiantil y entre los obreros el concepto "primitivo" de la democracia. No es de extrañar que este concepto penetre también en los estatutos de las organizaciones y en las publicaciones. Los economistas de tipo bernsteiniano decían en su estatuto: "Artículo 10. Todos los asuntos que afecten los intereses de la organización sindical en su conjunto serán decididos por mayoría de votos de todos sus miembros". Los economistas de tipo terrorista repiten tras ellos: "Es imprescindible que las resoluciones del

comité recorran todos los círculos y sólo entonces serán efectivas" (*Soboda* N.º 1, p. 67). ¡Obsérvese que esta exigencia de aplicar ampliamente el sistema de referéndum se plantea *después* de exigir que *toda* la organización se base en el principio electivo! Desde luego, nada está más lejos de nosotros que censurar por eso a los militantes dedicados al trabajo práctico, que han tenido muy poca posibilidad de conocer la teoría y la práctica de las organizaciones efectivamente democráticas. Pero cuando *Rabochy Dólo*, que pretende desempeñar un papel dirigente, se limita en semejantes circunstancias a aprobar una resolución sobre amplios principios democráticos, ¿qué es esto, sino puro "efectismo"?

F. El trabajo en escala local y para toda Rusia

Las objeciones contra el plan de organización que aquí exponemos, al que se reprocha su carácter antidemocrático y conspirativo, carecen por completo de fundamento. Sin embargo, aún queda un problema que se plantea muchas veces y que merece ser examinado en detalle: se trata de la relación entre el trabajo local y el trabajo en escala nacional. Se expresa el temor de que la creación de una organización centralizada desplace el centro de gravedad del primer trabajo al segundo; el temor de que ello perjudique al movimiento, debilite la solidez de los vínculos que nos unen con la masa obrera y, en general, la continuidad de la agitación local. Contestaremos que nuestro movimiento se resiente durante estos últimos años precisamente por el hecho de que los militantes locales están demasiado absorbidos por el trabajo local; que por esta razón es imprescindible desplazar el centro de gravedad hacia el trabajo en el plano nacional; que este desplazamiento no debilitará, sino que, por el contrario, dará mayor solidez a nuestros vínculos y mayor continuidad a nuestra agitación local. Tomemos el problema de los órganos centrales y locales. Rogamos al lector no olvide que el asunto de la prensa no es para nosotros más que un *ejemplo* que ilustra el trabajo revolucionario en general, infinitamente más amplio y más variado.

En el primer período del movimiento de masas (1896-1898) los militantes locales intentan publicar un órgano destinado a toda Rusia: *Rabochaya Gazeta*; en el siguiente (1898-1900) el movimiento da un gigantesco paso adelante, pero los órganos locales absorben por completo la atención de los dirigentes. Si se efectúa un recuento de todas esas publicaciones locales, resultará⁶⁴, en números redondos, un número por mes. ¿No es esto una prueba evidente de que nuestros métodos de trabajo son artesanales? ¿No muestra con claridad el atraso en que nuestra organización revolucionaria se encuentra con respecto al auge espontáneo del movimiento? Si la *misma cantidad* de periódicos hubiera

⁶⁴ Véase el *Informe al Congreso de París*, p. 14: "Desde entonces (1897) hasta la primavera de 1900 se publicaron en diversos puntos treinta números de varios periódicos... En promedio se publicó más de un número por mes".

sido publicada, no por grupos locales dispersos, sino por una organización única, no sólo habríamos economizado una enormidad de fuerzas, sino asegurado a nuestro trabajo una estabilidad y continuidad muchísimo mayores. Olvidan con demasiada frecuencia esta sencilla consideración tanto los militantes dedicados a las labores prácticas, que trabajan de *un modo activo* casi exclusivamente en los órganos locales (por desgracia, en la inmensa mayoría de los casos la situación no ha cambiado), como los publicistas, que revelan en esta cuestión un extraordinario quijotismo.

El militante dedicado al trabajo práctico en general se da por satisfecho con el argumento de que a los militantes locales "les es difícil"⁶⁵ ocuparse de la publicación de un periódico destinado a toda Rusia y que mejor es tener periódicos locales que no tener ninguno. Esto último es, desde luego, muy justo, pero nosotros reconocemos, no menos que cualquier militante dedicado al trabajo práctico, la gran importancia y utilidad de los periódicos locales *en general*. Pero no se trata de esto, sino de ver si es posible librarse de la fragmentación y de los métodos artesanales de trabajo que quedan tan claramente evidenciados por los treinta números de periódicos locales publicados en toda Rusia en dos años y medio. No se limiten al principio indiscutible, pero demasiado abstracto, de la utilidad que prestan los periódicos locales en general; tengan además el valor de reconocer con franqueza sus lados negativos, puestos de manifiesto en el curso de dos años y medio de experiencia. Los periódicos locales demuestran que, en las condiciones en que trabajamos, en la mayoría de los casos no son firmes en sus principios, carecen de importancia política, son muy costosos en lo que se refiere al consumo de energías revolucionarias y totalmente insatisfactorios desde el punto de vista técnico (me refiero, claro está, no a la técnica tipográfica, sino a la frecuencia y regularidad de la publicación). Y estos defectos no son obra de la casualidad, sino consecuencia inevitable de la fragmentación, que por una parte explica el predominio de los periódicos locales en el período que examinamos y, por la otra, *encuentra un apoyo* en ese predominio. Una organización local aislada *no está* en verdad *en condiciones* de asegurar la firmeza de principios de su periódico y de colocarlo a la altura de un órgano político, *no está en condiciones* de reunir y utilizar suficientes materiales para enfocar toda nuestra vida política.

Y en cuanto al argumento a que por lo común se recurre en los países libres para justificar la necesidad de diversos periódicos locales —su bajo costo debido a que los confeccionan los obreros locales y su posibilidad de ofrecer una información mejor y más rápida a la población—, la experiencia ha demostrado que en nuestro país este argumento se vuelve *contra* los periódicos locales. Estos resultan demasiado costosos en lo que al consumo de energías revolucionarias se refiere y son publicados muy rara vez, por la sencilla razón de que un periódico *ilegal*, por pequeño que sea, requiere un enorme aparato clandestino como el que es posible

⁶⁵ Esta dificultad es más aparente que real. En realidad no hay círculo local que no pueda abordar activamente una u otra función del trabajo en escala nacional. "Querer es poder".

con la gran industria fabril, pues en un taller de artesanos no es posible montar semejante aparato. Cuando el aparato clandestino es primitivo resulta muchas veces (todo militante dedicado al trabajo práctico conoce abundantes ejemplos de este género) que la Policía aprovecha la aparición y difusión de uno o dos números para llevar a cabo una redada *en masa*, que barre todo tan bien que es necesario comenzar de nuevo. Un buen aparato clandestino exige una buena preparación profesional de los revolucionarios y la más consecuente división del trabajo, condiciones absolutamente irrealizables en una organización local aislada, por fuerte que sea en un momento dado. No hablemos ya de los intereses generales de todo nuestro movimiento (la educación socialista y política de los obreros basada en principios firmes); también los intereses específicamente locales *son mejor atendidos por órganos no locales*. A primera vista esto puede parecer una paradoja, pero en realidad, la experiencia de los dos años y medio de que hemos hablado lo demuestra de un modo irrefutable. Todo el mundo convendrá en que si todas las fuerzas locales que publicaron treinta números de periódicos locales hubieran trabajado para uno solo se habrían publicado sin dificultad sesenta números de este, si no cien, y por consiguiente se habrían reflejado de un modo más completo las particularidades del movimiento puramente local. No cabe duda de que no es fácil conseguir esta coordinación, pero es preciso reconocer su necesidad; que cada círculo local piense y *trabaje activamente* en este sentido, si no esperar el empujón de afuera, sin dejarse seducir por la accesibilidad y la proximidad de un órgano local, rasgos que —como lo prueba nuestra experiencia revolucionaria— son en buena parte ilusorios.

prestan un mal servicio al trabajo práctico los publicistas que, considerándose particularmente próximos a los militantes prácticos, no se dan cuenta de ese carácter ilusorio y salen del paso con el razonamiento extraordinariamente hueco y barato de que hacen falta periódicos locales, periódicos regionales y periódicos destinados a toda Rusia. Es claro que, hablando en términos generales, todo esto hace falta, pero cuando se encara un problema concreto de organización es preciso pensar también en las condiciones concretas de lugar y de tiempo. ¿Y no estamos, en efecto, ante un caso de quijotismo cuando *Soboda* (N.º 1, p. 68), "deteniéndose" en especial "*en el problema del periódico*", escribe: "Creemos que en toda localidad con un número apreciable de obreros debe haber un periódico obrero, no traído de fuera, sino propio"? Si este publicista no quiere pensar en el sentido de sus palabras, por lo menos lo hará por el lector: ¡cuántas decenas, si no centenares, de "localidades con un número apreciable de obreros" hay en Rusia, y de qué manera se perpetuarían nuestros métodos artesanales de trabajo si cada organización local se pusiera en efecto a publicar su propio periódico! ¡Cómo facilitaría esta fragmentación a nuestros gendarmes la tarea de pescar —y además sin el menor esfuerzo "apreciable"— a los militantes locales desde el comienzo mismo de su actuación, antes de haber podido llegar a ser verdaderos revolucionarios! En un periódico destinado a toda Rusia —continúa el autor—, no interesaría mucho la narración de los

atropellos de los patrones "y de los pequeños detalles de la vida fabril en otras ciudades", pero "al vecino de Orel no le aburrirá leer lo que sucede en Orel. Sabrá siempre contra quién han 'arremetido', a quién 'se le da su merecido' y tendrá la moral alta" (p. 69). Sí, sí, el vecino de Orel tendrá la moral alta, pero los vuelos de la imaginación de nuestro publicista son también altos. Habría debido pensar si es tácticamente oportuna su defensa de tales trivialidades. Nadie mejor que nosotros reconoce la necesidad e importancia de las denuncias de los abusos que se cometen en las fábricas, pero hay que recordar que hemos llegado ya a un momento en que a los vecinos de San Petersburgo les aburre leer las cartas que aparecen en el periódico local *Rabochaya Myl*. Para las denuncias de los abusos que se cometen en las fábricas locales hemos contado siempre (y *debemos seguir contando* siempre) con los volantes, pero al *periódico* es preciso elevarlo y no rebajarlo al nivel de panfleto de fábrica. Para un periódico necesitamos denuncias, no tanto de "pequeñeces", sino de los grandes males, típicos de la vida fabril; denuncias hechas sobre la base de ejemplos particularmente destacados, capaces, por lo tanto, de interesar a *todos* los obreros y a todos los dirigentes del movimiento, de enriquecer efectivamente sus conocimientos, ensanchar su horizonte, servir como punto de partida para el despertar de nuevos distritos y de obreros de otras zonas fabriles.

Además, en un periódico local, todos los desmanes de la administración de la fábrica o de otras autoridades pueden recogerse enseguida, en caliente. En cambio, mientras llega la noticia al lejano periódico general, en el punto de origen ya se habrá olvidado lo sucedido: "¿Cuándo habrá sucedido eso? ¿Quién lo recuerda?"

Los treinta números publicados en dos años y medio corresponden, según hemos visto en la misma fuente, a seis ciudades. De modo que a cada ciudad corresponde, en promedio, *un número cada medio año!* Y aun si nuestro frívolo publicista *tripla* en su hipótesis el rendimiento del trabajo local (cosa que sería inexacta con relación a una ciudad media, porque dentro del marco de los métodos primitivos de trabajo es imposible aumentar la productividad en medida considerable) no tendríamos, de todos modos, más de un número cada dos meses, es decir, una situación que en nada se parece a "recoger las noticias en caliente". Pero bastaría con que se unieran diez organizaciones locales y asignaran a sus delegados funciones activas en la elaboración de un periódico común para que entonces pudieran "recogerse" *por toda Rusia*, no pequeñeces, sino males realmente notables y típicos, y ello cada dos semanas. Nadie que conozca la situación en que se encuentran nuestras organizaciones podrá abrigar la menor duda al respecto. Y en cuanto a lo de sorprender al enemigo en flagrante delito, si lo decimos en serio y no como una bonita frase, un periódico clandestino no puede, en general, ni pensar en ello. Eso sólo es posible con un volante, porque el plazo máximo para sorprender así al enemigo no pasa, en la mayoría de los

casos, de uno o dos días (tomemos, por ejemplo, el caso de las usuales huelgas breves, enfrentamientos fabriles violentos o manifestaciones, etcétera).

"El obrero no sólo vive en la fábrica, sino también en la ciudad", continúa nuestro autor, pasando de lo particular a lo general con una consecuencia tan rigurosa que honraría al mismo Boris Krichevsky. Señala los problemas de los consejos municipales, de los hospitales y las escuelas municipales y exige que el periódico obrero no olvide los asuntos municipales en general. La exigencia en sí misma es magnífica, pero ilustra con particular evidencia la vacuidad y abstracción a que con demasiada frecuencia se limitan las disquisiciones sobre los periódicos locales. En primer lugar, si en "todas las localidades con un número apreciable de obreros" se publicaran periódicos con una sección municipal tan detallada como quiere *Svoboda* la cosa degeneraría inevitablemente, dadas nuestras condiciones rusas, en una verdadera preocupación por trivialidades, conduciría a debilitar la conciencia de la importancia de una ofensiva revolucionaria general de toda Rusia contra la autocracia zarista y reforzaría los brotes, muy vivos y más bien ocultos o reprimidos que arrancados de raíz, de una tendencia que ya ha adquirido fama por la célebre frase sobre los revolucionarios que hablan demasiado del Parlamento que no existe y muy poco de los consejos municipales que sí existen. Y hemos dicho "inevitablemente", subrayando así que lo que quiere *Svoboda* no es eso, sino lo contrario. Pero no basta con las buenas intenciones. Para que la labor de esclarecimiento de los asuntos urbanos quede organizada con la debida orientación respecto de todo nuestro trabajo hace falta, *para empezar*, que esa orientación esté elaborada por completo, establecida con firmeza, no sólo por argumentos, sino por numerosos ejemplos, para así adquirir la solidez de la *tradición*. Estamos muy lejos de ello. Sin embargo, es lo que debe hacerse *en primer lugar*, antes de que podamos permitirnos pensar y hablar de una abundante prensa local.

En segundo lugar, para escribir con verdadero acierto, de un modo interesante, sobre asuntos municipales, hay que conocerlos bien y no sólo por los libros. Pero *en toda Rusia* casi no existen socialdemócratas que posean estos conocimientos. Para escribir en un periódico (y no en folletos populares) sobre asuntos municipales o de Estado hay que disponer de materiales frescos, variados, recogidos y elaborados por una persona entendida. Y para recoger y elaborar tales materiales no basta la "democracia primitiva" de un círculo primitivo, en el que todos hacen de todo y se divierten jugando al referéndum. Para eso se requiere un Estado Mayor de expertos escritores y corresponsales, un ejército de reporteros socialdemócratas que establezcan relaciones en todas partes, que sepan penetrar en todos los "secretos de Estado" (de los que tanto se envanoce el funcionario ruso y sobre los que tan fácilmente se va de lengua), meterse tras "bastidores"; un ejército de hombres obligados por su "misión oficial" a ser omnipresentes y onniscientes. Y nosotros, el partido que lucha contra *sólo* opresión económica, política, social y nacional, podemos y debemos encontrar, reunir, formar, movilizar y poner en marcha semejante ejército de hombres onniscientes, ipero eso

todavía está por hacerse! Ahora bien, en la inmensa mayoría de las localidades no sólo no hemos dado aún ni un paso en esta dirección, sino que a menudo ni siquiera existe la conciencia de la necesidad de darlo. En vano se buscaría en nuestra prensa socialdemócrata artículos vivos e interesantes, crónicas y denuncias sobre nuestros problemas y asuntos diplomáticos, militares, eclesiásticos, municipales, financieros, etc., etc.: se encontraría muy poco o *asi nada*⁶⁶. ¡Por eso "me pongo siempre terriblemente furioso cuando viene alguien y me dice una serie de cosas bellas y magníficas" sobre la necesidad de periódicos "en todas las localidades con un número apreciable de obreros", que denuncien las arbitrariedades tanto en las fábricas como en la administración municipal y en el Estado!

El predominio de la prensa local sobre la central es señal de pobreza o de lujo. De pobreza, cuando el movimiento no ha desarrollado todavía las fuerzas para un trabajo en gran escala, cuando aún vegeta en los métodos primitivos y se ahoga casi "en las pequeñeces de la vida fabril". De lujo, cuando el movimiento *ha dominado ya plenamente* la tarea de las denuncias y de la agitación en todos los sentidos, de modo que, además del órgano central, resultan ya necesarias diversas publicaciones locales. Decida cada uno por sí mismo qué demuestra el actual predominio de periódicos locales entre nosotros. Yo, por mi parte, me limitaré a formular de una manera precisa mi conclusión para no dar lugar a confusiones. Hasta ahora, la mayoría de nuestras organizaciones locales piensa casi exclusivamente en órganos locales y trabaja de un modo activo casi sólo para ellos. Esto no es normal. Debería suceder lo contrario; la mayoría de las organizaciones locales debe pensar, sobre todo, en un órgano destinado a toda Rusia y trabajar principalmente para él. Mientras no ocurra así, no podremos publicar *ni un solo* periódico que sea por lo menos capaz de proporcionar al movimiento una agitación impresa *bien amplia*. Y cuando esto sea así se establecerán por sí solas las relaciones normales entre el necesario órgano central y los necesarios órganos locales.

A primera vista puede parecer que es inaplicable al terreno de la lucha específicamente económica la conclusión de que es preciso desplazar el centro de gravedad del trabajo local al destinado a toda Rusia: el enemigo directo de

⁶⁶ Esta es la razón por la que incluso el ejemplo de órganos locales excepcionalmente buenos confirma por completo nuestro punto de vista. Por ejemplo, *Nisley Rabochi* es un excelente periódico al que no se le puede acusar de falta de firmeza en los principios. Pero como su aparición no es frecuente y las redadas son muy extensas no ha podido ofrecer al movimiento local todo lo que pretendía ofrecer. Lo más apremiante para el Partido en el momento actual —plantear los problemas fundamentales del movimiento a la luz de los principios y desplegar una agitación política en todos los sentidos— ha sido superior a las fuerzas de ese órgano local. Y lo mejor que ha publicado, como los artículos sobre el congreso de los industriales mineros, sobre la desocupación, etc., no eran materiales de carácter estrictamente local, sino *necesarios para toda Rusia* y no sólo para el sur. Artículos como esos no se publicaron en ninguno de nuestros periódicos socialdemócratas.

los obreros está representado en este caso por patrones aislados o grupos de patrones, quienes no se hallan ligados entre sí por una organización que se asemeje siquiera remotamente a la organización puramente militar, rigurosamente centralizada, dirigida hasta en los más mínimos detalles por una voluntad única, como es la organización del Gobierno ruso, nuestro enemigo directo en la lucha política.

Pero no es así. La lucha económica —lo hemos dicho ya muchas veces— es una lucha sindical y por ello exige que los obreros se unan por oficios, no sólo por el lugar de trabajo. Y esta organización por oficios es tanto más urgente cuanto mayor es la rapidez con que avanza la unión de nuestros patrones en todo tipo de sociedades y asociaciones. Nuestra fragmentación y nuestros métodos artesanales de trabajo constituyen un obstáculo directo para esa unión, que exige para toda Rusia una organización única de revolucionarios capaz de encargarse de la dirección de sindicatos obreros de toda Rusia. Más arriba describimos el tipo de organización que sería deseable a tal fin y ahora añadiremos sólo unas palabras en relación con el problema de nuestra prensa.

No creo que nadie dude de la necesidad de que en todo periódico socialdemócrata figure una sección dedicada a la lucha sindical (económica). Pero el crecimiento del movimiento sindical nos obliga a pensar también en una prensa sindical. Creemos, sin embargo, que todavía no se puede hablar en Rusia, salvo raras excepciones, de periódicos sindicales: son un lujo y nosotros carecemos muchas veces del pan de cada día. Lo adecuado a las condiciones del trabajo clandestino y la forma ya imprescindible ahora de prensa sindical tendrían que ser entre nosotros los *folletos sindicales*. En ellos deberían recogerse y agruparse sistemáticamente materiales *legales*⁶⁷ e ilegales sobre las condiciones de trabajo en cada oficio; las diferencias que en este sentido existen entre los

⁶⁷ Los materiales legales son de particular importancia en este sentido y estamos muy atrasados en lo que se refiere a saber recogerlos y utilizarlos de manera sistemática. No será exagerado decir que sólo con materiales legales es posible llegar a confeccionar de alguna manera un folleto sindical, en tanto que tal cosa es imposible disponiendo sólo de materiales ilegales. Al recoger entre los obreros materiales ilegales sobre problemas como los que ha encarado *Rabochaya Mysl* desperdiciamos el enorme esfuerzo de un revolucionario (al que con suma facilidad puede sustituir en este trabajo un militante legal) y a pesar de todo no obtenemos nunca buenos materiales, porque los obreros, que en general sólo conocen una sección de una gran fábrica y casi siempre sólo los resultados económicos, pero no las normas ni las condiciones generales de su trabajo, no pueden adquirir los conocimientos que poseen el personal administrativo de fábrica, los inspectores, médicos, etc., y que se hallan diseminados en crónicas periodísticas y publicaciones especiales de carácter industrial, sanitario, de los zómbis y otras.

Recuerdo como si fuera ahora mismo mi "primera experiencia", que no me gustaría repetir. Me pasé varias semanas interrogando "con apasionamiento" a un obrero que venía a verme sobre todos los detalles de la vida en la enorme fábrica donde trabajaba. Verdad es que, aunque con grandísimas dificultades, conseguí componer de alguna manera la descripción (de una sola fábrica), pero sucedía que el obrero, enjugándose el sudor, decía con una sonrisa al final de nuestra entrevista: "¡Más fácil me resulta trabajar horas extraordinarias que contestar a tus preguntas!"

Cuanta más energía pongamos en desarrollar la lucha revolucionaria, tanto más obligado se verá el Gobierno a legalizar parte del trabajo "sindical", quitándonos así una parte de la carga que pesa sobre nosotros.

diversos puntos de Rusia; las principales reivindicaciones de los obreros de un oficio determinado, las deficiencias de la legislación correspondiente, los casos más destacados de la lucha económica de los obreros del gremio, los comienzos, la situación actual y las necesidades de su organización sindical, etc. Estos folletos, en primer lugar, aliviarían a nuestra prensa socialdemócrata de una inmensa cantidad de detalles sindicales que sólo interesan en especial a los obreros de un oficio determinado. En segundo lugar, registrarían los resultados de nuestra experiencia en la lucha sindical, conservarían los materiales recogidos, que ahora se pierden literalmente en la inmensa cantidad de volantes y de crónicas sueltas, y sintetizarían esos materiales. En tercer lugar, podrían servir en cierta forma de guía para los agitadores, porque las condiciones de trabajo varían con relativa lentitud y las reivindicaciones fundamentales de los obreros de un oficio determinado son extraordinariamente estables (compárese las reivindicaciones de los tejedores de la región de Moscú, en 1885, y de la región de San Petersburgo, en 1896). Un resumen de estas reivindicaciones y necesidades podría servir durante años enteros como excelente manual para la agitación económica en localidades atrasadas o entre capas atrasadas de obreros. Ejemplos de huelgas que hayan triunfado en una región, datos sobre un nivel de vida más elevado, sobre mejores condiciones de trabajo en una localidad incitarían también a los obreros de otras localidades a nuevas luchas. En cuarto lugar, al tomar la iniciativa de generalizar la lucha sindical y afirmar de este modo los vínculos del movimiento sindical ruso con el socialismo, la socialdemocracia se preocuparía al mismo tiempo de que nuestro trabajo sindical ocupara un lugar, ni demasiado reducido ni demasiado grande, en el conjunto de nuestra labor socialdemócrata. A una organización local que se halla aislada de las de otras ciudades le es muy difícil, a veces casi imposible, mantener un correcto sentido de la proporción (y el ejemplo de *Rabochaya Mysl* demuestra a qué monstruosa exageración del sindicalismo puede llegarse en ese caso). Pero una organización de revolucionarios destinada a toda Rusia que sustente de manera firme el punto de vista del marxismo, que dirija toda la lucha política y disponga de un Estado Mayor de agitadores profesionales nunca tropezará con dificultades para determinar con acierto esa proporción.

V. "PLAN" PARA UN PERIÓDICO POLÍTICO DESTINADO A TODA RUSIA

"El error más grande de *Izba* en este sentido —escribe B. Krichevsky (*Rabocheye Dielo* N.º 10, p. 30), imputándonos la tendencia a "convertir la teoría en doctrina muerta, aislándola de la práctica"— es su 'plan' de organización común a todo el Partido" (es decir, el artículo "¿Por dónde empezar?"). Y Martynov se hace eco de esta idea cuando declara que:

... la tendencia de *Izba* a subestimar la importancia de la marcha progresiva de la lucha cotidiana y gris, en comparación con la propaganda de ideas brillantes y acabadas... fue coronada por el plan de organización del Partido que se nos ofrece en el cuarto número, en el artículo "¿Por dónde empezar?" (*ibíd.*, p. 61).

Por último, recientemente se sumó al coro de los indignados contra este "plan" (las comillas deben expresar la ironía con que lo acoge) L. Nadezhdin, quien en su folleto *En vísperas de la revolución*, que acabamos de recibir (edición del "grupo revolucionario socialista" *Skoboda*, al que ya nos hemos referido), declara que "hablar ahora de una organización cuyos hilos arranquen de un periódico destinado a toda Rusia es concebir ideas y trabajos de gabinete" (p. 126), manifestar un "absurdo espíritu literario", etcétera.

No puede sorprendernos que nuestro terrorista coincida con los defensores de la "marcha progresiva de la lucha cotidiana y gris" porque ya hemos visto las raíces de esta afinidad en los capítulos sobre política y organización. Pero aquí debemos observar que L. Nadezhdin fue el único que trató honradamente de captar el curso del pensamiento del artículo que le disgustó, trató de darle una respuesta a fondo, en tanto que *Rabocheye Dielo* no sacó declaración alguna sobre el asunto en sí y sólo intentó embrollarlo, amontonando indignas argumentaciones demagógicas. Y por desagradable que sea, ante todo debemos dedicar cierto tiempo a la limpieza de los establos de Augías.

A. ¿Quién se ha ofendido por el artículo "¿Por dónde empezar?"?

Vamos a presentar un ramillete de expresiones y exclamaciones con que se arroja sobre nosotros *Rabocheye Dielo*.

"No es un periódico el que puede crear la organización del partido, sino todo lo contrario"... "Un periódico que se encuentre *por encima* del partido,

fuera de su control, y que no dependa de él por tener su propia red de agentes"... "¿Por obra de qué milagro olvidó *Iskra* a las organizaciones socialdemócratas ya existentes del partido al que ella misma pertenece?"... "Los (autoproclamados) poseedores de principios firmes y un plan correspondiente son también los reguladores supremos de la lucha real del Partido, al que dictan la ejecución de su plan"... "El plan relega a nuestras organizaciones reales y vitales al reino de las sombras y quiere dar vida a una fantástica red de agentes"... "Si el plan de *Iskra* fuese llevado a la práctica borraría por completo las huellas del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia que se viene formando en nuestro país"... "Un órgano de propaganda se convierte en legislador sin control y autocrítico de toda la lucha revolucionaria práctica"... "¿Qué actitud debe asumir nuestro partido ante la sugerencia de que se subordine *totalmente* a una redacción autónoma?"; etc., etcétera.

Como el lector puede ver por el contenido y el tono de estas citas, *Rabocheye Dielo* se ha ofendido. Pero se ha ofendido, no en lo tocante a él, sino a las organizaciones y los comités de nuestro partido a los que, según alega dicho órgano, *Iskra* quiere relegar al reino de las sombras y hasta borrar sus huellas. ¡Qué horror! Pero hay una cosa extraña. El artículo "¿Por dónde empezar?" se publicó en mayo de 1901 y los artículos de *Rabocheye Dielo*, en septiembre de 1901; ahora estamos ya a mediados de enero de 1902. ¡Durante estos cinco meses (tanto antes como después de septiembre) ni un solo comité, ni una sola organización del Partido protestó formalmente contra ese monstruo que quiere desterrar a los comités y organizaciones al reino de las sombras! Y hay que hacer constar que durante este período aparecieron, tanto en *Iskra* como en muchas otras publicaciones, locales o no, decenas y centenares de comunicaciones de todos los confines de Rusia. ¿Cómo pudo suceder que las organizaciones a las que se quiere desterrar al reino de las sombras no lo hayan advertido, ni se hayan sentido ofendidas, y que en cambio el agravio sea recogido por una tercera parte?

La explicación es que los comités y las demás organizaciones están ocupados en un trabajo auténtico y no en jugar a la "democracia". Los comités leyeron el artículo "¿Por dónde empezar?", vieron en él una tentativa "de elaborar cierto plan de organización, para que pueda iniciarse su estructuración desde todas partes" y, habiéndose percatado perfectamente de que ni una sola de "todas esas partes" pensará en "iniciar la estructuración" antes de estar convencida de su necesidad y de la justeza del plan arquitectónico, no se les ocurrió, por supuesto, "ofenderse" por la terrible osadía de los que dijeron en *Iskra*: "Dada la urgencia del asunto, nos decidimos por nuestra parte a proponer a los camaradas el bosquejo de un plan que desarrollaremos con más detalle en un folleto que se encuentra en preparación para la imprenta". Parece imposible que no se comprenda, siempre que se adopte una actitud honrada respecto de este problema, que si los camaradas *aceptan el plan* que se les propone no lo ejecutarán por "subordinación", sino por el convencimiento de que es necesario para nuestra obra común, y que, en el caso de *no aceptarlo*, el "bosquejo" (qué palabra

más presuntuosa, ¿no es verdad?) quedará como tal. ¿No es demagogia arremeter contra el bosquejo de un plan, no sólo "denigrándolo" y aconsejando a los camaradas que lo rechacen, sino *incitando* a gente poco experta en la labor revolucionaria en contra de los autores, *por el mero hecho* de que estos *se atreven* a "legislar", a actuar como "reguladores supremos", es decir, se atreven a *proponer* un bosquejo de plan? ¿Puede nuestro partido desarrollarse y marchar hacia adelante si la tentativa de *dejar* a los militantes locales para que tengan ideas, tareas, planes más amplios, etc., tropieza, no sólo con la objeción de que estas ideas son erróneas, sino con un sentimiento de "ofensa" porque se les "quiere" *dejar*? Porque también L. Nadezhdin ha "denigrado" nuestro plan, pero no se rebajó a semejante demagogia, que ya no puede explicarse simplemente por ingenuidad o por ideas políticas de carácter primitivo: rechazó con decisión y desde el primer momento la acusación de que intentáramos "fiscalizar" al Partido. Por esta razón, podemos y debemos contestar a fondo su crítica al plan, en tanto que *Rabochy Dielo* sólo merece que se le conteste con el desprecio.

Pero despreciar a un escritor que se relaja hasta el punto de gritar sobre "autocracia" y "subordinación" no nos exime del deber de desembrollar la confusión que esta gente siembra en sus lectores. Y aquí podemos demostrar muy claramente a todo el mundo qué valor encierran las habituales frases sobre una "amplia democracia". Se nos acusa de haber olvidado los comités, de querer o intentar desterrarlos al reino de las sombras, etc. ¿Cómo contestar a estas acusaciones, cuando por razones de discreción conspirativa *no podemos* exponer al lector casi *ningún hecho real* de nuestras relaciones efectivas con los comités? La gente que lanza una acusación tan osada, capaz de irritar a la multitud, nos lleva ventaja por su desfachatez, por su desdén para con los deberes del revolucionario, que oculta cuidadosamente a los ojos del mundo las relaciones y los vínculos que tiene, establece o trata de establecer. Desde luego, nos negamos de una vez y para siempre a competir con gente de esta calaña en el terreno de la "democracia". En cuanto al lector no iniciado en todos los asuntos del Partido, el único medio de cumplir nuestro deber para con él consiste en exponerle, no lo que existe y lo que se encuentra *in Wierden*⁶⁸, sino una *pequeña parte* de lo que ha sido, ya que se puede hablar de ello porque pertenece al pasado.

El Bund nos acusa indirectamente de "impostura"⁶⁹; la Unión de emigrados nos acusa de que tratamos de borrar las huellas del Partido. ¡Disculperme, señores! Obtendrán plenas satisfacciones en cuanto expongamos al público *ciertos hechos* del pasado.

Primer hecho⁷⁰. Los miembros de una de las "Uniones de Lucha" que participaron de manera directa en la formación de nuestro partido y en el envío

68 En proceso de gestación [NdE].

69 *Izba* N.º 8, respuesta del Comité Central de la Unión de Obreros Judíos de Rusia y de Polonia a nuestro artículo sobre el problema nacional.

70 Deliberadamente no presentamos estos hechos en el orden en que ocurrieron.

de un delegado al congreso constitutivo se ponen de acuerdo con uno de los miembros del grupo de *Izba* para fundar una editorial obrera especial, con objeto de atender a las necesidades de todo el movimiento. No se consigue fundar la editorial obrera y los folletos *Tareas de los socialdemócratas rusos* y *La nueva ley de fábricas*⁷¹, escritos para ella, por caminos indirectos y por intermedio de terceros van a parar al extranjero, donde son publicados.

Segundo hecho. Los miembros del Comité Central del Bund se dirigen a uno de los miembros del grupo de *Izba* con la propuesta de organizar conjuntamente lo que entonces llamaba el Bund "un laboratorio literario", indicando que si no se lograba llevar a la práctica el proyecto nuestro movimiento podía sufrir un serio retroceso. Resultado de esas negociaciones fue el folleto *La causa obrera en Rusia*⁷².

Tercer hecho. El Comité Central del Bund, por intermedio de una pequeña ciudad de provincia, se dirige a uno de los miembros del grupo de *Izba* proponiéndole que se encargue de la redacción de *Rabochaya Gazeta*, que había reanudado su publicación, y obtiene, desde luego, su conformidad. Más tarde cambia el ofrecimiento: sólo se trata de colaborar con vistas a una nueva composición de la redacción. Claro que también esto se acepta. Se envía los artículos (que se ha logrado conservar): *Nuestro programa*, protestando enérgicamente contra el bernsteinismo, contra el viraje de la literatura legal y de *Rabochaya Myel*, *Nuestra tarea inmediata* ("la organización del periódico del Partido, su aparición regular, su estrecha vinculación con todos los grupos locales"; los defectos de los "métodos artesanales de trabajo" imperantes); *El problema esencial* (analizando la objeción de que primero habría que desarrollar la actividad de los grupos locales y luego emprender la organización de un órgano común; insistiendo en la importancia primordial de "la organización y de la disciplina revolucionarias", en la necesidad de "llevar la organización revolucionaria, la disciplina y la técnica conspirativa a la máxima perfección"). La propuesta de reanudar la publicación de *Rabochaya Gazeta* no llega a realizarse y los artículos quedan sin publicar.

Cuarto hecho. Un miembro del comité organizador del segundo congreso ordinario de nuestro partido comunica a un miembro del grupo de *Izba* el programa del congreso y presenta la candidatura de este grupo para la redacción de *Rabochaya Gazeta*, que reanudaba su publicación. Esta gestión, por decirlo así, preliminar, es sancionada luego por el comité al que pertenecía dicha persona, así como por el Comité Central del Bund; al grupo de *Izba* se le indica el lugar y la fecha del congreso, pero el grupo (dado que por determinados motivos no estaba seguro de poder enviar un delegado a este congreso) redacta también un informe escrito para el mismo. En dicho informe se sostiene la idea de que lo

71 Estos dos folletos fueron escritos por Lenin en su destierro de 1897 [NdlE].

72 El autor de este folleto, dicho sea de paso, me pide que ponga de manifiesto que, lo mismo que sus folletos anteriores, este fue enviado a la Unión con el pedido de que el grupo Emancipación del Trabajo fuera quien lo editara (circunstancias especiales no le permitían conocer enonces, es decir, en febrero de 1899, el cambio en el consejo editorial). Dicho folleto será reeditado muy pronto por la Unión.

mera elección de un Comité Central, lejos de resolver el problema de la unificación en un momento de completa dispersión como el actual, comprometería la gran idea de la creación del partido en el caso de producirse otra redada prematura, rápida y total, cosa más que probable cuando impera la falta de discreción conspirativa; que por lo tanto debía empezarse por invitar a todos los comités y a todas las demás organizaciones a sostener el órgano común, cuando reanudara su aparición, pues vincularía *realmente* a todos los comités y prepararía *realmente* un grupo de dirigentes de todo el movimiento; que luego, una vez que el grupo se hubiera desarrollado y fortalecido, los comités y el partido podrían transformar fácilmente ese grupo creado por los primeros en un Comité Central. Pero el congreso no pudo llevarse a cabo debido a una serie de redadas policiales y detenciones, y por motivos conspirativos se destruyó el informe que sólo algunos camaradas, entre ellos los delegados de uno de los comités, habían podido leer.

Juzgue ahora el lector por sí mismo respecto del carácter de procedimientos tales como la alusión del Bund a una impostura o el argumento de *Rabocheye Diel*, que pretende que queremos desterrar a los comités al reino de las sombras, "sustituir" la organización del Partido por una que difunda las ideas de un sólo periódico. Pues precisamente ante los comités, *por reiteradas invitaciones de su parte*, informamos sobre la necesidad de adoptar un determinado plan de trabajo común. Y precisamente para la organización del Partido elaboramos ese plan en nuestros artículos enviados a *Rabochaya Gazeta* y en el informe para el congreso partidario, y repetimos que lo hicimos por invitación de personas que ocupaban en el Partido una posición tan influyente que tomaron la iniciativa de reconstruirlo (en la práctica). Y sólo cuando fracasaron las *dos* tentativas que la organización partidaria, *junto con nosotros*, efectuó para reanudar *oficialmente* la aparición del órgano central del partido creímos que era nuestro deber ineludible presentar un órgano *no oficial* para que en la *tercera* tentativa los camaradas vieran ciertos resultados de la *experiencia* y no meras conjeturas. Ahora todo el mundo puede apreciar ya ciertos resultados de esa experiencia, de modo que los camaradas pueden juzgar si hemos comprendido con acierto nuestros deberes y la opinión que merecen las personas que, molestas por el hecho de que demos demos a unas su falta de consecuencia en el problema "nacional" y a otras lo imperdonable de sus vacilaciones en materia de principios, tratan de inducir a error a quienes desconocen el pasado más reciente.

B. ¿Puede un periódico ser un organizador colectivo?

La clave del artículo "¿Por dónde empezar?" consiste en que formula *precisamente* este interrogante y le da una respuesta afirmativa. L. Nadezhdin es hasta donde sabemos la única persona que intenta analizarlo a fondo y demostrar que puede ser contestado de un modo negativo. A continuación reproducimos íntegramente sus argumentos:

Mucho nos place que *Iskra* N.º 4 plantee la necesidad de un periódico destinado a toda Rusia, pero en modo alguno podemos estar de acuerdo en que este planteamiento corresponda al título del artículo “¿Por dónde empezar?”. Es, sin duda, uno de los asuntos de extrema importancia, pero no se pueden echar los cimientos de una organización combativa en tiempos revolucionarios con un periódico, ni con toda una serie de volantes, ni con una montaña de proclamas. Es indispensable empezar a crear fuertes organizaciones políticas locales. Nosotros carecemos de ellas, nuestra labor se ha desarrollado principalmente entre los obreros cultos, en tanto que las masas se dedicaban de modo casi exclusivo a la lucha económica. *Si no se educa a fuertes organizaciones políticas locales, ¿qué valor podrá tener un periódico destinado a toda Rusia, aunque esté excelentemente organizado?* ¡Será un arbusto en llamas, que arde sin consumirse, pero que a nadie transmite su fuego! *Iskra* cree que en torno de ese periódico, en el trabajo para él, se concentrará el pueblo, se organizará. *¡Pero si le es mucho más fácil concentrarse y organizarse en torno de una labor más concreta!* Esta labor puede y debe consistir en organizar periódicos locales en vasta escala, en la inmediata preparación de las fuerzas obreras para manifestaciones, en que las organizaciones locales trabajen constantemente entre los desocupados (infatigable difusión de volantes y folletitos, convocatoria de mítines, llamamientos a oponer resistencia al Gobierno, etc.). ¡Hay que iniciar una labor política activa en el plano local y cuando surja la necesidad de unificarse sobre esta base real la unión no será algo artificial, no quedará en el papel, porque no es por medio de periódicos como se conseguirá esta unificación del trabajo local en una obra común a toda Rusia! (*En vísperas de la revolución*, p. 54).

Hemos subrayado en este elocuente trozo los pasajes que permiten apreciar con mayor relieve tanto el juicio erróneo del autor sobre nuestro plan como, en general, el falso punto de vista que opone a *Iskra*. Si no se educa a fuertes organizaciones políticas locales no tendrá valor el mejor periódico destinado a toda Rusia. Esto es absolutamente correcto. Pero se trata de que *no existe otro medio para educar* a fuertes organizaciones políticas que un periódico para toda Rusia. Al autor se le ha escapado la declaración más importante de *Iskra*, formulada *antes de pasar* a exponer su “plan”: la de que era necesario

exhortar a crear una organización revolucionaria capaz de unir todas las fuerzas y dirigir el movimiento *no sólo nominalmente*, sino en la realidad, es decir, *dispuesta siempre a apoyar toda protesta y todo estallido*, aprovechándolos para multiplicar y robustecer las fuerzas combativas aptas para la lucha decisiva.

Pero ahora, después de los sucesos de febrero y marzo, todo el mundo estará de acuerdo con esto en principio —continúa *Iskra*—. Sin embargo, lo que nosotros necesitamos no es *resolver* el problema en el plano de los principios, sino *en la práctica*; es necesario establecer inmediatamente un plan determinado de la estructura para que todo el mundo pueda iniciar la construcción ahora mismo y en

estas partes. ¡Y ahora nos arrastran una vez más hacia atrás, lejos de la solución práctica, hacia una verdad justa en el plano de los principios, indiscutible, grande, pero en todo sentido insuficiente e incomprensible para las grandes masas obreras: "Educar fuertes organizaciones políticas"! ¡Pero si no se trata de eso, respetable autor, sino de cómo hay que educar y de cómo educar con éxito!

No es verdad que "nuestra labor se ha desarrollado principalmente entre los obreros cultos, en tanto que las masas se dedicaban de modo casi exclusivo a la lucha económica". Presentada de esta forma, la tesis se desvía hacia la tendencia habitual en *Scoboda*, radicalmente errónea, a oponer los obreros cultos a la "masa". Pues también los obreros cultos se dedicaron en estos últimos años "de modo casi exclusivo a la lucha económica". Esto, por una parte. Por otra, tampoco las masas aprenderán jamás a sostener la lucha política mientras no ayudemos a los dirigentes a *formarse* a sí mismos, ya sea que provengan de los obreros cultos o de los intelectuales; y estos dirigentes sólo pueden formarse si analizan de modo sistemático y cotidiano *todos* los aspectos de nuestra vida política, *todas las tentativas* de protesta y de lucha de las distintas clases y por diversos motivos. ¡Por eso es simplemente ridículo hablar de "educar organizaciones políticas" y al mismo tiempo *oponer* la "labor en el papel" de un periódico político a la "labor política real en la base"! ¡Es *Létra* el que adapta su "plan" de un periódico al "plan" de crear un "dispositivo de combate" que pueda apoyar tanto un movimiento de obreros desocupados, un alzamiento campesino, como el descontento de los miembros de los *zemstvos*, "la indignación de la población contra los arrogantes bachi-bozuks⁷³ zaristas", etc.! Por lo demás, toda persona familiarizada con el movimiento sabe de sobra que la inmensa mayoría de las organizaciones locales *ni siquiera* piensa en ello; que muchas de las perspectivas aquí esbozadas de "una labor política real" no fueron aplicadas en la práctica *ni una sola vez* por organización alguna; que, por ejemplo, la tentativa de llamar la atención sobre el crecimiento del descontento y de las protestas entre los intelectuales de los *zemstvos* origina un sentimiento de desconcierto y perplejidad tanto en Nadezhdin ("¡Dios mío!, ¿pero será ese órgano para los miembros de los *zemstvos*?", *En náperu...*, p. 129) como en los economistas (véase la carta en *Létra* N.º 12) y en muchos militantes dedicados al trabajo práctico. En estas condiciones, sólo se puede "empezar" por incitar a la gente a *pensar* en todo esto, a resumir y generalizar todos los indicios de efervescencia y de lucha activa. En los momentos actuales, en que se rebaja la importancia de las tareas socialdemócratas, "la labor política real" sólo se puede *iniciar* por medio de una agitación política viva, cosa imposible sin un periódico destinado a toda Rusia que aparezca con frecuencia y se difunda con regularidad.

Quienes consideran el "plan" de *Létra* como la manifestación de un "absurdo espíritu literario" no han entendido en absoluto el fondo del plan y toman como fin lo que se propone como medio más adecuado para el momento presente. Esas

⁷³ Mercenarios (NéF).

personas no se han tomado la molestia de meditar sobre dos comparaciones que ilustran con claridad el plan propuesto. La organización de un periódico político para toda Rusia —se decía en *Izba*— debe ser el *hilo fundamental* a través del cual podamos desarrollar, profundizar y extender sin desviaciones esta organización (es decir, la organización revolucionaria, siempre dispuesta a apoyar toda protesta y todo estallido). Hagan el favor de decirnos: cuando los albañiles colocan en diferentes lugares las piedras de una obra grandiosa y sin precedentes, ¿es una labor “en el papel” tender el hilo que les ayude a encontrar el lugar justo para las piedras, les indique la meta de la obra común, les permita colocar no sólo cada piedra, sino cada trozo de esta que, al sumarse a las precedentes y a las que sigan, formará la línea acabada y total? ¿No vivimos acaso un momento de esta índole en nuestra vida de partido, cuando tenemos piedras y albañiles pero falta el hilo, visible para todos y a la cual todos puedan atenerse? No importa que griten que al tender el hilo lo que pretendemos es mandar: si así fuera, señores, nosotros no habríamos escrito *Izba* N.º 1 sino *Rabochaya Gazeta* N.º 3, como nos lo habían propuesto algunos camaradas y a lo cual *nos asistiría pleno derecho* después de los acontecimientos que expusimos más arriba. Pero no lo hemos hecho: queríamos tener las manos libres para desarrollar una lucha intransigente contra toda clase de seudosocialdemócratas; queríamos que nuestro hilo, si estaba tendido en forma correcta, fuese respetado por su justeza y no por haber sido tendido por un órgano oficial. Nos dice sentenciosamente L. Nadezhdin:

El problema de unificar las actividades locales en órganos centrales se mueve en un círculo vicioso. La unificación requiere una homogeneidad de elementos, que sólo puede ser creada por una fuerza unificadora, que a su vez sólo puede ser el producto de fuertes organizaciones locales, las cuales en este momento no se distinguen en modo alguno por su homogeneidad.

Esta es una verdad tan respetable e indiscutible como la de que es necesario educar a fuertes organizaciones políticas. Y no menos estéril que esta. Todo problema “se mueve en un círculo vicioso”, pues toda la vida política es una cadena sin fin compuesta por una infinita serie de eslabones. Todo el arte de un político consiste en encontrar y asir con fuerza el eslabón que menos pueda ser arrancado de sus manos, que sea el más importante en un momento determinado, que garantice lo más posible a quien lo posea el apoderarse de toda la cadena⁷⁴. Si tuviéramos una cuadrilla de albañiles expertos que trabajasen de un modo tan acorde que aun sin el hilo pudieran colocar las piedras donde hace falta (lo cual, hablando en abstracto, no es imposible ni mucho menos), entonces quizá podríamos asir también otro eslabón. Pero la desgracia es que aún carecemos de

⁷⁴ ¡Camarada Krichevsky! ¡Camarada Martinov! Les llamo la atención sobre esta manifestación escandalosa de “absolutismo”, de “autoridad sin control”, “de reglamentación soberana”, etc. Miran: ¡quiere apoderarse de toda la cadena! Apresúrense a presentar querrela. Ya cuentan con un tema para dos artículos de fondo en el número 12 de *Rabocheye Dielo*.

albañiles expertos y capaces de trabajar de un modo armónico, que las piedras se colocan muy a menudo al azar, sin guiarse por un hilo común, en forma tan desordenada que el enemigo puede destruir la estructura como si fuera de arena y no de piedras.

Otra comparación:

El periódico no es sólo un propagandista y un agitador colectivo, sino también un organizador colectivo. En este último sentido, *se lo puede comparar con el andamiage* de un edificio en construcción, que señala sus contornos, facilita la comunicación entre los distintos obreros, les ayuda a distribuir el trabajo y a observar los resultados generales alcanzados gracias a su trabajo organizado⁷⁵.

Esto se parece mucho al literato, al hombre de gabinete que exagera la importancia de su papel, ¿no es cierto? El andamiage no es imprescindible para la vivienda misma: se construye con materiales de peor calidad, se levanta por un breve período y luego, una vez terminado el edificio, aunque sólo sea en sus grandes líneas, se echa al fuego. En lo que se refiere a la construcción de organizaciones revolucionarias, la experiencia demuestra que a veces se pueden construir sin andamios (recuerden ustedes la década del 70). Pero ahora no podemos ni imaginarnos la posibilidad de levantar el edificio que necesitamos sin un andamio.

Nadezhdin no está de acuerdo con esto y dice: "*Él*ra piensa que en torno de ese periódico, en el trabajo para él, se concentrará el pueblo, se organizará. ¡Pero si le es mucho más fácil concentrarse y organizarse en torno de una labor más concreta!". Así dice: "... más fácil concentrarse y organizarse en torno de una labor más concreta". Un proverbio ruso dice: "No escupas en el pozo, que de su agua tendrás que beber". Pero hay personas que no tienen reparos en beber de un pozo en cuyas aguas ya se ha escupido. ¡Cuántas infamias han dicho nuestros excelentes "críticos" legales "del marxismo" y los admiradores ilegales de *Rabochaya Mysl* en nombre de este algo más concreto! ¡Hasta qué punto está comprimido todo nuestro movimiento por nuestra estrechez de miras, nuestra falta de iniciativa y nuestra timidez, que se justifican con los argumentos tradicionales de que es "mucho más fácil [...] en torno de una labor más concreta"! ¡Y Nadezhdin, que se considera dotado de un sentido especial de la "realidad", que condena con singular severidad a los hombres de "gabinete", que imputa (con pretensiones de agudeza) a *Él*ra la debilidad de ver en todas partes economismo, que se imagina a sí mismo muy por encima de esta división entre ortodoxos y críticos, no nota que con sus argumentos favorece la estrechez de miras que le indigna y que bebe en el pozo más lleno de escupitajos! Sí, no basta la indignación más sincera contra la estrechez de miras,

⁷⁵ Martinov, al citar en *R. Dielo* la primera frase de este pasaje (N.º 10, p. 62), omitió la segunda, como subrayando así que no quería tocar el fondo de la cuestión o que era incapaz de comprenderlo.

el deseo más ardiente de elevar a quienes se prosternan ante ella, si quien se indigna es arrastrado sin velas y sin timón y si, tan “espontáneamente” como los revolucionarios de la década del 70, se aferra al “terror excitante”, al “terror agrario”, al “toque a alarma”, etc.

Examinemos en qué consiste ese “algo más concreto” en torno de lo cual —piensa él— será “mucho más fácil” concentrarse y organizarse: 1) periódicos locales; 2) preparación de manifestaciones; 3) trabajo entre los obreros desocupados. A simple vista se advierte que todas estas cosas han sido tomadas al azar como pretexto para decir algo, porque desde cualquier ángulo que las consideremos sería un perfecto desatino ver en ellas algo especialmente capaz de “concentrar y organizar”. Y el mismo Nadezhdin dice unas cuantas páginas más adelante:

Ya es tiempo de dejar sentado con claridad un hecho: en la base se cumple un trabajo muy mezquino, los comités no realizan ni la décima parte de lo que podrían realizar [...] los centros de unificación que tenemos ahora son una ficción, una especie de burocracia revolucionaria cuyos miembros se ascienden recíprocamente a generales, y así seguirán las cosas mientras no se desarrollen fuertes organizaciones locales.

No cabe duda de que estas palabras, al mismo tiempo que exageraciones, encierran grandes y amargas verdades. ¿Es que Nadezhdin no percibe el vínculo que existe entre el trabajo mezquino en la base y el estrecho horizonte de los militantes, el reducido alcance de sus actividades, cosas inevitables dada la poca preparación de aquellos que se encierran en los marcos de las organizaciones locales? ¿Acaso Nadezhdin, lo mismo que el autor del artículo sobre organización publicado en *Svoboda*, ha olvidado que el paso a una amplia prensa local (desde 1898) fue acompañado por una intensificación especial del economismo y de los “métodos primitivos de trabajo”? Además, aunque fuese posible la organización más o menos satisfactoria de “una abundante prensa local” (y ya demostramos más arriba que, salvo casos muy excepcionales, esto es imposible), aun en ese caso los órganos locales tampoco podrían “concentrar y organizar” todas las fuerzas de los revolucionarios para una ofensiva general contra la autocracia, para dirigir la lucha única. No olvidemos que aquí sólo se trata del alcance “concentrador”, organizador, del periódico, y podríamos formular a Nadezhdin, defensor de la fragmentación, la misma pregunta irónica que él formula: “¿Es que alguien nos dejó una herencia de doscientos mil organizadores revolucionarios?”.

Prosigamos. No se puede *contraponer* la “preparación de manifestaciones” al plan de *Iskra* por la sencilla razón de que este último incluye las manifestaciones más amplias como *uno de sus fines*; pero de lo que se trata es de elegir los *medios* prácticos. Nadezhdin se ha vuelto a enredar aquí, pues pierde de vista que sólo puede “preparar” manifestaciones (que hasta ahora fueron, en

la inmensa mayoría de los casos, completamente espontáneas) un ejército ya "concentrado y organizado" y que lo que nosotros precisamente *no sabemos* es concentrar y organizar.

"Trabajo entre los obreros desocupados". Siempre la misma confusión, porque esto también representa una de las acciones de campaña de un ejército movilizad y no un plan para movilizar dicho ejército. El caso siguiente demuestra hasta qué punto subestima Nadezhdin, también en este sentido, el daño que produce nuestra fragmentación, la falta de los "doscientos mil organizadores". Muchos (y entre ellos Nadezhdin) han reprochado a *Izba* la escasez de noticias sobre la desocupación, el carácter casual de las crónicas sobre los fenómenos más habituales de la vida rural. Es un reproche merecido, pero *Izba* es culpable sin haber pecado. Nosotros procuramos "tender un hilo" también a través de la aldea, pero allí casi no hay albañiles y nos vemos obligados a alentar a *todo* el que nos comunique aunque sólo sea el suceso más habitual, en la esperanza de que ello multiplique el número de colaboradores en ese terreno y *nos enseñe a todos* a elegir, en definitiva, los sucesos realmente sobresalientes. Pero existe tan poco material de enseñanza que si no lo generalizamos a escala nacional no habrá nada con qué aprender. No cabe duda de que un hombre que tuviera por lo menos las aptitudes de agitador y el conocimiento de la vida de los vagabundos que observamos en Nadezhdin podría prestar servicios inapreciables al movimiento con la agitación entre los obreros desocupados; pero un hombre de esta índole enterraría su talento si no se preocupara de poner en conocimiento de *todos* los camaradas rusos cada paso de su actuación, para que sirviese de enseñanza y de ejemplo a las personas que, en su inmensa mayoría, aún no saben emprender esta nueva labor.

Todo el mundo sin excepción habla ahora de la importancia de la unificación, de "concentrar y organizar", pero en la mayoría de los casos falta una noción exacta de por dónde empezar y de cómo llevar a cabo la unificación. Es probable que todos convengan en que si "unificásemos", por ejemplo, los círculos de distrito de una ciudad se requerirían para ello *organismos comunes*, es decir, no sólo la denominación común de "unión", sino un trabajo realmente *común*, intercambio de materiales, de experiencia, de fuerzas, distribución de funciones, no sólo por distritos, sino según las especialidades de todo el trabajo urbano. Todo el mundo convendrá en que un sólido aparato conspirativo no cubrirá sus gastos (si puede emplearse una expresión comercial) con los "recursos" (se sobreentiende que tanto materiales como personales) de un distrito; que en este reducido campo de acción no puede desenvolverse el talento de un especialista. Pero lo mismo puede decirse de la coordinación de las actividades de varias ciudades, porque incluso el campo de acción de una localidad aislada resultará y, como lo demostró ya la historia de nuestro movimiento socialdemócrata, ha resultado ser enormemente estrecho: lo hemos probado con todo detalle más arriba, con el ejemplo de la agitación política y de la labor de organización.

Es necesario, es imprescindible extender antes que nada este campo de acción, crear vínculos *efectivos* entre las ciudades sobre la base de un trabajo *regular y común*, porque la fragmentación está asfixiando a la gente que "está en el pozo" (expresión del autor de una carta dirigida a *Iskra*), sin saber lo que pasa en el mundo, de quién tiene que aprender, cómo conseguir experiencia, de qué modo satisfacer su deseo de realizar una actividad amplia. Y yo continúo insistiendo en que estos vínculos *efectivos* sólo pueden *empezar* a crearse sobre la base de un periódico común, que sea la única empresa regular para toda Rusia que haga el balance de toda la actividad en sus aspectos más variados y que con ello *invite* a la gente a seguir infatigablemente hacia adelante, por *todos* los numerosos caminos que llevan a la revolución, del mismo modo que todos los caminos llevan a Roma. Si no deseamos la unificación sólo de palabra es necesario que cada círculo local *asigne inmediatamente*, digamos, una cuarta parte de sus fuerzas a un trabajo *activo* para la causa *común*. Y el periódico le mostrará enseguida⁷⁶ los contornos generales, las proporciones y el carácter de la obra; les revelará qué ligunas son las que más se advierten en la actividad general de Rusia, dónde no existe agitación, dónde son débiles los vínculos, qué rueditas del enorme mecanismo general podría arreglar o sustituir por otras mejores un círculo determinado. Un círculo que aún no hubiera trabajado y que sólo buscara trabajo podría empezar entonces, no como artesano en su pequeño taller aislado, desconociendo el desarrollo de la "industria" anterior a él y el estado general de determinadas formas de producción industrial, sino como colaborador de una vasta empresa que *refleja* toda la ofensiva revolucionaria general contra la autocracia. Y cuanto más perfecta sea la preparación de cada ruedita, cuanto mayor sea la cantidad de trabajadores aislados que participen en la obra común, tanto más densa será nuestra red y tanta menos confusión provocarán en las filas comunes las inevitables redadas policiales.

El vínculo *efectivo* empezaría a crearse por la mera función de difundir el periódico (si este mereciera el título de tal, es decir, si apareciera con regularidad y no una vez por mes, como las revistas voluminosas, sino por lo menos cuatro veces). En la actualidad, las relaciones entre las ciudades en cuanto a asuntos revolucionarios son muy raras y, en todo caso, una excepción. Pero si tuviéramos un periódico esas relaciones se convertirían en regla general y, por supuesto, no sólo asegurarían la difusión del mismo, sino también (lo que es más importante) el intercambio de experiencia, de materiales, fuerzas y recursos. El trabajo de organización adquiriría enseguida una envergadura mucho mayor y el éxito de una localidad alentaría constantemente a seguir

⁷⁶ Con una reserva: siempre que simpatice con la orientación de este periódico y considere útil a la causa ser su colaborador, entendiendo por ello, no sólo la colaboración literaria, sino toda la colaboración revolucionaria en general. *Nota para Rabocheye Dielo*: esta reserva queda sobrentendida para los revolucionarios que aprecian el trabajo y no el juego a la democracia, que no separan las "simpatías" de la participación más activa y viva.

perfeccionándose, a aprovechar la experiencia ya adquirida por un camarada que actúa en otro extremo del país.

El trabajo local sería más rico y variado que ahora; las denuncias políticas y económicas que se recogiesen por toda Rusia nutrirían intelectualmente a los obreros de todos los oficios y de *todos los grados de desarrollo*, suministraría datos y motivos para charlas y lecturas sobre los problemas más variados, que serían sugeridos, además, por las alusiones de la prensa legal, las conversaciones entre la gente y las "vergonzantes" declaraciones del Gobierno. Cada estallido, cada manifestación serían sopesados, discutidos en cada uno de sus aspectos en todos los confines de Rusia, y con ello surgiría el deseo de no quedar a la zaga, de hacer las cosas mejor que nadie (¡nosotros, los socialistas, no desechamos en absoluto toda emulación, toda "competencia" en general!), de preparar conscientemente lo que la primera vez se había hecho, por así decirlo, de modo espontáneo, de aprovechar las condiciones favorables de una localidad determinada o de un momento determinado para modificar el plan de ataque, etc.

Al mismo tiempo, esta reanimación de la labor local no acarrearía la desesperada tensión "agónica" de *todas* las fuerzas, ni la movilización de *todos* los hombres, como sucede a menudo ahora cuando hay que organizar una manifestación o publicar un número de un periódico local. Por una parte, la Policía tropezaría con dificultades mucho mayores para llegar hasta "la raíz", ya que no se sabría en qué localidad buscarla; por otra, una labor regular y común enseñaría a los hombres a ajustar, *en cada caso concreto*, la energía de un ataque dado con el estado de las fuerzas de tal o cual destacamento del Ejército común (ahora casi nadie piensa en ninguna parte en esta coordinación, pues en nueve casos de cada diez los ataques se producen en forma espontánea) y facilitaría el "transporte", no sólo de las publicaciones, sino también de las fuerzas revolucionarias.

Ahora en la mayor parte de los casos estas fuerzas se desangran en la estrecha labor local; mientras que en las circunstancias que estamos discutiendo habría posibilidad y constantes ocasiones para trasladar a un agitador u organizador más o menos capaz de un extremo a otro del país. Comenzando por un corto viaje por asuntos del partido y por cuenta del mismo, los militantes se acostumbrarían a ser mantenidos por aquel, a convertirse en revolucionarios profesionales, a formarse como verdaderos dirigentes políticos.

Si realmente logramos que todos o una considerable mayoría de los comités, grupos y círculos locales emprendan de manera activa la labor común, en un futuro no lejano estaremos en condiciones de publicar un semanario que se difunda con regularidad, en decenas de millares de ejemplares, por toda Rusia. Este periódico sería una parte de un enorme fuelle de forja que atizaría cada chispa de la lucha de clases y de la indignación del pueblo convirtiéndola en un gran incendio. En torno de esta tarea, de por sí muy inocente y muy pequeña aún, pero regular y *así* en el pleno sentido de la palabra, se concentraría e instruiría sistemáticamente el ejército permanente de luchadores probados. Por

los andamios de este edificio común de organización pronto veríamos ascender y destacarse de entre nuestros revolucionarios a los Zheliabov socialdemócratas; y entre nuestros obreros los Bebel rusos, que se pondrían a la cabeza del ejército movilizad y levantarían a todo el pueblo para acabar con la vergüenza y la maldición de Rusia.

¡Con esto hay que soñar!

* * *

"¡Hay que soñar!". Después de escribir estas palabras me sentí alarmado. Me imaginé sentado en el "congreso de unificación" frente a los redactores y colaboradores de *Rabocheye Delo*. Y he aquí que se levanta el camarada Martinov y se dirige a mí con tono amenazador: "Permítame que le pregunte: ¿tiene una redacción autónoma derecho a soñar sin previo referéndum de los comités del Partido?". Tras él se levanta el camarada Krichevsky y (profundizando filosóficamente al camarada Martinov, quien hace mucho tiempo había profundizado ya al camarada Plejanov) en tono aún más amenazador continúa: "Yo voy más lejos y pregunto si en general un marxista tiene derecho a soñar, si no olvida que, según Marx, la humanidad siempre se plantea tareas realizables y que la táctica es un proceso de crecimiento de las tareas, que crecen con el partido".

Sólo de pensar en estas preguntas amenazadoras siento escalofríos y pienso dónde podría esconderme. Intentaré hacerlo detrás de Pisarev. Escribía Pisarev a propósito del desacuerdo entre los sueños y la realidad:

Hay diferentes clases de conflictos. Mis sueños pueden rebasar el curso natural de los acontecimientos o bien desviarse a un lado, adonde el curso natural de los acontecimientos no puede llegar jamás. En el primer caso, los sueños no producen daño alguno e inclusive pueden sostener y reforzar las energías del trabajador... En sueños de esta índole nada hay que deforme o paralice la fuerza de trabajo. Muy al contrario. Si el hombre estuviese privado por completo de la capacidad de soñar así, si no pudiese de vez en cuando adelantarse y contemplar con su imaginación el cuadro total y acabado de la obra que se bosqueja entre sus manos, entonces no me es posible imaginar qué móviles obligan al hombre a emprender y llevar a su término vastas y penosas empresas en el terreno de las artes, las ciencias y la vida práctica... El conflicto entre los sueños y la realidad no produce daño alguno, siempre que la persona que sueña crea con seriedad en su sueño, se fije atentamente en la vida, compare sus observaciones con sus castillos en el aire y, en general, trabaje conscientemente en la realización de sus fantasías. Cuando existe alguna relación entre los sueños y la vida todo va bien. Pues bien, los sueños de esta naturaleza, por desgracia, son muy raros en nuestro movimiento. Y de ello son culpables, sobre todo, los representantes de la crítica legal y del "seguidismo" ilegal, que se jactan de sus opiniones sobrias y de su "proximidad" a lo "concreto".

C. ¿Qué tipo de organización necesitamos?

Por lo que precede, el lector puede ver que nuestra "táctica como plan" consiste en rechazar el llamamiento inmediato al asalto, en exigir que se organice "debidamente el asedio de la fortaleza enemiga" o, dicho en otros términos, en exigir que todos los esfuerzos se dirijan a reunir, organizar y *mobilizar* un ejército regular. Cuando pusimos en ridículo a *Rabocheye Dielo* por su salto del economismo a los gritos sobre la necesidad del asalto (gritos en que prorrumpió en abril de 1901, en *Listok Rabochego Diela* N.º 6) esa publicación nos atacó, como es natural, acusándonos de "doctrinarismo", diciendo que no comprendemos el deber revolucionario, que exhortamos a la prudencia, etc. Desde luego, no nos extrañó en modo alguno esta acusación en boca de gente que carece de todo principio y que sale del paso con la filosofía de la "táctica como proceso"; como tampoco nos extrañó que esta acusación la repitiera Nadezhdin, quien en general alberga el desprecio más altivo por la firmeza en los principios programáticos y tácticos.

Dicen que la historia no se repite. Pero Nadezhdin se empeña con todas sus fuerzas en repetirla e imita conscientemente a Tkachov cuando denigra la "elevación de la cultura revolucionaria", vocifera sobre "el repique de campanas del *trabé*"⁷⁷, pregona un especial "punto de vista de vísperas de la revolución", etc. Al parecer, olvida la conocida sentencia de que si el original de un acontecimiento histórico es una tragedia, su copia no es más que una farsa. La tentativa de adueñarse del poder —preparada por la propaganda de Tkachov y llevada a cabo mediante el terror "intimidador" que realmente intimidaba entonces— era majestuosa; en cambio, el terror "estimulante" del pequeño Tkachov es simplemente ridículo; sobre todo cuando se complementa con la idea de organizar a los obreros medios. Escribe Nadezhdin:

Si *Izba* saliese de su esfera de absurdos literarios comprendería que estos [hechos como la carta de un obrero en *Izba* N.º 7, etc.] son síntomas de que pronto, muy pronto, comenzará el "asalto", y hablar ahora [*hic*] de una organización cuyos hilos arranquen de un periódico destinado a toda Rusia es concebir ideas y trabajo de gabinete".

Píense en esta confusión increíble: por una parte, terror excitante y "organización de los obreros medios", junto con la idea de que es "más fácil" concentrarse en torno de algo "más concreto", por ejemplo de periódicos locales. Y, por otra parte, hablar "ahora" de una organización para toda Rusia significa concebir ideas de gabinete, es decir (empleando un lenguaje más franco y sencillo), ¡"ahora" ya es tarde! Y para "la amplia organización de periódicos locales", ¿no es tarde, respetabilísimo L. Nadezhdin? Comparemos con esto el punto de vista y la táctica de *Izba*: el terror excitante es una tontería; hablar de

⁷⁷ Asamblea popular de la antigua Rusia que se convocaba al repique de las campanas [NéE].

organizar a los obreros medios, de una amplia publicación de periódicos locales, significa abrir de par en par las puertas al economismo. Es preciso hablar de una organización de revolucionarios única, destinada a toda Rusia, y no será tarde para hablar de ella hasta el momento en que empiece el verdadero asalto, y no uno en el papel.

Continúa Nadezhdin:

Sí, en cuanto a la organización, nuestra situación está muy lejos de ser brillante; sí, *Iskra* tiene toda la razón cuando dice que el grueso de nuestras fuerzas militares está constituido por voluntarios e insurrectos [...]. Está bien que ustedes tengan una noción sobria del estado de nuestras fuerzas, pero ¿por qué olvidan que la multitud no es en absoluto nuestra y que por consiguiente no nos preguntará cuándo hay que iniciar las operaciones militares? Simplemente se lanzará al "motín"... Cuando la multitud empiece a actuar con su fuerza destructora espontánea, puede arrollar y desalojar al "Ejército regular", al que siempre se intentó organizar en forma rigurosamente sistemática, sin que ello llegara a concretarse (la cursiva es nuestra).

¡Extraña lógica! Precisamente porque "la multitud no es nuestra" es insensato e indecoroso dar gritos de "asalto" inmediato, ya que el asalto es un ataque de un Ejército regular y no un estallido espontáneo de la multitud. Precisamente porque la multitud puede arrollar y desalojar al Ejército regular necesitamos sin falta que toda nuestra labor de "organización rigurosamente sistemática" del Ejército regular "marche a la par" con el auge espontáneo, porque cuanto más "consigamos" esta organización tanto más probable es que el Ejército regular no sea arrollado por la multitud, sino que se ponga delante de ella, a su cabeza. Nadezhdin se confunde porque imagina que este ejército sistemáticamente organizado se ocupa de algo que lo aparta de la multitud, cuando, en realidad, se ocupa con exclusividad de una agitación política múltiple y general, es decir, justamente de la labor que aproxima y funde en un todo la fuerza destructora espontánea de la multitud y la fuerza destructora consciente de la organización de revolucionarios. La verdad es que ustedes, señores, cargan al prójimo las culpas propias, pues precisamente el grupo *Svoboda*, al introducir en el programa el terror, exhorta a crear una organización de terroristas y semejante organización distraería a nuestro ejército de su acercamiento a la multitud, que por desgracia aún no es nuestra ni nos pregunta, o casi no nos pregunta todavía, cuándo y cómo hay que iniciar las operaciones militares.

"No veremos venir la propia revolución —continúa Nadezhdin, tratando de asustar a *Iskra*—, como nos ocurrió con los acontecimientos actuales, que cayeron como un alud sobre nuestras cabezas". Esta frase, relacionada con las que hemos citado más arriba, nos demuestra con claridad que es absurdo el "punto de vista de vísperas de la revolución" inventado por *Svoboda*⁷⁸.

⁷⁸ En vísperas de la revolución, p. 62.

Hablando claramente, este "punto de vista" especial se reduce a que "ahora" ya es tarde para deliberar y prepararse. Pero en este caso, ¡oh, respetabilísimo enemigo del "espíritu literario"! ¿para qué escribir ciento treinta y dos páginas impresas "sobre problemas de teoría" y de táctica"? ¿No le parece que al "punto de vista de vísperas de la revolución" le cuadraría más bien la edición de ciento treinta y dos mil volantes con un breve llamamiento: "¡A golpearlos, a derribarlos!"?

Corre menor riesgo de no ver venir la revolución quien coloca como piedra angular de todo su programa, de toda su *táctica*, de toda su *labor de organización*, la agitación política en el plano nacional, como hace *Iskra*. Las personas que en toda Rusia están ocupadas ahora en trenzar los hilos de la organización que arranquen de un periódico destinado a toda Rusia, lejos de dejar pasar inadvertidos los sucesos de la primavera, nos han dado, por el contrario, la posibilidad de pronosticarlos. Tampoco han dejado pasar inadvertidas las manifestaciones descritas en los números trece y catorce de *Iskra*: por el contrario, participaron en ellas con clara conciencia de que su deber era acudir en ayuda del ascenso espontáneo de la multitud y contribuir al mismo tiempo, por medio de su periódico, a que todos los camaradas rusos conozcan estas manifestaciones y utilicen su experiencia. ¡Y si están vivos tampoco dejarán pasar inadvertida la revolución, que reclamará de nosotros, ante todo y por encima de todo, experiencia en la agitación, saber apoyar (apoyar a la manera socialdemócrata) toda protesta, saber orientar al movimiento espontáneo, preservándolo de los errores de los amigos y de las trampas de los enemigos!

Hemos llegado, pues, a la última razón que nos obliga a insistir con tanta energía en el plan de una organización formada en torno de un periódico destinado a toda Rusia, por medio de la labor conjunta para ese periódico común. Sólo semejante organización aseguraría la *flexibilidad* indispensable a la organización de combate socialdemócrata, es decir, la capacidad de adaptarse en el acto a las condiciones de lucha más variadas y rápidamente cambiantes, a saber: "Por un lado, rechuir las batallas en campo abierto, contra un enemigo arrollador, cuando concentra toda su fuerza en un punto, pero, por otro lado,

79 L. Nadeshdin, dicho sea de paso, no aporta casi nada a la discusión de problemas teóricos en su *Revista de problemas teóricos* si prescindimos del siguiente pasaje, muy curioso desde el "punto de vista de *En vísperas de la revolución*": "En estos momentos, el hermetismo en su conjunto pierde para nosotros su carácter agudo, así como nos da absolutamente lo mismo que el señor Adamovich demuestre que el señor Struve debe presentar la dimisión o que, por el contrario, el señor Struve desmienta al señor Adamovich y no consienta en dimitir. Nos da absolutamente igual porque ha sonado la hora decisiva de la revolución" (p. 110). Sería difícil ilustrar con mayor claridad la despreocupación infinita que L. Nadeshdin siente por la teoría. ¡Como hemos proclamado que estamos en "vísperas de la revolución", por lo tanto "nos da absolutamente lo mismo" que los ortodoxos logren o no desalojar definitivamente de sus posiciones a los críticos!! ¡Y nuestro sabio no advierte que precisamente durante la revolución nos harán falta los resultados de la lucha teórica contra los críticos para luchar con decisión contra sus posiciones *prácticas*!

saber aprovecharse de la torpeza de movimientos de dicho enemigo y lanzarse sobre él en el lugar y momento en que menos espere ser atacado⁸⁰.

Sería un gravísimo error estructurar la organización del partido contando sólo con estallidos y luchas en las calles, o sólo con la "marcha progresiva de la lucha cotidiana y gris". Debemos desarrollar *siempre* nuestra labor cotidiana y estar siempre dispuestos a todo, porque muchas veces es casi imposible prever por anticipado cómo se alternarán los períodos de estallidos con los de calma y, aun cuando fuera posible saberlo, no se podría aprovechar ese dato para reconstruir la organización porque en un país autocrático estos cambios se producen con asombrosa rapidez, a veces como consecuencia de una incursión nocturna de los genizaros⁸¹ zaristas. Y la revolución misma no se debe imaginar como un acto único (como, por lo visto, la conciben los Nadezhdin), sino como una rápida sucesión de estallidos más o menos violentos, que alternan con períodos de calma más o menos profunda. Por lo tanto, el contenido capital de las actividades de la organización de nuestro partido, el centro de gravedad de estas actividades debe consistir en una labor posible y necesaria tanto durante el período del estallido más violento como durante el de la calma más completa, a saber: una labor de agitación política unificada en toda Rusia, que arroje luz sobre todos los aspectos de la vida y que se dirija a las grandes masas. Y esta labor es *inowarible* en la Rusia actual sin un periódico destinado a toda Rusia y que aparezca muy frecuentemente. La organización que se forme por sí misma en torno de este periódico, la organización de sus *colaboradores* (en la acepción más amplia del término, es decir, de todos los que trabajen para él) estará dispuesta a *toda*, desde salvar el honor, el prestigio y la continuidad del Partido en los momentos de mayor "depresión" revolucionaria hasta preparar, fijar y llevar a la práctica *la insurrección armada de todo el pueblo*.

En efecto, imaginemos una redada completa, muy corriente entre nosotros, en una o varias localidades. Cuando no hay en *toda* las organizaciones locales *una* actividad común realizada en forma regular esas redadas van acompañadas a menudo por la interrupción del trabajo durante largos meses. En cambio, si todas tuvieran una actividad común bastarían, en el caso de la más seria redada, unas cuantas semanas de trabajo de dos o tres personas enérgicas para poner en contacto con el organismo central común a los nuevos círculos de la juventud que, como es sabido, incluso ahora brotan con suma rapidez; y

80 *Ibidem* N.º 4: "¿Por dónde empezar?". "Un trabajo prolongado no asusta a los revolucionarios educadores que no comparten el 'punto de vista de *En vísperas de la revolución*', escribe Nadezhdin (p. 62). Al respecto haremos la siguiente observación: si no sabemos elaborar una táctica política, un plan de organización, orientados sin falta hacia un trabajo para un período muy largo y que al mismo tiempo aseguren, *por el propio proceso de su trabajo*, la disposición de nuestro partido para ocupar su puesto y cumplir con su deber en cualquier circunstancia imprevista, por más que se precipiten los acontecimientos, seremos unos simples y miserables aventureros políticos. Sólo Nadezhdin, que apenas ayer empezó a titularse socialdemócrata, puede olvidar que el objetivo de la socialdemocracia consiste en la transformación radical de las condiciones de vida de toda la humanidad y que por ello es impensable que un socialdemócrata se "asuste" por la duración del trabajo.

81 Infantería especial de los sultanes otomanos [NdE].

cuando la actividad común que es obstaculizada por los arrestos está a la vista de todo el mundo los nuevos círculos pueden surgir y ponerse en contacto con dicho organismo central más rápidamente aún.

Por otra parte, imaginemos una insurrección popular. Ahora, es probable que todo el mundo esté de acuerdo en que debemos pensar en ella y prepararnos para ella. Pero *¿cómo* prepararnos? ¿Deberá designar el Comité Central agentes en todas las localidades para preparar la insurrección? Aunque tuviésemos un Comité Central, éste no lograría absolutamente nada con dichas designaciones dadas las actuales condiciones rusas. Por el contrario, una red de agentes⁸² que se formen por sí mismos en el trabajo de organización y difusión de un periódico común no tendría que "aguardar con los brazos cruzados" la consigna de la insurrección, sino que llevaría a cabo la actividad regular que en caso de insurrección le garantizaría las mayores probabilidades de éxito. Esta actividad reforzaría nuestros vínculos tanto con las grandes masas obreras como con todos los sectores descontentos con la autocracia, cosa tan importante para la insurrección. Precisamente esta actividad serviría de base para juzgar con acierto la situación política general y, por lo tanto, la capacidad de elegir el momento adecuado para la insurrección.

Esta actividad acostumbraría a *toda* las organizaciones locales a hacerse eco simultáneamente de los problemas, incidentes y sucesos políticos que agitan a toda Rusia, a responder a esos "sucesos" con la mayor energía posible, del modo más unánime y conveniente posible: y la insurrección es, en el fondo, la "respuesta" más enérgica, unánime y conveniente de todo el pueblo al Gobierno. Por último, acostumbraría a todas las organizaciones revolucionarias, en todos los confines de Rusia, a mantener las relaciones más constantes y a la vez más conspirativas, que crearían así la unidad *efectiva* del Partido; pues sin tales relaciones es imposible discutir colectivamente un plan de insurrección ni adoptar las medidas preparatorias indispensables en vísperas de esta, medidas que deben ser mantenidas en el secreto más riguroso.

En una palabra, "el plan de un periódico político para toda Rusia", lejos de ser el fruto de un trabajo de gabinete de personas contaminadas de doctrinismo y espíritu libresco (como les pareció a los que le dedicaron muy poca reflexión), es, por el contrario, el plan más práctico para empezar a prepararse en todas partes e inmediatamente para la insurrección, al mismo tiempo sin olvidar ni por un instante la labor ordinaria de todos los días.

⁸² ¿Se me ha escapado, ay, una vez más, la terrible palabra "agentes", que tanto hiere el oído democrático de los Martínov? Me extraña que esta palabra no haya molestado a los héroes de la década del 70 y en cambio moleste a los "artesanos" de la del 90. Me gusta esta palabra porque indica de un modo claro y tajante la *cosa misma* a la que todos los agentes subordinan sus pensamientos y sus actos, y si hubiese que sustituirla por otra sólo elegiría el término "colaborador", si éste no mostrara cierto dejo literario y cierta vaguedad. Porque lo que necesitamos es una organización militar de agentes. Digamos de paso que los numerosos Martínov (sobre todo en el extranjero), que gustan de "ascenderse recíprocamente a general", podrían decir, en lugar de "agente en asuntos de pasaportes", "comandante en jefe de la unidad especial destinada a proveer de pasaportes a los revolucionarios", etcétera.

CONCLUSIÓN

La historia de la socialdemocracia rusa se divide manifestamente en tres períodos.

El primero abarca cerca de un decenio, de 1884 a 1894, más o menos. En él surgieron y se afianzaron la teoría y el programa de la socialdemocracia. El número de adherentes de la nueva tendencia en Rusia se contaba por unidades. La socialdemocracia existía por fuera del movimiento obrero y como partido político se encontraba en la etapa embrionaria de desarrollo.

El segundo período abarca tres o cuatro años, de 1894 a 1898. La socialdemocracia aparece en la escena como movimiento social, como impulso de las masas populares, como partido político. Es el período de su niñez y adolescencia. Con la rapidez de una epidemia, se propaga el apasionamiento general de los intelectuales por la lucha contra el populismo y por ir hacia los obreros; los obreros revelan general entusiasmo por las huelgas. El movimiento hace grandes progresos. La mayoría de los dirigentes eran hombres muy jóvenes, que estaban lejos de haber alcanzado la "edad de treinta y cinco años", considerada por el señor N. Mijailovsky como una especie de límite natural. Dada su juventud, no estaban preparados para la labor práctica y desaparecen de la escena con asombrosa rapidez. Pero la envergadura de su trabajo, en la mayoría de los casos, era muy grande. Muchos de ellos comenzaron a pensar de un modo revolucionario como partidarios de *Narodnaya Volya*. Casi todos rendían en su primera juventud un culto entusiasta a los héroes del terror y les costó mucho sustraerse a la impresión seductora de esta tradición heroica; hubo que romper con personas que a toda costa querían seguir siendo fieles a *Narodnaya Volya*, personas a las que los jóvenes socialdemócratas respetaban mucho. La lucha obligaba a estudiar, a leer obras ilegales de todas las tendencias, a ocuparse intensamente de los problemas del populismo legal. Formados en esta lucha, los socialdemócratas iban hacia el movimiento obrero sin olvidar "un instante" la teoría del marxismo que iluminó tan brillantemente su camino, ni la tarea de derrocar a la autocracia. La formación del Partido, en la primavera de 1898, fue el acto de mayor relieve, y a la vez el último, de los socialdemócratas de aquel período.

El tercer período despunta, como acabamos de ver, en 1897 y aparece definitivamente en reemplazo del segundo en 1898 (1898-?). Es el período de dispersión, disgregación y vacilación. Como enronquecen los adolescentes al cambiar la voz, así también a la socialdemocracia rusa de aquel período se le quebró la voz y empezó a emitir notas falsas: por una parte en las obras de los señores Struve y Prokopovich, Bulgakov y Bendiayev, y por otra en las de V. I.

(quien alababa *Rabochaya Mysl*) y R. M. (Tajtariow, K.M.), de B. Krichevsky y Martinov. Pero sólo los dirigentes se movían cada uno por su lado y retrocedían: el movimiento mismo continuaba creciendo y hacia gigantescos progresos. La lucha proletaria abarcaba a nuevos sectores de obreros y se propagaba por toda Rusia, contribuyendo a la vez, indirectamente, a avivar el espíritu democrático entre los estudiantes y en las demás capas de la población. Pero la conciencia de los dirigentes cedió ante la convergadura y la fuerza del ascenso espontáneo. Entre los socialdemócratas predominaba ya gente de otro tipo: los militantes formados casi exclusivamente en el espíritu de la literatura marxista "legal", cosa más que insuficiente dado el alto nivel de conciencia que la espontaneidad de las masas reclamaba de ellos. Los dirigentes no sólo quedaban rezagados en el sentido teórico ("libertad de crítica") y en el terreno práctico ("métodos artesanales de trabajo"), sino que intentaban defender su atraso recurriendo a todo género de argumentos rimbombantes. La socialdemocracia era rebajada al nivel del tradeunionismo, tanto por los brentanianos de la literatura legal como por los "seguidistas" de la ilegal. El programa del *Credo* comienza a llevarse a la práctica, sobre todo cuando los "métodos artesanales de trabajo" de los socialdemócratas reavivan las tendencias revolucionarias no socialdemócratas.

Si el lector me reprocha por haberme ocupado demasiado en detalle de un periódico como *Rabocheye Dielo* le contestaré: *Rabocheye Dielo* ha adquirido una importancia "histórica" por haber reflejado con el mayor relieve el "espíritu" de este tercer período⁸³. No era el consecuente R. M., sino los Krichevsky y Martinov, que giran a todos los vientos, quienes podían expresar de modo auténtico la dispersión y las vacilaciones, la disposición a hacer concesiones a la "crítica", al "economismo" y al terrorismo. Lo que caracteriza a este período no es el desprecio olímpico hacia la labor práctica por algún admirador de "lo absoluto", sino la combinación de un practicismo mezquino con la más completa despreocupación por la teoría. Los héroes de este período, más que negar directamente las "grandes palabras", las envilecían: el socialismo científico dejó de ser una teoría revolucionaria integral y se convirtió en una mezcla a la que se añadían "libremente" elementos procedentes de todo nuevo manual alemán; la consigna de la "lucha de clases" no impulsaba hacia una actividad cada vez más vasta, cada vez más enérgica, sino que servía de amortiguador, pues "la lucha económica está íntimamente ligada a la lucha política"; la idea de un partido no servía para incitar a crear una organización combativa de revolucionarios, sino que justificaba una especie de "burocracia revolucionaria" y el juego infantil a formas "democráticas".

83 Podría contestar también con un refrán alemán: "Der Sach' Schlingt man, den Esel meint man"; o sea: a ti te lo digo, hija mía; enténdelo tú, muera mía. No sólo *Rabocheye Dielo*, sino la gran masa de los militantes dedicados al trabajo práctico y los teóricos sentían entusiasmo por la "crítica" de moda, se embrollaban en la cuestión de la espontaneidad, se desviaban de la concepción socialdemócrata de nuestras tareas políticas y de organización hacia la concepción tradeunionista.

No sabríamos señalar cuándo acaba el tercer período y empieza el cuarto (en todo caso ya lo anuncian muchos síntomas). Del campo de la historia pasamos aquí al terreno del presente y, en parte, del futuro. Pero creemos con firmeza que el cuarto período conducirá al afianzamiento del marxismo militante, la socialdemocracia rusa saldrá más fuerte y vigorosa de la crisis, la retaguardia oportunista será "relevada" por un verdadero destacamento de vanguardia de la clase más revolucionaria.

A manera de llamado a este "relevo", y resumiendo lo que acabamos de exponer, podemos dar esta escueta respuesta a la pregunta "¿qué hacer?":

Acabar con el tercer período.

INTENTO DE FUSIONAR ISKRA CON RABOCHEYE DIELO

Nos resta esbozar la táctica adoptada y consecuentemente aplicada por *Iskra* en las relaciones de organización con *Rabocheye Dieło*. Esta táctica ya fue plenamente expuesta en *Iskra* N.º 1, en el artículo sobre "La escisión en la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero". Desde el comienzo adoptamos la posición de que la *verdadera* Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero, reconocida por el primer congreso de nuestro partido como su representante en el extranjero, *se había dividido* en dos organizaciones; que seguía sin resolverse el problema de la representación del Partido, porque sólo temporal y condicionalmente se había resuelto, en el congreso internacional celebrado en París, con la elección de dos miembros para representar a Rusia en el buró socialista internacional permanente, uno por cada parte de la Unión dividida. Declaramos que, en lo fundamental, *Rabocheye Dieło* no tenía razón; respecto de los principios nos colocamos resueltamente al lado del grupo Emancipación del Trabajo, pero nos negamos, al mismo tiempo, a entrar en los detalles de la división y señalamos los méritos de la Unión en el terreno de la labor puramente práctica⁸⁴.

De modo que nuestra política era, hasta cierto punto, de espera: hacíamos una concesión al criterio imperante entre la mayoría de los socialdemócratas rusos, quienes sostenían que aun los enemigos más decididos del economismo podían trabajar codo a codo con la Unión, porque esta había declarado más de una vez que en principio estaba de acuerdo con el grupo Emancipación del Trabajo y que no pretendía, según afirmaba, tener una posición independiente en los problemas fundamentales de la teoría y de la táctica. El acierto de la posición que habíamos adoptado lo corrobora en forma indirecta el hecho de que, casi en el momento de la aparición del primer número de *Iskra* (diciembre de 1900), se separan de la Unión tres miembros, constituyendo el llamado "grupo de iniciadores", que ofrecieron sus servicios: 1) a la sección extranjera de la organización de *Iskra*; 2) a la organización revolucionaria "Sotsial-Demokrat" y 3) a la Unión, proponiendo su mediación para entablar negociaciones de conciliación. Las dos primeras organizaciones aceptaron enseguida; la *tercera se negó*. Por cierto, cuando en el congreso de "unificación", realizado el año pasado, uno de los oradores expuso los hechos citados un miembro del comité administrativo de la Unión declaró que su

⁸⁴ Este juicio sobre la división no sólo se basaba en el conocimiento de las publicaciones, sino en datos recogidos en el extranjero por algunos miembros de nuestra organización que habían estado allí.

negativa se debía *exclusivamente* a que aquella estaba descontenta con la composición del grupo de iniciadores. Aunque considero mi deber citar esta explicación, no puedo, sin embargo, dejar de observar que esta no es satisfactoria: conociendo el asentimiento de las dos organizaciones para entablar negociaciones, la Unión podía dirigirse a ellas por medio de otro mediador o en forma directa.

En la primavera de 1901, tanto *Zarya* (N.º 1, abril) como *Iskra* (N.º 4, mayo) entablaron una polémica directa contra *Rabocheye Dielo*. *Iskra* atacó, sobre todo, el artículo "Un viraje histórico" de *Rabocheye Dielo*, que en su suplemento de abril, esto es, después de los acontecimientos de primavera, dio muestras de poca firmeza ante el apasionamiento por el terror y los llamamientos "sanguinarios". A pesar de esta polémica, la Unión contestó que estaba dispuesta a reanudar las negociaciones de reconciliación por intermedio de un nuevo grupo de "conciliadores". La conferencia preliminar de representantes de las tres organizaciones mencionadas se llevó a cabo en el mes de junio y elaboró un proyecto de convenio sobre la base de un detalladísimo "acuerdo de principios", publicado por la Unión en el folleto *Dos congreso* y por la Liga en el folleto *Documentos del congreso de "unificación"*.

El contenido de este acuerdo de principios (o resoluciones de la conferencia de junio, como suele llamárselo) demuestra con claridad meridiana que nosotros exigíamos, como condición indispensable para la unificación, el repudio *más decidido* a toda manifestación de oportunismo en general, y de oportunismo ruso en particular. "Rechazamos —dice el primer párrafo— todas las tentativas de introducir el oportunismo en la lucha de clases del proletariado, tentativas que se han traducido en el llamado economismo, bernsteinismo, millerandismo, etc.". "La esfera de actividad de la socialdemocracia comprende [...] la lucha ideológica contra todos los adversarios del marxismo revolucionario" (4, c); "En todas las esferas de la labor de agitación y de organización la socialdemocracia no debe olvidar ni por un instante la tarea inmediata del proletariado ruso: derrocar a la autocracia" (5, a); "la agitación [...], no sólo sobre la base de la lucha diaria del trabajo asalariado contra el capital" (5, b); "... no reconocemos [...] la fase de lucha puramente económica y de lucha por reivindicaciones políticas parciales" (5, c); "... consideramos de importancia para el movimiento criticar las corrientes que elevan a la categoría de principio [...] lo elemental [...] y lo estrecho de las formas inferiores del movimiento" (5, d). Incluso una persona completamente ajena, después de leer con mayor o menor atención estas resoluciones, comprobará por su mismo enunciado que se dirigen contra los que eran oportunistas y "economistas", que olvidaron, aunque sólo fuera por un instante, la tarea de derribar a la autocracia; que aceptaron la teoría de las fases; que elevaron a la categoría de principio la estrechez de miras, etc. Y quien conozca más o menos la polémica del grupo Emancipación del Trabajo, *Zarya* e *Iskra* con *Rabocheye Dielo* no dudará ni un instante que estas resoluciones rechazan, punto por punto, las aberraciones en que había caído *Rabocheye Dielo*. Por eso, cuando en el congreso de "unificación" uno de los miembros de

la Unión declaró que los artículos publicados en *Rabochye Dielo* N.º 10 no se debían al nuevo "viraje histórico" de la Unión, sino al espíritu demasiado "abstracto" de las resoluciones, uno de los oradores lo puso con toda razón en ridículo. Las resoluciones no sólo no son abstractas, contestó, sino que son increíblemente concretas: basta echarles una ojeada para ver que "se quería atrapar a alguien".

Esta expresión motivó en el congreso un episodio característico. Por una parte, B. Krichevsky se aferró a la palabra "atrapar" diciendo que era un lapsus que delataba mala intención por nuestra parte ("tender una emboscada") y preguntó en tono patético: "¿A quién se iba a atrapar?". "Sí, en efecto, ¿a quién?", agregó irónicamente Plejanov. "Yo ayudaré al camarada Plejanov en su falta de perspicacia —contestó B. Krichevsky—; yo le explicaré que a quien se quería atrapar era a la redacción de *Rabochye Dielo*. (Risas.) ¡Pero no nos hemos dejado cazar!" (Exclamaciones de la izquierda: "¡Peor para ustedes!"). Por otra parte, un miembro del grupo Barba (grupo de conciliadores), contrario a las enmiendas de la Unión a las resoluciones y en su deseo de defender a nuestro orador, declaró que evidentemente la expresión "se quería atrapar" se había escapado sin intención en el calor de la polémica.

Por lo que a mí se refiere, creo que el orador que empleó la expresión no se sentirá del todo satisfecho con esta "defensa". Creo que las palabras "se quería atrapar a alguien" fueron "dichas en broma, pero pensadas en serio": nosotros siempre acusamos a *Rabochye Dielo* de falta de firmeza, de vacilaciones, razón por la cual, como es natural, debíamos tratar de *atraparlo* para conseguir que en lo sucesivo fuesen imposibles las vacilaciones. No se podía hablar aquí de mala intención porque hablábamos de la falta de firmeza en los principios. Y supimos "atrapar" a la Unión como camaradas, hasta tal punto⁸⁵ que las resoluciones de junio fueron firmadas por el propio B. Krichevsky y por otro miembro del comité administrativo de la Unión.

Los artículos publicados en *Rabochye Dielo* N.º 10 (nuestros camaradas conocieron este número sólo después de llegar al congreso, unos pocos días antes de iniciarse sus sesiones) demostraban con claridad que del verano al otoño se había producido en la Unión un nuevo viraje: los economistas habían obtenido

⁸⁵ Esta afirmación se repite en *Das oegress*, p. 25.

⁸⁶ A saber: en la introducción a las resoluciones de junio dijimos que la socialdemocracia rusa en su conjunto mantuvo siempre la posición de principios del grupo Emancipación del Trabajo y que el mérito de la Unión consistía sobre todo en su actividad en el terreno de las publicaciones y de la organización. En otros términos, dijimos que estábamos completamente dispuestos a olvidar el pasado y a reconocer que la labor de nuestros camaradas de la Unión era útil a la causa, a condición de que acabaran por completo con las vacilaciones, que era lo que perseguíamos con la "caza". Toda persona imparcial que lea las resoluciones de junio las entenderá en ese sentido. Pero si ahora la Unión, después de haber provocado ella misma la ruptura con un nuevo viraje hacia el economismo (en los artículos del N.º 10 y en las enmiendas), nos acusa con solemnidad de *faltar a la verdad* (*Das oegress*, p. 30) por estas palabras sobre sus méritos, entonces, por supuesto, la acusación no puede dejar de provocar una sonrisa.

una vez más la supremacía, y la redacción, dúctil a toda nueva "corriente", se dedicaba de nuevo a defender a los "más declarados bernsteinianos" y a la "libertad de crítica", a defender la "espontaneidad" y a predicar por boca de Martinov la "teoría de restringir" la esfera de nuestra influencia política (con el presunto propósito de profundizar esta influencia). Una vez más se confirmó la certera observación de Parvus acerca de que es difícil cazar a un oportunista con una simple fórmula, porque no vacilará en firmar *cualquier* fórmula y con la misma facilidad renegará de ella, ya que el oportunismo consiste precisamente en la falta de principios más o menos definidos y firmes. Hoy los oportunistas rechazan *toda* tentativa de introducir el oportunismo, rechazan *toda* restricción, prometen en tono solemne "no olvidar ni por un instante el derrocamiento de la autocracia", desarrollar la "agitación no sólo en el terreno de la lucha cotidiana del trabajo asalariado con el capital", etc., etc. Y mañana cambiarán de tono y volverán a sus viejas tretas con el pretexto de defender la espontaneidad y la marcha progresiva de la lucha cotidiana y gris, y de ensalzar las reivindicaciones que prometen resultados tangibles, etc. Al continuar afirmando que en los artículos del N.º 10 la "Unión no ha encontrado ni encuentra ninguna abjuración herética de los principios generales del proyecto aprobado en la conferencia" (*Des oíngress*, p. 26), la Unión sólo revela que es completamente incapaz de entender el fondo de las discrepancias, o que no quiere entenderlas.

Después del N.º 10 de *Rabocheye Dieło* sólo nos quedaba por hacer una tentativa: iniciar una discusión general para convencernos de que toda la Unión se solidariza con estos artículos y con su comité editorial. La Unión está particularmente disgustada con nosotros por tal cosa y nos acusa de intentar sembrar la discordia en su seno, de que nos inmiscuimos en cosas ajenas, etc. Acusaciones a todas luces infundadas, porque con una redacción designada por elección y que "vira" al más ligero soplo de viento, todo depende de la dirección del viento, y nosotros definimos esa dirección en las sesiones a puertas cerradas, a las que sólo asistían los miembros de las organizaciones que querían unificarse. Las enmiendas que por iniciativa de la Unión se introdujeron en las resoluciones de junio nos han quitado el último rayo de esperanza de llegar a un acuerdo. Constituyen una prueba documental del nuevo viraje hacia el economismo y de la solidaridad de la mayoría de la Unión con el N.º 10 de *Rabocheye Dieło*. Se mocionó para que se suprimiera de entre las manifestaciones de oportunismo el "llamado economismo" (debido al supuesto "significado vago" de estas palabras, aunque de esta argumentación sólo se deduce la necesidad de definir con mayor exactitud la esencia de una aberración ampliamente difundida); también debía borrarse el "millerandismo" (aunque B. Krichevsky lo defendió en *Rabocheye Dieło* N.º 2-3, pp. 83-84, y con mayor franqueza aún en *Krasnárt*⁸⁷). A pesar de que las resoluciones de junio indicaban terminantemente que la

⁸⁷ En *Krasnárt* se inició una polémica al respecto entre su redacción actual, Kautsky y Zey. No dejaremos de dar a conocer esta polémica a los lectores rusos.

tarea de la socialdemocracia consistía en "dirigir *todas* las manifestaciones de lucha del proletariado contra *todas* las formas de opresión política, económica y social", con lo cual se exigía que se introdujera método y unidad en todas estas manifestaciones de lucha, la Unión añadía palabras completamente superfluas, en el sentido de que la "lucha económica es un poderoso estímulo para el movimiento de masas" (esta afirmación, tomada en sí misma, es indiscutible, pero existiendo un "economismo" estrecho era inevitable que llevara a interpretaciones falsas). Hay más aún: se llegó a *restringir* de una manera descarada la "política" en las resoluciones de junio, ya eliminando las palabras "por un instante" (referidas a no olvidar el objetivo de derribar a la autocracia), ya añadiendo la frase "la lucha económica es el medio *más ampliamente* aplicable para incorporar a las masas a la lucha política activa". Es natural que después de introducidas estas enmiendas todos los oradores que intervinieron por nuestra parte renunciaran uno tras otro a tomar la palabra, por entender que era inútil seguir las negociaciones con gente que vuelve a virar hacia el economismo y se reserva la libertad de vacilar.

"Precisamente lo que la Unión consideró como condición *sine qua non* para la solidez del futuro acuerdo, es decir, el mantenimiento de la fisonomía propia de *Rabocheye Dielo* y de su autonomía, es lo que *Iskra* consideraba como obstáculo para el acuerdo" (*Dos congresos*, p. 25). Esto está muy lejos de ser exacto. Nunca atentamos⁸⁸ contra la autonomía de *Rabocheye Dielo*. En efecto, *hemos rechazado en forma categórica* su "fisonomía propia", si se entiende por tal la "fisonomía propia" en los problemas de principio de la teoría y de la táctica: las resoluciones de junio contienen la negación categórica de *esta* "fisonomía propia", porque en la práctica siempre significó, lo repetimos, toda clase de vacilaciones que estimulan la dispersión imperante en nuestro ambiente, dispersión intolerable desde el punto de vista del partido. Con sus artículos del N.º 10 y con las "enmiendas" *Rabocheye Dielo* ha evidenciado su deseo de mantener esta fisonomía propia, y semejante deseo ha conducido, natural e inevitablemente, a la ruptura y a la declaración de guerra. Pero todos nosotros estábamos dispuestos a reconocer la "fisonomía propia" de *Rabocheye Dielo* en el sentido de que debe concentrarse en determinadas funciones literarias. La distribución acertada de estas funciones se imponía por sí misma: 1) revista teórica, 2) periódico político y 3) recopilaciones y folletos populares. Sólo si asintiese a esta distribución demostraría *Rabocheye Dielo* un *sincero* deseo de acabar de una vez por todas con las aberraciones contra las que estaban dirigidas las resoluciones de junio; sólo esta distribución eliminaría toda posibilidad de rozamientos y aseguraría de manera efectiva la solidez del acuerdo, a la vez que serviría de base para un nuevo auge y para nuevos éxitos de nuestro movimiento.

88 Si no contamos como restricción de la autonomía las deliberaciones de las redacciones en relación con la formación de un consejo supremo común de las organizaciones unidas, cosa que *Rabocheye Dielo* aceptó también en junio.

Ahora ningún socialdemócrata ruso puede ya poner en duda que la ruptura definitiva de la tendencia revolucionaria con la oportunista no fue originada por circunstancias "de organización", sino por el deseo de los oportunistas de afianzar la fisonomía propia del oportunismo y de seguir ofuscando las mentes con los razonamientos de los Krichevsky y los Martinov.

JORNADAS REVOLUCIONARIAS¹

¿Qué ocurre en Rusia?

¿Motín o revolución? Es la pregunta que se formulan los periodistas y reporteros europeos que informan al mundo entero acerca de los acontecimientos de San Petersburgo e intentan interpretarlos. Estas decenas de miles de proletarios contra las que actuaron victoriosamente las tropas del Zar, ¿son amotinados o insurgentes? Y los periódicos extranjeros que están mejor ubicados para juzgar los acontecimientos "desde afuera", con imparcialidad de cronistas, se ven en dificultades para contestar a esta pregunta. Cambian constantemente de terminología. Y nada tiene de extraño que así sea. No sin razón se dice que una revolución es un motín triunfante y un motín una revolución fracasada. Quien asiste a los comienzos de grandes y grandiosos acontecimientos y sólo de un modo muy incompleto e impreciso, de tercera mano, puede averiguar algo acerca de lo que sucede, no se decide, por supuesto, a expresar enseguida una opinión definida. Los periódicos burgueses que siguen hablando, como siempre, de revueltas, motines y disturbios no pueden dejar de reconocer, sin embargo, la importancia nacional e inclusive internacional de los hechos. Y sin embargo esa importancia es la que les confiere el carácter de revolución. Y quienes escriben acerca de los últimos días del motín se refieren, de tanto en tanto, en forma involuntaria, a los primeros días de la revolución. Estamos ante un punto de viraje en la historia de Rusia. Esto no lo niegan ni siquiera los más rígidos conservadores europeos, fervorosos partidarios y admiradores del poder ilimitado de la autocracia de Rusia. No existe la menor probabilidad de una paz entre la autocracia y el pueblo. La revolución no está sólo en boca de unos cuantos insensatos, de los "nihilistas" —como Europa persiste en llamar a los revolucionarios rusos—, sino de todas las personas capaces de interesarse, por poco que sea, por la política mundial.

El movimiento obrero ruso se ha elevado en pocos días a una etapa superior. Se convierte ante nuestra vista en una insurrección de todo el pueblo. Es claro que aquí, en Ginebra, tan condenadamente lejos, nos resulta muchísimo más difícil seguir el ritmo de los acontecimientos. Pero mientras estemos obligados

¹ Publicado el 31 (18) de enero de 1905 en *Period* N.º 4.

a padecer en esta maldita distancia tenemos que esforzarnos por mantenernos a tono con ellos, por hacer balances y extraer conclusiones; por sacar de la experiencia de la historia actual enseñanzas que mañana podrán sernos de provecho en otros sitios, donde hoy "el pueblo todavía calla" y donde en un futuro inmediato y en una u otra forma se alzarán las llamas de la revolución. Tenemos que hacer lo que constituye el deber constante del publicista: escribir la historia del presente y esforzarnos por escribirla de tal modo que nuestras crónicas presenten la mayor ayuda posible a quienes participan directamente en el movimiento y a los heroicos proletarios que luchan en el lugar de la acción; de modo tal que contribuyamos a ensanchar el movimiento, a elegir conscientemente los medios, los caminos y los métodos de lucha adecuados para conseguir los más grandes y más duraderos resultados con el menor gasto de fuerzas.

En la historia de las revoluciones surgen a la luz contradicciones que han madurado a lo largo de décadas y hasta de siglos. La vida adquiere una riqueza sin precedentes. Las masas, que siempre se mantuvieron a la sombra y que por ello han sido frecuentemente ignoradas e incluso despreciadas por observadores superficiales, entran a la arena política como combatientes activos. Estas masas aprenden en la práctica, ensayan sus primeros pasos a la vista de todos, tantean el camino, se fijan objetivos, ponen a prueba sus propias fuerzas y las teorías de todos sus ideólogos. Realizan heroicos esfuerzos para elevarse a la altura de las tareas gigantescas, de envergadura universal, que la historia les impone, y por grandes que puedan ser las derrotas aisladas, y por mucho que puedan conmovernos los ríos de sangre y los millares de víctimas, nada puede compararse en importancia con lo que representa esta educación directa de las masas y de las clases en el transcurso de la lucha revolucionaria directa. La historia de esta lucha hay que medirla día a día. No por nada algunos periódicos extranjeros iniciaron ya un "diario de la revolución rusa". También nosotros lo haremos.

El cura Gapon

El hecho de que el cura Gapon haya sido miembro y dirigente de la asociación zubatovista parece confirmar la suposición de que es un agente provocador. Además, los periódicos extranjeros señalan, al igual que nuestros corresponsales, que la Policía dejó intencionalmente que el movimiento de huelga adquiriera un desarrollo amplio y sin trabas porque el Gobierno en general (y el gran duque Vladimir² en particular) descaba provocar una represalia sangrienta en las condiciones más favorables para él. Los corresponsales ingleses señalan inclusive que, considerada esta circunstancia, necesariamente tenía que beneficiar de un modo especial al Gobierno la enérgica participación que

2 El gran duque Vladimir Aleksandrovich era hermano del zar Aleksandr III y tío de Nikolai II [NdE].

comó en el movimiento la gente de Zubatov. La intelectualidad revolucionaria y los proletarios con conciencia de clase, que probablemente habrían sido los primeros en armarse, no podían hacer otra cosa que mantenerse alejados del movimiento zubatovista. El Gobierno tenía, entonces, manos libres y su juego era absolutamente seguro: a la manifestación, calculaba, acudirían los obreros más pacíficos, los menos organizados y menos conscientes; a nuestras tropas nada les costaría arrollarlos y con ello se daría una buena lección al proletariado; el pretexto sería excelente para abatir a tiros a cuantos se encontraran en la calle; la victoria del partido reaccionario de la Corte (o del gran duque) sobre los liberales sería completa; y tras ello vendrían las más feroces represalias.

Los periódicos conservadores ingleses y alemanes atribuyen francamente este plan de acción al Gobierno (o a Vladimir).

Y es muy probable que estén en lo cierto. Los acontecimientos del sangriento 9 de enero son una notable confirmación de ello. Pero la existencia de semejante plan no excluye en modo alguno la posibilidad de que el cura Gapon fuese un instrumento *inocente* de él. No cabe duda de que en cierto sector del joven clero ruso existe un movimiento liberal y reformador y que este ha encontrado portavoces tanto en las reuniones de la asociación filosófico-religiosa como en las publicaciones de la Iglesia. Hasta tiene el nombre específico de movimiento "neo-ortodoxo". No puede, por tanto, descartarse por completo la idea de que el cura Gapon fuese tal vez un sincero socialista cristiano y de que el Domingo Sangriento lo haya empujado hacia un camino verdaderamente revolucionario. Nos inclinamos a apoyar esta idea, especialmente porque las cartas escritas por Gapon después de la matanza del 9 de enero, en las que dice que "ya no tenemos zar", su llamamiento a la lucha por la libertad, etc., constituyen otros tantos hechos que hablan en favor de su honradez y sinceridad, ya que una acción tan vigorosa para llevar adelante la insurrección de ningún modo puede formar parte de la misión de un provocador.

Pero, en todo caso, la táctica de los socialdemócratas con respecto a ese nuevo dirigente es obvia: hay que mantener una actitud cautelosa, desconfiada y de expectativa ante este zubatovista. De cualquier modo, hay que participar con energía en el movimiento de huelga iniciado (aunque lo haya comenzado un zubatovista) y desarrollar una enérgica propaganda de las ideas y las consignas socialdemócratas. Como se desprende de las cartas publicadas más arriba, es esta precisamente la táctica seguida por nuestros camaradas del comité de San Petersburgo del POSDR. Por muy "astutos" que hayan sido los planes de la reaccionaria camarilla palaciega, ha resultado ser mucho más astuta la realidad de la lucha de clases y de la protesta política de los proletarios como vanguardia de todo el pueblo. Es un hecho que los planes de la Policía y del Ejército se han vuelto contra el Gobierno, que el pequeño comienzo que fue el movimiento de Zubatov se ha convertido en un amplio y gran movimiento revolucionario que abarca a toda Rusia. La energía y el instinto revolucionarios de la clase obrera se han abierto paso con fuerza incontenible pese a todos los subterfugios y ardides policíacos.

El plan de la batalla de San Petersburgo

A primera vista puede parecer extraño hablar de una batalla, ya que se trataba de obreros inermes que desfilaban pacíficamente para hacer entrega de una petición. Lo ocurrido fue una matanza. Pero el Gobierno hizo sus cálculos contando con una batalla y procedió sin duda de acuerdo con un plan bien meditado. Consideró la defensa de San Petersburgo y del Palacio de Invierno desde el punto de vista militar. Tomó todas las medidas militares oportunas. Quitó el mando a las autoridades civiles y puso la capital y su millón y medio de habitantes a merced de los generales sedientos de sangre del pueblo, con el gran duque Vladimir a la cabeza.

El Gobierno incitó deliberadamente al proletariado a la insurrección, ametralló a gente inermes y provocó con ello la construcción de barricadas, con el fin de ahogar esta insurrección en un mar de sangre. El proletariado deberá aprender de estas lecciones militares del Gobierno. Y ya que ha comenzado la revolución, aprenderá también el arte de la guerra civil. La revolución es una guerra. Es, de todas las que conoce la historia, la única guerra legítima, legal, justa y realmente grande. Una guerra que no se libra, como las demás, por el interés egoísta de un puñado de gobernantes y explotadores, sino en interés de las masas del pueblo contra los tiranos, en interés de los millones y millones de explotados y trabajadores contra el abuso y la violencia.

Todos los observadores imparciales coinciden ahora en reconocer que en Rusia esta guerra ya fue declarada e iniciada. El proletariado se levantará de nuevo en masas todavía mayores. Los restos de la infantil fe en el zar desaparecerán ahora con la misma celeridad con que los obreros de San Petersburgo pasaron de la petición a las barricadas. Los trabajadores se armarán por doquier. No importa que la Policía se dedique a vigilar diez veces más los depósitos y locales de venta de armas. No habrá medidas draconianas ni prohibiciones capaces de contener a las masas de las ciudades en cuanto se den cuenta de que sin armas se verán al menor pretexto condenadas a ser ametralladas en montón por el Gobierno. Cada cual se esforzará por todos los medios por procurarse un fusil o, por lo menos, un revólver, por ocultar sus armas a la Policía y por estar preparado para ofrecer resistencia a los sanguinarios lacayos del zarismo. Los comienzos, dice el adagio, son siempre difíciles. A los obreros les costó trabajo pasar a la lucha armada. Pero el Gobierno los ha obligado ahora a ello. Se ha dado el primer paso, el más difícil de todos.

Un corresponsal inglés cuenta una conversación característica sostenida entre obreros en una calle de Moscú. Un grupo de obreros discutía abiertamente las enseñanzas del día. "¿Hachas? —dijo uno—. No, contra los sabres de nada valen las hachas. Con el hacha es imposible llegar a ellos, y menos aún con el cuchillo. No, lo que necesitamos son, por lo menos, revólveres, y mejor todavía fusiles". Conversaciones iguales o parecidas se mantienen hoy en toda

Rusia. Y después del "día de Vladimir" en San Petersburgo estas conversaciones no quedarán ya en simples coloquios.

El tío del Zar, Vladimir, quien dirigió la matanza, se trazó en su plan de guerra el objetivo de no dejar penetrar en el centro de la ciudad a la gente de los suburbios, de las barriadas obreras. No se ahorró esfuerzos para hacer creer a los soldados que los obreros trataban de destruir el Palacio de Invierno (destrozanando íconos, cruces y peticiones!) y de matar al zar. El objetivo estratégico consistía en asegurar los puentes y las principales avenidas que desembocan en la plaza del Palacio. Los puntos básicos de las "operaciones militares" eran las plazas que hay junto a los puentes (puente de Troitsky, Sampsonievsky, Nikolairivsky y del Palacio), las calles que comunican las barriadas obreras con el centro (la Puerta de Narva, la carretera de Schlüsselburg y la avenida Nevsky) y, por último, la plaza del Palacio, hasta donde, a pesar de todo, pese a las concentraciones de tropas y de todas las medidas defensivas lograron avanzar miles y miles de obreros. Por supuesto, facilitó extraordinariamente el éxito de los planes militares el hecho de que todo el mundo supiera perfectamente hacia dónde se encaminaban los obreros, supiera que había un solo punto de concentración y una meta. Los valientes generales operaron "victoriosamente" contra un enemigo que desfilaba sin armas y que de antemano había hecho saber a todos hacia dónde se dirigía y con qué fines... Fue el más infame y frío asesinato, perpetrado contra las inermes y pacíficas masas del pueblo. Ahora, las masas meditarán largamente acerca de todo lo ocurrido y volverán a vivirlo en sus recuerdos y en sus conversaciones. Y el resultado único e inevitable de estas reflexiones, la interpretación que la conciencia de la masa dará a la "lección de Vladimir" será la conclusión de que *à la guerre comme à la guerre*³. Las masas obreras, y tras ellas las masas de los pobres del campo, se darán cuenta de que son combatientes en una guerra y entonces... entonces las batallas venideras de nuestra guerra civil se ajustarán ya a "planes" que no serán sólo obra del gran duque y del Zar. El grito de "¡A las armas!", que el 9 de enero resonó entre la muchedumbre obrera en la avenida Nevsky, no caerá entonces en el vacío.

Complemento al artículo "El plan de la batalla de San Petersburgo"⁴

En *Vperiod* N.º 4 describimos "El plan de la batalla de San Petersburgo". En los periódicos ingleses encontramos ahora algunos detalles acerca de este plan que no carecen de interés. El gran duque Vladimir había nombrado comandante en jefe del Ejército de operaciones al general príncipe Vasilchikov. Toda la capital fue dividida en sectores, cada uno de los cuales se entregó al mando de un oficial. El Zar jugaba muy seriamente a la guerra, como si se tratara de

³ A la guerra, con la guerra [NdE].

⁴ Escrito a fines de enero (comienzos de febrero) de 1905. Publicado por primera vez en 1926, en *Leninsky Sbornik* (Antología de Lenin), vol. 5.

defenderse contra la invasión de un enemigo armado. Durante las operaciones militares, el Estado Mayor permaneció reunido alrededor de una mesa de tapete verde en la isla Vasílievsky, donde recibía cada media hora los partes de cada comandante de sector.

¡Para conocimiento de los obreros de San Petersburgo!

"Nuestro Padre el Zar" y las barricadas⁵

Si echamos una ojeada a los sucesos del Domingo Sangriento, lo que más nos sorprende es esa mezcla de ingenua fe patriarcal en el Zar y de encarnizada lucha en las calles con las armas en la mano contra el poder zarista. La primera jornada de la revolución rusa pasó frente a frente, con asombroso vigor, a la vieja y la nueva Rusia, y reveló la agonía de la tradicional fe de los campesinos en "Nuestro Padre el Zar" y el nacimiento del pueblo revolucionario personificado por el proletariado urbano. No es extraño que los periódicos burgueses de Europa declaren que la Rusia del 10 de enero no es ya la del 8 de enero. No es extraño que el periódico socialdemócrata alemán que hemos citado más arriba recuerde cómo comenzó el movimiento obrero inglés hace setenta años, cómo en 1834 los obreros ingleses protestaron en manifestaciones callejeras contra la prohibición de las asociaciones obreras y cómo en 1838, cerca de Manchester, redactaron en gigantescos mítines la "Carta del Pueblo" y el predicador Stephens proclamó que "todo hombre libre que respira el aire libre de Dios y pisa la divina tierra libre tiene derecho a poseer un hogar propio". Y este mismo predicador incitó a los obreros allí reunidos a empuñar las armas.

También en Rusia hemos visto ponerse al frente del movimiento a un cura, quien en el transcurso de un solo día pasó de la exhortación de hacer llegar al zar una petición pacífica al llamamiento a la revolución. "¡Camaradas, obreros rusos! -escribía el cura Gapon después del día sangriento en una carta leída en un mitin de liberales-. Ya no tenemos zar. Un río de sangre lo separa hoy del pueblo ruso. Ha llegado la hora de que los obreros rusos libren sin él la lucha por la libertad del pueblo. ¡Hoy les envío mi bendición! Mañana estaré con ustedes. Hoy estoy muy ocupado, trabajando por nuestra causa".

Quien así habla no es el cura Gapon. Son los miles y miles, los millones y millones de obreros y campesinos rusos que hasta ahora creían con fe ciega e ingenua en el Padre Zar y pedían a Nuestro Padre el Zar "en persona" el alivio de su insoportable situación, que acusaban de todas las villanías y desafueros de la arbitrariedad y el latrocinio sólo a los funcionarios que engañaban al Zar. Esta fe se había visto fortalecida por la vida que durante siglos llevó el campesino, humillado e intimidado, aislado del mundo exterior. Cada uno de los

⁵ Este artículo se publicó en 1924, en el suplemento del libro *Worker and Peasant, the first periodicals bolshéviks de 1905*.

meses de vida de la nueva Rusia urbana, industrial, que había aprendido a leer, ayudó a socavar y destruir esta fe. La última década del movimiento obrero produjo miles de proletarios socialdemócratas de vanguardia que rompieron con esa fe, plenamente conscientes de lo que hacían. Educó a decenas de miles de obreros en quienes el instinto de clase, fortalecido en la lucha huelguística y en la agitación política, minó todos los fundamentos de semejante fe. Pero detrás de estos miles y decenas de millares había cientos de miles y millones de trabajadores y explotados, de oprimidos y humillados, de proletarios y semi-proletarios en los que dicha fe podía arraigar todavía. Estas masas no estaban aún preparadas para rebelarse; sólo sabían implorar y suplicar. El cura Gapon expresó sus sentimientos y su estado de ánimo, el grado de sus conocimientos y de su experiencia política, y en ello consiste la importancia histórica del papel desempeñado, al comenzar la revolución rusa, por un hombre que todavía ayer era perfectamente desconocido y que hoy se ha convertido en el héroe del día en San Petersburgo y en la figura central de toda la prensa europea.

Ahora se comprende por qué los socialdemócratas petersburgueses, cuya carta publicamos más arriba, se mantuvieron al principio en una actitud recelosa con respecto a Gapon y no pudieron obrar de otro modo. Un hombre que vestía la sotana eclesidística, creía en Dios y había actuado bajo el alto patronato de Zubatov y de la Policía secreta forzosamente tenía que inspirar sospechas. Si había sido o no sincero al colgar los hábitos y maldecir el hecho de pertenecer a ese estamento vil, el de los curas, que roban y corrompen al pueblo, nadie podría decirlo con seguridad, fuera tal vez del puñado de personas que lo conocieran personalmente. Los únicos que podían decirlo eran los hechos históricos a medida que iban desarrollándose; hechos, hechos y solamente hechos. Y los hechos se han pronunciado en favor de Gapon.

¿Estará la socialdemocracia en condiciones de tomar en su mano este movimiento espontáneo?, se preguntaban, preocupados, nuestros camaradas de San Petersburgo al ver la rapidez incontenible con que crecía y se extendía la huelga general, abarcando a capas extraordinariamente extensas del proletariado y al observar la influencia irresistible que Gapon ejercía sobre masas tan "incultas" que podrían dejarse seducir también por un agente provocador. Y los socialdemócratas no sólo no dieron alas a las candorosas ilusiones acerca de la posibilidad de presentar pacíficamente un pliego de peticiones, sino que discutieron con Gapon y defendieron con franqueza y decisión todas las concepciones y la táctica de la socialdemocracia. Los resultados, obra de las masas obreras sin intervención de la socialdemocracia, han venido a confirmar la justeza de esas ideas y esa táctica. La lógica de la posición de clase del proletariado ha demostrado ser más fuerte que los errores, las ingenuidades y las ilusiones de Gapon. El gran duque Vladimir, obrando en nombre del Zar e investido de los plenos poderes que éste le otorgó, ha venido a demostrar a las masas obreras, con su hazaña de verdugo, exactamente lo mismo que los socialdemócratas les dijeron y les dirán siempre de palabra y por escrito.

Las masas de los obreros y campesinos, aferradas todavía a un resto de fe en el Zar, no estaban preparadas para la insurrección, díjamos. Después del 9 de enero tenemos razones para afirmar: ahora sí están preparadas y se levantarán. El mismo "Nuestro Padre el Zar", con su motaniza de obreros inermes, los empujó a las barricadas y les administró las primeras lecciones en la lucha de barricadas. Y las lecciones de "Nuestro Padre el zar" darán su fruto.

La socialdemocracia deberá preocuparse por que las noticias sobre las sangrientas jornadas de San Petersburgo se difundan con la mayor amplitud posible, por que sus fuerzas se organicen y cohesionen, y se propague con energía todavía mayor la consigna desde hace ya mucho tiempo planteada por ella: *insurrección armada de todo el pueblo*⁶.

Los primeros pasos

La chispa que inició el incendio fue uno de los choques más comunes entre el trabajo y el capital: una huelga en una fábrica. Es interesante, sin embargo, que esta huelga de doce mil obreros de Púilov que estalló el lunes 3 de enero era, principalmente, una huelga de solidaridad proletaria motivada por el despido de cuatro obreros. "Cuando se rechazó la reivindicación de que fuesen readmitidos -nos escribía el 7 de enero un camarada de San Petersburgo- comenzó en el acto el paro, con gran unanimidad. La huelga presenta un carácter perfectamente disciplinado; los obreros dejaron a unos cuantos hombres encargados de custodiar las máquinas y demás instalaciones para evitar que elementos poco conscientes las deterioraran. Después enviaron una delegación a otras fábricas, para poner en conocimiento de estas sus reivindicaciones e invitarlas a unirse a ellos". Miles y decenas de miles se sumaron al movimiento. La asociación obrera legal zubatovista, creada con el apoyo del Gobierno para corromper al proletariado con una propaganda sistemática en favor de la monarquía, prestó un servicio bastante apreciable al movimiento en su fase inicial y lo ayudó a desarrollarse en extensión. Ocurrió lo que los socialdemócratas habían previsto desde hace mucho tiempo al decir a los zubatovistas que el instinto revolucionario de la clase obrera y su espíritu de solidaridad triunfarían sobre todas las mezquinas astucias policiacas. Que los obreros más atrasados serían arrastrados al movimiento por los zubatovistas y que el propio Gobierno zarista se encargaría luego de que los obreros marcharan hacia adelante; que la propia explotación capitalista los alejaría del pacífico rebaño de Zubatov,

⁶ Por cierto que nuestros sabihondos neoisikristas (sabihondos a lo Martinov) procuraron confundir, debilitar y disminuir esta consigna (véase en *Libro N.º* 62 el editorial "¿Nos preparamos en debida forma?"). Pero nuestro partido rechazó categóricamente a los Martinov neoisikristas, en particular desde el famoso plan del "acuerdo" con los *zemstvos* para no provocar pánico. [Esta nota no se publicó en *Ispred*. Apareció impresa por primera vez en 1934, en *Levinsky Sbornik*, vol. 26, con el título "Nota para el artículo 'Nuestro Padre el Zar y las barricadas'". NdE.]

hipócrita de los pies a la cabeza, al campo de la socialdemocracia revolucionaria. Que la práctica de la vida y la lucha proletarias sería más fuerte que todas las "teorías" y todos los esfuerzos de los señores de Zubatov.

Y así ha sucedido, en efecto. Un camarada, obrero y miembro del comité de San Petersburgo del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, nos cuenta sus impresiones, en carta del 5 de enero, en los siguientes términos:

Escribo bajo la impresión reciente de un mitin de los obreros de la fábrica Semiannikov, que acaba de celebrarse en la Puerta de Nevsky. Diré, ante todo, dos palabras acerca del estado de ánimo reinante entre los obreros de San Petersburgo. Como se sabe, en los últimos tiempos habían surgido aquí o, mejor dicho, habían resurgido organizaciones "zubatovistas" bajo la dirección del cura Gapon. En muy poco tiempo se multiplicaron y se consolidaron mucho. Hoy existen ya once secciones de la llamada "Asociación de Obreros Fabriles Rusos". Y, como era de esperar, los resultados de estas asociaciones han sido, inevitablemente, los mismos que en el sur.

Comienza ahora, en San Petersburgo, un gran movimiento huelguístico, con seguridad podemos afirmarlo. Casi diariamente oímos hablar de una nueva huelga en tal o cual fábrica. La fábrica Putilov lleva ya dos días parada.

Hace unas dos semanas se interrumpió el trabajo en la fábrica de hilados de algodón de Schau, en la barriada de Viborg. La huelga duró unos cuatro días. Los obreros no consiguieron nada. Esta huelga puede recomenzar en cualquier momento. El espíritu es bueno en todas partes, aunque no puede decirse que a favor de la socialdemocracia. Gran parte de los obreros se manifiesta partidaria de la lucha puramente económica y contra la lucha política. Hay que esperar y confiar, sin embargo, en que este estado de ánimo cambie y los obreros se den cuenta de que sin lucha política no pueden obtenerse mejoras económicas. Hoy empezó la huelga en la campaña de los astilleros de Nevsky (Semiannikov). La sección local de la "Asociación de Obreros Fabriles Rusos" trata de apoderarse de la dirección de la huelga, pero, por supuesto, no lo conseguirá. La dirigirá la socialdemocracia, a pesar de que es aquí tremendamente débil.

El comité de San Petersburgo ha editado volantes: dos dirigidos a la fábrica de hilados de Schau y uno a los obreros de Putilov. Hoy se realizó un mitin de los obreros de los astilleros del Nevsky. Se reunieron cerca de quinientos obreros. Hablaron por primera vez varios miembros de la sección local de la "Asociación". Estos oradores eludieron las reivindicaciones políticas y presentaron, en lo fundamental, reivindicaciones de carácter económico. Entre el público se escucharon voces de descontento. Entonces tomó la palabra Stroyev, colaborador de *Russkaya Gazeta*, publicación que goza de gran prestigio entre los obreros de San Petersburgo. Stroyev propuso una resolución, de la que dijo que había sido redactada por él y por representantes de la socialdemocracia. En ella se subraya, es cierto, el antagonismo entre los intereses de clase del proletariado y la burguesía, pero no con la fuerza necesaria. A continuación

hablaron diversos camaradas, obreros socialdemócratas, quienes apoyaron en principio la resolución, pero señalaron su carácter limitado e insuficiente. En esos momentos se produjo un tumulto, pues algunos, descontentos con los discursos de los socialdemócratas, trataron de hacer fracasar el mitin. La asamblea se pronunció por mayoría de votos contra el presidente, que era uno de los que querían hacer fracasar el mitin, y eligió un nuevo presidente, socialista. Pero los miembros de la "Asociación" (de Zubatov) siguieron gritando y perturbando el mitin. Aunque la inmensa mayoría de la asamblea (el 90%) era partidaria de los socialistas, el mitin se disolvió sin llegar a resultado alguno, aplazándose para el día siguiente la resolución. De todos modos, puede afirmarse que los socialdemócratas lograron volcar a su favor la opinión de los obreros. Mañana habrá una gran asamblea. Tal vez se reúnan de dos a tres mil personas. Para estos días hay que esperar una grandiosa manifestación, por el estilo de la manifestación de julio de 1903 en el sur. La fábrica de la Compañía Franco-rusa —de cuatro a cinco mil hombres— se halla en huelga. Hay noticias de que comenzó una huelga en la fábrica de hilados de algodón de Stieglitz, donde trabajan aproximadamente cinco mil obreros. Y es de esperar que salgan también en huelga los de la fábrica Obujov, de cinco a seis mil hombres.

Si comparamos estos informes de un socialdemócrata, miembro del comité local (el cual, como es claro, sólo puede conocer en detalle los acontecimientos que se desarrollan en una pequeña parte de San Petersburgo), con las noticias que publican los periódicos extranjeros, en especial los ingleses, debemos señalar la notable precisión que caracteriza a estas últimas.

La huelga ha crecido de día en día con una rapidez vertiginosa. Los obreros efectuaron gran número de mítines y elaboraron su "Carta", sus reivindicaciones económicas y políticas. En general, unas y otras expresan, pese a la dirección zubatovista, las reivindicaciones del programa del partido socialdemócrata, inclusive la de la convocatoria de una asamblea constituyente sobre la base del sufragio universal, igual, directo y secreto. La extensión espontánea de una huelga sin precedentes por su envergadura ha rebasado mucho, muchísimo, la participación planificada en el movimiento por parte de los socialdemócratas organizados. Pero dejémosles la palabra a ellos.

La víspera del Domingo Sangriento

En nuestro relato sobre el desarrollo del movimiento nos habíamos detenido en el momento en que, por iniciativa de Gapon, se fijó para el domingo 9 de enero la marcha de las masas obreras hasta el Palacio de Invierno para entregar al Zar la "petición" sobre la convocatoria de una asamblea constituyente. El sábado 8 de enero la huelga de San Petersburgo se había convertido ya en huelga general. Aun los informes oficiales calculan en cien o ciento cincuenta mil el número de huelguistas. Jamás había presenciado Rusia un estallido tan gigantesco

de la lucha de clases. Quedaron paralizados toda la industria, todo el comercio y toda la vida pública de la gigantesca urbe de millón y medio de habitantes. El proletariado demostraba con hechos que la civilización moderna está sostenida por él y sólo por él, que es su trabajo el que crea la riqueza y el lujo, que toda nuestra "cultura" descansa sobre sus hombros. La ciudad quedó sin periódicos, sin agua y sin luz. Y esta huelga general presentaba un carácter político claramente marcado, era el preludio directo de acontecimientos revolucionarios.

Un testigo presencial nos describe en una carta, del modo siguiente, la víspera de la histórica jornada:

Desde el 7 de enero, la huelga de San Petersburgo se había convertido en huelga general. Pararon no sólo todas las grandes fábricas y empresas sino también muchos talleres. Hoy, 8 de enero, no salió un solo periódico, fuera de *Pravítelny Vestnik* y de *Vedomosti St. Peterburgskogo Gubernskalstva*. Hasta ahora, la dirección del movimiento está en manos de los zubatovistas. Contemplamos un cuadro nunca visto en San Petersburgo y siente uno que se le contrae de miedo el corazón ante la inseguridad de si la organización socialdemócrata estará en condiciones de ponerse a la cabeza del movimiento en un plazo previsible. La situación es muy grave. Durante todos los últimos días se realizaron en todas las barriadas de la ciudad mítines obreros de masas en los locales de la "Unión de Obreros rusos". Miles de obreros se agolpan durante todo el día en las calles, delante de los locales en que se celebran los mítines. De vez en cuando, los socialdemócratas pronuncian discursos y reparten volantes. En general, son acogidos con simpatía, aunque los zubatovistas tratan de organizar la oposición. Tan pronto como se habla de la autocracia, comienzan a gritar: "¡Eso no nos interesa, la autocracia no nos estorba!". Sin embargo, en los discursos que pronuncian en el interior de los locales de la "Unión", los zubatovistas presentan todas las reivindicaciones de los socialdemócratas, desde la jornada de ocho horas hasta la de la convocatoria de una asamblea de representantes del pueblo sobre la base del sufragio igual, directo y secreto. Pero los zubatovistas aseguran que poner en práctica estas exigencias no equivale a derrocar a la autocracia, sino aproximar el pueblo al Zar, eliminar la burocracia que se interpone entre el Zar y el pueblo.

En los locales de la "Unión" intervienen también oradores socialdemócratas y sus discursos son recibidos con simpatía, pero la iniciativa de las propuestas prácticas parte de los zubatovistas. Estas propuestas son aprobadas a pesar de las objeciones de los socialdemócratas. Su contenido es, en esencia, el siguiente: el domingo 9 de enero, los obreros desfilarán hasta el Palacio de Invierno para entregar al Zar, por mediación del cura Gapon, una petición escrita en la que se enumeran todas las reivindicaciones obreras y que termina con las siguientes palabras: "Concedéndonos todo esto o moriremos". Los dirigien-

⁷ "Mensajero del Gobierno" y "Noticias de la Alcaldía de San Petersburgo" eran diarios de organismos oficiales del Gobierno zarista [Nde].

tes de los mítines añaden lo siguiente: "Si el Zar no concede lo que le pedimos tendremos las manos libres, pues eso querrá decir que es nuestro enemigo y entonces lucharemos contra él y levantaremos la bandera roja. Si nuestra sangre es derramada, caerá sobre su cabeza". La petición es aprobada en todas partes. Los obreros juran que el domingo acudirán todos a la plaza, "con sus mujeres y sus niños". Hoy la petición será firmada en los distintos barrios de la ciudad y hacia las dos se reunirán todos en la "Casa del pueblo" para celebrar un mitin final.

Todo esto se lleva a cabo sin que lo estorbe para nada la Policía, que ha sido retirada de todas partes, aun cuando la gendarmería montada se oculta en los patios de algunos edificios.

Hoy aparecieron pegados en las calles bandos del alcalde de la ciudad que prohíben las aglomeraciones y amenazan con el empleo de las armas. Los obreros los arrancan. Se concentran en la ciudad tropas traídas de los alrededores. El personal de los tranvías (cobradores y conductores) ha sido obligado por los cosacos, sable en mano, a volver al trabajo.

El número de muertos y heridos

Las noticias difieren en lo tocante al número de muertos y heridos. Como es natural, no cabe ni hablar de una estadística exacta y resulta muy difícil establecer un cálculo aproximado. Es evidente que el informe del Gobierno, que habla de noventa y seis muertos y trescientos treinta heridos, es falso y nadie le da crédito. Según las últimas informaciones de la prensa, los periodistas entregaron al ministro del Interior, el 13 de enero, una lista de *cuatro mil seiscientos muertos y heridos* establecida por los reporteros. Por supuesto, *tan poco* esta lista puede ser completa, ya que incluso durante el día (y no digamos en medio de la noche) habría sido imposible contar todos los muertos y heridos que hubo en los diversos encuentros.

La victoria de la autocracia sobre el pueblo inerme ha costado tantas bajas como las grandes batallas de Manchuria. No en vano los obreros de San Petersburgo gritaban a los oficiales —según informan todos los corresponsales extranjeros— que tenían más éxito en su lucha contra el pueblo ruso que contra los japoneses.

Los combates en las barricadas

Como hemos visto más arriba, los informes de los corresponsales se refieren con particular frecuencia a las barricadas en la isla Vasilievsky y, en parte, en la avenida Nevsky. En un comunicado del Gobierno emitido el lunes 10 (23) de enero, leemos:

En la carretera de Schlüsselburg, y luego en la Puerta de Narva, en el puente de Troitsky, en los jardines de Aleksander y en los parques de la avenida Nevsky la multitud levantó barricadas provistas de alambrados en los que ondeaban banderas rojas. Desde las ventanas de las casas vecinas se arrojaban piedras y se disparaba contra las tropas. La multitud arrancaba las armas a la Policía. Fue saqueada la fábrica de armas de Schoff. En el primero y segundo sectores de la isla Vasilevsky, la multitud cortó los hilos del telégrafo y derribó los postes. Fue destruido el cuartel de la Policía.

Un corresponsal francés telegrafía a las 2:50 p.m. del domingo:

Continúa el tiroteo. Al parecer, las tropas han perdido por completo la cabeza. Al cruzar el Neva vi varias luces de señales y escuché el crepitar de las descargas de fusilería. En la isla Vasilevsky las barricadas aparecen iluminadas por las hogueras encendidas por los huelguistas. No logré ir más allá. El sonido siniestro de una trompeta dio la señal de abrir fuego. Un batallón de soldados con bayoneta calada tomó por asalto una barricada levantada con trineos amontonados. Se produjo una verdadera carnicería. Alrededor de cien obreros quedaron tendidos en la escena del combate. Pasaron ante mí unos cincuenta prisioneros heridos. Un oficial me amenazó con la pistola, ordenándome que me fuera de allí.

Los corresponsales ofrecen muy pocas descripciones detalladas de los combates de barricadas. Se comprende, ya que no tenían el menor deseo de acercarse demasiado a los sitios peligrosos. Y, como es natural, son muy pocos, poquísimos, los participantes de estos combates que han salido ilesos. En un informe llegó inclusive a decirse que la artillería había disparado contra las barricadas, pero no parece que se haya confirmado.

DOS TÁCTICAS DE LA SOCIALDEMOCRACIA EN LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA¹

Prólogo

En los períodos revolucionarios es muy difícil seguir los acontecimientos, que suministran una cantidad prodigiosa de nuevo material para valorar las consignas tácticas de los partidos revolucionarios. Este folleto fue escrito antes de los acontecimientos de Odesa². Hemos indicado ya en *Proletary* (N.º 9, "La revolución enseña") que dichos acontecimientos obligaron, inclusive a aquellos socialdemócratas que crearon la teoría de la insurrección como proceso y se opusieron a la propaganda en favor de un Gobierno provisional revolucionario, a pasar o empezar a pasar en la práctica al campo de sus oponentes. La revolución enseña, indudablemente, con una rapidez y una profundidad que parecen increíbles en los períodos pacíficos de desarrollo político. Y, lo que es particularmente importante, enseña no sólo a los dirigentes, sino también a las masas.

No cabe duda alguna de que la revolución inculcará el espíritu socialdemócrata a las masas obreras de Rusia. La revolución confirmará en la práctica el programa y la táctica de la socialdemocracia y pondrá en evidencia la verdadera naturaleza de las distintas clases sociales, el carácter burgués de nuestra democracia y las verdaderas aspiraciones de los campesinos, revolucionarios en el sentido democrático-burgués, pero que llevan latente, no la idea de la "socialización", sino la de una nueva lucha de clases entre la burguesía campesina y el proletariado rural. Las antiguas ilusiones del viejo populismo, que tan nítidamente se traslucen, por ejemplo, en el proyecto de programa del Partido Socialista Revolucionario cuando se refiere al desarrollo del capitalismo en Rusia, al democratismo de nuestra "sociedad", a la significación de la victoria completa de la insurrección campesina, todas esas ilusiones serán disipadas implacable y definitivamente por la revolución, la cual dará por primera vez el auténtico bautismo político a las distintas clases. Estas clases saldrán de la revolución con una fisonomía política definida, mostrándose tal como son, no sólo en los programas y consignas tácticas de sus ideólogos, sino también en la acción política directa de las masas.

Es indudable que la revolución nos aleccionará, que aleccionará a las masas populares. Ahora bien, para un partido político combatiente el problema con-

1 Escrito en 1905. Publicado por primera vez como libro en Ginebra en julio de 1905, Ed. CC del POSDR. Se toma la versión del texto publicado en la recopilación *En diez años* (1907).

2 La sublevación del acorazado *Príncipe Potemkin* (nota de Lenin para la edición de 1907).

siste en lo siguiente: ¿sabremos enseñar algo a la revolución, sabremos aprovechar lo justo de nuestra doctrina socialdemócrata, de nuestra vinculación con el proletariado, la única clase consecuentemente revolucionaria, para imprimir a la revolución un sello proletario, para llevarla hasta la verdadera victoria, decisiva, efectiva y no de palabra, para paralizar la actitud inestable, ambigua y traicionera de la burguesía democrática?

Hacia esa finalidad debemos encaminar todos nuestros esfuerzos. Conseguirlo depende, por una parte, del acierto con que evaluemos la situación política, de la exactitud de nuestras consignas tácticas y, por otra parte, de que dichas consignas sean respaldadas por la fuerza combativa real de las masas obreras. Todo el trabajo habitual, regular, cotidiano de las organizaciones y grupos de nuestro partido, la labor de propaganda, agitación y organización, está orientado a robustecer y ensanchar la vinculación con las masas. En los períodos revolucionarios esta labor es más necesaria que nunca. En tales momentos la clase obrera se siente instintivamente impulsada a la acción revolucionaria abierta y nosotros debemos saber plantear con acierto los objetivos de esa acción para difundirlos después del modo más vasto posible y lograr que sean comprendidos. No hay que olvidar que el pesimismo en boga sobre nuestros vínculos con las masas suele emplearse ahora como pantalla para encubrir las ideas burguesas sobre el papel del proletariado en la revolución. Es indudable que aún tenemos que trabajar muchísimo para educar y organizar a la clase obrera, pero ahora el problema consiste en saber dónde debe concentrarse, desde el punto de vista político, dicha labor de educación y organización: ¿en los sindicatos y asociaciones legales o en la insurrección armada, en la formación de un Ejército y un Gobierno revolucionarios? La clase obrera se educa y organiza tanto en lo uno como en lo otro. Naturalmente, ambos aspectos son necesarios. Pero, sin embargo, en la revolución actual el problema consiste en saber dónde se concentrará la labor de educación y organización de la clase obrera: ¿en el primero o en el segundo?

El desenlace de la revolución depende del papel que desempeñe en ella la clase obrera: de que se limite a ser un auxiliar de la burguesía, un auxiliar poderoso por el vigor de su lucha contra la autocracia, pero políticamente impotente, o de que asuma el papel dirigente de la revolución popular. Los representantes más inteligentes de la burguesía son perfectamente conscientes de esto. Por eso *Osvobozhdenie* ensalza los principios de Akimov, es decir, el "economismo" en la socialdemocracia, que coloca *actualmente* en primer plano a los sindicatos y asociaciones legales. Por eso el señor Struve da la bienvenida (*Osvobozhdenie* N.º 72) a la tendencia a propugnar los principios de Akimov en las ideas de la nueva *Izba*. Por eso también arremete contra la odiada estrechez revolucionaria de las resoluciones del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia.

Las acertadas consignas tácticas de la socialdemocracia adquieren ahora una importancia excepcional para dirigir a las masas. Nada más peligroso en los períodos revolucionarios que subestimar la importancia de las consignas tácticas ajustadas a los principios del marxismo. Por ejemplo, *Izba*, en el N.º 104,

virtualmente acepta el criterio de sus adversarios en la socialdemocracia, pero, al mismo tiempo, habla con desdén de las consignas y resoluciones tácticas que, adelantándose a la realidad, indican el camino por el que avanza el movimiento con una serie de reveses, errores, etc. Por el contrario, la elaboración de resoluciones tácticas correctas tiene una importancia decisiva para el partido que no quiere arrastrarse a la zaga de los acontecimientos, sino dirigir al proletariado sobre la base de los firmes principios del marxismo. En las resoluciones del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia y de la conferencia del sector que se ha separado del Partido³ vemos la expresión más exacta, meditada y cabal de las concepciones tácticas, no formuladas de un modo casual por algunos autores, sino aprobadas por quienes representan al proletariado socialdemócrata. Nuestro partido está a la vanguardia de todos los demás, con un programa preciso y aceptado por todos sus miembros. Debe dar el ejemplo a los demás partidos con una actitud inflexible respecto de sus resoluciones tácticas, en oposición al oportunismo de la burguesía democrática de *Osvobozhdenie* y a la frascología de los socialistas revolucionarios, quienes sólo durante la revolución se acordaron de presentar un "proyecto" de programa y de averiguar, por primera vez, si esta revolución que se desarrolla ante sus ojos es burguesa.

He aquí por qué consideramos que la tarea más urgente de la socialdemocracia revolucionaria es analizar las resoluciones tácticas del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia y de la Conferencia para determinar las desviaciones que contengan con respecto a los principios marxistas y para esclarecer las tareas concretas del proletariado socialdemócrata en la revolución democrática. Tal es el objetivo del presente folleto. La comprobación de nuestra táctica desde el punto de vista de los principios del marxismo y de las enseñanzas de la revolución también es necesaria para quienes no deseen limitarse a exhortaciones verbales, sino realmente elaborar la unidad de táctica como base de la futura unificación total del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia.

N. Lenin

Julio de 1905.

I. Una cuestión política urgente

En los actuales momentos revolucionarios está a la orden del día la convocatoria de una Asamblea Constituyente elegida por todo el pueblo. Las opiniones divergen cuando se trata de determinar cómo hay que resolver dicho

3 En el III Congreso del POSDR (Londres, mayo de 1905) sólo participaron los bolcheviques. En la Conferencia (celebrada simultáneamente en Ginebra) sólo participaron los mencheviques, a quienes en el presente folleto se denomina a menudo "neoisristas" porque, al seguir publicando *Izda*, manifestaron por boca de Trotsky, su correligionario en ese entonces, que entre la vieja y la nueva *Izda* mediaba un abismo (nota de Lenin para la edición de 1907).

problema. Se manifiestan tres tendencias políticas. El Gobierno zarista admite la necesidad de convocar a los representantes del pueblo, pero no desea en absoluto permitir que esa asamblea sea de todo el pueblo ni constituyente. Al parecer, aceptaría, si se da crédito a las noticias periodísticas sobre la labor de la Comisión Bulguin, una asamblea consultiva elegida sin libertad de agitación y mediante un sistema electoral basado en condiciones restrictivas o en los estamentos. El proletariado revolucionario, en la medida en que esté dirigido por la socialdemocracia, exige el paso total del poder a la Asamblea Constituyente y con este fin lucha por lograr no sólo el sufragio universal y la completa libertad de agitación, sino también el derrocamiento inmediato del Gobierno zarista y su sustitución por un Gobierno provisional revolucionario. Por último, la burguesía liberal, que expresa sus aspiraciones por boca de los jefes del Partido Demócrata Constitucionalista, no exige el derrocamiento del Gobierno zarista, no propugna la consigna de Gobierno provisional ni insiste en garantías efectivas para que las elecciones sean completamente libres y justas, para que la asamblea de los representantes pueda realmente ser de todo el pueblo y constituyente. En el fondo, la burguesía liberal, único apoyo social serio de la tendencia de *Osvobozhdenie*, trata de conseguir un acuerdo, lo más pacífico posible, entre el Zar y el pueblo revolucionario, y, además, un acuerdo tal que deje en sus manos la mayor parte posible del poder y la menor posible en las del pueblo revolucionario, el proletariado y los campesinos.

Tal es la situación política actual. Tales son las tres tendencias políticas principales, correspondientes a las tres fuerzas sociales principales de la Rusia contemporánea. Hemos hablado más de una vez en *Proletary* (números 3, 4 y 5) de cómo los adeptos de *Osvobozhdenie* encubren con frases pseudodemocráticas su política ambigua o, para hablar en forma más franca y directa, su política desleal, de traición a la revolución. Veamos ahora cómo conciben los socialdemócratas las tareas del momento. En este sentido constituyen un material excelente las dos resoluciones recién aprobadas por el III Congreso del POSDR y por la Conferencia del sector que se separó del Partido. Es de enorme importancia saber cuál de estas resoluciones es más acertada en la apreciación del momento político y en la definición de la táctica del proletariado revolucionario; y todo socialdemócrata que desee cumplir a conciencia su papel de propagandista, agitador y organizador debe estudiar con suma atención este problema, dejando a un lado todas las consideraciones secundarias.

Se entiende por táctica de un partido su conducta política, es decir, el carácter, la orientación y los procedimientos de su actuación política. Las resoluciones tácticas son aprobadas por el congreso del Partido para precisar la conducta política de este último en su conjunto en relación con las nuevas tareas o en vista de una nueva situación política. Una nueva situación de esta naturaleza ha sido creada por la revolución iniciada en Rusia, es decir, por la divergencia completa, tajante y franca entre la inmensa mayoría del pueblo y el Gobierno zarista. El nuevo problema consiste en saber cuáles son los métodos prácticos que deben emplearse

para convocar una asamblea realmente popular y constituyente (lo cual, desde el punto de vista teórico, ya fue resuelto oficialmente por la socialdemocracia en su programa hace mucho tiempo y antes que todos los otros partidos). Si el pueblo se ha divorciado del Gobierno y las masas adquirieron conciencia de la necesidad de instaurar un nuevo régimen, el partido que se impuso el objetivo de derribar al Gobierno debe pensar qué Gobierno reemplazará al antiguo, al que sea derrocado. Surge el *nuevo* problema del Gobierno provisional revolucionario. Para resolverlo de manera completa el partido del proletariado consciente debe aclarar, primero, *la significación* del Gobierno provisional revolucionario en la revolución que se está desarrollando y en la lucha general del proletariado; segundo, *su actitud* ante el Gobierno provisional revolucionario; tercero, las condiciones precisas de la *participación* socialdemócrata en ese Gobierno; cuarto, las condiciones para presionar a dicho Gobierno *desde abajo*, es decir, en el caso de que la socialdemocracia no participe en él. Sólo cuando se esclarezcan todos estos aspectos la conducta política del partido en este terreno será una conducta ajustada a sus principios, clara y firme.

Véamos, pues, cómo soluciona estas cuestiones la resolución del III Congreso del POSDR, cuyo texto completo transcribimos:

Resolución sobre el Gobierno provisional revolucionario

Considerando:

- 1) que tanto los intereses inmediatos del proletariado como los intereses de su lucha por los objetivos finales del socialismo exigen la libertad política más completa posible y, por consiguiente, la sustitución de la forma de gobierno autocrática por la república democrática;
- 2) que la instauración de la república democrática en Rusia sólo es posible por medio de una insurrección popular victoriosa, cuyo órgano será el Gobierno provisional revolucionario, único capaz de garantizar una amplia libertad de agitación electoral y convocar, sobre la base del sufragio universal, igual, directo y secreto, una Asamblea Constituyente que exprese realmente la voluntad del pueblo;
- 3) que esta revolución democrática en Rusia, dado el actual régimen económico-social, no debilitará, sino que fortalecerá la dominación de la burguesía, la cual intentará inevitablemente, en un momento dado, sin detenerse ante nada, arrebatar al proletariado de Rusia la mayor parte posible de las conquistas del período revolucionario.

El III Congreso del POSDR resuelve:

- a) es necesario difundir entre la clase obrera una idea concreta de la marcha más probable de la revolución y de la necesidad de que, en un momento determinado de la misma, surja un Gobierno provisional revolucionario, al cual el proletariado exigirá la realización de todas las reivindicaciones políticas y económicas inmediatas de nuestro programa (programa mínimo);
- b) de acuerdo con la correlación de fuerzas y otros factores que no es posible predeterminar es admisible la participación de representantes de nuestro parti-

do en el Gobierno provisional revolucionario con el fin de luchar implacablemente contra todos los intentos contrarrevolucionarios y defender los intereses propios de la clase obrera;

c) condiciones indispensables para esta participación son el control riguroso del Partido sobre sus representantes y la salvaguardia constante de la independencia de la socialdemocracia, que aspira a la revolución socialista completa y es, por lo tanto, enemiga irreconciliable de todos los partidos burgueses;

d) prescindiendo de que sea o no posible la participación de la socialdemocracia en el Gobierno provisional revolucionario, se debe propagar entre las más vastas capas del proletariado la idea de que es necesario que el proletariado armado, dirigido por la socialdemocracia, presione constantemente al Gobierno provisional con el fin de mantener, consolidar y extender las conquistas de la revolución.

II. ¿Qué nos brinda la resolución del III Congreso del POSDR sobre el Gobierno provisional revolucionario?

La resolución del III Congreso del POSDR, como lo indica su título, está íntegra y exclusivamente dedicada al Gobierno provisional revolucionario; esto es, la participación en el mismo de la socialdemocracia aparece aquí como un aspecto de la cuestión. Por otra parte, dado que la resolución trata sólo del Gobierno provisional revolucionario y no de otra cosa, no incluye en absoluto cuestiones como la "conquista del poder" en general y otras. ¿Ha obrado bien el Congreso al eliminar este último problema y otros análogos? Por cierto que sí, pues la situación política de Rusia no las pone en manera alguna a la orden del día. Por el contrario, el problema cuya urgente solución plantea todo el pueblo es el de derrocar a la autocracia y convocar a una Asamblea Constituyente. Los congresos del Partido no tienen por qué solucionar los problemas que plantea, oportunamente o no, uno u otro escritor, sino aquellos que asumen una importancia política vital en virtud de las condiciones dadas y como consecuencia de la marcha objetiva del desarrollo social.

¿Qué significa el Gobierno provisional revolucionario en la revolución actual y en la lucha general del proletariado? La resolución del Congreso lo explica e indica desde el comienzo la necesidad de que exista la "libertad política más completa posible", tanto desde el punto de vista de los intereses inmediatos del proletariado como en cuanto a los "objetivos finales del socialismo". Pero, como señala el programa de nuestro partido, la libertad política completa presupone la sustitución de la autocracia zarista por la república democrática. Tanto desde el punto de vista lógico como en el terreno de los principios, resulta necesario subrayar la consigna de la república democrática en la resolución del Congreso, pues el proletariado, como combatiente de avanzada por la democracia, trata de conquistar precisamente la libertad completa; además,

subrayarlo en estos momentos es más conveniente aún porque hoy enarbolan la bandera de la "democracia" los monárquicos, es decir, el Partido "Demócrata" Constitucionalista u *Osvobozhdenie*. Para instaurar la república es imprescindible convocar la asamblea de los representantes populares, asamblea que debe ser de todo el pueblo (sobre la base del sufragio universal, igual, directo y secreto) y constituyente. Así lo señala más adelante la resolución del Congreso. Pero no se detiene en esto. Para establecer un nuevo régimen que "exprese efectivamente la voluntad del pueblo", no basta con dar a la asamblea representativa la denominación de constituyente: es preciso que dicha asamblea tenga poder y fuerza para "constituir". Consciente de ello, la resolución del Congreso no se limita a la consigna formal de "Asamblea Constituyente", sino que enuncia cuáles son las únicas condiciones materiales que permitirán que dicha asamblea cumpla su misión. Es una necesidad imperiosa especificar las condiciones en que una Asamblea Constituyente de nombre puede convertirse en asamblea constituyente en los hechos, ya que la burguesía liberal, personificada por el Partido Monárquico Constitucionalista, falsea deliberadamente, como ya hemos indicado más de una vez, la consigna de Asamblea Constituyente de todo el pueblo, reduciéndola a una formulación sin contenido.

La resolución del Congreso dice que sólo un Gobierno provisional revolucionario, a condición de que sea el órgano de la insurrección popular victoriosa, es capaz de garantizar una amplia libertad de agitación durante la campaña electoral, de convocar una asamblea que exprese realmente la voluntad del pueblo. ¿Es correcta esta tesis? Quien intente ponerla en tela de juicio debe afirmar que el Gobierno zarista puede no apoyar a la reacción, que es capaz de mantenerse neutral durante las elecciones, de preocuparse por dar expresión real a la voluntad del pueblo. Tales afirmaciones son tan absurdas que nadie se atreverá a defenderlas públicamente, pero los partidarios de *Osvobozhdenie* las hacen pasar subrepticamente de contrabando, escudándose bajo la bandera liberal. Alguien debe convocar a la Asamblea Constituyente; las elecciones libres y justas deben ser garantizadas por alguien; alguien debe otorgar a esa asamblea la totalidad de la fuerza y el poder; sólo un Gobierno revolucionario, órgano de la insurrección, puede querer con absoluta sinceridad la convocatoria y poseer fuerzas que le permitan recurrir a todos los medios para llevarla a cabo. Inevitablemente el Gobierno zarista se opondrá a ello. Un Gobierno liberal, que hubiera concertado un acuerdo con el Zar y no se apoyara por entero en la insurrección popular, no sería capaz de desearlo sinceramente, e incluso en el caso de que sí lo deseara no sería capaz de realizarlo. Por consiguiente, la resolución del Congreso da la única consigna democrática acertada y consecuente.

Pero la apreciación de lo que significa el Gobierno provisional revolucionario sería incompleta e inexacta si se perdiera de vista el carácter de clase de la revolución democrática. Por eso, la resolución agrega que la revolución fortalecerá el dominio de la burguesía, hecho inevitable bajo el régimen actual, es decir, el régimen económico-social capitalista. Pero el resultado inevitable del

fortalecimiento de la dominación de la burguesía sobre un proletariado que ha conquistado cierto grado de libertad política será una lucha encarnizada entre ambos por el poder y frenéticas tentativas de la burguesía para "arrebatar al proletariado las conquistas del período revolucionario". Al luchar por la democracia, a la vanguardia y frente a todos, el proletariado no debe olvidar ni por un solo instante las nuevas contradicciones y la nueva lucha latentes en la democracia burguesa.

La significación del Gobierno provisional revolucionario es apreciada, pues, de un modo cabal en la parte de la resolución que examinamos, tanto en su posición con respecto a la lucha por la libertad y la república como en las que sostiene con respecto a la Asamblea Constituyente y a la revolución democrática, que desbrozará el camino para una nueva lucha de clases.

¿Cuál debe ser, entonces, la posición del proletariado en general con respecto al Gobierno provisional revolucionario? La resolución del Congreso responde, ante todo, con el consejo directo al Partido de difundir entre la clase obrera la convicción de que se necesita un Gobierno provisional revolucionario. La clase obrera debe tener conciencia de esta necesidad. Mientras que la burguesía "democrática" deja en segundo plano el derrocamiento del Gobierno zarista, nosotros debemos colocarlo en primer lugar e insistir en la necesidad de instituir un Gobierno provisional revolucionario. Es más, debemos indicar el programa de acción de ese Gobierno de modo que corresponda a las condiciones objetivas del período histórico que estamos atravesando y a los fines de la democracia proletaria. Dicho programa es *todo* el programa mínimo de nuestro partido, el programa de las transformaciones políticas y económicas inmediatas, completamente realizables, por una parte, sobre la base de las relaciones económico-sociales existentes, y necesarias, por otra, para dar el paso siguiente, para hacer realidad el socialismo.

Por lo tanto, la resolución define claramente el carácter y los fines del Gobierno provisional revolucionario. Por su origen y por sus características fundamentales, dicho Gobierno debe ser el órgano de la insurrección popular. Por su destino formal debe servir de instrumento para convocar la Asamblea Constituyente de todo el pueblo. Por el contenido de su actuación debe realizar el programa mínimo de la democracia proletaria, único capaz defender los intereses del pueblo alzado contra la autocracia.

Pueden objetarnos que al Gobierno provisional, por ser provisional, no le corresponde realizar un programa positivo no aprobado aún por todo el pueblo. Tal objeción sólo sería un sofisma de los reaccionarios y los "absolutistas". No llevar a cabo ningún programa positivo significa tolerar la existencia de los métodos feudales propios de la autocracia podrida. Sólo podría tolerarlo un Gobierno de traidores a la causa de la revolución, no un Gobierno que fuera el órgano de la insurrección popular. ¡Sería una burla que alguien propusiese renunciar al ejercicio de la libertad de reunión hasta que esta sea reconocida por la Asamblea Constituyente, so pretexto de que esta puede no reconocerla!

Una burla análoga sería objetar la aplicación inmediata del programa mínimo por el Gobierno provisional revolucionario.

Tengamos en cuenta, por último, que al fijar como tarea del Gobierno provisional revolucionario la aplicación del programa mínimo la resolución descarta las absurdas ideas semianarquistas de realizar enseguida el programa máximo y de conquistar el poder para llevar a cabo la revolución socialista. El grado de desarrollo económico de Rusia (condición objetiva) y el grado de conciencia y organización de las grandes masas del proletariado (condición subjetiva, indisolublemente ligada a la anterior) hacen imposible la inmediata y absoluta liberación de la clase obrera. Sólo la gente más ignorante puede no tener en cuenta el carácter burgués de la revolución democrática que se está desarrollando; sólo los optimistas más cándidos pueden olvidar cuán poco conocen aún las masas obreras los objetivos del socialismo y los métodos para lograrlos. Pero todos nosotros estamos persuadidos de que la emancipación de los obreros sólo puede ser obra de los obreros mismos; sin la conciencia y organización de las masas, sin su preparación y educación por medio de la franca lucha de clases contra toda la burguesía no puede haber revolución socialista. Y para contestar a las objeciones anarquistas de que aplazamos la revolución socialista diremos: no la aplazamos, sino que damos el primer paso hacia ella por el único procedimiento posible, por la única senda acertada, por la senda de la república democrática. Quien desee llegar al socialismo por otro camino que no sea el de la democracia política formulará inevitablemente conclusiones absurdas y reaccionarias, tanto en el sentido económico como en el político. Si en un momento determinado ciertos obreros nos preguntan por qué no realizamos nuestro programa máximo les contestaremos señalándoles cuán ajenas al socialismo son aún las masas del pueblo, impregnadas de un espíritu democrático, cuán poco desarrolladas se hallan aún las contradicciones de clase, cuán poco organizados están aún los proletarios⁴. ¡Organicen a centenares de miles de obreros en toda Rusia, conquisten la simpatía de millones de personas por el programa! Traten de cumplir esta tarea sin limitarse a una sonora pero hueca frascología anarquista y enseguida verán que llevar a cabo esa labor de organización y difundir esa educación socialista depende de la realización más completa posible de las transformaciones democráticas.

Continuemos. Una vez aclarada la significación del Gobierno provisional revolucionario y la actitud del proletariado al respecto, surge la siguiente pregunta: ¿es admisible, y en qué condiciones, nuestra participación en dicho Gobierno (acción desde arriba)? ¿Cuál debe ser nuestra acción desde abajo? La resolución da respuesta exacta a ambas preguntas. Declara categóricamente que:

⁴ Lenin se refiere a la posición planteada por Trotsky y Parvus, quienes sostenían que había que luchar directamente por un "gobierno obrero". Lenin debate directamente con éstos en su artículo "La socialdemocracia y el Gobierno provisional revolucionario", publicado en abril de 1905 en *Izvestia*. Ver a este respecto el artículo de Trotsky "Nuestras diferencias" en León Trotsky y otros, 1905, Buenos Aires, Ediciones IPS-CEIP, 2006 [N&E].

en principio, la participación de la socialdemocracia en el Gobierno provisional revolucionario (en el período de la revolución democrática, en el período de la lucha por la república) es admisible. Con esta declaración nos separamos irrevocablemente tanto de los anarquistas que, en principio, contestan negativamente a esta pregunta, como de los "seguidistas" de la socialdemocracia (al estilo de Martinov y los neoisristas), que trataron de intimidarnos con la perspectiva de una situación en la cual dicha participación pudiera resultarnos ineludible. Con esta declaración, el III Congreso del POSDR rechazó categóricamente la idea de la nueva *Iskra* según la cual la participación de los socialdemócratas en el Gobierno provisional revolucionario es una variante del millerandismo, teóricamente inadmisibles porque constituye una consagración del sistema burgués, etcétera.

Pero, por supuesto, resolver que algo es teóricamente admisible no basta para solucionar el problema de su conveniencia práctica. ¿En qué condiciones es conveniente ese nuevo método de lucha, la lucha "desde arriba", aceptada por el Congreso del Partido? No hace falta decir que ahora resulta imposible hablar de condiciones concretas tales como la correlación de fuerzas, etc., y la resolución, claro está, renuncia a prefiar dichas condiciones. Ninguna persona sensata se decidirá a pronosticar nada en el momento actual con respecto al tema que nos ocupa. Pueden y deben definirse el carácter y los fines de nuestra participación. Es lo que hace la resolución al indicar dos de esos fines: 1) lucha implacable frente a los intentos contrarrevolucionarios, y 2) defensa de los intereses propios de la clase obrera. Cuando los burgueses liberales comienzan a ocuparse con afán de la psicología de la reacción (véase la muy edificante "Carta abierta" del señor Struve en *Osvobodienie* N.º 71) y se empeñan en intimidar al pueblo revolucionario e incitarlo a mostrarse dócil ante la autocracia es particularmente oportuno que el partido del proletariado recuerde el objetivo de la guerra que hoy sostenemos con la contrarrevolución. En último término, sólo la fuerza resuelve los grandes problemas de la libertad política y la lucha de clases, y debemos preocuparnos de preparar y organizar esa fuerza y de emplearla en forma activa, no sólo defensiva, sino también ofensiva. La prolongada época de reacción política, que reina en Europa casi sin interrupción desde la Comuna de París, nos ha familiarizado demasiado con la idea de que sólo es posible la acción "desde abajo", nos ha acostumbrado demasiado a considerar la lucha sólo desde el punto de vista defensivo. Ahora entramos, sin duda alguna, en una nueva época: se ha iniciado un período de conmociones políticas y revoluciones. En un período como el que vive Rusia es inadmisibles regirse por los viejos clichés. Hay que difundir la idea de la acción desde arriba, prepararse para las acciones ofensivas más enérgicas, estudiar las condiciones y las formas de dichas acciones. Dos de estas condiciones son las que coloca en primer plano la resolución del Congreso: una se refiere al aspecto formal de la participación de la socialdemocracia en el Gobierno provisional revolucionario (riguroso control del Partido sobre sus representantes); otra, al carácter de dicha participación (no perder de vista ni por un instante la meta: la revolución socialista completa).

Por lo tanto, después de haber aclarado en todos los aspectos la política del Partido en la acción "desde arriba" -nuevo procedimiento de lucha, casi sin precedentes-, la resolución también prevé la posibilidad de que no logremos actuar desde arriba. En todo caso, estamos obligados a presionar desde abajo sobre el Gobierno provisional revolucionario. Para ejercer esa presión el proletariado debe estar armado -pues en los momentos revolucionarios la situación desemboca con insólita rapidez en una auténtica guerra civil- y dirigido por la socialdemocracia. El objetivo de esa presión armada es "mantener, consolidar y extender las conquistas de la revolución", es decir, las conquistas que, desde el punto de vista de los intereses del proletariado, deben consistir en la aplicación de nuestro programa mínimo en su conjunto.

Con esto terminamos nuestro breve examen de la resolución del III Congreso sobre el Gobierno provisional revolucionario. Como el lector podrá ver, esta resolución aclara tanto la significación del nuevo problema como la posición del partido del proletariado con respecto al mismo y la política del partido dentro del Gobierno provisional revolucionario y fuera de él.

Analicemos ahora la resolución de la "Conferencia" sobre el mismo tema.

III. ¿Qué es la "victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo"?

La resolución de la "Conferencia" está dedicada a la "conquista del poder y la participación en el Gobierno provisional"⁵. Ya hemos dicho que este modo de plantear el problema implica confusión. Por una parte, la formulación es estrecha: se habla sólo de nuestra participación en el Gobierno provisional y no en general de los objetivos del Partido con respecto al Gobierno provisional revolucionario. Por otra parte, se confunden dos aspectos completamente distintos: nuestra participación en una de las fases de la revolución democrática y la revolución socialista. En efecto, la "conquista del poder" por la socialdemocracia no puede ser otra cosa que la revolución socialista, si se emplean estas palabras en su significado directo y habitual. Pero si no se las interpreta en el sentido de la conquista del poder para la revolución socialista, sino para la revolución democrática, ¿qué sentido tiene hablar, no sólo de la participación en el Gobierno provisional revolucionario, sino también de la "conquista del poder" en general? Evidentemente, nuestros "conferencistas" no sabían muy bien a qué tenían que referirse: a la revolución democrática o a la revolución socialista. Quien haya seguido la literatura dedicada a ese asunto sabe que fue el camarada Martinov quien inició tal confusión en su famosa *Don dictaduras*; los neostokristas recuerdan de mala gana cómo se plantea la cuestión (ya antes del 9 de enero) en esa obra.

⁵ El texto completo de esta resolución puede ser establecido por el lector de acuerdo con las citas que figuran en las páginas 400, 403, 407, 431 y 433 (del presente folleto) (nota de Lenin para la edición de 1907). (Lenin va a citar la resolución en el punto 4, 5 y 10. NME).

modelo de escritura seguidista. Sin embargo, su influencia ideológica sobre la "Conferencia" es innegable.

Pero dejemos a un lado el título de la resolución. Su contenido nos mostrará errores mucho más profundos y graves. He aquí la primera parte:

La victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo puede ser señalada, bien por la constitución de un Gobierno provisional surgido de la insurrección popular victoriosa, bien por la iniciativa revolucionaria de alguna institución representativa que decida, bajo la presión revolucionaria directa del pueblo, organizar una Asamblea Constituyente de todo el pueblo.

Por lo tanto, se nos dice que la victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo puede ser tanto la insurrección triunfante como... ¡la decisión de una institución representativa de organizar una Asamblea Constituyente! ¿Qué significa eso? ¿Cómo es posible? ¿La victoria decisiva puede ser señalada por la "decisión" de organizar una Asamblea Constituyente? ¡Y semejante "victoria" es equiparada con la formación de un Gobierno provisional "surgido de la insurrección popular victoriosa"! La "Conferencia" no advirtió que la insurrección popular victoriosa y la formación de un Gobierno provisional implican la victoria efectiva de la revolución, mientras que la "decisión" de organizar una Asamblea Constituyente sólo implica la victoria de la revolución *en las palabras*.

La "Conferencia" de los mencheviques de la nueva *Letra* cayó en el mismo error en que incurren siempre los liberales, los partidarios de *Osvobozhdenie*. Esa gente discurre sobre la asamblea "constituyente" mientras cierra púdicamente los ojos ante el hecho de que la fuerza y el poder siguen en manos del Zar, y olvida que para "constituir" hay que tener la *fuerza* de constituir. La "Conferencia" olvidó que desde la "decisión" de unos representantes cualesquiera hasta el cumplimiento de dicha misión hay un gran trecho. También olvidó que, mientras el poder quede en manos del Zar, cualquier decisión de unos representantes cualesquiera no es más que charlatanería, tan hueca y lamentable como las "decisiones" del Parlamento de Fráncfort, famoso en la historia de la Revolución alemana de 1848. Marx, representante del proletariado revolucionario, en su *Neue Rheinische Zeitung* fustigaba con sarcasmos implacables a los liberales de Fráncfort, del estilo de los de *Osvobozhdenie*, porque pronunciaban bellos discursos, tomaban todo tipo de "decisiones" democráticas, "instituían" todo tipo de libertades, pero en la práctica dejaban el poder en manos del Rey, no organizaban la lucha armada contra sus ejércitos. Y mientras los liberales de Fráncfort discursaban, el Rey esperó el momento oportuno, avanzó sus efectivos militares, y la contrarrevolución, apoyada en el poder real, infligió una derrota rotunda a los demócratas con todas sus magníficas "decisiones".

La "Conferencia" equiparó con la victoria decisiva lo que precisamente carece de la condición decisiva de la victoria. ¿Cómo es posible que socialdemócratas que aceptan el programa republicano de nuestro partido hayan incurrido en se-

mejante error? Para comprender este extraño fenómeno hay que volver a la resolución del III Congreso sobre el sector que se ha separado del Partido⁶. En dicha resolución se indica la supervivencia en nuestro partido de distintas tendencias "afines al economismo". Nuestros "conferencistas" (no en vano, por cierto, están bajo la dirección ideológica de Martinov) razonan sobre la revolución con el mismo criterio con que los economistas razonaban sobre la lucha política o la jornada de ocho horas. Los economistas ponían inmediatamente en circulación la "teoría de las fases": 1) lucha por los derechos, 2) agitación política, 3) lucha política o 1) jornada de diez horas, 2) jornada de nueve horas, 3) jornada de ocho horas. Todo el mundo conoce bastante bien cuáles fueron los resultados obtenidos con esa "táctica como proceso". Ahora nos proponen asimismo dividir, de manera meticulosa y por anticipado, la revolución en fases: 1) el Zar convoca una institución representativa, 2) esta institución representativa "decide", bajo la presión del "pueblo", organizar la Asamblea Constituyente, 3) ... sobre la tercera fase, los mencheviques no se pusieron todavía de acuerdo; olvidan que la presión revolucionaria del pueblo tropezará con la presión contrarrevolucionaria del zarismo, debido a lo cual la "decisión" no será aplicada, o bien el asunto no será decidido sino por la victoria o por la derrota de la insurrección popular. La resolución de la Conferencia es similar al siguiente razonamiento de los economistas: la victoria decisiva de los obreros puede ser lograda mediante la implantación de la jornada de ocho horas por vía revolucionaria, o bien mediante la concesión de la jornada de diez horas y la "decisión" de pasar a la de nueve... Exactamente lo mismo.

Se nos puede objetar, quizás, que los autores de la resolución no se proponían equiparar la victoria insurreccional a la "decisión" de la institución representativa convocada por el Zar, que únicamente querían anticipar la táctica del Partido

6 Damos el texto completo de esa resolución: "El Congreso hace constar que en el POSDR, desde la época de su lucha contra el economismo, se conservan matices que le son afines en distintos grados y en diversos sentidos, matices que se caracterizan por una tendencia general a subestimar la importancia de los elementos que tienen conciencia de clase en la lucha proletaria, supeditándolos a los de la espontaneidad. Cuando se trata del problema de organización, los que representan estos matices formulan de manera teórica el principio de la organización como proceso, que no corresponde a la labor del Partido, pues esta se desarrolla en forma sistemática; y en la práctica emplean en muchos casos el método de desviarse del cumplimiento de la disciplina partidaria, y, en otros, cuando dirigen a la parte menos consciente del Partido sus prédicas a favor de la aplicación en gran escala del principio de elección sin tener en cuenta las condiciones objetivas de la realidad rusa, intentan socavar las únicas bases que hoy son posibles en los vínculos del Partido. En las cuestiones tácticas tienden a reducir el alcance de la labor partidaria, declarando su oposición a que el Partido luche por una táctica completamente independiente respecto a los partidos burgueses liberales; negando que es posible y deseable que nuestro partido asuma el papel organizador en la insurrección popular; se oponen a la participación del Partido, sean cuales fueren las condiciones, en el Gobierno provisional democrático revolucionario.

El Congreso propone a todos los miembros del Partido que desarrollen en todas partes una enérgica lucha ideológica contra tales desviaciones parciales de los principios de la socialdemocracia revolucionaria, pero a la vez considera admisible la participación en las organizaciones partidarias de personas que, en uno u otro grado, adhieren a esas ideas, a condición de que, además de aceptar los congresos del Partido y sus estatutos, se sometan por entero a la disciplina partidaria" (nota de Lenin para la edición de 1907).

en uno u otro caso. Contestamos: 1) el texto de la resolución califica directa e inequívocamente de "victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo" la decisión de una institución representativa. Es posible que esto sea el resultado de una redacción poco cuidada, es posible que se la pueda enmendar consultando las actas, pero mientras no se la enmiende el sentido de dicho texto sólo puede ser uno, y el mismo se ajusta perfectamente a las ideas de *Osvobozhdenie*. 2) La manera de pensar propia de *Osvobozhdenie* en que han caído los autores de la resolución aparece con un relieve incomparablemente mayor en otras publicaciones neoisristas. Por ejemplo, en el órgano del Comité de Tiflis, *Sotsial-Demokrat* (publicado en georgiano y ensalzado por *Istus* en su número cien), en el artículo "El *Zemski Sobor*⁷ y nuestra táctica", se llega a decir que la "táctica" consistente en "elegir como centro de nuestra actividad al *Zemski Sobor*" (sobre cuya convocatoria, dicho sea de paso, no sabemos todavía nada preciso!) "es más ventajosa para nosotros" que la "táctica" de la insurrección armada y de la formación de un Gobierno provisional revolucionario. Más adelante volveremos a ocuparnos de este artículo. 3) No puede objetarse el examen previo de la táctica del Partido tanto en el caso de victoria como en el caso de derrota de la revolución, tanto en el caso de éxito de la insurrección como en el caso de que esta no logre adquirir una fuerza decisiva. Es posible que el Gobierno zarista consiga convocar una asamblea representativa con el fin de entrar en componendas con la burguesía liberal; la resolución del III Congreso lo anticipa cuando habla de "política hipócrita", "seudodemocracia", "formas caricaturescas de representación popular, tales como el llamado *Zemski Sobor*"⁸. Pero el punto es que estas cosas no se dicen

7 Asamblea o parlamento feudal que funcionó en Rusia en los siglos XVI y XVII (NdE).

8 El texto de esa resolución sobre la actitud respecto de la táctica del Gobierno en vísperas de la revolución es la siguiente:

Teniendo en cuenta que, con el fin de mantenerse en el período revolucionario que atravesamos, el Gobierno, al intensificar la represión habitual, encaminada con preferencia contra los elementos conscientes del proletariado, a la vez: 1) trata de corromper políticamente a la clase obrera mediante concesiones y promesas de reformas, para distraerla así de la lucha revolucionaria; 2) con el mismo fin reviste su política hipócrita de concesiones con el ropaje de formas seudodemocráticas, comenzando por invitar a los obreros a elegir sus representantes para las comisiones y asambleas y terminando con la creación de formas caricaturescas de representación popular, tales como el *Zemski Sobor*; y 3) organiza las llamadas Centurias Negras y alza contra la revolución a todos los elementos reaccionarios del pueblo, inconscientes o engañados por el odio de raza o de religión.

El III Congreso del POSDR acuerda proponer a todas las organizaciones del partido:

a) al desenmascarar los fines reaccionarios de las concesiones del Gobierno, subrayar en la propaganda y la agitación, por una parte, su carácter forzado, y, por otra, la absoluta imposibilidad para la autocracia de conceder reformas que satisfagan al proletariado;
b) aprovechando la campaña electoral, explicar a los obreros el verdadero sentido de tales medidas del Gobierno y demostrar que el proletariado debe convocar por vía revolucionaria la Asamblea Constituyente sobre la base del sufragio universal, igual, directo y secreto;
c) organizar al proletariado para la implantación inmediata por vía revolucionaria de la jornada de ocho horas y otras reivindicaciones inmediatas de la clase obrera;
d) organizar la resistencia armada a las intenciones de las Centurias Negras y de los elementos reaccionarios en general, dirigidos por el Gobierno" (nota de Lenin para la edición de 1907).

en la resolución sobre el Gobierno provisional revolucionario, ya que nada tienen que ver con él. Tal caso relegará el problema de la insurrección y de la formación del Gobierno provisional revolucionario, lo modificará, etc. Ahora no se trata de que sean posibles toda suerte de combinaciones, la victoria y la derrota, los caminos rectos y los rodeos; se trata de que resulta inadmisibles que un socialdemócrata siembre la confusión entre los obreros sobre cuál es el camino verdaderamente revolucionario; que, a la manera de los adeptos a *Osvobodhdenie*, se califique de victoria decisiva a algo que carece de la condición fundamental de la victoria. Es posible incluso que obtengamos la jornada de ocho horas, no de un solo golpe, sino después de un largo rodeo, pero ¿qué dirían ustedes de un hombre que calificara de victoria obrera una impotencia, una debilidad tal del proletariado que lo incapacitara para impedir los aplazamientos, las demoras, el regateo, la traición y la reacción? ¿Es posible que la revolución rusa termine con un "aborto constitucional", como en cierta ocasión dijo *Izvestia*⁹, pero ¿cómo esto puede justificar al socialdemócrata que, en vísperas de la lucha decisiva, califique ese aborto de "victoria decisiva sobre el zarismo"? Es posible, si las cosas van mal, no sólo que no conquistemos la república, sino que incluso la Constitución que obtengamos sea ilusoria, "à la Shipov"¹⁰, pero ¿cómo puede perdonársele a un socialdemócrata que tergiversase nuestra consigna republicana?

Naturalmente, los neoskristas no han llegado todavía a ese extremo. ¡Pero el que en su resolución se hayan olvidado de hablar de la república pone en evidencia hasta qué punto se ha debilitado en ellos el espíritu revolucionario, hasta qué punto la afición a las elucubraciones vacuas los ha apartado de las tareas de combate del momento! Es increíble, pero es un hecho. Todas las consignas de la socialdemocracia se ratifican, se repiten, se aclaran, se detallan en distintas resoluciones de la Conferencia; no se olvida siquiera la elección por los obreros, en las empresas, de delegados y diputados; únicamente no se ha hallado la ocasión de recordar la república en la resolución sobre el Gobierno provisional revolucionario. Hablar de la "victoria" de la insurrección popular, de la formación de un Gobierno provisional, y no indicar la relación de estos "pasos" y actos con la conquista de la república significa redactar una resolución, no para dirigir la lucha del proletariado, sino para arrastrarse a la cola del movimiento proletario.

Resumamos: la primera parte de la resolución, 1) no aclara en lo más mínimo la significación del Gobierno provisional revolucionario desde el punto de vista de la lucha por la república y de garantizar una asamblea que realmente

9 *Izvestia* [Adelante] se editó en Ginebra como órgano del sector bolchevique del Partido, de enero a mayo de 1905; aparecieron dieciocho números. Y a partir de mayo en su lugar comenzó a publicarse *Proletary* como órgano central del POSDR, de acuerdo con la resolución del III Congreso del POSDR (dicho congreso se celebró en Londres, en mayo; los mensheviks no asistieron y organizaron su propia Conferencia en Ginebra) (nota de Lenin para la edición de 1907).

10 Shipov fue un liberal moderado que propuso al Zar la creación de una asamblea consultiva, es decir, sin ningún poder legislativo o ejecutivo [NDE].

sea de todo el pueblo y constituyente; 2) confunde la conciencia democrática del proletariado cuando equipara la victoria revolucionaria decisiva sobre el zarismo con una situación en la que precisamente falta todavía la condición fundamental para una verdadera victoria.

IV. La república y la abolición de la monarquía

Pasemos a la parte siguiente de la resolución:

Tanto en uno como en otro caso, esa victoria será el principio de una nueva fase de la época revolucionaria. El objetivo planteado espontáneamente a esa nueva fase por las condiciones objetivas del desarrollo social es la liquidación definitiva de todo el régimen de la monarquía y los estamentos sociales en el proceso de la lucha recíproca entre los elementos de la sociedad burguesa, políticamente emancipada, por la satisfacción de sus intereses sociales y por la posesión directa del poder.

Por eso, el Gobierno provisional que asuma la realización de las tareas de esa revolución, burguesa por su carácter histórico, al regular la lucha recíproca entre las clases antagónicas de la nación que se emancipa deberá no sólo impulsar el desarrollo revolucionario, sino también luchar contra los factores del mismo que amenacen las bases del sistema capitalista.

Detengámonos en esto, que constituye un apartado independiente de la resolución. La idea fundamental de los razonamientos que reproducimos coincide con la expuesta en el tercer punto de la resolución del Congreso. Pero si se comparan estas partes de ambas resoluciones salta inmediatamente a la vista la siguiente diferencia radical entre ellas: la resolución del Congreso, después de caracterizar en dos palabras la base económico-social de la revolución, dirige toda su atención a la lucha de clases netamente definida por conquistas determinadas y coloca en primer plano las tareas de combate del proletariado; la de la Conferencia, después de describir de un modo extenso, nebuloso y confuso la base económico-social de la revolución, habla muy vagamente de la lucha por conquistas determinadas y pasa completamente por alto las tareas de combate del proletariado. La resolución de la Conferencia habla de la liquidación del antiguo régimen en el proceso de una lucha recíproca entre los elementos de la sociedad; la del Congreso dice que esa liquidación debemos efectuarla nosotros, partido del proletariado, que sólo la instauración de la república democrática implica una liquidación verdadera del antiguo régimen, que esa república debemos conquistarla y que lucharemos por ella y por la libertad completa no sólo contra la autocracia, sino también contra la burguesía cuando esta intente (como lo hará, sin duda) arrebatararnos nuestras conquistas. La resolución del Congreso llama a luchar a una clase determinada, por un

objetivo inmediato, definido de un modo preciso; la de la Conferencia razona sobre la lucha recíproca de las distintas fuerzas. Una resolución expresa la psicología de la lucha activa; otra, la de la contemplación pasiva; una está impregnada de llamamientos a la acción vital; la otra, de razonamientos caducos. Ambas resoluciones declaran que la revolución que se está desarrollando es para nosotros sólo un primer paso, al cual seguirá un segundo, pero, mientras una de ellas extrae la conclusión de que hay que dar este primer paso con la mayor rapidez, conquistar la república, aplastar implacablemente la contrarrevolución y crear el terreno para el segundo paso, la otra resolución, en cambio, rebosa, por decirlo así, de locuaces descripciones del primer paso y (perdónese lo vulgar de la expresión) mastica sus ideas al respecto. La resolución del Congreso toma las viejas y eternamente nuevas ideas del marxismo (sobre el carácter burgués de la revolución democrática) como prólogo o premisa para sacar conclusiones sobre las tareas progresivas de la clase de vanguardia, que lucha tanto por la revolución democrática como por la revolución socialista. La resolución de la Conferencia no va más allá del prólogo, masticándolo una y otra vez y tratando de ser astuta al respecto.

Esta es la diferencia que desde hace mucho tiempo divide a los marxistas rusos en dos alas: la razonadora y la combativa, en los tiempos pasados del marxismo legal; ala economista y ala política, en la época en que se iniciaba el movimiento de masas. De la correcta premisa marxista sobre las profundas raíces económicas de la lucha de clases en general y de la lucha política en particular, los "economistas" sacaban la singular conclusión de que había que volver la espalda a la lucha política y contener su desarrollo, reducir su alcance, rebajar sus objetivos. Los políticos, a la inversa, extraían de la misma premisa otra conclusión, a saber: que cuanto más profundas son las raíces de nuestra lucha debemos librarla con más amplitud, valor, decisión e iniciativa.

Hoy, en otras circunstancias, en una forma modificada, nos hallamos ante el mismo debate. De las premisas de que la revolución democrática no es aún, ni mucho menos, la revolución socialista, de que "interesa" no sólo y exclusivamente a los desposeídos, de que se halla profundamente enraizada en las necesidades y reivindicaciones incuestionables de toda la sociedad burguesa sacamos como conclusión que la clase de vanguardia debe plantear más audazmente sus objetivos democráticos, expresarlos con mayor precisión y hasta el fin, propugnar la consigna inmediata de la república, propagar la idea de la necesidad del Gobierno provisional revolucionario y del aplastamiento implacable de la contrarrevolución. En cambio, nuestros contrincantes, los neokristas, deducen de esas mismas premisas que no hay que plantear hasta el fin los objetivos democráticos, que entre las consignas prácticas se puede prescindir de la república, que es permitido no propagar la idea de la necesidad del Gobierno provisional revolucionario, que inclusive la resolución de convocar la Asamblea Constituyente puede ser calificada de victoria decisiva, que en vez de propugnar la lucha contra la contrarrevolución como nuestra tarea activa

se la puede ahogar en una alusión nebulosa (y erróneamente formulada, como veremos enseguida) al "proceso de la lucha recíproca". ¡Este no es un lenguaje propio de dirigentes políticos, sino de fósiles de biblioteca!

Cuanto más atentamente examinemos las distintas fórmulas de la resolución neoisrista, con mayor evidencia aparecerán ante nosotros los rasgos fundamentales que ya hemos indicado. Se nos habla, por ejemplo, del "proceso de la lucha recíproca entre los elementos de la sociedad burguesa, políticamente emancipada". Como recordamos el tema de que trata la resolución (Gobierno provisional revolucionario), preguntamos perplejos: ya que se habla del proceso de lucha recíproca, ¿cómo es posible guardar silencio sobre los elementos que políticamente esclavizan a la sociedad burguesa? ¿Se imaginan los miembros de la Conferencia que porque ellos hayan supuesto la victoria de la revolución dichos elementos ya han desaparecido? Esta idea sería un absurdo en general y una enorme ingenuidad política, una miopía política en particular. Después de la victoria de la revolución sobre la contrarrevolución, esta no desaparecerá, sino que, al contrario, empezará inevitablemente una nueva lucha, todavía más encarnizada. Al examinar las tareas que nos asigna la victoria de la revolución debemos prestar gran atención a las que tienen como norte rechazar la acometida contrarrevolucionaria (como se hace en la resolución del Congreso) y no ahogar esas tareas políticas inmediatas, esenciales, candentes de un partido combativo en razonamientos generales a propósito de lo que habrá después del período revolucionario actual, cuando nos hallemos ya en una "sociedad políticamente emancipada". Del mismo modo que los "economistas" disimulaban su incompreensión de las tareas políticas urgentes con alusiones a las verdades generales sobre la subordinación de la política a la economía, así los neoisristas, cuando aluden a las verdades generales sobre la lucha en el seno de la sociedad políticamente emancipada, disimulan su incompreensión de las candentes tareas revolucionarias para la emancipación política de dicha sociedad.

Tomemos la expresión "liquidación definitiva de todo el régimen de la monarquía y los estamentos sociales". En lenguaje corriente, la liquidación definitiva del régimen monárquico se llama instauración de la república democrática. Pero nuestro buen Martinov y sus admiradores juzgan esta expresión demasiado sencilla y clara. Ellos quieren a toda costa "abundar" y decir las cosas de un modo más "sabio". Así resultan, por una parte, esfuerzos ridículos por demostrar profundidad de pensamiento, y, por otra, en vez de una consigna, una descripción, en vez de un llamamiento alentador a marchar hacia adelante, una especie de melancólica mirada retrospectiva. Parece que no se tratara de seres vivos que quieren luchar ahora mismo, sin más tardanza, por la república, sino de momias petrificadas que, *sub specie aeternitatis*¹¹, examinan la cuestión desde el punto de vista *plusquamperfectum*.

11 En latín: "Desde el punto de vista de la eternidad" (NóE).

Prosigamos: "... el Gobierno provisional que asuma la realización de las tareas de esa revolución burguesa...". En este punto se nota enseguida que los delegados a la Conferencia han descuidado una cuestión concreta que se plantea ante los dirigentes políticos del proletariado: la del Gobierno provisional revolucionario, que ha desaparecido de su campo visual ante la cuestión de la futura serie de Gobiernos que realizarán las tareas de la revolución burguesa en general. Si desean examinar la cuestión "históricamente", el ejemplo de cualquier país europeo les mostrará que precisamente una serie de Gobiernos, que en modo alguno eran "provisionales", realizaron las tareas históricas de la revolución burguesa; que inclusive Gobiernos que habían vencido a la revolución se vieron obligados, a pesar de ello, a realizar las tareas históricas de esa revolución vencida. Pero lo que se llama "Gobierno provisional revolucionario" de ninguna manera es éste del que ustedes hablan: se llama así al Gobierno de la época revolucionaria que reemplaza directamente al Gobierno derribado y que se apoya en la insurrección popular y no en cualquier institución representativa surgida del pueblo. El Gobierno provisional revolucionario es el órgano de la lucha por la victoria inmediata de la revolución, por la represión inmediata de los intentos contrarrevolucionarios y no, en modo alguno, un órgano que realiza las tareas históricas de la revolución burguesa en general. Dejemos, señores, que los futuros historiadores de la futura *Russkaja Starina*¹² establezcan qué tareas de la revolución burguesa habrán sido las realizadas por nosotros o por tal o cual Gobierno; esto podrá hacerse también dentro de treinta años, pero lo que ahora necesitamos es dar consignas e indicaciones prácticas para la lucha por la república y para la participación más enérgica del proletariado en esa lucha.

Por las causas señaladas tampoco son satisfactorias las últimas tesis de la parte de la resolución que hemos reproducido. Es muy desacertada o, por lo menos, torpe la expresión de que el Gobierno provisional deberá "regular" la lucha recíproca de las clases antagónicas: los marxistas no deben emplear una fórmula liberal, de *Osoboshlenie*, como esta, que induce a pensar en la posibilidad de un Gobierno que en vez de ser órgano de la lucha de clases sea "regulador" de la misma... El Gobierno "deberá no sólo impulsar el desarrollo revolucionario, sino también luchar contra los factores del mismo que amenacen las bases del régimen capitalista". ¡Ese "factor" es precisamente ese mismo proletariado en nombre del cual habla la resolución! En vez de señalar cómo debe el proletariado, en un determinado momento, "impulsar el desarrollo revolucionario" (empujarlo más allá de lo que quisiera la burguesía constitucionalista), en vez de aconsejar prepararse de un modo determinado para la lucha contra la burguesía cuando esta se vuelva contra las conquistas de la revolución, se nos ofrece una descripción general del proceso que nada dice sobre los objetivos concretos de nuestra actividad. El método empleado por los neoisristas para exponer sus ideas nos hace recordar

12 Antigüedad rusa: una revista mensual de historia editada en San Petersburgo de 1870 a 1918 [NdlE].

la expresión de Marx (en sus famosas "tesis" sobre Feuerbach) acerca del viejo materialismo, extraño a la idea de la dialéctica. Los filósofos sólo han *interpretado* el mundo de distintos modos —decía Marx—, pero se trata de *transformarlo*. Del mismo modo, los neoisikristas pueden describir y explicar no del todo mal el proceso de la lucha que se desarrolla ante sus ojos, pero son absolutamente incapaces de dar una consigna correcta en esta lucha. Marcan el paso con mucho afán, pero dirigen mal, degradan la interpretación materialista de la historia porque hacen caso omiso del papel activo, dirigente y orientador que pueden y deben desempeñar los partidos conscientes de las condiciones materiales de la revolución, los partidos que se han puesto al frente de las clases avanzadas.

V. ¿Cómo "impulsar la revolución hacia adelante"?

He aquí otro pasaje de la resolución:

En tales condiciones, la socialdemocracia debe esforzarse por conservar durante el transcurso de la revolución una posición que le garantice del mejor modo la posibilidad de impulsar la revolución, no le ate las manos en la lucha contra la política inconsecuente y egoísta de los partidos burgueses y la preserve de diluirse en la democracia burguesa.

Por eso, la socialdemocracia no debe proponerse como fin conquistar o compartir el poder en el Gobierno provisional, sino que debe seguir siendo el partido de la oposición revolucionaria extrema.

El consejo de ocupar una posición que garantice del mejor modo la posibilidad de impulsar la revolución nos gusta sobremanera. Sólo descartamos que, además de este buen consejo, indicara expresamente cómo debe la socialdemocracia impulsar la revolución en la situación política actual, en un período de rumores, suposiciones, habladurías y proyectos de convocar a los representantes del pueblo. ¿Puede hoy impulsar la revolución quien no comprende lo peligroso de la teoría del "acuerdo" del pueblo con el Zar sostenida por los de *Osvobozhdenie*, quien califica de victoria la mera "decisión" de convocar una Asamblea Constituyente, quien no asume la tarea de hacer propaganda activa en favor de la necesidad del Gobierno provisional revolucionario, quien deja en segundo plano la consigna de la república democrática? Esa gente, en realidad, *empuja la revolución hacia atrás*, porque en el sentido *político y práctico* se ha detenido al nivel de *Osvobozhdenie*. ¿Qué valor puede tener aceptar el programa que exige la sustitución de la autocracia por la república si en la resolución táctica que define las tareas actuales e inmediatas del Partido en el período revolucionario falta la consigna de la lucha por la república? ¡Pero si justamente la posición de los adeptos a *Osvobozhdenie*, la posición de la burguesía constitucionalista en la actualidad se caracteriza por considerar una victoria decisiva la resolución de convocar una Asamblea

Constituyente de todo el pueblo, en tanto guarda prudente silencio sobre el Gobierno provisional revolucionario y la república! Para *impulsar* la revolución, esto es, más allá del límite hasta el cual la impulsa la burguesía monárquica, hoy que propugnar activamente, subrayar y colocar en primer plano consignas que *excluyan* la "inconsecuencia" de la democracia burguesa. Esas consignas en el momento actual son *sólo dos*: 1) Gobierno provisional revolucionario, y 2) república, porque la consigna de Asamblea Constituyente de todo el pueblo *ha sido aceptada* por la burguesía monárquica (véase el programa de la Liga *Osvobozhdenie*), y ha sido aceptada precisamente para restarle vitalidad a la revolución, para no permitir su victoria total, para servir a los intereses de una transacción mercantil entre la gran burguesía y el zarismo. Y de esas dos consignas, únicas capaces de impulsar la revolución, la Conferencia ha olvidado completamente la de la república, en tanto ha equiparado la del Gobierno provisional revolucionario a la consigna de Asamblea Constituyente nacional propugnada por *Osvobozhdenie*, ilocalificando de "victoria decisiva de la revolución" lo uno y lo otro!

Sí, tal es el hecho que, estamos persuadidos, servirá de jalón para el futuro historiador de la socialdemocracia rusa. La Conferencia de socialdemócratas, realizada en mayo de 1905, aprueba una resolución que contiene buenas palabras sobre la necesidad de impulsar la revolución democrática pero que, en la práctica, la empuja hacia atrás, no va más allá de las consignas democráticas de la burguesía monárquica.

A los neoiskristas les gusta reprocharnos que pasamos por alto el peligro de que el proletariado se diluya en la democracia burguesa. Quisiéramos ver quién se atreve a probarlo fundándose en el texto de las resoluciones aprobadas por el III Congreso del POSDR. A nuestros contrincantes les contestamos: la socialdemocracia, que actúa en el terreno de la sociedad burguesa, no puede participar en la política sin marchar, en algunos casos aislados, *al lado* de la democracia burguesa. La diferencia entre ustedes y nosotros, en este punto, consiste en que nosotros marchamos al lado de la burguesía revolucionaria y republicana sin fundirnos con ella, mientras que ustedes marchan junto a *la burguesía liberal y monárquica* sin fundirse tampoco con ella. *Así están las cosas.*

Las consignas tácticas que ustedes formulan en nombre de la Conferencia coinciden con las del Partido "Demócrata Constitucionalista", esto es, *con las del partido de la burguesía monárquica*; más aún, ustedes no han advertido esta coincidencia, no la han comprendido, yendo a parar, de este modo, en la práctica, *a la ristra* de los partidarios de *Osvobozhdenie*.

Nuestras consignas tácticas, que formulamos en nombre del III Congreso del POSDR, coinciden con las consignas de la burguesía democrática revolucionaria y republicana. Esta burguesía y la pequeñoburguesía no han creado todavía un gran partido popular en Rusia¹³. Pero sólo puede dudar de la existencia de

13 Los "socialistas revolucionarios" son más bien un grupo terrorista de intelectuales que el embrión de dicho partido, aunque la significación objetiva de su actividad se reduce, precisamente, a realizar las tareas de la burguesía revolucionaria y republicana.

sus elementos quien no tenga idea alguna de lo que hoy sucede en Rusia. Nos proponemos dirigir (en caso de que la gran revolución rusa se desenvuelva con éxito) no sólo al proletariado, organizado por el Partido Socialdemócrata, sino también a esa pequeñaburguesía capaz de marchar junto a nosotros.

La Conferencia, en su resolución, *desciende* inconscientemente hasta el nivel de la burguesía liberal y monárquica. El Congreso del Partido, con su resolución, *eleva* conscientemente hasta su nivel a los elementos de la democracia revolucionaria capaces de luchar en lugar de negociar.

Dichos elementos se encuentran sobre todo entre los campesinos. No incurriremos en un gran error si, al clasificar los grandes grupos sociales por sus tendencias políticas, identificamos a la democracia revolucionaria y republicana con la masa campesina, en el mismo sentido, claro está, y con las mismas reservas y sobreentendidas condiciones con las cuales se puede identificar a la clase obrera con la socialdemocracia. En otros términos, podemos también expresar nuestras conclusiones del modo siguiente: la Conferencia, con sus consignas *políticas de interés para toda la nación*¹⁴ en el período revolucionario, *desciende* inconscientemente *hasta el nivel de la masa de los terratenientes*. El Congreso del Partido, con sus consignas políticas *de interés para toda la nación, eleva a la masa campesina hasta el nivel revolucionario*. A quien, a causa de esta conclusión, nos acuse de aficionados a las paradojas lo desafiamos a refutar esta tesis: si no disponemos de fuerzas suficientes para llevar la revolución hasta el fin, si la revolución *termina*, como lo quieren los de *Ozoboshdenie*, con una "victoria decisiva" en forma de asamblea representativa convocada por el Zar, a la cual sólo en tono de burla podría calificarse de constituyente, entonces eso será una revolución con predominio de los elementos *terratenientes y de la gran burguesía*; por el contrario, si estamos destinados a pasar efectivamente por una gran revolución, si esta vez la historia no permite un "aborto", si contamos con fuerzas para llevar la revolución hasta el fin, hasta la victoria decisiva, no en el sentido que dan a esta palabra los partidarios de *Ozoboshdenie* y los neoiskristas, entonces esa será una revolución con predominio de los elementos campesinos y proletarios.

Quizás algunos interpreten que admitir la idea de tal predominio es renunciar a nuestra convicción acerca del carácter burgués de la revolución inminente. Es muy posible, si se tiene en cuenta cómo abusa *Iskra* de este concepto. Por lo tanto, no será superfluo en absoluto analizar tal problema.

VI. ¿Desde dónde amenaza al proletariado el peligro de verse con las manos atadas en la lucha contra la burguesía inconsecuente?

Los marxistas están absolutamente convencidos del carácter burgués de la revolución rusa. ¿Qué significa esto? Significa que las transformaciones

¹⁴ No hablamos de las consignas específicamente campesinas, a las cuales se dedican resoluciones especiales.

democráticas en el régimen político y las transformaciones económico-sociales, que se han convertido en una necesidad para Rusia, no implican por sí solas el quebrantamiento del capitalismo, no minarán la dominación de la burguesía; por el contrario, por primera vez desbrozarán el terreno en forma apropiada para un desarrollo vasto y rápido, europeo y no asiático, del capitalismo; por primera vez harán posible la dominación de la burguesía como clase. Los socialistas revolucionarios no pueden comprender esta idea porque desconocen el abecé de las leyes de desarrollo de la producción mercantil y capitalista, no perciben que ni siquiera el éxito completo de la insurrección campesina, ni siquiera la redistribución de toda la tierra en interés de los campesinos y de acuerdo con sus deseos ("redistribución general" o algo por el estilo) destruiría al capitalismo, sino que, por el contrario, impulsaría su desenvolvimiento y aceleraría la diferenciación de clase de los campesinos mismos. El no comprender esta verdad convierte a los socialistas revolucionarios en ideólogos inconscientes de la pequeñoburguesía. Insistir sobre esta verdad tiene para la socialdemocracia una importancia inmensa, no sólo teórica, sino también práctica, pues de aquí se desprende que la total independencia de clase del partido del proletariado, en el presente movimiento "democrático general", es una condición indispensable.

Pero de esto no se desprende en absoluto que la revolución *democrática* (burguesa por su contenido económico-social) no sea de un interés *enorme* para el proletariado. De esto no se desprende en absoluto que la revolución democrática no se pueda producir de manera que favorezca preferentemente al gran capitalista, al magnate financiero, al terrateniente "ilustrado", o bien de manera ventajosa para el campesino y para el obrero.

Los neokristianos interpretan de un modo radicalmente erróneo el sentido y la significación de la categoría revolución burguesa. En sus razonamientos se desliza constantemente la idea de que la revolución burguesa sólo puede beneficiar a la burguesía. Nada más erróneo que esta idea. La revolución burguesa no va más allá del marco del régimen económico-social burgués, esto es, capitalista, y expresa las necesidades de su desarrollo no sólo porque no destruye las bases del capitalismo sino porque, por el contrario, las ensancha y profundiza. Esta revolución expresa, entonces, no sólo los intereses de la clase obrera, sino también los de toda la burguesía. Por cuanto la dominación de la burguesía sobre la clase obrera es inevitable bajo el capitalismo, se puede decir, con pleno derecho, que la revolución burguesa expresa los intereses no tanto del proletariado como de la burguesía. Pero la idea de que la revolución burguesa no expresa en lo más mínimo los intereses del proletariado es completamente absurda. Esta idea repite la ancestral teoría populista de que la revolución burguesa se halla en pugna con los intereses del proletariado, motivo por el cual no necesitaríamos de la libertad política burguesa, o bien repite al anarquismo, que niega toda participación del proletariado en la política, en la revolución y en el parlamentarismo burgués. Teóricamente, esta idea implica un olvido de las tesis elementales del marxismo relativas a la inevitabilidad del desarrollo capitalista sobre la base de la produc-

ción mercantil. El marxismo enseña que una sociedad basada en la producción mercantil y que ha establecido el intercambio con las naciones capitalistas civilizadas, al alcanzar cierto grado de desarrollo se coloca inevitablemente en la senda del capitalismo. El marxismo ha roto irrevocablemente con los desvaríos de los populistas y anarquistas, según los cuales Rusia, por ejemplo, podría evitar el desarrollo capitalista, sortear el capitalismo o pasarlo por alto por algún medio que no sea el de la lucha de clases en el terreno y dentro de los límites de ese mismo capitalismo.

Todas estas tesis marxistas han sido detalladamente demostradas y repetidas, tanto en general como en particular en lo que concierne a Rusia. Y de ellas se deduce que buscar la salvación de la clase obrera en algo que no sea el mayor desarrollo del capitalismo es una idea *marximaria*. En países como Rusia la clase obrera sufre no tanto a causa del capitalismo como del insuficiente desarrollo capitalista. Por eso, la clase obrera *está plenamente interesada* en el desarrollo más amplio, libre y rápido del capitalismo y para ella es *beneficiosa* la eliminación de todos los vestigios del pasado que entorpecen ese desarrollo. La revolución burguesa es, precisamente, la que con más decisión barre los restos de lo antiguo, los vestigios del feudalismo (a los cuales pertenece no sólo la autocracia, sino también la monarquía) y de modo más completo asegura el desarrollo amplio, libre y rápido del capitalismo.

Por eso, la revolución burguesa es sumamente beneficiosa para el proletariado, absolutamente necesaria para sus intereses. Cuanto más completa y decidida, cuanto más consecuente sea la revolución burguesa, más garantías tendrá el proletariado en su lucha contra la burguesía por el socialismo. Esta conclusión sólo puede parecerles nueva, extraña o paradójica a quienes ignoran el abecé del socialismo científico. Y de esta conclusión, dicho sea de paso, se desprende también la tesis de que, *en cierto sentido*, la revolución burguesa *es más beneficiosa* para el proletariado que para la burguesía. He aquí en qué sentido es indiscutible esta tesis: a la burguesía, para enfrentar a la clase obrera, le conviene apoyarse en algunas de las supervivencias del pasado, por ejemplo, en la monarquía y en el Ejército regular, etc. A la burguesía le conviene que la revolución burguesa no barra con demasiado vigor todas las supervivencias del pasado, sino que deje en pie algunas de ellas; es decir, que esa revolución no sea del todo consecuente, no sea llevada hasta el final, no sea decidida e implacable. Los socialdemócratas suelen expresar esta idea de un modo algo distinto al decir que la burguesía se traiciona a sí misma, que la burguesía traiciona la causa de la libertad, que la burguesía es incapaz de desarrollar una democracia consecuente. A la burguesía le conviene más que los cambios necesarios en un sentido democrático-burgués se produzcan de manera más lenta, gradual y cautelosa, menos resuelta, por medio de reformas y no de la revolución; que esos cambios sean lo más prudentes posible con respecto a las "honorables" instituciones de la época feudal (tales como la monarquía); que impulsen lo menos posible la acción independiente, la iniciativa y energía revolucionarias de los hombres del pueblo, es decir, los

campesinos y, en particular, los obreros, a quienes de lo contrario les será más fácil "cambiar de hombro el fusil", como dicen los franceses, esto es, dirigir contra la propia burguesía el arma que la revolución burguesa ponga en sus manos, la libertad que ella les dé, las instituciones democráticas que broten en el terreno limpio de feudalismo.

Por el contrario, a la clase obrera le conviene más que los cambios necesarios en un sentido democraticoburgués se realicen, no por medio de reformas, sino por la vía revolucionaria, pues el camino reformista es el camino de las dilaciones, los aplazamientos, la agonía dolorosa y lenta de los miembros podridos del organismo popular nacional, y los que más sufren con ese lento proceso de agonía son el proletariado y los campesinos. El camino revolucionario es la operación más rápida y menos dolorosa para el proletariado, la amputación de los miembros podridos, el camino de mínimas concesiones y consideración con respecto a la monarquía y a sus infames instituciones que envenenan la atmósfera con su descomposición.

He aquí por qué nuestra prensa liberal burguesa, no sólo por miedo a la censura, no sólo por miedo a las autoridades, deplora la posibilidad de un camino revolucionario, teme a la revolución, asusta al Zar con la revolución, procura evitar la revolución, se humilla y se prosterna servilmente en aras de reformas mezquinas como base del camino reformista. Sostienen este punto de vista no sólo *Russkie Vedomosti*¹⁵, *Syn Otechestva*¹⁶, *Nasha Zhizn*, *Nashi Dni*¹⁷, sino también la ilegal *Osvobodzenie*, que no pasa por la censura. La situación de la burguesía como clase en la sociedad capitalista engendra inevitablemente su inconsecuencia en la revolución democrática. La situación del proletariado como clase lo obliga a ser demócrata consecuente. La burguesía teme el progreso democrático, que amenaza con fortalecer al proletariado, y por eso vuelve la vista hacia atrás. El proletariado nada tiene que perder, excepto sus cadenas, y tiene, con ayuda de la democracia, todo un mundo por ganar. Por eso, cuanto más consecuente es la revolución burguesa en sus transformaciones democráticas, menos se limita a lo que beneficia exclusivamente a la burguesía. Cuanto más consecuente es la revolución burguesa, tanto más garantiza las ventajas del proletariado y los campesinos en la revolución democrática.

El marxismo no enseña al proletariado a mantenerse al margen de la revolución burguesa, a no participar en ella, a entregar su dirección a la burguesía, sino que, por el contrario, le enseña a participar en ella del modo más enérgico y luchar con la mayor decisión por la democracia proletaria consecuente, por llevar la revolución hasta su término. No podemos salirnos del marco democrá-

15 *Anales rusos*. Periódico liberal de Moscú durante la primera mitad del siglo XIX. Desde 1905 fue el nombre de una publicación del ala derecha de los kadetes [NdlE].

16 *Hijos de la patria*. Publicación liberal aparecida en la segunda mitad del siglo XIX. En 1904 volvió a publicarse y desde 1905 fue el nombre de una publicación de un sector de los socialistas revolucionarios [NdlE].

17 *Nuestra vida y Nuestros días*. Publicaciones liberales de tirada irregular entre 1904 y 1906 [NdlE].

nicoburgués de la revolución rusa, pero podemos ensancharlo en proporciones colosales; podemos y debemos, dentro de sus límites, luchar por los intereses del proletariado, por la satisfacción de sus necesidades inmediatas y por las condiciones que posibilitarán la preparación de sus fuerzas para la futura victoria completa. Hay democracia burguesa y democracia burguesa. El monárquico de los zémbos, partidario de una cámara alta, que "reclama" el sufragio universal mientras logra en secreto un acuerdo con el zarismo para obtener una Constitución mutilada, es un demócrata burgués. El campesino que con las armas en la mano se alza contra los terratenientes y funcionarios y con "republicanismo ingenuo" propone "echar al zar"¹⁸ es también un demócrata burgués. Hay regímenes democraticoburgueses tales como el de Alemania y el de Inglaterra; como el de Austria y el de Norteamérica o Suiza. Bueno sería el marxista que en el período de la revolución democrática no percibiera esta diferencia entre los grados del democratismo y entre los caracteres de sus diferentes formas y se limitara a "discurrir con gran ingenio" a propósito de que, pese a todo, se trata de una "revolución burguesa", del fruto de una "revolución burguesa".

Pues bien, nuestros neoisristas son sabihondos de esa índole que se vanaglorian de su miopía. Se limitan a discurrir sobre el carácter burgués de la revolución cuando lo que se requiere es saber establecer una diferencia entre la democracia burguesa republicana revolucionaria y la monárquica liberal, sin hablar ya de la diferencia entre el democratismo burgués inconsecuente y el democratismo proletario consecuente. Se contentan -como si se hubieran convertido verdaderamente en "hombres enfundados"¹⁹- con disquisiciones melancólicas sobre el "proceso de lucha recíproca entre las clases antagónicas" cuando se trata de dar una *dirección democrática* a la revolución actual, de destacar las consignas *democráticas de vanguardia* para diferenciarlas de las consignas traicioneras del señor Struve y Cia., para indicar de un modo directo y tajante las tareas inmediatas de la lucha verdaderamente revolucionaria del proletariado y los campesinos, a diferencia de las componendas liberales de los terratenientes y fabricantes. En esto consiste ahora la esencia del problema que ustedes, señores, han pasado por alto: ¿tendrá como resultado nuestra revolución una verdadera y grandiosa victoria o tan sólo un acuerdo miserable? ¿Llegará a la dictadura revolucionaria democrática del proletariado y del campesinado o se "agotará" en una constitución liberal *à la* Shipov?

A primera vista, pero sólo a primera vista, puede parecer que al plantear esta cuestión nos apartamos por completo de nuestro tema. En realidad, es en esta cuestión precisamente donde radica la divergencia de principio que se ha delineado ya, de una manera concreta, entre la táctica socialdemócrata del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia y la táctica fijada en la Conferencia de los neoisristas. Estos últimos han dado ya no dos sino tres

18 Véase *Ozbroednié N.* 71, p. 337, nota 2.

19 En referencia al cuento de Anton Chejov "Un hombre enfundado"; al filósofo que odia todas las iniciativas e innovaciones [NIE].

pasos atrás, pues resucitan los errores del "economismo" en su forma de *resol.* ver los problemas más complejos, importantes y vitales para el partido obrero; los de su táctica en el período de la revolución. He aquí por qué es necesario detenernos con toda atención en el examen de la cuestión planteada.

La parte de la resolución neoisrista que hemos reproducido señala el peligro de que la socialdemocracia se encuentre con las manos atadas en la lucha contra la política inconsecuente de la burguesía, de que se diluya en la democracia burguesa. La idea de ese peligro corre como un hilo a través de toda la literatura específicamente neoisrista, es el verdadero eje, en el terreno de los principios, de la escisión de nuestro partido (desde que los elementos de querrela personal que hubo en esta escisión quedaron relegados a último término ante los elementos de viraje hacia el "economismo"). Reconocemos sin rodeos que ese peligro es real, que ahora, en el apogeo de la revolución rusa, ese peligro ha tomado un carácter particularmente grave. A todos nosotros, los teóricos o, como preferiría decir de mí mismo, los publicistas de la socialdemocracia, nos incumbe la tarea inaplazable y extraordinariamente responsable de analizar *de qué lado*, en realidad, amenaza ese peligro. Porque el origen de nuestra divergencia no reside en el debate a propósito de si existe o no dicho peligro, sino en la discusión acerca de si lo engendra el seguidismo de la "minoría" o el revolucionarismo de la "mayoría".

Para evitar tergiversaciones y malentendidos, consignemos, ante todo, que el peligro de que hablamos no reside en el aspecto subjetivo, sino en el objetivo de la cuestión; no en la posición formal que la socialdemocracia ocupe en la lucha, sino en el desenlace material de toda la lucha revolucionaria actual. No se trata de saber si tales o cuales grupos socialdemócratas quieren diluirse en la democracia burguesa. No creemos que ningún socialdemócrata albergue semejante deseo; por lo demás, no se trata en absoluto de deseos. Tampoco de si tal o cual grupo socialdemócrata conservarán formalmente en el transcurso de la revolución su identidad propia, su personalidad y su independencia con respecto a la democracia burguesa. Esos grupos pueden no sólo proclamar dicha "independencia", sino también mantenerla formalmente y, sin embargo, *las cosas pueden ocurrir de tal modo* que se vean con las manos atadas en la lucha contra la inconsecuencia de la burguesía. La revolución puede tener un resultado político definitivo tal que la socialdemocracia, aunque conserve plenamente su "independencia" formal, su propia fisonomía como organización partidaria, no sea independiente en la práctica, carezca de fuerza para imprimir a la marcha de los acontecimientos el sello de su independencia proletaria, resulte tan débil que en el balance general y definitivo su "disolución" en la democracia burguesa sea, no obstante, un hecho histórico.

He ahí el peligro real. Y ahora examinemos de qué lado nos amenaza: ¿del lado de la desviación de la socialdemocracia hacia la derecha, personificada por la nueva *Iskra*, como creemos nosotros, o del de la desviación hacia la izquierda, personificada por la "mayoría", por *Isperiad*, etc., como creen los neoisristas?

La respuesta a este interrogante, como hemos indicado, está dada por la combinación objetiva de la acción de las distintas fuerzas sociales. El carácter de estas fuerzas está determinado, en el aspecto teórico, por el análisis marxista de la realidad rusa, y en el aspecto práctico, actualmente, por las acciones públicas de los grupos y clases en la marcha de la revolución. Ahora bien, el análisis teórico, efectuado por los marxistas mucho antes de ahora, y las observaciones prácticas sobre el desarrollo de los acontecimientos revolucionarios nos muestran que, desde el punto de vista de las condiciones objetivas, existen dos cursos y dos desenlaces posibles de la revolución en Rusia. La transformación del régimen económico y político del país en el sentido democrático-burgués es inevitable e ineludible. No hay fuerza en el mundo capaz de impedirla. Pero de la acción combinada de las fuerzas existentes, creadoras de esa transformación, pueden resultar dos desenlaces, pueden producirse dos formas de transformación. Una de dos: 1) las cosas terminarán con la "victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo" o 2) no habrá suficientes fuerzas para la victoria decisiva y las cosas terminarán con un arreglo entre el zarismo y los elementos más "inconsecuentes" y "egoístas" de la burguesía. La infinita variedad de imprevisibles detalles y combinaciones se reduce, en suma, a uno de estos dos desenlaces.

Analicemos ahora ambas posibilidades: primero, desde el punto de vista de su significación social, y, después, teniendo en cuenta la situación de la socialdemocracia (que se "diluya" o que se encuentre "maniatada") en uno u otro caso.

¿Qué es la "victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo"? Ya explicamos que, al emplear esta expresión, los neoiskristas no la comprenden ni siquiera en su sentido político inmediato. Menos todavía parecen comprender el contenido de clase de este concepto. Porque nosotros, los marxistas, no debemos dejarnos seducir en ningún caso por las palabras "revolución" o "gran revolución rusa", como lo hacen hoy muchos demócratas revolucionarios (por el estilo de Gapon). Debemos formarnos una idea exacta de las fuerzas sociales reales que se enfrentan con el "zarismo" (que es una fuerza real y tangible para todos) y que son capaces de obtener la "victoria decisiva" sobre el mismo. Fuerzas semejantes no pueden ser la gran burguesía, los terratenientes, los fabricantes, la "sociedad" que sigue a los adeptos de *Osvobozhdenie*. Vemos que ellos ni siquiera desean una victoria decisiva. Sabemos que son incapaces, por su posición de clase, de desarrollar una lucha decisiva contra el zarismo: la propiedad privada, el capital y la tierra son un lastre demasiado pesado para ir a la lucha decisiva. Tienen demasiada necesidad del zarismo, con sus fuerzas policiales, burocráticas y militares empleadas contra el proletariado y los campesinos, como para desear su destrucción. No, la fuerza capaz de obtener la "victoria decisiva sobre el zarismo" sólo puede ser *el pueblo*, es decir, el proletariado y los campesinos, si tomamos las fuerzas grandes y fundamentales y distribuimos entre ambas a la pequeñoburguesía rural y urbana (asimismo parte del "pueblo"). "La victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo" es la *dictadura revolucionaria democrática del proletariado*

y del campesinado. Nuestros neoisckristas no podrán eludir esta conclusión, indicada hace ya tiempo por *Iherid*. No hay otra fuerza capaz de obtener la victoria decisiva sobre el zarismo.

Y esa victoria será, precisamente, una dictadura: es decir, deberá apoyarse inevitablemente en la fuerza de las armas, en las masas armadas, en la insurrección, y no en algunas instituciones creadas "por la vía legal", "por la vía pacífica". Sólo puede ser una dictadura porque la implantación de los cambios inmediata y absolutamente necesarios para el proletariado y el campesinado provocarán una enconada resistencia de los terratenientes, la gran burguesía y el zarismo. Sin dictadura será imposible aplastar esa resistencia, rechazar los intentos contrarrevolucionarios. Pero, por supuesto, no será una dictadura socialista, sino una dictadura democrática, la cual no podrá alterar (sin pasar por toda una serie de grados intermedios de desarrollo revolucionario) las bases del capitalismo. En el mejor de los casos, podrá llevar a cabo una redistribución radical de la propiedad de la tierra a favor de los campesinos, implantar una democracia consecuente y completa hasta llegar a la república, desarraigar, no sólo de la vida del campo sino también del régimen de la fábrica, todas las características de la bárbara opresión feudal, iniciar un auténtico mejoramiento en la situación de los obreros y elevar su nivel de vida y, finalmente —*but but not least*—, extender la hoguera revolucionaria a Europa. Semejante victoria de ninguna manera convertirá nuestra revolución burguesa en socialista; la revolución democrática no sobrepasará inmediatamente el marco de las relaciones economicosociales burguesas; pero, no obstante, tendrá una importancia gigantesca para el desarrollo futuro de Rusia y del mundo entero. Nada elevará a tal altura la energía revolucionaria del proletariado mundial, nada acortará tanto el camino que conduce a su victoria total como esa victoria decisiva de la revolución que se ha iniciado en Rusia.

Hasta qué punto es probable esa victoria es ya otra cuestión. En este aspecto estamos muy lejos de ser propensos al optimismo insensato, no olvidamos en ningún momento las enormes dificultades de este objetivo, pero, al ir a la lucha, debemos descartar la victoria y saber señalar el verdadero camino que conduce a ella. Las tendencias capaces de conducir a esa victoria existen indiscutiblemente. Es verdad que nuestra influencia, la de los socialdemócratas sobre las masas del proletariado, es aún muy insuficiente; el influjo revolucionario sobre las masas campesinas es insignificante; la dispersión, el atraso, la ignorancia del proletariado y sobre todo de los campesinos son aun terriblemente grandes. Pero la revolución cohesiona e instruye con rapidez. Cada paso en su desarrollo despierta a las masas y las atrae con vigor irresistible hacia el programa revolucionario, el único que expresa de modo consecuente y acabado sus verdaderos intereses vitales.

Una ley de la mecánica establece que la acción es equivalente a la reacción. En la historia, la fuerza destructora de la revolución depende también, y no poco, de la fuerza y duración del período de aplastamiento de las aspiraciones

de libertad, de la profundidad que adquieran las contradicciones entre la "superestructura" antediluviana y las fuerzas dinámicas actuales. Y la situación política internacional va siendo, en muchos sentidos, la más ventajosa para la revolución rusa. La insurrección de los obreros y campesinos ha empezado ya; se halla dispersa, es espontánea, débil, pero demuestra de modo indiscutible e indudable la existencia de fuerzas capaces de entablar la lucha decisiva y por una victoria decisiva.

Si esas fuerzas resultaran insuficientes, el zarismo podrá concertar el arreglo que ya están preparando, desde un extremo, los señores Bulguin, y desde otro, los señores Struve. Entonces, las cosas terminarían con una Constitución mutilada o, en el peor de los casos, con una parodia constitucional. Eso también sería una "revolución burguesa", pero de nacimiento prematuro, un aborto, un engendro monstruoso. La socialdemocracia no se hace ilusiones, conoce la naturaleza traicionera de la burguesía, no se desalienta ni abandona su labor tenaz, paciente y firme para la educación clasista del proletariado, aun en los más grises días de prosperidad burguesa constitucional *à la* "Shipov". Ese desenlace se parecería, más o menos, al de casi todas las revoluciones democráticas europeas del siglo XIX y en tal caso el desarrollo de nuestro partido seguiría una senda ardua, dura, larga, pero conocida y frecuentada.

Cabe ahora preguntar en cuál de estos dos desenlaces posibles la socialdemocracia se vería, en la práctica, con las manos atadas frente a la burguesía inconsecuente y egoísta. ¿Se vería en verdad "diluída" o casi diluída en la democracia burguesa?

Basta formular esta pregunta de un modo claro para contestarla inmediatamente sin dificultad.

Si la burguesía consigue que la revolución rusa fracase por medio de un arreglo con el zarismo, entonces la socialdemocracia se verá realmente con las manos atadas frente a la burguesía inconsecuente; la socialdemocracia se verá "diluída" en la democracia burguesa en el sentido de que el proletariado no conseguirá imprimir su nítido sello a la revolución, no conseguirá ajustar cuentas con el zarismo a la manera proletaria o, como decía en su tiempo Marx, "a la manera plebeya".

Si se logra la victoria decisiva de la revolución, entonces sí ajustaremos las cuentas con el zarismo a la manera jacobina o, si se quiere, a la plebeya. "Todo el terrorismo francés —escribía Marx en 1848, en la famosa *Neue Rheinische Zeitung*— no fue sino un procedimiento plebeyo para ajustar cuentas con los enemigos de la burguesía: con el absolutismo, el feudalismo y el filisteísmo" (véase Marx, *Nachlass*, edición de Mehring, tomo III, p. 211). ¿Han pensado alguna vez en la significación de estas palabras de Marx aquellos que intimidan a los obreros socialdemócratas rusos con el fantasma del "jacobinismo" en la época de la revolución democrática?

Los girondinos de la actual socialdemocracia rusa, los neoisristas, no se funden con los partidarios de *Quaschdenie*, pero en la práctica, como consecuencia del carácter de sus consignas, marchan a la zaga de los mismos. Y

el grupo de *Osvobozhdenie*, es decir, los representantes de la burguesía liberal, quieren desembarazarse de la autocracia suavemente, a la manera reformista, haciendo concesiones, sin ofender a la aristocracia, a la nobleza, a la corte, con cautela, sin romper nada, amable y cortésmente, de un modo señorial, con guantes blancos (como los que se puso, sacados de manos de un *bachi-becak* [esbirro], el señor Petrunkevich en la recepción ofrecida a los "representantes del pueblo" (?) por Nikolai el Sanguinario. Véase *Proletary* N.º 5).

Los jacobinos de la socialdemocracia actual —los bolcheviques, los partidarios de *Izvestia*, el grupo del Congreso o los partidarios de *Proletary*, ya no sé cómo decirlo— quieren elevar con sus consignas a la pequeñoburguesía revolucionaria y republicana y, sobre todo, al campesinado hasta el nivel de la democracia consecuente del proletariado, el cual conserva íntegramente sus rasgos específicos de clase. Quieren que el pueblo, es decir, el proletariado y los campesinos, ajuste cuentas con la monarquía y la aristocracia "a la plebeya", aniquilando sin cuartel a los enemigos de la libertad, aplastando por la fuerza su resistencia, sin hacer concesión alguna a la maldita herencia de la servidumbre, de la barbarie asiática y la degradación humana.

Esto no significa en modo alguno que proponíamos imitar a toda costa a los jacobinos de 1793, adoptar sus concepciones, programa, consignas, métodos de acción. Nada de eso. El nuestro no es un programa viejo, sino nuevo: el programa mínimo del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Tenemos una consigna nueva: la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos. Tendremos también, si vivimos hasta la verdadera victoria de la revolución, nuevos métodos de acción que corresponderán al carácter y a los fines del partido de la clase obrera, partido que aspira a la revolución socialista total. Con nuestra comparación sólo deseamos aclarar que los socialdemócratas, representantes de la clase avanzada del siglo XX, del proletariado, se dividen también en las dos alas (oportunistas y revolucionaria) en que se dividía la burguesía, representante de la clase avanzada del siglo XVIII, es decir, en girondinos y jacobinos.

Sólo en el caso de victoria completa de la revolución democrática el proletariado no se encontrará con las manos atadas en la lucha contra la burguesía inconsecuente; sólo en ese caso no se "diluía" en la democracia burguesa, sino que imprimirá a toda la revolución su sello proletario o, para decirlo más exactamente, el sello proletario-campesino.

En una palabra, para no verse con las manos atadas en la lucha contra la inconsecuente democracia burguesa el proletariado debe ser lo suficientemente consciente y fuerte como para elevar hasta la conciencia revolucionaria al campesinado, dirigir su ataque, realizar así de un modo independiente la democracia consecuentemente proletaria.

Así está planteada la cuestión, tan ineptamente tratada por los neoiskristas, sobre el peligro de encontrarnos con las manos atadas en la lucha contra la burguesía inconsecuente. La burguesía será siempre inconsecuente. Nada hay

más cándido y estéril que estipular los puntos o condiciones²⁰ cuya ejecución permitiría considerar a la democracia burguesa sincera amiga del pueblo. Sólo el proletariado puede luchar consecuentemente por la democracia, pero para que esa lucha culmine en la victoria las masas campesinas deben unírsele. Si al proletariado no le alcanzaran las fuerzas para lograrlo la burguesía se pondría al frente de la revolución democrática y le daría un carácter inconsecuente y egoísta. No hay otro medio de impedirlo que la dictadura revolucionaria democrática del proletariado y los campesinos.

Por lo tanto, llegamos a la conclusión indudable de que la táctica neoiskrista, por su significación objetiva, *hace el juego a la democracia burguesa*. Predicar la dispersión organizativa —que llega hasta los plebiscitos, hasta el principio de la conciliación, hasta el divorcio de la literatura partidaria con respecto al Partido— mediante la subestimación de los objetivos de la insurrección armada, la confusión de las consignas políticas populares del proletariado revolucionario con las de la burguesía monárquica, la tergiversación de las condiciones para la “victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo”; todo esto, tomado en conjunto, da como resultado una política seguidista en un período revolucionario, que desorienta y desorganiza al proletariado, lleva el desconcierto a su conciencia y menoscaba la táctica de la socialdemocracia en lugar de indicar el único camino hacia la victoria y agrupar en torno de la consigna del proletariado a todos los elementos revolucionarios y republicanos del pueblo.

* * *

Para confirmar esta conclusión a que nos llevó el análisis de la resolución, abordemos el problema desde otros ángulos. Veamos, en primer lugar, de qué manera un menchevique cándido y sincero ilustra la táctica neoiskrista en el periódico georgiano *Sotsial-Demokrat*, y, en segundo lugar, quién recurre, en la práctica, en la actual situación política, a las consignas de la nueva *línea*.

IV. La táctica de “eliminar a los conservadores del Gobierno”

El mencionado artículo apareció en el órgano del “comité” menchevique de Tiflis (*Sotsial-Demokrat* N.º 1) y se titula “El *Zemli Sobor* y nuestra táctica”. Su autor aún no ha olvidado del todo nuestro programa; propone la consigna de la república, pero razona sobre la táctica de la siguiente manera:

Para conseguir este objetivo [la república] pueden señalarse dos caminos: no prestar ninguna atención al *Zemli Sobor* convocado por el Gobierno, derrotar

²⁰ Como intentó hacerlo Starover (Potresov) en su resolución por el III Congreso, y como lo hace la Conferencia en una resolución no menos desafortunada.

a este último con las armas en la mano, formar un Gobierno revolucionario y convocar una Asamblea Constituyente, o bien declarar al *Zemski Sobor* centro de nuestra acción, presionar con las armas en la mano sobre sus componentes, sobre su actividad, y forzarlo a declararse Asamblea Constituyente o a convocarla. Estas tácticas se diferencian muy netamente entre sí. Veamos, pues, cuál de las dos nos es más ventajosa.

He aquí cómo expusieron los neoisristas rusos las ideas posteriormente encarnadas en la resolución que hemos examinado. Observen que esto fue escrito antes de [la batalla de] Tsushima²¹, cuando el "proyecto" de Bulguin no había salido aún a la luz. Cuando hasta los liberales perdían la paciencia y expresaban su desconfianza en las columnas de la prensa legal, un socialdemócrata neoisrista resultaba ser más confiado que ellos. Afirma que el *Zemski Sobor* "está en vías de ser convocado" y cree en el Zar hasta tal punto que propone hacer de ese *Zemski Sobor* (¿o, posiblemente, una "Duma de Estado" o un "sobor consultivo"?), inexistente aún, el centro de nuestra acción. Más franco y correcto que los autores de la resolución adoptada en la Conferencia, nuestro ciudadano de Tiflis no considera equivalentes las dos "tácticas" (expuestas por él con un candor inigualable), sino que opina que la segunda es más "ventajosa".

Escuchen:

Táctica primera. Como es sabido, la que se avecina es una revolución burguesa, es decir, se propone lograr un cambio del actual régimen, cambio en el cual está interesado no sólo el proletariado, sino también toda la sociedad burguesa. Todas las clases están en oposición al Gobierno, inclusive los capitalistas. El proletariado en lucha y la burguesía en lucha en un cierto sentido marchan juntos y atacan juntos a la autocracia desde distintos lados. El Gobierno está completamente aislado y privado de la simpatía de la sociedad. Por eso es muy fácil destruirlo. El proletariado de Rusia, en su conjunto, no es aún lo bastante consciente ni está organizado como para poder realizar él solo la revolución. Y si pudiera hacerlo, no realizaría una revolución burguesa, sino proletaria (socialista). Por lo tanto, nos interesa que el Gobierno quede sin aliados, que no pueda dividir a la oposición, que no atraiga a la burguesía y deje aislado al proletariado...

¿De manera que va en interés del proletariado que el Gobierno zarista no pueda separarlo de la burguesía! ¿No es por error que el periódico georgiano se llama *Sotsial-Demokrat* en lugar de *Osvobodenié*? ¡Vean qué inimitable filosofía de la revolución democrática! ¿No observamos con nuestros propios ojos a este pobre ciudadano de Tiflis totalmente desorientado por la interpretación seguidista del concepto "revolución burguesa"? Al examinar el posible aislamiento

²¹ Batalla de la guerra ruso-japonesa producida en mayo de 1905 donde es derrotado el Ejército ruso [NóE].

del proletariado en la revolución democrática *se olvida...* se olvida de una minucia... ¡Ide los campesinos! Entre los posibles aliados del proletariado conoce y encuentra de su agrado a los terratenientes de los *zemstvos*, pero nada sabe de los campesinos, ¡y esto en el Cáucaso! ¿No teníamos razón al decir que con sus razonamientos la nueva *Izra* se rebaja hasta la burguesía monárquica en vez de elevar hasta su nivel, como aliados, a los campesinos revolucionarios?

En caso contrario, la derrota del proletariado y la victoria del Gobierno son inevitables. Que es precisamente a lo que tiende la autocracia. Esta, no cabe duda, en su *Zemski Sobor* se atraerá a los representantes de la nobleza, los *zemstvos*, las ciudades, las universidades y demás instituciones burguesas. Se esforzará por ganárselos con pequeñas concesiones y, de esta manera, hacerlos conciliar con ella. Así reforzada, dirigirá todos sus golpes contra los obreros, que quedarán aislados. Es nuestro deber impedir un desenlace tan desdichado. Pero ¿caso eso puede lograrse por el primer camino? Supongamos que no hemos prestado ninguna atención al *Zemski Sobor*, sino que hemos empezado a prepararnos para la insurrección y un buen día hemos salido armados a la calle. Y he aquí que en lugar de encontrarnos con un solo enemigo nos encontramos con dos: el Gobierno y el *Zemski Sobor*. Mientras nos preparábamos, ellos tuvieron tiempo de entenderse, llegar a un acuerdo, elaborar una Constitución ventajosa para ambos y repartirse el poder. Esa es una táctica beneficiosa para el Gobierno y debemos renunciar a ella rotundamente...

¡Eso es hablar con franqueza! ¡Hay que renunciar resueltamente a la "táctica" de preparar la insurrección, porque "mientras tanto" el Gobierno llegará a una componenda con la burguesía! ¿Sería posible hallar en la antigua literatura del más inveterado "economismo" algo parecido a esa difamación de la socialdemocracia revolucionaria? Las insurrecciones y revueltas obreras y campesinas que suceden aquí y allá son hechos. El *Zemski Sobor* es una promesa de Bulguin. Pero el *Sotsial-Demokrat* de Tiflis decide renunciar a la táctica de preparar la insurrección a la espera del "centro de influencia", el *Zemski Sobor*...

La segunda táctica, por el contrario, consiste en colocar al *Zemski Sobor* bajo nuestra vigilancia, impedir que obre a su antojo y llegue a un acuerdo con el Gobierno²².

Sostendremos al *Zemski Sobor* siempre que luche contra la autocracia y lo combatiremos cuando concilie con ella. Mediante una intervención enérgica y por la fuerza causaremos una división entre los diputados²³, ganaremos a los

²² ¿Qué medios hay para impedir que los miembros de los *zemstvos* hagan su voluntad? ¿Quizás utilizando un papel de tomaset especial?

²³ ¡Por todos los santos! ¡He aquí una táctica "profundizada"! No hay fuerzas para luchar en la calle, pero se puede "desunir a los diputados por la fuerza". Se puede mentir, camarada de Tiflis, pero hay que saber hasta dónde...

radicales, eliminaremos del Gobierno a los conservadores y, de esa manera, pondremos a todo el *Zemski Sobor* en el camino revolucionario. Gracias a esta táctica, el Gobierno quedará aislado permanentemente, la oposición será fuerte y se facilitará la implantación de un régimen democrático.

¡Sí, sí! Que nos digan ahora que exageramos el viraje de los neoiskristas hacia la variante más vulgar del "economismo". Esto es exactamente igual a los famosos polvos matamoscas: se captura la misma, se la espolvorea y muere. Divídase *por la fuerza* a los diputados del *Zemski Sobor*, "elimínese del Gobierno a los conservadores" y *todo* el *Zemski Sobor* adoptará el *camino revolucionario*... Todo esto sin ningún tipo de insurrección armada "jacobina", muy noblemente, casi a la manera parlamentaria, "presionando" a los miembros del *Zemski Sobor*.

¡Pobre Rusia! Se ha dicho de ella que lleva siempre los sombreros pasados de moda y desechados en Europa. Todavía no tenemos parlamento, Bulguin ni siquiera lo prometió, pero cretinismo parlamentario hay todo el que se quiera.

¿Cómo debe producirse esta intervención? Ante todo, exigiremos que el *Zemski Sobor* sea convocado mediante el sufragio universal, igual, directo y secreto. Junto con la publicación²⁴ de este procedimiento electoral, debe ser consagrada por la ley²⁵ la completa libertad de agitación electoral, es decir, las libertades de reunión, expresión y prensa, la inmunidad de electores y elegidos y la liberación de todos los presos políticos. La fecha de las elecciones debe ser fijada con la máxima antelación posible a efectos de que tengamos tiempo suficiente para informar y preparar al pueblo. Y como la elaboración del reglamento de convocatoria del *Sobor* ha sido puesta en manos de una comisión presidida por el ministro del Interior, Bulguin, debemos presionar sobre esa comisión y sus miembros²⁶. Si la Comisión Bulguin se niega a satisfacer nuestras reivindicaciones y concede el derecho de elegir diputados sólo a los propietarios, debemos intervenir en esas elecciones, obligar a los electores por vía revolucionaria a elegir candidatos progresivos y exigir en el *Zemski Sobor* la Asamblea Constituyente. Finalmente, debemos, por todos los medios: manifestaciones, huelgas y, si es necesario, la insurrección, obligar al *Zemski Sobor* a convocar la Asamblea Constituyente o a proclamarse Asamblea Constituyente. El proletariado en armas debe ser el defensor de la Asamblea Constituyente y ambos²⁷ marcharán juntos hacia la república democrática.

Esta es la táctica socialdemócrata y sólo ella nos asegurará la victoria.

No piense el lector que este increíble absurdo es el simple devaneo de la pluma de un neoiskrista irresponsable y sin influencia. No, esto se dice en el

24 *¿En la folia?*

25 *¿Por Nikolai?*

26 ¡He aquí lo que significa la táctica de "eliminar a los conservadores del Gobierno"!

27 Ambos, el proletariado en armas y los conservadores "eliminados del Gobierno".

organo de todo un comité de ese grupo, el de Tiflis. Es más, este absurdo es aprobado abiertamente por Iskra en su número cien, donde leemos estas líneas a propósito de Sotsial-Demokrat:

El primer número está redactado vívidamente y con talento. Se nota la mano experta y hábil de un redactor que es escritor [...]. Se puede asegurar que el periódico cumplirá brillantemente la tarea que se ha planteado.

¡S! Si esa tarea consiste en evidenciar la total descomposición ideológica del neoiskrismo la ha cumplido de un modo "brillante". Nadie habría sabido expresar más "vívidamente, con mayor talento y habilidad" el hundimiento de la nueva *Iskra* en el oportunismo liberalburgués.

VIII. La tendencia de *Osvobodzhdenie* y la de la nueva *Iskra*

Pasemos ahora a otra confirmación patente de la significación política de la tendencia neoiskrista.

En un artículo excelente, magnífico, muy instructivo, titulado "Cómo encontrarse a sí mismo" (*Osvobodzhdenie* N.º 71), el señor Struve combate el "revolucionarismo programático" de nuestros partidos extremos. El señor Struve se muestra, sobre todo, descontento de mí²⁸. Por lo que a mí se refiere, estoy tan contento con el señor Struve que no es posible pedir más: no podría desear mejor aliado en la lucha contra el renaciente "economismo" de los neoiskristas y contra la absoluta falta de principios de los "socialistas revolucionarios". De cómo el señor Struve y *Osvobodzhdenie* han demostrado en la práctica el

28 "En comparación con el revolucionarismo del señor Lenin y sus compañeros, el de la socialdemocracia de Europa occidental, de Bebel y hasta de Kautsky, es oportunismo, pero también las bases de este revolucionarismo, ya suavizado, han sido minadas y barridas por la historia". El ataque es airado. Pero el señor Struve se equivoca si piensa que puede amontonar cosas sobre mí como podría hacerlo con un continuante que ya no viviera. Me basta con formularle un reto, que él nunca será capaz de aceptar: ¿dónde y cuándo dije que el revolucionarismo de Bebel y Kautsky es "oportunismo"? ¿Dónde y cuándo pretendí haber creado en la socialdemocracia internacional una tendencia especial, no idéntica a la de Bebel y Kautsky? ¿Dónde y cuándo salieron a la luz discrepancias entre Bebel y Kautsky, por una parte, y yo por otra, discrepancias que por su seriedad se aproximen, aunque sea un poco, a las surgidas entre Bebel y Kautsky en Breslau, por ejemplo, con respecto al problema agrario? Que pruebe el señor Struve contestar estas tres preguntas.

A los lectores les decimos: la burguesía liberal, en toda parte y siempre recurre al método de asegurar a sus adeptos en un país determinado que los socialdemócratas de dicho país son la gente más insensata, mientras sus compañeros del país vecino son "buenos chicos". La burguesía alemana ha presentado cientos de veces por ejemplo ante Bebel y Kautsky a los "buenos chicos" del socialismo francés. La burguesía de Francia no hace mucho tiempo presentó como ejemplo ante los socialistas franceses al "buen chico" Bebel. ¡Es un viejo truco, señor Struve! En esa trampa sólo logra usted que caigan los niños y los ignorantes. La completa unanimidad de la socialdemocracia revolucionaria internacional en todos los grandes problemas del programa y la táctica es un hecho incontestable.

carácter reaccionario de las "enmiendas" al marxismo contenidas en el proyecto de programa de los socialistas revolucionarios ya hablaremos alguna otra vez. De cómo el señor Struve me prestó un verdadero, leal y honrado servicio cada vez que aprobó *en principio* a los neoisikristas ya hemos hablado reiteradamente²⁹ y volveremos a hacerlo ahora.

El artículo del señor Struve contiene una serie de declaraciones interesantísimas, que aquí sólo podemos señalar de paso. Abriga el propósito de crear "una democracia rusa, apoyándose, no en la lucha, sino en la colaboración de clases", con la particularidad de que los "intelectuales con privilegios sociales" (algo así como la "nobleza culta", ante la cual el señor Struve hace reverencias con la gracia de un... lacayo auténticamente mundano) aportarán a ese partido "al margen de las clases" el "peso de su posición social" (el peso del saco de oro). El señor Struve expresa el deseo de dar a conocer a la juventud la falsedad de ese "lugar común radical según el cual la burguesía se ha asustado y ha traicionado al proletariado y a la causa de la libertad". (Aplaudimos de todo corazón este deseo. Nada confirmará tanto la razón de ese "lugar común" marxista como que el señor Struve libre combate contra él. ¡Adelante, señor Struve, no postergue usted la ejecución de su excelente plan!).

Nos interesa señalar, para tratar nuestro tema, contra qué consignas *prácticas* combate en la actualidad el representante de la burguesía rusa, dotado de un instinto político tan fino y tan sensible a la más pequeña variación del tiempo. En primer lugar, contra la consigna de la república. El señor Struve está firmemente convencido de que esta consigna es "incomprensible y ajena a las masas populares" (¡se olvida de añadir: es comprensible, pero no conviene a la burguesía!). Nos gustaría ver qué respuesta recibiría el señor Struve de los obreros en nuestros círculos de estudio y reuniones de masas. ¿O es que los obreros no son el pueblo? ¿Y los campesinos? Suelen profesar, según el señor Struve, "un republicanismo ingenuo" ("echar al Zar"), pero la burguesía liberal cree que el republicanismo *ingenuo* será reemplazado, no por un republicanismo consciente, sino por un monarquismo consciente! *¿o depende*, señor Struve, eso depende de las circunstancias. Tanto el zarismo como la burguesía no pueden dejar de oponerse a un mejoramiento radical de la situación de los campesinos a costa de las posesiones de los terratenientes, y la clase obrera no puede dejar de cooperar en ello con los campesinos.

²⁹ Recordamos al lector que el artículo "¿Qué no hacer?" (*Izba* N.º 52) fue saludado con bombos y platillos por *Osvobozhdenie* como un "significativo viraje" hacia concesiones a los oportunistas. *Osvobozhdenie* aprobó los principios que servían de base a la nueva *Izba*, particularmente en una nota sobre la escisión entre los socialdemócratas rusos. En cuanto al folleto de Trotsky *Nuestros tareas políticas*, *Osvobozhdenie* señaló la analogía entre las ideas de este autor y las que en un tiempo expresaron los colaboradores de *Rabocheye Delo*, Krichevsky, Martynov, Akimov (ver el volante "Un liberal obsequioso", editado por *Ijerial*). El folleto de Martynov *Diez dictaduras* fue saludado por *Osvobozhdenie* (ver la nota de *Ijerial* N.º 9). Por último, las tardías quejas de Starover a propósito de la vieja consigna de la vieja *Izba*: "Primero trazar una línea demarcatoria y después unirse" fueron recibidas con particular simpatía por *Osvobozhdenie*.

En segundo lugar, el señor Struve afirma que "en una guerra civil, el atacante siempre está equivocado". Esta idea se asemeja mucho a las tendencias de la nueva *línea* expuestas más arriba. No diremos, por supuesto, que en la guerra civil siempre sea ventajoso atacar; no, a veces la táctica defensiva es obligatoria durante cierto tiempo. Pero exponer una tesis como la del señor Struve y aplicarla a la Rusia de 1905 es precisamente mostrar un fragmento del "lugar común radical" ("la burguesía se asusta y traiciona la causa de la libertad"). Quien no quiera atacar ahora a la autocracia, a la reacción, quien no se prepare para este ataque, quien no lo propague no puede llamarse partidario de la revolución.

El señor Struve condena las consignas "trabajo clandestino" y "motín" (un motín es una "insurrección en miniatura"). ¡El señor Struve las desprecia desde el punto de vista del "acercamiento a las masas"! Nosotros le preguntaríamos si es que acaso se incita al motín en una obra de un revolucionarismo a su entender tan extremo como *¿Qué hacer?* Y en cuanto al "trabajo clandestino", ¿es tan grande la diferencia entre nosotros y el señor Struve, por ejemplo? ¿No trabajamos ambos en periódicos "ilegales", introducidos "clandestinamente" en Rusia para servir a los grupos "secretos" de la Liga de *Osvobozhdenie* o del POSDR? Nuestras reuniones obreras de masas son en muchos casos "clandestinas"; confesamos este pecado. ¿Y las asambleas de los señores de *Osvobozhdenie*, señor Struve? ¿De qué puede usted presumir ante los despreciables partidarios del despreciable trabajo clandestino?

Para proveer de armas a los obreros se necesita, es cierto, un estricto trabajo clandestino. Aquí el señor Struve habla ya con más franqueza. Escuchen: "En cuanto a la insurrección armada o a la revolución, en el sentido técnico, sólo una propaganda de masas en favor del programa democrático puede crear las condiciones psicológicas y sociales de la insurrección armada general. Por lo tanto, aun desde el punto de vista, no compartido por mí, que considera la insurrección armada como el coronamiento inevitable de la actual lucha por la emancipación, inculcar en las masas las ideas de transformación democrática es la obra más importante y más necesaria".

El señor Struve trata de esquivar el problema. Dice que la insurrección es inevitable en lugar de afirmar que es necesaria para la victoria de la revolución. Una insurrección no preparada, espontánea, dispersa, ha empezado ya. Nadie puede garantizar con absoluta certeza que llegará hasta la insurrección popular armada integral y total, pues eso depende tanto del estado de las fuerzas revolucionarias (que no puede medirse más que en la propia lucha) como de la conducta del Gobierno y la burguesía y de una serie de otras circunstancias imposibles de prever con exactitud. No tiene sentido hablar de inevitabilidad en el sentido de esa seguridad absoluta con respecto a un acontecimiento concreto, que se trasluce en la argumentación del señor Struve. Si se quiere ser partidario de la revolución hay que hablar de si es necesaria la insurrección para la victoria de la revolución, de si es necesario o no proclamarla activamente, propagarla, prepararla enseguida y con energía. El señor Struve no puede ignorar esta

diferencia; por ejemplo, él no sustituye el problema, indiscutible para un democrata, de la necesidad del sufragio universal por el problema, discutible y subalterno para todo dirigente político, de si dicha conquista se conseguirá inevitablemente en el curso de la actual revolución. Al esquivar la cuestión de la necesidad de la insurrección el señor Struve expresa la esencia misma de la posición política de la burguesía liberal. La burguesía, en primer lugar, prefiere negociar con la autocracia en vez de aplastarla; en segundo lugar, la burguesía en todo caso deja la lucha armada a los obreros. Esta es la significación *real* de las evasivas del señor Struve; por esto es que *resonó* en lo que toca a la necesidad de la insurrección y se desvió hacia sus condiciones "psicológicas y sociales" y hacia la "propaganda" preliminar. Exactamente lo mismo que los charlatanes burgueses que en el Parlamento de Fráncfort, en 1848, se ocupaban de elaborar resoluciones, declaraciones, decisiones para la "propaganda de masas" y la preparación de las "condiciones psicológicas y sociales" cuando se debía resistir a la fuerza armada del Gobierno, cuando el movimiento "había conducido a la necesidad" de la lucha armada, cuando la mera acción verbal (cien veces necesaria en el período de preparación) se había convertido en vil inactividad y cobardía burguesas, así también el señor Struve elude la cuestión de la insurrección y se escuda con *fiases*. Nos demuestra con evidencia lo que se empeñan en no ver muchos socialdemócratas, a saber: que un período revolucionario se diferencia de los períodos históricos ordinarios, cotidianos, de preparación, en que la efervescencia, el estado de ánimo y las convicciones de las masas deben traducirse y se traducen *en acción*.

El revolucionarismo vulgar no comprende que la palabra es también un acto; esta es una tesis indiscutible que se aplica a la historia *en general* o a épocas históricas en las que no hay acción política abierta de masas, acción que no puede ser reemplazada por ningún *putsch* ni creada artificialmente. Los revolucionarios seguidistas no comprenden que cuando ha comenzado el período revolucionario, cuando la vieja "superestructura" se resquebraja, cuando la franca acción política de las clases y masas que crean para sí una nueva superestructura se ha convertido en una realidad, cuando la guerra civil ha comenzado, limitarse *como anteriormente* "a las palabras" sin dar *la consigna directa* de pasar a los "hechos", eludir la acción invocando las "condiciones psicológicas" y la "propaganda" en general significa falta de vitalidad, apatía, bucca pedantería, o bien equivale a entregar la revolución y traicionarla. Los charlatanes demócratas burgueses de Fráncfort son un ejemplo histórico inolvidable de semejante traición o pedante estupidez.

¿Quieren que aclaremos esta diferencia entre el revolucionarismo vulgar y los revolucionarios seguidistas con ejemplos históricos del movimiento socialdemócrata en Rusia? Lo haremos. Recuerden los años 1901-1902, tan cercanos, no obstante lo cual nos parecen pertenecer a una leyenda remota. Empezaron las manifestaciones. El revolucionarismo vulgar lanzó el grito de "al asalto" (*Rabotnye Dedi*), fueron publicados los "volantes sangrientos" (provenientes de Berlín, si la memoria no me engaña) y fueron duramente atacados (*Nedelshin*) la "afición

desmedida a la literatura" y el aspecto puramente teórico de la idea de hacer agitación en toda Rusia por medio de un periódico. Los revolucionarios seguidistas, por el contrario, predicaron entonces que "la lucha económica es el *mejor* medio para la agitación política". ¿Qué posición adoptó la socialdemocracia revolucionaria? Atacó a ambas tendencias. Condenó el putschismo y los gritos de "al asalto", pues todos veían o debían ver claro que la acción abierta de las masas era cosa del mañana. Condenó el seguidismo e *incluso* planteó francamente la consigna de insurrección armada de todo el pueblo, no en el sentido de un llamamiento directo (el señor Struve no encontraría en aquel tiempo entre nosotros llamamiento al "motín"), sino en el de una conclusión *indispensable*, en el sentido de la "propaganda" (de la que no se ha acordado hasta ahora nuestro respetable señor Struve, quien se retrasa siempre en unos cuantos años), en el sentido de la preparación de esas mismas "condiciones psicológicas y sociales" de las cuales nos hablan hoy, "melancólica e inoportunamente", los representantes de la desconcertada burguesía regateadora. *Entonces*, la propaganda y la agitación, la agitación y la propaganda, eran realmente colocadas en primer plano por la situación objetiva. *Entonces*, como piedra de toque del trabajo preparatorio de la insurrección podía plantearse (y se planteaba en *¿Qué hacer?*) la creación de un periódico político para toda Rusia, cuya publicación semanal nos parecía un ideal. *Entonces*, las consignas agitación de masas *en lugar* de acciones armadas directas, y preparación de las condiciones psicológicas y sociales de la insurrección *en lugar* de *putsch* eran las únicas consignas justas de la socialdemocracia revolucionaria. *Ahora* esas consignas han sido sobrepasadas por los acontecimientos, el movimiento las ha dejado atrás, no son más que frases, trastos viejos que no sirven sino para ocultar la hipocresía de *Osovolzhenskí* y el seguidismo de la nueva *Ibno*!

¿O quizá me equivoco? ¿Acaso la revolución no empezó aún? ¿Acaso no llegó todavía el momento para una franca acción política de las clases? ¿Acaso la guerra civil no comenzó y, por lo tanto, no llegó aún el momento de que la crítica de las armas se convierta en heredero *nezario* y obligatorio, sucesor, ejecutor testamentario, corolario del arma de la crítica?

Salgan a la calle y miren alrededor para contestar a estas preguntas. ¿Acaso el Gobierno mismo no inició ya la guerra civil, asesinando en masa por doquier a ciudadanos pacíficos e inermes? ¿Acaso no actúan las Centurias Negras armadas como "argumento" de la autocracia? ¿Acaso la burguesía (hasta la burguesía) no reconoció la necesidad de una milicia civil? ¿Acaso el propio señor Struve, tan idealmente moderado y puntilloso, no dice (¡ay, lo dice sólo para salir del paso!) que "el carácter abierto de las acciones revolucionarias [miren cómo hablamos nosotros ahora!] es en la actualidad una de las condiciones más importantes de la influencia educativa sobre las masas populares"?

Quien tenga ojos para ver no puede dudar de qué manera los partidarios de la revolución deben plantear ahora el problema de la insurrección armada. Pues bien, obsérvense los *tres* modos de plantearlo, publicados en órganos de prensa libres capaces de influir algo en las masas.

Primer planteamiento: resolución del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia³⁰. Reconoce y declara públicamente que el movimiento revolucionario democrático general ha *conducido ya a la necesidad* de la insurrección armada. La organización del proletariado para la insurrección está a la orden del día como una de las tareas esenciales, primordiales e indispensables del Partido. Se ha encargado tomar las medidas *más enérgicas* para armar al proletariado y asegurarle la posibilidad de dirigir la insurrección.

Segundo planteamiento: el artículo que, con un enunciado de principios, ha publicado en *Osvobodienie* el "jefe de los constitucionalistas rusos" (así calificó no hace mucho al señor Struve un órgano tan influyente de la burguesía europea como la *Frankfurter Zeitung*) o jefe de la burguesía progresista rusa. No comparte la creencia de que la insurrección es inevitable. El trabajo clandestino y el motín son procedimientos específicos de un revolucionarismo insensato; el republicanismo, un método de aturdimiento. La insurrección armada es, en realidad, una cuestión solamente técnica, mientras que "lo fundamental y más necesario" es desplegar una propaganda externa y preparar las condiciones psicológicas y sociales.

Tercer planteamiento: la resolución de la Conferencia de la nueva Izda. Nuestra tarea es preparar la insurrección. La posibilidad de una insurrección basada en un plan está excluida. Las condiciones favorables para la insurrección serán creadas por la desorganización del Gobierno, por nuestra agitación, por nuestra organización. Sólo entonces "pueden adquirir una importancia más o menos seria los preparativos técnicos de combate".

³⁰ He aquí su texto completo:

"Considerando:

- 1) que el proletariado, que por su situación es la clase más avanzada y la única consecuentemente revolucionaria, está llamado, por esta razón, a desempeñar el papel dirigente en el movimiento democrático general revolucionario de Rusia;
- 2) que este movimiento, en el momento actual, ya ha conducido a la necesidad de la insurrección armada;
- 3) que el proletariado participará inevitablemente en esta insurrección del modo más enérgico, determinando la suerte de la revolución en Rusia;
- 4) que el proletariado únicamente podrá desempeñar el papel dirigente de esta revolución si está unido en una sola fuerza política independiente, bajo la bandera del Partido Obrero Socialdemócrata, que dirige su lucha tanto ideológica como prácticamente;
- 5) que sólo el cumplimiento de este papel puede asegurar al proletariado las condiciones más ventajosas para la lucha por el socialismo, contra las clases poseedoras de la Rusia democrático-burguesa.

El III Congreso del POSDR reconoce que la tarea de organizar al proletariado para la lucha directa contra la autocracia por medio de la insurrección armada es una de las tareas principales e inaplazables del Partido en el momento revolucionario actual. Por eso, el Congreso encarga a todas las organizaciones del Partido:

- a) explicar al proletariado por medio de la propaganda y la agitación no sólo la significación política, sino también el aspecto práctico organizativo de la próxima insurrección armada;
- b) explicar en esa propaganda y agitación el papel de las huelgas políticas de masas, que pueden tener una gran importancia al principio y en la marcha misma de la insurrección;
- c) tomar las medidas más enérgicas para armar al proletariado y también para elaborar el plan de la insurrección armada y de su dirección, creando con tal objetivo, en la medida que sea necesario, grupos especiales de militantes del Partido" (nota de Lenin para la edición de 1907).

¿Nada más? Sí, nada más. Si la insurrección ha llegado o no a ser indispensable, eso los dirigentes neoisristas del proletariado todavía no lo saben. Si es inaplazable o no la tarea de organizar al proletariado para la lucha inmediata, aún no está claro para ellos. No es necesario llamar a adoptar las medidas más enérgicas; es mucho más importante (en 1905, no en 1902) explicar, en líneas generales, en qué condiciones "pueden" esas medidas adquirir una importancia "más o menos seria"...

¿Ven ahora, camaradas neoisristas, adónde los ha llevado el viraje hacia el martinovismo? ¿Comprenden que la filosofía política que profesan ha resultado ser una reedición de la filosofía de *Osobokhdenie*, que involuntaria e inconscientemente se han colocado a la cola de la burguesía monárquica? ¿Tienen ustedes claro ahora que por insistir en viejas cantilenas y perfeccionarse en una oratoria pedante han perdido de vista —para emplear las inolvidables palabras del inolvidable artículo de Piotr Struve— que "el carácter abierto de las acciones revolucionarias es actualmente una de las condiciones más importantes de la influencia educativa sobre las masas populares"?

IV. ¿Qué significa ser el partido de la oposición extrema durante la revolución?

Volvamos a la resolución sobre el Gobierno provisional. Hemos señalado que la táctica de la nueva *Laba* no impulsa la revolución —posibilidad que querría garantizar con su resolución—, sino que la empuja hacia atrás. Hemos demostrado que es precisamente esta táctica la que *ata las manos* de la socialdemocracia en la lucha contra la burguesía inconsecuente y no la preserva de diluirse en la democracia burguesa. Se comprende que las falsas premisas de la resolución derivan en una falsa conclusión: "Por esto la socialdemocracia no se debe proponer como fin tomar o compartir el poder en el Gobierno provisional, sino que debe seguir siendo el partido de la oposición revolucionaria extrema". Analicemos la primera mitad de esta conclusión, que se refiere a los fines. ¿Plantean los neoisristas que la meta de la actividad socialdemócrata es la victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo? Sí, por cierto. No saben formular acertadamente las condiciones de la victoria decisiva, se desvían hacia la formulación de *Osobokhdenie*, pero el fin indicado lo plantean. Prosigamos. ¿Relacionan el Gobierno provisional con la insurrección? Sí, lo relacionan de un modo directo al decir que el Gobierno provisional "surgerà de la insurrección popular victoriosa". Por último, ¿se proponen dirigir la insurrección? Sí; esquivan, como el señor Struve, reconocer que la insurrección es necesaria e impostergable, pero al mismo tiempo dicen, a diferencia del señor Struve, que la "socialdemocracia aspira a *subordinarla* [la insurrección] a su influencia y *dirección* y a utilizarla en interés de la clase obrera".

¿Qué coherente resulta todo esto, ¿verdad? Nos proponemos *como fin* subordinar la insurrección de las masas proletarias y *no proletarias* a nuestra influencia, a nuestra dirección, utilizarla en nuestro interés. Por consiguiente, nos proponemos dirigir, durante la insurrección, al proletariado, a la burguesía revolucionaria y a la pequeñoburguesía ("grupos no proletarios"), es decir, *compartir* la dirección de la insurrección entre la socialdemocracia y la burguesía revolucionaria. Nos asignamos como fin *la victoria* de la insurrección, la cual debe conducir a la instauración de un Gobierno provisional ("surgido de la insurrección popular victoriosa"). *¿Por esta...* por esto no debemos asignarnos como fin adueñarnos del poder o compartirlo en el Gobierno provisional revolucionario!!

Nuestros amigos no pueden hacer encajar sus argumentos. Oscilan entre el punto de vista del señor Struve, que se aparta de la insurrección, y el de la socialdemocracia revolucionaria, que incita a realizar esa inaplazable tarea. Oscilan entre el anarquismo que, desde el punto de vista de los principios, condena como una traición al proletariado toda participación en el Gobierno provisional revolucionario, y el marxismo, que exige dicha participación a condición de que la socialdemocracia ejerza una influencia dirigente en la insurrección. No tienen una sola posición independiente: no lo es la posición del señor Struve, quien desea llegar a un entendimiento con el zarismo, motivo por el cual debe evadirse y maniobrar en lo tocante a la insurrección; ni la de los anarquistas, quienes condenan toda acción "desde arriba" y toda participación en la revolución burguesa. Los neoisikristas confunden el acuerdo con el zarismo con la victoria sobre él. Quieren participar en la revolución burguesa. Han ido un poco más allá que *Das dictatums* de Martinov. Aceptan inclusive dirigir la insurrección del pueblo con tal de renunciar a la dirección inmediatamente después de la victoria (¿o acaso momentos antes de la victoria?), esto es, con tal de *no aprovechar los frutos de la victoria* y cederlos *enteramente a la burguesía*. Y a esto le llaman "utilizar la insurrección en interés de la clase obrera"...

No es necesario continuar con este embrollo. Será más útil examinar *su origen* en su formulación, que reza así: "Seguir siendo el partido de la oposición revolucionaria extrema".

Esta es una conocida tesis de la socialdemocracia revolucionaria internacional, tesis completamente acertada y que se ha convertido en un lugar común para todos los adversarios del revisionismo y el oportunismo en los países parlamentarios. Ha adquirido carta de ciudadanía como respuesta legítima y necesaria al "cretinismo parlamentario", al millerandismo, al bernsteínismo, al reformismo italiano a lo Turati. Nuestros bondadosos neoisikristas se han aprendido de memoria esta buena tesis y la aplican celosamente... *de un modo del todo inoportuno*. Mencionan las categorías de la lucha parlamentaria en resoluciones elaboradas para condiciones en las cuales no existe parlamento alguno. Aplican absurdamente el concepto de "oposición", que es reflejo y expresión de una situación política en la que nadie habla seriamente de *insurrección*, a una situación en la que la insurrección ha empezado y cuando

todos los partidarios de la revolución hablan de ella y piensan cómo dirigirla. Proclaman con bombos y platillos el deseo de "seguir" en la misma situación que antes, esto es, cuando se actuaba sólo "desde abajo", *precisamente cuando la revolución ha planteado la necesidad, en caso de victoria de la insurrección, de actuar desde arriba.*

¡Decididamente, nuestros neoisristas tienen mala suerte! Ni siquiera cuando formulan una tesis socialdemócrata acertada saben aplicarla acertadamente. No han pensado cómo se transforman y convierten en sus antítesis las nociones y los términos de la lucha parlamentaria en la época en que se ha iniciado la revolución, cuando no hay parlamento, cuando se desarrolla la guerra civil, cuando se producen estallidos insurreccionales. No han pensado que, en las circunstancias de que se trata, las enmiendas se proponen por medio de manifestaciones en las calles, las interpelaciones se hacen mediante la acción ofensiva de los ciudadanos armados y la oposición al Gobierno se manifiesta derrocándolo violentamente.

Del mismo modo que el famoso personaje de nuestra poesía épica popular repetía los buenos consejos precisamente cuando eran inoportunos, así nuestros admiradores de Martinov repiten las lecciones del parlamentarismo pacífico cuando comprueban por sí mismos el comienzo de las acciones bélicas directas. ¡Nada tan inocuo como esta manera de formular con aire de importancia la consigna de "oposición extrema" en una resolución que comienza aludiendo a la "victoria decisiva de la revolución", a la "insurrección popular"! Reflexionen bien, señores, ¿qué significa representar el papel de "oposición extrema" en la época de la insurrección? Significa denunciar al Gobierno o derribarlo? ¿Significa votar contra el Gobierno o derrotar a sus fuerzas armadas en franco embate? ¿Significa rehusarse a proveer de fondos las arcas del Gobierno o apoderarse de ellas por vía revolucionaria y utilizar el dinero para satisfacer las necesidades de la insurrección, armar a los obreros y campesinos, convocar a la Asamblea Constituyente? ¿Empiezan ustedes a comprender, señores, que el concepto de "oposición extrema" no expresa más que acciones negativas: denunciar, votar en contra, denegar? ¿Por qué? Porque ese concepto se refiere sólo a la lucha parlamentaria y esto en una época en la que nadie se propone la "victoria decisiva" como fin inmediato de la lucha. ¿Empiezan a comprender, tal vez, que la cosa cambia radicalmente en este aspecto cuando el pueblo políticamente oprimido inicia el asalto decisivo en todo el frente para luchar encarnizadamente por la victoria?

Los obreros nos preguntan: ¿debe iniciarse con vigor la causa inaplazable de la insurrección? ¿Qué hacer para que la insurrección iniciada resulte victoriosa? ¿Cómo aprovechar la victoria? ¿Qué programa se podrá y deberá realizar entonces? Los neoisristas que hacen al marxismo más "profundo" responden: hay que continuar siendo el partido de la extrema oposición revolucionaria... Bien, ¿teníamos razón al llamar a esos caballeros virtuosos del filisteísmo?

X. Las "comunidades revolucionarias" y la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado

La Conferencia neokrista no mantuvo la posición anarquista a la cual había llegado la nueva *Istma* (sólo "desde abajo" y no "desde abajo y desde arriba"). Lo absurdo de admitir la insurrección, pero no la victoria y la participación en el Gobierno provisional revolucionario saltaba demasiado a la vista. Por eso, la resolución insertó reservas y restricciones en la solución del problema planteado por Martinov y Martov. Analicemos esas reservas, expuestas en la siguiente parte de la resolución:

Esta táctica ["seguir siendo el partido de la oposición revolucionaria extrema"], naturalmente, no excluye en lo más mínimo la conveniencia de la toma parcial y episódica del poder y de la formación de comunidades revolucionarias en tal o cual ciudad, en una u otra región, con el interés exclusivo de contribuir a extender la insurrección y desorganizar al Gobierno.

Si es así, quiere decir que en principio se acepta la acción no sólo desde abajo, sino también desde arriba. Quiere decir que se rechaza la tesis sostenida en el conocido artículo de J. Martov en *Istma* N.º 93 y se reconoce como correcta la táctica del periódico *Iperiod*: no sólo "desde abajo", sino también "desde arriba".

Además, la toma del poder (aunque sea parcial, episódica, etc.) presupone, evidentemente, la participación no sólo de la socialdemocracia, no sólo del proletariado. Esto se debe a que no sólo el proletariado está interesado y participa activamente en la revolución democrática. Esto se debe —para emplear términos de la propia resolución que analizamos— a que la insurrección es "popular", a que en ella participan también "grupos no proletarios" (expresión textual de los conferenciantes que se refirieron a la insurrección), es decir, la burguesía. De esta manera, la Conferencia arrojó por la borda, como intentaba hacerlo *Iperiod*, el principio según el cual toda participación de los socialistas junto con la pequeñoburguesía en el Gobierno provisional revolucionario es una traición a la clase obrera. La "traición" no deja de serlo por el hecho de que la acción que la determina sea parcial, episódica, regional, etc. Por lo tanto, la Conferencia arrojó por la borda, como intentaba hacerlo *Iperiod*, el paralelo entre la participación en el Gobierno provisional revolucionario y el jaurismo vulgar. El Gobierno no deja de serlo porque su poder se extienda, no a muchas ciudades, sino a una sola, no a muchas regiones, sino a una sola; como tampoco por el nombre que lleve dicho Gobierno. Por lo tanto, la Conferencia desechó ese enfoque del problema en el plano de los principios que había intentado proponer la nueva *Istma*.

Veamos si son razonables las limitaciones que impone la Conferencia a la formación, aceptada ahora en principio, de Gobiernos revolucionarios y a la participación en los mismos. No sabemos cuál es la diferencia entre "episódico" y "provisional". Tememos que, en este caso, una palabra extranjera y "nueva"

sólo sirve para disimular la falta de una idea clara. Esto *parece* "más profundo" cuando, en realidad, sólo es más oscuro y confuso. ¿Cuál es la diferencia entre la "conveniencia" de una "toma del poder" parcial en una ciudad o región y la participación en el Gobierno provisional revolucionario de todo un Estado? ¿Acaso las "ciudades" no incluyen una ciudad como San Petersburgo, donde hubo un 9 de enero? ¿Acaso entre las regiones no está el Cáucaso, más extenso que muchos Estados? ¿Acaso las tareas (que inquietaban en un tiempo a la nueva *Isra*) de administrar las cárceles, la Policía, el tesoro, etc., no las enfrentamos también con la "toma del poder" incluso en una ciudad, sin hablar ya de una región? Por supuesto, nadie negará que si las fuerzas son insuficientes, si el triunfo de la insurrección no es completo, si la victoria no es decisiva es posible que se establezcan Gobiernos provisionales revolucionarios locales, en ciudades y similares. Pero ¿a qué viene esto, señores? ¿No son ustedes mismos los que hablan, en el comienzo de la resolución, de la "victoria decisiva de la revolución", de la "insurrección popular victoriosa"? ¿Desde cuándo los socialdemócratas asumen la misión de los anarquistas: dispersar la atención y los fines del proletariado, orientarlo hacia lo "parcial" y no hacia lo general, único, integral y completo? Al presuponer la "toma del poder" en una ciudad ustedes mismos hablan de "extender la insurrección" ¿a otra ciudad? —nos atrevemos a pensarlo—, ¿a todas las ciudades? —cabe esperarlo—. Las conclusiones que extraen, señores, son tan vacilantes y casuales, tan contradictorias y confusas como las premisas que plantean. El III Congreso del POSDR ha dado una respuesta exhaustiva y clara a la cuestión del Gobierno provisional revolucionario en general, respuesta que se extiende asimismo a todos los Gobiernos provisionales locales. En cambio, la respuesta de la Conferencia, que separa de un modo artificial y arbitrario una *parte* del problema, sólo intenta *equivocar* (pero sin éxito) el problema en su conjunto y siembra la confusión.

¿Qué significa eso de las "comunidades revolucionarias"? ¿Se distingue este concepto del concepto "Gobierno provisional revolucionario" y, en caso afirmativo, en qué? Los propios señores de la Conferencia lo ignoran. La confusión en el pensamiento revolucionario los conduce, como sucede habitualmente, a la *fraseología revolucionaria*. Sí, el empleo de los términos "comuna revolucionaria" en la resolución de estos representantes de la socialdemocracia es una mera frase revolucionaria y nada más. Marx condenó más de una vez semejante fraseología, que suplanta los objetivos del porvenir con los "seductores" términos de un *pasado caduco*. La seducción de un término que ha desempeñado un papel en la historia se convierte en casos semejantes en un tropel inútil y nocivo, en una vana distracción. Debemos dar a los obreros y a todo el pueblo una noción clara e inequívoca de *por qué* queremos la formación de un Gobierno provisional revolucionario, de *cuáles son exactamente las transformaciones* que hemos de realizar cuando ejerzamos una influencia decisiva sobre el Gobierno, en caso de que la insurrección popular ya iniciada tenga un desenlace victorioso. Esto es lo que se plantea ante los dirigentes políticos.

El III Congreso del POSDR contesta a este planteamiento con máxima claridad cuando propone un programa completo de esas transformaciones: el programa mínimo de nuestro partido. La palabra "comuna", en cambio, no proporciona respuesta alguna y sólo atiborra las mentes con conceptos difusos... o frases vacías. Cuanto más entrañable es para nosotros, por ejemplo, la Comuna de París de 1871, tanto menos tolerable es que salgamos del paso aludiendo a ella sin examinar sus errores y peculiaridades. Esto significaría reproducir la absurda actitud de los blanquistas, ridiculizados por Engels, quienes rendían homenaje (en su "Manifiesto" de 1874) a todo acto de la Comuna. ¿Qué dirá el participante de la Conferencia al obrero que lo interroga sobre *esta* "comuna revolucionaria", mencionada en la resolución? Le podrá decir únicamente que en la historia se conoce por dicho nombre a un Gobierno obrero que no sabía ni podía en aquel momento diferenciar los elementos de la revolución democrática de los de la revolución socialista, que confundía los objetivos de lucha por la república con los de la lucha por el socialismo, que no supo lanzar una ofensiva militar enérgica contra Versalles, que cometió el error de no apoderarse del Banco de Francia, etc. En una palabra, tanto si se refieren a la Comuna de París como a otra cualquiera, la respuesta será: fue un Gobierno *como no debe ser el nuestro*. ¡Una buena respuesta, de hecho! Cuando en la resolución se guarda silencio sobre el programa práctico del Partido y se da una inoportuna lección de historia, ¿no se revela debilidad revolucionaria, no se demuestra pedantería erudita? ¿No se pone de manifiesto precisamente el error que en vano querían imputarnos: confundir la revolución democrática con la socialista, entre las cuales ninguna "comuna" ha establecido distinción?

Se presenta como "único" objetivo del Gobierno provisional (tan inoportunamente calificado de comuna) extender la insurrección y desorganizar al Gobierno. Este término de "único" literalmente elimina cualquier otro objetivo y es un eco de la absurda teoría de "sólo desde abajo". Semejante eliminación de otros objetivos es, una vez más, prueba de miopía e irreflexión. La "comuna revolucionaria", es decir, el poder revolucionario, aunque sólo fuese en una ciudad, deberá administrar inevitablemente (así sea provisional, "parcial, episódicamente") *todos* los asuntos del Estado y, en ese caso, es el colmo de la necesidad ocultar la cabeza bajo el ala. Ese poder deberá legalizar la jornada de ocho horas, instituir la inspección obrera de las fábricas, organizar la educación general gratuita, implantar la elegibilidad de los jueces y crear comités campesinos, etc.; en una palabra, estará obligado a llevar a cabo una serie de reformas. Incluir dichas reformas en la noción de "contribuir a extender la insurrección" equivale a hacer juegos de palabras y a aumentar deliberadamente la confusión donde hace falta absoluta claridad.

La parte final de la resolución neoskrista no proporciona nuevo material para criticar las tendencias fundamentales del "economismo" resucitado en nuestro partido, pero ilustra desde otro ángulo lo dicho más arriba.

He aquí esa parte:

Sólo en un caso la socialdemocracia debería por propia iniciativa esforzarse por tomar el poder y retenerlo el mayor tiempo posible en sus manos, a saber: en el caso de que la revolución se extendiera a los países avanzados de Europa occidental, en los cuales han alcanzado ya cierta (?) madurez las condiciones para la realización del socialismo. En ese caso, los limitados marcos históricos de la revolución rusa podrían ensancharse considerablemente y aparecería la posibilidad de entrar en la senda de las transformaciones socialistas.

Si en el transcurso del período revolucionario la táctica del Partido Socialdemócrata consiste en mantenerse en la oposición revolucionaria extrema frente a todos los Gobiernos que se sucedan en el poder, la socialdemocracia podrá prepararse mejor para utilizar el poder gubernamental si este cae (?) en sus manos.

Aquí la idea esencial es la misma que reiteradamente ha formulado *Iperiod* al sostener que no debemos temer (como Martinov) la victoria completa de la socialdemocracia en la revolución democrática, esto es, la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos, pues esa victoria nos dará la posibilidad de despertar a Europa; y el proletariado socialista europeo, al librarse del yugo de la burguesía, nos ayudará, a su vez, a realizar la revolución socialista. Pero observen hasta qué punto aparece empeorada esta idea en la exposición de los neoskristas. No nos detengamos en detalles, como la absurda afirmación de que el poder puede "caer" en las manos de un partido consciente que considere nociva la táctica de la toma del poder; que en Europa las condiciones para el socialismo han alcanzado, no cierto grado de madurez, sino madurez en general; que el programa de nuestro partido no admite ninguna transformación socialista, sino sólo la revolución socialista. Veamos lo principal y fundamental que distingue las ideas de *Iperiod* de las de la resolución. *Iperiod* asigna al proletariado revolucionario de Rusia una misión activa: triunfar en la lucha por la democracia y apoyarse en esa victoria para trasladar la revolución a Europa. La resolución no comprende ese nexo entre nuestra "victoria decisiva" (no en el sentido que le da la nueva *Iskra*) y la revolución en Europa y por ello no se refiere a los fines del proletariado ni a las perspectivas de su victoria, sino a una de las posibilidades en general: "En el caso de que la revolución se extendiera...". *Iperiod* indica de un modo directo y concreto -y esas indicaciones fueron incorporadas a la resolución del III Congreso de POSDR- cómo exactamente se puede y debe "utilizar el poder gubernamental" en interés del proletariado, teniendo en cuenta qué puede realizarse en el grado actual de desarrollo social y qué es necesario realizar primero como premisa democrática de la lucha por el socialismo. También en este sentido la resolución se arrastra irremediabilmente a la cola cuando dice: "Podrá prepararse mejor para realizar el poder gubernamental", pero no señala cómo puede y debe prepararse y para qué utilizarlo. No dudamos, por ejemplo, de que los neoskristas pueden "prepararse para utilizar" su posición dirigente en el

Partido, pero lo que ocurre es que hasta ahora su experiencia de esa utilización, su preparación, no infunden esperanza alguna en la transformación de la posibilidad en realidad...

Iperios explica con exactitud en qué reside la verdadera "posibilidad de mantener el poder en nuestras manos": en la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado, en su fuerza de masas conjunta, capaz de superar a todas las fuerzas contrarrevolucionarias, en la inevitable coincidencia de sus intereses en relación con las transformaciones democráticas. La resolución de la Conferencia tampoco ofrece nada positivo en este sentido, sólo elude la cuestión, ya que la posibilidad de mantenerse en el poder en Rusia debe estar condicionada por la composición de las fuerzas sociales del propio país, por las condiciones de la revolución democrática que se está desarrollando ahora en nuestro país. La victoria del proletariado en Europa (y desde extender la revolución a Europa hasta la victoria del proletariado hay aún cierta distancia) provocará una enconada lucha contrarrevolucionaria de la burguesía rusa; pero la resolución de la Conferencia no dice una palabra sobre esa fuerza contrarrevolucionaria, cuya importancia es evaluada en la resolución del III Congreso del POSDR. Si en la lucha por la república y la democracia no pudiéramos apoyarnos en los campesinos además del proletariado, "mantener el poder" sería una causa perdida. Si no es una causa perdida, si la "victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo" abre tal posibilidad, entonces debemos señalarla, incitar activamente a transformarla en realidad, dar consignas prácticas, no sólo *para el caso* de que la revolución se extienda a Europa, sino también *para que* la extensión se lleve a cabo. ¡Cuando los socialdemócratas seguidistas se refieren a los "limitados marcos históricos de la revolución rusa" no hacen más que encubrir su limitada concepción de los fines de esta revolución democrática y del papel dirigente del proletariado en la misma!

Una de las objeciones a la consigna "dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos" es que la dictadura presupone la "unidad de voluntad" (*Libro N.º 95*) y que la unidad de voluntad entre el proletariado y la pequeñoburguesía es imposible. Esta objeción es inconsistente porque se funda en la interpretación abstracta, "metafísica", del concepto "unidad de voluntad". La voluntad puede coincidir en un aspecto y divergir en otro. La falta de unidad en las cuestiones del socialismo y en la lucha por el socialismo no excluye la unidad de voluntad en las cuestiones de la democracia y en la lucha por la república. Olvidar esto sería olvidar la diferencia lógica e histórica entre la revolución democrática y la socialista. Olvidar esto sería olvidar el carácter popular de la revolución democrática: si es "popular", quiere decir que *hay* "unidad de voluntad" precisamente porque esa revolución satisface las necesidades y exigencias del pueblo en general. Más allá de los límites del democratismo, ni se plantea siquiera la unidad de voluntad entre el proletariado y la burguesía campesina. La lucha de clases entre ellos es inevitable, pero en la república democrática esta lucha será la lucha popular más profunda y más vasta *por el*

socialismo. La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado tiene, como todo en el mundo, su pasado y su porvenir. Son su pasado la autocracia, el régimen feudal, la monarquía, los privilegios. En la lucha contra ese pasado, en la lucha contra la contrarrevolución, es posible la "unidad de voluntad" del proletariado y los campesinos porque hay unidad de intereses.

Son su porvenir la lucha contra la propiedad privada, la lucha del obrero asalariado contra el patrón, la lucha por el socialismo. Aquí la unidad de voluntad es imposible³¹. Ya no se trata del camino que va de la autocracia a la república, sino del que conduce de la república democrática pequeñoburguesa al socialismo.

Por supuesto, en una situación histórica concreta se entrelazan los elementos del pasado y el porvenir, los caminos se cruzan. El trabajo asalariado y su lucha contra la propiedad privada existen también bajo la autocracia, surgen hasta bajo el régimen feudal. Pero esto no nos impide en lo más mínimo diferenciar, lógica e históricamente, las grandes fases de desarrollo. Todos nosotros contraponemos la revolución burguesa y la socialista, todos insistimos incondicionalmente en la necesidad de establecer una rigurosa diferencia entre ambas, pero ¿se puede negar acaso que en la historia se entrelazan elementos aislados, *particulares*, de una y otra revolución? ¿Acaso la época de las revoluciones democráticas en Europa no registra una serie de movimientos socialistas y de intentos de establecer el socialismo? ¿Y acaso la futura revolución socialista en Europa no tendrá todavía mucho que hacer en el campo de la democracia?

Un socialdemócrata no debe olvidar nunca, ni por un instante, que es inevitable la lucha de clases del proletariado por el socialismo, contra la burguesía y la pequeñoburguesía más democráticas y republicanas. Esto es indiscutible. De aquí se desprende la necesidad absoluta de un partido socialdemócrata propio, independiente y rigurosamente clasista. De aquí se desprenden el carácter temporario de nuestra consigna de "golpear conjuntamente" con la burguesía, el deber de vigilar severamente "al aliado como si se tratara de un enemigo", etc. Esto tampoco ofrece la menor duda. Pero sería ridículo y reaccionario olvidar, hacer caso omiso o menospreciar a causa de ello los objetivos esenciales del momento, aunque sean transitorios y temporarios. La lucha contra la autocracia es un objetivo temporario y transitorio de los socialistas, pero olvidarlo o menospreciarlo equivale a traicionar al socialismo y prestar un servicio a la reacción. La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado es, sin discusión, sólo un objetivo transitorio y temporario de los socialistas, pero pasarlo por alto en el período de la revolución democrática es algo francamente reaccionario.

Las tareas políticas concretas deben plantearse en una situación concreta. Todo es relativo, todo fluye, todo se modifica. La socialdemocracia de Alemania no incluye en su programa la reivindicación de la república. En dicho país

³¹ El desarrollo del capitalismo, más vasto y acelerado en condiciones de libertad, infaliblemente pondrá rápido fin a la unidad de voluntad, tanto más rápido cuanto con mayor rapidez sean aplastadas la contrarrevolución y la reacción.

la situación es tal que este problema difícilmente puede separarse en la práctica del problema del socialismo (¡si bien con respecto a Alemania, Engels, en sus observaciones sobre el proyecto de programa de Erfurt, en 1891, alertaba contra la tendencia a menospreciar la importancia de la república y de la lucha por ella!). En la socialdemocracia de Rusia no se habló siquiera de suprimir la reivindicación de la república en el programa y en la agitación, pues indiscutiblemente en nuestro país existe un nexo indestructible entre la cuestión de la república y la cuestión del socialismo. Un socialdemócrata alemán que en 1898 no colocara en primer término el problema de la república era un fenómeno natural que no provocaba sorpresa ni censura. Un socialdemócrata alemán que en 1848 hubiera relegado a segundo plano esta cuestión habría sido sencillamente un traidor a la revolución. No existe la verdad abstracta, la verdad es siempre concreta.

Llegará el tiempo —cuando haya terminado la lucha contra la autocracia rusa, cuando haya pasado para Rusia el período de la revolución democrática— en que hasta será ridículo hablar de “unidad de voluntad” del proletariado y del campesinado, de dictadura democrática, etc. Entonces pensaremos de un modo inmediato en la dictadura socialista del proletariado y hablaremos de ella más a fondo. Pero, en la actualidad, el partido de la clase avanzada no puede dejar de esforzarse con la mayor energía por conseguir la victoria decisiva de la revolución democrática sobre el zarismo. Y la victoria decisiva no es otra cosa que la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado.

XI. Breve comparación de algunas resoluciones del III Congreso del POSDR y de la Conferencia

La cuestión del Gobierno provisional revolucionario es el eje de los problemas tácticos que encara la socialdemocracia en este momento. No es posible ni necesario analizar de modo igualmente detallado las demás resoluciones de la Conferencia. Nos limitaremos a indicar de manera breve algunos puntos que confirman la diferencia de principios —analizada por nosotros más arriba— entre las orientaciones tácticas de las resoluciones del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia y las de la Conferencia.

Tomemos la actitud ante la táctica del Gobierno en vísperas de la revolución. Volveremos a encontrar una respuesta completa a este problema en la resolución del III Congreso del POSDR, que toma en cuenta la diversidad de condiciones y objetivos del momento dado: el desenmascaramiento de las hipócritas concesiones del Gobierno y del uso de “formas caricaturescas de la representación popular”, la realización revolucionaria de las reivindicaciones imperiosas de la clase obrera (en primer lugar, la jornada de ocho horas) y, por último, la resistencia a las Centurias Negras. En las resoluciones de la conferencia la cuestión está

desperdigada en diversas secciones: "Resistir a las fuerzas negras de la reacción" se menciona sólo en el preámbulo de la resolución sobre la actitud con los demás partidos. La participación en las elecciones a las instituciones representativas es examinada separadamente de los "compromisos" del zarismo con la burguesía. En vez de exhortar a la implantación por vía revolucionaria de la jornada de ocho horas, una pomposa resolución especial "sobre la lucha económica" meramente repite (después de palabras sonoras y muy poco inteligentes acerca del "lugar central que ocupa el problema obrero en la vida social rusa") la vieja consigna de hacer agitación por el "establecimiento legislativo de la jornada de ocho horas". La insuficiencia y el retraso de esta consigna en el momento presente son demasiado claros para que sea necesario detenerse en demostrarlo.

La cuestión de la acción política abierta. El III Congreso tiene en cuenta un próximo cambio *radical* en nuestra actividad. No se debe abandonar de ninguna manera la actividad conspirativa y el desarrollo del aparato clandestino: eso sería hacer el juego a la Policía y resultaría sumamente conveniente para el Gobierno. Pero ahora tampoco se puede dejar de pensar en la acción abierta. Es necesario *preparar* enseguida formas adecuadas y, por consiguiente, aparatos especiales —menos clandestinos— para ese fin. Hay que aprovechar las asociaciones legales y semilegales para convertirlas, en la medida de lo posible, en puntos de apoyo del futuro Partido Obrero Socialdemócrata legal de Rusia.

La Conferencia también fragmenta esta cuestión sin proponer ninguna consigna completa. Resalta sobre todo la ridícula misión encomendada a la Comisión de Organización de "colocar" a los escritores legales. Es absurda la decisión de "someter a su influencia a aquellos periódicos democráticos que se proponen como fin cooperar con el movimiento obrero". Este fin se lo plantean todos nuestros periódicos liberales legales, que siguen casi totalmente la argumentación de *Osvobodzenie*. ¿Por qué la redacción de *Izvestia* no comienza por seguir su propio consejo y nos ofrece el ejemplo de cómo hay que someter a *Osvobodzenie* a la influencia socialdemócrata? En vez de la consigna de aprovechar las asociaciones legales para crear puntos de apoyo del *Partido* nos ofrece, en primer lugar, un consejo relacionado únicamente con los "sindicatos" (participación obligatoria de los miembros del Partido en ellos); en segundo lugar, el consejo de dirigir "las organizaciones obreras revolucionarias", es decir, "las organizaciones no oficiales", o sea, "los clubes de los obreros revolucionarios". Cómo han venido a parar estos "clubes" entre las organizaciones no oficiales, qué tipo de "clubes" son, sólo Dios lo sabe. En vez de directivas exactas y claras del organismo supremo del Partido vemos esbozos de pensamientos y el borrador de apuntes de un literato. No hay manera de formarse un cuadro íntegro de cómo pasará el Partido a realizar su trabajo sobre una base enteramente distinta.

El Congreso del Partido y la Conferencia divergen por completo en el planteamiento de la "cuestión campesina". El Congreso redactó una resolución sobre "la actitud ante el movimiento campesino"; la Conferencia, otra sobre

"el trabajo entre los campesinos". La primera encara, ante todo, las tareas que implica dirigir el vasto movimiento revolucionario democrático en interés de la lucha general nacional contra el zarismo. La segunda se reduce al "trabajo" en una capa social determinada. La primera plantea, como consigna práctica central de la agitación, formar inmediatamente comités revolucionarios campesinos para llevar a cabo todas las transformaciones democráticas. La segunda dice que la "reivindicación de organizar los comités" debe ser presentada a la Asamblea Constituyente. ¿Por qué debemos esperar a esa asamblea? ¿Será de verdad constituyente? ¿Será sólida sin la previa y simultánea formación de los comités campesinos revolucionarios? Todas estas cuestiones han sido omitidas por la Conferencia, en cuyas resoluciones es visible la idea general que hemos señalado de que en la revolución burguesa debemos limitarnos a nuestro trabajo específico, sin plantearnos el objetivo de dirigir el movimiento democrático y llevarlo a cabo con independencia. Así como los "economistas" insistían en que la lucha económica correspondía a los socialdemócratas y la lucha política a los liberales, así también los neokristas insisten en sus razonamientos en la idea de que deberíamos ocupar un modesto rincón al margen de la revolución burguesa en tanto la burguesía se ocupa de realizarla activamente.

Por último, no podemos dejar de señalar la posición frente a los demás partidos. La resolución del III Congreso del POSDR habla de desenmascarar las limitaciones e insuficiencias del movimiento burgués de liberación sin entregarse a la ingenua idea de enumerar de congreso en congreso todos los casos posibles de esas limitaciones o trazar una línea de demarcación entre burgueses buenos y malos. La Conferencia reincide en el error de Starover, busca tenazmente esa línea demarcatoria y desarrolla la famosa teoría del "papel de tornasol". Starover partía de una idea muy buena: imponer a la burguesía las condiciones más severas. Pero olvidaba que todo intento de diferenciar de antemano a los demócratas burgueses que merecen aprobación, con los que se puede llegar a un acuerdo, etc., de aquellos otros que no la merecen conduce a una "fórmula" que el desarrollo de los acontecimientos invalida rápidamente y lleva la confusión a la conciencia de clase del proletariado. El centro de gravedad se traslada de la unidad real en la lucha a las declaraciones, promesas, consignas. Starover consideraba que "el sufragio universal, igual, directo y secreto" era la consigna fundamental. No habían pasado dos años cuando ya el "papel de tornasol" demostró su inefficacia: de la consigna del sufragio universal se apropiaron los de *Osobodenie*, sin aproximarse por ello a la socialdemocracia; al contrario, precisamente por medio de esa consigna intentaron sembrar la confusión entre los obreros y apartarlos del socialismo.

Ahora, los neokristas presentan "condiciones" aún más "severas", "exigen" a los enemigos del zarismo que "apoyen de una manera enérgica e inequívoca [!] toda acción decisiva del proletariado organizado", etc., e inclusive "una participación activa en la tarea de armar al pueblo". La línea demarcatoria ha sido llevada mucho más allá y, a pesar de todo, *ya se ha hecho antimanera también*, ha demostrado inmediatamente ser inservible. ¿Por qué, por ejemplo, falta la consigna

de la república? ¿Cómo es que, en interés de la "guerra revolucionaria implacable contra todos los instrumentos del régimen monárquico y los estamentos sociales", los socialdemócratas "exigen" de los demócratas burgueses todo lo que ustedes quieran, excepto la lucha por la república?

Que esto no es una simple objeción, que el error de la nueva *Izba* tiene la importancia política más vital lo pone de relieve la Unión de Emancipación de Rusia. (Véase el N.º 4 de *Proletary*.)³² Estos "enemigos del zarismo" se ajustan perfectamente a las "reivindicaciones" de la nueva *Izba*. Pero nosotros hemos demostrado que el espíritu de *Osvobodzenie* reina en el programa (o en la falta de programa) de esta Unión de Emancipación de Rusia y que el grupo de *Osvobodzenie* puede llevarla a remolque con facilidad. Sin embargo, la resolución de la Conferencia declara finalmente que "la socialdemocracia seguirá actuando tanto contra los *falsos amigos del pueblo* como contra todos aquellos partidos políticos que, enarbolando la bandera liberal y democrática, se niegan a prestar ayuda efectiva a la lucha revolucionaria del proletariado". La Unión de Emancipación de Rusia no sólo no rechaza, sino que ofrece con celo tal ayuda. ¿Es esto una garantía de que sus jefes no sean "falsos amigos del pueblo" aunque sigan a *Osvobodzenie*?

Ya lo ven: planteando de antemano "condiciones" y "reivindicaciones" que son cómicas a causa de su sombría impotencia los neoisikristas se colocan en una situación ridícula. Sus condiciones y reivindicaciones resultan enseguida insuficientes para apreciar la realidad viva. Su afán por las fórmulas es vano, ya que ninguna fórmula es capaz de captar las diversas manifestaciones de la hipocresía, la inconsecuencia y las limitaciones de la democracia burguesa. No se trata del "papel de tornasol", ni de formas, ni de reivindicaciones escritas e impresas ni de diferenciar de antemano a los falsos y los verdaderos "amigos del pueblo", sino de la unidad real en la lucha, de la crítica perseverante de los socialdemócratas a todo paso "vacilante" de la democracia burguesa. Para la "cohesión auténtica de todas las fuerzas sociales interesadas en la reorganización democrática" no hacen falta los "puntos" sobre los cuales ha trabajado la Conferencia con tanto tesón y tan inútilmente, sino capacidad para lanzar consignas verdaderamente revolucionarias.

Es decir, son necesarias consignas que eleven a la burguesía revolucionaria y republicana al nivel del proletariado y no que rebajen los objetivos del proletariado hasta el nivel de la burguesía monárquica. Para ello es necesaria la participación más enérgica en la insurrección en vez de eludir con sofismas la tarea inaplazable de la insurrección armada.

32 En *Proletary* N.º 4, aparecido el 4 de junio de 1905, se publicó un extenso artículo titulado "Una nueva asociación obrera revolucionaria". En el mismo se da a conocer el contenido de los llamamientos de esa Unión de Emancipación de Rusia, la que se planteaba como objetivo convocar, con ayuda de la insurrección armada, una Asamblea Constituyente. Más adelante, el artículo define la actitud de la socialdemocracia ante esas asociaciones sin partido. No sabemos en absoluto en qué medida dicha Unión fue viable y cuál fue su suerte en la revolución (nota de Lenin para la edición de 1907).

XII. ¿Disminuirá el alcance de la revolución democrática si la burguesía le da la espalda?

Estaban ya escritas las líneas precedentes cuando recibimos las resoluciones de la Conferencia de los neoiskristas del Cáucaso, publicadas por *Iskra*. *Pour la bonne bouche* [para postre] no podíamos imaginar una documentación mejor.

La redacción de *Iskra* observa con razón: "En la cuestión fundamental de la táctica, la Conferencia del Cáucaso ha adoptado una decisión análoga [es verdad!] a la tomada por la Conferencia [es decir, la de la nueva *Iskra*]. La posición de la socialdemocracia con respecto al Gobierno provisional revolucionario ha sido resuelta por los camaradas caucásianos en el sentido de la más franca oposición al nuevo método preconizado por el grupo *Ijersid* y por los delegados al llamado Congreso que se adhirieron a dicho grupo. Debemos calificar de muy acertada la formulación de la Conferencia sobre la táctica del partido proletario en la revolución burguesa".

Lo que es verdad, es verdad. Nadie hubiera podido lograr una formulación más "acertada" del error capital de los neoiskristas.

Vamos a citar esta formulación completa, destacando primero en paréntesis las flores y presentando luego los frutos al final.

Resolución de la Conferencia de los neoiskristas del Cáucaso sobre el Gobierno provisional:

Considerando que nuestra misión consiste en utilizar la situación revolucionaria para profundizar [¡sí, naturalmente!, sólo que deberían agregar: profundizar a la manera de Martinov] la conciencia socialdemócrata en el proletariado [únicamente para profundizar la conciencia y no para conquistar la república? ¡Qué "profunda" comprensión de la revolución!], la Conferencia, con el fin de garantizar al Partido la más completa libertad de crítica del régimen estatal burgués naciente [garantizar la república no es cosa nuestra! Nuestra misión es únicamente garantizar la libertad de crítica. Las ideas anarquistas engendran el lenguaje anarquista: el régimen "estatal burgués"!], se pronuncia contra la formación de un Gobierno provisional socialdemócrata y contra la participación en el mismo [acuérdense de la resolución de los bakuninistas que cita Engels, adoptada diez meses antes de la Revolución española; véase *Proletary* N.º 3] y juzga que lo más conveniente es ejercer desde fuera [desde abajo y no desde arriba] una presión sobre el Gobierno provisional burgués para democratizar tanto como sea posible [!] el régimen estatal. La Conferencia estima que la formación de un Gobierno provisional por los socialdemócratas o la entrada de estos en dicho Gobierno, por un lado, alejaría del Partido Socialdemócrata a las grandes masas del proletariado, que se sentirían desilusionadas, pues la socialdemocracia, a pesar de la toma del poder, no podría satisfacer las necesidades vitales de la clase obrera hasta que se

realizara el socialismo [la república no es una necesidad vital! Los autores no advierten, en su inocencia, que emplean un lenguaje puramente anarquista, como si negasen la posibilidad de participar en las revoluciones burguesas!] y, por otro lado, OBLIGARÍA A LAS CLASES BURGUESAS A DAR LA ESPALDA A LA REVOLUCIÓN Y CON ELLO DISMINUIRÍA SU ALCANCE.

Este es el *quid* de la cuestión: aquí es donde las ideas anarquistas se entrelazan (como también les ocurre continuamente a los bernsteinianos de la Europa occidental) con el más neto oportunismo. Figúrense: ¡no participar del Gobierno provisional porque eso obligaría a la burguesía a volver la espalda a la revolución, con lo cual disminuiría su alcance! Aquí tenemos, pues, ante nosotros, expuesta por entero, en forma neta y coherente, esa filosofía de la nueva *Eda* según la cual, puesto que la revolución es burguesa, debemos inclinarnos ante el filisteísmo burgués y cederle la acera. Si nos dejamos guiar, siquiera parcialmente, siquiera un minuto, por la consideración de que nuestra participación puede obligar a la burguesía a dar la espalda a la revolución cedemos totalmente la hegemonía en la revolución a las clases burguesas. De esa manera sometemos al proletariado a la tutela de la burguesía (¡reservándonos la plena "libertad de crítica"!) y lo forzamos a ser moderado y dócil para evitar que la burguesía vuelva la espalda. Castramos las necesidades más vitales del proletariado, precisamente sus necesidades políticas, nunca bien comprendidas por los "economistas" y sus epígonos, para que la burguesía no vuelva la espalda. Del terreno de la lucha revolucionaria por la realización de la democracia en los límites necesarios al proletariado pasamos totalmente al terreno del regateo con la burguesía, comprando mediante nuestra traición a los principios, a la revolución, el consentimiento benévolo de la burguesía ("para que no vuelva la espalda").

En pocas líneas, los neoiskristas del Cáucaso han sabido expresar la esencia de la táctica encaminada a traicionar a la revolución y convertir al proletariado en un lamentable apéndice de las clases burguesas. Lo que hemos deducido más arriba de los errores del neoiskrismo como tendencia se erige ahora ante nosotros en un principio claro y concreto: ¡la zaga de la burguesía monárquica! Como la instauración de la república obligaría (y obliga ya: ejemplo, el señor Struve) a la burguesía a volver la espalda a la revolución, ¡abajo la lucha por la república! Como toda reivindicación democrática del proletariado sostenida enérgicamente y llevada hasta el fin obliga siempre y en todas partes del mundo a la burguesía a volver la espalda, ¡escóndanse en sus agujeros, camaradas obreros, actúen solamente desde fuera, no piensen en utilizar para la revolución las armas y los procedimientos del régimen "estatal burgués" y conserven la "libertad de crítica"!

Aquí se manifiesta el error fundamental en la interpretación misma de los términos "revolución burguesa". La "interpretación" de Martinov o de la nueva *Eda* lleva directamente a traicionar la causa del proletariado en interés de la burguesía.

Quien haya olvidado el antiguo "economismo", quien no lo estudie o no se acuerde de él difícilmente podrá comprender la actual reincidencia en el "economismo". Recuerden el *Grado* bernsteiniano. De los puntos de vista y de los programas "puramente proletarios" esa gente había extraído la siguiente conclusión: para nosotros, socialdemócratas, la economía, la causa obrera, la libertad de criticar toda poliquería, la verdadera profundización de la labor socialdemócrata; para ellos, para los liberales, la política. Dios nos libre de caer en el "revolucionarismo"; eso obligaría a la burguesía a volver la espalda. Quien relea por entero el *Grado* o bien el suplemento especial del número nueve de *Rabochaya Mysl'* (septiembre de 1899) apreciará todo el curso de este razonamiento.

¡Ahora ocurre lo mismo, pero en gran escala, aplicado a la apreciación de toda la "gran" revolución rusa, lamentablemente envilecida de antemano y rebajada al nivel de una caricatura por los teóricos del filisteísmo ortodoxo! Para nosotros, socialdemócratas, la libertad de crítica, la profundización de la conciencia, la acción desde fuera. Para ellos, para las clases burguesas, la libertad de acción, el campo libre para su dirección revolucionaria (léase: liberal), la libertad para efectuar "reformas" desde arriba.

Estos vulgarizadores del marxismo jamás reflexionaron en las palabras de Marx sobre la necesidad de reemplazar las armas de la crítica por la crítica de las armas. Invocan en vano el nombre de Marx, pero en la práctica elaboran resoluciones tícticas en el más puro estilo de los charlatanes burgueses de Fráncfort, que criticaban libremente el absolutismo, profundizaban la conciencia democrática, pero no comprendían que la época de la revolución es la época de la acción, de la acción tanto desde arriba como desde abajo. Han convertido al marxismo en hueca teorización y han hecho de la ideología de la clase avanzada, la clase revolucionaria más decidida y enérgica, una ideología de los sectores más atrasados de esa clase, los cuales esquivan las difíciles tareas democráticas revolucionarias y las confían a los señores Struve.

Si debido a la participación de la socialdemocracia en el Gobierno revolucionario las clases burguesas vuelven la espalda a la causa de la revolución "disminuirán con ello su alcance".

Obreros rusos, escuchen: el alcance de la revolución será mayor si la llevan a cabo -en caso de que los socialdemócratas no los espanten- los señores Struve, que no quieren obtener la victoria sobre el zarismo, sino pactar con él. ¡El alcance de la revolución será mayor si, de los dos desenlaces posibles, que hemos señalado más arriba, se realiza el primero, es decir, si la burguesía monárquica negocia un acuerdo con la autocracia sobre la base de una "Constitución" *à la* Shipov!

Los socialdemócratas que escriben cosas tan vergonzosas en resoluciones destinadas a servir de guía a todo el Partido, o que aprueban esas "acertadas" resoluciones, están hasta tal punto cegados por su pedantería, que ha despojado de toda vida al marxismo, que no perciben cómo esas resoluciones convierten en frases vacías sus demás palabras excelentes. Tomen cualquier artículo

de *Izba*, por ejemplo el famoso folleto de nuestro famoso Martinov, y encontrarán divagaciones sobre la insurrección popular, sobre la necesidad de llevar la revolución hasta el fin, sobre la aspiración a apoyarse en las capas profundas del pueblo en la lucha contra la burguesía inconsecuente. Pero todas esas buenas cosas se convierten en lamentable frascología desde el momento en que aceptan o aprueban la idea de que el "alcance" de la revolución "disminuirá" si la burguesía se desentiende de ella. Una de dos, señores: o debemos aspirar a llevar a cabo la revolución con el pueblo y obtener una victoria total sobre el zarismo, a pesar de la burguesía inconsecuente, egoísta y cobarde, o bien no admitimos este "a pesar", tememos que la burguesía "vuelva la espalda" y entonces entregamos al proletariado y al pueblo en manos de la burguesía inconsecuente, egoísta y cobarde.

No traten de interpretar mis palabras a su manera. No griten que se los acusa de traición consciente. No: ustedes siempre se han arrastrado en el lodo y ahora están hundidos en el pantano con la misma inconsecuencia con que los antiguos "economistas" se deslizaron irresistiblemente e irremediabilmente por la pendiente de la "profundización" del marxismo hasta hundirse en la pedantería antirrevolucionaria, sin alma y sin vida.

¿De qué fuerzas sociales reales depende el "alcance de la revolución"? ¿Han pensado en ello, señores? Dejemos de lado las fuerzas de la política exterior y de las combinaciones internacionales, que se vuelcan ahora a nuestro favor, pero de las cuales hacemos caso omiso en nuestro examen, y con toda razón, puesto que de lo que se trata es de las fuerzas interiores de Rusia. Examinen estas fuerzas sociales interiores. Contra la revolución se alinean la autocracia, la corte imperial, la Policía, los funcionarios, el Ejército y el grupito de la alta aristocracia. Cuanto más honda es la indignación en el pueblo, menos seguro es el Ejército, mayor la vacilación entre los funcionarios. Por otra parte, la burguesía, en términos generales, está ahora por la revolución y pronuncia discursos sobre la libertad, hablando cada vez con mayor frecuencia en nombre del pueblo e inclusive en nombre de la revolución³³. Pero los marxistas sabemos por la teoría y observamos cada día y a cada hora en el ejemplo de nuestros liberales, de la gente de los *zemstvos* y de *Osoboshenié* que la burguesía está por la revolución de manera inconsecuente, egoísta y cobarde. La burguesía, en su mayoría, se volverá inevitablemente al lado de la contrarrevolución, de la autocracia contra la revolución, contra el pueblo, en cuanto sean satisfechos sus intereses estrechos y egoístas, en cuanto "dé la espalda" al democratismo consecuente (*y ahora ya comienza a darle la espalda*). Queda "el pueblo", es decir, el proletariado y los campesinos: sólo el proletariado es capaz de marchar seguro hasta el fin, pues va mucho más allá de la revolución democrática. Por eso, el proletariado lucha en primera fila por la república y rechaza con desprecio los tontos y denigrantes consejos de quienes le recomiendan no asustar a la burguesía. Entre los campesinos hay, al lado de los

33 En este sentido, es interesante la carta abierta del señor Struve a Jaurès, publicada recientemente por este último en *L'Humanité* y por el señor Struve en *Osoboshenié* N.º 72.

elementos pequeñoburgueses, una masa de elementos semiproletarios. Esto los hace ser también inestables y obliga al proletariado a cohesionarse en un partido rigurosamente clasista. Pero la inestabilidad de los campesinos es totalmente distinta a la de la burguesía, pues, en este momento concreto, se hallan menos interesados en que se mantenga indemne la propiedad privada que en arrebatarse a los terratenientes sus tierras, que es una de las principales formas de ese tipo de propiedad. Sin convertirse por ello en socialistas ni dejar de ser pequeñoburgueses, los campesinos son susceptibles de actuar como los más genuinos y radicales partidarios de la revolución democrática. Los campesinos procederán invariablemente así siempre y cuando el curso de los acontecimientos revolucionarios que los alecciona no se interrumpa demasiado pronto por la traición de la burguesía y la derrota del proletariado. Si esto último no ocurre, los campesinos se convertirán inevitablemente en un baluarte de la revolución y de la república, ya que sólo una revolución plenamente victoriosa puede darles todo en materia de reforma agraria, todo lo que el campesinado quiere, sueña y necesita realmente, no para destruir el capitalismo, como se figuran los "socialistas revolucionarios", sino para salir de la abyección de la semiservidumbre, de las tinieblas de la opresión y el servilismo, para mejorar sus condiciones de existencia en la medida en que ello es posible en el marco de la economía mercantil.

Más aún. Los campesinos están vinculados a la revolución no solamente por la reforma agraria radical sino, además, por todos sus intereses generales y permanentes. Hasta para combatir junto al proletariado el campesino tiene necesidad de la democracia, pues sólo el régimen democrático es capaz de expresar con exactitud sus intereses y de darle preponderancia como masa, como mayoría. Cuanto más instruido sea el campesino (y desde la guerra con el Japón se instruye con una rapidez que muchos no sospechan siquiera, habituados como están a medir la instrucción únicamente con el rasero escolar), tanto más consecuente y decididamente estará a favor de la revolución democrática total, porque no teme, como la burguesía, la supremacía del pueblo; por el contrario, le favorece. La república democrática se convertirá en su ideal en cuanto comience a despojarse de su monarquismo ingenuo, pues el monarquismo consciente de la burguesía traficante (con su cámara alta, etc.) promete al campesino la misma ausencia de derechos, la misma opresión, la misma ignorancia, ligeramente teñidos con un barniz constitucional a la europea.

He aquí por qué la burguesía, como clase, tiende natural e infaliblemente a cobijarse bajo el ala del partido liberal monárquico, mientras los campesinos, como masa, tienden a colocarse bajo la dirección del partido revolucionario y republicano. He aquí por qué la burguesía es incapaz de llevar la revolución democrática hasta el fin, mientras los campesinos sí son capaces de hacerlo y nosotros debemos ayudarlos con todas nuestras energías.

Se me objetará: no hay necesidad de probar esto; es el abecé, todos los socialdemócratas lo comprenden perfectamente. No; aún no lo comprenden los

que son capaces de hablar de la "disminución del alcance" de la revolución en el caso de que la burguesía se aparte de ella. Esa gente repite frases de nuestro programa agrario, aprendidas de memoria, pero sin comprender su sentido: de otro modo no les asustaría la idea de la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos, que se desprende necesariamente de toda la concepción marxista y de nuestro programa; de otro modo no limitarían el alcance de la gran revolución rusa al alcance que pretende darle la burguesía. Esa gente desmiente sus abstractas frases revolucionarias marxistas con sus resoluciones concretas, antimarxistas y antirrevolucionarias.

Quien comprenda de veras cuál es el papel de los campesinos en la revolución rusa victoriosa jamás dirá que el alcance de la revolución se reduce a si la burguesía le vuelve la espalda, pues, en realidad, la revolución rusa no comenzará a adquirir su alcance, no comenzará a adquirir la mayor convergencia posible en la época de la revolución democraticoburguesa hasta que la burguesía no le vuelva la espalda y las masas campesinas actúen como fuerza revolucionaria junto al proletariado. Para ser llevada consecuentemente hasta su término nuestra revolución democrática debe apoyarse en fuerzas capaces de contrarrestar la inevitable inconsecuencia de la burguesía (es decir, capaces precisamente de "obligarla a volver la espalda", cosa que temen, en su simplicidad, los partidarios caucasianos de *Ishra*).

El proletariado debe llevar a término la revolución democrática atrayéndose a las masas del campesinado para aplastar por la fuerza la resistencia de la autocracia y contrarrestar la inestabilidad de la burguesía. El proletariado debe llevar a cabo la revolución socialista atrayéndose a las masas de elementos semiproletarios de la población para quebrar por la fuerza la resistencia de la burguesía y contrarrestar la inestabilidad del campesinado y de la pequeñoburguesía. Tales son los objetivos del proletariado, tan estrechamente concebidos por los neoisikristas en todos sus razonamientos y resoluciones sobre el alcance de la revolución.

Sólo no hay que olvidar una circunstancia, que con frecuencia se pierde de vista cuando se discute sobre ese "alcance". No se olvide que aquí no hablamos de las dificultades del problema, sino de la vía por la cual hay que buscar y procurar su solución. No se trata de establecer si es fácil o difícil hacer que el alcance de la revolución sea potente e invencible, sino de cómo hay que proceder para que ese alcance sea mayor. El desacuerdo se refiere precisamente al carácter fundamental de nuestra actividad, de su orientación. Lo subrayamos porque personas negligentes y poco escrupulosas confunden con harta frecuencia dos cuestiones diferentes: la del camino a seguir, es decir, la elección entre dos caminos diferentes, y la de la facilidad para alcanzar nuestra meta o la proximidad de alcanzarla siguiendo un camino determinado.

No nos hemos referido a esto último en la exposición precedente, porque esa cuestión no ha suscitado desacuerdos y divergencias en el seno de nuestro partido. Pero, claro está, el problema es de por sí muy importante y merece la mayor atención de todos los socialdemócratas. Sería un optimismo imperdonable

olvidar las dificultades que supone incorporar al movimiento no sólo a la masa de la clase obrera, sino también a la masa campesina. Contra esas dificultades se han estrellado más de una vez los esfuerzos hechos para llevar hasta el fin la revolución democrática, con la particularidad de que en la mayoría de los casos ha triunfado la burguesía más inconsecuente y egoísta, que "amasaba capital" defendiendo a la monarquía contra el pueblo y, al mismo tiempo, "conservaba la virginidad" del liberalismo... o de la tendencia de *Osnobochkinie*. Pero difícil no quiere decir imposible. Lo que importa es estar seguros de haber elegido el buen camino, y esta seguridad centuplica la energía y el entusiasmo revolucionarios, que son capaces de realizar milagros.

Lo profundo del desacuerdo existente en la socialdemocracia contemporánea a propósito del camino a seguir queda en evidencia de inmediato cuando se compara la resolución del grupo neoiskrista caucásiano con la del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. La resolución del Congreso declara: la burguesía es inconsecuente, intentará por todos los medios arrebatarlos las conquistas de la revolución. Por lo tanto, camaradas obreros, prepárense más enérgicamente para la lucha, ármense, atraigan a su lado a los campesinos. No cederemos sin combate nuestras conquistas revolucionarias a la burguesía egoísta. La resolución del grupo caucásiano de la nueva *Iskra* dice: la burguesía es inconsecuente, puede volver la espalda a la revolución. Por eso, camaradas obreros: ¡no piensen, por favor, en participar en el Gobierno provisional, porque, en tal caso, la burguesía volverá seguramente la espalda y el alcance de la revolución, por lo tanto, será menor!

Unos dicen: impulsen la revolución hasta el fin, a pesar de la resistencia o la pasividad de la burguesía inconsecuente.

Otros dicen: no piensen en llevar la revolución hasta el fin de una manera independiente, pues entonces la burguesía inconsecuente les volverá la espalda.

¿Es que no son dos rutas diametralmente opuestas? ¿No es evidente que una táctica excluye absolutamente la otra y que la primera es la única táctica acertada de la socialdemocracia revolucionaria, mientras la segunda es, en el fondo, una táctica puramente al estilo de *Osnobochkinie*?

XIII. Conclusión. ¿Nos atreveremos a vencer?

Quienes conocen superficialmente la situación que impera en la socialdemocracia rusa o quienes la juzgan desde fuera y desconocen la historia de toda nuestra lucha interna desde la época del "economismo" muy a menudo se desentienden también de las divergencias tácticas que se han definido ahora, sobre todo después del III Congreso, aludiendo simplemente a dos tendencias naturales, inevitables, perfectamente conciliables, de todo movimiento socialdemócrata. Según ellos, una parte pone particular énfasis en la labor corriente, cotidiana, en la necesidad de desarrollar la propaganda y la agitación, preparar

las fuerzas, profundizar el movimiento, etc., y la otra subraya las tareas de combate, las tareas políticas generales y las tareas revolucionarias del movimiento, indica la necesidad de la insurrección armada y lanza las consignas de dictadura democrática revolucionaria y Gobierno provisional revolucionario; no se debe exagerar en una parte ni en la otra, ni allí ni aquí (como, en general, en ninguna parte del mundo) los extremismos son buenos, etc., etcétera.

Las verdades baratas de la sabiduría práctica (y "política" entre comillas) que indudablemente encierran semejantes razonamientos disimulan con harta frecuencia la incompreensión de las necesidades vitales, candentes del Partido. Tomemos las actuales divergencias tácticas entre los socialdemócratas rusos. Desde luego, el que los argumentos neoiskristas sobre la táctica subrayen de un modo particular el aspecto cotidiano, habitual del trabajo, no podría constituir de por sí ningún peligro ni provocar divergencia alguna en las consignas tácticas. Pero basta comparar las resoluciones del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia con las de la Conferencia para que dicha divergencia salte a la vista.

¿De qué se trata? Se trata, primero, de que no es suficiente hablar en forma general, abstracta, de las dos corrientes existentes en el movimiento y de lo perniciosos que son los extremismos. Hay que saber concretamente cuál es el mal que aqueja a un movimiento en determinado momento y qué constituye en la hora actual el peligro político real para el Partido. Segundo, hay que saber qué fuerzas políticas reales sacan provecho de determinadas consignas tácticas o tal vez de la falta de ciertas consignas. Si uno escucha a los neoiskristas llegará a la conclusión de que al partido socialdemócrata lo amenaza el peligro de arrojar por la borda la propaganda y la agitación, la lucha económica y la crítica de la democracia burguesa, de dejarse seducir desmesuradamente por la preparación militar, los ataques armados, la toma del poder, etc. Pero, en realidad, el verdadero peligro que amenaza al Partido proviene de un lado completamente distinto. Quien conozca siquiera sea un poco de cerca el estado del movimiento, pero lo siga de un modo atento y reflexivo, no puede menos que ver lo que tienen de ridículo los temores de los neoiskristas. Toda la labor del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia ha cristalizado ya en una forma definida e invariable, lo cual garantiza de manera incondicional que concentraremos nuestra atención en la propaganda y la agitación, en los mítines relámpago y reuniones de masas, en la difusión de volantes y folletos, en la contribución a la lucha económica y en el apoyo a sus consignas. No hay un solo comité del partido, un solo comité regional, una sola reunión del centro de dirección, un solo grupo de fábrica en el que el 99% de la atención, las energías y el tiempo no se dedique siempre y de modo constante a todas esas funciones, sólidamente establecidas desde la segunda mitad de la década del 90. Esto sólo lo ignoran quienes no conocen en absoluto el movimiento. Sólo gente muy ingenua o poco informada puede tomar en serio los viejos estribillos que los neoiskristas repiten con aire de importancia.

El hecho es que entre nosotros la gente no sólo no se entusiasma demasiado por las tareas de la insurrección, por las condiciones políticas generales, por la dirección de toda la revolución popular, sino que, al contrario, *el atraso* en este aspecto salta a la vista, es el lado más vulnerable, es un peligro real para el movimiento, el cual puede degenerar, y en algunos sitios degenera, de revolucionario en los hechos a revolucionario de palabra. De los muchos centenares de organizaciones, grupos y círculos que realizan la actividad partidaria no se encontrará ni uno solo donde no se haya llevado a cabo desde su nacimiento esa labor cotidiana, de la que los sabios de la nueva *Letsa* hablan con infusas de quien ha descubierto nuevas verdades. Por el contrario, se encontrará un porcentaje insignificante de grupos y círculos que tengan conciencia de las tareas de la insurrección armada, que hayan emprendido la realización de las mismas, que se den cuenta de la necesidad de dirigir toda la revolución popular contra el zarismo, de la necesidad de propugnar para ello determinadas consignas de avanzada y no otras.

Nos hallamos en un atraso increíble con respecto a las tareas de avanzada y efectivamente revolucionarias, no hemos adquirido todavía conciencia de ellas en infinidad de casos, hemos dejado que aquí y allá se fortaleciera la democracia burguesa revolucionaria a expensas de nuestro atraso en este sentido. Pero los redactores de la nueva *Letsa*, volviendo la espalda a la marcha de los acontecimientos y a las exigencias del momento, repiten tercamente: ¡no olviden lo viejo! ¡No se apasionen por lo nuevo! Este es el *leitmotiv* invariable de todas las resoluciones sustanciales de la Conferencia, mientras que en las del Congreso puede leerse, también invariablemente, esto otro: al mismo tiempo que confirmamos lo viejo (pero sin detenernos a rumiarlo, precisamente porque es algo viejo, ya resuelto y consagrado en las publicaciones, en las resoluciones y en la experiencia) proponemos una nueva tarea, llamamos la atención sobre ella, planteamos una nueva consigna, exigimos a los socialdemócratas auténticamente revolucionarios que se pongan a trabajar de inmediato para llevarla a la práctica.

Así es como en realidad está planteada la cuestión de las dos tendencias en la táctica de la socialdemocracia. La época revolucionaria ha destacado nuevas tareas que sólo la gente completamente ciega puede dejar de ver. Y hay socialdemócratas que aceptan sin vacilar esas tareas y las ponen a la orden del día: la insurrección armada es inaplazable, prepárense para ella enseguida y con toda energía, recuerden que es indispensable para la victoria decisiva, planeen las consignas de república, Gobierno provisional, dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos. Otros socialdemócratas, en cambio, retroceden, no se mueven de su sitio; en vez de proponer consignas escriben prólogos; en lugar de señalar lo nuevo a la par que confirman lo viejo, rumian incansable y aburridamente lo viejo, inventan pretextos para desentenderse de lo nuevo porque son incapaces de determinar las condiciones de la victoria decisiva, no saben plantear las únicas consignas que corresponden a la aspiración de conquistar la victoria total.

El resultado político de este seguidismo salta a la vista. La fábula relativa al acercamiento de la "mayoría" del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia a la democracia burguesa revolucionaria sigue siendo una fábula, no confirmada por un solo hecho político, por una sola resolución importante de los "bolcheviques", por un solo documento del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Mientras tanto, la burguesía oportunista, monárquica, personificada por *Ogobachidnie*, celebra desde tiempo atrás las tendencias "de principio" del grupo de la nueva *línea* y ahora ya francamente mueve su molino con el agua de esas tendencias, asimila todos sus términos e "ideas" contra el "trabajo clandestino" y el "motín", contra las exageraciones del aspecto "técnico" de la revolución, contra la proclamación directa de la consigna de insurrección armada, contra el "revolucionarismo" de las reivindicaciones extremas, etc., etc. La resolución de nada menos que una conferencia de los socialdemócratas "mencheviques" del Cáucaso y su aprobación por la redacción de la nueva *línea* ofrecen un resumen político inequívoco de todo esto: lo esencial es que la burguesía no vuelva la espalda en caso de que el proletariado participe en la dictadura democrática revolucionaria! Está dicho todo. Con esto se consagra definitivamente la transformación del proletariado en apéndice de la burguesía monárquica. Con esto queda demostrada en la práctica, no por la declaración casual de una persona, sino por una resolución especialmente aprobada por toda una tendencia, la significación política del seguidismo de la nueva *línea*.

Quien reflexione sobre estos hechos comprenderá la verdadera significación de las referencias, tan en boga, a los dos aspectos y a las dos tendencias del movimiento socialdemócrata. Tomen ustedes el bernsteinismo para estudiar dichas tendencias en gran escala. Los bernsteinianos afirmaban, y siguen afirmándolo exactamente igual, que son ellos los que comprenden las verdaderas necesidades del proletariado, las tareas relacionadas con el crecimiento de sus fuerzas, la profundización de todo el trabajo, la preparación de los elementos de la nueva sociedad, la propaganda y la agitación. ¡Exigimos el reconocimiento franco de lo que existe! —dice Bernstein, consagrando así el "movimiento" sin "meta final", predicando la táctica meramente defensiva, la táctica del miedo "a que la burguesía vuelva la espalda". También los bernsteinianos gritaban a propósito del "jacobinismo" de los socialdemócratas revolucionarios, de los "literatos" que no comprenden la "iniciativa obrera", etc., etc. En realidad, como todo el mundo sabe, los socialdemócratas revolucionarios no habían pensado siquiera en abandonar la labor cotidiana y pequeña, la preparación de fuerzas, etc., etc. Lo único que exigían era la conciencia clara del objetivo final, el planteamiento claro de las tareas revolucionarias; querían elevar a los sectores semiproletarios y semipequeñoburgueses hasta el nivel revolucionario del proletariado, y no rebajar al proletariado hasta el nivel de las consideraciones oportunistas acerca de que "la burguesía no vuelva la espalda". Quizás la expresión más elocuente de esa disensión entre el ala oportunista intelectual y el ala revolucionaria proletaria del Partido fuese la pregunta: *dürfen wir siegen?*, "¿nos atrevemos a vencer?", ¿nos

está permitido vencer?, ¿no es peligroso vencer?, ¿conviene que venzámos? Por extraño que parezca a primera vista, esta pregunta fue formulada y debía serlo, pues los oportunistas tenían la victoria, intimidaban al proletariado con la perspectiva de la misma, pronosticaban toda suerte de calamidades como consecuencia de ella, ridiculizaban las consignas que incitaban directamente a conquistarla.

Esta misma división fundamental en tendencias oportunista intelectual y revolucionaria proletaria existe también entre nosotros, con la sola y sustancial diferencia de que no se trata de la revolución socialista, sino de la democrática. Entre nosotros también ha sido formulada la pregunta, absurda a primera vista: "¿Nos atreveremos a vencer?". Lo hizo Martinov en *Los dictadores*, donde profetiza todo género de calamidades en caso de que preparemos muy bien y llevemos a cabo con pleno éxito la insurrección. Lo hicieron todas las publicaciones neoskristas dedicadas al Gobierno provisional revolucionario, con la particularidad de que constantemente intentaron, con celo pero sin éxito, comparar la participación de Millerand en el Gobierno oportunista burgués con la participación de Varlin en el Gobierno revolucionario pequeñoburgués. La cuestión quedó fijada en la resolución que expresa los recelos de que "la burguesía vuelva la espalda". Y si bien Kautsky, por ejemplo, intenta ahora ironizar diciendo que nuestras discusiones sobre el Gobierno provisional revolucionario equivalen a repartir la piel del oso antes de haberlo matado, su ironía sólo demuestra que hasta los socialdemócratas inteligentes y revolucionarios caen en la trampa cuando hablan de lo que sólo conocen de oídas. La socialdemocracia alemana no se encuentra todavía muy cerca del momento en que pueda matar el oso (realizar la revolución socialista), pero la discusión a propósito de saber si nos "atreveremos" a matarlo tuvo una inmensa importancia desde el punto de vista de los principios y de la práctica política. Los socialdemócratas rusos no se encuentran todavía muy cerca de contar con luchas suficientes para "matar a su oso" (realizar la revolución democrática), pero saber si nos "atreveremos" a matarlo es de una importancia extraordinaria para el porvenir de Rusia y de la socialdemocracia rusa. No se puede hablar del reclutamiento enérgico y exitoso de un ejército ni de su dirección sin estar seguros de que nos "atreveremos" a vencer.

También nuestros viejos "economistas" gritaban que sus adversarios eran unos conspiradores, unos jacobinos (véase *Rabochye Delo*, sobre todo el N.º 10 y el discurso de Martinov sobre los debates del II Congreso sobre el programa) que, absorbidos por la política, se divorciaban de las masas, olvidaban los fundamentos del movimiento obrero, no tenían en cuenta la iniciativa obrera, etc., etc. Pero, en realidad, esos partidarios de la "iniciativa obrera" eran unos intelectuales oportunistas que imponían a los obreros su concepción estrecha y filística de las tareas del proletariado. En realidad, los adversarios del "economismo", como cualquiera puede verlo por la vieja *Iskra*, no abandonaban ni relegaban a último término ninguno de los aspectos de la actividad socialdemócrata, no olvidaban en lo más mínimo la lucha económica y, al mismo tiempo, sabían plantear en toda

su amplitud las tareas políticas urgentes e inmediatas, oponiéndose a la transformación del partido obrero en un apéndice "económico" de la burguesía liberal.

Los "economistas" habían aprendido de memoria que la base de la política es la economía y "entendían" esto como si fuera necesario rebajar la lucha política hasta la lucha económica. Los neoiskristas aprendieron de memoria que la revolución democrática es por su esencia económica una revolución burguesa y "entienden" esto como si fuera necesario rebajar los objetivos democráticos del proletariado hasta el nivel de la moderación burguesa, hasta el límite más allá del cual "la burguesía volverá la espalda". Los "economistas", con el pretexto de profundizar el trabajo, con el pretexto de la iniciativa obrera y de la política puramente de clases entregaban, en realidad, a la clase obrera en manos de los políticos liberales burgueses, es decir, conducían al Partido por un camino cuya significación objetiva era precisamente esa. Los neoiskristas, con los mismos pretextos, traicionan en realidad a favor de la burguesía los intereses del proletariado en la revolución democrática, es decir, conducen al Partido por el camino cuya significación objetiva es precisamente esta. A los "economistas" les parecía que la hegemonía en la lucha política no era cosa de los socialdemócratas, sino, en rigor, de los liberales. A los neoiskristas les parece que la realización activa de la revolución democrática no es cosa de los socialdemócratas, sino, en rigor, de la burguesía democrática, pues la dirección y la participación hegemónica del proletariado "disminuirían el alcance" de la revolución.

En una palabra, los neoiskristas son epígonos del "economismo", no sólo por su origen en el II Congreso del Partido, sino también por la forma en que plantean hoy las tareas tácticas del proletariado en la revolución democrática. También ellos son un ala oportunista intelectual del Partido. En materia de organización, dicha ala comenzó con el individualismo anarquista propio de los intelectuales y terminó con la "desorganización como proceso" cuando en los "Estatutos" aprobados por la Conferencia adoptó la separación entre las publicaciones y la organización partidarias, las elecciones indirectas casi en cuatro etapas, el sistema de los plebiscitos bonapartistas en vez de la representación democrática y, finalmente, el principio de "acuerdo" entre la parte y el todo. En lo tocante a la táctica del Partido se deslizaron por la misma pendiente. En el "plan de campaña de los *zemstvos*" declararon como "tipo superior de manifestación" la acción ante los elementos de los *zemstvos*, pues en la escena política sólo percibían dos fuerzas activas (en vísperas del 9 de enero): el Gobierno y la democracia burguesa. "Profundizaron" la tarea urgente de armarse, sustituyendo la consigna práctica y directa por una invitación a armar al pueblo con el deseo ardiente de armarse. Las tareas de la insurrección armada, del Gobierno provisional y de la dictadura democrática revolucionaria las deformaron y entorpecieron en sus resoluciones oficiales. "Que la burguesía no vuelva la espalda"; este acorde final de la última de sus resoluciones proyecta viva luz sobre la cuestión de saber adónde conduce al Partido el camino que ellos preconizan.

No basta con repetir sencillamente la correcta tesis marxista de que la revolución democrática en Rusia es una revolución burguesa por su esencia social y económica. Hay que saber comprenderla y aplicarla a las consignas políticas. Toda libertad política en general basada en las actuales relaciones de producción, esto es, capitalistas, es una libertad burguesa. La reivindicación de libertad expresa, ante todo, los intereses de la burguesía. Sus representantes fueron los primeros en presentarla. Sus partidarios han aprovechado en todas partes, como dueños y señores, la libertad obtenida, ajustándola meticulosamente a moderadas dosis burguesas, combinándola con la represión del proletariado revolucionario, más sutil en tiempos de paz y ferozmente cruel durante las tormentas.

Pero sólo los populistas rebeldes, los anarquistas y los "economistas" podían deducir de esto la negación o el menoscabo de la lucha por la libertad. Si se consigue imponer al proletariado estas doctrinas intelectualfilisteas es únicamente de un modo temporal y a pesar de su resistencia. El proletariado percibe siempre, por instinto, que la libertad política le es necesaria, le es necesaria a él más que a nadie, a pesar de que el efecto inmediato de esa libertad será reforzar y organizar a la burguesía. El proletariado no espera su salvación apartándose de la lucha de clases, sino desarrollándola, aumentando sus alcances y elevando su conciencia, su organización y su decisión. El menoscabo de los objetivos de la lucha política convierte al socialdemócrata, tribuno del pueblo, en secretario de *trade union*. El menoscabo de los objetivos proletarios en la revolución democraticoburguesa convierte al socialdemócrata, líder de la revolución popular, en líder de sindicato obrero libre.

Sí, de la revolución popular. La socialdemocracia ha luchado y lucha con pleno derecho contra el abuso democraticoburgués de la palabra "pueblo". Exige que con ella no se encubra la incomprensión de los antagonismos de clase en el seno del pueblo. Insiste categóricamente en la necesidad de una total independencia de clase del partido del proletariado. Pero divide al "pueblo" en "clases", no para que la clase avanzada se encierre en sí misma, se limite a objetivos estrechos, castre su actividad con consideraciones inspiradas por el temor a que los amos de la economía del mundo le vuelvan la espalda, sino para que la clase de vanguardia, que no adolece de las vacilaciones, la inestabilidad ni la indecisión de las clases intermedias, luche con mayor energía y entusiasmo por la causa de todo el pueblo, al frente de todo el pueblo.

¡He aquí lo que tan a menudo no comprenden hoy los neoiskristas, que sustituyen el empleo de consignas políticas activas en la revolución democrática por una pedante repetición de la expresión "de clase", usada en todos los géneros y casos!

La revolución democrática es burguesa. La consigna de "redistribución general de la tierra" o de "tierra y libertad" —tan difundida entre las masas campesinas, ignorantes y oprimidas, pero que buscan apasionadamente la luz y la felicidad— es una consigna burguesa. Pero nosotros, los marxistas, debemos saber que no hay ni puede haber otro camino hacia la verdadera libertad del proletariado

y los campesinos que el que pasa a través de la libertad y el progreso burgueses. No debemos olvidar que en estos momentos no hay ni puede haber otro medio de acercar el socialismo que la total libertad política, la república democrática, la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos. Como representantes de la clase de vanguardia, la única clase revolucionaria sin reservas ni dudas, que no vuelve la vista hacia atrás, debemos plantear ante todo el pueblo, con la mayor amplitud, claridad de visión y audacia, los objetivos de la revolución democrática. El menoscabo de dichos objetivos es teóricamente una caricatura y una adulteración filisteas del marxismo, y desde el punto de vista de la política práctica significa poner la causa de la revolución en manos de la burguesía, la cual se apartará inevitablemente de su realización consecuente. Las dificultades que se alzan en el camino hacia la victoria completa de la revolución son muy grandes. Nadie podrá censurar a los representantes del proletariado si hacen todos los esfuerzos posibles y estos se estrellan ante la resistencia de la reacción, la traición de la burguesía y la ignorancia de las masas. Pero todos —y sobre todo el proletariado consciente— condenarán a la socialdemocracia si esta cercena la energía revolucionaria de la revolución democrática, si coarta el entusiasmo revolucionario con el miedo a vencer, con consideraciones sobre el peligro de que la burguesía vuelva la espalda.

Las revoluciones son las locomotoras de la historia, decía Marx. Las revoluciones son días de júbilo de los oprimidos y explotados. Nunca las masas populares son capaces de ser creadoras tan activas de nuevos regímenes sociales como durante la revolución. Las cosas de que es capaz el pueblo durante los períodos revolucionarios son milagrosas según la estrecha escala pequeñoburguesa del proceso gradual. Pero es necesario que en esos períodos también los dirigentes de los partidos revolucionarios planteen sus objetivos con más amplitud y audacia, que sus consignas se adelanten siempre a la iniciativa revolucionaria de las masas para servirles de faro, mostrarles en toda su magnífica grandeza nuestro ideal democrático y socialista, indicarles el camino más corto y directo hacia la victoria completa, incondicional y decisiva. Dejemos a los oportunistas burgueses de *Quobodoheine* la búsqueda, por miedo a la revolución y al camino directo, de sendas indirectas, rodeos y componendas. Si se nos obliga por la fuerza a arrastrarnos por esos caminos sabremos cumplir con nuestro deber, incluso en la pequeña labor cotidiana. Pero que sea la lucha implacable la que primero resuelva la elección del camino. Seremos felones y traidores a la revolución si no aprovechamos esta jubilosa energía de las masas, su entusiasmo revolucionario, para librar una lucha implacable y abnegada por el camino directo y decisivo. Que los oportunistas de la burguesía piensen cobardemente en la reacción futura. A los obreros no les asusta la idea de que la reacción se disponga a ser terrible ni de que la burguesía se disponga a volver la espalda. Los obreros no esperan componendas ni solicitan dádivas; aspiran a aplastar implacablemente a las fuerzas reaccionarias, es decir, aspiran a la *dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado*.

Por supuesto, en los períodos tempestuosos la nave de nuestro partido se ve amenazada por mayores peligros que durante la tranquila "navegación" del progreso liberal, la cual representa una extracción dolorosa y lenta de los jugos de la clase obrera revolucionaria por parte de los explotadores; por supuesto, las tareas de la dictadura democrática revolucionaria son mil veces más difíciles y complejas que las de la "oposición extrema" y la mera lucha parlamentaria. Pero aquél que en el momento revolucionario actual es conscientemente capaz de preferir la navegación tranquila y el camino de la "oposición" sin peligros es mejor que se aparte por un tiempo de la labor socialdemócrata, aguarde el fin de la revolución, espere a que terminen los días de júbilo y se reinicie la labor cotidiana, en la que las estrechas normas de rutina a las que está habituado no chocarán como una nota disonante y abominable ni constituirán una deformación tan repugnante de los objetivos de la clase avanzada.

¡A la cabeza de todo el pueblo y, en particular, de los campesinos, por la libertad total, por la revolución democrática consecuente, por la república! ¡A la cabeza de todos los trabajadores y explotados, por el socialismo! Esta debe ser, en la práctica, la política del proletariado revolucionario, esta es la consigna de clase que debe inspirar y determinar la solución de todos los problemas prácticos, todos los pasos prácticos del partido obrero durante la revolución.

EPÍLOGO

OTRA VEZ LA TENDENCIA DE OBYOBOZHDENIE, OTRA VEZ LA TENDENCIA DE LA NUEVA ISKRA

Los números 71-72 de *Obyobozhdenie* y 102-103 de *Iskra* aportan abundante nuevo material en relación con el tema al que dedicamos el punto 8 de nuestro folleto. Como no nos es posible utilizar aquí todo ese material sólo nos detendremos en lo más importante. Primero, veremos qué "realismo" de la socialdemocracia elogia *Obyobozhdenie* y por qué debe elogiarlo; en segundo lugar, la correlación entre los conceptos revolución y dictadura.

I. ¿Por qué elogian los realistas liberales burgueses a los "realistas" socialdemócratas?

Los artículos "La escisión en la socialdemocracia rusa" y "El triunfo del sentido común" (*Obyobozhdenie* N.º 72) constituyen un juicio de los representantes de la burguesía liberal sobre la socialdemocracia, de extraordinario valor para los proletarios conscientes. Nunca se recomendará demasiado a cada socialdemócrata que conozca esos artículos en su totalidad y medite sobre cada una de sus frases. Reproduciremos, antes que nada, las principales tesis de ambos artículos:

Al observador de afuera —dice *Osvobozhdenie*— le es bastante difícil captar el sentido político real de la discrepancia que ha dividido al Partido Socialdemócrata en dos fracciones. Calificar a la fracción de la 'mayoría' como más radical e íntegra, a diferencia de la 'minoría', que en beneficio de la causa admite algunos compromisos, no es totalmente exacto y, en todo caso, no constituye una caracterización exhaustiva. Por lo menos, los dogmas tradicionales de la ortodoxia marxista son observados, quizás hasta con más celo, por la fracción de la minoría que por la fracción de Lenin. Nos parece más exacta la siguiente caracterización: el espíritu político fundamental de la 'mayoría' es un revolucionarismo abstracto, un espíritu de revuelta, el afán de provocar por todos los medios una insurrección de las masas populares y, en su nombre, tomar el poder inmediatamente; esto, en cierto grado, aproxima a los 'leninistas' a los socialistas revolucionarios y reemplaza en su conciencia la idea de la lucha de clases por la idea de una revolución popular rusa. Desechando en la práctica muchas de las estrecheces de la doctrina socialdemócrata, los 'leninistas' están, por otra parte, profundamente penetrados de un revolucionarismo estrecho, renuncian a cualquier trabajo práctico que no sea la preparación de la insurrección inmediata, y por principio hacen caso omiso de todas las formas de agitación legal y semilegal y todo tipo de compromisos, útiles en la práctica, con otras tendencias de oposición. Por el contrario, la minoría, fuertemente afeccionada a los dogmas del marxismo, conserva a la vez los elementos realistas de la concepción marxista del mundo. La idea fundamental de esta fracción es la contraposición de los intereses del 'proletariado' a los de la burguesía. Pero, por otra parte, concibe la lucha del proletariado —naturalmente, dentro de ciertos límites dictados por los dogmas inmutables de la socialdemocracia— con lucidez realista, con clara visión de todas las condiciones concretas y los fines de esa lucha. Ambas fracciones aplican su punto de vista fundamental de un modo no del todo consecuente, pues su actividad ideológica y política está encadenada por las fórmulas rigurosas del catecismo socialdemócrata, que impiden a los 'leninistas' convertirse en rebeldes inquebrantables, por lo menos a la manera de algunos socialistas revolucionarios, y a los 'iskristas' convertirse en dirigentes prácticos del movimiento político real de la clase obrera.

Más adelante, al exponer el contenido de las resoluciones más importantes, el redactor de *Osvobozhdenie* aclara sus "pensamientos" generales con algunas observaciones concretas. En comparación con el III Congreso, dice, "la Conferencia de la minoría adopta una actitud completamente diferente respecto de la insurrección armada". "En relación con la actitud hacia la insurrección armada" aparece la diferencia de las resoluciones sobre el Gobierno provisional. "Igual divergencia se manifiesta en la actitud respecto de los sindicatos obreros. Los leninistas, en sus resoluciones, no han dicho una sola palabra sobre ese importantísimo punto de partida de la educación política y de la organización de la clase obrera. La minoría, por el contrario, ha elaborado una resolución muy seria".

En cuanto a la actitud ante los liberales, ambas fracciones, según dicho redactor, están de acuerdo, pero el III Congreso "repite casi textualmente la resolución de Plejanov sobre la actitud ante los liberales aprobada en el II Congreso y rechaza la resolución de Starover, más favorable a los liberales, aprobada en el mismo Congreso". Siendo que las resoluciones del Congreso y la Conferencia acerca del movimiento campesino coinciden en general, "la 'mayoría' subraya con más fuerza la idea de la confiscación revolucionaria de las tierras de los terratenientes, etc., en tanto la 'minoría' quiere basar su agitación en la reivindicación de reformas democráticas del Estado y administrativas".

Finalmente, *Ozobohdenie* cita una resolución menchevique, publicada en *Iskra* N.º 100, cuyo punto principal dice: "Puesto que actualmente el trabajo ilegal por sí solo no asegura a las masas una participación adecuada en la vida del Partido y lleva, en cierta medida, a contraponer las masas como tales al Partido como organización ilegal, este último necesita tomar en sus manos la lucha sindical de los obreros en el terreno legal, coordinando esta lucha con las tareas socialdemócratas".

Comentándolo, *Ozobohdenie* exclama: "Nosotros saludamos calurosamente esta resolución como un triunfo del sentido común, como una manifestación de lucidez de un sector del Partido Socialdemócrata en materia de táctica".

El lector conoce ahora las apreciaciones esenciales de *Ozobohdenie*. Por supuesto, sería un grandísimo error considerar acertadas esas apreciaciones en cuanto a su concordancia con la verdad objetiva. Todo socialdemócrata fácilmente descubrirá en ellas errores a cada paso. Sería una ingenuidad olvidar que están penetradas profundamente por los intereses y puntos de vista de la burguesía liberal, lo cual las hace en extremo parciales y tendenciosas. Ellas reflejan las ideas de la socialdemocracia igual que un espejo cóncavo o convexo refleja los objetos. Pero sería un error mayor todavía olvidar que esas apreciaciones deformadas a gusto de la burguesía reflejan, a fin de cuentas, los intereses reales de la burguesía, la cual, como clase, comprende sin ninguna duda qué tendencias de la socialdemocracia le son convenientes, próximas, afines, simpáticas y cuáles le son nocivas, ajenas, extrañas, antipáticas. Un filósofo o publicista burgués jamás comprenderá de modo acertado a la socialdemocracia, ni a la menchevique ni a la bolchevique. Pero, si ese publicista tiene algo de sentido común, su instinto de clase no lo engañará y siempre captará correctamente la esencia del significado que tienen para la burguesía unas y otras tendencias de la socialdemocracia, aunque las deforme al exponerlas. El instinto de clase de nuestro enemigo, su apreciación de clase, siempre merecen por ello la más profunda atención de todo proletario consciente.

¿Qué nos dice, por boca de los adeptos de *Ozobohdenie*, el instinto de clase de la burguesía rusa?

Expresa de una manera evidente cuánto le satisfacen las tendencias de la nueva *Iskra*, las elogia por su realismo, por su lucidez, por el triunfo del sentido común, por la seriedad de las resoluciones, por su clara visión táctica, por su espíritu práctico, etc., y expresa descontento por las tendencias del III

Congreso, del que censura la estrechez, el revolucionarismo, el espíritu de revuelta, la negación de los compromisos útiles en la práctica, etc. El instinto de clase le sugiere a la burguesía exactamente lo mismo que con los datos más ciertos hemos demostrado reiteradamente en nuestras publicaciones, a saber: que dentro de la actual socialdemocracia rusa los neóskristas constituyen el ala oportunista y sus adversarios, el ala revolucionaria. Los liberales no pueden dejar de simpatizar con las tendencias de la primera de dichas alas ni pueden dejar de censurar las de la segunda. Los liberales, como ideólogos de la burguesía, comprenden perfectamente que a esta le conviene "el espíritu práctico, la lucidez, la seriedad" de la clase obrera, es decir, restringir, en los hechos, el campo de la actividad del proletariado al marco del capitalismo, de las reformas, de la lucha sindical, etc. Para la burguesía es peligrosa y temible "la estrechez revolucionaria" del proletariado y su aspiración de alcanzar, en nombre de sus objetivos de clase, un papel dirigente en la revolución popular rusa.

Que este es el verdadero sentido de las palabras "realismo" en la interpretación de *Osobozhdenie* puede advertirse, entre otras cosas, en el empleo que de ella hicieron con anterioridad *Osobozhdenie* y el señor Struve. La propia *Iskra* no ha podido dejar de reconocer ese significado del "realismo" de *Osobozhdenie*. Recuerdese, por ejemplo, el artículo titulado "¡Ya es hora!", publicado en el suplemento al número 73-74 de *Iskra*. Su autor (vocero consecuente de las concepciones del "pantano" en el II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia) había opinado francamente que "Akimov desempeñó en el Congreso más bien el papel de espectro del oportunismo que el de su verdadero representante". Y la redacción de *Iskra* se vio obligada a rectificar a renglón seguido al autor del artículo, declarando en una nota:

No cabe estar de acuerdo con esta opinión. Los puntos de vista programáticos del camarada Akimov llevan claramente marcado el sello del oportunismo, cosa que reconoce también el crítico de *Osobozhdenie* en uno de sus últimos números, donde señala que el camarada Akimov pertenece a la tendencia "realista" —léase revisionista—.

Por lo tanto, la propia *Iskra* sabe que el "realismo" de *Osobozhdenie* es simplemente oportunismo y no otra cosa. Si ahora, cuando ataca al "realismo liberal" (N.º 102), *Iskra* silencia que los liberales la alabaron por su realismo, este silencio se explica porque tales alabanzas son más amargas que cualquier censura. Tales alabanzas (que no son casuales ni es la primera vez que *Osobozhdenie* las hace) demuestran, en la práctica, la afinidad del realismo liberal con esas tendencias del "realismo" socialdemócrata (oportunismo) que se transparentan en cada resolución de los neóskristas como consecuencia de la falsedad de toda su posición táctica.

En efecto, la burguesía rusa ha manifestado ya plenamente su inconsecuencia y su egoísmo en la revolución "de todo el pueblo", tanto a través de las

reflexiones del señor Struve, como por el tono y contenido de gran número de periódicos liberales y por el carácter de las intervenciones políticas de muchos miembros de los *amstei*, de muchos intelectuales y, en general, de todo género de partidarios de los señores Trubetskoy, Petrunkevich, Rodichev y Cía. Desde luego, la burguesía no siempre comprende con absoluta claridad, pero en general se da cuenta perfectamente, por intuición de clase, de que, por una parte, el proletariado y el "pueblo" son útiles para su revolución, como carne de cañón, como ariete contra la autocracia, pero que, por otra parte, el proletariado y los campesinos revolucionarios son terriblemente peligrosos para ella en el caso de que consigan la "victoria decisiva sobre el zarismo" y lleven hasta el fin la revolución democrática. Por eso, la burguesía trata por todos los medios de que el proletariado se conforme con desempeñar un papel "modesto" en la revolución, que sea más moderado, más práctico, más realista, que su actividad esté determinada por el principio: "Que la burguesía no vuelva la espalda".

Los intelectuales burgueses saben bien que ellos no podrán liquidar al movimiento obrero. Por eso no se declaran directamente contra él, contra la lucha de clase del proletariado; no, incluso hacen toda suerte de reverencias ante la libertad de huelga, ante la lucha de clases civilizada, pues interpretan al movimiento obrero y la lucha de clases a la manera de Brentano o Hirsch-Duncker. Dicho de otra manera, están dispuestos a "conceder" a los obreros las libertades de huelga y asociación (en la práctica ya casi conquistadas por los propios obreros) con tal de que renuncien a la "rebeldía", al "revolucionarismo estrecho", a la hostilidad hacia los "compromisos útiles en la práctica", a la pretensión y al deseo de imprimir "a la revolución popular rusa" el sello de su lucha de clases, el sello de la firmeza proletaria, de la decisión proletaria, del "jacobinismo plebeyo". Los intelectuales burgueses de toda Rusia tratan por eso con todas sus fuerzas, por mil medios y caminos —libros³⁴, conferencias, discursos, charlas, etc., etc.—, de inculcar a los obreros las ideas de la moderación (burguesa), el practicismo (liberal), el realismo (oportunistas), la lucha de clases (a la manera de Brentano), los sindicatos (a la manera de Hirsch-Duncker), etc. Las dos últimas consignas son particularmente cómodas para los burgueses del Partido "Demócrata Constitucionalista" o de *Osvobozhdenie*, ya que en apariencia coinciden con las consignas marxistas: hasta silenciar algunas cosas y tergiversar levemente otras para que sea muy fácil confundirlas con las consignas socialdemócratas y a veces inclusive hacerlas pasar por socialdemócratas. Así, por ejemplo, el periódico legal liberal *Rasvjet* (sobre el cual procuraremos hablar más en detalle con los lectores de *Proletary*) dice a menudo cosas tan "valientes" sobre la lucha de clases, sobre la posibilidad de que la burguesía engañe al proletariado, sobre el movimiento obrero, sobre la iniciativa del proletariado, etc. etc., que el lector poco atento o el obrero poco instruido aceptarán fácilmente su "socialdemocracia" como genuina. Pero, en

34 Gk. Prokopovich, *La cuestión obrera en Rusia*.

realidad, es una falsificación burguesa de la socialdemocracia, una deformación y tergiversación oportunista del concepto de la lucha de clases.

En el fondo de esa gigantesca falsificación burguesa (gigantesca por la amplitud de su acción sobre las masas) se asienta la tendencia a reducir al movimiento obrero a un movimiento eminentemente sindical, a mantenerlo lo más alejado posible de una política independiente (es decir, revolucionaria, orientada hacia la dictadura democrática), a "suplantar en la conciencia de los obreros la idea de la revolución popular rusa con la idea de la lucha de clases".

Como el lector observará, hemos dado vuelta cabeza abajo la formulación de *Quvobshenie*. Excelente formulación que expresa perfectamente dos puntos de vista sobre el papel del proletariado en la revolución democrática, el punto de vista burgués y el socialdemócrata. La burguesía quiere reducir al proletariado al movimiento sindical y, de esta manera, "suplantar en la conciencia la idea de la revolución popular rusa con la idea de la lucha de clases" (a la manera de Brentano), exactamente igual que los bernsteinianos autores del *Craso*, quienes suplantaban en la conciencia de los obreros la idea de la lucha política con la idea del movimiento "puramente obrero". La socialdemocracia quiere, por el contrario, desarrollar la lucha de clase del proletariado hasta que este asuma un papel dirigente en la revolución popular rusa, es decir, llevar esta revolución hasta la dictadura democrática del proletariado y del campesinado.

Nuestra revolución es una revolución de todo el pueblo, dice la burguesía al proletariado. Por eso, como clase especial, debes limitarte a tu lucha de clase; debes, en nombre del "sentido común", centrar tu atención en los sindicatos y en su legalización; debes considerar esos sindicatos "como el punto de partida más importante para tu educación política y para tu organización"; debes elaborar, en los momentos revolucionarios sobre todo, resoluciones "serias" semejantes a las neoisristas; debes tratar con solicitud las resoluciones "más favorables a los liberales"; debes preferir a aquellos dirigentes que tienen la tendencia a convertirse en "dirigentes prácticos del movimiento político real de la clase obrera"; debes "conservar los elementos realistas de la concepción marxista del mundo" (si, por desgracia, ya te has contagiado de las "fórmulas rigurosas" de este catecismo "no científico").

Nuestra revolución es una revolución de todo el pueblo, dice la socialdemocracia al proletariado. Por eso, siendo la clase más avanzada y la única revolucionaria hasta el fin, debes aspirar no sólo a participar en la revolución de la manera más enérgica, sino a desempeñar un papel dirigente. Por eso no debes encerrarte en el marco de una concepción estrecha de la lucha de clase, sobre todo en el sentido del movimiento sindical, sino, por el contrario, tratar de ampliar el marco y el contenido de tu lucha de clase hasta abarcar no sólo todos los objetivos de la actual revolución democrática popular rusa, sino también los objetivos de la revolución socialista que le seguirá. Por eso, sin ignorar el movimiento sindical, sin dejar de aprovechar el más pequeño resquicio de legalidad, debes, en la época de la revolución, colocar en primer plano los objetivos de la insurrección armada, de

la formación de un Ejército y un Gobierno revolucionarios como único camino hacia la victoria completa del pueblo sobre el zarismo, hacia la conquista de la república democrática y la verdadera libertad política.

Sería superfluo hablar acerca de la actitud equívoca, incoherente y, claro está, simpática a la burguesía adoptaron en esta cuestión las resoluciones neoiskristas en virtud de su "línea" errónea.

II. Nueva "profundización" del problema por el camarada Martinov

Pasemos a los artículos de Martinov en los números 102 y 103 de *Izra*. Se sobreentiende que no contestaremos a los intentos de Martinov de demostrar la falsedad de nuestra interpretación de una serie de citas de Engels y Marx y el acierto de la suya. Esas tentativas son tan poco serias, los subterfugios de Martinov son tan evidentes, la cuestión es tan clara que no tiene el menor interés detenerse en ellos una vez más. Cualquier lector que piense discernirá fácilmente los pueriles attitudes de Martinov en su retirada en toda la línea, sobre todo cuando sean publicadas las traducciones completas de "Los bakuninistas en acción", de Engels, y "Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas" -marzo de 1850-, de Marx, preparadas por un grupo de colaboradores de *Proletary*. Bastará una sola cita del artículo de Martinov para que el lector perciba claramente su retirada.

Izra "reconoce" -escribe Martinov en el N.º 103- la formación de un Gobierno provisional como uno de los caminos posibles y convenientes para el desarrollo de la revolución y niega la conveniencia de la participación de los socialdemócratas en un Gobierno provisional burgués, precisamente a fin de apoderarse después de todo el aparato del Estado para la revolución socialista". En otras palabras: *Izra* ha reconocido ahora el absurdo de todos los temores que le inspiraba la responsabilidad del Gobierno revolucionario por el erario y los bancos, del miedo a que fuese peligroso e imposible tomar posesión de las "cárceles", etc. Pero *Izra* continúa embrollando las cosas como antes al confundir la dictadura democrática y la dictadura socialista. La confusión es inevitable para cubrir la retirada.

Pero entre los confusionistas de la nueva *Izra* Martinov se destaca como uno de primer orden, como un confusionista de talento, valga la expresión. Embrolla la cuestión en sus esfuerzos por "profundizarla" y llega casi siempre a "forjar" nuevas formulaciones, que arrojan una brillante luz sobre la falsedad de su posición. Recuérdese cómo, en la época del "economismo", él "profundizaba" a Plejanov y creó la fórmula: "Lucha económica contra los patrones y el Gobierno". Será difícil encontrar en todas las publicaciones de los "economistas" una expresión más feliz de la falsedad de esa tendencia. Y lo mismo ocurre hoy. Martinov sirve con tesón a la nueva *Izra* y casi siempre que toma la palabra nos da nuevo y excelente material para apreciar la falsa posición de la nueva *Izra*. En el N.º 102 dice que Lenin "ha sustituido de manera imperceptible el concepto revolución por el de dictadura" (p. 3, col. 2).

A eso se reducen, en esencia, todas las acusaciones de los neokristas contra nosotros. ¡Cuán agradecidos le estamos a Martinov por esta acusación! ¡Qué servicio inapreciable nos presta en la lucha contra esa corriente al formular su acusación de esa manera! Decididamente, tendremos que pedir a la redacción de *Izra* que lance más a menudo a Martinov contra nosotros, encargándole "abundar" los ataques a *Proletary* y formularlos "desde el punto de vista de los principios puros", pues cuanto más se esfuerza Martinov por fundamentar sus argumentos sobre los principios, peor lo hace y más palpablemente demuestra las fallas del neokristismo, con más éxito ejecuta sobre sí mismo y sobre sus amigos la útil operación pedagógica de *reductio ad absurdum* [reducir al absurdo] los principios de la nueva *Izra*.

Iperiod y *Proletary* "sustituyen" el concepto de revolución por el de dictadura. A *Izra* no le gusta esta "sustitución". ¡Precisamente es eso, honorabilísimo camarada Martinov! Usted ha dicho, sin habérselo propuesto, una gran verdad. Usted ha corroborado con una nueva formulación nuestra afirmación de que *Izra* marcha a la zaga de la revolución, se desvía hacia una formulación a lo *Ozoboshdenie* de los objetivos revolucionarios, mientras que *Iperiod* y *Proletary* dan consignas que impulsan la revolución democrática.

¿No lo comprende usted, camarada Martinov? En vista de la importancia que esto tiene intentaremos darle una explicación detallada.

El carácter burgués de la revolución democrática se refleja, entre otras cosas, en que toda una serie de clases, grupos y capas sociales, que se mantienen firmes en el reconocimiento de la propiedad privada y la economía mercantil y son incapaces de salir de ese marco, son empujados por la fuerza de las circunstancias a reconocer que la autocracia y el régimen de servidumbre en general son inservibles y se adhieren al reclamo de libertad. Cabe señalar que el carácter burgués de esta libertad exigida por la "sociedad" y defendida por los terratenientes y capitalistas con un torrente de palabras (isolamente de palabras!) aparece con creciente claridad. Al mismo tiempo, resulta cada vez más evidente la diferencia radical entre las luchas obrera y burguesa por la libertad, la diferencia entre el democratismo proletario y el democratismo liberal. La clase obrera y sus representantes conscientes avanzan e impulsan esta lucha, no sólo sin temor a llevarla hasta el fin, sino con el propósito de ir mucho más allá de los límites extremos de la revolución democrática. La burguesía es inconsecuente y egoísta y no acepta las consignas de libertad más que de un modo incompleto e hipócrita. Todo intento de determinar con una línea especial, con "puntos" elaborados especialmente (como los puntos de la resolución de Starover o de la de los participantes de la Conferencia), los límites tras los cuales comienza esta hipocresía de los amigos burgueses de la libertad o, si se quiere, esta traición a la libertad por sus amigos burgueses, está infaliblemente condenado al fracaso, pues la burguesía, colocada entre dos fuegos (la autocracia y el proletariado), es capaz de cambiar su posición y sus consignas por mil caminos y medios, adaptándose un poco a la derecha y otro poco a la izquierda, regateando y traficando permanentemente. La tarea del

democratismo proletario no consiste en inventar esos "puntos" muertos, sino en criticar de manera incansable la situación política en vías de desarrollo, en desenmascarar las nuevas e imprevistas inconsecuencias y traiciones de la burguesía.

Recuérdese la historia de las manifestaciones políticas del señor Struve en las publicaciones ilegales, la historia de la guerra de la socialdemocracia contra él, y se verá con toda claridad cómo cumplía esas tareas la socialdemocracia, campeona del democratismo proletario. El señor Struve comenzó por formular una cabal consigna a lo Shipov: "Conceder derechos e investir de poder a los *zemstvos*". (Véase mi artículo en *Zarya*: "Los perseguidores de los *zemstvos* y los Anfiboles del liberalismo".) La socialdemocracia lo desenmascaraba y lo empujaba hacia un programa netamente constitucionalista. Cuando esos "empujones" surtieron efecto, gracias a la rápida marcha de los acontecimientos revolucionarios, la lucha se orientó hacia la siguiente cuestión del democratismo: no sólo una Constitución en general, sino sin falta sufragio universal, igual, directo y secreto. Cuando "conquistamos" al "adversario" esta nueva posición (la aprobación del sufragio universal por la Liga de Liberación) seguimos presionando, demostramos la hipocresía y falsedad del sistema bicameral y que el reconocimiento del sufragio universal por los adeptos de la Liga era incompleto, señalamos en su monarquismo el carácter mercantilista de su democratismo o, dicho en otras palabras, el comercio que con los intereses de la gran revolución rusa efectuaban los adeptos de *Osvobodlenie*, estos héroes de la bolsa de oro.

Por último, la salvaje terquedad de la autocracia, el enorme progreso de la guerra civil, la situación sin salida a la que Rusia había sido llevada por los monárquicos empezaron a accionar hasta sobre los cerebros más rutinarios. La revolución se convertía en un hecho. Para reconocerla no se requería ya ser un revolucionario. El Gobierno autocrático se descomponía realmente y siguió descomponiéndose a la vista de todos. Como con razón lo señaló un liberal (el señor Gredeskul) en la prensa legal, en la práctica se ha creado un estado de insubordinación hacia el Gobierno existente. A pesar de su aparente fortaleza la autocracia ha resultado ser impotente, los acontecimientos revolucionarios en desarrollo han empezado simplemente a apartar a un lado a ese organismo parasitario que se descompone en vida. Obligados a basar su actividad (o, más exactamente, sus trapacerías políticas) sobre las relaciones concretas que se están estableciendo en los hechos, los burgueses liberales *han empezado a advertir la necesidad de reconocer la revolución*, y no porque sean revolucionarios, sino a pesar de que no lo son. Lo hacen por necesidad y contra su voluntad, encolerizados por los éxitos de la revolución, acusando por la revolución a la autocracia que no quiere componendas, sino la lucha a vida o muerte. Negociantes por naturaleza, odian la lucha y la revolución, pero las circunstancias los obligan a colocarse en el terreno de la revolución, puesto que no hay otro terreno bajo sus pies.

Asistimos a un espectáculo edificante y cómico en sumo grado. Las prostitutas del liberalismo burgués intentan cubrirse con la toga del revolucionarismo. La gente de *Osvobodlenie* —*risum tenentis*, amici [repriman la risa, amigos!]-, illos

adeptos de *Osvobozhdenie* empiezan a hablar en nombre de la revolución! ¡¡Empiezan a asegurar que "no temen la revolución" (el señor Struve, en *Osvobozhdenie* N.º 72)!!! ¡¡Pretenden "ponerse a la cabeza de la revolución"!!!

Este es un fenómeno extraordinariamente significativo, que caracteriza no sólo el progreso del liberalismo burgués, sino, aún más, el progreso de los éxitos reales del movimiento revolucionario, que obligó a que lo reconocieran. Hasta la burguesía comienza a percibir que es más conveniente colocarse en el terreno de la revolución; hasta tal punto se tambalea la autocracia. Pero, por otra parte, este fenómeno, que testimonia el ascenso de todo el movimiento a una fase nueva, superior, nos plantea objetivos también nuevos, también de orden superior. La burguesía, independientemente de la honestidad personal de algunos de sus ideólogos, no puede aceptar la revolución con sinceridad. La burguesía no puede dejar de aportar también a esta fase superior del movimiento su egoísmo y su inconsecuencia, su mercantilismo y sus mezquinas estratagemas reaccionarias. Hoy debemos formular *de otra manera* los objetivos *concretos* inmediatos de la revolución en nombre de nuestro programa y para el desarrollo de nuestro programa. Lo que ayer bastaba *hoy es insuficiente*. Es posible que ayer bastara con exigir, como consigna democrática progresiva, el reconocimiento de la revolución. Ahora eso es poco. La revolución obligó hasta al señor Struve a reconocerla. Ahora, de la clase de vanguardia se exige que defina con exactitud *el contenido mismo* de los objetivos inmediatos e inaplazables de esta revolución. Los señores Struve, al reconocer la revolución enseñan, una vez más, la punta de sus orejas de burro, volviendo a entonar la vieja cantilena de la posibilidad de un desenlace pacífico, de que Nikolai llame al poder a los señores de *Osvobozhdenie*, etc. etc. Los señores de *Osvobozhdenie* reconocen la revolución con el fin de escamotearla, de traicionarla con menos riesgo para ellos. Nos incumbe ahora indicar al proletariado y al pueblo entero la insuficiencia de la consigna "revolución", mostrar la necesidad de una definición clara y sin equívocos, consecuente y decidida, del contenido mismo de la revolución. Y esa definición constituye la única consigna capaz de expresar con acierto la "victoria decisiva" de la revolución, la consigna: dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado.

III. El punto de vista burgués vulgar y la concepción de Marx acerca de la dictadura

Mehring relata en las notas dedicadas a su edición de los artículos de Marx aparecidos en la *Neue Rheinische Zeitung* en 1848 que la literatura burguesa reprochaba a dicho periódico porque exigía, al parecer, "la instauración inmediata de la dictadura como único medio de realización de la democracia" (Marx, *Nicholas*, t. III, p. 53). Desde el punto de vista burgués vulgar, los conceptos dictadura y democracia se excluyen mutuamente. Como no comprende la teoría de la lucha de clases, acostumbrado a ver en la arena política los pequeños enredos de los

diversos círculos y grupos de la burguesía, el burgués entiende por dictadura la anulación de todas las libertades y garantías democráticas, el imperio de la arbitrariedad y abuso de poder en interés personal de un dictador. En realidad, este punto de vista burgués vulgar se trasluce también en nuestro Martinov, que, como conclusión de su "nueva campaña" en la nueva *Istra*, explica la preferencia de *Iperiod* y *Proletary* por la consigna de dictadura diciendo que Lenin "desea apasionadamente probar su suerte" (*Istra* N.º 103, p. 3, col. 2). Esta encantadora explicación está toda ella a la altura de la acusación que la burguesía formulaba contra la *Neue Rheinische Zeitung* al imputarle la propaganda de dictadura. Por lo tanto, también a Marx lo habían acusado —sólo que no fueron "socialdemócratas" sus acusadores, sino burgueses liberales!— de "sustituir" el concepto de revolución por el de dictadura. Para aclarar a Martinov el concepto de dictadura de clase, a diferencia de la dictadura de un individuo, y los fines de la dictadura democrática, a diferencia de los de la dictadura socialista, será útil que nos detengamos a examinar las ideas de la *Neue Rheinische Zeitung*.

Toda estructura provisional del Estado —escribía la *Neue Rheinische Zeitung* el 14 de septiembre de 1848— después de una revolución exige una dictadura, y una dictadura enérgica. Hemos reprochado desde el principio a Camphausen (presidente del Consejo de ministros después del 18 de marzo de 1848) el no haber obrado dictatorialmente, no haber destruido y eliminado enseguida los restos de las viejas instituciones. Y mientras el señor Camphausen se entregaba a sus ilusiones constitucionalistas, el partido vencido (es decir, el partido de la reacción) consolidaba sus posiciones en la burocracia y en el Ejército y hasta comenzaba a atreverse en distintos lugares a la lucha abierta.

Este párrafo —dice con razón Mehring— resume en pocas palabras lo que desarrolló detalladamente en largos artículos la *Neue Rheinische Zeitung* sobre el Gobierno de Camphausen. ¿Y qué nos dicen esas palabras de Marx? Que el Gobierno provisional revolucionario debe actuar dictatorialmente (tesis que *Istra* en modo alguno alcanza a comprender por su temor a la consigna de dictadura). Que es misión de esta dictadura destruir los restos de las viejas instituciones (precisamente lo que indica la resolución del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia sobre la lucha frente a la contrarrevolución y omite la resolución de la Conferencia, como hemos señalado antes). Por último, en tercer lugar, de esas palabras se desprende que Marx fustigaba a los demócratas burgueses por sus "ilusiones constitucionalistas" en épocas de revolución y franca guerra civil. El sentido de esas palabras es particularmente claro en el artículo de la *Neue Rheinische Zeitung* del 6 de junio de 1848. "La Asamblea Constituyente popular —escribía Marx— debe ser, ante todo, una asamblea activa, revolucionariamente activa. Pero la Asamblea de Fráncfort se entrega a ejercicios escolares de parlamentarismo y deja hacer al Gobierno. Admitamos que este sabio concilio llegue, tras madura reflexión, a elaborar el mejor orden del día y la mejor

de las constituciones, ¿Para qué servirán el mejor orden del día y la mejor de las constituciones si, mientras tanto, los Gobiernos alemanes han colocado ya la bayoneta a la orden del día?".

Ese es el sentido de la consigna de dictadura. De ello se desprende cuál sería la actitud de Marx ante resoluciones que califican de "victoria decisiva" la "decisión de organizar la Asamblea Constituyente" o que invitan ¡"a continuar siendo el partido de extrema oposición revolucionaria"!.

Los grandes problemas en la vida de los pueblos se resuelven sólo por la fuerza. Las propias clases reaccionarias son por lo general las primeras en recurrir a la violencia, a la guerra civil; "colocan la bayoneta a la orden del día", como lo hizo la autocracia rusa y continúa haciéndolo, sistemática y constantemente por todas partes, desde el 9 de enero. Y una vez creada esa situación, una vez que la bayoneta encabeza realmente el orden del día político, una vez que la insurrección se revela imprescindible e inaplazable, las ilusiones constitucionalistas y los ejercicios escolares de parlamentarismo sólo sirven para encubrir la traición burguesa a la revolución, para encubrir el hecho de que la burguesía "vuelve la espalda" a la revolución. La clase verdaderamente revolucionaria debe en tal caso lanzar la consigna de dictadura.

Respecto de los objetivos de la dictadura, Marx escribía ya en la *Neue Rheinische Zeitung*: "La Asamblea Nacional debía haber actuado dictatorialmente contra las intenciones reaccionarias de los Gobiernos caducos y así hubiera adquirido tal fuerza en la opinión popular que todas las bayonetas se habrían roto contra ella [...]. Pero esta Asamblea fatiga al pueblo alemán con discursos aburridos en lugar de atraerlo o de ser atraída por él". La Asamblea Nacional debería, según la opinión de Marx, "haber eliminado del régimen existente en Alemania cuanto se opusiera al principio de la soberanía del pueblo"; después "consolidar la base revolucionaria sobre la cual se hallaba y asegurar contra todos los ataques la soberanía del pueblo conquistada por la revolución".

Por lo tanto, por su contenido, la misión que Marx asignaba en 1848 al Gobierno revolucionario, o a la dictadura, era, ante todo, la revolución democrática: defensa frente a la contrarrevolución y eliminación efectiva de todo aquello que estuviera en pugna con la soberanía del pueblo. Eso no es otra cosa que una dictadura democrática revolucionaria.

Veamos ahora qué clases podían y debían, a juicio de Marx, cumplir dicha misión (aplicar en la práctica hasta el fin el principio de la soberanía del pueblo y rechazar los ataques de la contrarrevolución). Marx habla del "pueblo". Pero sabemos que luchó siempre sin piedad contra la ilusión pequeñoburguesa de la unidad del "pueblo", de la ausencia de lucha de clases en el seno del pueblo. Cuando empleaba la palabra "pueblo", Marx no velaba con ella la diferencia de clases, sino que unificaba determinados elementos capaces de llevar la revolución hasta su término.

Después del triunfo del proletariado berlinés el 18 de marzo —escribía la *Neue Rheinische Zeitung*—, los resultados de la revolución son de dos tipos: "Por

una parte, la entrega de armas al pueblo, el derecho de asociación, la soberanía del pueblo conquistada en los hechos; por otra parte, el mantenimiento de la monarquía y el Ministerio Camphausen-Hansemann, es decir, un Gobierno de representantes de la gran burguesía. De esta manera, la revolución ha tenido dos resultados distintos que debían, inevitablemente, conducir a la ruptura. El pueblo ha vencido, ha conquistado libertades de carácter decididamente democrático, pero el poder inmediato no ha pasado a sus manos, sino a las de la gran burguesía. En una palabra, la revolución no ha sido llevada hasta el fin. El pueblo ha permitido a los representantes de la gran burguesía formar un Ministerio y estos representantes de la gran burguesía han demostrado inmediatamente sus aspiraciones, proponiendo una alianza a la vieja nobleza prusiana y a la burocracia. Arnim, Canitz y Schwerin se incorporaron al Ministerio.

La gran burguesía, siempre antirrevolucionaria, ha concertado una alianza defensiva y ofensiva con la reacción por miedo al pueblo, es decir, a los obreros y a la burguesía democrática. (La cursiva es nuestra.)

Así que no sólo "la decisión de organizar la Asamblea Constituyente" es insuficiente para el triunfo decisivo de la revolución, sino que ini la misma convocatoria basta! Incluso después de un triunfo parcial en la lucha armada (como el de los obreros berlineses sobre las tropas el 18 de marzo de 1848) es posible una revolución "inacabada", "no llevada hasta el fin". ¿De qué depende, pues, el llevar la revolución hasta el fin? Depende de las manos a las que pase el poder inmediato: de que pase a manos de los Petrunkevich y los Rodichev, es decir, de los Camphausen y los Hansemann, o a manos del pueblo, es decir, de los obreros y la burguesía democrática. En el primer caso, la burguesía tendrá el poder y el proletariado la "libertad de crítica", la libertad para "continuar siendo el partido de extrema oposición revolucionaria". La burguesía, inmediatamente después del triunfo, concertará una alianza con la reacción (esto también ocurrirá en Rusia, inevitablemente, si los obreros de San Petersburgo, por ejemplo, consiguen un triunfo sólo parcial en las luchas callejeras contra las tropas y dejan formar Gobierno a los señores Petrunkevich y Cia). En el segundo caso, será posible la dictadura democrática revolucionaria, es decir, el triunfo total de la revolución.

Queda por determinar con mayor exactitud qué es, precisamente, lo que entendía Marx por "burguesía democrática" (*demokratische Bürgerschaft*), a la cual, junto con los obreros, él llamaba pueblo en contraposición a la gran burguesía.

El siguiente pasaje de un artículo de la *Neue Rheinische Zeitung*, publicado el 29 de julio de 1848, da una respuesta clara:

La Revolución alemana de 1848 no es sino una parodia de la Revolución francesa de 1789.

El 4 de agosto de 1789, tres semanas después de la toma de la Bastilla, el pueblo francés, en un solo día, venció todas las cargas tributarias feudales.

El 11 de julio de 1848, cuatro meses después de las barricadas de marzo, las cargas tributarias feudales vencieron al pueblo alemán. *Este Gierke con Hausmann*³⁵. La burguesía francesa de 1789 no abandonó ni un minuto a sus aliados, los campesinos. Sabía que su dominación se basaba en la liquidación del feudalismo en el campo, en la creación de una clase campesina de propietarios libres [*grundbesitzer*].

La burguesía alemana de 1848 traiciona sin ningún escrúpulo a los campesinos, sus aliados más naturales, que son carne de su carne y sin los cuales es impotente contra la nobleza.

El mantenimiento de los derechos feudales, sancionados bajo la apariencia [ilusoria] de la redención: he aquí el resultado de la Revolución alemana de 1848. La montaña ha parido un ratón.

Este es un pasaje muy aleccionador que nos ofrece cuatro tesis importantes:

- 1) La inconclusa Revolución alemana se diferencia de la francesa, llevada a su fin, en que la burguesía traicionó, no sólo al democratismo en general, sino a los campesinos en particular.
- 2) La base para la realización completa de la revolución democrática es la creación de una clase campesina libre.
- 3) La creación de una clase tal implica la abolición de las cargas tributarias feudales, la destrucción del feudalismo, pero no es todavía, de ninguna manera, la revolución socialista.
- 4) Los campesinos son los aliados "más naturales" de la burguesía, es decir, de la burguesía democrática, la cual sin ellos es "impotente" frente a la reacción.

Todas estas tesis, modificadas de acuerdo con las particularidades nacionales concretas, poniendo régimen de servidumbre en lugar de feudalismo, pueden ser también aplicadas, en su totalidad, a la Rusia de 1905. Es indudable que luego de extraer las enseñanzas de la experiencia alemana explicada por Marx no podemos llegar a otra consigna, para el triunfo decisivo de la revolución, que la siguiente: dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos. Es indudable que el proletariado y los campesinos son los principales integrantes de ese "pueblo" que Marx contraponía en 1848 a la reacción que resistía y a la burguesía que traicionaba. Es indudable que también en Rusia la burguesía liberal y los adeptos de *Oswobodenie* traicionan y traicionarán a los campesinos, o sea, saldrán del paso con una seudorreforma y se colocarán al lado de los terratenientes en la lucha decisiva entre estos y los campesinos. Únicamente el proletariado es capaz de apoyar a los campesinos hasta el final en esta lucha. Es indudable, por último, que si bien en Rusia el éxito de la lucha campesina, es

35 "Testigos: el señor Gierke y el señor Hausmann". Hausmann era un ministro del partido de la gran burguesía (en Rusia, Trubetskiy o Rodichev, etc.). Gierke, ministro de Agricultura del Gobierno Hausmann, elaboró un proyecto, un proyecto "moderado", cuya apariencia "abolición sin indemnización de las cargas tributarias feudales" en la práctica abolía las cargas tributarias pequeñas y sin importancia pero conservaba las cargas tributarias especiales o fijaba compensación para las mismas. El señor Gierke es algo así como los señores Kahlukov, Marsikov, Guertsenstein rusos y similares amigos liberales burgueses del mugil, que quieren la "ampliación de la propiedad territorial campesina", pero sin perjudicar a los terratenientes.

decir, el paso de todas las tierras a poder de los campesinos, significará una revolución democrática completa, la base social de la revolución llevada hasta el fin, pero no será de ninguna manera una revolución socialista ni la "socialización" de que hablan los ideólogos de la pequeñoburguesía, los socialistas revolucionarios. El éxito de la insurrección campesina, la victoria de la revolución democrática, sólo desbrozará el camino para una lucha decidida y auténtica por el socialismo sobre la base de la república democrática. Los campesinos, como clase poseedora de tierras, desempeñarán en esas luchas el mismo papel de traición y de inestabilidad que ahora desempeña la burguesía en la lucha por la democracia. Olvidar esto es olvidar el socialismo, engañarse a sí mismo y engañar a los demás respecto de los verdaderos intereses y objetivos del proletariado.

Para no dejar ninguna laguna en la exposición de las ideas de Marx en 1848 es necesario destacar una diferencia esencial entre la socialdemocracia alemana de entonces (o partido comunista del proletariado en el lenguaje de aquel período) y la actual socialdemocracia rusa. Concedámos la palabra a Mehring:

La *Neue Rheinische Zeitung* apareció en la arena política como "órgano de la democracia". No es posible equivocarse en cuanto a la tendencia general de todos sus artículos. Pero de modo directo defendía más los intereses de la revolución burguesa frente al absolutismo y el feudalismo que los intereses del proletariado frente a los de la burguesía. Pocos materiales se encontrarán en sus columnas sobre el movimiento obrero específico durante la revolución, aunque no hay que olvidar que, al mismo tiempo, se publicaba dos veces por semana, bajo la redacción de Moll y Schapper, el órgano especial de la Unión Obrera de Colonia. De todos modos, la escasa atención que la *Neue Rheinische Zeitung* dedicaba al movimiento obrero alemán de entonces salta a la vista del lector contemporáneo a pesar de que su colaborador más capaz, Stephan Born, había sido discípulo de Marx y Engels en París y Bruselas y, en 1848, corresponsal de su periódico en Berlín. En sus *Memoirs* Born cuenta que Marx y Engels nunca le dijeron una sola palabra desaprobatoria de su agitación entre los obreros. Pero declaraciones posteriores de Engels permiten suponer que ellos estaban descontentos, por lo menos con los métodos de esa agitación. Ese descontento era fundado en la medida en que Born se veía obligado a hacer muchas concesiones a la conciencia de clase del proletariado, todavía no desarrollada por completo en la mayor parte de Alemania, concesiones que no resisten la crítica desde el punto de vista del *Manifiesto Comunista*. Su descontento no era fundado en la medida en que Born, a pesar de todo, supo mantener esa agitación en un nivel relativamente alto [...]. Sin duda alguna, Marx y Engels tenían razón, histórica y políticamente, al considerar que el interés fundamental de la clase obrera era, ante todo, impulsar al máximo la revolución burguesa [...]. Sin embargo, una prueba notable de cómo el instinto elemental del movimiento obrero puede corregir las concepciones de los pensadores más geniales es el hecho de que estos se pronunciaron, en abril de 1849, por una organización

específicamente obrera y resolvieron participar en el congreso obrero, que preparaba sobre todo el proletariado del este del Elba (Prusia oriental).

De modo que iecién en abril de 1849, casi un año después de la aparición del periódico revolucionario (la *Neue Rheinische Zeitung* empezó a salir el 1° de junio de 1848), Marx y Engels se pronunciaron por una organización obrera independiente! ¡Hasta entonces dirigían simplemente un "órgano de la democracia" no ligado por ningún lazo orgánico a un partido obrero independiente! Ese hecho, que puede parecer monstruoso e increíble desde nuestro punto de vista actual, nos revela claramente la enorme diferencia entre la socialdemocracia alemana de entonces y el actual Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Ese hecho nos muestra cuánto más débiles eran los rasgos proletarios del movimiento, su corriente proletaria, en la revolución democrática alemana (debido al atraso de Alemania en 1848, tanto en el sentido económico como en el político, por su falta de unidad estatal). Esto no debe ser olvidado (como lo olvida Plejanov, por ejemplo) cuando se juzgan las declaraciones muchas veces formuladas por Marx, en esa época y poco después, sobre la necesidad de que el proletariado organice su propio partido. Marx, al cabo de casi un año y sólo como fruto de la experiencia de la revolución democrática, sacó esa conclusión concreta; hasta tal punto era entonces filisteo, pequeñoburgués, todo el ambiente en Alemania. Para nosotros, esa conclusión es ya una sólida adquisición de la experiencia de medio siglo de la socialdemocracia internacional, adquisición con la cual hemos comenzado a organizar el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Entre nosotros, por ejemplo, no puede darse el caso de que los periódicos revolucionarios del proletariado estén al margen del partido socialdemócrata del proletariado o de que actúen, así sea por un momento, como simples "órganos de la democracia".

Pero ese contraste apenas insinuado entre Marx y Stephan Born en nuestro país está más desarrollado por cuanto es más potente la corriente proletaria en el torrente democrático de nuestra revolución. Al referirse al probable descontento de Marx y Engels por la agitación de Stephan Born, Mehring se expresa de una forma demasiado suave y evasiva. He aquí lo que escribía Engels sobre Born en 1885 (prólogo a *Entwürfe über den Kommunismusprozess in Köln*, Zúrich, 1885):

Los miembros de la Liga de los Comunistas estaban en todas partes a la cabeza del movimiento democrático más extremo, demostrando con esto que la Liga era una excelente escuela de actividad revolucionaria. El tipógrafo Stephan Born, militante activo de la Liga en Bruselas y París, fundó en Berlín una "Hermandad Obrera" (*Arbeiterverbrüderung*), que logró notable extensión y se mantuvo hasta 1850. Born, joven de talento, se apresuró demasiado, sin embargo, a actuar como político. Con tal de reunir gente a su alrededor, "fraternizaba" con un montón de elementos de lo más dispares (*Kretz und Fleth*).

No era, ni mucho menos, una de esas personas capaces de introducir la unidad en tendencias contradictorias, la luz en el caos. Por ese motivo, en las publicaciones oficiales de su asociación se confundían y embrollaban habitualmente los puntos de vista del *Manifiesto Comunista* con reminiscencias y aspiraciones estrictamente gremiales, con fragmentos de las ideas de Louis Blanc y Proudhon, con la defensa del proteccionismo, etc.; en una palabra, esta gente quería contentar a todo el mundo (*Allen alles sein*). Se ocupaban particularmente de organizar *húedges*, *sindnatos*, *cooperativas de producción*, olvidando que la tarea consistía ante todo en conquistar, por medio de la victoria política, primeramente el terreno sobre el cual se podrían realizar, sólida y firmemente, cosas como esas [la cursiva es nuestra]. Y cuando las victorias de la reacción obligaron a los líderes de esa hermandad a sentir la necesidad de participar directamente en la lucha revolucionaria, naturalmente la masa atrasada que estaba agrupada a su alrededor los abandonó. Born participó en la insurrección de Dresde, en mayo de 1849, y se salvó por una feliz casualidad. La Hermandad Obrera se mantuvo al margen del gran movimiento político del proletariado como una asociación aislada que, en su mayor parte, existía sólo en el papel y su desempeño era tan secundario que la reacción sólo consideró necesario suprimirla en 1850, y sus secciones filiales no fueron disueltas hasta muchos años después. Born (cuyo nombre real es Buttermilch³⁶) no consiguió figuración política y terminó siendo un modesto profesor suizo que, en vez de traducir a Marx al idioma gremial, traduce al plácido Renan a un alemán almidonado.

¿Tal era el juicio de Engels sobre las dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática!

Nuestros neoisristas tienden también hacia el "economismo" con más celo que inteligencia, haciéndose acreedores de las alabanzas de la burguesía monárquica por su "lucidez". Ellos también reúnen a su alrededor los elementos más dispares, adulan a los "economistas", atraen demagógicamente a la masa atrasada con las consignas: "Iniciativa", "democratismo", "autonomía", etc., etc. Sus asociaciones obreras existen también, muy a menudo, solamente a lo Khlestakov, en las páginas de la nueva *Zebra*. Sus consignas y resoluciones ponen de manifiesto idéntica incomprensión de los objetivos del "gran movimiento político del proletariado".

36 Al traducir a Engels, cometí un error en la primera edición, tomando la palabra "Buttermilch", no como su nombre propio, sino como un apodo. Este error ha proporcionado, naturalmente, gran satisfacción a los mencheviques. Kautsky ha escrito que yo "había profundizado a Engels" (publicado en la recopilación titulada *En diez años*) y Plejanov, incluso ahora, recuerda este error en *Zemskí*; en una palabra, se ha encontrado un excelente pretexto para distraer la atención de las dos tendencias en el movimiento obrero del 48 en Alemania: la tendencia de Born (afín a nuestros economistas) y la tendencia marxista. Aprovechar los errores del adversario, aunque sólo sea en lo del nombre de Born, es más que natural. Pero distraer la atención de la esencia del problema de las dos tácticas con caricaturas a la traducción es tanto como rebuirl el fondo de la discusión (nota de Lenin a la edición de 1907).

HUELGA POLÍTICA Y LUCHA CALLEJERA EN MOSCÚ¹

Los acontecimientos revolucionarios de Moscú son el primer relámpago de la tempestad que ilumina un nuevo campo de batalla. La promulgación de la ley sobre la Duma de Estado y la concertación de la paz marcaron el comienzo de una nueva fase en la historia de la revolución rusa. La burguesía liberal, fatigada ya por la persistente lucha de los obreros e intranquila ante el fantasma de la "revolución ininterrumpida", suspiró aliviada y aceptó con júbilo la limosna que le arrojaron. Comenzó en toda la línea la lucha contra la idea del boicot, se inició un evidente viraje del liberalismo hacia la derecha. Es lamentable, pero hasta entre los socialdemócratas hay elementos inestables (en el campo de los *neoisristas*), dispuestos a apoyar en determinadas condiciones a estos traidores burgueses a la revolución y a "tomar en serio" la Duma de Estado. Es esperable que los acontecimientos de Moscú han de avergonzar a los escépticos y ayudarán a los vacilantes a apreciar debidamente el estado de cosas en el nuevo campo de batalla. Ante la primera gran acción revolucionaria del proletariado se disiparon los sueños de los intelectuales anémicos sobre la posibilidad de elecciones populares bajo la autocracia y las ilusiones de los liberales obtusos sobre la significación básica de la Duma de Estado.

Nuestras informaciones sobre los sucesos de Moscú son ahora (12 de octubre, según el nuevo calendario) todavía muy escasas. Se reducen a comunicados breves, y con frecuencia contradictorios, de los periódicos extranjeros y a informaciones de la prensa legal que pudieron filtrarse a través del tamiz de la censura, dando cuenta de la iniciación del movimiento. Una cosa es indudable: la lucha de los obreros moscovitas, en su fase inicial, siguió el derrotero ya habitual en este último año revolucionario. El movimiento obrero ha puesto su sello a toda la revolución rusa. Habiendo comenzado por huelgas dispersas, se desarrolló con rapidez hasta llegar, por un lado, a las huelgas de masas y, por otro, a las manifestaciones callejeras. En 1905, la forma plenamente cristalizada del movimiento es la huelga política, que se va transformando ante nuestros ojos en insurrección. Mientras que el movimiento obrero de Rusia en su conjunto ha necesitado diez años para elevarse hasta el grado actual (que, por cierto, está muy lejos aún de ser el definitivo), ahora el movimiento en diversas zonas del país se ha elevado, en pocos días, de la simple huelga a un gigantesco estallido revolucionario.

¹ Publicado en *Pravda* N.º 21, 17 (4) de octubre de 1905.

Según se nos informa, la huelga de los tipógrafos de Moscú fue iniciada por obreros políticamente atrasados. Pero el movimiento se les escapó muy pronto de las manos, se transformó en un amplio movimiento sindical al que se unieron los obreros de otros gremios. La acción inevitable de los obreros en la calle, aunque sólo fuera para informar a sus camaradas no enterados todavía de la huelga, se convirtió en una manifestación política con canciones y discursos revolucionarios. Sube a la superficie la indignación, largo tiempo contenida, contra la vil comedia de las elecciones "populares" a la Duma de Estado. La huelga de masas crece hasta convertirse en una movilización masiva de luchadores por la verdadera libertad. Aparece en escena el estudiantado radical, que también en Moscú aprobó no hace mucho una resolución idéntica a la de San Petersburgo; con el lenguaje de ciudadanos libres y no de funcionarios rastreros, dicha resolución anatematiza a la Duma de Estado como un insolente escarnio del que se quiere hacer víctima al pueblo y exhorta a luchar por la república, por la convocatoria de una asamblea de verdad popular y de verdad constituyente, por un Gobierno provisional revolucionario. Comienza en las calles la lucha del proletariado y las capas avanzadas de la democracia revolucionaria contra el Ejército y la Policía zaristas.

El movimiento en Moscú se desarrolló así: el sábado 24 de septiembre (7 de octubre) además de los tipógrafos pararon las fábricas de la industria del tabaco y los tranvías y comenzó la huelga de panaderos. Por la tarde se celebraron grandes manifestaciones en las que, además de los obreros y estudiantes, participó un gran número de personas "extrañas" (los obreros revolucionarios y los estudiantes radicales ya no se consideran ajenos entre sí en las acciones populares abiertas). Los cosacos y gendarmes dispersaban sin cesar a los manifestantes, pero estos se reagrupaban. La muchedumbre opuso resistencia a la Policía y a los cosacos; se hicieron disparos de revólver y resultaron heridos muchos policías.

El domingo 25 de septiembre (8 de octubre) los acontecimientos adquirieron de pronto un cariz amenazador. A las once de la mañana comenzaron las concentraciones obreras en las calles. La multitud cantaba *La Marsellesa*. Se improvisaron mítines revolucionarios. Fueron destrozadas las imprentas cuyo personal se niega a secundar la huelga. El pueblo asaltó las panaderías y armerías: los obreros necesitan (tal como dice la canción revolucionaria francesa) pan para vivir y armas para luchar por la libertad. Los cosacos sólo consiguieron disolver a los manifestantes después de la más tenaz resistencia. En la calle Tverskaya, cerca de la residencia del gobernador general, se produjo una verdadera batalla. Junto a la panadería de Filippov se congregó una multitud de obreros panaderos, quienes, como declaró después la administración de esa panadería, habrían salido pacíficamente a la calle tras suspender el trabajo en señal de solidaridad con los huelguistas. Un destacamento de cosacos atacó a la multitud. Los obreros penetraron en el edificio, subieron al tejado y al desván y arrojaron piedras contra los soldados. La casa fue sitiada en toda la regla.

La tropa abrió fuego contra los obreros. Quedaron cortadas todas las comunicaciones. Dos compañías de granaderos efectuaron un movimiento envolvente, penetraron en la casa por la puerta trasera y tomaron la posición enemiga. Fueron detenidos ciento noventa y dos obreros, ocho de los cuales resultaron heridos; dos obreros fueron muertos. También en la Policía y las tropas hay heridos, entre ellos, mortalmente, el jefe de una compañía de gendarmes.

Desde luego, estas informaciones son muy incompletas. Por telegramas particulares, reproducidos en algunos periódicos extranjeros, sabemos que las ferocidades de los cosacos y soldados no tuvieron límites. La administración de la panadería de Filippov protestó públicamente contra los injustificados desmanes de la tropa. Un respetable periódico belga informa que los porteros enviaron dedicados a limpiar en las calles las huellas de sangre: este pequeño detalle —dice el periódico—, más que extensas informaciones, testimonia la gravedad de la lucha. *Vísavárto* comunica, basándose en noticias no oficiales recogidas por los periódicos, que en la Tverskaya se batieron diez mil huelguistas contra un batallón de infantería. Las tropas efectuaron varias descargas. Las ambulancias no daban abasto. El número aproximado de muertos se estima en cincuenta y el de heridos, en seiscientos. Se informa que los detenidos fueron conducidos a los cuarteles, obligados a pasar entre filas de soldados y apaleados de manera despiadada y bestial. También se dice que durante la refriega en las calles los oficiales se distinguieron por su crueldad inhumana, inclusive con las mujeres (telegrama del enviado especial del periódico burgués conservador *Le Temps*, fechado en San Petersburgo el 10 de octubre [27 de septiembre]).

Las informaciones sobre los sucesos de las jornadas posteriores son aún más escasas. La indignación de los obreros creció en proporciones enormes y se extendió el movimiento; el Gobierno tomó medidas para prohibir y retacar todas las noticias. Los periódicos extranjeros han señalado sin ambages las contradicciones entre los despachos tranquilizadores de las agencias oficiales (a las que se prestó crédito durante cierto tiempo) y las noticias transmitidas a San Petersburgo por teléfono. Gaston Leroux telegrafió al periódico parisíense *Le Matin* que la censura estaba haciendo prodigios para impedir la difusión de noticias, por poco alarmantes que fueren. El lunes 26 de septiembre (9 de octubre) —dijo este periodista— fue uno de los días más sangrientos de la historia de Rusia. Se luchó en todas las calles principales e incluso en las inmediaciones de la casa del gobernador general. Los manifestantes desplegaron una bandera roja. Hubo muchos muertos y heridos.

Las informaciones de otros periódicos son contradictorias. Lo único indudable es que la huelga se amplía. A ella se incorporan la mayoría de los obreros de las grandes fábricas e inclusive los de las pequeñas empresas. Paron los ferroviarios. La huelga se hace general (martes 10 de octubre —27 de septiembre— y miércoles).

La situación es extremadamente grave. El movimiento se extiende a San Petersburgo; los obreros de la fábrica San-Galli ya suspendieron el trabajo.

Por el momento, a esto se limitan nuestras informaciones. Sobre la base de ellas no cabe ni pensar, claro está, en una apreciación completa de los acontecimientos de Moscú. No se puede decir aún si constituyen un ensayo general de firme ofensiva proletaria contra la autocracia o el comienzo de esa ofensiva; si son una simple propagación de los medios "corrientes" de lucha, que expresamos más arriba, a una nueva zona de la Rusia central, o el comienzo de una forma superior de lucha, de una insurrección más decidida.

La respuesta a estas preguntas la dará un futuro probablemente no lejano. Una cosa es indudable: el crecimiento de la insurrección, la ampliación de la lucha, la agudización de sus formas es una realidad permanente. El proletariado se abre camino en toda Rusia mediante esfuerzos heroicos, mostrando aquí y allá en qué dirección puede desarrollarse y sin duda se ha de desarrollar la insurrección armada. Por cierto, incluso la forma actual de lucha, producto del movimiento de las masas obreras, asesta al zarismo golpes muy fuertes. La guerra civil ha adquirido la forma de una guerra de guerrillas desesperadamente obstinada que se libra en todas partes. La clase obrera no da tregua al enemigo, interrumpe la vida industrial, paraliza constantemente la administración local, crea en todo el país un estado de alarma y moviliza nuevas fuerzas para la lucha. Ningún Estado puede resistir durante largo tiempo semejante embestida, y menos aún el putrefacto Gobierno zarista, al que uno tras otro abandonan sus antiguos partidarios. Y si a la burguesía monárquica liberal la lucha le parece a veces demasiado persistente, si la asusta la guerra civil y este estado de alarmante inseguridad en que vive el país, para el proletariado revolucionario la continuación de este estado de cosas, la prolongación de la lucha, es una necesidad vital. Si entre los ideólogos de la burguesía comienzan a aparecer quienes pretenden sofocar el incendio revolucionario con su prédica de progreso pacífico legal y se preocupan de amortiguar la crisis política en vez de agudizarla, el proletariado con conciencia de clase, que nunca ha dudado de la naturaleza traicionera del amor burgués a la libertad, seguirá con firmeza hacia adelante, levantando y llevando tras de sí a los campesinos, sembrando la descomposición en las filas del Ejército zarista. La lucha tenaz de los obreros, las constantes huelgas y manifestaciones, las insurrecciones parciales, todas estas batallas y escaramuzas de prueba, por decirlo así, incorporan inevitablemente al Ejército a la vida política y, por consiguiente, al ámbito de los problemas revolucionarios. La experiencia de la lucha alecciona con mayor rapidez y profundidad que años enteros de propaganda en condiciones distintas. La guerra exterior ha terminado, pero es evidente que el Gobierno teme el retorno de los prisioneros y la repatriación del ejército de Manchuria, en cuyas filas son cada vez más frecuentes los indicios de un espíritu revolucionario. Los proyectos de colonias agrícolas en Siberia para los soldados y oficiales del ejército de Manchuria no pueden sino acentuar la efervescencia, aun en el caso de que dichos proyectos no pasen de tales. La movilización no cesa a pesar de haberse firmado la paz. Cada día es más claro que el Ejército es necesario total y exclu-

ivamente *contra la revolución*. Y en estas condiciones, los revolucionarios nada tenemos en contra de la movilización, estamos dispuestos inclusive a darle la bienvenida. Al aplazar el desenlace a costa de incorporar a la lucha nuevas y nuevas unidades del Ejército, al habitar a la guerra civil a un número cada vez mayor de tropas, el Gobierno, lejos de destruir la fuente de todas las crisis, amplía el terreno para ellas. El Gobierno obtiene una prórroga a costa de ampliar inevitablemente el campo de lucha y de agudizar la misma. El Gobierno empuja a la acción a los más atrasados e ignorantes, a los más sumisos e inertes en el sentido político, y la lucha los instruye, los pone en movimiento y los reanima. En la medida en que se prolongue este estado de guerra civil se irán destacando en el Ejército contrarrevolucionario una gran cantidad de neutrales y un núcleo de combatientes de la revolución.

El curso de la revolución rusa en los últimos meses testimonia que la fase a que se ha llegado ahora no es, ni puede ser, la fase superior. El movimiento está en una etapa ascendente, como lo estuvo desde el 9 de enero. Entonces vimos por primera vez un movimiento que asombró al mundo por la unanimidad y cohesión de las grandes masas obreras en lucha por reivindicaciones políticas. Pero ese movimiento carecía aún en grado sumo de conciencia en el sentido revolucionario y era impotente en cuanto al armamento y a la preparación militar. Polonia y el Cáucaso ofrecieron el modelo de una lucha en un plano más elevado, en la que el proletariado comenzó en parte a actuar armado y la guerra adquirió un carácter prolongado. La insurrección de Odesa se destacó por la aparición de un nuevo e importante factor de éxito: el paso de una parte de las tropas al lado del pueblo. Ciertamente no produjo éxitos de inmediato: todavía no había sido resuelto el difícil problema de "combinar las fuerzas navales y terrestres" (una de las tareas más arduas hasta para un Ejército regular), pero fue planteado, y todos los síntomas indican que los sucesos de Odesa no quedarán como un caso aislado. La huelga de Moscú nos muestra la extensión de la lucha a una zona "auténticamente rusa", cuya estabilidad fue durante tanto tiempo motivo de alegría para los reaccionarios. La acción revolucionaria en esa zona reviste una importancia inmensa por el simple hecho de que reciben su bautismo de fuego las masas de un proletariado menos activo, concentrado en una región relativamente pequeña y en cantidad que no tiene igual en ninguna otra parte de Rusia. El movimiento comenzó en San Petersburgo, abarcó la periferia de toda Rusia, movilizó a Riga, Polonia, Odesa y el Cáucaso, y ahora el incendio se ha propagado al corazón mismo de Rusia.

La vergonzosa comedia de la Duma de Estado parece aún más odiosa al lado de esta verdadera acción revolucionaria de la clase auténticamente avanzada y dispuesta a la lucha. Va siendo una realidad la unión del proletariado con la democracia revolucionaria, unión de la que reiteradas veces hemos hablado. Los estudiantes radicales, que tanto en San Petersburgo como en Moscú aceptaron las consignas de la socialdemocracia revolucionaria, constituyen la vanguardia de todas las fuerzas democráticas. Despreciando la vileza de los

reformistas "demócratas constitucionalistas" que han aceptado la Duma de Estado, estas fuerzas gravitan hacia una lucha verdadera y decidida contra el enemigo jurado del pueblo ruso en lugar de hacia una política de negociación con la autocracia.

Obsérvese a los profesores liberales, rectores, vicerrectores y toda esa compañía de los Trubetskoi, Manuilov y otros... Son los mejores hombres del liberalismo y del Partido Demócrata-constitucionalista, hombres de ideas, los más instruidos, los más desinteresados, los más emancipados de la presión directa de los intereses e influencias de la bolsa de dinero. ¿Y cómo se comportan esos mejores hombres? ¿Cómo utilizan el primer poder, el poder de administrar las universidades que les fue conferido por elección? Atemorizados por la revolución, temiendo que el movimiento se agudice y amplíe, tratan de apagar el incendio y de apaciguar, por lo que reciben insultos bien ganados en forma de elogios de los príncipes Meschersky.

Y fueron bien castigados esos filisteos de la ciencia burguesa. Clausuraron la Universidad de Moscú por temor a una matanza en su recinto, pero con eso sólo provocaron una matanza incomparablemente mayor en la calle. Quisieron sofocar la revolución en la universidad, pero sólo lograron encenderla en la calle. Junto con los señores Trepov y Romanov, a quienes ahora quieren convencer de que es necesaria la libertad de reunión, se han metido en un atolladero: si cierran la universidad, abren el camino para la lucha en las calles; si abren la universidad, esta será una tribuna para reuniones revolucionarias populares que promoverán a nuevos y aún más decididos combatientes por la libertad.

¡El ejemplo de esos profesores liberales es muy ilustrativo para valorar nuestra Duma de Estado! ¿No está claro ahora, después de la experiencia de las universidades, que los liberales y kadetes temen por el "destino de la Duma" del mismo modo que esos lamentables paladines de la ciencia barata temieron por el "destino de las universidades"? ¿No está claro ahora que los liberales y kadetes no pueden usar la Duma para otra cosa que la prédica aún más amplia, aún más maloliente del pacífico progreso legal? ¿No está claro ahora cuán ridículas son las esperanzas de convertir a la Duma en una asamblea revolucionaria? ¿No está claro ahora que para "influir" sobre el viejo régimen autocrático en su conjunto, y no particularmente sobre la Duma ni sobre las universidades, hay un solo camino, el camino que señalan los obreros de Moscú, el camino de la insurrección popular? Por este camino se llegará a algo más que obligar a los Manuilov a pedir la libertad de reunión en las universidades y a los Petrunkevich a pedir en la Duma la libertad para el pueblo: por este camino se conquistará la auténtica libertad para el pueblo.

Los acontecimientos de Moscú han mostrado el verdadero agrupamiento de las fuerzas sociales: los liberales hicieron gestiones en nombre del Gobierno ante los radicales, exhortándolos a desistir de la lucha revolucionaria. Los radicales lucharon en las filas del proletariado. No olvidemos, pues, esta lección: también se relaciona directamente con la Duma de Estado.

Que los Petrunkevich y demás kadetes se dediquen a jugar al parlamentarismo en la Rusia autocrática; los obreros librarán una lucha revolucionaria por la soberanía real del pueblo.

Sea cual fuere el final del estallido insurreccional en Moscú, de cualquier modo el movimiento revolucionario resurgirá más fortalecido, se extenderá a regiones más amplias, reunirá nuevas fuerzas. Supongamos inclusive que en estos momentos las tropas zaristas estén festejando en Moscú una victoria completa; unas cuantas victorias como esa y el derrumbe total del zarismo será un hecho. Y ese será entonces el derrumbe verdadero, efectivo, de toda la herencia de la servidumbre, la autocracia y el oscurantismo, y no ese decrepito, cobarde e hipócrita remiendo de harapos putrefactos con que los burgueses liberales tratan de seducirse a sí mismos y a los demás. Supongamos inclusive que el correo de mañana nos traiga la penosa noticia de que el estallido insurreccional fue reprimido una vez más. Exclamaremos entonces, una vez más, ¡viva la insurrección!

SOBRE LA REORGANIZACIÓN DEL PARTIDO¹

Octubre
1906
N.º 14
P. 101-102

Las condiciones en que debe desarrollar su actividad nuestro partido se han modificado radicalmente. Se han conquistado la libertad de reunión, de asociación, de prensa. Naturalmente, estos derechos son muy precarios, y confiar en las actuales libertades sería una locura, si no un crimen. Aún nos espera la lucha decisiva, y la preparación para esa lucha debe ser puesta en primer plano. El aparato clandestino del Partido debe ser mantenido. Pero, al mismo tiempo, es absolutamente necesario aprovechar al máximo las relativamente amplias posibilidades actuales. Es absolutamente necesario crear, además del aparato clandestino, nuevas organizaciones de partido (y organizaciones vinculadas al Partido), legales y semilegales. Salvo que realicemos esto no podemos pensar que lograremos adaptar nuestra actividad a las nuevas condiciones o resolver las nuevas tareas...

Para dar una nueva base a la organización es necesario un nuevo congreso del Partido. De acuerdo con los estatutos, los congresos deben realizarse anualmente; el próximo fue fijado para mayo de 1906, pero en estos momentos es imprescindible adelantar su realización. Si no aprovechamos el momento, si dejamos pasar la oportunidad, esa necesidad de organizarse, que los obreros sienten de modo tan acuciante, puede adquirir formas falsas y peligrosas, puede fortalecer a los "independientes", etc. Debemos apresurarnos a organizarnos de una manera nueva, debemos someter a una discusión general los nuevos métodos, debemos trazarnos de manera audaz y resuelta la "nueva línea".

El llamamiento dirigido al Partido, que se publica en este número y lleva la firma del Comité Central de nuestro partido, define esta nueva línea, según mi profunda convicción, con todo acierto. Nosotros, los representantes de la socialdemocracia revolucionaria, los partidarios de la "mayoría", hemos dicho repetidamente que la democratización total del Partido era imposible en las condiciones del trabajo clandestino; que en tales condiciones el "principio electivo" es sólo una frase². Y la vida ha confirmado nuestras palabras. Algunos expartidarios de la minoría ya han reiterado en las publicaciones (véase el folleto escrito por "un obrero", con prólogo de Axelrod, la carta firmada por "un obrero, uno

1 Publicado en *Nuestro Lucha*, números 9, 13 y 14, del 10, 15 y 16 de noviembre de 1905.

2 Ver en el presente tomo *¿Qué hacer?*, "E. La organización 'anarquista' y el 'democrático'", en el apartado IV, "Los métodos artesanales de trabajo de los economistas y la organización de los revolucionarios" [NII].

de muchos" en *Izba* y el folleto *Los obreros opinan sobre la excisión en el Partido*) que no se había logrado llevar a la práctica una democratización verdadera, ni un verdadero principio electivo. Pero nosotros, los bolcheviques, siempre hemos afirmado que en nuevas condiciones, cuando se lograsen libertades políticas, sería indispensable adoptar el principio electivo; las actas del III Congreso del POSDR³ lo demuestran en forma convincente, si es necesaria tal demostración.

Por lo tanto, la tarea es clara: conservar por el momento el aparato clandestino y desarrollar un nuevo aparato, el legal. En cuanto al congreso, esta tarea (cuya realización concreta exige, por cierto, capacidad práctica y conocimiento de todas las condiciones de lugar y tiempo) se enuncia así: convocar el IV Congreso sobre la base de los estatutos y al mismo tiempo comenzar inmediatamente a aplicar el principio electivo⁴. El CC ha resuelto este problema: los miembros de los comités, formalmente como representantes de organizaciones plenamente autorizadas y en los hechos como representantes de la continuidad del Partido, asistirán al congreso con derecho a voto. Los delegados elegidos por *todos* los miembros del Partido y, por consiguiente, por la masa de obreros integrantes de este, son *invitados* por el CC, en virtud del derecho que este tiene de hacerlo, a participar con voz pero sin voto. El CC ha declarado que propondrá inmediatamente al congreso que se conceda a estos delegados el derecho a voto. ¿Estarán de acuerdo con esto los delegados con plenos derechos de los comités?

El CC declara que, en su opinión, sin duda estarán de acuerdo. Por mi parte, estoy profundamente convencido de que así será. Es imposible no estar de acuerdo con tal cosa. Es imposible imaginar que la mayoría de los dirigentes del proletariado socialdemócrata no esté de acuerdo con esto. Estamos convencidos de que la voz de los militantes del Partido, que el periódico *Novaya Zhizn* refleja con tanto cuidado, demostrará muy pronto que nuestro punto de vista es justo: aun en caso de que se produjera una lucha en torno de un paso semejante (la transformación del derecho a voz en derecho a voto), el resultado es indudable.

Examínese esta cuestión desde otro ángulo, no desde el punto de vista formal, sino desde el punto de vista de su esencia. ¿Amenaza algún peligro a la socialdemocracia si se realiza el plan que proponemos?

Podría considerarse un peligro el hecho de que de pronto ingresara al Partido una gran cantidad de elementos no socialdemócratas. Entonces el Partido se diluiría en la masa y dejaría de ser el destacamento consciente de vanguardia, de la clase obrera, quedaría reducido al papel de furgón de cola. Este sería indudablemente un período lamentable en la vida del Partido. Y este peligro *podría* adquirir, por cierto, una importancia *muy seria si* entre nosotros

³ Se refiere al Congreso del POSDR que se reunió en Londres en los meses de abril y mayo de 1905. Fue organizado por los bolcheviques, mientras que los mencheviques se negaron a participar en el mismo y realizaron una conferencia en Ginebra [NdE].

⁴ El IV Congreso finalmente se realizó en abril-mayo de 1906 en Estocolmo. Se lo denominó Congreso de Unificación ya que en el mismo participaron bolcheviques, mencheviques, así como los partidos de las distintas nacionalidades no gran rusas: letones, polacos-lituanos, ucranianos, el Bund, entre otros [NdE].

hubiese propensión a la demagogia, si careciésemos por completo de normas partidarias (el programa, las normas tácticas, la experiencia organizativa) o si ellas fuesen débiles e inestables. Pero tales "si" no existen. Nosotros, los bolcheviques, no tenemos propensión a la demagogia; por el contrario, siempre hemos luchado decidida, abierta y directamente contra los más pequeños intentos de demagogia, hemos exigido de los nuevos afiliados al Partido una conciencia de clase, hemos insistido en la gran importancia de la continuidad en el desarrollo del Partido, hemos preconizado que *todos* sus miembros deben educarse y subordinarse a la disciplina en una de las organizaciones del Partido. Tenemos un programa firmemente instituido y oficialmente aceptado por todos los socialdemócratas y cuyas tesis cardinales no han suscitado ninguna crítica de fondo (la crítica de algunos puntos y formulaciones es algo legítimo y necesario en todo partido activo). Nuestras resoluciones sobre la táctica han sido consecuente y sistemáticamente elaboradas en los Congresos II y III y en el trabajo de muchos años de la prensa socialdemócrata.

Tenemos también cierta experiencia organizativa y una real organización que ha desempeñado un papel educativo y dado innegables frutos, hecho que puede no ser captado a primera vista pero negado sólo por quienes no ven o no quieren ver.

No, camaradas, no debemos exagerar ese peligro. La socialdemocracia ha ganado prestigio, ha creado un rumbo, ha formado cuadros obreros socialdemócratas. Y en los momentos actuales, cuando el heroico proletariado ha demostrado en los hechos que está dispuesto a luchar y que sabe combatir con espíritu solidario y firmeza por objetivos de los que tienen plena conciencia, que sabe luchar con espíritu netamente socialdemócrata, en tales momentos sería simplemente ridículo dudar de que los obreros que pertenecen a nuestro partido o aquellos que ingresen mañana por invitación del Comité Central serán socialdemócratas en el 99% de los casos. La clase obrera es instintiva y espontáneamente socialdemócrata y la labor de la socialdemocracia durante más de una década contribuyó —en no poca medida, por cierto— a transformar esa espontaneidad en conciencia. ¡No inventen horrores inexistentes, camaradas! No olviden que en todo partido activo y en proceso de desarrollo habrá siempre elementos de inestabilidad, duda y vacilación. Pero estos elementos, sometidos a la influencia del núcleo firme y cohesionado de los socialdemócratas, son susceptibles de ceder —y cederán— a dicha influencia.

Nuestro partido se estancó en la ilegalidad. En los últimos años se asfixió en ella, según la feliz expresión de uno de los delegados al III Congreso. La clandestinidad se desmorona. ¡Adelante, entonces, con audacia! Tomen las nuevas armas, distribúyanlas a la nueva gente, ensanchen sus bases de apoyo hasta abarcar a todos los obreros socialdemócratas, incorpórenlos a las filas de las organizaciones del Partido. Que sus delegados lleven nueva vida a las filas de nuestros organismos centrales, que penetre a través de ellos el fresco hálito de la joven Rusia revolucionaria. Hasta el presente, la revolución ha justificado y justi-

fica todos los postulados teóricos fundamentales del marxismo, todas las consignas esenciales de la socialdemocracia. Y ha justificado también *nuestro* trabajo, el trabajo de los socialdemócratas; ha justificado nuestra esperanza y nuestra fe en la auténtica disposición revolucionaria del proletariado. Dejemos de lado, entonces, todas las pequeríeces en esta necesaria reforma del Partido: emprendamos enseguida el nuevo camino. Esto no nos privará del viejo aparato clandestino (no cabe duda de que los obreros socialdemócratas lo admiten y lo aprueban: así lo ha demostrado la experiencia y la marcha de la revolución de manera cien veces más convincente que cualquier tipo de resoluciones y decisiones). Y esto nos dará también nuevas fuerzas jóvenes, surgidas de las entrañas mismas de la única clase verdaderamente revolucionaria —revolucionaria hasta el fin—, la que ha conquistado media libertad para Rusia, la que conquistará para ella plena libertad, la clase que la conducirá a través de la libertad hacia el socialismo!

II

La resolución del CC de nuestro partido sobre la convocatoria del IV Congreso del POSDR, publicada en *Novaya Zhizn* N.º 9, constituye un paso decisivo hacia la plena aplicación de los principios democráticos en la organización del Partido. Las elecciones de delegados al congreso (que llegarán a él inicialmente con derecho a voz sin voto, pero que luego recibirán, sin duda, el derecho al voto) deben ser realizadas en un mes. Por consiguiente, todas las organizaciones del Partido deben comenzar cuanto antes la discusión sobre los candidatos y las tareas del congreso. Convendrá tener muy en cuenta las nuevas tentativas por parte de la autocracia agonizante de suprimir las libertades prometidas, de lanzarse al ataque contra los obreros revolucionarios y particularmente contra sus dirigentes. Por ello, no creemos oportuno (salvo en casos especiales) hacer públicos los verdaderos nombres de los delegados. Mientras los Centurias Negras estén en el poder no podemos renunciar a los pseudónimos, a los que nos acostumbró la época de la esclavitud política. Tampoco estaría de más elegir esta vez, como en el pasado, candidatos a delegados para el caso de *arrestos*. Pero no nos detendremos mucho en todas las medidas de precaución, propias de la clandestinidad, porque los camaradas, que conocen las condiciones locales del trabajo, sabrán superar fácilmente las eventuales dificultades. Los camaradas que poseen una vasta experiencia de trabajo revolucionario bajo la autocracia deben ayudar con sus consejos a todos los que se inician en la labor socialdemócrata en la nueva situación de "libertad" (por ahora libertad entre comillas). Se sobreentiende que en estos casos es preciso que nuestros camaradas de los comités procedan con mucho tacto: las anteriores prerrogativas formales pierden ahora su significación y a menudo es necesario comenzar "de nuevo", *demostrar* a las amplias capas de camaradas recién incorporadas al Partido toda la importancia de un programa, una táctica

y una organización socialdemócratas probados. Es preciso no olvidar que hasta ahora hemos estado en contacto demasiado a menudo sólo con revolucionarios provenientes de una capa social determinada, mientras que ahora nos vincularemos con representantes típicos de la masa: este cambio impone que modifiquemos, no sólo los métodos de propaganda y agitación (necesidad de un lenguaje más popular, capacidad para presentar un problema, para explicar de la manera más simple, clara y convincente las verdades fundamentales del socialismo), sino también los de organización.

En este artículo quiero detenerme en uno de los aspectos de las nuevas tareas de organización. La resolución del CC invita al congreso a delegados de *todas* las organizaciones del Partido y llama a *todos* los obreros socialdemócratas a incorporarse a esas organizaciones. Para que este excelente propósito pueda hacerse realidad no es suficiente una simple "invitación" a los obreros, no basta con que aumente el número de organizaciones del viejo tipo. No; para ello es necesario que todos los camaradas elaboren en común, de modo independiente y creador, las *nuevas* formas de organización. Aquí no se pueden dar normas predeterminadas, porque todo es nuevo; aquí debe aplicarse el conocimiento de las condiciones locales y, lo que es fundamental, la iniciativa de *todos* los miembros del Partido. Esta nueva forma de organización o, con más exactitud, esta nueva forma de célula básica de la organización del partido obrero debe ser indiscutiblemente más amplia en comparación con los viejos círculos. Además, es probable que la nueva célula deba adoptar formas orgánicas menos rígidas, más "libres", más *lax*⁵. Si hubiese plena libertad de asociación, si los derechos civiles del pueblo estuviesen plenamente asegurados, entonces, por supuesto, tendríamos que crear en todas partes asociaciones socialdemócratas (no sólo sindicales, sino políticas, de partido). En las condiciones actuales es preciso luchar para acercarnos a ese objetivo por todos los caminos y medios disponibles.

Es necesario estimular inmediatamente la iniciativa de todos los militantes del Partido y de todos los obreros que simpatizan con la socialdemocracia. Hay que organizar sin demora en todas partes conferencias, charlas, mítines y *grandes* asambleas para informar acerca del IV Congreso del POSDR, exponer los objetivos del congreso en la forma más popular y accesible, señalar la nueva forma de organización del congreso, llamar a todos los socialdemócratas a participar en la estructuración, sobre nuevas bases, de un partido socialdemócrata verdaderamente proletario. Una labor de esta naturaleza nos dará un cúmulo de experiencias: promoverá en el curso de dos o tres semanas (si se trabaja con energía) nuevos cuadros socialdemócratas surgidos del seno de la clase obrera; reanimará en sectores mucho más amplios el interés hacia el partido socialdemócrata, que hemos decidido reconstruir junto con todos los camaradas obreros. Inmediatamente se planteará en todas las reuniones la creación de asociaciones, organizaciones, grupos de partido. Cada asociación, cada organización, cada

5 En alemán: *lojo*, suelto [Ndt].

grupo, procederá enseguida a elegir un secretariado, una dirección o una comisión directiva, en una palabra, un organismo central permanente para dirigir los problemas de la organización, para mantener los vínculos con los organismos locales del Partido, recibir y distribuir la literatura del Partido, recaudar los aportes necesarios para la labor del mismo, organizar reuniones, conferencias, informes y, finalmente, para preparar la elección de un delegado al congreso del Partido. Los comités deberán preocuparse, naturalmente, de ayudar a cada una de esas organizaciones, de proveerlas de materiales para que conozcan qué es el POSDR, cuál es su historia y cuáles sus grandiosos objetivos actuales.

Por otra parte, es hora de ocuparse también de crear fuertes puntos de apoyo locales de tipo económico, por así decirlo, para las organizaciones obreras socialdemócratas, en forma de comedores, cafeterías, cervecerías, bibliotecas, salas de lectura, *klub*, etc., sostenidas por los miembros del Partido. No debe olvidarse que, además de ser perseguidos por la Policía "autocrática", los obreros también lo serán por los patrones "autocráticos", que despedirán a los agitadores, y, por lo tanto, es de suma importancia crear bases lo más independientes posibles de la arbitrariedad de los empleadores.

En suma, nosotros, los socialdemócratas, debemos aprovechar al máximo la ampliación actual de la libertad de acción y, cuanto más asegurada esté esa libertad, con tanto mayor energía plantcaremos la consigna "¡ir hacia el pueblo!". Ahora la iniciativa de los propios obreros se manifestará en una proporción que nosotros, los conspiradores y "miembros de pequeños círculos" de ayer ni siquiera hubiéramos podido imaginar. Ahora la influencia de las ideas del socialismo se ejerce y se ejercerá sobre las masas del proletariado por vías que muchas veces no podremos prever. Según las circunstancias tendremos que preocuparnos por asegurar una mejor distribución de los intelectuales socialdemócratas⁶ para que no pierdan el tiempo donde el movimiento ya está encaminado y puede, si cabe la expresión, valerse por sí mismo, y para que vayan "a los estratos inferiores", allí donde el trabajo es más duro, las condiciones más difíciles, mayor la necesidad de gente experta y bien informada, donde las fuentes de luz son menores, donde la vida política es más débil. Ahora debemos "ir hacia

6 Ignoro el término ruso correspondiente y llamo "tiro" a los locales destinados al tiro al blanco, provistos de todo tipo de armas, donde quien lo desee, mediante el pago de una módica suma, puede practicar tiro con revólver o escopeta. En Rusia ha sido declarada la libertad de reunión y de asociación. Los ciudadanos tienen derecho de reunirse para aprender a tirar; eso no constituye una amenaza para nadie. En cualquier ciudad importante de Europa existen estos "tiros": en los sótanos de los edificios de vivienda, a veces en las afueras de la ciudad, etc. Y no estará de más que los obreros aprendan a tirar y a manejar armas. Es claro que sólo podremos ocuparnos seriamente de esto cuando esté asegurada la libertad de asociación y podamos llevar ante los tribunales a cualquier policía infame que se atreva a cerrar tales instituciones.

7 En el III Congreso del Partido expresé el deseo de que en los comités de este hubiese aproximadamente ocho obreros por cada dos intelectuales. ¡Cómo creció esa sugerencia!

Hoy sería de desear que en las nuevas organizaciones del Partido por cada miembro proveniente de la intelectualidad socialdemócrata hubiera varios centenares de obreros socialdemócratas.

el pueblo", tanto en el caso de que haya elecciones en las que participe toda la población, hasta la de los lugares más apartados, como (y esto es más importante aún) en el caso de una lucha abierta, para paralizar la tendencia reaccionaria de la Vendée provinciana y para asegurar la difusión en todo el país, en toda la masa del proletariado, de las consignas que surjan de los grandes centros.

Por supuesto, todos los extremos son malos; para organizar las cosas de un modo sólido y "ejemplar", aun ahora tendremos que concentrar con frecuencia las mejores fuerzas en este o aquel centro importante. La experiencia nos indicará qué proporción corresponde observar en este sentido. Nuestra tarea actual no es tanto inventar normas para organizar sobre nuevas bases como desplegar la más amplia y audaz labor que nos permita en el IV Congreso resumir y ordenar los hechos que nos brinda la experiencia del trabajo del Partido.

III

En las dos primeras partes hemos analizado la significación general del principio electivo en el Partido y la necesidad de nuevas células y formas de organización. Examinemos ahora otro problema muy candente, o sea, el de la unificación del Partido.

Para nadie es un secreto que la enorme mayoría de los obreros socialdemócratas está muy disconforme con la escisión en el Partido y exige su unificación. Para nadie es un secreto que la escisión provocó cierta indiferencia de los obreros socialdemócratas (o dispuestos a convertirse en socialdemócratas) hacia el Partido.

Los obreros perdieron casi todas las esperanzas de que las "cumbres" del Partido lleguen a unificarse por sí solas. La necesidad de unificarse fue reconocida oficialmente por el III Congreso del POSDR y por la conferencia de los mencheviques en mayo de este año. Desde entonces transcurrieron seis meses, pero en materia de unificación no se dio un paso adelante. No es extraño que los obreros hayan comenzado a manifestar impaciencia ante ese hecho. No es extraño que "un obrero, uno de muchos", que escribió acerca de la unificación en *Laba* y en un folleto editado por la "mayoría" (*Los obreros opinan sobre la escisión en el Partido*, edición del CC, Ginebra, 1905), haya amenazado, finalmente, a la intelectualidad socialdemócrata con el "puño desde abajo". Para ciertos socialdemócratas (los mencheviques) esa amenaza no fue entonces de su agrado; otros (los bolcheviques) la hallaron legítima y completamente justa en lo fundamental.

Creo que ha llegado el momento en que los obreros socialdemócratas *auténticos* pueden y deben realizar su propósito (no digo "amenaza" porque esa palabra suena a acusación, a demagogia, y debemos evitar por todos los medios tanto lo uno como lo otro). En efecto, ha llegado, o al menos está por llegar, el momento en que el principio electivo puede ser aplicado en la organización del Partido, no de palabra, sino en los hechos; no como una frase hermosa

pero hueca, sino como un principio verdaderamente nuevo, verdaderamente renovador, que amplíe y refuerce los vínculos del Partido. La "mayoría", personificada en el CC, ha llamado directamente a la inmediata aplicación e implantación del principio electivo. La minoría marcha por el mismo camino. Y es sabido que los obreros socialdemócratas constituyen la enorme, la aplastante mayoría en todas las organizaciones socialdemócratas, asambleas, mítines, comités, etcétera.

Quiere decir que ya existe la posibilidad no sólo de *comenzar* de la necesidad de unificarse, no sólo de conseguir la *promesa* de unirse, sino de *unir* en la práctica, por simple decisión de la mayoría de los obreros organizados en ambos sectores. En esto no habría "imposición" alguna, porque en general la necesidad de la unidad fue reconocida por todos y los obreros sólo deben resolver en la práctica un problema ya resuelto en la teoría.

La relación entre la función de los intelectuales y la del proletariado (obrerros) en el movimiento obrero socialdemócrata quizá puede ser expresada con bastante precisión en la siguiente fórmula general: la intelectualidad resuelve bien los problemas "en la teoría", traza bien el esquema, razona bien sobre la necesidad de hacer... mientras que los obreros hacen, transforman la gris teoría en vida palpitante.

Y no hay en mí un ápice de demagogia, ni quiere decir que subestimo en lo más mínimo el gran papel de la conciencia de clase en el movimiento obrero, o la enorme importancia de la teoría marxista, de los principios marxistas, si digo: en el congreso y en la conferencia hemos creado la "gris teoría" de la unificación del Partido; camaradas obreros, ¡ayúdennos a transformar esa gris teoría en vida palpitante! Ingresen en gran número a las organizaciones del Partido. Conviertan a nuestro IV Congreso y a la II Conferencia menchevique en un grandioso e imponente congreso de obreros socialdemócratas. Ocupémonos juntos concretamente de la unificación, de la fusión; que en esta cuestión haya, como excepción (¡una excepción que confirma la regla opuesta!), una décima de teoría, nueve décimas de práctica. Tal augurio es, en verdad, legítimo, históricamente necesario y psicológicamente comprensible. Hemos "teorizado" durante tanto tiempo (a veces —¿por qué negarlo?— en vano) en la atmósfera de la emigración que, palabra de honor, no estaría mal "apuntar la flecha" ligeramente, un poco, sólo un poco "hacia otro lado" y poner la práctica un poco más en primer plano. Esto sería en verdad conveniente en cuanto al problema de la unificación, sobre el que hemos gastado mares de tinta y montañas de papel debido a las causas de la escisión. En particular nosotros, los que vivimos en la emigración, añoramos el trabajo práctico. Además, hemos escrito ya un programa muy bueno y completo de toda la revolución democrática. ¡Unámonos también, pues, para la causa de esta revolución!

LA ORGANIZACIÓN DEL PARTIDO Y LA LITERATURA PARTIDARIA¹

Las nuevas condiciones para la labor socialdemócrata que se crearon en Rusia después de la revolución de octubre² han puesto a la orden del día el problema de la literatura de partido. La diferencia entre prensa legal y prensa ilegal, esa triste herencia de la época de la servidumbre en la Rusia autocrática, comienza a desaparecer. Pero aún está lejos de haber desaparecido. El hipócrita Gobierno de nuestro primer ministro todavía se excede tanto en sus abusos que *Izvestia del Sóviet de Diputados Obreros*³ se imprime "ilegalmente"; salvo la vergüenza que eso significa para nuestro Gobierno, salvo el nuevo golpe moral que con ello recibe, nada resulta de las estúpidas tentativas de "prohibir" lo que el Gobierno no está en condiciones de impedir.

Cuando existía la diferencia entre prensa ilegal y prensa legal la cuestión de la prensa de partido y de la prensa que no era de partido se resolvía de una manera muy simple, pero también muy falsa y deformada. Toda la prensa ilegal era de partido, la publicaban organizaciones y la distribuían grupos ligados, de u otro modo, a los grupos de militantes de partido. Toda la prensa legal no era de partido —dado que estaban proscritos los partidos— pero "tendía" hacia este o aquel partido. Como resultado se daban casos inevitables de alianzas anormales, de "convivencias" extrañas, de falsos rótulos; la obligada reserva de aquellos que deseaban expresar ideas partidarias se mezclaba con la inmadurez de pensamiento o la cobardía mental de quienes no habían llegado a la altura de esas ideas, de quienes, en esencia, no eran hombres de partido.

¡Maldito tiempo aquél del lenguaje a lo Esopo, de la literatura obscurente, del lenguaje servil, de la esclavitud ideológica! El proletariado ha puesto fin a esa ignominia que asfixiaba todo lo palpitante y genuino que había en Rusia. Pero el proletariado sólo ha conquistado por ahora la mitad de la libertad para Rusia.

La revolución no ha terminado aún. Mientras el zarismo *ya no está* en condiciones de vencer a la revolución, la revolución *todavía no está* en condiciones de vencer al zarismo. Vivimos un período en el que en todo y en todas partes se manifiesta esa conjunción antinatural de un partidismo franco, honrado, directo, coherente, con una "legalidad" clandestina, encubierta, "diplomática";

1 Publicado en *Novaya Zhizn* N.º 12, 13 de noviembre de 1905.

2 En octubre de 1905 las jornadas revolucionarias de San Petersburgo obligaron al Zar a emitir un Manifiesto que otorgaba algunas libertades civiles [NIE].

3 "Noticias del Sóviet de Diputados Obreros" fue el órgano de prensa del Sóviet de San Petersburgo. Se imprimieron diez números, de octubre a diciembre de 1905 [NIE].

aguda. Esa conjunción antinatural se manifiesta también en nuestro periódico: por mucho que ironice el señor Guchkov a propósito de la tiranía socialdemócrata, que prohíbe publicar los diarios burgueses liberales moderados, un hecho permanece cierto y es que el órgano central del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, *Proletary*, no puede franquear las fronteras de la Rusia autocrático-policial.

Sea como fuere, la mitad de la revolución nos obliga a todos a poner inmediatamente manos a la obra para encauzar las cosas de una manera nueva. Hoy la literatura, hasta la que se publica "legalmente", puede ser de partido en sus nueve décimas partes. Debe llegar a ser literatura de partido. En contraposición a los hábitos burgueses, a la prensa burguesa comercializada, mercantilista, al carrerismo y al individualismo literario burgués, al "anarquismo aristocrático" y a la carrera tras el lucro, el proletariado socialista debe afirmar, realizar y desarrollar en la forma más amplia y completa posible el principio de la *literatura de partido*.

¿En qué consiste este principio de la literatura de partido? No sólo en que para el proletariado socialista el quehacer literario no es un medio de enriquecimiento para personas o grupos; en general no puede ser una labor individual, independiente de la causa del proletariado. ¡Abajo los escritores apartidistas! ¡Abajo los superhombres de la literatura! La labor literaria debe ser *parte* de la causa común del proletariado, debe ser "una pieza y un tornillo" de un único y grandioso mecanismo socialdemócrata puesto en movimiento por el conjunto de la vanguardia políticamente consciente de toda la clase obrera. La labor literaria debe transformarse en parte integrante del trabajo organizado, planificado y cohesionado del partido socialdemócrata.

"Toda comparación es renga", dice un proverbio alemán. Por lo tanto, también es renga mi comparación entre la literatura y el tornillo, entre un movimiento vivo y un mecanismo. Quizás hasta haya algunos intelectuales histéricos que pongan el grito en el cielo ante semejante comparación, que rebaja, esteriliza, "burocratiza" la libre batalla de las ideas, la libertad de crítica, la libre creación literaria, etc., etc. En el fondo, tales clamores sólo serían una expresión del individualismo intelectual burgués. Es indiscutible que la labor literaria es la que menos se presta a una comparación mecánica, a la nivelación, al predominio de la mayoría sobre la minoría. No cabe duda de que es absolutamente necesario facilitar al máximo la iniciativa personal, las inclinaciones individuales, plena libertad al pensamiento y a la fantasía, a la forma y al contenido. Todo esto es indiscutible, pero sólo demuestra que la parte literaria de la labor del partido del proletariado no puede ser mecánicamente identificada con otras partes de su labor. Esto no refuta, sin embargo, la tesis, extraña y ajena a la burguesía y a la democracia burguesa, de que la literatura debe estar necesaria y obligatoriamente ligada de manera indisoluble a los demás aspectos del trabajo del partido socialdemócrata. Los periódicos deben ser órganos de las diversas organizaciones del partido y sus escritores deben indefectiblemente pasar a ser

miembros de esas organizaciones. Las editoriales y distribuidoras, las librerías y salas de lectura, las bibliotecas y otros establecimientos similares, todo eso debe ser controlado por el partido. El proletariado socialista organizado debe vigilar y supervisar toda esa labor y enriquecer todas sus facetas, sin excepción alguna, con la corriente vivificante de la actividad proletaria, para eliminar cualquier asidero del tradicional, *semibolchevista*, semimercantilista principio ruso; la función del escritor es escribir; la del lector, leer.

Desde luego, no vamos a sostener que esta transformación de la labor literaria, mancillada por la censura asiática y por la burguesía europea, puede producirse de golpe. Lejos de nosotros la idea de predicar algo así como un sistema único o de querer resolver el problema con algunas reglamentaciones. No; en este campo lo menos adecuado es el esquematismo. Se trata de que todo nuestro partido, el proletariado socialdemócrata políticamente consciente de toda Rusia, comprenda este nuevo problema, lo plantee con absoluta claridad y se disponga en todas partes y en cada lugar a resolverlo. Liberados del cautiverio de la censura feudal, no queremos caer ni caeremos en el cautiverio de las relaciones mercantiles burguesas en el campo de la literatura. Queremos crear, y crearemos, una prensa libre, no sólo de la Policía, sino también del yugo del capital, exenta de carrerismo; más aún, liberada del individualismo anárquico burgués.

Estas últimas palabras podrán parecer al lector una paradoja o una burla. ¿Cómo?! —exclamará acaso algún intelectual, ardiente campeón de la libertad— ¿Quieren ustedes someter al control colectivo un asunto tan delicado, tan individual como la creación literaria?! ¿Pretenden que los obreros decidan por mayoría de votos los problemas de la ciencia, de la filosofía, de la estética?! ¿Niegan absoluta libertad a algo tan absolutamente individual como el trabajo ideológico?!

¡Calma, señores! En primer lugar, estamos hablando de la literatura de partido y de su subordinación al control del partido. Cada uno es libre de escribir y decir lo que le plazca sin la menor restricción. Pero toda asociación voluntaria (incluso el partido) es también libre de expulsar de sus filas a quien, valiéndose del nombre del partido, propague ideas antipartidarias. La libertad de expresión y prensa deben ser completas. Pero entonces la libertad de asociación también debe ser completa. En nombre de la libertad de expresión yo estoy obligado a conceder a usted pleno derecho para gritar, mentir y escribir lo que le plazca. Pero en nombre de la libertad de asociación usted está obligado a concederme el derecho de concertar o anular la asociación con personas que defienden tal o cual idea. El partido es una asociación voluntaria que inevitablemente se disgregaría, primero ideológica y después materialmente, si no se desprendiera de las personas que predicán ideas antipartidarias. Y para determinar el límite entre lo partidario y lo antipartidario está el programa del partido, están las resoluciones sobre la táctica del partido y sus estatutos; está, por fin, toda la experiencia de la socialdemocracia internacional, de las asociaciones voluntarias internacionales del proletariado, el que constantemente incor-

pora a sus partidos a algunos elementos y corrientes no del todo consecuentes, no completamente marxistas, no del todo correctos; pero que periódicamente procede siempre a "depurar" sus filas. Así se hará también entre nosotros, *dentro* del Partido, señores partidarios de la "libertad de crítica" burguesa; en estos momentos nuestro partido se transforma de golpe en un partido de masas, en estos momentos damos un brusco viraje hacia la organización legal, en estos momentos es inevitable que se incorporen a nuestras filas muchos hombres no del todo consecuentes (desde el punto de vista marxista), quizá hasta algunos cristianos, quizá también algunos místicos. Tenemos el estómago sano y somos marxistas firmes como la roca. Seremos capaces de digerir a esos elementos inconsecuentes. La libertad de pensamiento y la libertad de crítica dentro del partido jamás nos obligarán a olvidar la libertad de los hombres de organizarse en esas asociaciones voluntarias conocidas como partidos.

En segundo lugar, señores individualistas burgueses, debemos decirles que sus discursos acerca de la libertad absoluta son pura hipocresía. En una sociedad basada en el poder del dinero, en una sociedad donde las masas trabajadoras padecen miseria y un puñado de ricos vive en el ocio no puede haber "libertad" real y verdadera. ¿Son libres respecto de su editor burgués, señores escritores, o de su público burgués, que les exigen pornografía en los cuadros y los marcos y prostitución como "complemento" del "sagrado" arte escénico? Porque esa libertad absoluta no es más que una frase burguesa o anarquista (porque como concepción del mundo el anarquismo es la filosofía burguesa vuelta del revés). Es imposible vivir en una sociedad y ser libre de la sociedad. La libertad del escritor burgués, del pintor, de la actriz, es sólo una dependencia enmascarada (o que se trata hipócritamente de enmascarar) de la bolsa de dinero, del soborno o de la prostitución.

Nosotros, los socialistas, denunciarnos esa hipocresía, arrancamos los falsos rútilos, no para obtener una literatura y un arte al margen de las clases (lo que sólo será posible en la sociedad socialista sin clases), sino para oponer a esa literatura hipócritamente libre, pero en realidad ligada a la burguesía, una literatura verdaderamente libre, *firmemente* ligada al proletariado.

Será una literatura verdaderamente libre porque quienes se incorporen a ella no lo harán atraídos por interés material ni por el afán de hacer carrera, sino por la idea del socialismo y por la simpatía hacia los trabajadores. Será una literatura libre porque no estará al servicio de una heroína hastiada, ni de los "diez mal de arriba" que padecen de aburrimiento y de obesidad, sino al servicio de millones y millones de trabajadores que constituyen la flor de la nación, su fuerza y su porvenir. Será una literatura libre que fecundará las últimas conquistas del pensamiento revolucionario de la humanidad con la experiencia y el trabajo palpitante del proletariado socialista, que establecerá una constante interacción entre la experiencia del pasado (el socialismo científico, culminación del desarrollo del socialismo desde sus formas primitivas, utópicas) y la experiencia del presente (la lucha actual de los camaradas obreros).

¡Manos a la obra, pues, camaradas! Tenemos ante nosotros una tarea difícil y nueva, pero grande y fecunda: organizar una amplia, múltiple y diversificada labor literaria en estrecha e indisoluble conexión con el movimiento obrero socialdemócrata. Toda la literatura socialdemócrata debe ser literatura de partido. Todos los periódicos, revistas, editoriales, etc., deben disponerse inmediatamente a reorganizar su trabajo, a crear las condiciones que les faciliten, en una u otra forma, integrarse a una organización del partido. Sólo entonces la literatura "socialdemócrata" será en realidad tal, sólo entonces sabrá cumplir su misión, sólo entonces sabrá, aun dentro de los marcos de la sociedad burguesa, escapar de la esclavitud burguesa y fundirse con el movimiento de la clase verdaderamente avanzada y consecuentemente revolucionaria.

NUESTRAS TAREAS Y EL SÓVIET DE DIPUTADOS OBREROS

CARTA A LA REDACCIÓN¹

Camaradas:

La significación y el papel del Sóviet de Diputados Obreros están ahora a la orden del día en la socialdemocracia de San Petersburgo y de todo el proletariado de la capital. Tomo la pluma para exponer algunas ideas acerca de este candente problema, pero considero absolutamente imprescindible formular antes una salvedad importantísima. Mis observaciones son las de un *espectador*. Todavía debo escribir desde esta maldita lejanía, desde el odioso "extranjero", desde el exilio. Y es casi imposible formarse una idea acertada sobre este problema práctico y concreto sin haber estado en San Petersburgo, sin haber visto siquiera una vez el Sóviet de Diputados Obreros ni haber cambiado opiniones con los camaradas de trabajo. Dejo, por lo tanto, a criterio de la redacción el insertar o no esta carta, escrita por una persona poco informada. Me reservo el derecho de cambiar de opinión cuando consiga, al fin, ponerme al corriente del asunto por algo más que los "papeles".

Y ahora, al grano. Creo que el camarada Radin no tiene razón cuando en *Наша Жизнь* N.º 5 (no he visto más que cinco números de este periódico, que es virtualmente el órgano central del POSDR) plantea el problema del siguiente modo: ¿Sóviet de Diputados Obreros o el Partido? Yo pienso que no es así como debe plantearse, que la respuesta debe ser *forzosamente*: Sóviet de Diputados Obreros y el Partido. El problema –y de capital importancia– es únicamente cómo distribuir y cómo coordinar las tareas del Sóviet y las tareas del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia.

A mi parecer, no sería conveniente que el Sóviet adhiriera en forma exclusiva a un solo partido. Esta opinión quizás asombrará a los lectores, por lo que (insisto una vez más en que se trata de la opinión de un espectador) paso directamente a explicar mis ideas.

El Sóviet de Diputados Obreros ha nacido de una huelga general, con motivo de la huelga y para propiciar los fines de la huelga. ¿Quién ha sostenido y ha terminado victoriosamente dicha huelga? *Todo* el proletariado, dentro del cual se cuentan, por fortuna en minoría, los que no son socialdemócratas.

¹ Escrito el 2-4 (15-17) de noviembre de 1905. Publicado por primera vez en *Pravda* N.º 308 el 5 de noviembre de 1940.

¿Qué fines persigue la huelga? Económicos y políticos, al mismo tiempo. Los económicos interesaban a *todo* el proletariado, a todos los obreros e, inclusive, parcialmente, a todos los trabajadores y no sólo a los obreros asalariados. Los objetivos políticos interesaban a todo el pueblo, mejor dicho, a todos los pueblos de Rusia. Los objetivos políticos consistían en la liberación de todos los pueblos de Rusia del yugo de la autocracia, de la servidumbre, de la carencia de derechos y de los atropellos de la Policía.

Prosigamos. ¿Debe el proletariado continuar la lucha económica? Sin duda alguna, no puede haber entre los socialdemócratas dos criterios al respecto. ¿Deben sostener esta lucha sólo los socialdemócratas?, ¿debe librarse sólo bajo la bandera de la socialdemocracia? Creo que no; mantengo la opinión que expresé (cierto que en condiciones por completo distintas, que ya pertenecen al pasado) en *¿Qué hacer?*: no es conveniente restringir la composición de los sindicatos y por consiguiente de quienes participan en la lucha sindical, económica, nada más que a los miembros del partido socialdemócrata. Opino que, como organización de todos los trabajadores, el Sóviet de Diputados Obreros debe *tratar* de incluir a diputados de *todos* los obreros, empleados, sirvientes, peones, etc., de *todos* los que quieran y puedan luchar en común por mejorar la vida del pueblo trabajador, de todos los que posean al menos cierta honestidad política elemental; de todos menos de los partidarios de las Centurias Negras. Y nosotros, los socialdemócratas, trataremos por nuestra parte, primero, de que la totalidad de las organizaciones de nuestro partido (en la medida de lo posible) ingresen en todos los sindicatos y, segundo, de aprovechar la lucha conjunta con los camaradas proletarios, sin establecer diferencias por sus ideas, para predicar sin descanso y con firmeza el *marxismo*, la *única* concepción del mundo verdaderamente consecuente y verdaderamente proletaria. Para propagarlo, para esta labor de propaganda y agitación, no cabe duda de que mantendremos, fortaleceremos y ampliaremos nuestro partido de clase del proletariado consciente, por completo independiente y firme en cuanto a los principios, es decir, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Cada paso de la lucha proletaria indisolublemente unido a nuestra actividad planificada y organizada de socialdemócratas acercará cada vez más las *masas* de la clase obrera rusa a la socialdemocracia.

Pero este aspecto del problema, el referente a la lucha económica, es relativamente sencillo y no creemos que origine discrepancias. Distinto es el otro aspecto, el de la dirección política, el de la lucha política. A riesgo de asombrar aún más al lector, debo anticipar que tampoco en este sentido me parece conveniente pedir al Sóviet de Diputados Obreros que adopte el programa socialdemócrata y que ingrese al Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Opino que para dirigir hoy la lucha política son necesarios indudablemente y por igual *tanto* el Sóviet (*transformado* en el sentido que vamos a exponer) *como* el Partido.

Quizá me equivoque, pero creo (a juzgar por los informes que poseo, incompletos y tomados "de los papeles" únicamente) que en el aspecto político

debemos considerar al Sóviet de Diputados Obreros como embrión del *Gobierno provisional revolucionario*. Creo que el Sóviet debe proclamarse cuanto antes Gobierno provisional revolucionario de toda Rusia o —lo que es lo mismo, pero dicho de otra manera— debe *crear* el Gobierno provisional revolucionario.

La lucha política ha llegado a un grado de desarrollo en el que las fuerzas de la revolución y de la contrarrevolución casi se han equilibrado, en que el Gobierno zarista es ya incapaz de aplastar la revolución y la revolución no es todavía bastante fuerte para barrer por completo el Gobierno centurionegrista. La descomposición del Gobierno zarista es total. Pero, al descomponerse en vida, el hedor que despidе envenena a toda Rusia. A la descomposición de las fuerzas zaristas, contrarrevolucionarias, es imprescindible oponer ahora mismo, sin la menor demora, la *organización* de las fuerzas revolucionarias. Esta organización avanza últimamente con admirable rapidez. Así lo atestiguan la formación de destacamentos de un ejército revolucionario (grupos de defensa, etc.), el rápido desarrollo de las organizaciones socialdemócratas de masas del proletariado, la formación de comités de campesinos por el campesinado revolucionario y las primeras asambleas libres de nuestros hermanos proletarios que visten uniforme de marineros o soldados y que inician un camino duro y difícil, pero acertado y luminoso, hacia la libertad y el socialismo. Lo que falta ahora es unificar todas las fuerzas realmente revolucionarias, que actúan ya de modo revolucionario. Falta el centro político común para toda Rusia, dinámico, ágil, fuerte por su hondo arraigo en el pueblo, que goce de la confianza absoluta de las masas, que posea una fogosa energía revolucionaria, íntimamente relacionado con los partidos revolucionarios y socialistas organizados. Ese centro sólo puede crearlo el proletariado revolucionario que llevó a cabo de manera admirable una huelga política, que organiza ahora la insurrección armada de todo el pueblo, que conquistó a medias la libertad para Rusia y que conquistará la libertad completa.

— ¿Por qué el Sóviet de Diputados Obreros no puede ser el embrión de ese centro? ¿Porque no son socialdemócratas todos los que lo forman? Eso no es un inconveniente, sino una ventaja. Siempre hemos hablado de la necesidad de la unidad de lucha de los socialdemócratas y los demócratas burgueses revolucionarios. Nosotros lo dijimos y los obreros lo hicieron. Y obraron perfectamente. Cuando leí en *Novaya Zhizn* la carta de los *camaradas obreros* pertenecientes al Partido Socialista Revolucionario, en la que protestan contra la inclusión del Sóviet en uno de los partidos, no pude dejar de pensar que, en realidad, estos camaradas obreros tienen razón en muchos aspectos. Por supuesto, discrepamos con ellos en cuanto a las ideas; ni siquiera puede hablarse, desde luego, de la fusión de socialdemócratas y socialistas revolucionarios, pero no se trata de eso. Estamos profundamente convencidos de que los obreros que comparten la ideología de los socialistas revolucionarios y que luchan en las filas del proletariado no son consecuentes, porque actúan como verdaderos proletarios y al mismo tiempo conservan ideas que no son proletarias.

Tenemos el deber de combatir en el terreno ideológico con la máxima energía esa inconsecuencia, pero debemos hacerlo de tal modo que no perjudique la labor revolucionaria candente, dinámica, esencial, que todos reconocen y que une a todas las personas honestas. Seguimos considerando que las concepciones de los socialistas revolucionarios no son concepciones socialistas, sino democrático-revolucionarias. No obstante, para los fines de la lucha tenemos el deber de marchar juntos, conservando la autonomía completa de los partidos, y el Sóviet es y debe ser una organización de lucha. Sería absurdo e insensato expulsar a los demócratas revolucionarios leales y honestos en el momento en que hacemos la revolución democrática. No nos costará gran esfuerzo superar su inconsecuencia porque nuestras concepciones están respaldadas por la historia y por la realidad cotidiana. Si en nuestros libros no aprendieron a ser socialdemócratas, lo aprenderán en nuestra revolución. Tampoco son consecuentes, por supuesto, los obreros cristianos, que todavía creen en Dios, ni los intelectuales partidarios (¡uf...!) del misticismo, pero no los expulsaremos, no ya del Sóviet, ni siquiera del Partido, pues tenemos la firme convicción de que la lucha real y el trabajo en común mostrarán a todos los elementos sanos la verdad que asiste al marxismo y eliminarán todo lo inepto y estéril. Y de nuestra fuerza, de la fuerza arrolladora de los marxistas en el seno del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, no dudamos ni siquiera un instante.

En mi opinión, el Sóviet de Diputados Obreros, como centro político dirigente de la revolución, no es una organización demasiado amplia, sino al contrario, demasiado estrecha. El Sóviet debe proclamarse Gobierno provisional revolucionario, o bien constituirlo, incorporando para ello a nuevos diputados, no sólo de los obreros, sino, primero, de los marineros y soldados, que en todas partes se sienten ya atraídos por la libertad; segundo, de los campesinos revolucionarios; y, tercero, de los intelectuales burgueses revolucionarios. El Sóviet debe elegir un núcleo fuerte para el Gobierno provisional revolucionario y rodearlo de representantes de todos los partidos revolucionarios y de todos los demócratas revolucionarios (pero, desde luego, sólo revolucionarios y no liberales). No tememos a tal amplitud y diversidad, sino que la deseamos, pues sin la unión del proletariado y los campesinos, sin la alianza combativa de socialdemócratas y demócratas revolucionarios es imposible el éxito total de la gran revolución rusa. Será una alianza provisional con fines prácticos e inmediatos bien definidos; y para defender los intereses fundamentales, los intereses vitales del proletariado socialista, para defender sus objetivos finales, siempre estará el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, partido independiente e ideológicamente firme en los principios.

Me podrán objetar: ¿será posible crear un centro con una composición tan amplia y diversa y a la vez lo bastante cohesionado y unido como para ejercer la dirección práctica? Responderé con otra pregunta: ¿qué enseña la revolución de octubre? ¿Acaso el comité de huelga no fue en los hechos un centro reconocido por todos, un verdadero Gobierno? ¿Y acaso este comité no habría aceptado de

buen grado en sus filas a representantes del sector de las "uniones" y de la Unión de Uniones que es realmente revolucionario y que realmente apoya al proletariado en su lucha implacable por la libertad? Lo único que hace falta es que en el Gobierno provisional revolucionario exista un fuerte núcleo puramente proletario, por ejemplo, que por cada cien obreros, marineros, soldados y campesinos haya diez diputados de las uniones de intelectuales revolucionarios. Creo que los proletarios pronto sabrán fijar en la práctica la proporción correcta.

Me podrán objetar: ¿es factible que ese Gobierno tenga un programa tan completo como para asegurar el triunfo de la revolución y tan amplio como para posibilitar una alianza combativa sin reticencias, vaguedades, reservas e hipocresías? Responderé que la vida ya ha formulado todos los puntos de ese programa. Ya lo aceptaron en principio todos los elementos políticamente conscientes de todas las clases y capas de la población, hasta los sacerdotes ortodoxos. En el primer punto del programa debe figurar la vigencia completa y efectiva de la libertad política que con tanta hipocresía prometió el Zar. La abolición de todas las leyes que restringen la libertad de expresión, de conciencia, de reunión, de prensa, de asociación y de huelga y la supresión de todas las instituciones que traban el ejercicio de estas libertades deben ser una conquista inmediata, real, garantizada y llevada a la práctica.

Este programa debe incluir la convocatoria de una Asamblea Constituyente realmente elegida por todo el pueblo, respaldada por el pueblo libre y en armas, con todo el poder y toda la fuerza para implantar un nuevo régimen en Rusia. Este programa debe incluir la necesidad de armar al pueblo, que todos han comprendido. Resta llevar hasta el fin y unificar la obra que ya ha sido emprendida y prosigue por doquier. El programa del Gobierno provisional revolucionario debe incluir también la concesión inmediata de una libertad verdadera y completa a las nacionalidades oprimidas por el monstruoso régimen zarista. La Rusia libre ha nacido. El proletariado permanece en su puesto y no tolerará que la heroica Polonia vuelva a ser aplastada. Se lanzará al combate, y no ya en una huelga pacífica, sino que luchará con las armas en la mano por la libertad de Rusia y de Polonia. El programa debe refrendar la jornada de ocho horas, que los obreros ya están "conquistando", y otras medidas urgentes destinadas a poner freno a la explotación capitalista. Por último, el programa debe incluir indefectiblemente el traspaso de todas las tierras a los campesinos, el apoyo a las medidas revolucionarias de los campesinos para confiscar todas las tierras (sin apoyar, claro está, las ilusiones "igualitaristas" en cuanto a la tenencia de pequeñas parcelas) y la creación de comités de campesinos revolucionarios, que ya han comenzado a constituirse en forma espontánea.

¿Quién, excepto los centurionegristas y el Gobierno centurionegrista, no admite ahora la urgencia y el carácter perentorio y práctico de tal programa? ¡Si hasta los liberales burgueses están dispuestos a admitirlo de palabra! Lo que necesitamos es ponerlo en práctica, empleando las fuerzas del pueblo revolucionario, y para ello debemos agrupar cuanto antes esas fuerzas

mediante la proclamación por el proletariado del Gobierno provisional revolucionario. Es cierto que la base eficaz de este Gobierno no puede ser otra que la insurrección armada. Pero el Gobierno que proyectamos será justamente el *órgano* de esta insurrección que crece y ya madura. Era imposible iniciar en la práctica la formación del Gobierno revolucionario mientras la insurrección no alcanzase proporciones evidentes –tangibles, podríamos decir– para todos. Lo que ahora hace falta es dar unidad política a esta insurrección, organizarla, proporcionarle un programa claro y convertir a todos los destacamentos del ejército revolucionario, ya numerosos y en constante crecimiento, en sostén e instrumento de este nuevo Gobierno, auténticamente libre y popular. La lucha es ineludible, la insurrección inevitable, el choque decisivo es inminente. Es hora de lanzar un desafío directo, de oponer al zarismo en descomposición el poder organizado del proletariado, de dirigir a todo el pueblo un manifiesto en nombre del Gobierno provisional revolucionario, instituido por los obreros más avanzados.

Hoy vemos claro que del pueblo revolucionario saldrán hombres capaces de cumplir esta gran obra, hombres abnegadamente fieles a la revolución y, lo principal, de una energía incansable e ilimitada. Hoy vemos claro que existen elementos del ejército revolucionario que apoyarán esta empresa, que cuanto hay de honesto, activo y políticamente consciente en todas las clases de la población volverá para siempre la espalda al zarismo cuando el nuevo Gobierno declare una guerra decisiva a la Rusia agonizante, feudal y policíaca.

¡Ciudadanos! –sería propio decir en esa declaración de guerra, ese manifiesto del Gobierno revolucionario–. ¡Eliján, ciudadanos! Allí están la antigua Rusia, las fuerzas siniestras que explotan, oprimen y se mofan del ser humano. Aquí, la alianza de ciudadanos libres, iguales en derechos en todos los asuntos públicos. Allí, la unión de los explotadores, los ricos y los policías. Aquí, la alianza de todos los trabajadores, de todas las auténticas fuerzas populares, de todos los intelectuales honrados. Allí, las Centurias Negras; aquí, los obreros organizados que luchan por la libertad, la cultura y el socialismo.

¡Eliján, ciudadanos! Este es nuestro programa, hace tiempo ansiado por todo el pueblo. Estos son nuestros objetivos y por ellos declaramos la guerra al Gobierno de los centurionegristas. No imponemos al pueblo una novedad que inventamos; nos limitamos a tomar la iniciativa de realizar aquello sin lo cual, según opinión unánime, no se puede seguir viviendo en Rusia. No nos aislamos del pueblo revolucionario, sino que sometemos a su veredicto cada uno de nuestros pasos, cada una de nuestras decisiones; nos apoyamos total y exclusivamente en la libre iniciativa de las propias masas trabajadoras. Agrupamos a todos los partidos revolucionarios e invitamos a enviar a nuestras filas diputados de todos los grupos de la población dispuestos a luchar por la libertad y por nuestro programa, que garantiza los derechos y satisface las necesidades primordiales del pueblo. En particular tendemos la mano a los camaradas obreros que visten uniforme militar y a nuestros hermanos campe-

sinos para luchar en común, hasta el fin, contra el yugo de los terratenientes y de los funcionarios, para luchar por la tierra y la libertad.

¡Ciudadanos! Deben prepararse para la lucha decisiva. No permitiremos que el Gobierno centurionegrista siga usando la violencia contra Rusia. No nos dejaremos burlar con el cambio de algunos funcionarios ni con la destitución de algunos policías, cuando el conjunto de la Policía centurionegrista conserva el poder para seguir asesinando, robando y atrepellando al pueblo. Que los burgueses liberales se humillen con sus peticiones a ese Gobierno centurionegrista. Los centurionegristas se ríen cuando se los amenaza con juzgarlos en ese tribunal zarista que siguen integrando los mismos funcionarios zaristas. Nosotros daremos a los destacamentos de nuestro ejército la orden de arrestar a los héroes de las Centurias Negras, que embriagan y sobornan a la gente ignorante del pueblo; someteremos a todos esos monstruos, como el jefe de Policía de Kronstadt, al juicio público y revolucionario de todo el pueblo.

¡Ciudadanos! Todos menos las Centurias Negras se han apartado del Gobierno zarista. Únanse en torno del Gobierno revolucionario, no paguen ninguna contribución ni impuesto, destinen sus esfuerzos a organizar y armar a las milicias libres del pueblo. Rusia sólo tendrá garantizada la libertad efectiva en la medida en que el pueblo revolucionario derrote a las fuerzas del Gobierno centurionegrista. En la guerra civil no existen ni pueden existir personas neutrales. El partido de los blancos está impregnado de cobarde hipocresía. Quien se aparta de la lucha apoya los desafueros de los centurionegristas. Quien no está con la revolución está contra ella. Quien no es revolucionario es centurionegrista.

Nosotros nos encargamos de agrupar y preparar las fuerzas de la insurrección popular. Que para el aniversario de la gran jornada del 9 de enero no quede en Rusia ni rastro de las instituciones del poder zarista. ¡Que la fiesta de primavera del proletariado internacional vea ya una Rusia libre con una Asamblea Constituyente libremente convocada por todo el pueblo!

Así es cómo veo la transformación del Sóviet de Diputados Obreros en Gobierno provisional revolucionario. Estas son las tareas que plantearía en primer término a todas las organizaciones de nuestro partido, a todos los obreros con conciencia de clase, al propio Sóviet, al congreso obrero que va a realizarse en Moscú y al congreso de la Unión Campesina.

LAS ENSEÑANZAS DE LA INSURRECCIÓN DE MOSCÚ¹

El libro titulado *Moscú en diciembre de 1905* (Moscú, 1906) no podía haber sido más oportuno. Asimilar las enseñanzas de la insurrección de diciembre es una tarea urgente para el partido obrero. Lamentablemente, este libro es como un barril de miel estropeado con una cucharada de brea: el material es interesantísimo, a pesar de ser incompleto; en cambio, las conclusiones son increíblemente descuidadas, increíblemente triviales. De ellas trataremos en otra ocasión; ahora abordaremos la cuestión política de palpitante actualidad: las enseñanzas de la insurrección de Moscú.

Las formas principales del movimiento de diciembre en Moscú fueron las huelgas y las manifestaciones pacíficas. La inmensa mayoría de los obreros sólo participó activamente en estas formas de lucha. Pero la propia acción de diciembre en Moscú demostró palpablemente que la huelga general, como forma independiente y principal de lucha, ha caducado; que el movimiento, con espontánea e irresistible pujanza, desborda este marco estrecho y engendra la forma más alta de lucha: la insurrección.

Todos los partidos revolucionarios, todos los sindicatos de Moscú, al declarar la huelga, sabían e incluso intuían que se transformaría inevitablemente en una insurrección. El 6 de diciembre el Sóviet de Diputados Obreros decidió "esforzarse por transformar la huelga en insurrección armada", pero, en realidad, ninguna de las organizaciones estaba preparada para ello; hasta el Consejo de Coalición de los Grupos de Combate² hablaba (*el 9 de diciembre*) de una insurrección como de algo remoto y es evidente que no tuvo participación o control en la lucha callejera que se desarrolló. Las organizaciones no pudieron seguir el ritmo al crecimiento y al alcance del movimiento.

La huelga se transformaba en insurrección ante todo bajo la presión de las condiciones objetivas creadas después de octubre. Ya no era posible sorprender al Gobierno por medio de una huelga general: este había organizado las fuerzas de la contrarrevolución y estas estaban preparadas para actuar militarmente. Tanto el curso general de la revolución rusa después de octubre como la sucesión de los acontecimientos de Moscú en las jornadas de diciembre son una asombrosa confirmación de una de las profundas tesis de Marx: la revolución, al avanzar, engendra una contrarrevolución fuerte y unida; en otros

1 Publicado en *Proletary N.º 2*, 29 de agosto de 1906.

2 Consejo de autodefensa conformado por todos los grupos políticos que participaban de las manifestaciones y del Sóviet. Eran mayoritarios los miembros mencheviques y socialistas-revolucionarios [Núf].

terminos, obliga al enemigo a recurrir a medidas de defensa cada vez más extremas y, por lo mismo, crea medios de ataque cada vez más poderosos.

Días 7 y 8 de diciembre: huelga pacífica, manifestaciones pacíficas de masas. Día 8 por la noche: sitio del Acuario. La mañana del 9: los dragones cargan contra la muchedumbre en la plaza Strastnaya. Por la noche, asalto al edificio Fiedler. Los ánimos se caldean. La muchedumbre de la calle, no organizada, de modo completamente espontáneo y con vacilaciones levanta las primeras barricadas.

El 10 la artillería abre fuego contra las barricadas y contra la multitud en las calles. Las barricadas son levantadas ahora deliberadamente y no en casos aislados, sino en gran cantidad. Toda la población está en la calle; los principales centros de la ciudad se cubren de una red de barricadas. Durante varios días se libra una persistente lucha de guerrillas entre las unidades voluntarias de combate y las tropas, lucha que extendía a estas y obliga a Dubasov a implorar refuerzos. Solamente el 15 de diciembre la superioridad de las fuerzas gubernamentales es total, y el 17 el regimiento Semyonovsky arrasa la barriada de Presnya, último baluarte de la insurrección.

De la huelga y de las demostraciones a las barricadas aisladas. De las barricadas aisladas a las barricadas levantadas en masa y a la lucha en las calles contra las tropas. Pasando por encima de las organizaciones, la lucha proletaria de masas transformó la huelga en insurrección. Esta es la más grande conquista histórica de la revolución rusa, alcanzada en diciembre de 1905, y, como todas las conquistas que la precedieron, lograda a costa de inmensos sacrificios. El movimiento se elevó de la huelga política general a una etapa superior. Obligó a la reacción a ir *hasta el límite* en su resistencia y aproximó así, en proporciones gigantescas, el momento en que la revolución llegará también hasta el límite en el empleo de sus medios de ataque. La reacción *no puede* ir más allá del bombardeo de la artillería contra las barricadas, los edificios y la muchedumbre. Pero la revolución puede ir mucho más lejos que las unidades voluntarias de combate, mucho, muchísimo más lejos en amplitud y profundidad. Y la revolución ha avanzado mucho desde diciembre. La base de la crisis revolucionaria se ha vuelto infinitamente más amplia; ahora hay que aguzar más el filo del arma.

El proletariado sintió antes que sus dirigentes el cambio en las condiciones objetivas de la lucha y la necesidad de pasar de la huelga a la insurrección. Como siempre sucede, la práctica precedió a la teoría. La huelga pacífica y las demostraciones dejaron de satisfacer inmediatamente a los obreros, que se preguntaban: *¿qué hacer después?* Y exigían acciones más resueltas. La indicación de levantar barricadas llegó a las barriadas con enorme retraso, cuando ya se levantaban en el centro de la ciudad. Los obreros en masa se pusieron a levantarlas, pero *esto tampoco los satisfacía*; querían saber: *¿qué hacer después?* Y exigían medidas activas. Nosotros, dirigentes del proletariado socialdemócrata, nos comportamos en diciembre como aquel jefe militar que tenía dispuestas sus tropas de un modo tan absurdo que la mayor parte de ellas no participaba

activamente en la batalla. Las masas obreras exigían instrucciones para realizar acciones resueltas y no las recibían.

En consecuencia, nada podía ser menos perspicaz que la opinión de Plejanov, que hacen suya todos los oportunistas, de que la huelga era inoportuna y no debía haberse iniciado, que "no se debió empuñar las armas". Por el contrario, se debió empuñarlas más decididamente, con mayor energía y combatividad; se debió explicar a las masas que era imposible limitarse a una huelga pacífica y que una lucha armada intrépida e implacable era necesaria. Y hoy debemos, al fin, reconocer abiertamente la insuficiencia de las huelgas políticas; debemos llevar a cabo la más amplia agitación entre las masas en favor de la insurrección armada, sin tratar de oscurecer esta cuestión con frases sobre "etapas preliminares" ni de ocultarla en forma alguna. Ocultar a las masas la necesidad de una guerra de exterminio encarnizada, sangrienta, como tarea inmediata de la acción revolucionaria que se avecina, sería engañarnos y engañar al pueblo.

Tal es la primera enseñanza de los acontecimientos de diciembre. La segunda se refiere al carácter de la insurrección, a la manera de realizarla, a las condiciones que determinan que las tropas se pasen al lado del pueblo. Sobre esto último, se halla muy difundida en el ala derecha de nuestro partido una opinión extremadamente unilateral. Es imposible, se dice, luchar contra un ejército moderno; es preciso que este se haga revolucionario. Como es natural, si la revolución no adquiere un carácter de masas y no influye en las tropas, no puede hablarse de una lucha seria. De suyo se comprende la necesidad de un trabajo entre las tropas. Pero no debemos figurarnos que se pasarán a nuestro lado de golpe, como resultado de la labor de persuasión o de sus propias convicciones. La insurrección de Moscú demuestra vivamente lo que hay de rutinario y de inerte en esta concepción. En realidad, la vacilación de las tropas, fenómeno inevitable en todo movimiento auténticamente popular, conduce, al agudizarse la lucha revolucionaria, a una verdadera *lucha por las tropas*. La insurrección de Moscú es precisamente un ejemplo de la lucha encarnizada, furiosa, por las tropas, entre la reacción y la revolución. El propio Dubasov declaró que de los quince mil hombres de la guarnición de Moscú, sólo cinco mil eran fiables. El Gobierno contenía a los vacilantes recurriendo a las medidas más diversas y desesperadas: les dirigía exhortaciones, los adulaba, los sobornaba, les regalaba relojes, dinero, etc., los emborrachaba con vodka, les mentía, los amenazaba, los confinaba en los cuarteles y los desarmaba, y a los que eran considerados menos confiables se los destituía por traición y violencia. Y hay que tener el valor de reconocer de manera franca y sin reservas que, en este aspecto, quedamos a la zaga del Gobierno. No supimos utilizar las fuerzas de que disponíamos para sostener una lucha tan activa y audaz, con tanto espíritu de iniciativa y de ofensiva, para atraer a las tropas vacilantes como la que el Gobierno emprendió y en la que triunfó. Hemos realizado un trabajo sobre el Ejército y redoblabaremos nuestros esfuerzos en el futuro para "conquistar" ideo-

lógicamente a las tropas; pero no pasaríamos de ser unos lamentables pedantes si olvidáramos que en un período de insurrección se necesita también librar una lucha física por atraer a las tropas.

Durante las jornadas de diciembre el proletariado de Moscú nos brindó admirables enseñanzas acerca de cómo "conquistar" ideológicamente a las tropas; por ejemplo, el 8 de diciembre en la plaza Strastnaya, cuando la muchedumbre rodeó a los cosacos, se mezcló y confraternizó con ellos y los convenció de que volviesen atrás. O el 10 en la barriada de Presnya, cuando dos jóvenes obreras, que portaban una bandera roja entre una multitud de diez mil personas, salieron al paso de los cosacos gritando: "¡Mátennos! ¡Mientras nos quede vida, no entregaremos la bandera!". Y los cosacos, llenos de confusión, se alejaron al galope, mientras la muchedumbre gritaba: "¡Vivan los cosacos!". Estos ejemplos de arrojo y heroísmo deben quedar grabados para siempre en la memoria del proletariado.

Pero veamos ahora algunos ejemplos de cómo quedamos a la zaga de Dubasov. El 9 de diciembre soldados marchan por la calle Bolshaya Serpujovskaya cantando *La Marsellesa*: van a unirse a los insurrectos. Los obreros envían delegados para recibirlos. El propio Malajov galopa desesperadamente hacia ellos. Los obreros llegan demasiado tarde; Malajov los alcanza primero, pronuncia un discurso inflamado, consigue que los soldados titubeen, después de lo cual los cerca con los dragones, los conduce al cuartel y allí los encierra. Malajov llegó a tiempo y nosotros, no, a pesar de que en dos días, respondiendo a nuestro llamamiento, se alzaron ciento cincuenta mil hombres, que habrían podido y debido organizar el patrullaje en las calles. Malajov cercó a los soldados con los dragones, mientras que nosotros no cercamos a los Malajov con obreros provistos de bombas. Habríamos podido y debido hacerlo; tiempo atrás, la prensa socialdemócrata (la vieja *Izra*) señalaba que, durante una insurrección, es nuestro deber exterminar sin piedad a los jefes civiles y militares. Por lo visto, lo ocurrido en la calle Bolshaya Serpujovskaya se repitió en sus aspectos generales ante los cuarteles Nesvidsky y Krutitsky, también cuando el proletariado intentó "releva" al regimiento de Ekaterinoslav, cuando se enviaron delegados a los zapadores de Alexandrov, cuando hicieron volver a la artillería de Rostov que marchaba contra Moscú, cuando desarmaron a los zapadores de Kolonna y así sucesivamente. En el momento de la insurrección demostramos no estar a la altura de nuestro deber en la lucha por atraer a las tropas vacilantes.

Los acontecimientos de diciembre confirmaron otra profunda tesis de Marx, olvidada por los oportunistas: la insurrección es un arte, cuya regla principal es la *général* encarnizadamente audaz, implacablemente decidida. No hemos asimilado de manera suficiente esta verdad. Nosotros mismos no hemos estudiado ni enseñado a las masas de manera suficiente este arte, esta regla de la ofensiva a toda costa. Ahora debemos corregir con toda energía ese descuido. No basta tomar partido en cuanto a las consignas políticas: es preciso tomarlo también con respecto a la insurrección armada. Quien esté contra ella, quien no

se prepare para ella, debe ser arrojado sin piedad de las filas de los partidarios de la revolución, debe ser arrojado al campo de los enemigos, de los traidores o de los cobardes, pues se acerca el día en que el peso de los acontecimientos y las condiciones de la lucha nos obligarán a distinguir amigos y enemigos según este principio. No debemos predicar la pasividad ni la simple "espera" del momento en que las tropas "se pasen" a nuestro lado. ¡No! Debemos proclamar a los cuatro vientos la necesidad de una ofensiva audaz y de un ataque armado, la necesidad de exterminar en tales momentos a quienes están al mando del enemigo y de librar la lucha más enérgica por las tropas vacilantes.

La tercera gran enseñanza que nos ha aportado Moscú se refiere a la táctica y a la organización de las fuerzas para la insurrección. La táctica militar depende del nivel de la técnica militar, sencilla verdad que Engels demostró y se esforzó por llevar a la comprensión de todos los marxistas. La técnica militar no es hoy la misma que a mediados del siglo XIX. Sería una necedad luchar contra la artillería en montón y defender las barricadas a tiros de revólver. Kautsky tenía razón al escribir que ya es hora, después de Moscú, de revisar las conclusiones de Engels, y que Moscú ha hecho surgir una *"nueva táctica de barricadas"*. Esta táctica es la táctica de la lucha de guerrillas. La organización requerida por dicha táctica es la de unidades móviles y extraordinariamente pequeñas, unidades de diez, de tres e incluso de dos personas. Entre nosotros podemos encontrar ahora, con frecuencia, socialdemócratas que se burlan cuando se habla de unidades de cinco y de tres. Pero burlarse no es más que un medio cómodo de cerrar los ojos ante esta nueva cuestión de táctica y organización planteada por la lucha callejera, dada la técnica militar moderna. Estudien con atención el relato de la insurrección de Moscú, señores, y comprenderán la relación existente entre las "unidades de cinco" y la cuestión de la "nueva táctica de barricadas".

Moscú previó esta táctica, pero no la desarrolló suficientemente ni la aplicó en forma amplia, con alcance realmente de masas. El número de grupos voluntarios de combate era demasiado escaso; no se dio a las masas obreras la consigna de llevar a cabo ataques audaces y ellas no la aplicaron; el carácter de los grupos guerrilleros era demasiado uniforme, sus armas y métodos resultaban inadecuados, su capacidad para dirigir a la muchedumbre apenas se había desarrollado. Debemos superar todo esto, y lo superaremos estudiando la experiencia de Moscú, difundiéndola entre las masas y estimulando el esfuerzo creador de las mismas en el desarrollo de esa experiencia. Y la guerra de guerrillas, el terror de masas, que desde diciembre se extiende casi sin pausa por toda Rusia, contribuirán indudablemente a que las masas aprendan la táctica acertada de la insurrección. La socialdemocracia debe admitir e incorporar a su táctica ese terror de masas, naturalmente, organizándolo y controlándolo, supeditándolo a los intereses y condiciones del movimiento obrero y de la lucha revolucionaria general, y, al mismo tiempo, eliminando y suprimiendo sin piedad esa deformación "rufanesca" de la guerra de guerrillas, que fue tratada tan admirable e implacablemente por nuestros camaradas de Moscú

en los días de la insurrección y por los letones en las jornadas de las famosas repúblicas letonas.

La técnica militar ha progresado aún más en estos últimos tiempos. En la guerra japonesa apareció la granada de mano. Las fábricas de armas livianas han lanzado al mercado el fusil automático. Estas dos armas empiezan ya a emplearse con éxito en la revolución rusa, pero en proporción que está lejos de ser suficiente. Podemos y debemos aprovechar los progresos de la técnica, enseñar a los destacamentos obreros a fabricar bombas en gran escala, ayudarlos, lo mismo que a nuestros destacamentos de combate, a proveerse de explosivos, detonadores y fusiles automáticos. Si las masas obreras participan en la insurrección en las citadas ciudades, si se lanzan ataques en masa contra el enemigo, si luchamos con decisión y habilidad por atraer a las tropas, que vacilan aún más después de la Duma, después de Sveaborg y de Kronstadt, y si aseguramos la participación de las zonas rurales en la lucha general, en la próxima insurrección armada de toda Rusia la victoria será nuestra.

Despleguemos, pues, más ampliamente, nuestra actividad, y planteemos con más audacia nuestras tareas, a la par que asimilamos las enseñanzas de las grandes jornadas de la revolución rusa. Nuestra labor se asienta en una valoración correcta de los intereses de clase y de las necesidades del desarrollo en toda la nación en la presente situación. En torno de la consigna derrocamiento del poder zarista y convocatoria de una Asamblea Constituyente por un Gobierno revolucionario, estamos agrupando y agruparemos a sectores cada vez más vastos del proletariado, del campesinado y del Ejército. Como siempre, la base y el contenido principal de nuestro trabajo es desarrollar la comprensión política de las masas. Pero no olvidemos que, en momentos como los que hoy vive Rusia, se añaden a esa tarea general, constante y fundamental, otras tareas particulares y especiales. No nos convirtamos en pedantes y filisteos, no esquivemos esas tareas especiales del momento, esas tareas especiales de las formas actuales de lucha, con referencias sin sentido a nuestros deberes permanentes, que se mantienen inmutables en todo momento y en todas las situaciones.

Recordemos que se avecina una gran lucha de masas. Será una insurrección armada. En la medida de lo posible, deberá estallar a la vez en todas partes. Las masas deben saber que emprenden una lucha armada, sangrienta y encarnizada. El desprecio a la muerte, que debe difundirse entre ellas, ha de asegurar la victoria. La arremetida contra el enemigo debe ser lo más vigorosa posible; ataque, no defensa: debe ser la consigna de las masas; exterminio implacable del enemigo: tal su tarea; la organización del combate debe ser ágil y flexible; los elementos vacilantes de las tropas se verán arrastrados a la participación activa. Y en esta trascendental lucha el partido del proletariado con conciencia de clase debe cumplir plenamente con su deber.

PRÓLOGO A LA RECOPIACIÓN EN DOCE AÑOS¹

La recopilación de artículos y folletos que ofrecemos al lector comprende el período 1895 a 1905. Constituyen el tema de los trabajos reunidos en este volumen cuestiones programáticas, tácticas y de organización de la socialdemocracia rusa. Estas cuestiones se plantean y se abordan continuamente en la lucha contra el ala derecha de la corriente marxista en Rusia.

Al principio, esta lucha se desarrolló en el terreno puramente teórico contra el señor Struve, representante principal de nuestro marxismo legal en la década del 90. Las postrimerías de 1894 y el comienzo de 1895 fueron un período de bruscos cambios en nuestras publicaciones legales. Por primera vez se abrió paso en ellas el marxismo, expuesto no sólo por los militantes desterrados del grupo Emancipación del Trabajo, sino también por los socialdemócratas rusos. La reanimación en el campo de la literatura y las apasionadas discusiones entre los marxistas y los viejos dirigentes *narodniks*, quienes hasta entonces habían ejercido un dominio casi absoluto en las publicaciones de avanzada (por ejemplo, N. Mijailovsky), fueron el preludio del ascenso del movimiento obrero de masas en Rusia. Los escritos de los marxistas rusos fueron los precursores directos de la lucha activa del proletariado, de las famosas huelgas de San Petersburgo en 1898 que anunciaron la época de un movimiento obrero en firme y continuo ascenso, el factor más poderoso de toda nuestra revolución.

Las condiciones entonces existentes obligaban a los socialdemócratas a escribir en un lenguaje convencional y a limitarse a los principios más generales, muy alejados de la práctica y de la política. Esta circunstancia facilitó mucho la unión de los elementos heterogéneos del marxismo en la lucha contra el populismo. Junto a los socialdemócratas desterrados y a los que actuaban en Rusia, libraron esta lucha hombres como Struve, Bulgakov, Tugan-Baranovsky, Berdyayev, etc. Eran demócratas burgueses para quienes la ruptura con el populismo no significaba el paso del socialismo pequeñoburgués (o campesino) al socialismo proletario, como lo era para nosotros, sino al liberalismo burgués.

La historia de la revolución rusa en general, la historia del partido kadete en particular, y especialmente la evolución del señor Struve (casi hasta el octubre) han hecho evidente esta verdad ahora, la han convertido en moneda corriente para nuestros publicistas. Pero entonces, en 1894-1895, había que demostrar esa verdad sobre la base de las desviaciones del marxismo, relativamente pequeñas, en que incurría tal o cual escritor; entonces todavía no se había acuña-

¹ Publicado en noviembre de 1907 en la recopilación editada en San Petersburgo por la Editorial Zerno.

do esta moneda. Por eso, al reproducir ahora íntegramente mi artículo contra el señor Struve ("El contenido económico del populismo y su crítica en el libro del señor Struve", que apareció con la firma de K. Tulin en la recopilación *Materiales sobre el desarrollo económico de Rusia*, editada en San Petersburgo en el año 1895 y que fue quemada por la censura) persigo un triple propósito. En primer lugar, la crítica del punto de vista del señor Struve tiene importancia dado que el público lector ha podido conocer el libro del señor Struve y los artículos escritos por los populistas contra los marxistas en 1894-1895. En segundo lugar, la advertencia hecha al señor Struve por un socialdemócrata revolucionario *simultáneamente* con nuestras declaraciones generales contra los populistas tiene importancia también como respuesta a quienes reiteradamente nos acusaban de aliarnos con tales señores y para apreciar la muy significativa carrera política del señor Struve. En tercer lugar, la vieja polémica con Struve, anticuada en muchos sentidos, reviste importancia por ser un ejemplo instructivo que muestra el valor político y práctico de una polémica teórica intransigente. Se ha acusado infinidad de veces a los socialdemócratas revolucionarios de una excesiva inclinación a tales polémicas con los "economistas", con los bernsteinianos y los mencheviques. Y ahora estos reproches están en boca de los "conciliadores" dentro del Partido Socialdemócrata y de los semisocialistas "simpatizantes" fuera de él. Entre nosotros se habla mucho de que los rusos en general, los socialdemócratas en particular y los bolcheviques en especial sienten excesiva inclinación a la polémica y a las escisiones. Pero se olvida también muy a menudo que la excesiva inclinación a pasar del socialismo al liberalismo es engendrada por las condiciones de los países capitalistas en general, por las condiciones de la revolución burguesa en Rusia en particular y por las condiciones de vida y de trabajo de nuestros intelectuales en especial. Desde este punto de vista vale la pena echar una ojeada a los acontecimientos de hace diez años, a las discrepancias teóricas con el "estruvismo" que se perfilaban ya entonces y a las pequeñas divergencias (pequeñas a primera vista) que llevaron a una total delimitación política entre los partidos y a una lucha implacable en el parlamento, en la prensa, en las asambleas públicas, etcétera.

Debo señalar también que el artículo contra el señor Struve se basa en un trabajo leído por mí en el otoño de 1894 en un pequeño círculo de marxistas de aquella época. El grupo de socialdemócratas activo entonces en San Petersburgo, y que un año después creó la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera, estaba representado en ese círculo por St., T. y por mí. Los escritores marxistas legales estaban representados por P. Struve, A. Potresov y K. El tema de mi trabajo era: "Reflejo del marxismo en la literatura burguesa". Como se ve por el título, la polémica con Struve fue entonces incomparablemente más áspera y definida (en cuanto a las conclusiones socialdemócratas) que en el artículo publicado en la primavera de 1895. El tono más suave se debió en parte a la necesidad de tener en cuenta la censura y en parte a la "alianza" con el marxismo legal para la lucha conjunta contra el populismo. Que el "impulso hacia la izquierda" dado entonces al señor Struve por los

socialkemócratas de San Petersburgo no fue del todo inútil lo demuestra claramente el artículo de aquel en la recopilación que fue quemada (1895) y algunos de sus artículos en *Nisoye Slovo* (1897).

Además, al leer el artículo de 1895 contra el señor Struve se debe tenerse en cuenta que, en muchos sentidos, es una síntesis de posteriores trabajos económicos (en particular de *El desarrollo del capitalismo*). Por último, debo llamar la atención de los lectores sobre las últimas páginas de este artículo, donde se subrayan los rasgos y aspectos *positivos*, desde el punto de vista marxista, del populismo como corriente democráticorevolucionaria en un país que se encontraba en vísperas de la revolución burguesa. Fue una formulación teórica de los mismos conceptos que doce o trece años después habrían de encontrar expresión política práctica en el "bloque de izquierda" en las elecciones a la II Duma y en la táctica de dicho bloque². Aquellos mencheviques que combatían la idea de la dictadura democráticorevolucionaria del proletariado y el campesinado y sostenían que era absolutamente inadmisibles un bloque de izquierda abandonaron en este aspecto una tradición muy antigua y muy importante de los socialkemócratas revolucionarios: la tradición intensamente apoyada por *Zarya* y la vieja *Istra*. De suyo se comprende que la admisión condicional y limitada de la táctica del "bloque de izquierda" se desprende inevitablemente de aquellas mismas concepciones teóricas fundamentales del marxismo sobre el populismo.

A continuación del artículo contra Struve (1894-1895) sigue *Las tareas de los socialkemócratas rusos*, trabajo escrito a fines de 1897 sobre la base de la experiencia de la labor desarrollada por los socialkemócratas en San Petersburgo durante el año 1895. Los conceptos que en otros artículos y folletos de esta recopilación se exponen en forma de polémica con el ala derecha de la socialdemocracia están presentados en este folleto en forma positiva. Los distintos prólogos a *Las tareas...* han sido reeditados para señalar la conexión de esas actividades con los diferentes períodos del desarrollo de nuestro partido (por ejemplo, el prólogo de Axelrod subraya la relación entre el folleto y la lucha contra el "economismo", mientras que el prólogo de 1902 subraya la evolución de los miembros de *Narodnaya Volya* y de *Narodnoye Pravo*).

El artículo "Los perseguidores de los zemstvos y los Anibales del liberalismo" fue publicado el año 1901 en *Zarya*, en el extranjero. Este artículo liquida, por decirlo así, las relaciones de los socialkemócratas con Struve en tanto dirigente político. En 1895 se lo advertimos y prudentemente nos separamos de él como aliado. En 1901 le declaramos la guerra en tanto liberal incapaz de defender de un modo algo consecuente ni siquiera reivindicaciones puramente democráticas.

En 1895, algunos años antes de la aparición del "bernsteinismo" en Occidente y antes de la ruptura total con el marxismo por parte de toda una

² Durante las elecciones a la segunda Duma celebrada en los primeros meses de 1907 los bolcheviques realizaron un bloque para la agitación de sus consignas con los trudoviques como representantes de la pequeñoburguesía, mientras que los mencheviques proponían realizar un acuerdo con los liberales del partido kadete, representantes de la burguesía urbana [Nde].

serie de escritores "avanzados" de Rusia, señalé que el señor Struve era un marxista en el que no se podía confiar, con el que los socialdemócratas no debían tener ningún trato. En 1901, varios años antes de que el partido kadete apareciera en la revolución rusa y del fiasco político de este partido en la I y la II Dumas, señalé cuáles eran los rasgos del liberalismo burgués de Rusia, que habrían de manifestarse totalmente en las acciones políticas de masas de 1905-1907. El artículo "Los Anfibales del liberalismo" critica los razonamientos erróneos de un liberal, pero es hoy aplicable casi por entero a la política del partido liberal más importante en nuestra revolución. A quienes se inclinan a pensar que los bolcheviques traicionamos la vieja política socialdemócrata con respecto al liberalismo cuando luchamos sin piedad contra las ilusiones constitucionalistas y contra el partido kadete en 1905-1907, "Los Anfibales del liberalismo" les hará ver su error. Los bolcheviques permanecieron fieles a las tradiciones de la socialdemocracia revolucionaria y no se dejaron arrastrar por el delirio burgués que fomentaron los liberales en la época del "zigzag constitucional" y que nubló temporalmente la conciencia del ala derecha de nuestro partido.

El folleto siguiente, *¿Qué hacer?*, se publicó en el extranjero a comienzos de 1902. Está consagrado a la crítica del ala derecha, que no era ya una corriente literaria, sino que existía en la organización socialdemócrata. En 1898 se celebró el I Congreso de los socialdemócratas en el que se fundó el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, representado en el extranjero por la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero, que comprendía también al grupo Emancipación del Trabajo. Pero los organismos centrales del Partido fueron destruidos por la Policía y no pudieron ser restablecidos. De hecho no existía un partido unido: la unidad no era más que una idea, una directiva. El apasionamiento por el movimiento huelguístico y por la lucha económica engendró entonces una forma especial de oportunismo socialdemócrata conocido como "economismo". Cuando a fines de 1900 el grupo *Iskra* inició su actividad en el extranjero la escisión en este terreno era ya un hecho. Plejanov, en la primavera de 1900, abandonó la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero y formó una organización propia, la *Sotsial-Demokrat*.

En forma oficial, *Iskra* comenzó su labor independientemente de ambos grupos, pero, en realidad, en todas las cuestiones prácticas apoyaba al grupo de Plejanov contra la Unión. No prosperó el intento de fusión (junio de 1901, Congreso de la Unión y de la organización *Sotsial-Demokrat* en Zúrich). El folleto *¿Qué hacer?* expone de un modo sistemático las causas de la divergencia y el carácter de la táctica y de la actividad de organización iskrista.

¿Qué hacer? es a menudo recordado por los actuales adversarios de los bolcheviques, los mencheviques, así como por los escritores del campo liberal burgués (los kadetes, los *Bezraglani* del periódico *Tovarishch*³, etc.). Por eso he

3 "Los sin título" fue un grupo de intelectuales liberales que se formó en los años 1905-07 [NdE].

decidido reproducir este folleto con ligeras reducciones, omitiendo únicamente detalles sobre relaciones de organización o pequeñas observaciones polémicas. En cuanto al contenido de este folleto, el lector de nuestros días debe prestar atención a lo siguiente.

El error principal de los que hoy critican *¿Qué hacer?* consiste en que desprecian por completo esta obra de la situación histórica concreta de un período determinado, ya lejano, del desarrollo de nuestro partido. Incurrió potentemente en este error, por ejemplo, Parvus (sin hablar ya de numerosos mencheviques), que muchos años después de la aparición del folleto escribió sobre sus ideas erróneas o exageradas a propósito de una organización de revolucionarios profesionales.

En la actualidad semejantes afirmaciones resultan ridículas; como si quienes las hicieron hubieran querido desentenderse de todo un período en el desarrollo de nuestro partido y de las conquistas por las que en su tiempo hubo que luchar, pero que ya se han afianzado hace mucho y han cumplido su obra.

Seguir sosteniendo hoy que *Iskra* (en 1901 y 1902!) exageraba la idea de una organización de revolucionarios profesionales es lo mismo que si después de la guerra ruso-japonesa se reprochase a los japoneses el haber exagerado la fuerza militar de los rusos, el haber exagerado, antes de la guerra, la necesidad de prepararse para luchar contra dichas fuerzas. Los japoneses, si querían lograr la victoria, tenían que reunir todas sus fuerzas contra el máximo posible de fuerzas rusas. Es de lamentar que muchos juzguen a nuestro partido desde afuera, sin conocimiento de causa, sin ver que *ahora* la idea de una organización de revolucionarios profesionales ha alcanzado ya una victoria completa. Pero tal victoria habría sido imposible si en su tiempo no se hubiese puesto esta idea en *primer plano*, si no la hubiésemos explicado "exageradamente" a quienes trataban de impedir su realización.

¿Qué hacer? es un compendio de la táctica iskrista y de la política iskrista en materia de organización durante los años 1901 y 1902. Un "compendio", ni más ni menos. Quien se tome el trabajo de revisar los archivos de *Iskra* de 1901 y 1902 indudablemente se convencerá de ello⁴. Y quien juzgue este compendio sin conocer la lucha de *Iskra* contra la tendencia entonces dominante, el economismo, sin comprender esta lucha, no hará sino lanzar palabras al viento. *Iskra* luchó por la creación de una organización de revolucionarios profesionales, luchó con particular energía en 1901 y 1902, venció al economismo, la tendencia entonces predominante, y por último creó esa organización en 1903; la mantuvo a pesar de la escisión posterior de los iskristas, a pesar de las grandes convulsiones de la época de las tormentas y tensiones, la mantuvo durante toda la revolución rusa, la mantuvo intacta desde 1901-1902 hasta 1907.

Y ahora, cuando la batalla por esta organización se ganó hace mucho, cuando ha madurado el grano y se ha cosechado hay quienes dicen: "¡Exageraron

4 El volumen 3 de esta publicación contendrá los artículos de *Iskra* más importantes de estos años.

ustedes la idea de una organización de revolucionarios profesionales!". ¿No es esto ridículo?

Tomen todo el período prerrevolucionario y los primeros dos años y medio de la revolución (1905-1907). Comparen durante ese tiempo nuestro Partido Socialdemócrata con los demás partidos en cuanto a su cohesión, grado de organización y continuidad política. Tendrán que reconocer que en *este* sentido es *indiscutible* la superioridad de nuestro partido sobre *todos* los demás, tanto sobre los kadetes como sobre los socialistas-revolucionarios, etc. Antes de la revolución, el Partido Socialdemócrata elaboró un programa que fue formalmente aceptado por todos los socialdemócratas y cuando hubo que introducir modificaciones en él no se produjo ninguna escisión debido a ello. De 1903 a 1907 (formalmente, de 1905 a 1906) el Partido Socialdemócrata, a pesar de la escisión, fue el que más informó a la opinión pública acerca de su situación interna (actas de los congresos: el II de todo el Partido; el III de los bolcheviques y el IV o Congreso de Estocolmo de todo el Partido). El Partido Socialdemócrata, a pesar de la escisión, aprovechó antes que todos los demás partidos el temporario destello de libertad para crear una organización legal con una estructura democrática ideal, con elección de cargos y con representación en los congresos según el número de miembros organizados del Partido. Esto no existe hasta ahora ni en el Partido Socialista Revolucionario ni en el kadete, aunque este último es prácticamente legal y es el partido burgués mejor organizado y posee incomparablemente más medios económicos que nosotros, más posibilidades de utilizar la prensa y de actuar legalmente. ¿Acaso las elecciones a la II Duma, en las que participaron todos los partidos, no demostraron claramente la superioridad de la cohesión orgánica de nuestro partido y de nuestra minoría en la Duma?

Cabe preguntar: ¿quién ha realizado, quién ha engendrado esa cohesión, esa solidez y esa firmeza supremas de nuestro partido? La organización de revolucionarios profesionales, a cuya creación *habrá* hizo la mayor de las contribuciones. A quien conozca bien la historia de nuestro partido, a quien haya pasado por las vicisitudes de su formación, le bastará echar una mirada a la lista de delegados de cualquiera de los grupos, por ejemplo a la del Congreso de Londres⁵, para persuadirse de ello, para ver al instante que es una delegación compuesta por antiguos afiliados, el núcleo central que trabajó con más celo que nadie para forjar el Partido y convertirlo en lo que es ahora. Naturalmente, la condición fundamental de este éxito se debió a que la clase obrera, cuyos mejores representantes crearon el Partido Socialdemócrata, en virtud de razones económicas objetivas posee mayor capacidad de organización que todas las demás clases de la sociedad capitalista. Sin esa condición, una organización de revolucionarios profesionales no sería más que un juguete, una aventura, un rótulo vacío, y *¿Qué hacer?* lo subraya reiteradamente, señalando

⁵ En mayo de 1907 se reúne en Londres el V Congreso del POSDR. Los delegados bolcheviques son mayoritarios [NdE].

que la organización que propicia sólo tiene sentido en vinculación con la "verdadera clase revolucionaria, que se alza espontáneamente a la lucha". Pero la máxima capacidad objetiva del proletariado para unirse como clase se realiza a través de seres vivientes y sólo a través de determinadas formas orgánicas. En las condiciones históricas que prevalecían en Rusia en 1900-1905, ninguna otra organización que no fuese la *iskrista* podía crear tal partido obrero socialdemócrata como el que ahora tenemos. Los revolucionarios profesionales han cumplido con su tarea en la historia del socialismo proletario ruso. Y no hay fuerza capaz de destruir ahora esta obra, que ha rebasado el estrecho marco de los "círculos" de 1902-1905; el significado de las conquistas ya logradas no se debilitará por las tardías quejas de quienes dicen que las tareas militantes del movimiento fueron exageradas por aquellos que en su tiempo tuvieron que luchar para asegurar la forma acertada de cumplir esas tareas.

Acabo de referirme al estrecho marco de los círculos de la época de la vieja *Iskra* (a fines de 1903, desde *Iskra* N.º 51, esta giró al menchevismo y proclamó: "Entre la vieja y la nueva *Iskra* media un abismo" -palabras de Trotsky en un folleto aprobado por la redacción menchevique de *Iskra*-). Conviene decir unas cuantas palabras aclaratorias al lector de nuestros días acerca de este espíritu de círculo. Tanto el folleto *¿Qué hacer?* como el folleto posterior *Un paso adelante, dos pasos atrás* presentan al lector una lucha apasionada, a veces enconada y destructiva, entre los círculos en el extranjero. Es indudable que esta lucha ofrece muchos aspectos ingratos. Es indudable que esta lucha de círculos constituye un fenómeno que sólo es posible cuando el movimiento obrero del país es aún muy joven e inmaduro. Es indudable que los actuales dirigentes del actual movimiento obrero ruso deben romper con las numerosas tradiciones de los círculos, deben olvidar y desechar muchas pequeñeces de la vida de los círculos y de las intrigas de círculo para concentrarse en las tareas de la socialdemocracia en nuestra época. La ampliación del Partido incorporando elementos proletarios es lo único que puede, en relación con la actividad abierta de masas, acabar con los restos del espíritu de círculo heredados del pasado y que no corresponden a las tareas del presente. El paso a un partido obrero democráticamente organizado, proclamado por los bolcheviques en *Nóvaya Zhízn* en noviembre de 1905, no bien se dieron las condiciones para la actividad legal era ya, en realidad, una ruptura definitiva con ese viejo espíritu de círculo que había sobrevivido...

Sí, "que había sobrevivido", pues no basta condenar el espíritu de círculo, es preciso saber comprender su importancia en las condiciones peculiares de la época pasada. En su tiempo, los círculos fueron necesarios y desempeñaron un papel positivo. En un país autocrático, en especial en la situación creada por toda la historia del movimiento revolucionario ruso, el partido obrero socialista no podía desarrollarse más que sobre la base de los círculos. Los círculos, es decir, grupos compuestos por un muy reducido número de personas, estrechos, cerrados y casi siempre basados en la amistad personal, fueron una etapa necesaria en el desarrollo del socialismo y del movimiento obrero en Rusia. A medida

que crecía este movimiento se le planteó la tarea de unificar estos círculos, de crear sólidos vínculos entre ellos y de establecer la continuidad. No se podía cumplir esta tarea sin crear una fuerte base de operaciones "fuera del alcance" de la autocracia, es decir, en el extranjero. Los círculos en el extranjero surgieron, pues, por imperativo de la necesidad. No mantenían contacto entre sí, no existía sobre ellos la autoridad de un partido en Rusia, era inevitable que discrepasen en cuanto a la comprensión de las tareas fundamentales del movimiento en un momento dado, es decir, en cuanto a la comprensión de cómo precisamente había que organizar una base de operaciones y en qué sentido era preciso ayudar a la organización general del partido. En tales condiciones era inevitable la lucha entre los círculos. Ahora, lanzando una mirada retrospectiva, vemos claramente cuál de los círculos estaba realmente en condiciones de cumplir la función de base de operaciones. Pero entonces, cuando los distintos círculos iniciaban su actividad, nadie podía decirlo y sólo la lucha podía zanjar la discusión. Recuerdo que Parvus reprochaba más tarde a la vieja *Lúta* el haber librado una lucha de exterminio contra los círculos y propugnaba, a posteriori, una política conciliadora. Pero esto era fácil decirlo después, y decirlo significa dar pruebas de incomprensión de las condiciones que entonces existían. En primer lugar, no había ningún criterio para juzgar la fuerza o la importancia de uno u otro círculo. Se exageró la importancia de muchos de ellos, que ahora están olvidados, pero que en aquellos tiempos querían demostrar a través de la lucha su derecho a la existencia. En segundo lugar, las discrepancias entre los círculos giraban en torno a cómo orientar el trabajo, cosa que a la sazón era nueva para ellos. Ya señalé entonces (en *¿Qué hacer?*) que estas discrepancias, aparentemente pequeñas, tenían en realidad enorme importancia, pues al comienzo de esta nueva labor, al comienzo del movimiento socialdemócrata, la determinación del carácter general de la labor y del movimiento se reflejaría del modo más esencial en la propaganda, la agitación y la organización. Todas las discusiones posteriores entre los socialdemócratas giraron en torno a cómo orientar la actividad política del partido obrero en tales o cuales casos. Pero entonces la discusión giraba en torno a los principios más generales y a las tareas cardinales de toda la política socialdemócrata en general.

Los círculos cumplieron con su cometido y ahora, claro está, están caducos pero han caducado únicamente porque su lucha planteó con la mayor agudeza las cuestiones primordiales de la socialdemocracia, las resolvió con un espíritu revolucionario intransigente y creó así una sólida base para una amplia actividad de partido.

De las cuestiones particulares planteadas en las publicaciones con relación a *¿Qué hacer?* señalaré sólo las dos siguientes. Plejanov, en la *Lúta* de 1904, poco después de aparecer *Un paso adelante, dos pasos atrás*, proclamó su desacuerdo de principio conmigo en la cuestión de la espontaneidad y la conciencia política. Yo no le contesté (si se exceptúa una nota en *Isperiod* de Ginebra) ni contesté a las numerosas reiteraciones sobre este tema aparecidas en las publicaciones

mencheviques, y no contesté porque la crítica de Plejanov era evidentemente un simple embrollo basado en frases separadas de su contexto, en determinadas expresiones que yo no había formulado con todo acierto o precisión y además no tenía en cuenta el contenido general y todo el espíritu de mi folleto *¿Qué hacer?*, que apareció en marzo de 1902. El proyecto de programa del partido (hecho por Plejanov y enmendado por la redacción de *Iskra*) fue publicado en junio o julio de dicho año. Su formulación de la relación entre la espontaneidad y la conciencia política contó con el asentimiento de toda la redacción de *Iskra* (las discusiones sobre el programa entre Plejanov y yo, que se desarrollaron dentro de la redacción, no giraron en torno a este problema, sino en lo referente al desplazamiento de la pequeña producción por la grande, sobre lo cual yo exigía una formulación más precisa que la de Plejanov, y en lo referente a la diferencia de puntos de vista del proletariado o de las clases trabajadoras en general, sobre lo cual yo insistía en la necesidad de dar una definición más estricta del carácter puramente proletario del Partido).

Por consiguiente, no podía hablarse de ninguna diferencia de principio acerca de esta cuestión entre el proyecto de programa y *¿Qué hacer?* En el II Congreso (agosto de 1903), Martinov, entonces economista, refutó nuestras concepciones sobre la espontaneidad y la conciencia política expuestas en el programa. Rebatieron a Martinov todos los iskristas, como lo subrayo en *Un paso adelante...*, etc. De aquí se desprende claramente que la controversia era esencialmente entre los iskristas y los economistas, quienes combatían lo que había en común entre *¿Qué hacer?* y el proyecto de programa. Ahora bien, tampoco en el II Congreso pensé erigir en algo "programático", en principios especiales, mis formulaciones hechas en *¿Qué hacer?* Por el contrario, empleé la expresión de enderezar todo lo torcido, que más tarde se citaría tan a menudo. En *¿Qué hacer?* dije (véanse las actas del II Congreso del POSDR de 1903, Ginebra, 1904) que hay que enderezar todo lo que ha sido torcido por los "economistas", y precisamente por ello, porque tratamos siempre de enderezar enérgicamente todo lo que ha sido torcido nuestra "línea de acción" será siempre la más derecha.

El significado de estas palabras es claro: *¿Qué hacer?* rectifica en forma polémica al economismo y sería erróneo juzgar el folleto desde cualquier otro punto de vista. Hay que añadir que el artículo de Plejanov contra *¿Qué hacer?* no fue reproducido en la recopilación de la nueva *Iskra* (*Dos años*), por lo que no me refiero ahora a los argumentos de Plejanov y me limito a explicar el fondo del asunto al lector de nuestros días, que puede tropezar con alusiones a esta cuestión en numerosas publicaciones mencheviques.

La otra observación se refiere a la lucha económica y a los sindicatos. En las publicaciones se deforman a menudo mis opiniones sobre esta cuestión. Por eso considero necesario subrayar que muchas páginas de *¿Qué hacer?* están dedicadas a explicar la enorme importancia de la lucha económica y de los sindicatos. En particular, yo me pronuncié por la neutralidad de los sindicatos. Desde entonces, ni en los folletos ni en los artículos periodísticos he modificado mi opinión, a

pesar de las múltiples afirmaciones hechas por mis contrincantes. Sólo el Congreso del POSDR de Londres y el Congreso Socialista Internacional de Stuttgart me hicieron llegar a la conclusión de que la neutralidad de los sindicatos no es defendible como un *principio*. El único principio correcto es el acercamiento más estrecho posible de los sindicatos al Partido. Nuestra política debe tender a acercar y vincular los sindicatos al Partido. Hay que aplicar esta política con perseverancia y firmeza en toda nuestra propaganda y agitación y en el trabajo de organización, sin aspirar a simples "reconocimientos" de nuestras concepciones y sin expulsar de los sindicatos a los que opinan en forma diferente.

El folleto *Un paso adelante, dos pasos atrás* apareció en Ginebra en el verano de 1904. Se describe en él la primera fase de la escisión entre mencheviques y bolcheviques, iniciada en el II Congreso (agosto de 1903). He reducido este folleto a cerca de la mitad, pues los detalles menores de la lucha en torno a los problemas de organización, sobre todo en lo que atañe a la composición de los organismos centrales del Partido, no pueden interesar en absoluto a los lectores de nuestros días y, en realidad, merecen ser olvidados. Considero que lo esencial es el análisis del debate sobre las concepciones tácticas y otras en el II Congreso y la polémica con los mencheviques en materia de organización: lo uno y lo otro es necesario para comprender el menchevismo y el bolchevismo como corrientes que han impreso su sello en toda la actividad del partido obrero en nuestra revolución.

De los debates en el III Congreso del Partido Socialdemócrata señalaré el relativo al programa agrario. Los acontecimientos han demostrado sin duda alguna que nuestro programa de entonces (la devolución de los recortes⁶) era demasiado limitado y *subestimaba* las fuerzas del movimiento campesino democrático revolucionario. A esto me referiré con más detalle en el segundo volumen de la presente publicación. Aquí es importante subrayar que *incluso* este programa agrario *excesivamente limitado* pareció en aquel tiempo *demasiado amplio* al ala derecha del Partido Socialdemócrata. Martinov y otros economistas lo combatieron porque, según ellos, iba demasiado lejos! Esto indica la gran importancia práctica de toda la lucha librada por la vieja *línea* contra el economismo, contra los intentos de reducir y enpequeñecer el carácter de la política socialdemócrata.

Nuestras discrepancias con los mencheviques en aquel tiempo (primera mitad de 1904) se circunscribían a cuestiones de organización. Yo calificué la posición menchevique de "oportunisto en cuestiones de organización". P. Axelrod, objetando esto, escribía a Kautsky: "Mi escasa inteligencia no me permite comprender qué es eso de 'oportunisto en cuestiones de organización', que ahora se pone en primer plano como algo independiente, sin ligazón directa

⁶ Tierra separada de las parcelas de los campesinos y cedida a los terratenientes en virtud de la reforma agraria del zarismo en 1861 (NdlE).

con las concepciones de programa y de táctica" (Carta del 6 de junio de 1904, publicada en la recopilación de la nueva *Iskra* titulada *Dos años*, parte II, p. 149).

La ligazón directa del oportunismo en las concepciones sobre organización con las concepciones sobre táctica ha sido suficientemente demostrada por toda la historia del menchevismo en 1905-1907. Por lo que se refiere a lo "incomprensible" del "oportunismo en cuestiones de organización", la experiencia práctica ha confirmado mi apreciación más brillantemente de lo que yo podía esperar. Bastará indicar que el propio menchevique Cherevanin ha tenido ahora que reconocer (véase su folleto sobre el Congreso del POSDR de 1907 en Londres) que los planes de Axelrod en materia de organización (el famoso "congreso obrero", etc.) sólo pueden llevar a escisiones funestas para la causa del proletariado. Es más, el mismo Cherevanin refiere en dicho folleto que Plejanov tuvo que luchar en Londres dentro del grupo menchevique contra el "anarquismo en el terreno de la organización". Así que en 1904 no luché en vano contra el "oportunismo en cuestiones de organización", puesto que en 1907 tanto Cherevanin como Plejanov tuvieron que reconocer el "anarquismo en el terreno de la organización" de influyentes mencheviques.

Del oportunismo en la organización los mencheviques pasaron al oportunismo en la táctica. El folleto *La campaña de los zemstvos y el plan de Iskra* (apareció en Ginebra a fines de 1904, en noviembre o diciembre si no me equivoco) señala el primer paso de los mencheviques por este camino. En las publicaciones actuales no es raro encontrar pasajes en los que se dice que la polémica sobre la campaña de los zemstvos se debió a que los bolcheviques negaron toda utilidad a las manifestaciones ante los miembros de los zemstvos. Como verá el lector, esta es una opinión completamente equivocada. Las divergencias se debieron a que los mencheviques insistían entonces en que no debíamos sembrar el *pánico* entre los liberales y más aún al hecho de que después de la huelga de Rostov de 1902, después de las huelgas y barricadas del verano de 1903 y en vísperas del 9 de enero de 1905 los mencheviques proclamaron que las manifestaciones ante los miembros de los zemstvos constituían el *tipo superior* de manifestación. Nuestra apreciación del plan menchevique de "campaña de los zemstvos" fue expresada en el título de mi artículo dedicado a este problema en el primer número del periódico bolchevique *Period* (Ginebra, enero de 1905): "Buenas manifestaciones de los proletarios y malas argumentaciones de algunos intelectuales".

El último folleto reproducido en esta recopilación, *Das taktikas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, apareció en Ginebra el verano de 1905. Es una exposición sistemática de las discrepancias tácticas *fundamentales* con los mencheviques; las resoluciones del III Congreso del POSDR (bolchevique) realizado en Londres y de la Conferencia menchevique de Ginebra registraron en forma cabal estas discrepancias, que llevaron a la divergencia *cardinal* en la apreciación de toda nuestra revolución burguesa desde el punto de vista de las tareas del proletariado. Los bolcheviques sostenían que correspondía al proletariado el papel

de dirigente en la revolución democrática. Los mencheviques reducían su papel al de una "oposición extrema". Los bolcheviques determinaron positivamente el carácter y significado de clase de la revolución al decir: la revolución victoriosa es "la dictadura democráticorrevolucionaria del proletariado y el campesinado". Los mencheviques interpretaron siempre tan erróneamente el concepto de revolución burguesa que terminaron por aceptar que el proletariado desempeñase en la revolución un papel subordinado y dependiente de la burguesía.

Se sabe cómo se reflejaron en la práctica estas discrepancias de principio. Boicot a la Duma de Bulygin por los bolcheviques y vacilaciones de los mencheviques. Boicot a la Duma de Witte por los bolcheviques y vacilaciones de los mencheviques, que llamaron a votar, pero no para la Duma. Apoyo al gabinete y a la política de los kadetes en la I Duma por los mencheviques y desenmascaramiento decidido de las ilusiones constitucionalistas y del espíritu contrarrevolucionario de los kadetes por los bolcheviques, junto con la propaganda en pro de un "Comité Ejecutivo de las Izquierdas". Luego, bloque de izquierda propugnado por los bolcheviques en las elecciones a la II Duma y bloque con los kadetes propugnado por los mencheviques, etc., etcétera.

Al parecer, ha llegado a su fin el "período kadete" de la revolución rusa (expresión del folleto *El triunfo de los kadetes y las tareas del partido obrero*, marzo de 1906). Está plenamente desenmascarado el espíritu contrarrevolucionario de los kadetes. Ellos mismos comienzan a reconocer que han luchado todo el tiempo contra la revolución, y el señor Struve llega a expresar sinceramente las ideas más recónditas del liberalismo kadete. Mientras más atentamente considere ahora el proletariado políticamente consciente todo ese período kadete, todo ese "zigzag constitucionalista", con tanta mayor evidencia verá que los bolcheviques hicieron una justa apreciación anticipada de dicho período y de la naturaleza del partido kadete y que los mencheviques aplicaron en realidad una política errónea, que objetivamente equivalía a sustituir la política proletaria independiente por la política de subordinación del proletariado al liberalismo burgués.

Cuando se lanza una mirada de conjunto a la lucha de las dos corrientes del marxismo ruso y de la socialdemocracia rusa durante los últimos doce años (1895-1907) no se puede menos que llegar a la conclusión de que el "marxismo legal", el "economismo" y el "menchevismo" son formas distintas de una misma tendencia histórica. El "marxismo legal" del señor Struve (1894) y de otros como él era el *reflejo del marxismo en la literatura burguesa*. El "economismo", como corriente particular de la labor socialdemócrata en 1897 y en los años siguientes fue la aplicación efectiva del programa del *Credo liberal burgués*: la lucha económica, para los obreros; la lucha política, para los liberales. El menchevismo no es sólo una corriente literaria, no es sólo una tendencia de la labor

socialdemócrata, sino un grupo coherente, que durante el primer período de la revolución rusa (1905-1907) aplicó una política propia, una política que en la práctica supeditaba el proletariado al liberalismo burgués⁷.

En todos los países capitalistas el proletariado está inevitablemente ligado por miles de vínculos transitorios con su vecino de la derecha: la pequeñoburguesía. En todos los partidos obreros es inevitable la formación de un ala derecha más o menos definida, que en sus opiniones, en su táctica y en su "línea" de organización refleja las tendencias oportunistas de la pequeñoburguesía. En un país tan pequeñoburgués como Rusia, en la época de la revolución burguesa, en la época de los primeros gérmenes del joven Partido Obrero Socialdemócrata, estas tendencias no podían menos que manifestarse con mayor agudeza, de un modo más concreto y con más claridad que en ningún otro sitio de Europa. El conocimiento de las diferentes manifestaciones de esta tendencia en la socialdemocracia de Rusia en los distintos períodos de su desarrollo es necesario para fortalecer el marxismo revolucionario y para templar a la clase obrera rusa en su lucha por la emancipación.

⁷ El análisis de la lucha de las diferentes corrientes y matices de opinión en el II Congreso del Partido (véase el folleto *Un paso adelante, dos pasos atrás*, 1904) demuestra de modo indiscutible el vínculo directo e inmediato del "economismo" de 1897 y de los años siguientes con el "menchevismo". En cuanto a los vínculos del "economismo" dentro de la socialdemocracia con el "marxismo legal" o "estruvismo" de 1895 a 1897, fueron señalados por mí en el folleto *¿Qué hacer?* (1902). El marxismo legal, el economismo y el menchevismo están vinculados entre sí no sólo ideológicamente, sino además por su continuidad histórica directa.

MARXISMO Y REVISIONISMO¹

Es bien conocido el aforismo que dice que si los axiomas geométricos afectasen los intereses de la gente seguramente habría quien los refutase. Las teorías de las ciencias naturales, que han chocado con los viejos prejuicios de la teología, provocaron y siguen provocando hasta hoy la oposición más enconada. Nada tiene de extraño, entonces, que la doctrina de Marx, que sirve en forma directa a la educación y organización de la clase de vanguardia de la sociedad moderna, que señala las tareas de esa clase y demuestra la sustitución inevitable —en virtud del desarrollo económico— del régimen actual por un nuevo orden, haya debido luchar por conquistar cada uno de sus pasos.

Ni que decir tiene, esto se aplica a la ciencia y la filosofía burguesas, oficialmente enseñadas por profesores oficiales para embrutecer a las nuevas generaciones de las clases poseedoras y “adiestrarlas” contra los enemigos exteriores e interiores. Esta ciencia ni quiere oír hablar de marxismo y lo proclama refutado y aniquilado; Marx es atacado con igual celo por los jóvenes estudiantes que hacen carrera refutando el socialismo y por los decrepitos ancianos que conservan la tradición de toda suerte de anticuados “sistemas”. Los avances, difusión y afianzamiento de las ideas marxistas entre la clase obrera provocan inevitablemente la reiteración y agudización de esos ataques burgueses contra el marxismo, que sale más fuerte, más templado y vital de cada uno de sus “aniquilamientos” por la ciencia oficial.

Pero, aun entre las doctrinas vinculadas a la lucha de la clase obrera y difundidas de modo predominante entre el proletariado, el marxismo de ningún modo consolidó su posición de golpe, ni mucho menos. Durante el primer medio siglo de su existencia (desde la década del 40 del siglo XIX) luchó contra teorías que le eran profundamente hostiles. En la primera mitad de la década del 40 Marx y Engels ajustaron cuentas con los jóvenes hegelianos radicales, cuyo punto de vista era el del idealismo filosófico. A fines de esa década, en el campo de las doctrinas económicas pasó a primer plano la lucha contra el proudhonismo. Esta lucha terminó en la década del 50 con la crítica de los partidos y doctrinas que habían surgido en el turbulento año 1848. En la década del 60, al expulsar al bakuninismo de la Internacional, la lucha se desplazó del campo de la teoría general a un campo más cercano al movimiento obrero propiamente dicho. A comienzos de la década del 70 se destacó en Alemania,

¹ Publicado en 1908 en la recopilación *Karl Marx (1818-1883)*, de la editorial C. y M. Kedrov.

por breve tiempo, el proudhonista Mühlberger; a fines de ese período, el positivista Dühring. Pero la influencia de uno y otro sobre el proletariado era ya insignificante. El marxismo había alcanzado un indiscutible triunfo sobre todas las otras ideologías del movimiento obrero.

En lo fundamental, este triunfo culminó en la década del 90 del siglo pasado. Hasta en los países latinos, donde se habían mantenido las tradiciones del proudhonismo por más tiempo, los partidos obreros estructuraron sus programas y su táctica sobre bases marxistas. Al reanudarse en forma de congresos internacionales periódicos, la organización internacional del movimiento obrero se colocó, en lo esencial, inmediatamente y casi sin lucha, en el terreno del marxismo. Pero cuando este hubo desplazado a todas las doctrinas más o menos integrales que le eran hostiles las tendencias que en ellas se albergaban comenzaron a buscar otros caminos. Las formas y las causas de la lucha cambiaron, pero la lucha continuó. Y el marxismo comenzó su segundo medio siglo de existencia (década del 90 del siglo pasado) enfrentando una corriente hostil en el mismo marxismo.

El exmarxista ortodoxo Bernstein dio su nombre a esta corriente al proclamar con gran alharaca y con grandilocuentes expresiones las enmiendas de Marx, la revisión de Marx, el revisionismo. Aun en Rusia, donde —debido al atraso económico y a la preponderancia de la población campesina oprimida por los vestigios de la servidumbre— el socialismo no marxista se ha mantenido durante mucho tiempo, hoy este se convierte sencillamente en revisionismo ante nuestros propios ojos. Tanto en el problema agrario (programa de municipalización de toda la tierra) como en las cuestiones programáticas y tácticas de índole general nuestros socialpopulistas fueron sustituyendo cada vez más con "enmiendas" a Marx los restos agonizantes y caducos del viejo sistema, coherente a su modo y profundamente hostil al marxismo.

El socialismo premarxista ha sido derrotado. Continúa luchando, ya no en su propio terreno, sino en el del marxismo, como revisionismo. Examinemos, pues, cuál es el contenido ideológico del revisionismo.

En el campo de la filosofía, el revisionismo iba a remolque de la "ciencia" académica burguesa. Los profesores "retornaban a Kant" y el revisionismo se arrastraba tras los neokantianos; los profesores repetían las vulgaridades que los curas habían pronunciado mil veces contra el materialismo filosófico, y los revisionistas, sonriendo complacidos, murmuraban (repetiendo palabra por palabra el último manual) que el materialismo había sido "refutado" desde hacía mucho tiempo. Los profesores trataban a Hegel como a un "perro muerto", y mientras ellos mismos predicaban el idealismo, sólo que mil veces más mezquino y superficial que el hegeliano, encogiéndose desdeñosamente de hombros ante la dialéctica, los revisionistas se hundían tras ellos en el pantano del envilecimiento filosófico de la ciencia, sustituyendo la "sutil" (y revolucionaria) dialéctica por la "simple" (y pacífica) "evolución". Los profesores ganaban su sueldo oficial ajustando sus idealistas y "críticos" sistemas a la dominante "filo-

solia" medieval (es decir, a la teología), y los revisionistas se acercaban a ellos, esforzándose por hacer de la religión un "asunto privado", no en relación al Estado moderno, sino en relación al partido de la clase de vanguardia.

No se necesita decir el verdadero significado de clase de semejantes "enmiendas" a Marx: es bien evidente. Sólo señalaremos que Plejanov fue el único marxista en el movimiento socialdemócrata internacional que criticó desde el punto de vista del materialismo consecuente aquellas increíbles necedades acumuladas por los revisionistas. Esto debe ser subrayado aún con más fuerza debido a que en nuestro tiempo se hacen tentativas profundamente erróneas destinadas a contrabandear la vieja y reaccionaria basura filosófica disfrazada de crítica del oportunismo táctico de Plejanov².

Pasando a la economía política, es necesario señalar, ante todo, que en esta esfera las "enmiendas" de los revisionistas eran muchísimo más multifacéticas y minuciosas; se trataba de sugestionar al público con "nuevos datos sobre el desarrollo económico". Se decía que la concentración y desplazamiento de la pequeña producción por la gran producción no se opera de ningún modo en la agricultura y con extrema lentitud en el comercio y la industria. Se decía que las crisis se han vuelto ahora más raras y débiles y que los cárteles y trusts probablemente permitirían al capital eliminarlas por completo. Se decía que la "teoría de la bancarrota" hacia la cual marcha el capitalismo es inconsistente debido a que las contradicciones de clase tienden a suavizarse y atenuarse. Y, por último, se decía que no estaría mal corregir también la teoría del valor de Marx de acuerdo con Böhm-Bawerk³.

La lucha contra los revisionistas en torno a estas cuestiones sirvió para reavivar de manera fecunda el pensamiento teórico del socialismo internacional, tal como había ocurrido veinte años antes con la polémica de Engels contra Dühring. Los argumentos de los revisionistas fueron analizados con hechos y cifras en la mano. Se demostró que embellecían sistemáticamente la pequeña producción moderna. Datos irrefutables prueban la superioridad técnica y comercial de la gran producción sobre la pequeña, no sólo en la industria, sino también en la agricultura. Pero la producción de mercancías está mucho menos desarrollada en la agricultura y, por lo general, los estadísticos y economistas actuales no saben destacar las ramas especiales y, a veces, incluso las operaciones de la agricultura que expresan de qué manera esta es progresivamente arrastrada al proceso de *intercambio* de la economía mundial. La pequeña producción se sostiene sobre las ruinas de la economía natural debido al constante empeoramiento de la alimentación, el hambre crónica, la prolongación de la jornada de trabajo,

² Véase el libro *Ensayos sobre la filosofía del marxismo*, de Bogdanov, Bazarov y otros. No es oportuno analizar aquí este libro y, por el momento, me limito a manifestar que en un futuro próximo demostraré en una serie de artículos, o en un folleto especial, que todo lo que en él se dice sobre los revisionistas neokantistas guarda también relación, en sustancia, con estos "nuevos" revisionistas neohumanistas y neoberkelianos.

³ Economista burgués austríaco [NdE].

el deterioro de la calidad y atención del ganado; en una palabra, debido a aquellos mismos métodos con que se sostuvo también la producción artesanal contra la manufactura capitalista. En la sociedad capitalista, cada avance de la ciencia y la técnica socava, inevitable e inexorablemente, los cimientos de la pequeña producción. Y la tarea de la economía política socialista consiste en investigar este proceso en todas sus formas, no pocas veces complejas e intrincadas, y demostrar al pequeño productor la imposibilidad de sostenerse en el capitalismo, la situación desesperada de las explotaciones campesinas en el régimen capitalista y la necesidad de que el campesino adopte el punto de vista del proletariado. Ante la cuestión que nos ocupa, los revisionistas cometieron el pecado, en el aspecto científico, de generalizar superficialmente algunos hechos tomados de manera unilateral, al margen de su conexión con el sistema del capitalismo en su conjunto; y en el aspecto político cometieron el pecado de que, inevitablemente, quisieran o no, invitaron o empujaron a los campesinos a tomar la actitud del pequeño propietario (es decir, la actitud de la burguesía), en vez de instarlos a adoptar el punto de vista del proletariado revolucionario.

El revisionismo salió aún peor parado en lo que se refiere a la teoría de las crisis y a la teoría de la bancarrota. Sólo personas muy poco perspicaces y durante muy poco tiempo podían pensar en modificar los fundamentos de la doctrina de Marx bajo la influencia de algunos años de animación y prosperidad industrial. Muy pronto la realidad se encargó de enseñar a los revisionistas que las crisis no eran cosa del pasado: la prosperidad fue seguida por la crisis. Cambiaron las formas, la sucesión, el cuadro de las distintas crisis, pero estas seguían siendo parte integrante, inevitable, del régimen capitalista. Mientras unifican la producción, los cárteles y trusts, simultáneamente y en forma visible para todos, agravan la anarquía de la producción, la inseguridad de la vida del proletariado y la opresión del capital, agudizando así las contradicciones de clase en grado sin precedentes. Los modernos, gigantescos trusts ponen en evidencia, de modo bien palpable y en inmensas proporciones, que el capitalismo marcha hacia la bancarrota, tanto en el sentido de las crisis políticas y económicas aisladas como en el del hundimiento completo de todo el régimen. La reciente crisis financiera en Norteamérica y el horroroso crecimiento de la desocupación en toda Europa, sin hablar de la próxima crisis industrial, de la que asoman no pocos síntomas, han hecho que las recientes "teorías" de los revisionistas fueran olvidadas por todos, incluidos al parecer muchos de ellos mismos. Las que no deben olvidarse son las enseñanzas que esta inestabilidad de los intelectuales ha brindado a la clase obrera.

Con respecto a la teoría del valor, sólo es necesario decir que, aparte de alusiones y suspiros muy vagos, al estilo de Böhm-Bawerk, los revisionistas no aportaron absolutamente nada ni dejaron, por tanto, ninguna huella en el desarrollo del pensamiento científico.

En la esfera política, el revisionismo intentó revisar realmente los fundamentos del marxismo, o sea, la teoría de la lucha de clases. La libertad política,

la democracia, el sufragio universal —nos decían los revisionistas— destruyen el terreno para la lucha de clases y desmienten la vieja tesis del *Manifiesto Comunista* de que los obreros no tienen patria. Puesto que en la democracia prevalece “la voluntad de la mayoría”, según ellos no se debe considerar al Estado como órgano de dominación de clase ni negarse a establecer alianzas con la burguesía progresista y socialreformista contra los reaccionarios.

Es indiscutible que estas objeciones de los revisionistas se reducian a un sistema bastante armónico de concepciones, a saber: las bien conocidas concepciones liberalburguesas. Los liberales han dicho siempre que el parlamentarismo burgués destruye las clases y diferencias de clase, ya que todos los ciudadanos sin distinción gozan del derecho a votar e intervenir en los asuntos de Estado. Toda la historia de Europa durante la segunda mitad del siglo XIX, toda la historia de la revolución rusa a comienzos del siglo XX enseñan de manera patente lo absurdo de tales conceptos. Con las libertades del capitalismo “democrático”, las diferencias económicas, lejos de atenuarse, se acentúan y agravan. El parlamentarismo no elimina, sino que pone al desnudo el carácter innato de las repúblicas burguesas más democráticas como órganos de opresión de clase. Al ayudar a ilustrar y organizar a masas de población incomparablemente más vastas que las que antes participaban en forma activa en los acontecimientos políticos, el parlamentarismo no contribuye a la eliminación de las crisis y revoluciones políticas, sino a la agudización de la guerra civil durante esas revoluciones. Los acontecimientos de París, en la primavera de 1871, y los de Rusia, en el invierno de 1905, revelaron con suma claridad que dicha agudización se produce indefectiblemente. Para aplastar el movimiento proletario, la burguesía francesa no vaciló ni un segundo en pactar con el enemigo de toda la nación, con las tropas extranjeras que habían arruinado a su patria. Quien no comprenda la inevitable dialéctica interna del parlamentarismo y de la democracia burguesa, que lleva a solucionar la disputa por la violencia de las masas de un modo todavía más tujante que en tiempos anteriores, jamás podrá, basándose en ese parlamentarismo, realizar una propaganda y agitación consecuente y de principio que prepare realmente a las masas obreras para una participación victoriosa en tales “disputas”. La experiencia de las alianzas, acuerdos, bloques con el liberalismo socialreformista en la Europa occidental y con el reformismo liberal (kadetes) en la revolución rusa muestra de manera convincente que esos acuerdos, al unir a los elementos combativos con los elementos menos capaces de luchar, con los más vacilantes y traidores, sólo embotan la conciencia de las masas y no refuerzan, sino que debilitan la importancia real de la lucha. El millerandismo francés —la más grande experiencia de aplicación de la táctica política revisionista en una escala de amplitud realmente nacional— nos ha ofrecido una valoración práctica del revisionismo que el proletariado del mundo entero jamás olvidará.

El complemento natural de las tendencias económicas y políticas del revisionismo era su actitud hacia la meta final del movimiento socialista. “El

objetivo final no es nada; el movimiento lo es todo": esta expresión proverbial de Bernstein pone en evidencia la esencia del revisionismo mejor que muchas largas disertaciones. Determinar su comportamiento caso por caso, adaptarse a los acontecimientos del día, a los virajes de las minucias políticas, olvidar los intereses cardinales del proletariado y los rasgos fundamentales de todo el régimen capitalista, de toda la evolución del capitalismo, sacrificar esos intereses cardinales en aras de las ventajas verdaderas o supuestas del momento: esta es la política del revisionismo. Y de la esencia misma de esta política se deduce, con toda evidencia, que puede adoptar formas infinitamente diversas y que cada problema más o menos "nuevo", cada viraje más o menos inesperado e imprevisto de los acontecimientos —aunque sólo altere la línea fundamental del desarrollo en proporciones mínimas y por el plazo más corto— provocará siempre, sin falta, una u otra variedad de revisionismo.

El carácter inevitable del revisionismo está determinado por sus raíces de clase en la sociedad actual. El revisionismo es un fenómeno internacional. Para ningún socialista que reflexione y tenga un mínimo de conocimientos puede existir ni la más pequeña duda de que la relación entre ortodoxos y bernsteinianos en Alemania, entre guesdistas y jauresistas (ahora, en particular, broussistas) en Francia, entre la Federación Socialdemócrata y el Partido Laborista Independiente en Inglaterra, entre Brouckère y Vandervekele en Bélgica, entre integralistas y reformistas en Italia, entre bolcheviques y mencheviques en Rusia es en todas partes esencialmente similar pese a la inmensa diversidad de las condiciones nacionales y de los factores históricos en la actual situación de todos esos países. En realidad, la "división" en el movimiento socialista internacional de nuestra época se produce ya, ahora, en los diversos países del mundo, esencialmente en una *misma* línea, lo cual muestra el formidable paso adelante que se ha dado en comparación con lo que ocurría hace treinta o cuarenta años, cuando en los diversos países tendencias heterogéneas luchaban dentro del movimiento socialista internacional. Y ese "revisionismo de izquierda" que se perfila hoy en los países latinos como "sindicalismo revolucionario" se adapta también al marxismo "enmendándolo": Labriola en Italia y Lagardelle en Francia hablan continuamente sobre el Marx mal comprendido y el Marx bien comprendido.

No podemos detenernos a examinar aquí el contenido ideológico de *este* revisionismo, que dista mucho de estar tan desarrollado como el revisionismo oportunista y que no se ha transformado en internacional ni afrontado una sola batalla táctica importante con el partido socialista de ningún país. Por eso, nos limitaremos al "revisionismo de derecha" descrito antes.

¿En qué descansa su carácter inevitable en la sociedad capitalista? ¿Por qué es más profundo que las diferencias de las particularidades nacionales y el grado de desarrollo del capitalismo? Porque en todo país capitalista existen siempre, al lado del proletariado, extensas capas de pequeñoburguesía, de pequeños propietarios. El capitalismo ha nacido y sigue naciendo, cons-

tanamente, de la pequeña producción. Una serie de nuevas "capas medias" son inevitablemente formadas una y otra vez por el capitalismo (apéndices de las fábricas, trabajo a domicilio, pequeños talleres diseminados por todo el país para hacer frente a las exigencias de la gran industria, por ejemplo de la industria de bicicletas y automóviles, etc.). Esos nuevos pequeños productores son nuevamente arrojados, de modo no menos infalible, a las filas del proletariado. Es muy natural que la mentalidad pequeñoburguesa irrumpa una y otra vez en las filas de los grandes partidos obreros. Es muy natural que así suceda, y así sucederá siempre hasta llegar a la revolución proletaria, pues sería un profundo error pensar que es necesario que la mayoría de la población se proletarice "por completo" para que esa revolución sea posible. La experiencia que hoy vivimos, a menudo sólo en el campo ideológico, es decir, las discusiones sobre las enmiendas teóricas a Marx; lo que hoy surge en la práctica sólo en problemas aislados y parciales del movimiento obrero tales como las diferencias tácticas con los revisionistas y la división que se produce en base a ellas, todo ello lo experimentará en escala incomparablemente mayor la clase obrera cuando la revolución proletaria agudice todos los problemas en litigio, concentre todas las diferencias en los puntos que tienen la importancia más inmediata para determinar la conducta de las masas y en el fragor del combate haga necesario separar los enemigos de los amigos, echar a los malos aliados para asestar golpes decisivos al enemigo.

La lucha ideológica, librada a fines del siglo XIX por el marxismo revolucionario contra el revisionismo no es más que el prelude de los grandes combates revolucionarios del proletariado que, pese a todas las vacilaciones y debilidades de los filisteos, avanza hacia el triunfo completo de su causa.

LA FRACCIÓN DE LOS PARTIDARIOS DEL OTZOVISMO Y DE LA CONSTRUCCION DE DIOS¹

Los camaradas Maximov y Nikolayev han publicado un boletín especial titulado: *Informe de los miembros separados de la redacción ampliada de Proletary a los camaradas bolcheviques*. Nuestras víctimas de separación, amarga, muy amargamente se quejan en público por las ofensas que les infligió la redacción y por la forma en que los destituyó.

Para mostrar al partido de la clase obrera qué clase de personas son estas víctimas de la separación que se quejan amargamente analicemos ante todo los principios contenidos en su boletín. Por *Proletary* N.º 46 y por su suplemento el lector sabe que la Conferencia de la redacción ampliada de *Proletary* consideró al camarada Maximov uno de los organizadores de una nueva fracción en nuestro partido —una fracción que nada tiene en común con el bolchevismo— y que declinó “toda responsabilidad por las acciones políticas del camarada Maximov”. Por las resoluciones de la conferencia resulta evidente que la base de las divergencias con la nueva fracción que ha roto con el bolchevismo (o, más exactamente, con Maximov y sus amigos) es, en primer lugar, el otzovismo y el ultimatismo; y, en segundo lugar, los constructores de Dios. Tres resoluciones detalladas exponen la actitud del grupo bolchevique hacia ambas tendencias.

¿Qué contestan los separados que hoy se quejan amargamente?

I

Comencemos por el otzovismo. Los separados resumen la experiencia parlamentaria o de la Duma de los años anteriores, justifican el boicot a las Dumas de Buligin y de Witte, así como la participación en la segunda Duma, y añaden:

En un período de aguda y creciente reacción, todo eso vuelve a modificarse. El Partido no puede realizar una campaña electoral grande y espectacular; no puede obtener una representación parlamentaria digna de él...

La primera frase, con una idea independiente, no copiada de las viejas publicaciones bolcheviques, nos revela al mismo tiempo la insondable ligereza política de los otzovistas. Reflexionen, amables amigos, ¿puede el Partido, en

¹ Publicado como suplemento en el N.º 47-48 de *Proletary*, 11 (24) de septiembre de 1909.

un período de aguda y creciente reacción, organizar en una forma "grande y espectacular" "grupos de instructores y de escuelas" para los grupos de choque, de los cuales hablan ustedes en la misma página y en la misma columna de su obra? Reflexionen, amables amigos, ¿puede lograr el Partido "una representación digna" en tales escuelas? Si ustedes, ¡oh, injustamente separados!, supieran pensar y fueran en cierto modo capaces de *memorizar* políticamente, advertirían qué enorme absurdo están diciendo. En lugar de *pensar* políticamente se aferran a un "espectacular" letreiro y por eso se encuentran en el papel de Ivanushkas del Partido. Charlan acerca de las "escuelas de instructores", acerca de "intensificar (!) la propaganda en las fuerzas armadas" (ibid.), porque como todos los políticos ignorantes del campo de los otzovistas y ultimatistas consideran que ese tipo de actividades es particularmente "espectacular"; pero son incapaces de meditar sobre las condiciones para aplicar estas formas de actividad en la práctica (y no en las palabras). Han *memorizado* fragmentos de frases y consignas bolcheviques, pero no han *comprendido* absolutamente nada. "En un período de aguda y creciente reacción" al Partido le resulta *difícil* cualquier trabajo; pero, por grandes que sean las dificultades, aún *es posible* obtener una representación parlamentaria digna. Lo demuestra, por ejemplo, la experiencia de la socialdemocracia alemana en un período de "aguda y creciente reacción", cuando se promulgó la ley de excepción. Al negar esta posibilidad, Maximov y Cia. lo único que demuestran es su completa ignorancia política. Recomendar las "escuelas de instructores" y la "intensificación" de la propaganda entre las fuerzas armadas "en un período de aguda y creciente reacción" y, al mismo tiempo, negar la *posibilidad* del Partido de tener una representación parlamentaria digna es una incongruencia que merece ser publicada en una antología de absurdos lógicos para alumnos de la enseñanza media. Tanto las escuelas de instructores como la intensificación de la propaganda en las fuerzas armadas presuponen una inevitable violación de las viejas leyes, su quebrantamiento, mientras que la actividad parlamentaria no obliga en absoluto a tal cosa o, en todo caso, presupone mucho más raramente el quebrantamiento de las viejas leyes por las nuevas fuerzas sociales. Reflexionen ahora, amables amigos, ¿cuándo se pueden quebrantar más fácilmente las viejas leyes: en un período de aguda y creciente reacción o cuando el movimiento está en ascenso? Reflexionen, ¡oh, injustamente separados!, y avergüéncense de los absurdos que dicen al defender a los otzovistas, tan queridos por ustedes.

Prosigamos. ¿Qué actividad presupone mayor despliegue de energía de las masas, mayor influencia de las masas en la vida política directa: la actividad parlamentaria con las leyes creadas por el antiguo régimen o la propaganda entre las tropas que afecta súbita y directamente los instrumentos de la fuerza material de este régimen? Reflexionen, amables amigos, y verán que la actividad parlamentaria queda en segundo plano a este respecto. ¿Qué se deduce de esto? Que cuanto más fuerte es el movimiento directo de las masas, cuanto mayor el despliegue de su energía, en otras palabras: cuanto más se pueda hablar del "agudo y creciente" empuje revolucionario del pueblo y no de la

"aguda y creciente reacción", *tanto* más posibles, inevitables y exitosos se harán la propaganda entre las tropas y las acciones militantes realmente ligadas al movimiento de masas y no reducidas al aventurerismo de algunos desenfrenados integrantes de los grupos de choque. Tal fue la razón, ¡oh, injustamente separados!, por la que el bolchevismo pudo desarrollar tan poderosamente tanto la actividad militante y la propaganda entre las tropas en el período de "agudo y creciente" ascenso revolucionario; tal es la razón por la que el bolchevismo pudo (desde 1907) apartar (y en 1909 apartar ya totalmente) su grupo de la actividad de los grupos de choque que en un período de "aguda y creciente reacción" *degeneró*, inevitablemente en aventurerismo.

Pero nuestros héroes, que aprendieron de memoria unos cuantos fragmentos de frases bolcheviques, lo hacen todo al revés: las formas superiores de lucha, que jamás y en parte alguna del mundo tuvieron éxito sin un empuje directo de las masas, se ponen en primer plano y recomiendan como "posibles" en un período de aguda reacción, en tanto que las formas inferiores, las que presuponen, no tanto un directo quebrantamiento de la ley mediante la lucha de las masas como la *utilización* de la ley para los fines de la propaganda y la agitación, que *preparan la conciencia* de las masas para la lucha, lison declaradas "imposibles"!!

Los otzovistas y su eco de "separados" oyeron decir, y lo memorizaron bien, que el bolchevismo considera la lucha directa de las masas, que incorpora al movimiento inclusive a las tropas (es decir, al sector más atrasado de la población, al menos ágil y al más inaccesible a la propaganda, etc.) y transforma los estallidos armados en el comienzo real de la insurrección como la forma superior del movimiento, y la actividad parlamentaria sin la acción directa de las masas como la forma inferior del movimiento. Los otzovistas y su eco, como es el caso de Maximov, lo oyeron decir y lo aprendieron de memoria, pero no lo comprendieron y por eso hacen el ridículo. La forma superior quiere decir la más "espectacular", piensan el otzovista y el camarada Maximov. Bien, entonces lanzaré un grito mucho más "espectacular", que seguramente producirá el resultado más revolucionario; pero ponerse a analizar cómo combinar un problema con otro es cosa del diablo.

Sigan las ideas de Maximov (continuamos la cita donde la interrumpimos):

La fuerza mecánica de la reacción rompe el vínculo de la fracción ya formada del Partido con las masas y hace terriblemente difícil para el Partido influir sobre ellas, lo que determina la incapacidad de esta representación para desarrollar, en interés del Partido, un trabajo de organización y propaganda suficientemente amplio y profundo. Si el propio Partido es debilitado no se excluye entonces el peligro de una degeneración de la fracción y de su desviación de la línea básica de la socialdemocracia...

¿Verdad que es esto extraordinariamente bonito? Cuando se trata de las formas inferiores, legales, de lucha nos quieren asustar con la "fuerza mecáni-

ca de la reacción", la "incapacidad para desarrollar un trabajo suficientemente amplio", el "peligro de una degeneración". ¡Pero cuando se trata de formas superiores de la lucha de clases, que vulneran las viejas leyes, desaparece "la fuerza mecánica de la reacción", no existe "incapacidad" alguna para realizar un trabajo "suficientemente amplio" entre las tropas y el "peligro de degeneración" de los grupos de instructores y de las escuelas, observen, por favor, está del todo al margen del asunto!

Aquí tienen la mejor justificación de la redacción de *Proletary*, la explicación de por qué tuvo que *separar* a los dirigentes políticos que difunden semejantes ideas entre las masas.

Que no se les borre de la memoria, ¡oh, injustamente separados!: cuando realmente existen condiciones de aguda y creciente reacción, cuando la fuerza mecánica de esta reacción destruye verdaderamente el vínculo con las masas, dificulta un trabajo suficientemente amplio y debilita al Partido, precisamente entonces es cuando se convierte en tarea específica del Partido conquistar el instrumento parlamentario de lucha; y ello no se debe, ¡oh, injustamente separados!, a que la lucha parlamentaria sea superior a otras formas de lucha; no, se debe precisamente a que es *inferior* a ellas; inferior, por ejemplo, a una lucha como la que incorpora al movimiento de masas *inclusiv* a las fuerzas armadas, que engendra huelgas de masas, insurrecciones, etc. ¿De qué manera puede convertirse en tarea específica del Partido (es decir, en la que diferencia un momento determinado de otros momentos) la conquista de una forma inferior de lucha? De manera tal que cuanto más potente sea la fuerza mecánica de la reacción y más debilitado esté el vínculo con las masas, tanto más inmediata se haga la tarea de preparar la conciencia de las masas (y no la tarea de la acción directa), más se imponga *la utilización* de los medios de propaganda y agitación *creados por el antiguo régimen* (y no el ataque directo de las masas contra este antiguo régimen).

II

Para todo marxista que haya meditado así sea un poco en la filosofía de Marx y Engels, para todo socialdemócrata que esté familiarizado con la historia del movimiento socialista internacional esta transformación de una forma inferior de lucha en instrumento específico de lucha en un momento histórico especial nada tiene de sorprendente. Los anarquistas jamás pudieron comprender una cosa tan simple. Ahora nuestros oztovistas y su eco de separados están tratando de introducir el modo de pensar de los anarquistas entre los socialdemócratas rusos, gritando (como Maximov y Cia.) que *Proletary* está dominado por la teoría del "parlamentarismo a cualquier precio".

Para mostrar hasta qué punto son tontos y no socialdemócratas estos clamores de Maximov y Cia. debemos recomenzar con el abecé. Reflexionen, ¡oh, injustamente separados!, ¿cuál es la diferencia específica entre la política

y la táctica de los socialdemócratas alemanes y la de los socialistas obreros de otros países? La utilización del parlamentarismo; la transformación del parlamentarismo *junker-burgués* (equivalente aproximado en ruso: octubresta-centurionegrista) en un instrumento para la educación socialista y la organización de las masas obreras. ¿Significa esto que el parlamentarismo es la forma superior de la lucha del proletariado socialista? Los anarquistas de todo el mundo creen que es así. ¿Significa esto que los socialdemócratas alemanes están por un parlamentarismo a toda costa? Los anarquistas de todo el mundo creen que sí y por ello no tienen enemigo más odiado que la socialdemocracia alemana, por ello su blanco favorito son los socialdemócratas alemanes. Y en Rusia, cuando nuestros socialistas revolucionarios comienzan a coquetear con los anarquistas y a hacer gala de su "militancia revolucionaria", intentan siempre traer a colación algún error real o imaginario de los socialdemócratas alemanes y de ello extraer conclusiones en detrimento de la socialdemocracia.

Ahora prosigamos. ¿En qué estriba el error del razonamiento anarquista? En el hecho de que, debido a sus ideas radicalmente incorrectas sobre el curso del desarrollo social, no saben tener en cuenta las peculiaridades de la situación política (y económica) concreta en los diversos países, que condicionan el significado específico de uno u otro método de lucha para determinado período de tiempo. En la realidad, los socialdemócratas alemanes no están a favor de un parlamentarismo a toda costa, no sólo no subordinan todo al parlamentarismo, sino que, por el contrario, en el ejército internacional del proletariado, ellos mejor que nadie desarrollaron métodos extraparlamentarios de lucha tales como la prensa socialista, los sindicatos, la utilización sistemática de las asambleas populares, la educación de la juventud en el espíritu socialista, etc., etcétera.

¿Cuál es la esencia del problema? El hecho de que en Alemania *en determinado período* la combinación de una serie de circunstancias históricas hizo del parlamentarismo un medio *específico* de lucha; no el principal, ni el superior; no el primordial y de esencial importancia en comparación con otras formas, sino simplemente el específico, el más característico en comparación con otros países. Así, la habilidad de emplear el parlamentarismo *se convirtió*, por eso, en un *síntoma* (no una condición, sino un síntoma) de una organización ejemplar de todo el movimiento socialista en *toda* sus aspectos, que ya hemos enumerado.

Pasemos de Alemania a Rusia. Si alguien pretendiera trazar un paralelo exacto entre las condiciones de estos dos países caería en muchos y burdos errores. Pero traten de plantear el problema como debe hacerlo un marxista: ¿cuál es la peculiaridad específica de la política y la táctica de los socialdemócratas rusos en los actuales momentos? Debemos preservar y consolidar el partido ilegal tal como antes de la revolución. Debemos preparar con firmeza a las masas para una nueva crisis revolucionaria, como en los años 1897 a 1903. Debemos fortalecer al máximo los vínculos del partido con las masas, desarrollar y utilizar para la causa del socialismo todos los tipos de organizaciones obreras, tal como lo han hecho siempre todos los partidos socialdemócratas. La peculiaridad

específica del momento es, precisamente, la tentativa (una tentativa fracasada) de la vieja autocracia de resolver los nuevos problemas históricos con la ayuda de la Duma octubrista-centurionegrista. Por eso, la tarea táctica específica de los socialdemócratas es aprovechar esta Duma *para sus propios* fines, para difundir las ideas de la revolución y del socialismo. Lo esencial no es que esta tarea específica sea particularmente elevada, que abra vastas perspectivas, que equivalga o que por lo menos se aproxime en importancia a las tareas que se plantearon al proletariado, por ejemplo, en el período de 1905-1906. No. Lo esencial es que constituye un aspecto especial de la táctica del momento presente, lo que la diferencia del período pasado y del que está por venir (porque este período venidero *con seguridad* nos traerá tareas específicas más complejas, más elevadas y más interesantes que la de utilizar la tercera Duma). No podemos hacer frente a la situación actual, no podemos solucionar el conjunto de problemas con que se enfrenta el partido socialdemócrata sin haber solucionado el problema específico del momento, sin haber convertido a la Duma centurionegrista-octubrista en un *instrumento* para la propaganda socialdemócrata.

Los charlatanes otrzovistas, por ejemplo, parlotean –imitando a los bolcheviques– sobre la necesidad de tener en cuenta las experiencias de la revolución. Pero no entienden de qué están hablando. No entienden que tener en cuenta la experiencia de la revolución *incluye* la defensa de los ideales, los objetivos y los métodos de la revolución *desde dentro de la Duma*. Si no sabemos cómo *defender* estos ideales, objetivos y métodos desde dentro de la Duma –por intermedio de los obreros miembros de nuestro partido que han podido entrar y entrarán en la Duma– significa que somos incapaces de dar el *primer* paso hacia el balance político de la experiencia de la revolución (porque aquí, desde luego, no se trata de un resumen teórico de la experiencia en libros e investigaciones). Nuestra tarea no termina de ningún modo con este primer paso.

El segundo y tercer pasos, es decir, la transformación de la experiencia asimilada por las masas en bagaje ideológico para una nueva acción histórica, serán incomparablemente más importantes que el primer paso. Pero si los mismos charlatanes otrzovistas hablan de un período “interrevolucionario” deberían comprender (si fueran capaces de pensar y razonar de un modo socialdemócrata) que “interrevolucionario” significa precisamente que *las tareas elementales, previas, pasan a la orden del día*. “Interrevolucionario” denota una situación inestable, indefinida, en la que el antiguo régimen se convence de que es imposible gobernar sólo con los viejos instrumentos e *intenta* emplear uno *nuevo* dentro del ambiente general de las viejas instituciones. Este es un intento internamente contradictorio, irrealizable, que conducirá a la autocracia, de nuevo e inevitablemente, a la bancarrota y volverá a llevarnos a la repetición del glorioso período y las gloriosas batallas de 1905. Pero se presenta *no del mismo modo* que en 1897-1903, *lleva* al pueblo a la revolución *no del mismo modo* que antes de 1905. Y es ese “no del mismo modo” lo que es necesario comprender; debemos saber modificar nuestra táctica, *agregando* a todas las

tareas básicas, generales, primordiales y cardinales de la socialdemocracia revolucionaria una tarea más, no muy ambiciosa, pero una tarea específica del nuevo período: la tarea de utilizar la Duma centurionegrata en una forma revolucionaria socialdemócrata.

Como toda nueva tarea, esta parece más difícil que las demás, porque lo que exige de la gente no es la simple repetición de consignas aprendidas de memoria (más allá de lo cual los otzovistas y Maximov son incapaces de ir), sino cierta iniciativa, flexibilidad de pensamiento, inventiva y trabajo independiente en una tarea histórica *original*. Pero, en realidad, sólo quienes no saben pensar y trabajar con independencia pueden considerar particularmente difícil esta tarea: en realidad, como toda tarea específica de un momento dado es más fácil que otras, pues la posibilidad de resolverla está totalmente determinada por las condiciones del momento dado. En un período de "aguda y creciente reacción" resolver el problema de organizar "escuelas de formación y de grupos" en forma verdaderamente seria, es decir, en forma tal que los vincule con el movimiento de masas, que realmente los subordine a él, es *del todo imposible*, porque es una tarea planteada tontamente por hombres que *copiaron* su formulación de algún buen folleto, que se basaba en las condiciones de un período *diferente*. Pero resolver el problema de subordinar los discursos, las acciones y la política de los socialdemócratas en la tercera Duma al partido de masas y a los intereses de las masas *es posible*. No es fácil, comparado con lo "fácil" que es repetir cosas aprendidas de memoria, pero *se puede realizar*. Por mucho que pongamos ahora en tensión las fuerzas del Partido, no podemos resolver la tarea de organizar "escuelas de formación" a la manera socialdemócrata (y no anarquista) en este momento "interrevolucionario" porque la solución de este problema requiere condiciones históricas del todo diferentes. Por el contrario, poniendo en tensión todas nuestras fuerzas resolveremos (y ya hemos *comenzado a resolver*) la tarea de utilizar la tercera Duma de un modo revolucionario socialdemócrata; y la resolveremos, ¡oh, otzovistas y ultimatistas ofendidos por la separación y por el rigor de Dios!, no para colocar al parlamentarismo en un alto pedestal ni para proclamar un "parlamentarismo a toda costa", sino para, después de resolver el problema "interrevolucionario", correspondiente al presente período interrevolucionario, pasar a solucionar problemas revolucionarios más elevados, que corresponderán al período de mañana, más elevado; es decir, más revolucionario.

III

Los necios gritos de Maximov y Cía. sobre el "parlamentarismo a toda costa" de los bolcheviques resultan particularmente extraños si se considera la verdadera historia del otzovismo. ¡Es curioso que los gritos sobre la exageración del parlamentarismo partan precisamente de la gente que ha desarrollado una tendencia especial exclusivamente acerca de su actitud hacia el parlamentarismo!

¿Cómo se autodenominan ustedes, estimado Maximov y Cía? Se autodenominan "otzovistas", "ultimatistas", "boicotistas". Hasta ahora, Maximov no ha cesado de admirarse a sí mismo como boicotista de la tercera Duma, y sus raras declaraciones partidarias van siempre acompañadas del siguiente pie: "Informante por los boicotistas en la Conferencia de julio de 1907"². Antaño, un escritor solía agregar a su firma: "Consejero civil especial y caballero". Maximov firma "informante por los boicotistas": ¡aquí también tenemos un caballero!

En la situación política de junio de 1907, cuando Maximov defendía el boicot, el error era todavía muy, muy pequeño. Pero cuando en julio de 1909 presenta esa especie de manifiesto suyo y persiste en admirar su "boicotismo" con respecto a la Duma se trata de una completa tontería. Boicotismo, otzovismo y ultimatismo: todas estas expresiones implican la formación de una tendencia sobre el problema de la actitud hacia el parlamentarismo y exclusivamente por eso. Pero apartarse por este problema y persistir (dos años después de que el Partido lo resolvió en principio!) en esa posición es un signo de ilimitada estrechez mental. Precisamente quienes así proceden, es decir, los "boicotistas" (de 1909) y los otzovistas y ultimatistas, demuestran con ello que no piensan como socialdemócratas; que colocan el parlamentarismo en un pedestal especial; que, exactamente como los anarquistas, convierten fórmulas aisladas en una tendencia: boicot a tal Duma, retirar los diputados de tal Duma, presentar un ultimátum a tal o cual grupo de la Duma. Proceder así es ser una caricatura de un bolchevique. Entre los bolcheviques la tendencia está determinada por su actitud común hacia la revolución rusa, y los bolcheviques han subrayado mil veces (como para prevenir por anticipado a los políticos ignorantes) que identificar el bolchevismo con el boicotismo o con la acción de grupos de choque es una deformación absurda y una vulgarización de los puntos de vista de la socialdemocracia revolucionaria. Nuestra opinión de que es obligatoria la participación socialdemócrata en la tercera Duma, por ejemplo, surge inevitablemente de nuestra actitud en relación al momento actual, a las tentativas de la autocracia de dar un paso adelante en el camino de la creación de una monarquía burguesa, a la importancia de la Duma como organización de las clases contrarrevolucionarias en una institución representativa a escala nacional. Así como los anarquistas manifiestan un cretinismo parlamentario al revés cuando separan el problema del parlamento de todo el problema de la sociedad burguesa en general y tratan de crear una tendencia con gritos contra el parlamentarismo burgués (aunque en principio la crítica al parlamentarismo burgués está al mismo nivel que la crítica a la prensa burguesa, al sindicalismo burgués, etc.); así nuestros otzovistas, ultimatistas y boicotistas exhiben exactamente en la misma forma un menchevismo al revés cuando forman una tendencia aparte en torno a la actitud hacia la Duma, al problema de los métodos de lucha contra las desviaciones por parte del grupo socialdemócrata

2 Las dos fracciones de la socialdemocracia (bolcheviques y mencheviques) se reúnen en Koda, Finlandia, para realizar la III Conferencia del POSDR. La misma tuvo por temario la participación en las elecciones a la tercera Duma de Estado [NdE].

en la Duma (y no contra las desviaciones de los literatos burgueses, que ingresan incidentalmente en el movimiento socialdemócrata, etcétera).

El punto culminante de este cretinismo parlamentario al revés se encuentra en el famoso argumento del jefe de los otzovistas de Moscú, a quien Maximov protege: ¡el retiro del grupo de la Duma sirve para subrayar que la revolución no está enterrada! En cuanto a Maximov, no tiene reparos en declarar públicamente y con la frente bien alta: "Los otzovistas jamás (¡oh, por supuesto, jamás!) expresaron sentimientos antiparlamentarios en general".

Este escudo con que Maximov y Cia. protegen a los otzovistas es uno de los rasgos más característicos de la nueva fracción y debemos detenernos en él con el mayor detalle porque muy frecuentemente el público mal informado es embaucado por los separados que tan amargamente se quejan. Consiste, en primer lugar, en que Maximov y Cia. han declarado hasta el cansancio, golpeándose el pecho: ¡no somos otzovistas, no compartimos en absoluto las opiniones de los otzovistas! En segundo lugar, Maximov y Cia. acusan a los bolcheviques de *exagerar* la lucha contra el otzovismo. Es una *exacta* repetición de la historia de la actitud de los de *Rabocheye Dielo* (en 1897-1901) hacia los de *Rabochaya Mysl*. No somos "economistas" —proclamaban los primeros golpeándose el pecho—, no compartimos las opiniones de *Rabochaya Mysl*, discutimos con ellos (exactamente como "discute" Maximov con los otzovistas!); sólo que esos pérfidos iskristas nos acusaron sin razón, nos calumniaron, "exageraron" el "economismo", etc., etc. Por eso, entre los partidarios de *Rabochaya Mysl* —francos y honestos "economistas"— no eran pocas las personas, equivocadas de buena fe, que no tenían defender sus convicciones, que era imposible no respetar; mientras que el grupo de *Rabocheye Dielo* en el extranjero se especializaba en crear intrigas, borrar sus huellas, jugar a las escondidas y engañar al público. Los otzovistas consecuentes y francos (como por ejemplo Vsev y Stan³, bien conocidos en los círculos partidarios) están exactamente en la misma actitud que la camarilla de Maximov en el extranjero.

No somos otzovistas, gritan los miembros de esta camarilla. Pero hagan decir a cualquiera de ellos sólo un par de palabras sobre la actual situación política y las tareas del Partido y oirán íntegramente los argumentos otzovistas, diluïdos apenas (como vimos en el caso de Maximov) por jesuíticas evasivas, agregados, supresiones, atenuantes, embrollos y cosas por el estilo. Su jesuitismo, ¡oh, injustamente separados!, no los libra de la acusación de necedad otzovista, sino que agrava y multiplica su delito porque una confusión ideológica que es disimulada, corrompe cien veces más al proletariado, perjudica al Partido cien veces más⁴.

3 Seudónimos de P. Denisov y A. V. Sokolov, ambos militantes bolcheviques que en 1908 adhirieron y dirigieron el grupo otzovista. [NdlE].

4 Un pequeño ejemplo que viene al caso para ilustrar las aseveraciones de Maximov de que *Proletary*, sólo por una supuesta maldad, atribuye falsedad a los ultimistas. En otoño de 1908 Alexinsky acudió al congreso de los socialdemócratas polacos y propuso allí una resolución ultimista. Eso ocurrió antes de que *Proletary* emprendiera una decidida campaña contra la nueva fracción. ¿Y qué sucedió? Los socialdemócratas polacos se burlaron de Alexinsky y de su proposición, diciéndole: "Usted es nada más que un cobarde otzovista".

— No somos otzovistas, claman Maximov y Cía. Sin embargo, después de junio de 1908, cuando se retiró de la redacción restringida de *Proletary*, Maximov formó una oposición oficial dentro de la dirección colegiada, exigió y obtuvo la libertad de discusión para dicha oposición, exigió y obtuvo una representación especial para la oposición en los principales organismos ejecutivos de las organizaciones responsables de la difusión del periódico. Se sobreentiende que a partir de esa época, o sea, desde hace más de un año, todos los otzovistas han permanecido en las filas de esta oposición, que organizó de común acuerdo un centro de representantes en Rusia y que con el fin de orientar ese centro organizó de común acuerdo una escuela en el extranjero (de la que hablaremos más adelante), etc., etcétera.

— No somos otzovistas, gritan Maximov y Cía. Sin embargo, en la Conferencia del Partido de toda Rusia, realizada en diciembre de 1908, cuando los más honestos otzovistas de esa oposición aparecieron a la vista de todo el Partido como un grupo aparte, como una corriente ideológica específica y en calidad de tal obtuvieron el derecho de presentar su orador (debido a la falta de tiempo la conferencia había resuelto que únicamente las tendencias ideológicas particulares o las organizaciones especiales podrían presentar un orador especial), el orador de la fracción otzovista —(por causas puramente fortuitas, por pura casualidad!— fue el camarada Maximov...

— Este engaño al Partido, mediante el encubrimiento del otzovismo, es practicado sistemáticamente por el grupo de Maximov en el extranjero. En mayo de 1908 el otzovismo sufrió una derrota en lucha abierta: fue vencido por dieciocho votos contra catorce en la conferencia urbana de Moscú (en julio de 1907, en este distrito casi todos los socialdemócratas sin excepción eran boicotistas; sin embargo, a diferencia de Maximov, ya en junio de 1908 comprendían que habría sido una tontería imperdonable insistir en el "boicot" a la III Duma).

— Después de esto, el camarada Maximov organizó en el extranjero una oposición oficial a *Proletary* e inició una discusión en las columnas del periódico bolchevique, cosa que nunca se había hecho hasta entonces. Por fin, en el otoño de 1908, cuando toda la organización de San Petersburgo se dividió entre otzovistas y no otzovistas (el término fue creado por los obreros) durante la elección de delegados para la Conferencia de toda Rusia, cuando en todos los distritos y subdistritos de San Petersburgo se desarrollaban las discusiones, no de las plataformas de bolcheviques y mencheviques, sino de otzovistas y no otzovistas, entonces los otzovistas ocultaron su plataforma a los ojos del público. No informaron de ella a *Proletary*. No dejaron que apareciese en la prensa. No la comunicaron al Partido en la Conferencia de toda Rusia de diciembre de 1908. Sólo después de la Conferencia, por insistente demanda de la redacción, nos fue comunicada y la publicamos en *Proletary* N.º 44 ("Resolución de los otzovistas de San Petersburgo").

— En la región de Moscú un conocido líder otzovista "redactó" un artículo de un obrero otzovista, que fue publicado en *Rabochiy Zhurnal* N.º 5, pero hasta ahora no hemos recibido la propia plataforma de ese líder. Sabemos perfectamente

bien que en la primavera de 1909, durante los preparativos para la conferencia regional de la Región Industrial Central, la plataforma del líder otzovista se leyó y circuló de mano en mano. Sabemos, por informaciones de bolcheviques, que hay incomparablemente más joyas de pensamiento no socialdemócrata en esta plataforma que en la de San Petersburgo. *Pero no se nos envió el texto de la plataforma*, posiblemente por causas tan fortuitas, tan puramente accidentales como aquellas que hicieron que Maximov se dirigiera a la conferencia como orador de la fracción otzovista.

Maximov y Cia. también ocultaron el problema de la utilización de las posibilidades legales tras una "sencilla" frase: "Eso se sobreentiende". Sería interesante saber si también ahora "se sobreentiende eso" para los dirigentes prácticos de la fracción de Maximov, *los camaradas Lindov y Stanislav, quienes hicieron aprobar, tres meses atrás, en el Buró Regional de la Región Industrial Central, que estaba entonces en sus manos (el mismo Buró Regional que aprobó la famosa "escuela"; la composición de este Buró se ha modificado actualmente)*, una resolución *contra la participación de los socialdemócratas en el Congreso de los médicos de fábrica*⁵. Como sabemos, este congreso fue el primero en el que los socialdemócratas revolucionarios estuvieron en mayoría. Y todos los otzovistas y ultimatistas más destacados hicieron una campaña contra la participación en este congreso, declarando que sería una "traición a la causa del proletariado" participar en él. Pero Maximov borra las huellas: "Se sobreentiende". "Se sobreentiende" que los otzovistas y ultimatistas más sinceros sabotean abiertamente el trabajo práctico en Rusia, en tanto Maximov y Cia., desvelados por los laureles de Krichevsky y Martinov, tratan de disimular las cosas: no hay diferencias de opinión, nadie se opone a la idea de utilizar las posibilidades legales.

El restablecimiento de los organismos del Partido en el extranjero, de los grupos en el extranjero para organizar los contactos, etc., conduce inevitablemente también a una repetición de viejos abusos, que deben ser combatidos más implacablemente. Es una total repetición de la historia de los "economistas", que en Rusia hacían una campaña contra la lucha política, mientras que en el extranjero se encubrían tras *Rabocheye Dielo*. Es una total repetición de la historia del *Credo* democrático-burgués (*credo* = símbolo de fe), que Prokopovich y Cia. defendieron en Rusia y que fue divulgado en la prensa socialdemócrata revolucionaria *contra la voluntad de sus autores*. Nada puede tener una influencia más desmoralizadora sobre el Partido que este juego a las escondidas, esta explotación de las duras condiciones del trabajo ilegal para impedir que se dé publicidad a los asuntos del Partido, este jesuitismo de Maximov y Cia., que, al tiempo que actúan *por entero y en todo* de acuerdo con los otzovistas, se golpean el pecho y declaran que todo este asunto del otzovismo es una delirante exageración de parte de *Proletary*.

⁵ El I Congreso de Médicos de Fábrica y Delegados de Industria se reunió en Moscú en abril de 1909. El Congreso adoptó la propuesta bolchevique de que inspectores sanitarios y de trabajo fueran elegidos por los obreros. El Congreso fue disuelto por la Policía [NdE].

No somos leguleyos ni formalistas, sino revolucionarios. No nos interesan las diferencias verbales que puedan establecerse entre otzovismo, ultimatismo y "boicotismo" (de la tercera Duma). Nos interesa el contenido real de la propaganda y la agitación socialdemócratas. Y si tras la máscara de bolchevismo se propagan en los círculos ilegales rusos ideas que nada tienen en común con el bolchevismo ni con la socialdemocracia en general, esas personas que dificultan un desenmascaramiento completo de tales ideas y una explicación completa de su falsedad ante todo el Partido están actuando como enemigos del proletariado.

IV

También en el problema de la construcción de Dios esta gente se mostró tal cual es. La redacción ampliada de *Proletary* adoptó y publicó dos resoluciones sobre dicha cuestión: una, referente al problema en sí; otra, especialmente referida a la protesta de Maximov. Pues bien, ¿qué dice el propio Maximov en su "Informe"? Escribe su "Informe" para borrar huellas, exactamente en el estilo de aquel diplomático que decía que el lenguaje le fue dado al hombre para ocultar sus pensamientos. Se difunden ciertas "informaciones falsas" sobre la tendencia llamada "construcción de Dios" de la camarilla de Maximov, y eso es todo.

¿"Informaciones falsas", dice usted? Oh, no, mi estimado amigo; usted se empeñó en borrar las huellas precisamente porque sabe muy bien que la "información" en *Proletary* sobre la construcción de Dios es absolutamente correcta. Sabe muy bien que dicha "información", tal como se dice en la resolución publicada, se refiere sobre todo a la producción literaria de *su* camarilla. Nuestra resolución *especifica* con toda exactitud esas obras; sólo omite una cosa, que en una resolución no se puede agregar, o sea, que desde hace cerca de un año y medio en los círculos dirigentes bolcheviques se manifiesta el mayor descontento contra la "construcción de Dios" de sus colegas y es sobre esa base (además de lo señalado anteriormente) que la nueva fracción de caricatura de bolcheviques nos ha estado obstruyendo, con evasivas, astucias, chicanas, objeciones e intrigas, toda posibilidad de trabajo. Una de las más notables de estas intrigas es bien conocida por Maximov, pues se trata de la *protesta* por escrito y formalmente presentada a la redacción de *Proletary* contra la publicación de un artículo titulado "*Nuestros caminos divergen*" (*Proletary* N.º 42). ¿Quizá sea también ésta una "información falsa", oh, injustamente separados? ¿Tal vez se trata también de una "así llamada protesta"?

No; sepan que la política de borrar las huellas no siempre tiene éxito y que nunca tendrán éxito con ella en nuestro partido. No hay que jugar a las escondidas y darse aires tratando de hacer un secreto de algo que saben todos los que se interesan por la literatura y la socialdemocracia rusas. Existe una camarilla literaria que, con la ayuda de varias editoriales burguesas, está inundando nuestra literatura legal con una propaganda sistemática de la construcción de Dios.

Maximov también pertenece a esta camarilla. Esta propaganda se tornó sistemática precisamente en el último año y medio, cuando la burguesía rusa *quería*, para sus fines contrarrevolucionarios, revivir la religión, aumentar la demanda de religión, crear una religión, inocular religión al pueblo o reforzarla en él de una manera nueva. Por eso la prédica de la construcción de Dios adquirió un carácter social, un carácter político. Así como durante la revolución la prensa burguesa colmó de halagos a los mencheviques más activos por su kadetofilia, así también durante la contrarrevolución la prensa burguesa colma de halagos a los constructores de Dios en las filas -¡no es una broma!-... en las filas marxistas y hasta en las filas de los "también bolcheviques". Y cuando el órgano oficial del bolchevismo declaró en un editorial que aquel *nada tiene en común* con una propaganda semejante (dicha declaración salió en la prensa después de que fracasaron innumerables intentos, por carta y en conversaciones personales, de hacer cesar esta vergonzosa propaganda) el camarada Maximov presentó una protesta formal y escrita a la redacción de *Proletary*. Él, Maximov, que fue elegido por el Congreso de Londres⁶, veía por lo tanto que su "derecho adquirido" había sido violado por quienes osaban repudiar oficialmente la vergonzosa doctrina de la construcción de Dios. "¿Acaso nuestra fracción está esclavizada a los literatos de la construcción de Dios?". Esta observación se le escapó al camarada Marat durante una tempestuosa escena en la redacción; sí, sí, al mismo camarada Marat, tan modesto, tan bienintencionado, tan apacible y tan bondadoso que hasta hoy no pudo resolver si debe ir con los bolcheviques o con los divinos otzovistas.

¿O quizá esta también es una "información falsa", oh, injustamente separado Maximov? ¿No existe ninguna camarilla de literatos constructores de Dios, usted nunca los defendió, usted nunca protestó contra el artículo "*Nuestros caminos divergen*"? ¿Eh?

En su "Informe" relacionado con *la escuela en el extranjero*, que es la que organiza la nueva fracción, el camarada Maximov habla de "información falsa" sobre la tendencia de la construcción de Dios. Y tanto destaca "la organización de esta *primera* [la cursiva es de Maximov] escuela partidaria en el extranjero", induce tanto en confusión al público en este aspecto que tendremos que referirnos con más detalle a la famosa "escuela".

El camarada Maximov se queja amargamente:

La redacción [de *Proletary*] no hizo un solo intento de ayudar a la escuela o, por lo menos, de tomar en sus manos el control sobre ella; en tanto que difundió falsa información sobre la escuela, obtenida no se sabe de dónde, la redacción

⁶ En el mes de mayo de 1907 todos las fracciones de la socialdemocracia rusa, incluidos los leninos, polacos y el *Bund*, se reúnen en Londres a celebrar el V Congreso del POSDR. En el mismo los bolcheviques logran votar el principio de "centralismo democrático" y un *centro dirigente* de cinco miembros donde son mayoría. A pesar de ello Lenin decide votar un *centro* de la fracción bolchevique de quince miembros, reforzando su fracción [NdE].

⁷ V. L. Shantser, miembro de la redacción ampliada de *Proletary*, representante de las posiciones "ultimatistas" [NdE].

no formuló a sus organizadores una sola pregunta con el propósito de comprobar esa información. Tal fue la actitud de la redacción en todo este asunto.

Está bien. "Ni un solo intento por lo menos de tomar en sus manos el control sobre la escuela...". En esta frase el jesuitismo de Maximov va tan lejos que él mismo se desenmascara.

Recuerda, lector, el hospedaje de Eroguin en la época de la primera Duma. Eroguin, un superintendente de los trenes retirado (o un burocrático caballero por el estilo), organizó en San Petersburgo un hospedaje para los diputados campesinos que llegaban del campo, con el deseo de colaborar con los "planes del Gobierno". Los inexpertos *muñitos* de las aldeas, al llegar a la capital, caían en manos de los agentes de Eroguin y se dirigían al hospedaje, donde, por supuesto, hallaban una escuela, en la cual se refutaban las falsas doctrinas de los "izquierdistas", se enlodaba a los *trudoviques*, etc.; donde los flamantes miembros de la Duma aprendían el arte de gobernar "genuinamente ruso". Por fortuna, la Duma de Estado funcionaba en San Petersburgo donde Eroguin tuvo que organizar su hospedaje y, como San Petersburgo es un centro bastante amplio y libre de la vida política e ideológica se comprende que muy pronto los diputados de Eroguin comenzaron a abandonar su hospedaje y a pasarse al campo de los *trudoviques* o al de los diputados independientes. Así, la pequeña intriga de Eroguin sólo dejó vergüenza para él y para el Gobierno.

Imagine ahora el lector que se organice un hospedaje como ese, no en un San Petersburgo del extranjero, sino en un lugar equivalente a Tsarevokokshaisk⁸ en el extranjero. Si acepta esta hipótesis convendrá conmigo en que los Eroguin *otzovistas* constructores de Dios aprovecharon su conocimiento de Europa para superar en astucia al genuino ruso Eroguin. Hombres que se llaman a sí mismos bolcheviques reunieron fondos de su propiedad -independientes, por lo que sabemos, del fondo bolchevique único y general que cubre el costo de la publicación y circulación de *Proletary*-, organizaron una agencia propia, trasladaron algunos de "sus" agitadores a Tsarevokokshaisk, llevaron allí a algunos obreros socialdemócratas miembros del Partido y proclamaron a este hospedaje tipo Eroguin (ocultado al Partido en Tsarevokokshaisk) la *primera escuela del Partido* (del partido porque es ocultada al partido) en el extranjero.

Nos apresuramos a señalar -en vista de que el separado compañero Maximov ha planteado con particular insistencia el problema de si su separación es justa o arbitraria (de esto hablaremos más adelante)- que en el modo de obrar de los Eroguin *otzovistas* constructores de Dios nada hubo de "arbitrario". Absolutamente nada. Todo aquí es completamente justo. Es justo que quienes piensan de la misma manera en un partido formen un grupo. Es justo que quienes

⁸ Pequeña ciudad de la Rusia zarista [Ndt].

piensan de igual forma reúnan dinero e inicien una empresa común de propaganda y agitación. Es justo que en este caso prefieran elegir como forma de esa empresa, digamos, no un periódico, sino una "escuela". Es justo que la consideren un asunto oficial del Partido, ya que ha sido organizada por miembros del Partido y existe una organización del Partido —sea la que fuere— que asume la responsabilidad política e ideológica de la empresa. Todo hasta aquí es completamente justo y todo estaría muy bien si... si no hubiese habido jesuitismo, si no hubiese habido hipocresía, si no hubiesen engañado a su propio partido.

¿Acaso no hay engaño al Partido cuando ustedes subrayan públicamente que la escuela es un asunto del partido, es decir, se limitan a la cuestión de su legitimidad formal y *no mencionan los nombres* de los iniciadores y organizadores de la escuela, o sea, silencian la orientación ideológica y política de la escuela como la empresa de una *nueva fracción* en nuestro partido? En la redacción de *Proletary* había dos "documentos" sobre la escuela (desde hace más de un año las relaciones entre Maximov y la redacción se desarrollan totalmente por medio de "documentos" y notas diplomáticas). El primer documento carecía en absoluto de firma, nadie lo había firmado: era un planteo abstracto sobre la utilidad de la educación y sobre la importancia educativa de las instituciones llamadas escuelas. El segundo documento estaba firmado por testaferros. Ahora el compañero Maximov hace en la prensa el elogio público de la "primera escuela del Partido en el extranjero" y *silencia* como antes el carácter *fraccional* de la escuela.

Esta política de jesuita perjudica al Partido. Desenmascararemos esa "política". Los iniciadores y organizadores de la escuela son *en realidad* los camaradas "Er" (llamamos así al líder de los otzovistas de Moscú, conocido por todos los miembros del Partido, que dio conferencias sobre la escuela, organizó un círculo de alumnos y fue elegido para pronunciar conferencias por varios círculos obreros), Maximov, Lunacharsky, Liadov, Alexinsky, etc. No sabemos ni nos interesa saber qué papel especial desempeñó uno u otro de los compañeros mencionados, qué lugares ocupan en las diferentes instituciones oficiales de la escuela, en su "Consejo", "comisión ejecutiva", cuerpo de conferenciantes, etc. No sabemos qué camaradas "no fraccionales" pueden completar esta camarilla en uno u otro caso particular. Todo eso carece de importancia. Lo que nosotros afirmamos es que la *verdadera* tendencia ideológica y política de la escuela, como un nuevo centro fraccional, está *determinada* precisamente por los nombrados y que, al ocultar esto al Partido, Maximov lleva a cabo una política de jesuitismo. Lo malo no es que en el Partido haya surgido un nuevo centro fraccional —no pertenecemos de ningún modo a la clase de gente que no es reacia a hacer un pequeño capital político por medio de clamores baratos y vulgares contra el fraccionalismo—, por el contrario, es bueno que un matiz de opinión peculiar, si existe, pueda tener su expresión especial en el Partido.

Lo malo es que se trate de engañar al Partido, que se trate de engañar a los obreros que, naturalmente, simpatizan con la idea de cualquier escuela, con cualquier empresa de tipo educativo.

¿No es acaso hipocresía que el camarada Maximov se queje al público de que la redacción de *Proletary* no quiso "por lo menos" (*i'por lo menos*!) "tomar en sus manos el control de la escuela"? Basta pensarlo: en junio de 1908 el camarada Maximov se retiró de la redacción restringida de *Proletary*; desde entonces y casi sin interrupción se han desarrollado mil formas diferentes de lucha interna en el grupo bolchevique. Alexinsky en el extranjero, "Er" y Gía. en el extranjero y en Rusia repiten en mil tonos diferentes, coreando a Maximov, todas las tonterías de los otzovistas y constructores de Dios contra *Proletary*. Maximov presenta protestas escritas y formales contra el artículo "*Nuestros caminos divergen*"; todos los que están enterados, aunque sea sólo por rumores, de los asuntos partidarios hablan de una inminente e inevitable división en las filas de los bolcheviques (basta señalar que en la Conferencia de toda Rusia de diciembre de 1908 el menchevique Dan declaró públicamente en una reunión oficial: "¡Quién no sabe que los bolcheviques acusan ahora a Lenin de haber traicionado al bolchevismo!"), mientras el camarada Maximov, representando el papel de un niño inocente, absolutamente inocente, interroga al respetable público: ¿por qué la redacción de *Proletary* no quiso "por lo menos" tomar en sus manos el control de una escuela del Partido, en el Tsarevokokshaish de los constructores de Dios? ¡"Control" de la escuela! ¡Los partidarios de *Proletary*, en calidad de "inspectores", presencian las conferencias de Maximov, Lunacharsky, Alexinsky y Gía.!! ¿Para qué esta farsa indigna, vergonzosa? ¿Para qué? ¡No hay por qué engañar a la gente con el envío de "programas" e "informes" de la "escuela", que nada dicen, en vez de admitir franca y abiertamente quiénes son los dirigentes ideológicos e inspiradores del nuevo centro fraccional!

¿Para qué? Enseguida daremos respuesta a la pregunta, pero antes terminemos con la cuestión de la escuela: hay espacio para Tsarevokokshaish en San Petersburgo y puede ser trasladada (por lo menos en su mayor parte) a San Petersburgo, pero San Petersburgo no puede ubicarse ni ser trasladada a Tsarevokokshaish. Los alumnos más enérgicos e independientes de la nueva escuela partidaria sabrán hallar el camino que los conduzca de la estrecha nueva fracción al amplio partido; de la "ciencia" de los otzovistas y constructores de Dios a la ciencia de la socialdemocracia en general y del bolchevismo en particular. En cuanto a quienes deseen limitarse a una educación tipo Eroguin nada puede hacerse con ellos. La redacción de *Proletary* está dispuesta a brindar y brindará cualquier clase de ayuda a todos los obreros, sean cuales fueren sus ideas, si quieren emigrar (o trasladarse) de la Tsarevokokshaish extranjera a la San Petersburgo extranjera y conocer las ideas bolcheviques. Pero la política hipócrita de los organizadores e iniciadores de la "primera escuela del Partido en el extranjero" la desenmascaramos ante todo el Partido.

V

Cuál es el propósito de toda esta hipocresía de Maximov?, nos hemos preguntado, y postergamos nuestra respuesta hasta que termináramos de hablar sobre la escuela. Pero, en rigor, lo que debe ser aclarado no es "¿para qué?", sino "¿por qué?". Sería erróneo pensar que todos los integrantes de la nueva fracción realizan deliberadamente una política hipócrita con un propósito definido. No. Lo que ocurre es que en la posición misma de esta fracción, en las condiciones en que apareció y actúa hay causas (de las que no tienen conciencia muchos otzovistas y constructores de Dios) que engendran una política hipócrita.

Hay un viejo dicho: la hipocresía es el tributo que el vicio paga a la virtud. Pero esta máxima se refiere a la esfera de la ética personal. En cuanto a las corrientes ideológicas y políticas debe decirse que la hipocresía es la pantalla adoptada por los grupos que interiormente no son homogéneos, que están integrados por diversos elementos, reunidos al azar, los que sienten que son demasiado débiles para una acción franca y directa. La composición de la nueva fracción es el factor determinante que le hace adoptar esa pantalla. El Estado Mayor de los divinos otzovistas está compuesto de filósofos no reconocidos, ridiculizados constructores de Dios, otzovistas condenados por disparate anarquista e imprudente fraseología revolucionaria, ultimatistas confundidos y, por último, de miembros de los grupos de choque (felizmente pocos en el grupo bolchevique), que consideran por debajo de su dignidad pasar de un trabajo sobresaliente y "brillante" al oscuro y modesto trabajo revolucionario socialdemócrata que corresponde a las condiciones y tareas del período "interrevolucionario", y a quienes Maximov complace ampliamente con sus "brillantes" frases sobre las escuelas y grupos de instructores... en 1909. Lo único que en este momento mantiene tan sólidamente unidos a estos diversos elementos es un ferviente odio a *Proletary*, un odio totalmente merecido, dado que todas las tentativas de estos elementos de lograr expresión en *Proletary* o al menos un reconocimiento indirecto o la más mínima defensa o amparo recibieron siempre el más categórico rechazo.

"Abandonen toda esperanza": respondió *Proletary* a estos elementos en cada uno de sus números, en cada reunión de la redacción, en cada declaración sobre cualquier problema partidario del momento.

Y cuando los problemas del momento (debido a las condiciones objetivas del desarrollo de nuestra revolución y de la contrarrevolución en nuestro país) resultaron ser la construcción de Dios y las bases teóricas del marxismo, en la esfera literaria, y la utilización de la tercera Duma y de su tribuna por el partido socialdemócrata, en la esfera del trabajo político, estos elementos se cohesionaron y se produjo el natural e inevitable estallido.

Y como todo estallido fue instantáneo, no en el sentido de que con anterioridad no hubiese signos de tales tendencias o manifestaciones aisladas de ellas, sino en el de que la fusión política de tendencias dispares, inclusive algunas de ellas muy alejadas de la política, resultó casi inesperada. Por eso el gran públi-

co, como siempre, se inclina a quedar satisfecho al principio con una explicación filística de la nueva escisión, atribuyéndola a las malas cualidades de uno u otro de los dirigentes, a la influencia de la vida en el extranjero, al estrecho espíritu de círculo, etc., etc. No hay duda de que la residencia en el extranjero, que —debido a condiciones objetivas— se ha convertido en base forzosa de operaciones de todas las organizaciones revolucionarias centrales, puso su impronta en la forma de la escisión. No hay duda de que su forma también fue influida por las particularidades de ese círculo literario, una de cuyas alas pertenecía a la socialdemocracia. Calificamos de explicación pequeñoburguesa, no la que tiene en cuenta estas circunstancias, que nada puede explicar, salvo la forma, los motivos o la "historia externa" de la escisión, sino la que se basa en el rechazo o en la incapacidad de comprender los fundamentos, las causas y las raíces ideológicas y políticas de la divergencia.

El hecho de que la nueva fracción no comprenda estos fundamentos es también la razón de que se aferrara al viejo método del camuflaje, borrando huellas, negando su indisoluble conexión con el otzovismo, etc. La incompreensión de tales fundamentos conduce a la nueva fracción a especular con una explicación pequeñoburguesa de la escisión y con una simpatía pequeñoburguesa.

En efecto, ¿qué hacen hoy Maximov y Cia. sino especular con una simpatía pequeñoburguesa cuando se lamentan públicamente de haber sido "expulsados", "separados"? No nieguen la dádiva de su simpatía, por amor de Cristo, a los innerecidamente expulsados, a los injustamente separados... Que este es un método previsto infaliblemente para provocar la simpatía pequeñoburguesa lo demuestra el insólito hecho de que hasta el camarada Plejanov, enemigo de toda construcción de Dios, de toda "nueva" filosofía, de todo otzovismo y ultimatismo, etc.; hasta el camarada Plejanov ofreció su dádiva, por amor de Cristo, aprovechó el lloriqueo de Maximov para tratar una y otra vez a los bolcheviques, a causa de ello, de "testarudos" (véase el *Dzavnik Social-Demokrata* de Plejanov, agosto de 1909). Si Maximov obtuvo una dádiva de simpatía hasta de Plejanov, el lector puede imaginarse cuántas lágrimas de compasión habrán de derramar los elementos filísticos que hay dentro y cerca de la socialdemocracia con motivo de la "expulsión" y de la "separación" de los virtuosos, bienintencionados y modestos otzovistas y constructores de Dios.

El camarada Maximov trata el tema de esta "expulsión" y "separación" tanto en su aspecto formal como en lo que se refiere a la esencia del asunto. Veamos cómo.

Desde el punto de vista formal, la separación de Maximov es "arbitraria" —nos dicen los separados— y "no reconocemos esta separación", pues Maximov "fue elegido por el congreso bolchevique, es decir, por el sector bolchevique del congreso del Partido". Cuando lee el volante de Maximov y Nikolayev, el público ve una grave acusación ("separación arbitraria") sin que se le proporcione una formulación precisa de ella ni el material necesario para juzgar el caso. Pero ese es el método habitual de cierto sector durante las escisiones

en el extranjero: oscurecer las divergencias de principios, ocultarlas, silenciar las divergencias ideológicas, ocultar a sus amigos ideológicos y hacer todo el barullo posible sobre los conflictos de organización, que el público no está en condiciones de analizar con exactitud ni tiene derecho de hacerlo en detalle. Así hicieron los de *Rabochye Delo* en 1899, cuando gritaban que no existía "economismo" de ningún tipo, pero que Plejanov había robado la imprenta. Así hicieron los mencheviques en 1903, gritando que no habían dado viraje alguno hacia la tendencia de *Rabochye Delo*, pero que Lenin había "expulsado" o "separado" a Potresov, Axelrod y Zasulich, etc. Así obran los que especulan con los aficionados al escándalo y al sensacionalismo en el extranjero. No hay otzovismo, tampoco construcción de Dios; pero hay "separación arbitraria" de Maximov, por la "mayoría de la redacción", que desea "disponer plenamente" de los "bienes de toda la fracción"; pasen, señores, a nuestra tienda y les contaremos las cosas más picantes sobre este asunto...

¡Un viejo procedimiento, camaradas Maximov y Nikolayev! Los políticos que recurren a él no podrán evitar romperse el cuello.

Nuestros "separados" hablan de "arbitrariedad" porque en su opinión la redacción de *Proletary* no tiene derecho a decidir sobre la suerte de la fracción bolchevique y de la división en sus filas. Muy bien, señores. Si la redacción de *Proletary* y los quince bolcheviques miembros y candidatos a miembros del CC elegidos en el Congreso de Londres no tienen derecho a representar a la fracción bolchevique, entonces tienen ustedes todas las posibilidades de declararlo públicamente y emprender una campaña para destituir a esta representación indeseable o para una nueva elección a fin de reemplazarla. Pero, en realidad, *ustedes ya han emprendido esa campaña* y sólo después de sufrir varios reveses prefirieron lamentarse y gimotear. Ya que han planteado la cuestión de un congreso o conferencia bolchevique, camaradas Maximov y Nikolayev, ¿por qué no cuentan a la gente que hace varios meses el compañero "Er" propuso al Comité de Moscú un proyecto de resolución en el que se pedía un voto de desconfianza a *Proletary* y la realización de una conferencia bolchevique para elegir un nuevo centro ideológico de los bolcheviques?

¿Por qué lo han callado, oh, injustamente separados?

¿Por qué han callado que la resolución de "Er" fue rechazada por unanimidad de votos, excepto el suyo propio?

¿Por qué han callado que en el otoño de 1908 en toda la organización de San Petersburgo hubo de arriba abajo una lucha sobre las plataformas de las dos tendencias del bolchevismo, los otzovistas y los adversarios de ellos, en la que, por otra parte, los otzovistas fueron derrotados?

Maximov y Nikolayev quieren gemir un poco en público porque fueron derrotados repetidas veces en Rusia. Tanto "Er" como los otzovistas de San Petersburgo tenían el derecho de combatir al bolchevismo, tanto en las organizaciones superiores como en la base, sin esperar conferencia alguna y sin hacer públicas sus plataformas ante todo el Partido.

Pero la redacción de *Proletary*, que a partir de junio de 1908 declaró la guerra abierta al otzovismo, luego de un año de lucha, un año de discusiones, un año de fricciones, conflictos, etc.; después de invitar a tres delegados regionales de Rusia y consultar a varios miembros rusos de la redacción ampliada que no habían participado en ninguno de los conflictos del extranjero, ¿no tenía derecho a declarar lo que era una cuestión de hecho, que Maximov había roto con la redacción, que el bolchevismo nada tiene en común con el otzovismo, el ultimatismo y la construcción de Dios?

¡Basta de hipocresía, señores! Lucharon donde consideraron que eran más fuertes y sufrieron una derrota. Predicaron el otzovismo a las masas, pese a una decisión del centro oficial de los bolcheviques y sin esperar una conferencia especial. ¡Y ahora se ponen a lloriquear y a quejarse porque se encuentran en una minoría ínfima hasta lo ridículo en la redacción ampliada y en la Conferencia con la participación de delegados regionales!

Estamos de nuevo ante un procedimiento típico de los de *Rabocheye Dielo* del extranjero: jugar a la "democracia" cuando no hay condiciones para una democracia plena; especular con la incitación a toda clase de descontento "en el extranjero" y, al mismo tiempo, transmitir desde el extranjero (por intermedio de la "escuela") su propaganda otzovista y de la construcción de Dios; iniciar una división entre los bolcheviques y luego lamentarse sobre la división; organizar una fracción propia (al amparo de la "escuela") y verter lágrimas de cocodrilo por la política "divisionista" de *Proletary*.

¡Basta ya de intrigas! Una fracción es una unión libre de quienes piensan del mismo modo dentro de un partido; y después de una lucha que se prolongó más de un año, tanto en Rusia como en el extranjero, teníamos todo el derecho, teníamos la obligación de llegar a una decisión definida. Y así lo hicimos.

Les asiste pleno derecho de oponerse a ella, de presentar su plataforma y tratar de conquistar una mayoría para esa plataforma. Si no lo hacen, si en lugar de aliarse abiertamente con los otzovistas y presentar una plataforma común insisten en jugar a las escondidas y en especular con una "democracia" barata en el extranjero sólo recibirán en respuesta el desprecio al que se han hecho acreedores.

Están haciendo un doble juego. Por una parte, declaran que desde hace un año entero *Proletary* aplica una política "totalmente" no bolchevique (y los partidarios de ustedes en Rusia han intentado en más de una ocasión lograr la aceptación de estas ideas en las resoluciones de los comités de San Petersburgo y Moscú). Por la otra, lamentan la división y se niegan a reconocer la "separación". Por una parte, en los hechos, marchan hombro a hombro con los otzovistas y los constructores de Dios; por otra, los repudian y se fingen pacificadores, que desean hacer la paz entre los bolcheviques y los otzovistas y constructores de Dios.

"¡Abandonen toda esperanza!". Pueden intentar la conquista de una mayoría. Pueden conseguir todas las victorias que quieran entre los bolcheviques inmaduros. Jamás aceptaremos reconciliación alguna. Formen su fracción o,

más exactamente, sigan formándola, ya que han comenzado, pero no engañen al Partido, no engañen a los bolcheviques. No hay conferencia ni congreso en el mundo que pueda reconciliar ahora a los bolcheviques con los otzovistas, los ultimatas y los constructores de Dios. Lo hemos dicho y lo repetimos una vez más; todo socialdemócrata bolchevique y todo obrero con conciencia de clase debe hacer una resuelta y definitiva elección.

VI

Encubriendo a su parentela ideológica, temerosa de exponer su verdadera plataforma, la nueva fracción intenta suplir su escaso bagaje ideológico tomando en préstamo palabras del vocabulario de las viejas escisiones. El "nuevo *Proletary*", la "nueva línea de *Proletary*", muestran que Maximov y Nikolayev imitan la lucha de los viejos tiempos contra la nueva *Iskra*.

Es una treta capaz de fascinar a ciertos políticos infantiles.

Pero ni siquiera son capaces de repetir las viejas palabras, señores. La "sal" de la consigna "contra la nueva *Iskra*" fue que los mencheviques, cuando se hicieron cargo de *Iskra*, ellos mismos debieron iniciar una nueva línea política, en tanto que el Congreso (el II Congreso del POSDR en 1903) confirmaba precisamente la línea de la vieja *Iskra*. La "sal" era que los mencheviques tuvieron que declarar (en 1903-1904, por boca de Trotsky): entre la vieja y la nueva *Iskra* hay un abismo. Y al día de hoy Potresov y Cia. procuran despojarse de los "rastros" de aquella época en que eran guiados por la vieja *Iskra*.

Se han publicado ya cuarenta y siete números de *Proletary*. Hace exactamente tres años, en agosto de 1906, apareció el primero. En ese primer número, fechado el 21 de agosto de 1906, podemos encontrar un editorial titulado "El boicot", y en él se declara negro sobre blanco: "Ha llegado el momento de que los socialdemócratas revolucionarios dejen de ser boicoteadores". Desde entonces, no hubo ni un solo número de *Proletary* que contenga una sola línea a favor del "boicotismo" (después de 1906), el otzovismo y el ultimatismo, sin que hubiera una refutación de esta caricatura de bolchevismo. ¡Y ahora los bolcheviques de caricatura caminan con zancos y quieren compararse con quienes *primero* llevaron a cabo, durante tres años, la campaña de la vieja *Iskra* y afianzaron la línea de esta en el II Congreso del Partido, para poner *después* de manifiesto el viraje de la nueva *Iskra*!

"Exdirector del popular periódico obrero *Izvestia*", agrega ahora a su firma el camarada Maximov, tratando de recordar al lector que, como él dice, "los gansos salvaron a Roma". Su relación con la línea del periódico *Izvestia*—decimos a Maximov en respuesta a su recuerdo— fue exactamente igual a la relación de Potresov con la vieja *Iskra*. Potresov era el director del periódico, pero no dirigía la vieja *Iskra*: esta lo dirigía a él. En cuanto quiso cambiar la línea los partidarios de la vieja *Iskra* le dieron la espalda. Y hoy el propio Potresov se desvive por lavar el "pecado de juventud", su participación en la dirección de la vieja *Iskra*.

Maximov no dirigió *Iperiod*, sino que *Iperiod* lo dirigió a él. Una prueba: la política de boicot a la tercera Duma, en favor de la cual *Iperiod* no dijo ni podía decir una sola palabra.

Maximov actuó bien y sabiamente cuando se dejaba dirigir por *Iperiod*. Ahora Maximov se ha puesto a inventar (o, lo que es lo mismo, ayuda a inventar a los otzovistas) una línea tal que inevitablemente lo llevará a un cenagal, igual que a Potresov.

Recuerde esto, camarada Maximov: para comparar es necesario tomar como base la integridad de una tendencia ideológica y política, no las "palabras" y "consignas" que alguien memoriza sin comprender su sentido. El bolchevismo dirigió la vieja *Izba* durante tres años, de 1900 a 1903, y emprendió como una tendencia integral la lucha contra el menchevismo. Los mencheviques persistieron por mucho tiempo en su nueva alianza con los antiskristas y con los partidarios de *Rabocheye Diele*, hasta que por fin entregaron Potresov (¿y sólo a Potresov?) a Prokopovich. Los bolcheviques dirigieron el viejo *Proletary* (1906-1909) en el espíritu de una oposición resuelta al "boicotismo", etc.; y emprendieron la lucha, como una tendencia integral, contra aquellos que ahora inventan el "otzovismo", el "ulimatismo", la "construcción de Dios", etc. Los mencheviques quisieron rectificar a la vieja *Izba* en el espíritu de Martinov y de los "economistas" y se rompieron el cuello en el intento. Ustedes quieren rectificar el viejo *Proletary* en el espíritu de "Er", los otzovistas y los constructores de Dios; ustedes también se romperán el cuello.

Pero ¿qué hay del "viraje hacia Plejanov"? —dice triunfalmente Maximov—. ¿Qué de la formación de una "nueva fracción centrista"? ¡Y nuestro "también bolchevique" afirma que es "diplomacia" la "negación" de que "se está contemplando la realización de la idea de un 'grupo centrista'!"

El alboroto de Maximov contra la "diplomacia" y la "unión con Plejanov" es sencillamente risible. También en esto los bolcheviques de caricatura se mantienen fieles a sí mismos: han memorizado muy bien que la política de Plejanov entre 1906 y 1907 fue ultraoportunistas. Y piensan que si lo repiten con frecuencia, sin analizar los cambios que se van produciendo, eso denota el grado máximo de "espíritu revolucionario".

El hecho es que a partir del Congreso de Londres los "diplomáticos" de *Proletary* se empeñaron en llevar a cabo abiertamente, y lo consiguieron, una política partidista contra las grotescas exageraciones del fraccionalismo, una política de defensa del marxismo contra la crítica del marxismo. Los actuales clamores de Maximov, por lo tanto, responden a dos razones: por una parte, desde el Congreso de Londres hubo siempre ciertos bolcheviques (Alexinsky es un ejemplo) que insistieron en sustituir la línea bolchevique por la de la "conciliación", por la línea "polaco-letona", etc. Rara vez los bolcheviques tomaron en serio estas tontas disquisiciones, que sólo hablan de un modo de pensar anquilosado. Por otra parte, la camarilla literaria a la que pertenece Maximov y que nunca tuvo más que un pie en el movimiento socialdemócrata

vio durante largo tiempo en Plejanov al principal enemigo de la construcción de Dios y otras tendencias análogas. Para esta camarilla nadie más terrible que Plejanov. Nada es más destructivo para sus esperanzas de inculcar sus ideas al partido obrero que la "unión con Plejanov".

Y he aquí que estos dos elementos: el fraccionalismo anquilosado, que no comprende las tareas de la fracción bolchevique para la formación del Partido, y los constructores de Dios de los círculos literarios y los apologistas de la construcción de Dios se han unido ahora sobre la base de una "plataforma": contra la "unión con Plejanov" y contra la política "conciliadora", "polacoletona" de *Proletary*, etcétera.

El *Dnevnik* N.º 9 de Plejanov, que salió ahora, nos exime de la obligación de explicar al lector con demasiado detalle qué caricatura de "plataforma" es esta de los bolcheviques de caricatura. Plejanov desenmascaró el liquidacionismo de *Golos Sotsial-Demokrat*, la diplomacia de sus directores, y declaró que él "no va por el mismo camino" de Potresov, quien ha dejado de ser un revolucionario. Ahora está claro para todo socialdemócrata que los obreros mencheviques seguirán a Plejanov contra Potresov. Será claro para todos que la división entre los mencheviques confirma la línea bolchevique. Está claro para todos que la proclamación de Plejanov de la línea *partidista* contra la táctica divisionista de los liquidadores es una enorme victoria del bolchevismo, que ahora ocupa una posición predominante en el Partido.

El bolchevismo obtuvo esta enorme victoria porque mantuvo su política partidista a pesar de los gritos de los novatos de "izquierda" y de los literatos constructores de Dios.

Sólo esta gente es capaz de temer acercarse a un Plejanov que denuncia y expulsa a los Potresov del partido obrero. Solamente en las aguas cenagosas del círculo de los constructores de Dios o de los héroes de las frases memorizadas puede tener algún éxito una "plataforma": "Contra la unión con Plejanov", o sea, contra un acercamiento a los mencheviques partidistas para combatir el liquidacionismo; contra un acercamiento a los marxistas ortodoxos (esto es desventajoso para la camarilla de los Eroguin literatos); contra la conquista del futuro apoyo del Partido a una política y una táctica socialdemócratas revolucionarias.

Nosotros, los bolcheviques, podemos señalar grandes éxitos en la causa de lograr ese apoyo. Hemos conquistado para nuestras ideas a Rosa Luxemburg y a Karl Kautsky -socialdemócratas que con frecuencia escriben para los rusos y que por lo tanto integran nuestro partido-, a pesar de que en los comienzos de la escisión (1903) todas sus simpatías estaban del lado de los mencheviques. Los conquistamos, porque los bolcheviques no hicimos concesiones a la "crítica" del marxismo, porque los bolcheviques no defendimos la letra de nuestra, sólo de nuestra teoría de fracción, sino el espíritu general y el sentido de la táctica socialdemócrata revolucionaria. En adelante seguiremos avanzando por el mismo camino; libraremos una guerra aún más implacable contra la

pedante necesidad y el despreocupado juego de las frases memorizadas, contra el revisionismo teórico del círculo de literatos constructores de Dios.

Entre los socialdemócratas rusos se materializan hoy, con total claridad, dos tendencias liquidacionistas: la de Potresov y la de Maximov. Potresov teme necesariamente al partido socialdemócrata porque ya no tiene esperanza alguna de que este adopte su línea. Maximov teme necesariamente al partido socialdemócrata porque tampoco le queda esperanza alguna de que se adopte la *suya*. Tanto uno como otro tratarán de apoyar y encubrir con medios lícitos o ilícitos las hazañas de ciertos círculos literarios con sus formas peculiares de revisión del marxismo. Tanto uno como otro tratarán de aferrarse, como a la última sombra de esperanza, a la conservación del estrecho espíritu de círculo contra el partidismo, pues Potresov todavía puede obtener algunas victorias ocasionales en la selecta compañía de los mencheviques anquilosados; Maximov todavía puede conquistar unos laureles ocasionales en los círculos de bolcheviques particularmente rutinarios; pero ni uno ni otro lograrán jamás ocupar un sitio estable entre los marxistas ni en un auténtico partido socialdemócrata obrero. Ambos representan en el movimiento socialdemócrata dos tendencias pequeñoburguesas opuestas, pero mutuamente complementarias e igualmente limitadas.

VII

Hemos mostrado cómo es el Estado Mayor de la nueva fracción. ¿Dónde puede reclutarse su ejército? Entre los elementos democraticoburgueses que adhirieron al partido obrero durante la revolución. El proletariado siempre y en todas partes se recluta entre la pequeñoburguesía; siempre y en todas partes suele estar vinculado con ella por miles de etapas, estratos y gradaciones de transición. Cuando un partido obrero crece muy rápidamente (como nos ocurrió en 1905-1906), su penetración por una masa de elementos con espíritu pequeñoburgués es inevitable. Y no hay nada de malo en eso. La tarea histórica del proletariado es asimilar, enseñar, reeducar a todos los elementos que la vieja sociedad le deja en herencia, personificados en esa gente que proviene de la pequeñoburguesía. Pero el proletariado debe reeducar a estos recién venidos o influir sobre ellos, no ser influido por ellos. Muchísimos "socialdemócratas de los días de la libertad", de los que fueron socialdemócratas por primera vez en los días de entusiasmo y celebración, en los días de las consignas brillantes, en los días de las victorias del proletariado, que trastornaron el juicio hasta a intelectuales netamente burgueses, se pusieron a *estudiar en serio*, a estudiar el marxismo, a aprender el persistente trabajo proletario; y estos serán siempre socialdemócratas y marxistas. Otros no lograron o no supieron asimilar del partido proletario salvo unos pocos textos y "brillantes" consignas aprendidas de memoria, un par de frases sobre el "boicotismo", los

"grupos de choque", etc. Cuando a tales elementos se les ocurrió imponer al partido obrero sus "teorías", sus concepciones, es decir, sus limitaciones, la escisión se tomó inevitable.

El destino de los partidarios del boicot a la tercera Duma es un ejemplo elocuente que muestra admirablemente la diferencia entre los dos elementos.

La mayoría de los bolcheviques, sinceramente apasionados por el deseo de un combate directo e inmediato contra los héroes del 3 de junio, se inclinaron por el boicot a la tercera Duma, pero muy rápidamente supieron apreciar la nueva situación. No repetían palabras aprendidas de memoria, sino que estudiaron atentamente las nuevas condiciones históricas, meditaron sobre por qué los acontecimientos habían tomado un curso y no otro, trabajaron con la cabeza y no sólo con la lengua, desarrollaron un serio y persistente trabajo proletario y comprendieron enseguida toda la tontería, toda la mezquindad del "otzovismo". Otros se aferraron a una palabra, se pusieron a elaborar "su propia línea" con frases digeridas a medias, a vociferar acerca de "boicotismo, otzovismo y ultimatismo", a sustituir con esos gritos el trabajo proletario revolucionario que dictaban las condiciones históricas dadas, a reunir en una nueva fracción toda clase de elementos inmaduros en las filas bolcheviques. ¡Feliz viaje, mis amigos! Hemos hecho todo lo posible para enseñarles el marxismo y el trabajo socialdemócrata. Ahora declaramos la guerra más decidida e irreconciliable a los liquidadores, tanto de derecha como de izquierda, que corrompen al partido obrero con el revisionismo teórico y con los métodos pequeñoburgueses en la política y en la táctica.

ALGUNAS FUENTES DE LA ACTUAL DISCREPANCIA IDEOLÓGICA¹

En el presente número de *Proletary* se publica una de las muchas cartas que señalan la enorme discrepancia ideológica que existe en la socialdemocracia. Merecen particular atención las reflexiones sobre la "vía alemana" (es decir, la repetición en nuestro país del camino de desarrollo alemán luego de 1848). Para analizar los orígenes de las erróneas opiniones sobre esta importantísima cuestión, sin cuyo esclarecimiento el partido obrero no puede definir una táctica acertada, tomaremos a los mencheviques y a *Golos Social-Demokrata*, por un lado, y por otro, el artículo polaco de Trotsky².

La táctica bolchevique en la revolución de 1905-1907 se basó en el principio de que la completa victoria de esa revolución era posible sólo como una dictadura del proletariado y el campesinado. ¿Cuál fue la fundamentación económica de este criterio? A partir de *Das taktika* (1905) y en muchos artículos aparecidos en periódicos y recopilaciones de 1906 y 1907, dimos siempre la siguiente fundamentación: el desarrollo burgués de Rusia está ya predeterminado y es inevitable, pero es posible en dos formas: la así llamada "prusiana" (el mantenimiento de la monarquía y de la propiedad terrateniente, la creación de un campesinado fuerte, es decir, burgués, en las condiciones históricas dadas), y la denominada forma "norteamericana" (una república burguesa, la abolición de la propiedad terrateniente, la creación de explotaciones agrícolas de tipo capitalista, o sea, de un campesinado burgués libre, mediante un cambio manifiesto de la situación histórica dada). El proletariado debe luchar por el segundo camino, pues es el que asegura mayor libertad y rapidez al desarrollo de las fuerzas productivas de la Rusia capitalista, y la victoria en esa lucha es posible únicamente si existe una alianza revolucionaria entre el proletariado y el campesinado.

Esta es la idea que expresa la resolución del Congreso de Londres³ sobre los partidos populistas o del Trabajo y la actitud de los socialdemócratas

1 Publicado en *Proletary* N.º 50, 28 de noviembre (11 de diciembre) de 1909.

2 Lenin no hace referencia a las posiciones de Trotsky en este artículo, aunque lo menciona en su introducción. En otros artículos de la misma época ("El sentido histórico de la lucha interna del Partido en Rusia") critica a Trotsky por "ubicarse por encima de las fracciones" [NdE].

3 En mayo de 1907 se reúne en Londres el V Congreso del POSDR. Los delegados bolcheviques son mayoritarios [NdE].

hacia ellos. Los mencheviques, como sabemos, se mostraron hostiles a esta resolución, precisamente en lo que se refiere al problema particular que analizamos. Pero, en las siguientes palabras del camarada Maslov, una de las más influyentes autoridades mencheviques en lo que al problema agrario en Rusia se refiere, advertimos hasta qué punto es vacilante la fundamentación económica de la posición menchevique. En el segundo tomo de *El problema agrario*, publicado en 1908 (el prefacio está fechado el 15 de diciembre de 1907), Maslov escribe: "*Mientras* [la cursiva es de Maslov] no se hayan formado en el campo relaciones puramente capitalistas, *mientras* subsista el arrendamiento en especies [Maslov emplea erróneamente esta expresión desafortunada en lugar del término "arrendamiento propio de la servidumbre feudal"], aún será posible resolver el problema agrario del modo más beneficioso para la democracia. El pasado histórico del mundo da dos tipos de desarrollo del régimen capitalista: el prevaleciente en Europa occidental (excepto en Suiza y en algunos lugares de otros países europeos), que es el resultado de un compromiso entre la nobleza y la burguesía, y el tipo de relaciones agrarias que se establecieron en Suiza, Estados Unidos de América del Norte, en las colonias inglesas y otras. Los datos que hemos citado sobre el estado del problema agrario en Rusia no nos dan base suficiente para decir con certeza qué tipo de relaciones agrarias llegará a afanzarse en nuestro país, y nuestra 'conciencia científica' no nos permite extraer conclusiones subjetivas y arbitrarias..." (p. 457).

Exacto. Y constituye un reconocimiento pleno de la fundamentación económica de la táctica bolchevique. No se trata de "embriaguez revolucionaria" (como piensan los de *Kéj* y los Cherevanin), sino de que las condiciones económicas *objetivas* hacen posible el camino "norteamericano" de desarrollo del capitalismo en Rusia. En su historia del movimiento campesino de 1905-1907, Maslov tuvo que reconocer nuestras premisas fundamentales. "El programa agrario de los kadetes —escribe en esa obra— es el más utópico, porque no existe la vasta clase social interesada en que el problema se solucione en la forma que ellos desean: vencerán los intereses de los propietarios de la tierra, con las consiguientes concesiones políticas [Maslov quiere decir: con las inevitables concesiones a la burguesía agraria], o los intereses de la democracia" (p. 456).

También esto es exacto. De aquí se deduce que la táctica de apoyo del proletariado a los kadetes durante la revolución era "utópica". De eso se deduce que las *fuerzas* de la "democracia", es decir, de la revolución democrática, son las fuerzas del proletariado y el campesinado. De eso se deduce que hay *dos* caminos de desarrollo *burgués*: uno es el de "los propietarios de la tierra que hacen concesiones a la burguesía"; el otro es aquel por el que quieren y pueden conducir ese desarrollo los obreros y los campesinos (cf. Maslov, p. 446: "Si todas las tierras de los terratenientes fueran entregadas gratuitamente en usufructo al campesinado, también entonces [...] se operaría el proceso de capitalización de la agricultura, pero [aquella] sería menos dolorosa...").

Puede verse que cuando Maslov razona como un marxista, lo hace de un modo bolchevique. En cambio, he aquí un ejemplo de que cuando ataca a los bolcheviques razona como un liberal. Hemos tomado este ejemplo, de más está decirlo, del libro liquidacionista *El movimiento social en Rusia a principios del siglo XX*, cuya edición estuvo al cuidado de Martov, Maslov y Potresov. En la sección "Recapitulación" (tomo I) figura el artículo de Maslov "*El desarrollo de la economía nacional y su influencia en la lucha de clases en el siglo XIX*". En la página 661, leemos: "... ciertos socialdemócratas han comenzado a considerar a la burguesía como una clase irremediabilmente reaccionaria y numéricamente insignificante. No sólo se ha subestimado la fuerza y la importancia de la burguesía, sino que también se analizó la función histórica de esta clase fuera de la perspectiva histórica: se ignoró la participación de la pequeña y mediana burguesía en el movimiento revolucionario y la simpatía de la gran burguesía por él en la primera etapa del movimiento, en tanto que se tomó como una conclusión preestablecida que también en el futuro la burguesía tendrá un papel reaccionario, etc. [¡Así dice: "etc."!]. De ahí se dedujo la inevitabilidad de la dictadura del proletariado y del campesinado, la que estaría en contradicción con toda la tendencia del desarrollo económico".

Este pasaje es enteramente típico de Høj. Este "marxismo" pertenece a la variante del de Brentano, Sombart o Struve. La posición de su autor es la de un liberal, diferente por su forma a la de un demócrata burgués. Pues un liberal lo es precisamente porque no ve más camino, su mente no acepta otro camino de desarrollo burgués que el existente, es decir, bajo la dirección de los propietarios de la tierra que hacen "concesiones" a la burguesía. Mientras que un demócrata lo es precisamente porque ve otro camino y lucha por él; a saber, el camino bajo la dirección del "pueblo", o sea, de la pequeñoburguesía, el campesinado y el proletariado, aunque tampoco vea que este camino también es burgués. En la "Recapitulación" del libro liquidacionista, Maslov olvida por completo lo relativo a los dos caminos de desarrollo burgués, a la *fuerza* de la burguesía norteamericana (en su equivalente ruso: una burguesía que se ha formado *del* campesinado, en un *terreno* desbrozado por vía revolucionaria de la propiedad terrateniente) y a la *debilidad* de la burguesía prusiana (esclavizada por "los terratenientes"). Maslov olvida que los bolcheviques nunca han hablado de la inevitabilidad de la "dictadura", sino de su necesidad *para* la victoria del camino norteamericano; olvida que los bolcheviques no dedujeron la "dictadura" de la debilidad de la burguesía, sino de las condiciones económicas *objetivas* que hacen posibles dos vías de desarrollo de la burguesía. En el aspecto teórico, el pasaje citado es un completo embrollo (del que el propio Maslov renegó en el tomo II de *El problema agrario*); en el aspecto político práctico es liberalismo, una defensa ideológica del liquidacionismo extremo. Veamos ahora cómo una posición vacilante en el problema *económico* fundamental lleva a conclusiones políticas vacilantes. He aquí una cita del artículo de Martov "*¿Adónde ir?*" (N.º 13 de *Golos Sotsial-Demokrata*): "En la Rusia contemporánea

nadie puede determinar ahora si una nueva crisis política creará condiciones objetivas favorables para una radical revolución democrática; sólo podemos indicar las condiciones específicas en las cuales se hará inevitable una revolución de este tipo. Mientras la historia no haya resuelto el problema, tal como lo resolvió para Alemania en 1871, la socialdemocracia no debe renunciar al objetivo de marchar al encuentro de la inevitable crisis política, con su propia solución revolucionaria del problema político, agrario y nacional (una república democrática, la confiscación de la propiedad terrateniente y el pleno derecho a la autodeterminación). Pero debe *marchar* hacia esa crisis que resolverá de una vez por todas el problema de si la revolución culminará a la 'alemana' o a la 'francesa', y no *detenerse* a esperar el advenimiento de la crisis".

Exacto. Magníficas palabras que repiten el propio contenido de la resolución de la Conferencia del Partido de diciembre de 1908⁴. Esta formulación coincide totalmente con las palabras de Maslov en el *segundo tomo de El problema agrario* y con la táctica de los bolcheviques, pero difiere decididamente de la posición expresada en la famosa frase: "En la Conferencia de diciembre de 1908 los bolcheviques propusieron embestir allí donde ya fueron derrotados una vez". Podemos "marchar con nuestra solución revolucionaria del problema agrario" sólo con los sectores *revolucionarios* de la democracia burguesa, es decir, sólo con el campesinado, no con los liberales, que están satisfechos con "las concesiones de los terratenientes". Marchar a la confiscación junto al campesinado: no hay más que una diferencia verbal entre esta formulación y el principio de marchar a una dictadura del proletariado y del campesinado. Pero Martov, que en el N.º 13 de *Golos* se acercó tanto a la posición de nuestro partido, no logra mantener consecuentemente esa posición y se desvía de continuo hacia Potresov-Cherevanin, tanto en el libro liquidacionista *El movimiento social*, como en el mismo N.º 13. Por ejemplo, en el mismo artículo define la tarea del momento como "la lucha por un movimiento obrero *legal*, incluyendo la legalización de nuestra propia existencia" (la del partido socialdemócrata). Decir esto significa hacer una concesión a los liquidadores: nosotros queremos fortalecer el partido socialdemócrata aprovechando todas las posibilidades legales y todas las ocasiones para una acción abierta; los liquidadores quieren reducir el partido a los marcos de una existencia legal y abierta (bajo Stolipin). Nosotros luchamos por el derrocamiento revolucionario de la autocracia de Stolipin, utilizando *para esta lucha* todo tipo de acción abierta y ampliando la base proletaria del movimiento con tal finalidad. Los liquidadores luchan por una existencia abierta del movimiento obrero... bajo Stolipin. Las palabras de Martov de que debemos luchar por una república y por la confiscación de la tierra están formuladas de modo tal que *excluyen* el liquidacionismo; sus palabras sobre la lucha por una existencia abierta del Partido están formuladas de

4 Se realizó en París en diciembre de 1908, enero de 1909 según el calendario occidental. Tuvo por objetivo reorganizar el POSDR en los centros urbanos e industriales de Rusia [NdeE].

manera tal que *no exagias* el liquidacionismo. En el terreno político hay aquí la misma inconsecuencia que en Maslov en el terreno económico⁵

Esa inconsecuencia alcanza las cumbres del Himalaya en el artículo de Martinov sobre el problema agrario (números 10-11). Martinov intenta entablar una polémica mordaz con *Proletary*, pero debido a su falta de habilidad para formular el problema no debate, en un forcejeo torpe e impotente. A *Proletary*, como verán, le ocurre lo que a Tkachiov: "¡Ahora o un poco más tarde, o nunca!". Lo mismo "ocurre" con Maslov y Martov, estimado camarada Martinov; eso debe ocurrir con todo marxista, porque no se trata de la revolución socialista (como para Tkachiov), sino de los dos métodos para culminar la revolución burguesa. Reflexione usted, camarada Martinov: los marxistas pueden comprometerse, en general, a apoyar la confiscación de las grandes propiedades de tierra o están obligados sólo a hacerlo en tanto ("ahora o un poco más tarde", o todavía por un tiempo bastante más prolongado, cosa que ni usted ni yo sabemos) el régimen burgués no se haya "establecido" definitivamente. Otro ejemplo: la ley de noviembre de 1906⁶ "sembró en el campo un gran desconcierto, un estado de verdadera guerra intestina, que a veces llegó a pelcas a cuchilladas", dice con razón Martinov. Y concluye: "Contar en algún futuro cercano con alguna acción revolucionaria unánime e impotente del campesinado, una insurrección campesina, es totalmente imposible debido a la guerra intestina". Contraponer la insurrección —es decir, la guerra civil— a una "guerra intestina" es ridículo, estimado camarada Martinov; y el problema del futuro cercano nada tiene que ver aquí porque no se trata de las directivas prácticas, sino de la *línea* de todo el desarrollo agrario. Otro ejemplo: "El éxodo de las comunidades rurales se produce a marcha forzada". Exacto. ¿A qué conclusión llegan? "Es evidente que la destrucción por los terratenientes se cumplirá con éxito y en el curso de pocos años, precisamente en aquellas vastas regiones de Rusia donde hasta no hace mucho tiempo el movimiento agrario adoptaba aún las formas más violentas, la comunidad rural será destruida y junto con ella desaparecerá el principal foco de la ideología trudovique. De este modo, una de las perspectivas de *Proletary*, la grata, queda anulada".

No se trata de las comunidades rurales, estimado camarada Martinov, pues la Unión Campesina⁷ en 1905 y los trudoviques en 1906-1907 exigían que se transfirieran las tierras, no a las comunidades rurales, sino a individuos o a asociaciones libres. La comunidad rural es destruida, tanto por el resquebrajamiento terrateniente del viejo régimen de propiedad de la tierra bajo la

5 Hemos tomado como ejemplo sólo una de las manifestaciones de la inconsecuencia política de Martov, que en el mismo artículo del número trece habla de la próxima crisis como de una crisis "constitucional" y así sucesivamente.

6 Una de las leyes formuladas por el ministro Stolipin. Permitía a los campesinos de las comunidades agrarias independizarse de la tierra comunal y convertirse en propietarios privados de sus parcelas [NdE].

7 Organización democrática de los campesinos de la región de Moscú. Desaparece en 1907 [NdE].

supervisión de Stolipin, como por el resquebrajamiento campesino, o sea, la confiscación para crear un nuevo orden en el agro. La perspectiva "grata" de *Proletary* no está relacionada con la comunidad rural, tampoco con el trudo-vismo como tal, sino con la posibilidad del desarrollo "norteamericano", de creación de los *farmers*⁸ libres. Por lo tanto, al decir que la perspectiva grata queda anulada y declarar al mismo tiempo que "la consigna de expropiación de los grandes terratenientes no morirá", el camarada Martinov confunde en forma inadmisibile las cosas. Si se afirma el tipo prusiano, la consigna morirá, y los marxistas dirán: "Hemos hecho todo lo posible por lograr un desarrollo menos doloroso del capitalismo, ahora nos queda luchar por la destrucción del propio capitalismo". Ahora bien, si la consigna no muere, ello significa que existirán las condiciones objetivas para desviar "el tren" por la "vía" norteamericana. En este caso, si los marxistas no quieren convertirse en estruvistas⁹ sabrán advertir tras la fraseología "socialista" reaccionaria de la pequeñoburguesía, que expresa sus opiniones subjetivas, la lucha objetivamente real de las masas por mejores condiciones para el desarrollo capitalista.

Resumamos. Las discusiones sobre la táctica son vanas si no están basadas en un claro análisis de las posibilidades económicas. El problema del tipo prusiano o norteamericano de evolución agraria en Rusia fue planteado por la lucha de 1905-1907, que demostró que el problema era real. Stolipin da incluso otro paso adelante por el camino prusiano: no reconocerlo sería un ridículo temor a la amarga verdad. Debemos avanzar a través de una etapa histórica peculiar en las condiciones creadas por este nuevo paso. Pero sería tan criminal como ridículo no reconocer el hecho de que por ahora Stolipin únicamente ha complicado y agravado la situación anterior, sin crear nada nuevo. Stolipin sigue "apostando a los fuertes" y pide "veinte años de paz y tranquilidad" para que los terratenientes puedan "reformular" (léase, saquear) a Rusia. El proletariado debe apostar a la democracia, sin sobrestimar las fuerzas de esta, sin limitarse a "confiar" simplemente en ella; debe desarrollar una incesante labor de propaganda, agitación y organización, que movilice a todas las fuerzas democráticas -antes que nada y más que nada a las masas campesinas-, llamándolas a aliarse con la clase de vanguardia, a conquistar la "dictadura del proletariado y del campesinado", con el objetivo de lograr una victoria democrática total y de crear las mejores condiciones para el más rápido y libre desarrollo del capitalismo. La renuncia a cumplir este deber democrático por parte del proletariado conducirá inevitablemente a las vacilaciones y objetivamente sólo hace el juego a los liberales contrarrevolucionarios fuera del movimiento obrero y a los liquidadores dentro de él.

8 En inglés: granjeros, agricultores [NdE].

9 Partidarios o seguidores de Struve [NdE].

EL SENTIDO HISTÓRICO DE LA LUCHA INTERNA DEL PARTIDO EN RUSIA¹

Los artículos de Trotsky y Martov, publicados en los números 50 y 51 de *Nové Zvit*, versan sobre el tema indicado en el título. Martov expone los puntos de vista del menchevismo y Trotsky sigue a los mencheviques, encubriéndose con una fraseología particularmente altisonante. Para Martov, la "experiencia rusa" se reduce "al triunfo de la incultura blanquista y anarquista sobre la cultura marxista" (léase: el bolchevismo sobre el menchevismo). "La socialdemocracia rusa habló con demasiado afán *en ruso*", a diferencia de los métodos tácticos "de toda Europa". La "filosofía de la historia" de Trotsky es la misma. La causa de la lucha: "La adaptación de la intelectualidad marxista al movimiento de clase del proletariado". Se colocan en primer plano "el sectarismo, el individualismo intelectualista y el fetichismo ideológico". "La lucha por la influencia sobre el proletariado políticamente inmaduro": he aquí la esencia del asunto.

I

La teoría que ve en la lucha entre el bolchevismo y el menchevismo una pugna por la influencia sobre el proletariado inmaduro no es nueva. La hallamos desde 1905 (si no desde 1903) en gran cantidad de libros, folletos y artículos de la prensa liberal. Martov y Trotsky ofrecen ahora a los camaradas alemanes algunos puntos de vista liberales revestidos de marxismo.

Desde luego, el proletariado ruso es mucho menos maduro políticamente que el de Europa occidental. Pero entre todas las clases de la sociedad rusa fue precisamente el proletariado quien demostró la mayor madurez política en 1905-1907. La burguesía liberal rusa, que se condujo con idéntica vileza, cobardía, estupidez y alevosía que la burguesía alemana en 1848, odia al proletariado ruso justamente porque en 1905 mostró tener la suficiente madurez política como para arrebatarse a la burguesía la dirección del movimiento y para desenmascarar implacablemente la traición de los liberales.

"Es una ilusión" —declara Trotsky— creer que el menchevismo y el bolchevismo "han echado profundas raíces en lo más hondo del proletariado". Este es un ejemplo de las frases sonoras pero huecas en las que nuestro Trotsky es un maestro. Las raíces de la divergencia entre mencheviques y bolcheviques no se encuentran en "lo más hondo del proletariado", sino en el contenido económico de

¹ Escrito en 1910. Publicado el 29 de abril (12 de mayo) de 1911 en *Diskusionny Listok* N.º 3.

la revolución rusa. Como ignoran este contenido, Martov y Trotsky no pueden comprender el sentido histórico de la lucha interna del Partido en Rusia². Lo esencial del asunto no es si las formulaciones teóricas de las divergencias penetraron "profundamente" en unas u otras capas del proletariado, sino el hecho de que las condiciones económicas de la Revolución de 1905 colocaron al proletariado en relaciones hostiles con la burguesía liberal, no sólo por el problema de mejorar las condiciones de vida de los obreros, sino también por el problema agrario, por todos los problemas políticos de la revolución, etc. Hablar de la lucha de tendencias en la revolución rusa, poniendo rótulos tales como "sectarismo", "incultura", etc., y no decir una palabra de los intereses económicos fundamentales del proletariado, la burguesía liberal y el campesinado democrático es descender al nivel de periodistas baratos.

Un ejemplo. "En toda Europa occidental —escribe Martov— se considera que las masas campesinas son aptas para una alianza [con el proletariado] sólo en la medida en que van conociendo las graves consecuencias de la revolución capitalista en la agricultura; en cambio, en Rusia, se reveló el cuadro de la combinación de un proletariado numéricamente débil con cien millones de campesinos que no han sentido —o casi no han sentido— todavía la acción 'educativa' del capitalismo y, por lo tanto, no han pasado aún por la escuela de la burguesía capitalista".

Este no es un *laissez faire* de Martov. Es el punto central de todo el pensamiento menchevique. Estas ideas impregnan totalmente la historia oportunista de la revolución rusa publicada en Rusia con la redacción de Potresov, Martov y Maslov (*El movimiento social en Rusia a comienzos del siglo XX*). El menchevique Maslov expresa en forma aún más gráfica estas ideas cuando dice en el artículo que

2 Alain Brossat, en su conocido trabajo sobre "el joven Trotsky" explica que, para este, en esa época, "las divergencias [entre las fracciones menchevique y bolchevique] se esfumarán en la acción. De ahí que escribiera en marzo de 1910 en su *Proclama*: 'La actividad política constituye el terreno más favorable para realizar y cimentar la unidad; todas las organizaciones del partido, todas las células, todos los socialdemócratas deben dedicarse desde ahora a simplificar, a reformar la agitación revolucionaria entre las masas. [...] La unidad de organización sólo es concebible en y para la acción; sólo mediante la unidad de acción permanecerá vivo el partido'. El punto ciego de la perspectiva de Trotsky es su incapacidad para vincular esa actitud hacia la unidad del partido a las posiciones política generales de unos y otros. Por eso, aunque próximo a Lenin en una parte de su argumentación contra los liberales, contra los liquidadores, por la clandestinidad y la combinación de las actividades legales e ilegales, Trotsky se encuentra de nuevo indefectiblemente opuesto a él, en cuanto Lenin, que parte de un análisis clarividente del alcance de las divergencias, adopta de manera realista la perspectiva de la escisión y practica una política absolutamente intransigente en el plano de los principios. Mientras que Trotsky venía de modo abstracto la unidad del partido, Lenin, como hemos visto, coloca en primer plano el esclarecimiento de la conciencia del proletariado ruso y la correlativa solidificación de su vanguardia.

Lo que es relativo para uno resulta absoluto para el otro. Trotsky no se escandaliza en modo alguno ante la idea de un partido heterogéneo, con iniciativas un tanto dispersas y con objetivos políticos diversificados, mientras que considera un crimen contra el proletariado cualquier intento de tratar las delimitaciones organizativas indispensables en el partido. En cambio, Lenin concibe, una vez más y siempre, los problemas organizativos como los corolarios de lo político. Las fuerzas programáticas se traducen necesariamente en líneas organizativas" (Alain Brossat, *En los orígenes de la revolución permanente. El pensamiento político del joven Trotsky*, México D.F., Siglo XXI, 1976) [Ndel.]

resume este "trabajo": "Una dictadura del proletariado y el campesinado *estaría en contradicción con toda la marcha del desarrollo económico*". Es precisamente aquí donde hay que buscar las raíces de las divergencias entre bolchevismo y menchevismo.

Martov *instituyó* la escuela del *capitalismo* por la escuela de la *burguesía capitalista* (dicho sea entre paréntesis: no existe en el mundo otra burguesía que la capitalista). ¿Y en qué consiste la escuela del capitalismo? En que arranca a los campesinos de la idiotez aldeana, los sacude y los *impulsa a la lucha*. ¿En qué consiste la escuela de la "burguesía capitalista"? En que "la burguesía alemana de 1848, sin remordimiento alguno, traicionó a los campesinos, que eran sus aliados más naturales y sin los cuales es impotente frente a la nobleza" (K. Marx en *Neue Rheinische Zeitung* del 29 de julio de 1848). En que la burguesía liberal rusa en 1905-1907 traicionó sistemática y constantemente a los campesinos, que en los hechos se pasó al campo de los terratenientes y el zarismo contra los campesinos en lucha y puso obstáculos directos al desarrollo de la lucha campesina.

Al amparo de la terminología "marxista" sobre la "educación" de los campesinos por el capitalismo, Martov defiende la "educación" de los campesinos (*que luchan contra la nobleza en forma revolucionaria*) por los liberales (*que traicionaron a los campesinos por los nobles*).

Esto es sustituir el marxismo por el liberalismo. Es un liberalismo embellecido con frases marxistas. Las palabras de Bebel en Magdeburgo acerca de que entre los socialdemócratas hay nacional-liberales son válidas no sólo para Alemania.

Por lo demás, es necesario señalar que la mayoría de los líderes ideológicos del liberalismo ruso se educaron en la literatura alemana y que trasplantan deliberadamente a Rusia el "marxismo" de *Brentano* y de *Sombart*, que reconoce "la escuela del capitalismo" pero rechaza la escuela de la lucha de clases revolucionaria. Todos los liberales contrarrevolucionarios de Rusia, los Struve, Bulgakov, Frank, Izgovv y Cia., hacen alarde de idénticas frases "marxistas".

Martov compara a la Rusia de las insurrecciones campesinas contra el feudalismo con "Europa occidental", que desde hace muchísimo tiempo ha terminado con el feudalismo. Es una estupenda deformación de la perspectiva histórica. ¿Acaso "en toda Europa occidental" existen socialistas con un programa que contenga la exigencia de "apoyar las acciones revolucionarias del campesinado, inclusive la confiscación de las tierras de los terratenientes"? No. "En toda Europa occidental" los socialistas no apoyan, ni mucho menos, a los pequeños propietarios en su lucha contra los grandes propietarios por la propiedad de la tierra. ¿Dónde está la diferencia? En que "en toda Europa occidental" hace tiempo que se ha establecido y ha tomado forma definitiva el sistema burgués, en particular, las relaciones agrarias burguesas; en cambio, en Rusia precisamente ahora se está desarrollando la revolución *acerca de la forma* que adoptará este sistema burgués. Martov repite el vulgar método de los liberales, que siempre contraponen el período de conflictos revolucionarios originados por un problema determinado a los períodos en que no existen conflictos revolucionarios porque dichos problemas ya se han resuelto tiempo atrás.

La tragicomedia del menchevismo es que durante la revolución *tanto* que aceptar tesis incompatibles con el liberalismo. Si apoyamos la lucha del "campesinado" por la *confiscación* de las tierras quiere decir que la victoria es posible, y económica y políticamente ventajosa para la clase obrera y para todo el pueblo. Y la victoria del "campesinado", dirigido por el proletariado, en la lucha por la *confiscación* de las fincas de los terratenientes es precisamente *la dictadura revolucionaria del proletariado y el campesinado*. (Recordemos lo que dijo Marx en 1848 sobre la necesidad de una dictadura en una revolución y las merecidas burlas de Mehring a aquellos que acusaban a Marx de querer conquistar la democracia mediante la implantación de la dictadura.)

Es totalmente errónea la idea de que la dictadura de estas clases "está en contradicción con toda la marcha del desarrollo económico". Es justamente a la inversa. *Sólo* esa dictadura barrería a fondo todos los restos de feudalismo y aseguraría el más rápido desarrollo de las fuerzas productivas. Por el contrario, la política de los liberales entrega la causa a los *junker* rusos, quienes *retardan* en cien veces "la marcha del desarrollo económico" de Rusia.

La contradicción existente entre la burguesía liberal y el campesinado se puso totalmente de manifiesto en 1905-1907. En la primavera y el otoño de 1905, así como en la primavera de 1906, las sublevaciones campesinas abarcaron *de la tercera parte a la mitad* de los distritos de la Rusia Central. Los campesinos destruyeron aproximadamente unas dos mil casas de campo de terratenientes (lamentablemente, sólo una quinceava parte de lo que habría que haber destruido). Sólo el proletariado apoyó con abnegación esta lucha revolucionaria, la orientó en todos sus aspectos, la dirigió y la cohesionó con sus huelgas de masas. La burguesía liberal *nunca* ayudó a la lucha revolucionaria; prefirió "apaciguar" a los campesinos y "reconciliarlos" con los terratenientes y el Zar. Más tarde, en las dos primeras Dumas (1906 y 1907), se volvió a repetir lo mismo en el ámbito parlamentario. *Durante todo ese período* los liberales obstaculizaron la lucha de los campesinos y los traicionaron, y *sólo los diputados obreros* orientaron y apoyaron a los campesinos *contra los liberales*. La lucha de los liberales contra los campesinos y los socialdemócratas llena *toda* la historia de la I y la II Dumas. La lucha entre el bolchevismo y el menchevismo está *inseparablemente* vinculada a esta historia como una lucha en torno al problema de apoyar a los liberales o de eliminar la hegemonía de estos sobre el campesinado. Por eso, atribuir nuestras divisiones a la influencia de la intelectualidad, a la inmadurez del proletariado, etc., es una candorosa repetición infantil de los cuentos liberales.

Por la misma razón, el argumento de Trotsky de que las divisiones en el movimiento socialdemócrata internacional son provocadas "por el proceso de adaptación de la clase socialmente revolucionaria a las limitadas [estrechas] condiciones del parlamentarismo", etc., mientras que en el movimiento socialdemócrata ruso son provocadas por la adaptación de la intelectualidad al proletariado es absolutamente falso. "En tanto que el contenido político real de este proceso de adaptación fue limitado [estrecho] —escribe Trotsky—, desde el

punto de vista del objetivo final, socialista, sus formas fueron ilimitadas y fue grande la sombra ideológica proyectada por este proceso".

Esta frascología verdaderamente "ilimitada" es sólo una "sombra ideológica" del liberalismo. Igual que Martov, Trotsky mezcla diferentes períodos históricos y compara a Rusia, que está atravesando su revolución burguesa, con Europa, donde estas revoluciones han terminado hace tiempo. En Europa, el contenido político real del trabajo socialdemócrata es preparar al proletariado para la lucha por el poder contra la burguesía, que tiene ya total dominio del Estado. En Rusia se trata *todavía sólo de crear* un Estado burgués moderno, que será similar a una monarquía *junker* (en caso de que el zarismo triunfe sobre la democracia) o a una república campesina democraticoburguesa (en caso de que la democracia triunfe sobre el zarismo). Y la victoria de la democracia en la Rusia contemporánea sólo es posible si las masas campesinas siguen al proletariado revolucionario y no al liberalismo traidor. La historia todavía no ha resuelto este problema. Las revoluciones burguesas no están aún terminadas en Rusia y, *dentro de estos límites*, es decir, dentro de los límites de la lucha por la forma del régimen burgués en Rusia, "el contenido político real" del trabajo de los socialdemócratas rusos es *menor* "limitado" que en los países donde no se lucha por la confiscación de las tierras de los terratenientes por los campesinos, donde las revoluciones burguesas fueron completadas hace tiempo.

Es fácil comprender por qué los intereses de clase de la burguesía obligan a los liberales a tratar de persuadir a los obreros de que su papel en la revolución es "limitado", de que la lucha de tendencias es provocada por la ineptitud y no por profundas contradicciones económicas, de que el partido obrero debe ser, "no la fuerza hegemónica en la lucha por la liberación, sino un partido de clase". Esta es la fórmula que más recientemente han propuesto los liquidadores de Gols (Levitsky en *Nasha Zarya*) y que los liberales han aprobado. Ellos usan las palabras "partido de clase" en el sentido Brentano-Sombart: preocúpense sólo de su propia clase y abandonen los "sueños blanquistas" de dirigir a todos los elementos revolucionarios del pueblo en la lucha contra el zarismo y el liberalismo traidor.

II

Los argumentos de Martov sobre la revolución rusa y los de Trotsky sobre la situación actual de la socialdemocracia rusa confirman definitivamente lo erróneo de sus concepciones básicas.

Comencemos por el boicót. Martov lo califica de "abstención política", de método de los "anarquistas y sindicalistas" y se refiere sólo al año 1906. Trotsky afirma que "la tendencia boicotista atraviesa toda la historia del bolchevismo: boicót a los sindicatos, a la Duma de Estado, a los organismos de autogobierno local, etc.", lo que es "producto de un temor sectario de hundirse en las masas, un radicalismo de abstención intransigente", etc. Respecto del boicót a los

Estas cifras muestran cuán gigantesca energía es capaz de desarrollar el proletariado durante la revolución. En toda la década anterior a la revolución, el número de huelguistas en Rusia alcanzó sólo a 431.000, es decir, un promedio anual de cuarenta y tres mil por año; mientras que en 1905 llegó a 2.863.000, sobre un total de 1.661.000 obreros fabriles! Hasta entonces, el mundo jamás había presenciado un movimiento huelguístico como ese. En el tercer trimestre de 1905, cuando por primera vez surge el problema del boicot, vemos justamente un momento de transición hacia una nueva y mucho más poderosa ola del movimiento huelguístico (y tras él, el movimiento campesino). Había que ayudar al desarrollo de esta ola revolucionaria, encauzándola hacia el derrocamiento del zarismo, o permitir que este distrajera la atención de las masas mediante el juego de una Duma consultiva: tal fue *el contenido histórico real* de la cuestión del boicot. ¡Podemos juzgar, por lo tanto, hasta qué punto son triviales y torpemente liberales los vanos esfuerzos de relacionar el boicot en la historia de la revolución rusa con la "abstención política", "el sectarismo", etc.! Con la consigna del boicot, adoptada *contra* los liberales, marchó un movimiento que elevó el número de huelguistas políticos de 151.000 —en el tercer trimestre de 1905— a *un millón* en el cuarto trimestre del año.

● Martov declara que "la principal causa" del éxito de las huelgas de 1905 fue "la creciente corriente de oposición en amplios círculos burgueses". "La influencia de estos amplios sectores de la burguesía llegó tan lejos que, por una parte, instigaban a los obreros a las huelgas políticas", y, por la otra, exigían a los empresarios "*pagar los salarios obreros durante la huelga*" (la cursiva es de Martov).

● Confrontemos esta dulzona alabanza a la "influencia" de la burguesía con la árida estadística. En 1905 las huelgas terminaron favorablemente para los obreros con mayor frecuencia que en 1907. Aquí tenemos los datos relativos a aquel año: 1.438.610 huelguistas plantearon demandas económicas; 369.304 obreros ganaron la lucha; 671.590 la terminaron con un compromiso; 397.716 *la perdieron*. Tal fue, *en los hechos* (y no según las fábulas liberales), "la influencia" de la burguesía. Martov deforma, al estilo liberal, las verdaderas relaciones entre el proletariado y la burguesía. Los obreros vencieron (en lo "económico" como en lo político), no porque en algunas ocasiones la burguesía pagó los días de huelga o porque actuó en la oposición, sino que la burguesía pagó y jugó a la Fronda³ porque los obreros vencían. La fuerza del ataque de clase, la fuerza de las huelgas en las que participaron millones de trabajadores, de los disturbios campesinos y de los levantamientos en las fuerzas armadas fueron la causa, "*la causa principal*", estimado Martov; la "simpatía" de la burguesía fue un efecto.

"El 17 de octubre —escribe Martov—, que abrió las perspectivas para las elecciones a la Duma e hizo posible realizar reuniones, formar uniones de obreros y publicar periódicos socialdemócratas, indicó en qué dirección debía ser orientado el trabajo". Pero, por desgracia, "a nadie se le ocurrió la idea de

³ Lenin alude a las insurrecciones de príncipes descontentos y nobles, ocurridas a mediados del siglo XVII, en Francia, durante la regencia de Ana de Austria [NdE].

la posibilidad de una 'estrategia de desgaste'. Todo el movimiento fue artificialmente impulsado a un serio y decisivo choque", o sea, a la huelga de diciembre y a "la sangrienta derrota" de diciembre.

Kautsky discutió con Rosa Luxemburg si en Alemania, en la primavera de 1910, había llegado el momento para la transición de la "estrategia de desgaste" a la "estrategia del derrocamiento", y Kautsky afirmó lisa y llanamente que dicha transición era *inevitable* si la crisis política seguía desarrollándose. Pero Martov, aferrándose a los faldones de Kautsky, preconiza *a posteriori* "la estrategia de desgaste" para un período en que la revolución alcanzó su máxima intensidad. No, estimado Martov, usted simplemente está repitiendo discursos liberales. El 17 de octubre no "abrió" las "perspectivas" de una Constitución pacífica; esas son fábulas liberales; abrió la *guerra civil*. Esa guerra fue preparada, no por la voluntad subjetiva de partidos o grupos sino por todo el curso de los acontecimientos desde enero de 1905. El Manifiesto de Octubre no significó el cese de la lucha, sino un equilibrio de las fuerzas en pugna: el zarismo ya no podía gobernar, la revolución *aún* no podía derrocarlo. La consecuencia de esta situación, objetivamente inevitable, fue una lucha decisiva. Tanto en octubre como en noviembre, la guerra civil fue *un hecho* (y las "perspectivas" pacíficas, una mentira liberal); esta guerra se puso de manifiesto no sólo en los pogromos, sino también en la lucha de la fuerza armada contra las unidades insubordinadas del Ejército, contra los campesinos de la tercera parte de Rusia y contra las regiones fronterizas. Quienes en tales condiciones consideran "artificial" la insurrección armada y la huelga de masas de diciembre sólo pueden contarse *artificialmente* entre los socialdemócratas. El partido *natural* de esa gente es el partido liberal.

En 1848 y en 1871 Marx decía que hay momentos en una revolución en los que rendirse al enemigo sin combatir desmoraliza más a las masas que una derrota en la lucha⁴. Diciembre de 1905 no sólo fue un momento así en la historia de la revolución rusa, fue la culminación natural e inevitable de los choques y combates *de masas* que habían ido en aumento en todos los confines del país durante los doce meses anteriores. *Hasta* la árida estadística así lo atestigua. La cantidad de personas que tomó parte en huelgas *netamente* políticas (es decir, en las que no se plantearon demandas económicas) fue: en enero de 1905, 123.000; en octubre, 328.000; en diciembre, 372.000. ¡Y nos quieren convencer de que ese aumento fue "artificial"! ¡Nos regalan la fábula de qué semejante crecimiento de la lucha política de masas, *junto* a los amotinamientos en el Ejército, es *posible* sin su inevitable transición a una insurrección armada! No; esto no es una historia de la revolución, es un libelo liberal contra la revolución.

4 Lenin se refiere a los artículos publicados originalmente en el *New York Daily Tribune* y compilados luego bajo el título *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, escritos por Engels con la colaboración de Marx. En particular hace mención al artículo "La Asamblea Constituyente prusiana. La Asamblea Nacional", de marzo de 1832 [N&E].

III

"Precisamente en esos momentos —escribe Martov respecto de la huelga de octubre— en que reina general excitación entre las masas obreras... se hace el intento de aunar la lucha por la libertad política con la lucha económica. Pero a pesar de la opinión de la camarada Rosa Luxemburg eso no reveló el lado fuerte del movimiento, sino su lado débil". El intento de implantar por vía revolucionaria la jornada laboral de ocho horas terminó en un fracaso y "desorganizó" a los obreros. "En el mismo sentido actuó la huelga general de empleados de correos y telégrafos, en noviembre de 1905". Así escribe Martov la historia.

Basta con echar una mirada a la estadística dada anteriormente para ver la falsedad de esta historia. Durante *todo* el trienio de la revolución, ante *cada* agudización de la crisis política podemos observar no sólo el ascenso de la lucha huelguística política, sino también económica. La *fuerza* del movimiento, no su debilidad, está en la combinación de las dos formas de lucha. La opinión opuesta es la opinión de los burgueses liberales, quienes en verdad desearían que los obreros intervinieran en política *sin* la incorporación de las más amplias masas a la revolución y a la lucha contra la burguesía. Precisamente después del 17 de octubre el movimiento liberal de los *zemlatz* se dividió definitivamente: los terratenientes y los industriales formaron el partido "octubrista", abiertamente contrarrevolucionario, que lanzó contra los huelguistas toda la fuerza de la represión (mientras en la prensa de los liberales "de izquierda", los kadetes, acusaban a los obreros de "insensatez"). Martov, haciéndose eco de los octubristas y los kadetes, ve la "debilidad" de los obreros en el hecho de que precisamente entonces procuraran que la lucha económica fuese aún más agresiva. Nosotros vemos la debilidad de los obreros (y más aún en los campesinos) en el hecho de que no pasaron con bastante decisión, amplitud y rapidez a la lucha económica agresiva y a la lucha política armada, que imponía *inevitablemente* todo el curso de los acontecimientos y en modo alguno los deseos subjetivos de determinados partidos o grupos. Entre nuestro punto de vista y el de Martov hay un abismo y, pese a la afirmación de Trotsky, este abismo entre las opiniones de los "intelectuales" es sólo un reflejo del que existía *en la práctica* a fines de 1905 *entre las clases*, a saber: entre el proletariado revolucionario que luchaba y la burguesía que actuaba en forma traidora.

Debemos agregar todavía que las derrotas de los obreros en la lucha huelguística caracterizan aún más los años 1906 y 1907 que el final de 1905 al que se aferra Martov. La estadística nos dice que durante diez años, de 1895 a 1904, los industriales ganaron el 51,6% de las huelgas (de acuerdo con el número de huelguistas); en 1905, el 29,4%; en 1906, el 33,5%; en 1907, el 57,6%, y en 1908, el 68,8%. ¿Significa esto que las huelgas económicas de 1906-1907 fueron "insensatas" y "extemporáneas", que fueron "el lado débil del movimiento"? No. Significa que, a raíz de que la ofensiva de la lucha revolucionaria de las masas no tuvo suficiente fuerza en 1905, la derrota (tanto en lo político

como en lo "económico") era inevitable; pero si el proletariado no hubiera sido capaz de levantarse por lo menos *dos* veces para un *aviso* ataque contra el enemigo (*un cuarto de millón* de personas involucradas en huelgas *políticas* sólo en el segundo trimestre de 1906 y también en 1907) la derrota habría sido entonces *aún más grave*; el golpe de Estado no se habría producido en junio de 1907, sino un año o quizá más de un año *antes*; los obreros hubieran sido despojados *aún más rápidamente* de las conquistas económicas de 1905.

Este es el significado de la lucha revolucionaria de las masas que Martov no comprende en absoluto. Siguiendo a los liberales, dice, con referencia al boicot de comienzos de 1906, que "los socialdemócratas quedaron por un tiempo *al margen de la línea política de combate*". Desde un punto de vista puramente teórico semejante modo de presentar el problema del boicot en 1906 es una increíble simplificación y vulgarización de un problema muy complejo. ¿Cuál era la verdadera "línea de combate" en el segundo trimestre de 1906: la parlamentaria o la extraparlamentaria? Consultemos la estadística: el número de participantes en huelgas "económicas" se elevó de 73.000 a 222.000, el de los que intervinieron en huelgas políticas, de 196.000 a 257.000. El porcentaje de distritos afectados por el movimiento campesino se elevó del 36,9% al 49,2%. Se sabe que los amotinamientos en las fuerzas armadas fueron extraordinariamente más importantes y más frecuentes en el segundo trimestre de 1906 que en el primero. Y, además, se sabe que la I Duma fue el parlamento más revolucionario del mundo (a comienzos del siglo XX) y al mismo tiempo el más impotente; ni una sola de sus decisiones fue puesta en práctica.

Tales son los hechos objetivos. Los liberales y Martov interpretan los hechos de la siguiente manera: la verdadera "*línea de combate*" fue la Duma, en tanto que los levantamientos, las huelgas políticas y los disturbios entre los campesinos y soldados fueron una vana empresa de "revolucionarios románticos". Y Trotsky, el profundo pensador, cree que las divergencias entre las fracciones que surgen sobre esta base representan una lucha "intelectualista" por la "influencia sobre un proletariado inmaduro". Nosotros opinamos que los datos objetivos prueban que en la primavera de 1906 hubo un ascenso tan serio de una verdadera lucha revolucionaria *de masas* que el Partido Socialdemócrata *tuvo el deber* de considerar precisamente esta lucha como la principal y de empeñar todos sus esfuerzos para apoyarla y desarrollarla. Nosotros opinamos que la situación política peculiar de ese período —cuando el Gobierno zarista había recibido de Europa un préstamo de dos mil millones, al parecer con la seguridad de que se convocaría la Duma, cuando el Gobierno zarista promulgaba con premura leyes contra el boicot a la Duma— justificó plenamente la tentativa del proletariado de arrancar de manos del Zar el derecho de convocar el primer parlamento ruso. Nosotros opinamos que no fueron los socialdemócratas, sino *los liberales*, quienes "quedaron *al margen de la línea política de combate*" en aquel entonces. Las ilusiones constitucionalistas, sobre cuya difusión entre

las masas se basó toda la carrera de los liberales en la revolución, fueron desmentidas con la mayor evidencia por la historia de la primera Duma.

En las dos primeras Dumas los liberales (kadetes) tenían la mayoría y con bombos y platillos ocuparon el primer plano político. Pero fueron precisamente estas "victorias" liberales las que evidenciaron que estos habían permanecido todo el tiempo "al margen de la línea política de combate", que eran comediantes políticos que corrompían profundamente la conciencia democrática de las masas. Y cuando Martov y sus amigos, siguiendo a los liberales, señalan las graves derrotas de la revolución como lecciones de *"lo que no se debe hacer"* les respondemos: en primer lugar, la única victoria real conquistada por la revolución fue la victoria del proletariado, que condujo a las masas campesinas a la insurrección y rechazó los consejos liberales de entrar en la Duma de Bulguin. Y, en segundo lugar, con su heroica lucha durante el curso de tres años (1905-1907) el proletariado ruso conquistó para sí y para el pueblo ruso lo que a otras naciones les llevó décadas conquistar. Conquistó la *emancipación* de las masas obreras *de la influencia del liberalismo* traidor y despreciablemente impotente. Conquistó *para sí la hegemonía* en la lucha por la libertad y la democracia, como premisa de la lucha por el socialismo. Conquistó para todas las clases oprimidas y explotadas de Rusia *la capacidad* de realizar la lucha revolucionaria de masas, sin la cual jamás se logró nada importante para el progreso de la humanidad en ninguna parte del mundo.

No hay reacción, odio, insulto o furia de los liberales, no hay vacilación, miopía ni escepticismo de los socialistas oportunistas que puedan quitar *estas* conquistas al proletariado ruso.

IV

El desarrollo de las fracciones en la socialdemocracia de Rusia después de la revolución tampoco debe atribuirse a la "adaptación de la intelectualidad al proletariado", sino a los cambios en las relaciones entre las clases. La revolución de 1905-1907 acentuó, convirtió en algo franco y puso a la orden del día el antagonismo entre el campesinado y la burguesía liberal respecto de *la forma* de un régimen burgués en Rusia. El proletariado políticamente maduro no pudo dejar de tomar la más activa participación en esta lucha, y su actitud con respecto a las diversas clases de la nueva sociedad se reflejó en la lucha entre el bolchevismo y el menchevismo.

El trienio 1908-1910 se caracteriza por la victoria de la contrarrevolución, por el restablecimiento de la autocracia y por la III Duma, la Duma de los centurionegristas y octubreístas. La lucha entre las clases burguesas por la forma del nuevo régimen abandonó el primer plano. El proletariado está ahora frente a la tarea *elemental* de defender su partido, el partido proletario, enemigo tanto de la reacción como del liberalismo contrarrevolucionario. Esta tarea no es fácil, pues precisamente el proletariado carga con todo el peso de las

persecuciones económicas y políticas, con todo el odio de los liberales porque los socialdemócratas les arrebataron la dirección de las masas en la revolución.

La crisis en el Partido Socialdemócrata es muy grave. Las organizaciones están despedazadas. Muchos viejos dirigentes (especialmente los intelectuales) han sido arrestados. Aparece ya un nuevo tipo de obrero socialdemócrata que toma en sus manos los asuntos del Partido, pero que tiene que superar extraordinarias dificultades. En estas condiciones el Partido Socialdemócrata pierde muchos "compañeros de ruta". Es natural que en la revolución burguesa se unieran a los socialistas compañeros de ruta pequeñoburgueses. Estos van abandonando ahora el marxismo y la socialdemocracia. Este proceso pudo ser observado en ambas fracciones: en el bolchevique adoptó la forma de la tendencia "otzovista", que apareció en la primavera de 1908 y que fue derrotada inmediatamente en la Conferencia de Moscú; luego de una larga lucha fue rechazada por el organismo central oficial de la fracción y formó en el extranjero una *fracción aparte*: la de *Iperiad*. Lo peculiar de este período de descomposición se expresa en el hecho de que esta fracción se unió a los "machistas" [seguidores de Mach, NdE], que habían incluido en su *plataforma* la lucha contra el marxismo (con el rónimo de defensa de una "filosofía proletaria") y a los "ulmatistas", esos recatados otzovistas, así como a diversos tipos de "socialdemócratas de los días de la libertad", arrastrados por ciertas consignas "brillantes" que aprendieron de memoria, pero que *no comprendieron* los fundamentos del marxismo.

Entre los mencheviques ese mismo proceso de alejamiento de los "compañeros de ruta" pequeñoburgueses se manifestó en la tendencia liquidacionista, que ahora ha tomado forma definitiva en la revista del señor Potresov *Nasha Zarya*, en *Vorosheleni* y *Zhiva*, en la posición de "los Dieciséis" y del "trío" (Mijail, Roman y Yuri). En tanto, *Golos Social-Demokrata*, publicado en el extranjero, actuó en los hechos como *serviente* de los liquidadores rusos y como diplomático encubridor de estos ante los miembros del Partido.

Sin comprender el significado histórico y económico de la descomposición en la época de la contrarrevolución, de este *alejamiento* de los elementos *no socialdemócratas* del partido obrero socialdemócrata, Trotsky habla a los lectores alemanes de la "descomposición" de *ambas* fracciones, de la "descomposición del Partido", del "*demonstramiento* del Partido".

Eso no es verdad. Y esta mentira revela, en primer lugar, la total falta de comprensión teórica de Trotsky. Él no comprendió en absoluto por qué el pleno calificó *tanto* al liquidacionismo *como* al otzovismo de "manifestación de la influencia burguesa sobre el proletariado". Reflexionemos: ¿la separación del Partido de las tendencias que fueron condenadas por éste y que expresan la influencia *burguesa* sobre el proletariado pone de manifiesto que el Partido se descompone y se desmorona o indica que se consolida y depura?

En segundo lugar, esta mentira expresa en la práctica la "política" de *publicidad* que persigue la fracción de Trotsky. Que la aventura de Trotsky es una

tentativa de formar una fracción es evidente ahora para todos después de que Trotsky excluyó de *Pravda* al representante del CC. Al tiempo que hace publicidad a su fracción, Trotsky no tiene reparos en decir a los alemanes que "el Partido" se descompone, que *ambas* fracciones se descomponen y que sólo él, Trotsky, es quien salva la situación. En realidad todos vemos ahora —y la última resolución adoptada por los trotskistas (en nombre del club de Viena, el 26 de noviembre de 1910) lo demuestra en forma muy concluyente— que Trotsky goza sólo de la confianza de los liquidadores y los de *Iperiod*.

Por ejemplo, el siguiente hecho muestra hasta qué punto llega la desvergüenza de Trotsky en denigrar al Partido y en exaltar su propia figura ante los alemanes. Trotsky escribe que las "masas obreras" de Rusia consideran que "el Partido Socialdemócrata está *fuera* (la cursiva es de Trotsky) de su círculo" y habla de "socialdemócratas sin socialdemocracia".

¿Cómo no van a besar a Trotsky el señor Potresov y sus amigos por estas declaraciones?

Sin embargo, no sólo *toda* la historia de la revolución, sino hasta los resultados de las elecciones a la III Duma en la curia obrera las desmienten.

"Las fracciones menchevique y bolchevique —escribe Trotsky—, debido a su anterior estructura ideológica y orgánica, demostraron ser del todo incapaces" para trabajar en las organizaciones legales; trabajaban "algunos grupos de socialdemócratas, pero eso ocurría fuera de las fracciones, al margen de su influencia orgánica". "Inclusive la más importante de las organizaciones legales, en la que predominan los mencheviques, trabaja por completo fuera del control de la fracción menchevique". Esto es lo que escribe Trotsky. Pero veamos cómo son los hechos. Desde el comienzo de la existencia del grupo socialdemócrata en la III Duma, la fracción bolchevique, por medio de sus representantes autorizados por el CC del Partido, siempre ha colaborado, ayudado, aconsejado y controlado la labor de los socialdemócratas en la Duma. Lo mismo hace la redacción del órgano central del partido, integrada por representantes de las fracciones (que fueron disueltas como fracciones en enero de 1910).

Cuando Trotsky relata detalladamente a los camaradas alemanes la estupidez del "otzovismo" y presenta esta corriente como una "cristalización" del boicotismo propio del bolchevismo en su conjunto y luego comenta en pocas palabras que el bolchevismo "no se dejó vencer" por el otzovismo, que "actuó contra él decididamente o, mejor dicho, desenfrenadamente", el lector alemán, desde luego, no se imagina qué sutil perfidia hay en semejante exposición. La "reserva" jesuitica de Trotsky reside en omitir un pequeño, muy pequeño "detalle". "Olvida" mencionar que ya en la primavera de 1909 la fracción bolchevique, en una reunión oficial de sus representantes, repudió y excluyó a los otzovistas. ¡Pero es justamente este "detalle" el que incomoda a Trotsky, que desea hablar de "descomposición" de la fracción bolchevique (y luego del Partido) y no de *alejamiento* de los elementos no socialdemócratas!

Ahora consideramos a Martov como uno de los líderes del liquidacionismo, tanto más peligroso cuanto más "hábilmente" defiende con frases casi marxistas a los liquidadores. Pero Martov expone abiertamente las concepciones que imprimieron su sello a corrientes enteras del movimiento obrero de masas de 1903-1910. En cambio, Trotsky representa únicamente sus vacilaciones personales y nada más. En 1903 fue menchevique; abandonó el menchevismo en 1904; volvió al menchevismo en 1905 haciendo gala de una fraseología ultrarrevolucionaria; en 1906 se apartó de nuevo; a fines de 1906 defendió los acuerdos electorales con los kadetes (es decir, en los hechos, estuvo otra vez con los mencheviques); y, en la primavera de 1907, dijo en el Congreso de Londres que divergía de Rosa Luxemburg más sobre "matices individuales de ideas que sobre tendencias políticas". Trotsky plagia hoy el bagaje ideológico de una fracción, mañana de otra y, como consecuencia, se proclama ubicado *por encima* de ambas fracciones. En teoría, Trotsky no está de acuerdo en ningún punto con los liquidadores y los otzovistas, *pero, en la práctica, está en un todo* de acuerdo con los de *Golos* y los de *Period*.

Por eso, ya que Trotsky dice a los camaradas alemanes que él representa la "tendencia general partidista", me veo obligado a declarar que representa sólo a *su* propia fracción y goza de cierta confianza *exclusivamente* entre los otzovistas y los liquidadores. Los siguientes hechos prueban la exactitud de mi afirmación. En enero de 1910, el Comité Central de nuestro partido estableció estrecha relación con el periódico de Trotsky, *Pravda*, y designó un representante del CC en la redacción. En septiembre de 1910, el Órgano Central anunció la *ruptura* entre el representante del CC y Trotsky a causa de la política antipartidista de este. En Copenhague, Plejanov, como representante de los mencheviques partidistas y delegado de la redacción del OC, junto con quien escribe estas líneas como representante de los bolcheviques, y un camarada polaco presentó una categórica protesta por la forma en que Trotsky presenta nuestros asuntos partidarios en la prensa alemana.

Que juzguen ahora los lectores si Trotsky representa una tendencia "general partidista" o "general antipartidista" en la socialdemocracia rusa.

DESARROLLO DE LAS HUELGAS REVOLUCIONARIAS Y DE LAS MANIFESTACIONES CALLEJERAS¹

Hace ya mucho se señaló, y todos lo reconocen así, que el año 1912 fue un notable hito en el desarrollo de las huelgas. Pero no todos lo entendieron y valoraron correctamente.

Tomemos los datos de las huelgas políticas de los once primeros meses del año. El resultado es el siguiente:

1905	1.052.000
1906	642.000
1907	540.000
1912	Alrededor de 300.000

El número de huelguistas políticos, durante los primeros nueve meses, fue, según los cálculos más modestos, de setecientos mil. Las huelgas relacionadas con la aclaración del asunto de los delegados de San Petersburgo abarcaron a cincuenta mil obreros; la huelga de protesta contra las ejecuciones de Sebastopol y la del 15 de noviembre, día de la apertura de la Duma, abarcaron, según datos de la *Sociedad de Fabricantes de Moscú*, a ciento ochenta y ocho mil personas. Son datos hasta el 20 de noviembre. Está claro que novecientos mil es la cifra mínima. Aun restando cien mil que son difícilmente comparables con 1905-1907 (empresas ubicadas fuera de la jurisdicción de la inspección fabril), quedan ochocientos mil.

En todo caso, el movimiento superó sin duda el nivel de 1906 y 1907, y por muy poco no llega al de 1905!

¿Qué significa esto?

La escala nacional del movimiento es ahora, por cierto, mucho menor que en 1905. Por consiguiente, el *avance* del ascenso revolucionario es hoy *incomparablemente mayor* de lo que fue en vísperas de la primera revolución. Quiere decir que la segunda revolución, que ahora se aproxima, revela una reserva mucho mayor de energía revolucionaria en el proletariado. Este ha crecido numéricamente por lo menos en un 20%. Su concentración también aumentó. Se ha

¹ Publicado en *Social-Demokrat* N.º 30, 12 (25) de enero de 1913.

reforzado la base netamente proletaria del movimiento, en virtud de la acelerada ruptura de los vínculos con la tierra. Aumentó en enormes proporciones, que desafían a todos los cálculos, la dimensión de la población proletaria y semiproletaria en la industria *"kustar"*², en la artesanía y la agricultura.

Han crecido, por último, la conciencia política, la experiencia y la decisión de la clase democrática de vanguardia. Esto lo admiten todos, pero no todos se deciden a inferir qué repercusión tiene. No todos se deciden a enfrentar la verdad y admitir que estamos presenciando huelgas *revolucionarias* de masas, el comienzo de un ascenso *revolucionario*.

Así nos lo indica, ante todo, el hecho fundamental y más objetivo, el que menos se presta a interpretaciones subjetivas, a saber, el alcance del movimiento. En ningún país del mundo se podría —a menos que exista una situación social revolucionaria— llevar a la acción política, varias veces en un año, a cientos de miles de obreros por los motivos más diversos. Pero en nuestro país esto se produce espontáneamente; se produce porque decenas de millones de semiproletarios y campesinos transmiten, valga la expresión, a su vanguardia un sentimiento de concentrada indignación que brota y desborda.

La huelga revolucionaria de los obreros rusos en 1912 fue de carácter nacional en el sentido cabal de la palabra. Porque por movimiento nacional no hay que entender en modo alguno aquel con el cual —en las condiciones de una revolución democrático-burguesa— está de acuerdo toda la burguesía o por lo menos la burguesía liberal. Sólo los oportunistas piensan así. No. Es nacional el movimiento que se hace eco de las necesidades objetivas de todo el país y dirige sus golpes más fuertes contra las fuerzas centrales del enemigo que se opone al desarrollo del país en su conjunto. Es nacional el movimiento que cuenta con la simpatía de la inmensa mayoría de la población.

Precisamente así es el movimiento político de los obreros este año, un movimiento que cuenta con la simpatía de todos los trabajadores y explotados, de todos los demócratas, por débiles, perseguidos, dispersos e impotentes que sean. La más definida demarcación entre el liberalismo y la democracia (alcanzada no sin lucha contra quienes soñaban con "arrancar la Duma de manos de los reaccionarios") es una enorme ventaja del nuevo movimiento. Para lograr éxito, la revolución debe saber con la mayor exactitud posible con quién puede ir al combate, cuál de sus aliados es inseguro y quién es el verdadero enemigo.

Por eso son tan importantes las acciones directas de los liberales (*kadetes*) contra la nueva revolución. Por eso tiene ahora tan excepcional importancia en Rusia (en comparación con Europa) la consigna de la república, que aclara la mente de todos los demócratas descosos de lucha, eliminando de ellos las ilusiones monárquicas (y también "constitucionalistas") que tanta fuerza quitaron a la ofensiva de 1905. En el proceso de crecimiento de la nueva revolución

² Se refiere a una zona del Cáucaso donde primaba un proletariado explotado bajo la forma de "trabajo a domicilio" [Ndt].

rusa hay dos momentos de importancia histórica: primero, las huelgas de abril y mayo, durante las cuales los obreros de San Petersburgo –a pesar de la detención de su organización dirigente, el Comité de San Petersburgo– lanzaron las consignas de una república, de la jornada de ocho horas y de la confiscación de tierras. Segundo, las huelgas y manifestaciones de noviembre (véanse las cartas de Riga y Moscú; en San Petersburgo ocurrió lo mismo, pero las detenciones barrieron a nuestros corresponsales). Las consignas de esas manifestaciones fueron no sólo “¡Abajo la pena de muerte!” y “¡Abajo la guerra!”, sino también: “¡Viva la clase obrera revolucionaria y el ejército revolucionario!”.

En las calles de San Petersburgo, Riga y Moscú el proletariado tendió su mano a esos luchadores avanzados del ejército de *myñik* que se alzaron heroicamente contra la monarquía.

La burguesía liberal está contra la nueva revolución, contra las huelgas revolucionarias de masas. Pero los liberales no se oponen en modo alguno a las huelgas políticas en general, es decir, si estas denotan sólo una “reactivación” y apoyan la consigna liberal de reforma constitucional. Y objetivamente, al margen de sus “buenas” intenciones, nuestros liquidadores son meros sirvientes de la burguesía contrarrevolucionaria; ellos marcaron ambos momentos históricos de ascenso con “declaraciones”... ¡contra las huelgas revolucionarias!! En *Novsky Golos* N.º 1, del 20 de mayo de 1912, el inolvidable y sin par V. Ezhov se rebeló contra el hecho de que las huelgas económicas fuesen “complicadas” con las políticas y viceversa, contra su “nocivo agrupamiento” (véase *Sotsial-Demokrat* N.º 27, p. 4).

En noviembre de 1912 el liquidacionista *Luch* se alzaba también contra las huelgas. Después trató de desviar hacia una “pista falsa” a los desatentos, refiriéndose a que también el grupo socialdemócrata estaba contra la huelga del 15 de noviembre. Pero quien se fije un tanto en el significado del episodio verá sin esfuerzo la artimaña de *Luch*.

Sí, el grupo socialdemócrata y el Comité de San Petersburgo consideraban inoportuna la huelga del 15 de noviembre³. Previnieron contra la huelga de ese día. La prensa obrera estaba obligada a informarlo así. Y *Luch* y *Pravda* lo hicieron.

Pero *Luch* hizo algo más.

Después del acontecimiento del 15 de noviembre (en que el participante más ardiente fue el propio distrito de Viborg, que hasta entonces había estado más que ningún otro ligado a los mencheviques), después de que el movimiento creció hasta adquirir dimensiones de manifestación el sagaz *Luch* publicó

3 El 15 de noviembre de 1912 se dio apertura a la cuarta Duma de Estado en medio de manifestaciones huelguísticas [NóE].

varios artículos (editorial del 17 y artículo del 21) clamando contra el "peligroso derroche de fuerzas"; declaraba en ellos que "si se utilizan las huelgas con frecuencia la gente dejará de simpatizar con ellas", lanzaba consignas como las de "Busquemos otro camino" y "Nada se ganará con tales explosiones" (17) y aullaba contra el "jugar a las huelgas".

Ese es el tipo de "filosofía" defendida por ustedes, liquidadores, muy familiar para los obreros de San Petersburgo, tanto por *Nesky Golz* como por los discursos de los miembros de su "grupo de iniciación", que les ha ganado el odio y el desprecio legítimos de parte de los trabajadores petersburgueses. Una huelga puede no tener éxito o desarrollarse en un momento poco oportuno. ¡Pero hablar de "jugar a las huelgas" ante uno de los mayores movimientos que se registran en el mundo, que ha llevado a la acción a casi un millón de proletarios, sólo es propio de liberales y contrarrevolucionarios!

Las huelgas frecuentes pueden agotar a los obreros. Es muy posible que entonces haya que recurrir a huelgas más breves y a manifestaciones mejor preparadas. ¡Pero el acontecimiento del 15 de noviembre fue notable precisamente como un nuevo paso adelante en el movimiento de manifestaciones!

En lugar de reconocer con honradez su error (pues se equivocaron manifestamente acerca del significado del 15 de noviembre), ustedes, los liquidadores, se dedican a hablar, como los más desvergonzados liberales, del "analfabetismo político" del llamamiento revolucionario, ustedes, ¡que no hacen más que repetir el abecé de la política liberal!

Que los obreros juzguen el valor de las melosas palabras de los liquidadores sobre su "unidad" con el Partido cuando, en una época de nacimiento y desarrollo de huelgas y manifestaciones revolucionarias, ¡se lanzan a luchar contra ellas, utilizando la prensa legal para denigrar los llamamientos ilegales!!

Pero hay una razón más profunda de la campaña de los liquidadores contra las huelgas. Los liquidadores son esclavos de los liberales. Y estos, en verdad, han comenzado a inquietarse ante la tenacidad de las huelgas revolucionarias. El fabricante "progresista" ha empezado a gruñir y aun a montar en cólera. Los Miliukov empiezan a temer que su "bloque" con Rodzianko sea perturbado.

La política liquidacionista sirve para someter a los obreros a los liberales. La política marxista eleva a los obreros al papel de dirigentes del *campesinado*. De esto no se puede hablar legalmente, señores liquidadores, pero hay que pensar en ello y decirlo a los que quieren ser socialdemócratas revolucionarios.

En la Europa libre, constitucional, las huelgas políticas están por ahora (hasta tanto empiece la revolución *socialista*) al servicio de la lucha por las reformas. En la Rusia zarista, esclava y asiática, que se acerca a su próxima revolución *democrático-burguesa*, las huelgas políticas son los únicos recursos serios para mover, sacudir, despertar y alzar a la lucha revolucionaria al *campesinado* y a la

mejor parte del ejército campesino! Ha pasado ya, felizmente para Rusia, la época en que nadie, salvo los heroicos *arabulúts* aislados, "iban al pueblo". Quedó atrás el tiempo en que los terroristas solitarios podían hablar de "despertar" al pueblo por medio del terrorismo. Rusia ha dejado atrás esos tiempos penosos. El proletariado revolucionario encontró por sí mismo en 1905 otro "camino al pueblo", otro medio para incorporar a las masas al movimiento.

Ese medio es la huelga revolucionaria, huelga tenaz que se desplaza de un lugar a otro, de un extremo a otro del país; es la huelga que se repite, que eleva a los rezagados a una nueva vida de lucha por las mejoras económicas; la huelga que estigmatiza y fustiga todo acto manifiesto de violencia, todos los abusos y crímenes del zarismo; la huelga demostrativa, que enarbola la bandera roja en las calles de las capitales, que lleva a la masa del pueblo, a las *muchedumbres*, la palabra y las consignas revolucionarias.

Esta huelga no es posible provocarla artificialmente, pero tampoco se la puede detener cuando empieza a abarcar a cientos y cientos de miles de hombres.

El liberal, enternecido porque lo han puesto en un sillón al lado del "propio" Rodzianko, puede decir a los obreros: "¡Hermanos, basta de estallidos, busquen otro camino, elijan el movimiento sindical pacífico, prepárense con seriedad para integrar un partido europeo abierto, no inciten al *mayak* a la rebelión, no malgasten su energía en las huelgas, porque de lo contrario perderán 'nuestra' simpatía!".

Los obreros sabrán valorar tales discursos y reconocerlos inclusive detrás del ropaje "casi marxista" con que los adorna cualquiera de los escritores de *Luch*.

Los obreros se concentrarán en apoyar, fortalecer, desarrollar y consolidar *deliberadamente* el crecimiento espontáneo de la huelga revolucionaria, a fin de preparar la insurrección de los campesinos y los soldados. Si las huelgas agotan a los obreros, estas deben llevarse a cabo intermitentemente, permitiendo que algunas de las fuerzas descansen mientras las que están descansadas o "frescas" se incorporan a la lucha. Hay que declarar huelgas más cortas. Es preciso sustituirlas a veces por manifestaciones. Pero lo principal es que las huelgas, los mítines y las manifestaciones se sucedan sin cesar, que todo el campesinado y los soldados conozcan la tenaz lucha de los obreros; que en el campo, hasta en los rincones más apartados, vean que en las ciudades reina la inquietud, que los *agrus* se han puesto de pie en una lucha a muerte por una vida mejor, por un mayor salario, por el cese de los abusos y la tiranía de las autoridades, por la entrega de las tierras de los terratenientes a los campesinos, por el derrocamiento de la monarquía terrateniente del Zar y por la república. Es preciso que la sorda cólera y las reprimidas quejas del campo, junto con la indignación en los cuarteles, encuentren un centro de atracción en la huelga revolucionaria de los obreros. Hay que trabajar sin descanso en ese sentido y entonces viviremos para ver el día en que el proletariado, unido al campesinado y al Ejército, derribe a los terratenientes y eche abajo la monarquía zarista en un levantamiento de todo el pueblo.

PD: *Luob* progresa: después del sencillo V. A. (N.º 56) viene el diplomático F. D. (N.º 65). Pero a pesar de la "diplomacia" el sentido de las frases de F. D. es el mismo: *contra* la huelga revolucionaria! Tenemos ante nosotros a un liberal de pura sangre a quien *ni siquiera se le ocurre* que las huelgas despiertan a los campesinos y los conducen a la insurrección, que las huelgas desarrollan la agitación *revolucionaria* entre las masas y despiertan al Ejército; que de las huelgas (cuando agotan a los obreros) hay que pasar a las manifestaciones callejeras, etcétera.

Las vulgares frases liberales de F. D. sobre la "lucha por el derecho a organizar" como "tarea inmediata" -reforma constitucional "a la orden del día" bajo Treschenkov!- son lo único que *Luob* esgrime para encubrir su lucha contra las huelgas revolucionarias. ¡No es suficiente, señores liquidadores!

COMUNICADO Y RESOLUCIONES DE LA REUNIÓN DE CRACOVIA DEL COMITÉ CENTRAL DEL POSDR CON FUNCIONARIOS DEL PARTIDO¹

Comunicado

En febrero de este año se realizó una reunión del CC del POSDR con funcionarios del Partido. Se logró asegurar la asistencia a la reunión de miembros de las organizaciones ilegales del Partido en San Petersburgo (cinco), región de Moscú (dos), el sur (dos), los Urales y el Cáucaso. Las organizaciones locales no pudieron realizar elecciones, por lo cual la reunión no se constituyó como conferencia. Algunos de los miembros del CC no pudieron asistir debido a medidas policiales.

Casi todos los participantes en la reunión habían desempeñado un papel muy destacado en varias sociedades obreras legales y en la utilización de las denominadas "posibilidades legales". De esta manera, la composición de la reunión aseguraba un cuadro exacto del conjunto del trabajo del Partido en todas las principales regiones de Rusia.

Se realizaron once sesiones y se elaboraron resoluciones (estrictamente reservadas²) sobre los siguientes puntos del orden del día: 1) Ascenso revolucionario, huelgas y tareas del Partido. 2) Construcción de la organización ilegal. 3) El grupo socialdemócrata de la Duma. 4) Prensa del Partido. 5) Campaña de seguros. 6) Actitud hacia el liquidacionismo. Problema de la unidad. 7) Organizaciones socialdemócratas no rusas³.

Las resoluciones fueron aprobadas por unanimidad, con la única excepción de la abstención de un camarada en dos cláusulas de la resolución sobre "seguros" y de otro sobre algunos aspectos de detalle de la resolución sobre los "no rusos".

Las resoluciones de la reunión, ratificadas por el CC, proporcionan un resumen de la experiencia del Partido y una línea orientadora en todos los problemas más importantes del trabajo socialdemócrata en la Rusia actual.

1 Publicado en febrero (n. calendario) de 1913 en folleto, editado en París por el Comité Central del POSDR.

La resolución "Sobre la reorganización y la actividad de la redacción del periódico *Pravda*" se publicó por primera vez en 1956 en la revista *История партии* N.º 11.

2 Las palabras que figuran entre paréntesis están tachadas en el manuscrito y no se incluyeron en el folleto por razones de ilegalidad [NdE].

3 En referencia a las distintas organizaciones socialdemócratas no gran rusas como el Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia y Lituania, los socialdemócratas letones, fineses, entre otras nacionalidades oprimidas por el Imperio zarista [NdE].

Una tarea de capital importancia para los socialdemócratas es la de tener sistemáticamente en cuenta la experiencia de 1912, porque fue un año de un gran e histórico viraje en el movimiento obrero de Rusia. No se trata sólo de que la decadencia y la dispersión han dejado paso a la reanimación. La clase obrera ha pasado en masa a la ofensiva contra los capitalistas y la monarquía zarista. La ola de huelgas económicas y políticas se ha elevado tanto que en ese sentido Rusia va *a la cabeza de todos* los países del mundo, aun de los más desarrollados.

Este hecho no será suficiente, se comprende, para que ningún obrero con conciencia de clase olvide lo mucho que los proletarios de los países libres nos aventajan en cuanto a organización y educación de clase de las masas. Pero este hecho ha demostrado que Rusia entró en un período de crecimiento de una *nueva revolución*.

Sobre la clase obrera recae la gran tarea de producir el despertar revolucionario de todas las masas democráticas y educarlas en la lucha, dirigir las para la poderosa ofensiva que proporcionará a Rusia la libertad y la república al destruir la monarquía de los Romanov. Máximo apoyo a la lucha revolucionaria abierta de las masas, organización, ampliación, profundización y fortalecimiento de esta: tal es la tarea esencial del momento. No es un socialdemócrata quien no lo ha comprendido así, quien no trabaja en organización, grupo o célula ilegales que sirven a la causa de la revolución.

El ascenso revolucionario del proletariado en 1912 fue el motor principal del cambio, reconocido por todos, que experimentó el estado de ánimo de los demócratas. Los socialdemócratas alcanzaron grandes triunfos en las elecciones a la cuarta Duma y en la creación de una prensa obrera legal que propague por lo menos los elementos básicos de la teoría marxista. El Gobierno zarista no pudo evitar estos éxitos única y exclusivamente porque la lucha revolucionaria abierta de las masas modificó toda la situación política y social. El POSDR, que prosigue su trabajo incesante, tenaz y sistemático de utilizar absolutamente todas las "posibilidades legales" —desde la tribuna de la Duma centurionegrista hasta una simple sociedad de templanza—, no olvida ni por un momento que sólo merece el elevado título de miembro del Partido quien de verdad realice su trabajo entre las masas en el espíritu de las resoluciones del Partido, meditadas y aprobadas desde el punto de vista de la revolución en ascenso y no según el punto de vista de la "legalidad" del 3 de junio. No rendimos ante el desorden y la dispersión que nos legó el período de 1908 a 1911, sino combatir contra ellos: tal es nuestra tarea. No seguir la corriente del legalismo caótico y sin principios, sino utilizar todas las posibilidades legales para agrupar gradualmente todos los elementos activos en torno del partido ilegal: tal es nuestra misión. Nada de paz con quienes abusan del legalismo

para sembrar el escepticismo y la indiferencia hacia la lucha revolucionaria de las masas o inclusive para entorpecerla abiertamente: tal es nuestra consigna.

No podemos garantizar la realización de nuestras reivindicaciones mediante su reducción, mediante el cercenamiento de nuestro programa, ni con la adopción de la táctica de atraerse a gente poco esclarecida con la engañosa consigna de fáciles reformas constitucionales bajo el zarismo ruso. No. Sólo podemos garantizarla con la educación de las masas en el espíritu de una democracia consecuente y de la conciencia de la falsedad de las ilusiones constitucionalistas. La garantía reside en la organización revolucionaria de la clase más avanzada, del proletariado, y en el gran entusiasmo revolucionario de las masas.

El período de desenfreno contrarrevolucionario nos dejó una herencia de desorganización y desorden ideológico, de dispersión orgánica en muchos centros del movimiento obrero, de métodos primitivos y de forzada desvinculación respecto del Partido, por parte de unos, a la vez que una actitud despectiva, y aun maliciosa, hacia la "clandestinidad", que conserva el legado de la revolución y elabora la táctica revolucionaria, por parte de otros. La defección de los liquidadores del Partido Socialdemócrata, su virtual aislamiento y en algunos lugares la desviación respecto de los principios socialdemócratas y la dispersión de las organizaciones socialdemócratas no rusas, todo ello agudizó al máximo la exigencia de *unidad*.

La unidad del proletariado socialdemócrata es condición necesaria de sus victorias.

La unidad del proletariado socialdemócrata es imposible sin la unidad de *un* partido, el POSDR.

Y aquí vemos en el acto que no se puede resolver el problema de esta unidad sin haber resuelto antes en los hechos, y no sólo de palabra, el de la necesidad de un partido ilegal. Quien habla de unidad y al mismo tiempo aboga por un "partido obrero abierto" se engaña y engaña a los obreros. Quien al hablar de la unidad finge que este problema puede ser resuelto, dilucidado o cuanto menos formulado dentro de los límites de la legalidad se engaña y engaña a los obreros.

No. No son las frases vacías sobre "unidad" en la prensa legal, ni es el acuerdo con los diversos grupitos de intelectuales que "tiran cada uno por su lado" ni la diplomacia de las negociaciones en el extranjero lo que puede solucionar el problema de la unidad, sino *sólo y exclusivamente la unidad* en las localidades, la *fusión* efectiva en una organización ilegal única de *todos* los obreros miembros del POSDR.

Los obreros ya han empezado por sí mismos, desde abajo, a resolver el problema de la unidad de la única manera seria y práctica en que esta puede lograrse. La reunión invita a todos los socialdemócratas a seguir el mismo camino.

Los obreros socialdemócratas restablecen en todas partes las organizaciones ilegales únicas del POSDR, en forma de células y comités de fábrica, de grupos de distrito, de centros urbanos, de grupos socialdemócratas en *toda* clase de instituciones legales, etc. Que todos los que no quieran condenarse al papel

de individuos impotentes se incorporen a esas organizaciones, donde el reconocimiento del partido ilegal y el apoyo a la lucha revolucionaria de las masas se llevan a cabo bajo el control de los propios obreros.

* * *

El período de dispersión toca a su fin. Ha llegado el momento de reunir nuestras fuerzas. Agrupémonos, pues, en las organizaciones ilegales del POSDR. Sus puertas no están cerradas para ningún socialdemócrata que desee trabajar en ellas, que desee ayudar a la organización del proletariado, a su lucha contra el capital, a la ofensiva revolucionaria que ha iniciado contra la monarquía zarista.

Con paso lento, pero seguro, madura en Rusia la crisis política nacional. El sistema del 3 de junio era el último intento de salvar la monarquía centurionegrista del Zar, un intento de renovarla mediante una alianza con las capas altas de la burguesía, y ese intento fracasó. Las nuevas fuerzas democráticas crecen y adquieren vigor, no día a día, sino hora a hora entre el campesinado y la burguesía urbana de Rusia. Con más rapidez que antes aumenta en el campo y la ciudad el número de proletarios, crecen su organización, su unidad, su seguridad de que nadie los puede vencer, reforzada por la experiencia de las huelgas de masas.

El POSDR, que organiza en un todo integral a los contingentes avanzados de este proletariado, debe conducirlo a las batallas revolucionarias en nombre de nuestras viejas reivindicaciones revolucionarias.

Comité Central del POSDR

Febrero de 1913.

Resoluciones

Ascenso revolucionario, huelgas y tareas del Partido

1. El hecho de mayor relieve en la historia del movimiento obrero de la revolución rusa en 1912 es el magnífico desarrollo de las luchas huelguísticas, tanto económicas como políticas, del proletariado. En las huelgas políticas han participado un millón de hombres.

2. Merece especial atención el carácter del movimiento huelguístico de 1912. Los obreros presentan en bastantes casos reivindicaciones económicas y políticas en forma simultánea; el período de huelgas económicas fue seguido por otro de huelgas políticas y viceversa. La lucha contra los capitalistas por recuperar las conquistas de 1905, que la contrarrevolución redujo a la nada, y la creciente carestía de la vida ponen en pie a más y más sectores de obreros, a los que plantean los problemas políticos en su forma más aguda. Todos estos tipos de

combinación y entrelazamiento de la lucha económica y política son condición y garantía de la potencia del movimiento y dan lugar a la huelga revolucionaria de masas.

3. El comienzo de los estallidos de descontento y los levantamientos en la Armada y el Ejército, que tuvieron lugar en 1912, estaba sin duda vinculado con las huelgas revolucionarias de masas de los obreros e indicaba un ascenso de la efervescencia y la indignación en grandes sectores de los demócratas, y en particular entre el campesinado, del que se nutren principalmente las tropas.

4. Todos estos hechos, combinados con el giro hacia la izquierda general en el país que se expresó en las elecciones a la cuarta Duma –a pesar de la descarada manipulación de estas por el centurionegrista Gobierno zarista–, mostraron fuera de toda duda que Rusia había entrado otra vez en un periodo de lucha revolucionaria abierta de las masas. La nueva revolución, de cuyo comienzo somos testigos, es resultado inevitable de la bancarrota de la política zarista del 3 de junio. Esta política no ha podido satisfacer ni siquiera a la gran burguesía, que dio las mayores muestras de servilismo. Las masas del pueblo están más sojuzgadas sobre todo en cuanto a las nacionalidades oprimidas; y el campesinado de nuevo se ha visto llevado a un estado en que millones y millones de seres padecen hambre.

5. En estas condiciones, las huelgas revolucionarias de masas son también de excepcional importancia porque constituyen uno de los medios más eficaces para superar la apatía, la desesperación y la desunión del proletariado rural y del campesinado, para despertarlos a la actividad política independiente e incorporarlos a acciones revolucionarias más coordinadas, simultáneas y amplias.

6. Las organizaciones del Partido, al ampliar e intensificar su agitación en favor de las reivindicaciones inmediatas del POSDR –república democrática, jornada de ocho horas y confiscación de todas las tierras de los terratenientes en beneficio de los campesinos–, deben tomar como principal objetivo de su actividad el total apoyo a las huelgas revolucionarias de masas, desarrollar y organizar todas las formas de acciones revolucionarias de las masas. En particular, es necesario plantear como tarea inmediata la organización de manifestaciones revolucionarias en las calles, tanto en combinación con las huelgas políticas como en forma de acciones independientes.

7. El empleo por algunos capitalistas del *lockout* (despidos en masa) contra los huelguistas plantea nuevas tareas a la clase obrera. Es necesario estudiar atentamente las condiciones económicas de la huelga en cada zona, en cada rama de la industria, en cada caso concreto, encontrar nuevas formas de lucha (por ejemplo, huelga italiana⁴) para hacer frente al *lockout* y reemplazar las huelgas políticas por mítines revolucionarios y manifestaciones callejeras revolucionarias.

8. Algunos órganos de la prensa legal, al margen por completo del criterio que les merezca tal o cual huelga, hacen agitación general contra las huelgas

4 Se refiere a la huelga de brazos caídos, en la que se paraliza el trabajo sin abandonar el puesto y la fábrica [Nde].

revolucionarias de masas. Esta agitación, además de la prensa liberal, la lleva a cabo, por ejemplo, el grupo de liquidadores de *Iskrah*, contrariando a un importante sector de los obreros que en una u otra forma apoyan a este periódico. Por esta razón, es tarea de todos los obreros socialdemócratas partidistas: 1) luchar enérgicamente contra este grupo; 2) explicar sistemática y perseverantemente a todos los obreros, sin distinción de tendencias, el daño que tal agitación ocasiona, y 3) unir a todas las fuerzas proletarias para seguir impulsando la agitación revolucionaria y las acciones revolucionarias de las masas.

Construcción de la organización ilegal

1. Al hacer un resumen del movimiento obrero y del trabajo del Partido en 1912 esta reunión estima que: la nueva ola que se inicia, de acciones revolucionarias de las masas, ha confirmado plenamente las decisiones anteriores del POSDR (y en particular las de la Conferencia de enero de 1912) en cuanto a la construcción del partido. La marcha del movimiento huelguístico en 1912, la campaña de los socialdemócratas para las elecciones a la cuarta Duma, la marcha de la campaña de seguros, etc., demuestran sin duda alguna que en la época que vivimos el único tipo correcto de estructura organizativa es un partido ilegal como suma de células partidarias rodeadas por una red de asociaciones obreras legales y semilegales.

2. Es absolutamente obligatorio adaptar las formas organizativas de la construcción ilegal a las condiciones locales. La diversidad de formas de protección de las células ilegales y la mayor flexibilidad posible en la adaptación de las formas de trabajo a las condiciones de vida locales y generales garantizan la vitalidad de la organización ilegal.

3. La principal tarea inmediata en el terreno de la labor organizativa es establecer en todas las empresas comités fabriles ilegales, exclusivamente partidarios, integrados por los elementos obreros más activos. El enorme ascenso del movimiento obrero crea condiciones en las que, en la inmensa mayoría de las localidades, resulta posible la reconstrucción de los comités del Partido en las fábricas y el fortalecimiento de los existentes.

4. La reunión señala que ahora se ha hecho esencial crear en cada centro una organización dirigente única a partir de los grupos locales ahora dispersos.

Como tipo de organización urbana tenemos, por ejemplo, en San Petersburgo, un comité urbano dirigente, que se constituyó combinando el principio de elección por células de distrito y el de cooptación.

Este tipo de organización permite establecer los vínculos más estrechos y directos entre el órgano dirigente y las células de base, a la vez que se crea un órgano ejecutivo pequeño, ágil y particularmente conspirativo, autorizado para actuar en todo momento en nombre de toda la organización.

La reunión recomienda este mismo tipo también para los otros centros del movimiento obrero, con las modificaciones que impongan las condiciones de vida locales.

5. Con vistas a establecer estrechos vínculos entre las organizaciones locales y el CC, y también para orientar y unificar el trabajo del Partido, la reunión considera imperativo organizar centros regionales en las principales zonas del movimiento obrero.

6. Se propone implantar un sistema de representantes autorizados, como factor práctico de suma importancia a fin de establecer un vínculo permanente, vivo, entre el CC y los grupos socialdemócratas locales, y también para crear formas flexibles de dirección del trabajo local en los grandes centros del movimiento obrero. Los representantes deben ser reclutados entre los obreros encargados del trabajo local. Sólo los obreros avanzados pueden por sí mismos fortalecer y consolidar el aparato central del Partido en el plano local y en toda Rusia.

7. La reunión expresa el deseo de que el CC organice, con la mayor frecuencia posible, conferencias con los funcionarios locales del Partido que trabajan en los distintos sectores de la labor socialdemócrata.

8. La reunión subraya las repetidas decisiones del Partido en el sentido de que el partido obrero no puede subsistir de otro modo que con cuotas regulares y contribuciones de los obreros. Sin tales contribuciones es absolutamente imposible la existencia de la más modesta institución central (local y de toda Rusia) del Partido y menos en las condiciones actuales.

9. (No debe ser publicado).

El grupo socialdemócrata de la Duma

1. La reunión señala que, a pesar de inauditas persecuciones y de la falsificación de que las elecciones fueron objeto por parte del Gobierno, y a pesar del bloque centurionegrista y liberal contra los socialdemócratas, que en muchos lugares adquirió un carácter muy definido, el POSDR obtuvo enormes victorias en las elecciones a la cuarta Duma. Fue casi general el aumento de votos en favor de los socialdemócratas en la segunda curia urbana, que están arrancando cada vez más de manos de los liberales. Y en la curia obrera, la más importante para nuestro partido, el POSDR conservó su dominio absoluto; la clase obrera, al elegir únicamente a diputados bolcheviques en la curia, subrayó con singular unanimidad su fidelidad inquebrantable al viejo POSDR y a sus legados revolucionarios.

2. La reunión saluda la vigorosa actividad de los diputados socialdemócratas en la cuarta Duma, labor que encontró expresión en sus discursos, interpelaciones y lectura de declaraciones, que en líneas generales expresaron con acierto los principios fundamentales de la socialdemocracia.

3. La reunión reconoce como única correcta la tradición establecida en nuestro partido en virtud de la cual el grupo socialdemócrata en la Duma es un cuerpo subordinado al Partido en su conjunto, representado por sus organismos centrales; por ello estima que, en interés de la educación política de la clase obrera y de la correcta organización del trabajo del Partido en la Duma, se debe prestar especial atención a cada paso del grupo socialdemócrata en la Duma, para ejercer así el control del Partido sobre el grupo.

4. La reunión no puede dejar de ver una directa violación del deber partidario en la resolución adoptada por el grupo socialdemócrata acerca de Jagiello. Esta resolución respalda la medida divisionista del *Bund*, que entró en un acuerdo con un partido no socialdemócrata (el PSP⁶) contra los socialdemócratas polacos y eligió la candidatura de Jagiello, no socialdemócrata, en oposición a todos los electores socialdemócratas, que estaban en mayoría en el colegio electoral obrero. El grupo acentuó así la división entre los obreros de Polonia y obstaculizó la causa de la unidad en el Partido en su conjunto.

5. La defensa hecha por el camarada Chjenkeli, en nombre del grupo, de la autonomía nacional cultural, presentada como "establecimiento de las instituciones necesarias para el libre desarrollo de cada nacionalidad" es una violación directa del programa del Partido. El II Congreso del Partido, que aprobó el programa, rechazó, en una votación especial, una formulación idéntica. Las concesiones al sentimiento nacionalista, aun en esa forma disimulada, son intolerables para un partido proletario.

6. La votación del grupo socialdemócrata en favor de la moción progresista (en realidad octubrista) de procedimiento en cuanto a la declaración ministerial, en vez de presentar una fórmula socialdemócrata independiente, es una negligencia que debe ser señalada por el partido en vista de los maliciosos comentarios de la prensa liberal.

7, 8 y 9. (No deben ser publicados.)

Literatura ilegal

Luego de analizar la necesidad de impulsar por todos los medios las publicaciones ilegales y de elaborar una cantidad de indicaciones concretas sobre este punto, la reunión llama con insistencia a todas las organizaciones locales del Partido, a todas las células obreras y a los obreros individualmente a manifestar una mayor iniciativa e independencia en cuanto se refiere al transporte y a los contactos con el Buró del Comité Central para la distribución de la literatura ilegal.

⁶ Partido Socialista polaco; formación nacionalista y populista que actuaba en las distintas provincias en que estaba dividida Polonia [NdE].

Campaña de seguros

Después de comprobar que la clase obrera y su partido, a pesar de todas las persecuciones, han desplegado una gran energía en defensa de los intereses proletarios en relación con la introducción de la ley de seguros, la reunión estima que:

1. Es necesario desarrollar la lucha más enérgica y unida contra los intentos del Gobierno y de los capitalistas para obligar a los obreros a elegir a ciegas, sin permitir asambleas obreras, sus delegados a las cajas de asistencia médica.

2. A pesar de la prohibición, los obreros *deben* realizar en todas partes asambleas espontáneas para la elección preliminar de sus candidatos a delegados.

3. Los obreros deben organizar mítines revolucionarios de protesta contra la violencia y los abusos que acompañan la introducción de las leyes de seguros.

4. En todos los casos es necesario preparar previamente las listas de candidatos a delegados con los obreros socialdemócratas que gocen de mayor influencia y apoyar por unanimidad estas listas allí donde no se haya conseguido realizar asambleas.

5. La reunión considera inconveniente y perjudicial el boicot a las elecciones de delegados. Los principales esfuerzos de los capitalistas tienden ahora a impedir que los obreros tengan ascendiente en ciertos núcleos proletarios de fábrica como deberían llegar a ser las cajas de asistencia médica. Un boicot, que en estos momentos desuniría a los obreros, no haría más que favorecer esos esfuerzos de los capitalistas.

6. La lucha por la adecuada elección de delegados a las cajas de asistencia médica no debe interrumpirse ni por un instante. Por todos los medios, con todas las fuerzas, aprovechando cualquier oportunidad favorable y sin permitir que los patrones se sientan seguros ni un instante en lo que respecta a la marcha normal de la producción, y ampliando y desarrollando la lucha de los obreros, no se debe olvidar la necesidad de que la lista socialdemócrata sea aprobada a pesar de todos los obstáculos. Las elecciones no excluyen el desarrollo posterior de la lucha. Al contrario, con la elección de socialdemócratas obreros firmes como delegados facilitaremos la lucha posterior por elecciones justas, en la cual los delegados prestarán todo su apoyo a los obreros.

7. Donde quiera que las elecciones se lleven a cabo sin asambleas es necesario agitar en favor de la reelección de los delegados, elecciones auténticamente libres, con los obreros realizando asambleas por todos los medios posibles.

8. El grupo socialdemócrata debe presentar inmediatamente en la Duma una nueva interpelación acerca de la prohibición de las reuniones electorales obreras.

9. Toda la agitación relacionada con la introducción de los seguros tiene que ser combinada estrechamente con una descripción de la situación general de la Rusia zarista, explicando nuestros principios socialistas y nuestras reivindicaciones revolucionarias.

Actitud hacia el liquidacionismo y la unidad

Los cuatro años de lucha del Partido contra el liquidacionismo han demostrado toda la razón que asistía a la Conferencia del POSDR de diciembre de 1908, cuando lo definía con las siguientes palabras:

1. Un intento por parte de un grupo de intelectuales del Partido de liquidar la organización existente del POSDR y reemplazarla por una agrupación indefinida que sea legal a costa de cualquier cosa, aun al precio de la renuncia total al programa, la táctica y las tradiciones del Partido.

Por consiguiente, se condena a los liquidadores, no porque planteen la necesidad del trabajo legal, sino por renunciar al partido ilegal y destruirlo.

La fundación del primer diario obrero marxista en Rusia y la elección únicamente de diputados bolcheviques en la curia obrera demuestran fuera de toda duda que el Partido ha sabido adaptarse a la actividad legal, desplazando a los liquidadores.

2. Al retirarse del partido ilegal y agruparse al margen de sus organizaciones locales los liquidadores produjeron una división, que confirmaron con la creación, en algunas localidades, en especial en San Petersburgo, de los llamados grupos de iniciación. La Conferencia de enero de 1912 del POSDR que decidió que el grupo liquidacionista de colaboradores de *Nasha Zarya* y *Dielo Zhizni*, núcleo de los grupos de iniciación, "se había colocado definitivamente al margen del Partido" no hizo otra cosa que dejar constancia de la división efectuada por los liquidadores.

3. La Conferencia de agosto de 1912, que se denominó "conferencia de las organizaciones del POSDR", demostró ser en realidad una conferencia liquidacionista, puesto que su sección principal y dirigente era el grupo literario de liquidadores, que se habían alejado del Partido y divorciado de las masas de obreros rusos.

4. La fidelidad al partido ilegal de la inmensa mayoría de los obreros avanzados obligó a la Conferencia de agosto a hacer aparentes concesiones al espíritu de partido y a reconocer, supuestamente, al partido ilegal. Pero en realidad todas las resoluciones de esta conferencia estaban impregnadas en absoluto por el liquidacionismo e inmediatamente después de ella *Nasha Zarya* y *Luch*, que declararon su adhesión a las resoluciones de agosto, intensificaron su propaganda liquidacionista:

- a) por un partido abierto;
- b) contra la clandestinidad;
- c) contra el programa del Partido (defensa de la autonomía nacional cultural, revisión de las leyes agrarias aprobadas por la tercera Duma, desplazamiento a un segundo plano de la consigna de la república, etc.);
- d) contra las huelgas revolucionarias de masas;
- e) por una táctica reformista, exclusivamente legalista.

Por eso sigue siendo tarea del Partido la lucha enérgica contra el grupo liquidacionista de *Nasha Zarya* y *Luch*, y la explicación a las masas obreras del profundo daño que representa su propaganda.

5. Siempre que se reconozca la organización ilegal del POSDR y se ingrese en ella, la unidad de los obreros socialdemócratas de todos los matices y tendencias es una necesidad absoluta, dictada por todos los intereses del movimiento obrero.

La unificación de acuerdo con tales principios ya se ha llevado a cabo en la organización del distrito de Narva, San Petersburgo, y en una serie de organizaciones provinciales.

6. La reunión apoya con toda energía esa unificación y recomienda que se inicie enseguida, por abajo, en los comités de fábrica, grupos de distrito, etc., debiendo comprobar los camaradas obreros si de verdad se lleva a la práctica el reconocimiento de la organización ilegal y la disposición de apoyar la lucha revolucionaria de las masas y la táctica revolucionaria. Sólo en la medida en que se logre en los hechos esta unidad por abajo se alcanzará la unificación final del Partido y la total consolidación de la unidad en toda Rusia.

Las organizaciones socialdemócratas no rusas

1. La experiencia de 1912 confirmó por entero lo acertado de la decisión aprobada en la Conferencia del POSDR (enero de 1912) sobre este problema. El apoyo prestado por el *Bund* a la candidatura de Jagiello, un no socialdemócrata, contra los socialdemócratas polacos, y la violación del programa del Partido en favor del nacionalismo por la conferencia de los liquidadores, el *Bund* y los socialdemócratas letones (agosto de 1912) revelaron con singular claridad la total bancarrota de los principios federalistas en la organización del Partido Socialdemócrata y el profundo daño que hace a la causa proletaria el aislamiento de las organizaciones socialdemócratas no rusas.

2. Por eso la reunión llama con insistencia a los obreros de todas las nacionalidades de Rusia a rechazar en la forma más decidida el nacionalismo militante de los reaccionarios, a combatir todas las manifestaciones del espíritu nacionalista entre las masas trabajadoras; y llama a los obreros socialdemócratas a la más estrecha solidaridad y a unirse en organizaciones integrales del POSDR, que trabajen en todos los idiomas del proletariado local y logren la verdadera unidad por abajo, tal como desde hace tiempo se ha hecho en el Cáucaso.

3. La reunión expresa su profundo pesar por la división existente en las filas de los socialdemócratas polacos, que debilita extraordinariamente la lucha de los obreros socialdemócratas de Polonia. La reunión se ve obligada a declarar que la Dirección principal de los socialdemócratas polacos, que no representa en estos momentos a la mayoría de las organizaciones socialdemócratas del

proletariado polaco, recurre a métodos inadmisibles en la lucha contra esa mayoría (por ejemplo, la sospecha infundada de que existía provocación en toda la organización de Varsovia). La reunión llama a todas las organizaciones del Partido que mantienen contacto con los obreros socialdemócratas polacos a que ayuden a establecer una auténtica unidad entre estos.

4. La reunión señala en particular el extremo oportunismo y liquidacionismo de las decisiones aprobadas por la última (IX) conferencia del *Bund*, que retiró la consigna de una república, relegó a segundo plano el trabajo ilegal y olvidó las tareas revolucionarias del proletariado. Es igualmente reprehensible la resistencia del *Bund* a la unificación de todos los socialdemócratas obreros en el plano local (en Varsovia, Lodz, Vilna, etc.), unificación en la que, desde 1906, tantas veces insistió el POSDR en sus congresos y conferencias.

5. La reunión saluda a los socialdemócratas obreros revolucionarios de la organización letona, que llevan a cabo una tenaz propaganda contra el liquidacionismo, y expresa su pesar por el hecho de que el CC de los socialdemócratas letones se incline a apoyar los pasos antipartidistas de los liquidadores.

6. La reunión expresa la firme convicción de que el ascenso revolucionario que ha comenzado, las huelgas económicas y políticas de masas, las manifestaciones callejeras y otras formas de lucha revolucionaria abierta de las masas ayudarán a la completa unión y fusión de los socialdemócratas obreros en el plano local, sin distinción de nacionalidades, con lo cual fortalecerá la ofensiva contra el zarismo, que oprime a todos los pueblos de Rusia, y contra la burguesía de todas las naciones de Rusia, que está en proceso de unificación.

La reorganización y la actividad de la redacción del periódico *Pravda*

1. La redacción adolece de insuficiente espíritu de partido. Se recomienda con insistencia a la redacción que observe y cumpla más rigurosamente todas las resoluciones del Partido. Es obligatorio que la actividad sea legal.

El CC toma medidas para reorganizar la redacción.

2. La redacción publica pocos materiales sobre la vida partidaria de los obreros socialdemócratas de San Petersburgo. Es imprescindible que se informe sobre las resoluciones del Partido o se las mencione ajustándose a las formas legales.

3. La redacción debe prestar mayor atención a explicar lo erróneo y pernicioso del liquidacionismo en general y de la propaganda de *Luch* en particular.

4. La redacción debe prestar más atención a la propaganda en favor de suscripciones y colectas entre los obreros.

5. El grupo de diputados bolcheviques debe formar parte del consejo de redacción ampliado y participar de modo sistemático y consecuente en la labor de redacción y administración.

6. La redacción debe adoptar una actitud especialmente cauta con respecto a sus colaboradores procedentes de *Period*, para no dificultar la incipiente vinculación y para impedir que se siga una línea errónea en materia de principios.

7. Es necesario dedicar todos los esfuerzos a reducir los gastos de edición y a crear un consejo directivo restringido (que se encargue de todo) en el que necesariamente se incluirá por lo menos a un representante de los seis⁶.

Es preciso organizar también otro consejo directivo (comisión administrativa), con participación obligatoria de uno de los seis, para atender todo lo relacionado con la administración.

8. Los artículos cuya publicación el CC considere obligatoria deben insertarse inmediatamente (con una firma convenida).

9. Es preciso resguardar el carácter legal del periódico e incorporar a una colaboración activa —tanto en el aspecto de redacción como en el de difusión— a las sociedades obreras, sindicatos, comités, grupos y algunas personas de San Petersburgo y de las provincias.

10. Apoyar la iniciativa del grupo de socialdemócratas petersburgueses en cuanto a la edición de un órgano sindical general, de tendencia antiliquidacionista, y verificar cuidadosamente cómo se organiza.

11. Tomar medidas para coordinar la labor de redacción y administración del periódico y la revista.

12. Es preciso iniciar con toda energía la organización de un diario obrero en Moscú como sección del de San Petersburgo. Para ello habrá que vincular orgánicamente al grupo moscovita con los tres diputados de la región de Moscú.

6 En referencia a los seis diputados bolcheviques de la cuarta Duma [NdE].

LA BANCARROTA DE LA II INTERNACIONAL¹

Por bancarrota de la Internacional se entiende a veces simplemente el aspecto formal de la cuestión, la interrupción de las comunicaciones internacionales entre los partidos socialistas de los países beligerantes, la imposibilidad de reunir una conferencia internacional o el Buró Socialista Internacional, etc. Ese es el punto de vista sustentado por algunos socialistas de los pequeños países neutrales, probablemente incluso por la mayoría de los partidos oficiales de esos países y también por los oportunistas y sus defensores. Con una franqueza que merece profunda gratitud, esta posición fue defendida en la prensa rusa por el señor V. Kosovsky en el número 8 del *Informatsionni Listok*, cuyos editores no dijeron nada que indicara desacuerdo con el autor. Esperemos que la defensa del nacionalismo por parte del señor Kosovsky, en la que fue tan lejos como para justificar a los socialdemócratas alemanes que votaron los créditos de guerra, ayude a muchos trabajadores a darse cuenta finalmente del carácter nacionalista burgués del Bund.

Para los obreros políticamente conscientes el socialismo es una convicción profunda y no una cómoda pantalla para ocultar aspiraciones conciliadoras pequeñoburguesas y de oposición nacionalista. La bancarrota de la Internacional es para ellos la vergonzosa traición a sus convicciones por parte de la mayoría de los partidos socialdemócratas oficiales, traición a las solemnes declaraciones que contenían los discursos pronunciados en los congresos internacionales de Stuttgart y Basilea y las resoluciones de estos congresos, etc. Sólo pueden dejar de ver esta traición aquellos que *no quieren* verla o no les resulta ventajoso verla. Si formulamos el problema de manera científica, es decir, desde el punto de vista de las relaciones entre las clases de la sociedad contemporánea, deberemos decir que la mayoría de los partidos socialdemócratas, encabezados en primer lugar por el partido más grande e influyente de la II Internacional, el partido alemán, se han puesto de parte de sus Estados Mayores, de sus Gobiernos y de sus burguesías, contra el proletariado. Es éste un acontecimiento de importancia histórica universal e, inevitablemente, tendremos que detenernos para poder analizarlo de la manera más exhaustiva posible. Desde hace tiempo se reconoce que las guerras, con todos los horrores y las calamidades que entrañan, traen al menos un beneficio más o menos importante porque revelan, desenmascaran y destruyen sin piedad mucho de lo que está descompuesto, caduco, atrofiado en las instituciones humanas. La guerra europea de

¹ Publicado en 1915 en la revista *Kommunist* N.º 1-2.

1914-1915 ha empezado también a traer indudables beneficios a la humanidad al mostrar a la clase avanzada de los países civilizados que en sus partidos ha madurado un repulsivo absceso purulento y que un hedor insoportablemente pútrido proviene de alguna fuente.

I

¿Es un hecho o no que los principales partidos socialistas de Europa han traicionado todas sus convicciones y tareas? Claro está que de ello no gustan hablar ni los propios traidores, ni los que saben a ciencia cierta –o conjeturan– que tendrán que ser tolerantes y amigables con ellos. Sin embargo, por desagradable que pueda ser para las diversas “autoridades” de la II Internacional o para aquellos de los socialdemócratas de Rusia que piensan como ellos, debemos mirar las cosas cara a cara, llamarlas por su nombre y decir a los obreros la verdad.

¿Existen hechos que muestren cómo los partidos socialistas veían sus tareas y su táctica antes de la actual guerra y anticipándose a ella? Existen, sin duda alguna. Está la resolución del Congreso Socialista Internacional de Basilea de 1912, que reproducimos –junto con la resolución del Congreso Socialdemócrata alemán que se reunió el mismo año en Chemnitz– como recordatorio de las “palabras olvidadas” del socialismo. Esta resolución, que resume la abundantísima literatura de propaganda y agitación que contra la guerra apareció en todos los países, constituye la exposición más precisa y completa, más solemne y formal de las concepciones socialistas sobre la guerra y la táctica respecto de ella. No se puede dejar de calificar como traición el hecho de que ninguna de las personalidades de ayer de la Internacional y del socialchovinismo de hoy, ni Hyndman, ni Guesde, ni Kautsky, ni Plejanov se atrevan a recordar a sus lectores esta resolución. Guardan silencio sobre ella o (como Kautsky) mencionan pasajes de secundaria importancia, dejando de lado todo lo que es realmente significativo. Por un lado, las resoluciones más “izquierdistas” y archirrevolucionarias, y, por el otro, el olvido más desvergonzado o la renuncia a ellas; esta es una de las manifestaciones más llamativas de la bancarrota de la Internacional y a la vez una de las pruebas más palpables de que en la actualidad sólo la gente cuya rara sencillez linda con el deseo astuto de perpetuar la antigua hipocresía puede creer que el socialismo puede ser “corregido” y “su línea rectificada” únicamente por medio de resoluciones.

Apenas ayer, se podría decir, cuando ante la guerra Hyndman giró hacia la defensa del imperialismo, todos los socialistas “respetables” lo consideraron un maniático desequilibrado de quien nadie hablaba sino con desprecio. Ahora, en cambio, los dirigentes socialdemócratas más destacados de todos los países han caído por completo en las posiciones de Hyndman y se diferencian entre

sí sólo por los matices y el temperamento. Somos incapaces de encontrar una expresión parlamentaria más o menos adecuada para evaluar o caracterizar la audacia cívica de hombres como, por ejemplo, los colaboradores de *Nash-Sleso* cuando escriben en tono despectivo sobre el "señor" Hyndman, mientras hablan –o no dicen nada– sobre el "camarada" Kautsky con deferencia (¿o servilismo?). ¿Es que puede conciliarse esta actitud con el respeto al socialismo y, en general, a las propias convicciones? Si están convencidos de que el chovinismo de Hyndman es falso y destructivo, ¿no sería mejor dirigir la crítica y los ataques contra el defensor *más influyente* y más peligroso de esas concepciones, contra Kautsky?

Quizá quien ha expuesto con mayor detalle en los últimos tiempos las ideas de Guesde es un partidario suyo, Charles Dumas, en su folleto *La paz que deseamos*. Este "jefe del gabinete de Jules Guesde" –así firma en la portada del folleto– "cita" por supuesto las anteriores declaraciones patrióticas de los socialistas (como lo hace también con declaraciones análogas el socialchovinista alemán David en su último folleto sobre la defensa de la patria), pero no se refiere al Manifiesto de Basilea! Sobre el cual también calla Plejanov, al tiempo que con aire de extraordinaria suficiencia pronuncia trivialidades chovinistas. Kautsky procede como Plejanov: al citar el Manifiesto de Basilea, *omite* todos los pasajes revolucionarios (es decir, *su* contenido esencial!), probablemente con el pretexto de que los prohíbe la censura... ¡La Policía y las autoridades militares, cuya censura prohíbe cualquier referencia a la lucha de clases o la revolución, han ayudado "oportunamente" a los traidores al socialismo!

¿Pero tal vez el Manifiesto de Basilea es algo así como un llamamiento vacío, sin contenido preciso alguno, ni histórico ni táctico, con una influencia directa en la actual guerra concreta?

Muy por el contrario. En la resolución de Basilea hay menos declamación vana y más contenido concreto que en otras. La resolución de Basilea habla de esa *misma* guerra que sobrevino, de esos mismos conflictos *imperialistas* que estallaron en 1914-1915. En previsión precisamente de la guerra actual, la resolución de Basilea habla de los conflictos por los Balcanes entre Austria y Serbia, por Albania entre Austria e Italia, etc.; entre Inglaterra y Alemania por los mercados y las colonias en general, de Rusia con Turquía y demás por Armenia y Constantinopla. Todo esto es lo que la resolución de Basilea dice anticipando la presente guerra. Se sigue de aquella resolución que la *presente* guerra entre "las grandes potencias de Europa" "no puede ser justificada con el pretexto menor de estar entre los más insignificantes intereses del pueblo".

Y si ahora Plejanov y Kautsky –tomamos a los dos socialistas prestigiosos más típicos y que nos son bien conocidos porque escriben en ruso o porque son traducidos al ruso por los liquidadores– buscan (con la ayuda de Axelrod) diversas "justificaciones populares" a la guerra (o, mejor dicho, vulgares y corrientes, tomadas de la prensa sensacionalista burguesa); si con aire doctoral y acumulación de falsas citas de Marx se remiten a los "precedentes", a

las guerras de 1813² y de 1870³ (Plejanov) o a las de 1854-1871, 1876-1877 y 1897 (Kautsky), ¡en verdad sólo la gente que carece de la menor sombra de convicciones socialistas, sin una pizca de conciencia socialista puede tomar "en serio" semejantes argumentos, no calificarlos de jesuitismo inaudito, de hipocresía y prostitución del socialismo! Dejemos que la dirección del partido alemán (*Vorstaud*) maldiga la nueva revista de Mehring y Rosa Luxemburg (*Die Internationale*) por su sincera crítica de Kautsky; dejemos que Vandervelde, Plejanov, Hyndman y Cia., con la ayuda de la Policía de la "Triple Entente", hagan lo mismo con sus adversarios. Nosotros responderemos simplemente reimprimiendo el Manifiesto de Basilea que denuncia este viraje de los dirigentes, al que no puede darse otro nombre que el de traición.

La resolución de Basilea no habla de la guerra nacional, ni de la guerra del pueblo, de las que hubo ejemplos en Europa y que inclusive fueron típicas del período de 1789-1871; no habla de la guerra revolucionaria —a la que nunca han renunciado los socialdemócratas—, sino de la guerra *actual*, que se da en el terreno del "imperialismo capitalista" y de los "intereses dinásticos", en el terreno de la "política de conquista" de *ambos* grupos de potencias beligerantes, tanto del austro-alemán como del anglo-franco-ruso. Plejanov, Kautsky y Cia. engañan notoriamente a los obreros cuando repiten la interesada mentira de la burguesía de todos los países, que se desvive por presentar esta guerra imperialista, colonial y de rapiña como una guerra del pueblo, una guerra defensiva (para quienquiera que sea), cuando buscan ejemplos históricos de guerras no imperialistas para justificar esta guerra.

El problema del carácter imperialista, expoliador y antiproletario de esta guerra ha salido hace ya tiempo del plano puramente teórico. No sólo teóricamente ha sido valorado ya el imperialismo en todos sus rasgos principales como una lucha de la burguesía agonizante, decrepita y corrupta por el reparto del mundo y la esclavización de las "pequeñas" naciones; no sólo se han repetido miles de veces estas conclusiones en las innumerables publicaciones periódicas de los socialistas de *todos* los países; no sólo el francés Delaisi, por ejemplo, representante de una nación "aliada" con respecto a nuestro país, en su folleto *La guerra que se avecina* (jun 1911) explicó de manera popular el carácter expoliador de la guerra actual, también con referencia a la burguesía francesa. Hay más todavía. Los representantes de los partidos proletarios de todos los países expresaron en Basilea, unánime y formalmente, su convicción inquebrantable de que la guerra que se avecinaba tendría precisamente carácter imperialista y de ello sacaron conclusiones *tácticas*. Por esta razón, entre otras, debemos rechazar de plano por tratarse de un sofisma toda referencia a una incorrecta discusión sobre la diferencia entre la táctica nacional y la

2 En referencia a la guerra que enfrentó a las fuerzas napoleónicas contra Rusia, Prusia, Austria y Suecia [NdE].

3 Se refiere a la guerra de 1870 iniciada por Luis Bonaparte, emperador de Francia, contra Alemania. De la derrota de Francia en la misma surgió la Comuna de París de 1871 [NdE].

internacional (véase la última entrevista de Axelrod en los números 87 y 90 de *Nishe Slovo*), etc., etc. Esto es sofistería, pues una cosa es el estudio científico exhaustivo del imperialismo — estudio que no hace más que comenzar y que, por su naturaleza, es tan infinito como la ciencia misma— y otra cosa son los principios de la táctica socialista contra el imperialismo capitalista, los cuales han sido expuestos en los millones de ejemplares de los periódicos socialdemócratas y en la resolución de la Internacional. Los partidos socialistas no son clubes de discusión, sino organizaciones del proletariado en lucha, y cuando varios batallones se han pasado al enemigo hay que llamarlos traidores, mancillándolos con ello, sin dejarse “atrapar” por discursos hipócritas acerca de que “no todos” comprenden “de igual manera” el imperialismo; de que, por ejemplo, el chovinista Kautsky y el chovinista Cunow son capaces de escribir tomos enteros sobre esto; que el problema “no está suficientemente discutido”, etc., etc. El capitalismo *nunca* será estudiado *hasta el fin* en *toda* las manifestaciones de su esencia expoliadora y en todas las pequeñas ramificaciones de su desarrollo histórico y de sus peculiaridades nacionales; los eruditos (y sobre todo los pedantes) nunca dejarán de discutir sobre las cuestiones de detalle. Sería ridículo renunciar, “basándose en ello”, a la lucha socialista contra el capitalismo, no oponerse a quienes traicionaron esta lucha. Ahora bien, ¿qué otra cosa nos proponen Kautsky, Cunow, Axelrod y otros?

¡Pues nadie ha intentado siquiera hoy, después de iniciada la guerra, analizar la resolución de Basilea y mostrar que no es justa!

II

¿O quizá los socialistas sinceros apoyaron la resolución de Basilea pensando que la guerra crearía una situación revolucionaria, mientras que los acontecimientos refutaron sus previsiones y la revolución resultó imposible?

Es con esta sofistería precisamente que Cunow (en su folleto *¿Bancarrota del partido?* y en una serie de artículos) trata de justificar su desertión hacia el campo de la burguesía, y bajo la forma de alusiones encontramos “argumentos” parecidos en casi todos los socialchovinistas, con Kautsky a la cabeza. Las esperanzas en la revolución probaron ser ilusorias y los marxistas no se dedican a luchar por ilusiones, argumenta Cunow, este discípulo de Struve que, además, no dice palabra sobre las “ilusiones” de cuantos suscribieron el Manifiesto de Basilea, sino que, como hombre de acrisolada generosidad, trata de descargar la culpa sobre representantes de la extrema izquierda tales como Pannekoek y Radek!

Examinemos a fondo el argumento de que los autores del Manifiesto de Basilea suponían sinceramente que estallaría la revolución, pero que los acontecimientos los desmintieron. El Manifiesto de Basilea dice: 1) que la guerra provocará una crisis económica y política; 2) que los obreros condenarán su participación en la guerra como un crimen; que considerarán criminal “disparar

unos contra otros en beneficio de los capitalistas, en aras de las ambiciones dinásticas, en aras del cumplimiento de los acuerdos diplomáticos secretos"; que la guerra despierta en los obreros "cólera e indignación"; 3) que es deber de los socialistas aprovechar esta crisis y esta disposición de los obreros para "estimular al pueblo y precipitar el hundimiento del capitalismo"; 4) todos los "Gobiernos" —sin excepción— pueden desencadenar la guerra solamente "corriendo riesgo ellos mismos"; 5) que los Gobiernos "temen la revolución proletaria"; 6) que los Gobiernos "harían bien en recordar" la Comuna de París (es decir, la guerra civil), la revolución de 1905 en Rusia, etc. Todas estas ideas son perfectamente claras; no son una *garantía* de que la revolución tendrá lugar, pero ellas subrayan una caracterización exacta de los *hechos* y de las *tendencias*. Quien manifieste, a propósito de estas ideas y argumentos, que la revolución anticipada probó ser ilusoria, está demostrando, no una actitud marxista hacia la revolución, sino estruivista, propia de policías renegados.

Para un marxista es indiscutible que una revolución es imposible sin una situación revolucionaria, aunque no toda situación revolucionaria conduce a la revolución. ¿Cuáles son, en términos generales, los síntomas distintivos de una situación revolucionaria? Estamos seguros de no equivocarnos cuando señalamos los siguientes tres síntomas principales: 1) cuando es imposible para las clases gobernantes mantener su dominación sin ningún cambio; cuando hay una crisis, en una u otra forma, entre las "clases altas", una crisis en la política de la clase dominante, que abre una hendidura por la que irrumpen el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que estalle la revolución no basta, por lo general, que "los de abajo no quieran" vivir como antes, sino que también es necesario que "los de arriba no puedan vivir" como hasta entonces; 2) cuando los sufrimientos y las necesidades de las clases oprimidas se han hecho más agudos que habitualmente; 3) cuando, como consecuencia de las causas mencionadas, hay una considerable intensificación de la actividad de las masas, las cuales en tiempos "pacíficos" se dejan expoliar sin quejas, pero que en tiempos agitados son arrojadas, tanto por todas las circunstancias de la crisis como por las mismas "clases altas", a la acción histórica independiente.

Sin estos cambios objetivos, que son independientes de la voluntad, no sólo de determinados grupos y partidos sino también de la voluntad de determinadas clases, una revolución es, por regla general, imposible. El conjunto de estos cambios objetivos es precisamente lo que se llama situación revolucionaria. Tal situación existió en Rusia en 1905 y en todos los períodos revolucionarios en Occidente; también existió en la década del 60 del siglo pasado en Alemania, y en Rusia en 1859-1861 y en 1879-1880, sin que se produjeran revoluciones en esos momentos. ¿Por qué? Porque la revolución no se produce en cualquier situación revolucionaria; se produce sólo en una situación en la que los cambios objetivos citados son acompañados por un cambio subjetivo, como es la habilidad de la *clase* revolucionaria para realizar acciones revolucionarias de masas suficientemente *fuertes* como para destruir

(o dislocar) el viejo Gobierno, que jamás, ni siquiera en las épocas de crisis "caerá" si no se lo "hace caer".

Tales son los puntos de vista marxistas sobre la revolución; puntos de vista desarrollados muchas, muchísimas veces y aceptados como indiscutibles por todos los marxistas, y que para nosotros, los rusos, tuvieron clara confirmación en la experiencia de 1905. Cabe preguntarse qué presumía al respecto el Manifiesto de Basilea en 1912 y qué ocurrió en 1914-1915.

Suponía que una situación revolucionaria, que es brevemente descrita como "una crisis económica y política", podría aparecer. ¿Se produjo esta situación? Sin duda alguna. El socialchovinista Lensch (que defiende el chovinismo más abierta, más franca y más honestamente que los hipócritas Cunow, Kautsky, Plejanov y Cia.) llegó a decir que "estamos viviendo una *revolución peculiar*" (página 6 de su folleto *La socialdemocracia alemana y la guerra*, Berlín, 1915). Una crisis política existe: ningún Gobierno está seguro del día de mañana, ni uno solo está protegido contra el peligro de una bancarrota financiera, una pérdida de territorio, de que se lo expulse de su país (como fue expulsado el Gobierno de Bélgica). Todos los Gobiernos están durmiendo sobre un volcán; todos están *ellos mismos* apelando a las masas para mostrar iniciativa y heroísmo. El régimen político de Europa está estremecido en su totalidad, y seguramente nadie negará que hemos entrado (y que cada vez estamos entrando más profundamente; escribo esto el día en que Italia declara la guerra) en un período de inmensas conmociones políticas. Cuando dos meses después de la declaración de guerra Kautsky escribió (el 2 de octubre de 1914 en *Neue Zeit*) que "jamás el Gobierno es tan fuerte ni los partidos tan débiles como al comienzo de una guerra", no es más que un ejemplo de la falsificación de la ciencia histórica perpetrada por Kautsky para complacer a los Südekum y otros oportunistas. En primer lugar, nunca como en tiempos de guerra el Gobierno necesita tanto del acuerdo con todos los partidos de las clases dominantes y de la subordinación "pacífica" de las clases oprimidas; en segundo lugar, aun cuando "al comienzo de una guerra", sobre todo en un país que espera una rápida victoria, el Gobierno *parece* omnipotente, nadie en el mundo vinculó nunca las esperanzas en una situación revolucionaria exclusivamente con el instante del "comienzo" de una guerra, y mucho menos identificó lo "aparente" con lo *real*.

Todo el mundo sabía, veía y reconocía que la guerra europea sería dura en comparación con otras guerras del pasado. La experiencia así lo confirma cada vez más. La guerra se extiende. Los cimientos políticos de Europa son sacudidos más y más. Los sufrimientos de las masas son terribles y los esfuerzos de los Gobiernos, de la burguesía y de los oportunistas para silenciar estos sufrimientos se demuestran cada vez más inútiles. Las ganancias que obtienen de la guerra ciertos grupos de capitalistas son monstruosamente altas. La agudización de las contradicciones es intensísima. La sorda indignación de las masas, el deseo confuso de las capas oprimidas e ignorantes de una paz favorable ("democrática"), el comienzo del descontento entre "los de abajo": todo ello

son hechos. Y cuanto más se prolonga y se agrava la guerra, con tanto mayor vigor tratan los propios Gobiernos de desarrollar —se ven obligados a ello— la participación activa de las masas, a las que exhortan a un extraordinario esfuerzo superior a lo normal y al autosacrificio. La experiencia de la guerra, lo mismo que la de cualquier crisis de la historia, de cualquier gran calamidad o de cualquier período de cambio en la vida del hombre, aturde y quebranta a unos, *pero instruye y temple a otros*. Tomados en términos generales, y considerando la historia mundial como un todo, el número y la fortaleza de los del segundo tipo han probado —con la excepción de casos individuales de decadencia y caída de uno u otro Estado— ser superiores que los del primer tipo.

Lejos de terminar “inmediatamente” con todos esos sufrimientos y toda esa agudización de las contradicciones, la firma de la paz, en muchos casos, hará esos sufrimientos más agudos y más evidentes aún para las masas más atrasadas de la población.

En una palabra, una situación revolucionaria es un hecho en la mayor parte de los países avanzados y de las grandes potencias de Europa. En este sentido, los pronósticos del Manifiesto de Basilea han sido *plenamente* confirmados. Negar esta verdad directa o indirectamente, o ignorarla como han hecho Cunow, Plejanov, Kautsky y Cia., es faltar gravemente a la verdad, es enseñar a la clase obrera y servir a la burguesía. En *Social-Demokrat* (números 34, 40 y 41) citamos hechos que muestran que la gente que *teme* la revolución, los curas cristianos pequeño-burgueses, los Estados Mayores y los periódicos de los millonarios, se ven obligados a reconocer que hay síntomas de una situación revolucionaria en Europa.

¿Se prolongará mucho tiempo esta situación? ¿Hasta qué punto seguirá agravándose? ¿Terminará en una revolución? No lo sabemos, nadie puede saberlo. La respuesta sólo podría ser dada por la *experiencia* del desarrollo del sentimiento revolucionario y de su transición a las acciones revolucionarias de la clase de avanzada, del proletariado. En general, no se puede hablar aquí sobre “ilusiones” o de su repudio, pues ningún socialista ha asegurado que esta guerra (y no la próxima), que la actual situación revolucionaria (y no la de mañana) provocará una revolución. Lo que se plantea es el deber indiscutible y fundamental de todos los socialistas: el de revelar a las masas la existencia de una situación revolucionaria, de explicar su amplitud y su profundidad, despertando la conciencia revolucionaria y la determinación revolucionaria del proletariado, ayudándolo a pasar a las acciones revolucionarias y formar las organizaciones que correspondan a la situación revolucionaria para trabajar en esta dirección.

Ningún socialista influyente y responsable se ha atrevido nunca a poner en duda que ése es precisamente el deber de los partidos socialistas, y el Manifiesto de Basilea, que no siembra ni alimenta las más mínimas “ilusiones”, se refiere a esa obligación de los socialistas y dice: estimular, “sacudir” al pueblo (no adormecerlo con su chovinismo, como hacen Plejanov, Axelrod, Kautsky), “aprovechar” la crisis para “precipitar” la bancarrota del capitalismo; inspirarse en los *ejemplos* de la Comuna y de octubre-diciembre de 1905. En el incumplimiento

de esta obligación suya por parte de los actuales partidos está su traición, su muerte política, su renuncia a su papel, su paso al lado de la burguesía.

III

¿Pero cómo *pudo* haber pasado que los más destacados y representativos dirigentes de la II Internacional hayan traicionado al socialismo? Analizaremos este problema en detalle después de examinar primero las tentativas de justificar "teóricamente" esta traición. Trataremos de caracterizar las principales teorías del socialchovinismo, de las que podemos considerar representantes a Plejanov (que reitera en su mayor parte los argumentos de los chovinistas anglo-franceses y de Hyndman y sus nuevos partidarios) y a Kautsky (que ofrece argumentos mucho más "sutiles", con su apariencia de mayor profundidad teórica).

La más primitiva de todas es tal vez la teoría del "instigador". Nos atacan y nos defendemos; los intereses del proletariado exigen la resistencia enérgica a los transgresores de la paz europea. Esto es simplemente repetición de las declaraciones hechas por todos los Gobiernos y de las protestas de toda la prensa burguesa y amarilla del mundo entero. Plejanov hasta embellece esta gastada vulgaridad con su inevitable referencia jesuítica a la "dialéctica": para ser capaces de determinar la situación concreta, dice, debemos ante todo encontrar quién instigó y castigarlo; todos los otros problemas podrán esperar hasta que se produzca otra situación (véase el folleto de Plejanov *La guerra*, París, 1914, y la repetición de sus argumentos por Axelrod en los números 86 y 87 de *Golos*). En la noble empresa de sustituir la dialéctica por la sofistería, Plejanov ha batido una nueva marca. El sofista se apodera de uno entre otros "argumentos": fue Hegel quien hace mucho decía, con razón, que en este mundo se pueden encontrar "argumentos" absolutamente para todo. La dialéctica exige que un fenómeno social dado se estudie exhaustivamente en su desarrollo y que lo externo y aparente se reduzca a las fuerzas motrices fundamentales, al desarrollo de las fuerzas productivas y a la lucha de clases. Plejanov se apodera de una cita de la prensa socialdemócrata alemana: los propios alemanes, dice, antes de la guerra reconocieron a Austria y a Alemania "los que empezaron", y ya está. En cuanto a los planes de conquista del zarismo con respecto a Galitzia, Armenia, etc., que los socialistas rusos denunciaron muchas veces, Plejanov calla. No hace el menor intento de mencionar siquiera la historia económica y diplomática, aunque sólo sea de las tres últimas décadas, cuando esa historia es una prueba irrefutable de que, precisamente, la anexión de colonias, la expropiación de tierras ajenas, el desplazamiento y la ruina del competidor más afortunado constituyeron el eje principal de la política de ambos grupos de potencias hoy beligerantes⁴.

4 El libro del pacifista inglés Braithford, que no tiene inconveniente en llamarse socialista, *La guerra del acero y del oro* (Londres, 1914. [El libro está fechado en marzo de 1914]), es muy instructivo. El autor comprende perfectamente que, en términos generales, los problemas nacionales

Con referencia a la guerra, la tesis fundamental de la dialéctica, que Plejanov tergiversa tan desvergonzadamente para complacer a la burguesía, dice que "la guerra es una simple continuación de la política por otros [es decir, violentos] medios". Tal es la fórmula de Clausewitz⁵, uno de los grandes historiadores militares, cuyas ideas fueron estimuladas por Hegel. Y tal fue siempre el punto de vista de Marx y Engels, que consideraban toda guerra como la continuación de la política de las potencias dadas, interesadas -y de las distintas clases que existen en ellas-, en un momento dado.

El crudo chovinismo de Plejanov está basado exactamente en la misma posición teórica que el chovinismo más sutil y conciliador hasta el empalago de Kautsky, quien usa los siguientes argumentos cuando bendice la desertión de los socialistas de todos los países al bando de "sus" propios capitalistas:

Todos tienen el derecho y el deber de defender su patria; el verdadero internacionalismo consiste en reconocer ese derecho a los socialistas de todas las naciones, incluidas las que están en guerra con mi nación [...] (Véase *Neue Zeit*, 2 de octubre de 1914, y otros trabajos del mismo autor.)

han quedado atrás, están resueltos (p. 35), y que en la actualidad ya no se trata de eso, que "el problema típico de la diplomacia contemporánea" (p. 36) es el ferrocarril de Bagdad, el correspondiente suministro de rieles, las minas de Marruecos, etc. El autor considera con razón que uno de los "incidentes más ilustrativos de la historia reciente de la diplomacia europea" es la lucha de los patriotas franceses y de los imperialistas ingleses contra las tentativas de Caillaux (en 1911 y 1913) para entenderse con Alemania sobre la base de un acuerdo para el reparto de las esferas de influencia colonial y para la admisión de los valores alemanes en la bolsa de París. Las burguesías inglesa y francesa frustraron ese acuerdo (pp. 38-40). El objetivo del imperialismo es exportar capital a los países más débiles (p. 74). Los beneficios de ese capital fueron en Inglaterra de noventa a cien millones de libras esterlinas en 1899 (Giffen) y de ciento cuarenta millones en 1909 (Paish); agreguemos por nuestra parte que en un reciente discurso Lloyd George estimaba esos beneficios en doscientos millones de libras esterlinas, o sea, casi dos mil millones de rublos. Los socios manjor y el soborno de los tucos de alto rango y las prebendas para los hijos más jóvenes en la India y en Egipto: he ahí lo esencial (pp. 85-87). Una infima minoría se beneficia con los armamentos y las guerras, pero tras ellos están la sociedad y los banqueros, en tanto que tras los partidarios de la paz sólo está la población desunida (p. 93). Un pacifista que hoy habla de paz y de desarme, mañana prueba ser miembro de un partido que depende por completo de los empresarios de la guerra (p. 161). Si la Triple Entente gana, tomará Marruecos y repartirá Persia; si gana la Triple Alianza, tomará Trípoli, se hará fuerte en Bosnia y sojuzgará a Turquía (p. 167). En marzo de 1906, Londres y París proporcionaron a Rusia miles de millones para ayudar al zarismo a aplastar el movimiento de liberación (pp. 225-228); hoy Inglaterra ayuda a Rusia a ahogar a Persia (p. 229). Rusia instigó la guerra de los Balcanes (p. 230). Nada de esto es nuevo, ¿no es cierto? Todo es público y notorio, y los periódicos socialdemócratas del mundo entero lo han repetido una y mil veces. En vísperas de la guerra, el burgués británico lo veía con claridad meridiana. ¡Qué absurdo tan indecente, qué intolerable hipocresía, qué mezquina alimbarada resultan las teorías de Plejanov y Porezenov sobre la culpabilidad de Alemania o la de Kautsky sobre las "perspectivas" de desarme y de una paz duradera bajo el capitalismo frente a estos hechos simples y notorios!

5 Carl von Clausewitz, *De la guerra*, Obra, tomo I, p. 28. Cfr. t. III, pp. 139-140: "Todos saben que las guerras son provocadas únicamente por las relaciones políticas entre los Gobiernos y los pueblos; pero, por lo común, se considera que, al estallar la guerra, estas relaciones cesan, dando paso a una situación completamente distinta, sometida exclusivamente a sus propias leyes. Nosotros afirmamos lo contrario; la guerra no es más que la continuación de las relaciones políticas por otros medios".

Este incomparable razonamiento es una indecible farsa del socialismo tal que no habría mejor respuesta para ella que acuñar una medalla con las efigies de Wilhelm II y Nikolai II en una cara y las de Plejanov y Kautsky en la otra. El verdadero internacionalismo, como ven, consiste en justificar que los obreros franceses hagan fuego contra los obreros alemanes, en tanto que estos lo hacen sobre los franceses, ien nombre de la "defensa de la patria"!

Sin embargo, un examen más atento de las premisas teóricas de los razonamientos de Kautsky revelará la misma idea que Clausewitz ridiculizó hace unos ochenta años: cuando estalla la guerra cesan todas las relaciones políticas forjadas a lo largo de la historia entre los pueblos y las clases y surge una situación totalmente diferente! ¡Hay, "simplemente", aquellos que atacan y aquellos que se defienden, "simplemente" el rechazo de los "enemigos de la patria"! La opresión de numerosas naciones, que constituyen más de la mitad de la población del globo, por las dominantes naciones imperialistas; la rivalidad entre la burguesía de estos países por el reparto del botín y la tendencia del capital a dividir y aplastar al movimiento obrero; todo eso desapareció de pronto del alcance de la vista de Plejanov y de Kautsky, pese a que ellos mismos, antes de la guerra, describieron durante décadas enteras precisamente esa "política".

Las falsas referencias a Marx y Engels son en este caso "la carta de triunfo" de los argumentos de los dos caudillos del socialchovinismo: Plejanov recuerda la guerra nacional de Prusia en 1813 y la de Alemania en 1870; mientras Kautsky argumenta, con aire muy científico, que Marx examinó el problema del éxito de cuál de las partes (es decir, de cuál burguesía) era más deseable en las guerras de 1854-1855⁶, 1859⁷ y 1870-1871, lo mismo que los marxistas respecto de las guerras de 1876-1877 y 1897⁸. Todos los sofistas han tenido siempre la costumbre de tomar ejemplos que se refieren, evidentemente, a casos no similares por principio. Las guerras del pasado, que se citan como ejemplo, fueron una "continuación de la política" de movimientos nacionales de la burguesía que duraron largos años, movimientos contra un yugo de diferente nacionalidad y contra el absolutismo (turco y ruso). En ese entonces el problema era: el éxito de qué burguesía era preferible; para guerras de ese tipo, los marxistas podían *exhortar de antemano* a los pueblos fomentando el odio nacional, como lo hizo Marx en 1848 y más tarde, cuando llamó a la guerra contra Rusia, y como fomentó Engels en 1859 el odio nacional de los alemanes contra sus opresores, contra Napoleón III y contra el zarismo ruso⁹.

6 En la llamada guerra de Crimea, Rusia se enfrentó a Gran Bretaña, Francia y el Imperio otomano [NdE].

7 El reino de Cerdeña, aliado a la Francia bonapartista, se enfrentó a Austria por su autonomía. Constituyó parte de las guerras que llevaron a la unificación italiana [NdE].

8 Se trata de la corta guerra que enfrentó a Grecia con el Imperio otomano por la soberanía de Creta [NdE].

9 A propósito, el señor Gardénin califica en *Zhita* como "chovinismo revolucionario", pero chovinismo al fin, la posición de Marx en 1848 a favor de la guerra revolucionaria contra las naciones europeas que, en los hechos, mostraron ser contrarrevolucionarias, a saber: "Los

Comparar la "continuación de la política" de lucha contra el feudalismo y el absolutismo, de la política de la burguesía que se liberaba, con la "continuación de la política" de una burguesía caduca, *es decir*, imperialista, *es decir*, que ha desvalijado al mundo entero, y reaccionaria, que en alianza con los señores feudales intenta aplastar al proletariado, equivale a comparar metros con kilogramos. Es como comparar a los "representantes de la burguesía" Robespierre, Garibaldi o Zheliabov con "representantes de la burguesía" tales como Millebrand, Salandra o Guchkov. No se puede ser un marxista si no se siente el más profundo respeto por los grandes revolucionarios burgueses, quienes tuvieron un histórico derecho de hablar por sus respectivas "patrias" burguesas, y que en la lucha contra el feudalismo incorporaron a decenas de millones de hombres de las nuevas naciones a una vida civilizada.

— Y tampoco se puede ser un marxista si no se siente desprecio por la sofistería de Plejanov y de Kautsky, que hablan de "defensa de la patria" cuando los imperialistas alemanes ahogan a Bélgica o cuando los imperialistas de Gran Bretaña, Francia, Rusia e Italia pactan entre sí para saquear a Austria y Turquía.

— Hay otra teoría "marxista" del socialchovinismo: el socialismo está basado en el rápido desarrollo del capitalismo; el desarrollo del capitalismo en mi país, y consecuentemente el advenimiento del socialismo, será acelerado por su victoria; la derrota de mi país retardará su desarrollo económico y, por lo tanto, el advenimiento del socialismo. Entre nosotros, desarrolla esta teoría estruvista Plejanov, y, entre los alemanes, Lensch y otros. Kautsky discute contra esta teoría grosera, contra Lensch, que la defiende abiertamente, y contra Cunow, que asume su defensa solapada, pero discute sólo para lograr la conciliación entre los socialchovinistas de todos los países sobre la base de una teoría chovinista más sutil, más jesuítica.

No tenemos por qué detenernos mucho tiempo en el análisis de esta grosera teoría. Las *Notas críticas* de Struve aparecieron en 1894 y, después de veinte años, los socialdemócratas rusos han llegado a conocer a fondo la "manera" que tienen los burgueses rusos cultos de hacer pasar sus ideas y descos con la etiqueta de un "marxismo" *defendido* de espíritu revolucionario. El estruvismo no es sólo una tendencia rusa, sino también, como lo muestran con particular evidencia los últimos acontecimientos, la aspiración internacional de los teóricos de la burguesía de matar al marxismo "ablandándolo", de aplastarlo entre sus brazos, de matarlo reconociendo en apariencia "todos" los aspectos y elementos "verdaderamente científicos" del marxismo, *salvo* su lado "agitador",

eslavos y, sobre todo, los rusos". Este reproche a Marx revela una vez más el oportunismo (o —sería más exacto decir— la inconsecuencia) de ese socialrevolucionario "de izquierda". Nosotros, los marxistas, siempre estuvimos y estamos por la guerra revolucionaria contra las naciones *contra-revolucionarias*. Por ejemplo, si el socialismo triunfa en América o en Europa en 1920, y Japón y China, pongamos por caso, lanzan *ataques* contra nosotros —aunque sólo sea al comenzar en el terreno diplomático— a sus Bismarck, estaremos, con toda seguridad, por la guerra ofensiva revolucionaria contra ellos. ¿Le parece extraño, señor Gardenin? ¡Es que usted es un revolucionario al tipo de Kopshin!

"demagógico" y "utópico blanquista". En otros términos: tomar del marxismo todo lo que es aceptable para la burguesía liberal, incluyendo la lucha por reformas, hasta la lucha de clases (sin dictadura del proletariado), hasta el reconocimiento "general" de los "ideales socialistas" y la sustitución del capitalismo por un "régimen nuevo", y dejar de lado "sólo" el alma viva del marxismo, "sólo" su espíritu revolucionario.

El marxismo es la teoría del movimiento liberador del proletariado. Se comprende, por lo tanto, que los obreros políticamente conscientes deban prestar gran atención a cualquier sustitución del marxismo por el estruismo. Las fuerzas motrices de este proceso son múltiples y variadas. Sólo señalaremos las tres principales: 1) El progreso de la ciencia proporciona cada vez más elementos que prueban que Marx tenía razón. Esto hace necesario luchar contra él hipócritamente: sin oponerse abiertamente a los principios del marxismo, pretendiendo aceptarlo, mutilando con sofismas su contenido, convirtiéndolo en un santo "icono" inofensivo para la burguesía. 2) El desarrollo del oportunismo en los partidos socialdemócratas contribuye a esa "reelaboración" del marxismo y lo adapta para justificar cualquier clase de concesiones al oportunismo. 3) La época del imperialismo es aquella en la cual el mundo es repartido entre las "grandes" naciones privilegiadas que oprimen a todas las demás. Las migajas del botín obtenido como resultado de estos privilegios y esta opresión van a parar, sin duda alguna, a ciertas capas de la pequeñoburguesía y de la aristocracia de la clase obrera, así como de su burocracia. Estas capas, que constituyen una ínfima minoría del proletariado y de las masas trabajadoras, tienden hacia el "estruismo" porque éste les permite justificar su alianza con "su" burguesía nacional contra las masas oprimidas de todas las naciones. Más adelante tendremos que volver sobre ello al hablar de las causas de la bancarrota de la II Internacional.

IV

La teoría más sutil del socialchovinismo, la falsificación que más hábilmente se presenta como científica e internacionalista es la teoría del "ultraimperialismo" expuesta por Kautsky. Veamos cómo la expone de la manera más clara, más precisa y más reciente su propio autor:

El debilitamiento del movimiento proteccionista en Inglaterra, la reducción de las tarifas aduaneras en Norteamérica, la tendencia hacia el desarme, el rápido descenso de la exportación de capital desde Francia y Alemania en los últimos años anteriores a la guerra y, por fin, el creciente entrelazamiento internacional de las distintas pandillas del capital financiero; todo ello me impulsó a analizar si la política imperialista actual no puede ser reemplazada por una nueva, ultraimperialista, que, en vez de la lucha entre sí de los capitales financieros nacionales, dé lugar a una explotación conjunta del mundo por el capital financiero

unido en escala internacional. Esta nueva fase del capitalismo es, en todo caso, concebible. Para establecer si es realizable o no carecemos todavía de premisas suficientes [*Neue Zeit*, N.º 5, 30 de abril de 1915, p. 144].

[...] El curso y el desenlace de la guerra actual pueden ser decisivos a este respecto. La guerra puede aplastar por completo los débiles gérmenes del ultraimperialismo, al atizar al extremo el odio nacional también entre los capitalistas financieros, al intensificar la carrera armamentística, al hacer inevitable una segunda guerra mundial. Bajo estas condiciones, lo que sostuve en mi folleto *El camino hacia el poder* podrá ser verdad en proporciones espantosas, aumentará la agudización de las contradicciones de clase y, junto con ello, sobrevendrá la decadencia moral [literalmente: declinación económica, *Abwärtschlagung*, bancarrota] del capitalismo [...] [Debemos advertir que por esta palabreja rebuscada Kautsky entiende pura y simplemente el "odio" hacia el capitalismo por parte de las "capas intermedias que existen entre el proletariado y el capital financiero", a saber: "Los intelectuales, los pequeñoburgueses e inclusive los pequeños capitalistas"] [...] "Pero la guerra puede terminar de otra manera. Ella puede producir el fortalecimiento de los débiles gérmenes del ultraimperialismo. Sus enseñanzas [¡dijense bien en esto!] pueden acelerar ese desarrollo que, en tiempos de paz, se haría esperar mucho. Si se llega a esto, a un acuerdo entre las naciones, al desarme, a una paz duradera, la peor de las causas que condujo al crecimiento de la decadencia moral del capitalismo antes de la guerra puede desaparecer".

Como es natural, la nueva fase traerá consigo "nuevas calamidades" para el proletariado, "quizás aún peores", pero "por un tiempo" "el ultraimperialismo" "podría instaurar una era de nuevas esperanzas y expectativas dentro de los marcos del capitalismo" (p. 145).

¿Cómo deducir de esta "teoría" una justificación del socialchovinismo?

De una manera bastante extraña para un "teórico", a saber, de la siguiente manera:

Los socialdemócratas alemanes de izquierda dicen que el imperialismo y las guerras que él provoca no obedecen a la casualidad sino que son un inevitable producto del capitalismo, el cual condujo a la dominación del capital financiero. Por eso es necesario pasar a la lucha revolucionaria de masas, pues la época del desarrollo relativamente pacífico ha quedado atrás. Los socialdemócratas "de derecha" declaran descaradamente: puesto que el imperialismo es "necesario", también nosotros debemos ser imperialistas. Kautsky, en papel de "centro", trata de conciliar:

La extrema izquierda —escribe en su folleto *El Estado nacional, el Estado imperialista y la unión de los Estados* (Núremberg, 1915)— quiere "contraponer" al inevitable imperialismo el socialismo, es decir, "no sólo la propaganda en su favor que desde hace medio siglo venimos contraponiendo a todas las formas de dominación capitalista, sino la realización inmediata del socialismo. Esto parece muy

radical, pero lo único que puede hacer es *expulsar* al campo del imperialismo a todos los que no creen en la realización práctica inmediata del socialismo" (página 17, la cursiva es nuestra).

Cuando habla de la realización inmediata del socialismo, Kautsky recurre a un subterfugio, aprovechándose de que en Alemania, sobre todo bajo el régimen de la censura militar, no se puede hablar de acciones revolucionarias. Kautsky sabe muy bien que la izquierda exige del partido una propaganda y preparación *inmediata* de acciones revolucionarias, pero de ningún modo "la realización práctica inmediata del socialismo".

De la necesidad del imperialismo el ala izquierda deduce la necesidad de acciones revolucionarias. Sin embargo, la "teoría del ultraimperialismo" sirve a Kautsky como medio *para justificar a los oportunistas*, presentar la situación de manera tal de crear la impresión de que ellos no se han pasado del lado de la burguesía sino simplemente "no creen" que el socialismo pueda concretarse de inmediato y esperan que una nueva "era" de desarme y paz duradera se realice. Esta "teoría" se reduce, y sólo puede reducirse, a que Kautsky explote la *esperanza* de una *nueva era* pacífica del capitalismo para justificar la adhesión de los oportunistas y de los partidos socialdemócratas oficiales a la burguesía y su renuncia a la táctica revolucionaria (es decir, proletaria) durante la *turbulenta era actual*, ipse a las solemnes declaraciones de la resolución de Basilea!

Obsérvese que con eso Kautsky no solamente no manifiesta que la nueva fase deriva y debe ser resultado de determinadas circunstancias y condiciones, sino que, por el contrario, manifiesta francamente que todavía no puede resolver siquiera el problema de si la nueva fase es "*realizable*" o no. En efecto, consideremos esas "tendencias" hacia la nueva era, que han sido señaladas por Kautsky. ¡Es asombroso que el autor haya incluido entre los hechos económicos la "tendencia hacia el desarme"! Esto significa que, detrás de inocentes charlas e ilusiones pequeñoburguesas, Kautsky trata de esconder hechos indiscutibles que no se ajustan en absoluto a la teoría de la atenuación de las contradicciones. El "ultraimperialismo" de Kautsky —digamos de paso que el término no expresa ni mucho menos lo que el autor quiere decir— implica una tremenda *atenuación* de las contradicciones del capitalismo.

Se nos habla del "debilitamiento del proteccionismo en Inglaterra y en Norteamérica". Pero ¿dónde está, entonces, aunque sea la menor tendencia hacia la nueva era? El proteccionismo norteamericano está debilitado, pero subsiste, como subsisten los privilegios, las tarifas preferenciales de las colonias inglesas en beneficio de Inglaterra. Recordemos ahora en qué se basó el paso de la época precedente, "pacífica", del capitalismo a la actual, la imperialista: en que la libre competencia cedió paso a las uniones monopolistas de los capitalistas y en que todo el globo terrestre quedó repartido. Es evidente que ambos hechos (y factores) tienen en verdad alcance mundial: el libre comercio y la competencia pacífica fueron posibles e indispensables mientras el capital pudo

aumentar sin obstáculos sus colonias y apoderarse de tierras no ocupadas en África, etc.; además, la concentración del capital todavía era débil, no había aún empresas monopolistas, es decir, lo bastante grandes como para dominar una rama íntegra de la industria. La aparición y el crecimiento de esas empresas monopolistas (este proceso ni en Inglaterra ni en Norteamérica se ha detenido, ¿no es así?; ni siquiera Kautsky se atreverá a negar que la guerra lo ha acelerado y acentuado) hacen imposible la libre competencia anterior y minan el terreno en que ella se asienta, en tanto que la división del globo obliga a pasar de la expansión pacífica a la lucha armada por el reparto de las colonias y las esferas de influencia. Es ridículo, asimismo, pensar que el debilitamiento del proteccionismo en dos países puede cambiar algo las cosas en este aspecto.

Examinemos más a fondo la reducción de la exportación de capital en dos países durante varios años. Estos dos países, Francia y Alemania, tenían en el extranjero, en 1912 —según la estadística, por ejemplo, de Harms—, capitales por un monto aproximado de treinta y cinco mil millones de marcos (cerca de diecisiete mil millones de rublos) cada uno, en tanto que Inglaterra tenía, ella sola, el doble¹⁰. El aumento de la exportación de capitales bajo el capitalismo nunca ha procedido de manera uniforme ni podía hacerlo. Kautsky no puede ni hacer mención a que la acumulación del capital haya disminuido o a que la capacidad del mercado interno haya cambiado considerablemente, a consecuencia, por ejemplo, de un sensible mejoramiento de la situación de las masas. En estas condiciones, el hecho de que en dos países haya descendido la exportación de capitales durante algunos años no permite deducir en absoluto el advenimiento de una nueva era.

○ “El creciente entrelazamiento internacional de las distintas camarillas del capital financiero”. Esta es la única tendencia verdaderamente general e indudable, y no de unos años y de dos países, sino del mundo entero, del capitalismo en su conjunto. ¿Pero por qué ha de derivar de esto la tendencia hacia el desarme y no hacia el rearme, como hasta ahora? Tomemos cualquiera de las firmas mundiales “de cañones” (y, en general, de las que producen equipos militares), por ejemplo, Armstrong. No hace mucho, la publicación inglesa *The Economist* (del 1 de mayo de 1915) informó que las ganancias de esta firma se habían elevado, de 606 mil libras esterlinas (alrededor de seis millones de rublos) en 1905-1906, a 856 mil en 1913 y a 940 mil (nueve millones de rublos) en 1914. En este caso el entrelazamiento del capital financiero es muy pronunciado y va en aumento; capitalistas alemanes “participan” en los negocios de la firma inglesa; firmas inglesas construyen submarinos para Austria, etc. El capital entrelazado internacionalmente hace magníficos negocios con los armamentos

10 Véase de Bernhard Harms, *Probleme der Weltwirtschaft*, Jena, 1912; George Paish, “Great Britain’s Capital Investments in Colonies, etc.”, en *Journal of the Royal Statistical Society*, vol. LXXIV, 1910-1911, p. 167. Lloyd George, en un discurso que pronunció a principios de 1915, estimó los capitales ingleses en el extranjero en cuatro mil millones de libras esterlinas, es decir, cerca de ochenta mil millones de marcos.

y las guerras. Pensar que el hecho de que el capital de los Estados individuales se combine e interconecte en una escala internacional deba necesariamente producir una tendencia económica hacia el desarme significa, en efecto, permitir que las bienintencionadas expectativas pequeñoburguesas de atenuación de las contradicciones de clase tomen el lugar de la real intensificación de dichas contradicciones.

V

Kautsky habla con cabal espíritu filisteo de las "lecciones" de la guerra, presentándolas a la luz de un aborrecimiento moral ante las calamidades que causa. Veamos, por ejemplo, sus argumentos en el folleto *El Estado nacional...*

No hay duda ni requiere demostración el hecho de que existen capas interesadas vivamente en la paz mundial y en el desarme. Los pequeñoburgueses y los pequeños campesinos, e inclusive muchos capitalistas e intelectuales, no están vinculados al imperialismo por intereses más fuertes que el daño que sufren estas capas debido a la guerra y los armamentos (p. 21).

¡Esto fue escrito en febrero de 1915! Los hechos muestran que todas las clases poseedoras, incluidos los pequeñoburgueses y los "intelectuales", se han unido en masa al imperialismo, pero Kautsky, como el hombre enfundado de Chejov, hace caso omiso de los hechos con aire de extraordinaria suficiencia y con la ayuda de palabras melosas. En vez de juzgar los intereses de la pequeñoburguesía por su conducta, los juzga por las palabras de algunos pequeñoburgueses, pese a que estas quedan desmentidas por sus actos a cada paso. Es exactamente igual a juzgar los "intereses" de la burguesía en general, no por sus actos, sino por los discursos rebosantes de amor de los sacerdotes burgueses, que juran y perjuran que el régimen actual está imbuido de los ideales del cristianismo. Kautsky aplica el marxismo de modo tal que lo vacía de todo su contenido, tanto así que sólo queda la palabra "interés" con una especie de significado sobrenatural y espiritualista, pues en lugar de tener en cuenta la economía real se atiende a los piadosos deseos del bien común.

El marxismo juzga los "intereses" de acuerdo con las contradicciones de clase y con la lucha de clases, que se manifiestan en millones de hechos de la vida diaria. La pequeñoburguesía parlotea y sueña con la atenuación de los antagonismos, cuyo agravamiento, "argumentan", lleva a "consecuencias perjudiciales". El imperialismo es la subordinación de todas las capas de las clases poseedoras al capital financiero y el reparto del mundo entre cinco o seis "grandes" potencias, la mayoría de las cuales participa hoy día en la guerra. El reparto del mundo por las grandes potencias significa que todas sus capas poseedoras están interesadas en poseer colonias y zonas de influencia, en oprimir

naciones ajenas, en obtener puestos más o menos lucrativos y de privilegio relacionados con la pertenencia a una "gran" potencia y una nación opresora¹¹.

Es imposible seguir viviendo al viejo estilo, en las condiciones relativamente civilizadas, tranquilas, pacíficas, de un capitalismo que se desarrolla en forma pareja y se propaga gradualmente a nuevos países, pues ha comenzado una nueva época. El capital financiero *desaloja* y desalojará por completo a un país determinado del conjunto de las grandes potencias, le arrebatará sus colonias y sus zonas de influencia (como amenaza hacerlo Alemania al lanzarse a la guerra contra Inglaterra) y privará de sus privilegios e ingresos suplementarios a la pequeñoburguesía de la "gran potencia". Así lo ha demostrado la guerra. Y a ello *condujo* en efecto la agudización de las contradicciones, agudización reconocida desde hace tiempo por todo el mundo, incluyendo al propio Kautsky en su folleto *El camino hacia el poder*.

Ahora, cuando el conflicto armado por los privilegios de gran potencia se ha convertido en realidad, Kautsky quiere *persuadir* a los capitalistas y a la pequeñoburguesía de que la guerra es horrible, mientras que el desarme es beneficioso; exactamente de la misma manera —y exactamente con los mismos resultados— con que el sacerdote cristiano quiere convencer desde el púlpito a los capitalistas de que el amor al prójimo es un mandamiento divino, una aspiración del alma y una ley moral de la civilización. Lo que Kautsky llama tendencias económicas al "ultraimperialismo" es, a fin de cuentas, el intento pequeñoburgués de *convencer* a los financieros de que no hagan el mal.

¿Exportación de capitales? *Pero* más capital es exportado a los países independientes, como por ejemplo a Estados Unidos de Norteamérica, que a las colonias. ¿La conquista de colonias? *Pero* si ya están todas conquistadas y casi todas ellas se esfuerzan por liberarse: "La India puede dejar de ser una posesión inglesa, pero como imperio íntegro, nunca caerá bajo otra dominación extraña" (p. 49 del folleto citado). "Todo intento de cualquier Estado capitalista industrial de adquirir para sí un imperio colonial suficiente para hacerlo independiente de otros países con respecto a la obtención de materias primas puede determinar que todos los otros Estados capitalistas se unan contra él y

11 E. Schultze informa que hacia 1915 se calculaba la suma de los valores existentes en el mundo en 732 mil millones de francos, incluidos los empréstitos de Estado y de los municipios, las hipotecas, las acciones de las compañías comerciales e industriales, etc. De esta suma correspondían a Gran Bretaña ciento treinta mil millones de francos, a Estados Unidos de América ciento quince mil millones, a Francia cien mil millones y a Alemania setenta y cinco mil millones; es decir, a estas cuatro potencias correspondían cuatrocientos veinte mil millones de francos, o sea, más de la mitad de la suma total. Esto nos permite ver cuán enormes son las ventajas y los privilegios de las naciones imperialistas avanzadas, de las grandes potencias, que han dejado atrás a los otros pueblos que oprimen y saquean (Dr. Ernst Schultze, "Das französische Kapital in Russland" en *Finanz-Archiv*, Berlín, 1915, Jahrg. 32, p. 127. Para las grandes potencias la "defensa de la patria" es la defensa del derecho al botín que proporciona la rapina en naciones ajenas. En Rusia, como es sabido, el imperialismo capitalista es más débil, pero en cambio es más fuerte el imperialismo militar-feudal.

lo envuelvan en interminables guerras agotadoras, sin acercarlo más a su objetivo. Esta política sería el camino más seguro para llevar a la bancarrota toda la vida económica del Estado" (pp. 72-73).

¿No es esto una tentativa filística de convencer a los financieros de que renuncien al imperialismo? Cualquier intento de asustar a los capitalistas con la perspectiva de bancarrota es como aconsejar a los bolsistas que no especulen en la Bolsa, porque "muchos pierden así toda su fortuna". El capital *gusa* con la bancarrota del capitalista rival o de la nación rival, pues en esa forma el capital concentra aún más; por eso, cuanto más aguda y "estrecha" es la competencia económica, es decir, el impulso económico del competidor hacia la bancarrota, tanto más fuerte es la tendencia de los capitalistas a agregar presión *militar* para empujar hacia la bancarrota al rival. Cuantos menos países haya a los cuales pueda ser exportado capital tan ventajosamente como a las colonias y a los países dependientes, como Turquía, por ejemplo —pues en *esto* casos el financiero obtiene un triple beneficio en comparación con el capital exportado a un país libre, independiente y civilizado como Estados Unidos de América—, tanto más *encarnizada* es la lucha por el sometimiento y el reparto de Turquía, China y demás. Esto es lo que revela la teoría económica de la época del capital financiero y del imperialismo. Esto es lo que revelan los hechos. Kautsky, en cambio, transforma todo en una trillada "moraleja" pequeñoburguesa: no vale la pena, dice, acalorarse demasiado y mucho menos hacer la guerra por el reparto de Turquía o la conquista de la India, pues "de todos modos no será por mucho tiempo"; sería mejor también desarrollar el capitalismo de manera pacífica... Por supuesto, sería mejor aún desarrollar el capitalismo y ampliar el mercado mediante la elevación de los salarios, cosa perfectamente "concebible" y tema muy apropiado para ser predicado por un sacerdote a los financieros... ¡El buen Kautsky casi ha convencido y persuadido por completo a los financieros alemanes de que no vale la pena luchar contra Inglaterra por las colonias, pues de todos modos estas se liberarán muy pronto!

El aumento de las exportaciones e importaciones de Inglaterra con Egipto, desde 1872 hasta 1912 inclusive, fue proporcionalmente más débil que el conjunto de las exportaciones e importaciones inglesas. Moraleja del "marxista" Kautsky: "No tenemos fundamento alguno para suponer que, sin la ocupación militar de Egipto, el comercio con este país habría aumentado menos bajo la influencia del simple peso de los factores económicos" (p. 72). Las "tendencias del capital a la expansión" "pueden realizarse *mejor* por la *democracia pacífica* que por los métodos violentos del imperialismo" (p. 70).

¡Qué análisis tan admirablemente serio, científico y "marxista"! ¡Kautsky ha "corregido" de modo magnífico esta historia insensata; ha "demostrado" que ninguna necesidad tenían los ingleses de arrebatar Egipto a los franceses y que los financieros alemanes no tenían, decididamente, por qué iniciar la guerra ni organizar la campaña turca, ni recurrir a otras medidas, para expulsar de Egipto a los ingleses! Todo esto es sólo un malentendido, nada más; los

ingleses no han comprendido todavía que "lo mejor de todo" es renunciar al uso de la violencia contra Egipto y pasar (icon vistas al aumento de la exportación de capitales *á la* Kautsky!) a la "democracia pacífica"...

Claro que creer que la libertad de comercio suprimiría por completo las contradicciones económicas engendradas por el capitalismo era una ilusión de los librecambistas burgueses. Ni la libertad de comercio, ni la democracia pueden acabar con ellas. Pero en todos los aspectos nos interesa que estas contradicciones sean superadas por formas de lucha que impongan a las masas trabajadoras un mínimo de sacrificios y de sufrimientos (p. 73).

¡El Señor nos guarde! ¡El Señor tenga piedad de nosotros! ¿Qué es un filisteo? —se preguntaba Lassalle y respondía con el aforismo del bien conocido poeta—: "El filisteo es una tripa vacía, rellena de cobardía y de esperanza en la misericordia de Dios".

Kautsky ha prostituido el marxismo hasta un extremo inaudito y se ha convertido en un verdadero sacerdote; trata de *consolar* a los capitalistas de que adopten la democracia pacífica y llama a esto dialéctica: si al principio hubo libre comercio y después se llegó a los monopolios y al imperialismo, ¿por qué no podrá ser el "ultraimperialismo" y, entonces, libre comercio de nuevo? El sacerdote *consuela* a las masas oprimidas describiéndoles las bondades de ese "ultraimperialismo", aunque ni tan siquiera tiene el coraje de decir cómo puede ser "realizable"! Feuerbach tenía razón cuando, en respuesta a los que defendían la religión con el argumento de que consuela al hombre, les indicó el carácter reaccionario de esos tipos de consuelo: quien consuela al esclavo, en vez de impulsarlo a sublevarse contra la esclavitud, ayuda a los esclavistas.

Todas las clases opresoras sin excepción necesitan de dos funciones sociales para salvaguardar su dominio: la del verdugo y la del sacerdote. La función del verdugo para aplastar la protesta y la indignación de los oprimidos. El sacerdote para consolar a los oprimidos, pintarles la perspectiva (cosa muy cómoda cuando no se garantiza que esa perspectiva sea "realizable") de que los sufrimientos y sacrificios serán menos duros si no se afecta la dominación de clase y lograr así que se resignen a esa dominación, quitarles la costumbre de la acción revolucionaria, minar su estado de ánimo revolucionario y destruir su determinación revolucionaria. Kautsky convirtió al marxismo en la teoría contrarrevolucionaria más horrible y más estúpida, en el más bajo clericalismo.

En 1909, en su folleto *El camino hacia el poder*, Kautsky reconoce el agravamiento —que nadie ha refutado y que es irrefutable— de las contradicciones del capitalismo, la aproximación de una época de guerras y de revoluciones, de un nuevo "período revolucionario". No puede haber, dice él, revolución "prematura", y tilda como "una traición directa a nuestra causa" cualquier negativa

a contar con la posibilidad de una victoria en una insurrección, aunque antes de comenzar la lucha la posibilidad de la derrota tampoco puede ser negada.

Pero se inició la guerra. Las contradicciones se ablandaron aún más. Los sufrimientos de las masas alcanzaron tremendas proporciones. La guerra se prolonga y su campo de acción se amplía sin cesar. Kautsky escribe folleto tras folleto, se somete dócilmente a las disposiciones del censor, no da informaciones acerca del saqueo de territorios y de los horrores de la guerra, acerca de las ganancias escandalosas de los proveedores de armamentos; acerca de la carestía de la vida y de la "esclavitud militar" de los obreros movilizados; pero en cambio sigue consolando al proletariado: lo hace citando los ejemplos de las guerras en las cuales la burguesía era revolucionaria o progresista, cuando el "propio Marx" deseaba el triunfo de tal o cual burguesía; lo consuela con hileras y columnas de cifras que demuestran la "posibilidad" de un capitalismo sin colonias ni saqueos, sin guerras ni armamentos, y que prueban las ventajas de la "democracia pacífica". Como no se atreve a negar que los sufrimientos de las masas se agravan ni que crece ante nuestros propios ojos una situación revolucionaria (¡de eso no se puede hablar! Lo prohíbe la censura...), Kautsky, en su servilismo ante la burguesía y los oportunistas, describe la "perspectiva" (aunque *no garantiza* que sea "realizable") de formas de lucha en una nueva etapa que requerirán "menos sacrificios y menos sufrimientos"... Franz Mehring y Rosa Luxemburg están bien en lo cierto cuando califican por esta causa a Kautsky de prostituta (*Mädchen für alle*).

En agosto de 1905 existió en Rusia una situación revolucionaria. El zar prometió convocar la "Duma de Buliguin"¹² para "consolar" a las masas exaltadas. El régimen del parlamento consultivo propuesto por Buliguin podría ser llamado "ultraabsolutismo" si se puede llamar "ultraimperialismo" la renuncia de los financieros a los armamentos y su acuerdo en favor de una "paz duradera". Supongamos por un momento que mañana un centenar de los más grandes financieros del mundo, "entrelazados" en cientos de empresas colosales, *prometen* a los pueblos que estarán por el desarme después de la guerra (suponemos esto por un momento para sacar las conclusiones políticas de la tonta pequeña teoría de Kautsky). Incluso si eso sucediera, se cometería una clara traición al proletariado al disuadirlo de realizar acciones revolucionarias, sin las cuales todas las promesas, todas las buenas perspectivas son un espejismo.

La guerra no sólo proporcionó a la clase capitalista fabulosas ganancias y magníficas perspectivas para nuevos saqueos (Turquía, China, etc.), nuevos

¹² El ministro de Interior del zarismo, Buliguin, propone el llamado a una Duma de Estado durante el mes de agosto de 1905. Los bolcheviques la boicotean apoyando las acciones callejeras. El Zar se niega a convocarla y nunca llega a reunirse [Nef].

encargos multimillonarios y nuevos empréstitos e intereses más elevados. Le reportó también grandes ventajas políticas, pues dividió y corrompió al proletariado. Kautsky ayuda a esa corrupción y consagra esa división internacional de los proletarios en lucha, *en nombre de la unidad* con los oportunistas de "su" nación, con los Südekum!

Y todavía hay gente que no comprende que la consigna de unidad de los viejos partidos significa la "unidad" del proletariado nacional con su burguesía nacional y la *división* del proletariado de las diferentes naciones...

VI

Las líneas anteriores ya estaban escritas cuando *Neue Zeit* N.º 9 del 28 de mayo apareció con los argumentos finales de Kautsky sobre la "bancarrota de la socialdemocracia" (sección 7 de su respuesta a Cunow). Kautsky ha reunido y resumido todos los viejos sofismas y uno nuevo en defensa del socialchovinismo:

Es simplemente falso decir que la guerra es puramente imperialista y que cuando estalló la alternativa era: imperialismo o socialismo; que los partidos socialistas y las masas proletarias de Alemania, Francia y, en muchos aspectos, también de Inglaterra, irreflexivamente, atendiendo sólo al llamado de un puñado de parlamentarios, se arrojaron en brazos del imperialismo, traicionaron el socialismo y provocaron así una bancarrota sin precedentes en toda la historia.

Un nuevo sofisma y un nuevo engaño a los obreros: como verán, la guerra no es "puramente" imperialista!

Las vacilaciones de Kautsky respecto del carácter y la significación de la guerra actual son asombrosas; además, este dirigente de partido clude siempre las claras y formales declaraciones de los Congresos de Basilea y de Chemnitz, con la misma prudencia con que el ladrón evita volver al lugar de su último robo. En el folleto *El Estado nacional...*, escrito en febrero de 1915, Kautsky afirmaba que la guerra "es, a fin de cuentas, imperialista" (p. 64). Ahora hace una nueva reserva: no es *puramente* imperialista. ¿Y qué es, entonces, además?

¡Resulta que también es una guerra nacional! Veamos cómo llega a esta monstruosa conclusión Kautsky mediante la siguiente pseudodialéctica "plejanovista":

La guerra actual no es sólo criatura del imperialismo, sino también de la revolución rusa.

Ya en 1904, él, Kautsky, había previsto que la revolución rusa reviviría el panslavismo en una nueva forma, que una Rusia

democrática debería, inevitablemente, encender en los eslavos austríacos y turcos un fuerte deseo de lograr su independencia nacional [...]. Entonces el problema polaco también debería plantearse con agudeza [...]. Austria se disgregaría de por sí, porque con la caída del zarismo se rompería el círculo de hierro que hoy ata todavía a los elementos que tienden a enfrentarse unos con otros (el propio Kautsky toma ahora esta cita de su artículo de 1904)... La revolución rusa [...] dio un nuevo y vigoroso impulso a las aspiraciones nacionales de Oriente, agregando los problemas de Asia a los de Europa. *Todos estos problemas se están manifestando tumultuosamente durante la guerra actual, y están adquiriendo una importancia doblemente decisiva para el estado de ánimo de las masas populares, comprendidas, asimismo, las proletarias*, mientras que en las clases dominantes prevalecen las tendencias imperialistas" (p. 273, la cursiva es nuestra).

¡Este es otro ejemplo de prostitución del marxismo! *Puesto que* una "Rusia democrática" encendería las aspiraciones a la libertad en las naciones del este de Europa (lo cual es indiscutible), *por este motivo* la guerra actual, que no libera a ninguna nación y que, cualquiera sea su desenlace, esclaviza a muchas, no es una guerra "puramente" imperialista. *Puesto que* la "bancarrota del zarismo" significaría la desintegración de Austria debido a su estructura nacional no democrática, *por este motivo* el zarismo contrarrevolucionario temporalmente fortalecido, al saquear a Austria y ejercer una opresión *aún mayor* sobre las naciones que la integran, le ha dado a la "guerra actual" un carácter no puramente imperialista, sino, en cierto grado, un carácter nacional. *Puesto que* las "clases dominantes" engañan a los torpes pequeñoburgueses y a los campesinos atrasados con cuentos sobre los objetivos nacionales de la guerra imperialista, *por este motivo*, un hombre de ciencia, una autoridad en "marxismo", un representante de la II Internacional, tiene autoridad para hacer que las masas acepten este engaño mediante la siguiente "fórmula": las clases dominantes revelan tendencias imperialistas, mientras el "pueblo" y las masas proletarias revelan aspiraciones "nacionales".

¡La dialéctica se convierte en la más ruin y más infame sofistería! En la guerra presente el elemento nacional está representado *sólo* por la guerra de Serbia contra Austria (lo cual, por cierto, fue señalado por la resolución de la Conferencia de Berna de nuestro partido)¹³. Es sólo en Serbia y entre los serbios que podemos encontrar un movimiento de liberación nacional de antigua data, que abarca a millones de "masas populares" y cuya "continuación" es la guerra de Serbia contra Austria. Si esta guerra fuera una guerra aislada, es decir, si no estuviera conectada con la guerra europea general, con los afanes de lucro y de rapiña de Gran Bretaña, Rusia, etc., sería *deber* de todos los socialistas desear que la *burguesía* serbia tuviera éxito; esta es la única conclusión justa y absolutamente necesaria que se debe extraer del

13 La Conferencia se reunió en la ciudad de Berna, Suiza, a principios de 1915. Tuvo como objetivo organizar a los bolcheviques exiliados en Europa [NdE].

elemento nacional de la guerra presente. Sin embargo, esta es la conclusión que el sofista Kautsky, quien está hoy al servicio de la burguesía de Austria, clérigos y militaristas, no ha sacado.

Prosigamos. La dialéctica de Marx, como la última palabra en el método evolucionista científico, excluye cualquier análisis aislado de un objeto, es decir, unilateral y monstruosamente deformado. En la guerra serbio-austriaca, el factor nacional no tiene ni puede tener *ninguna* importancia seria en la guerra general europea. Alemania, si triunfa, aplastará a Bélgica, una parte más de Polonia, quizá parte de Francia, etc. Si triunfa Rusia, ahogará a Galitzia, una parte más de Polonia, a Armenia, etc. Si la guerra termina en un "empate", la vieja opresión nacional continuará. Para Serbia, es decir, para una centésima parte de los que participan en la guerra actual, esta es "continuación de la política" del movimiento burgués de liberación. Para el 99% la guerra es continuación de la política imperialista, es decir, de la envejecida burguesía, capaz de corromper, pero no de emancipar a las naciones. Al "liberar" a Serbia, la Triple Entente *vende* los intereses de la libertad serbia al imperialismo italiano a cambio de su ayuda en el saqueo de Austria.

Todo esto es público y notorio y ha sido descaradamente tergiversado por Kautsky con el fin de justificar a los oportunistas. No existen, no pueden existir en la naturaleza ni en la sociedad fenómenos "puros", tal como nos enseña precisamente la dialéctica de Marx, que muestra que el propio concepto de pureza indica una cierta estrechez y unilateralidad del conocimiento humano, el cual no puede abarcar plenamente un objeto en toda su complejidad y totalidad. En el mundo no hay ni puede haber capitalismo "puro"; siempre se halla *mezclado* con elementos feudales, pequeñoburgueses o algo así. Por eso, si alguien recuerda que la guerra no es "puramente" imperialista, cuando estamos discutiendo el escandaloso engaño de las "masas populares" por los imperialistas, que deliberadamente ocultan, con fraseología "nacional", sus objetivos de franca rapiña, entonces esa persona es, o un infinitamente torpe pedante, o un leguleyo y embustero. Todo consiste en que Kautsky *mantiene* el engaño del pueblo por los imperialistas cuando asegura que "para las masas populares, comprendidas, asimismo, las masas proletarias", los problemas nacionales son "de importancia decisiva", *mientras que* para las clases dominantes los factores decisivos son las "tendencias imperialistas" (p. 273), y cuando "refuerza" esta afirmación con una referenciaseudodialéctica a la "infinita variedad de la realidad" (p. 274). Ciertamente, la realidad es infinitamente variada. ¡Esto es una verdad absoluta! Pero también es igualmente cierto que en esta infinita variedad hay dos fuerzas principales y fundamentales: el sostén objetivo de la guerra es la "continuación de la política" del imperialismo, es decir, del saqueo de naciones ajenas por la burguesía decrepita de las "grandes naciones" (y por sus Gobiernos), mientras que la ideología "subjetiva" dominante consiste en la fraseología "nacional" divulgada para embotar a las masas.

El viejo sofisma de Kautsky, repetido una y otra vez, de que "al estallar la guerra" la "izquierda" veía la situación como si existiera una alternativa entre imperialismo o socialismo, ya ha sido analizado. Es ésta una desvergonzada tergiversación de la verdad, pues Kautsky sabe muy bien que la izquierda planteó *otra* alternativa: o la incorporación del partido al saqueo y al engaño imperialistas, o la propaganda y la preparación de acciones revolucionarias. Kautsky sabe también que es *sólo* la censura la que evita que el ala izquierda en Alemania exponga la estúpida fábula que su servilismo hacia los Südekuns lo hizo propagar.

En cuanto a las relaciones entre las "masas proletarias" y el "puñado de parlamentarios", Kautsky adelanta aquí una de las objeciones más trilladas:

Dejemos a un lado a los alemanes para no abogar por nosotros mismos, pero ¿quién podrá afirmar en serio que hombres como Vaillant y Guesde, Hyndman y Plejanov se han convertido de buenas a primeras en imperialistas y han traicionado el socialismo? Dejemos a un lado a los parlamentarios y a los "cuerpos principales"... [Kautsky alude evidentemente a la revista *Die Internationale* de Rosa Luxemburg y Franz Mehring, donde se cubre de merecido desprecio la política de los cuerpos principales, es decir, de los círculos oficiales dirigentes del Partido Socialdemócrata alemán, su Comité Central - "*Virtusd"* -, su grupo parlamentario, etc.]... pero ¿quién se atreverá a afirmar que para cuatro millones de proletarios alemanes políticamente conscientes basta una simple orden de un puñado de parlamentarios para que giren en redondo hacia la derecha en veinticuatro horas, contrariando abiertamente sus objetivos de ayer? Si fuese cierto, ello sería evidencia, naturalmente, de una terrible bancarrota, no sólo de nuestro partido, sino también de las *masas* [cursiva de Kautsky]. Si las masas fueran un rebaño de ovejas con tan poco carácter, no nos quedaría más que dejarnos enterrar (p. 274).

Política y científicamente, Karl Kautsky, la gran autoridad, se ha enterrado a sí mismo hace mucho a través de su conducta y su colección de lamentables subterfugios. Quien no lo comprenda, o por lo menos no lo sienta así, está perdido para el socialismo; por eso, Mehring, Rosa Luxemburg y sus partidarios, al tratar a Kautsky y Cia. como las criaturas más despreciables han adoptado en *Die Internationale* el único tono correcto en estas circunstancias.

Basta pensar que los *ánimos* que *podían* expresar con cierta libertad su actitud hacia la guerra (es decir, sin ser simplemente detenidos y arrastrados a un cuartel, y sin correr el riesgo de ser fusilados) eran un "puñado de parlamentarios" (que tenían libertad para votar, ajustándose a derecho, y que podían haber votado perfectamente en contra. Aun en Rusia, ninguno sufría malos tratos, ataques, ni siquiera arresto), un puñado de funcionarios, periodistas, etc. ¡Y ahora Kautsky pone noblemente sobre las *masas* la traición y la falta de carácter de esa *agda* social, de cuyos *vínculos* con la táctica

y la ideología del oportunismo el propio Kautsky escribió decenas de veces durante varios años! Es exigencia primordial y básica de la investigación científica en general y de la dialéctica de Marx en particular que el escritor examine los vínculos de la actual lucha de *tendencias* en el socialismo —entre la tendencia que habla, grita y alborota sobre la traición y aquella que no la ve— y la lucha anterior que se prolongó *décadas enteras*. Kautsky ni lo menciona, no está siquiera dispuesto a plantear el problema de las tendencias y *corrientes*. ¡Hasta ahora existían tendencias, hoy ya no! Hoy no hay más que nombres resonantes de “autoridades” que la gente servil invoca como carta de triunfo. En este sentido, resulta muy conveniente para uno referirse al otro y encubrirse amigablemente los “pecadillos”, pues la norma es: cada uno ayuda a los suyos. “¡Cómo puede hablarse de oportunismo —exclamó J. Martov en una conferencia en Berna (véase *Sotsial-Demokrat*, N.º 36)— cuando están... Guesde, Plejanov y Kautsky!”. “Hay que ser más prudentes con la acusación de oportunismo a hombres como Guesde”, escribió (en *Golos*, números 86 y 87). “No voy a defenderme —dice Kautsky, haciéndoles coro, en Berlín—, pero... ¡Vaillant y Guesde, Hyndman y Plejanov!”. El cuculillo elogia al gallo porque este elogia al cuculillo.

En sus escritos, Kautsky ha revelado tan servil celo de lacayo que ha llegado a adular hasta a Hyndman, a quien hace aparecer como si apenas ayer se hubiera pasado al imperialismo. Sin embargo, en el propio *Neue Zeit* y en decenas de periódicos socialdemócratas de todo el mundo se había hablado ya, durante *muchos años*, del imperialismo de Hyndman. Si a Kautsky le interesara de buena fe la biografía política de las *personas* que menciona debería hacer memoria y preguntarse si esa biografía no contiene indicios y acontecimientos que prepararon, no “en un día”, sino durante décadas el paso al imperialismo: si Vaillant no se entregó a la influencia de los partidarios de Jaurès y Plejanov a la de los mencheviques o liquidadores; si la *tendencia* de Guesde no agonizó públicamente en la revista guesdista *El socialismo*, ese modelo de apocamiento y mediocridad, incapaz de adoptar una posición independiente ante un solo problema importante; si Kautsky no dio pruebas (añadiremos esto para aquellos que lo igualan también —y con toda razón— a Hyndman y Plejanov) de falta de energía en el problema del millerandismo al comienzo de la lucha contra el bernsteinismo, etcétera.

Pero Kautsky no mostró el más leve interés por el estudio científico de la biografía de esos dirigentes. No intenta siquiera examinar si estos dirigentes se defienden ahora con *sus propios* argumentos o repitiendo los de los oportunistas y de los burgueses; si las acciones de estos dirigentes han adquirido importancia política sería como resultado de la particular influencia que ellos ejercen o a consecuencia de su adhesión a una tendencia extraña, verdaderamente “influyente” y apoyada por una organización militar, a saber, la tendencia burguesa. Kautsky no intenta siquiera estudiar el problema: sólo le preocupa tirar tierra a los ojos de las masas, aturdir las con el sonido de nombres prestigiosos e

impedirles que planteen claramente y analicen en todos sus aspectos el problema en debate¹⁴.

... una orden dada por un puñado de parlamentarios bastó para que cuatro millones de proletarios con conciencia de clase giraran a derecha...

Cada palabra pronunciada aquí es una mentira. La organización del partido alemán no tenía cuatro millones, sino un millón, y la voluntad común de esta organización de masas (como la de toda organización) la expresaba sólo su centro político único, el "puñado" que traicionó al socialismo. A este puñado se lo consultó, se lo invitó a votar, estuvo en posición de votar, escribir artículos, etc. Las masas, en cambio, no fueron consultadas. No sólo no se les permitió votar, sino que se las dividió y se las persiguió, no "por orden" alguna del puñado de parlamentarios, sino de las autoridades militares. La organización militar existía; *en ella* no se había producido la traición de los dirigentes, ella convocó a las "masas" *de uno en uno* para plantear el ultimátum: o te unes al Ejército (por consejo de tus propios dirigentes) o serás fusilado. Las masas no podían actuar organizadamente, pues su organización, creada de antemano y encarnada en el "puñado" de los Legien, Kautsky y Scheidemann, las habían traicionado, y para crear una *nueva* organización se requieren tiempo y la decisión de deshacerse de la organización vieja, descompuesta y envejecida.

Kautsky trata de derrotar a sus adversarios, los de la izquierda, atribuyéndoles un absurdo: estos plantearían las cosas de modo tal que, en "respuesta" a la guerra, las "masas" debían hacer la revolución "en veinticuatro horas" e implantar el "socialismo" contra el imperialismo, pues en caso contrario las "masas" darían pruebas de "falta de carácter y cometerían una traición". Pero esto no es más que un disparate con el que hasta ahora los autores de burdos libelos burgueses y policíacos "han derrotado" a los revolucionarios y que ahora saca a relucir Kautsky. Los adversarios de izquierda de Kautsky saben muy bien que es imposible "hacer" la revolución, que las revoluciones *se desarrollan* de las crisis y de los virajes históricos objetivamente maduros (es decir, independientemente de la voluntad de los partidos y de las clases); que las masas, cuando carecen de organización, están privadas de una voluntad única y que la lucha contra la poderosa organización terrorista militar de los Estados centralizados es una con-

14 La alusión de Kautsky a Vaillant y a Guesde, a Hyndman y a Plejanov resulta también característica en otro aspecto. Los imperialistas declarados como Lensch y Haenisch (para no hablar ya de los oportunistas) se remiten precisamente a Hyndman y Plejanov para justificar su propia política. Y tienen *derecho* a hacerlo. Dicen la verdad en lo que se refiere a que esta es, en efecto, una misma política. Kautsky, por su parte, habla con desdén de Lensch y de Haenisch, de esos radicales que se han pasado al imperialismo. Kautsky agradece a Dios no parecerse a esos pecadores, no estar de acuerdo con ellos y seguir siendo —bromas aparte— un revolucionario. Pero en los hechos la posición de Kautsky es la misma. El chovinista hipócrita Kautsky, con sus empalagosas frases, es mucho más repulsivo que los chovinistas simplices, David y Heine, Lensch y Haenisch.

presa difícil y larga. Ante la traición de sus dirigentes en el momento crítico, las masas *nada podían* hacer; pero este "puñado" de dirigentes *sí podía, perfectamente*, y debía votar contra los créditos, actuar contra la "tregua civil" y la justificación de la guerra, manifestarse en favor de la derrota de *los* Gobiernos, dar forma a un aparato internacional de propaganda de la confraternización en las trincheras, organizar publicaciones ilegales¹⁵ que preconizaran la necesidad de pasar a las acciones revolucionarias, etcétera.

Kautsky sabe muy bien que las "izquierdas" de Alemania piensan precisamente en esas acciones o, mejor dicho, en acciones *de ese tipo*, y que bajo un régimen de censura militar no pueden hablar de ello en forma *franca* y abierta. El afán de defender a toda costa a los oportunistas lleva a Kautsky a la vileza sin precedentes de escudarse en los censores militares para atribuir a las izquierdas un disparate evidente, seguro de que los censores lo protegerán para que no sea desenmascarado.

VII

Hay un problema científico y político fundamental que Kautsky elude deliberadamente recurriendo a toda clase de subterfugios, con lo que proporciona inmenso placer a los oportunistas, y que consiste en aclarar *cómo han podido* traicionar al socialismo los representantes más eminentes de la II Internacional.

Como es natural, no debemos plantear esto con relación a la biografía personal de una u otra figura de prestigio. Sus futuros biógrafos tendrán que analizar también las cosas desde este aspecto, pero lo que hoy interesa al movimiento socialista no es esto en absoluto, sino el estudio del origen histórico de las condiciones, la importancia y la fuerza de la *tendencia* socialchovinista. 1) ¿De dónde procede el socialchovinismo? 2) ¿Qué le ha dado fuerza? 3) ¿Cómo hay que luchar contra él? Sólo así puede plantearse el problema en un terreno serio, ya que atribuir los hechos a "personalidades" equivale, en la práctica, a una simple escapatoria, una sutileza de sofista.

Para contestar a la primera pregunta debemos ver, en primer lugar, si el contenido ideológico y político del socialchovinismo está *vinculado* con alguna de las tendencias anteriores del socialismo, y en segundo lugar, desde el punto de vista de las actuales divisiones políticas, qué relación guarda la presente

¹⁵ Por cierto, para esto no era preciso en modo alguno cerrar *todos* los periódicos socialdemócratas en respuesta a la prohibición de escribir sobre el odio de clase y la lucha de clases. Aceptar la condición de no escribir sobre ello, como lo hizo *Iskra*, fue una infamia y una cobardía. *Iskra* ha muerto así *políticamente*. J. Martov tenía razón cuando lo dijo. Se podía, sin embargo, haber conservado los periódicos legales declarando que no eran de partido *ni socialdemócrata*, sino que estaban, simplemente, al servicio de las necesidades técnicas de parte de los obreros, es decir, que eran *periódicos no políticos*. ¿Por qué habría de ser imposible publicar literatura socialdemócrata ilegal, con una *evaluación* de la guerra, y otra obrera legal, *sin esa evaluación*, que no mintiera sino que guardase silencio sobre la verdad?

división de los socialistas en adversarios y defensores del socialchovinismo con las divisiones que la precedieron históricamente.

Por socialchovinismo entendemos la aceptación de la idea de defensa de la patria en la guerra imperialista actual, la justificación de la alianza de los socialistas con la burguesía y con los Gobiernos de "sus" países en esta guerra, la negativa a propugnar y apoyar las acciones revolucionarias del proletariado contra "su" propia burguesía, etc. Es del todo evidente que el contenido ideológico y político esencial del socialchovinismo coincide totalmente con las bases del oportunismo. Estas constituyen una y la misma tendencia. En las condiciones de la guerra de 1914-1915 el oportunismo engendra precisamente el socialchovinismo. Lo principal en el oportunismo es la idea de colaboración de clases. La guerra lleva esta idea a su culminación, añadiendo, por lo demás, a sus factores y estímulos ordinarios muchos otros extraordinarios, obligando a las masas pequeñoburguesas, dispersas, por medio de amenazas especiales y coerción, a colaborar con la burguesía. Es evidente que esta circunstancia amplía el círculo de los partidarios del oportunismo, con lo que queda bien explicado el paso de muchos radicales de ayer a este campo.

El oportunismo significa sacrificar los intereses vitales de las masas por los intereses temporarios de una insignificante minoría de obreros o, dicho en otros términos, la alianza de una parte de los obreros y la burguesía contra la masa del proletariado. La guerra ha hecho esta alianza especialmente evidente y forzosa. El oportunismo fue engendrado en el curso de décadas por las características especiales durante el período de desarrollo del capitalismo, cuando la existencia relativamente pacífica y culta "aburguesó" a una capa de obreros privilegiados, le proporcionó migajas de la mesa de sus capitalistas nacionales y la mantuvo al margen de las calamidades, los sufrimientos y la disposición revolucionaria de la masa empobrecida y miserable. La guerra imperialista es la continuación directa y la culminación de ese estado de cosas, porque es una guerra por los privilegios de las naciones que son grandes potencias, por el reparto de las colonias entre ellas y por ejercer su dominio sobre las demás naciones. Defender y consolidar su situación privilegiada de "capa superior" de pequeñoburgueses o de aristocracia (y de burocracia) de la clase obrera: tal es la continuación natural, en tiempos de guerra, de las esperanzas oportunistas pequeñoburguesas y de la táctica correspondiente; tal es la base económica del socialimperialismo de nuestros días¹⁶. Y, como es natural, la fuerza de la costumbre, la rutina de

16 Algunos ejemplos de la gran importancia que los imperialistas y los burgueses atribuyen a los privilegios nacionales y de "gran potencia" como medio para dividir a los obreros y apartarlos del socialismo. En su obra *La Gran Roma y la Gran Bretaña* (Oxford, 1912), el imperialista inglés Lucas reconoce que en el Imperio británico moderno los hombres de color no gozan de igualdad de derechos (pp. 96-97) e insiste en señalar que "en nuestro imperio los obreros blancos que trabajan al lado de los obreros de color no se comportan como camaradas, sino que el obrero blanco es más bien el capataz de aquellos" (p. 98). Erwin Belger, tesorero de la Liga Imperial contra los socialdemócratas, en el folleto *La socialdemocracia después de la Guerra* (1915) elogia la conducta de los socialdemócratas, los que deben convertirse —declara— en un

una evolución relativamente "pacífica", los prejuicios nacionales, el temor a los virajes bruscos y la falta de fe en estos, todo ello ha desempeñado el papel de circunstancias complementarias que reforzaron tanto el oportunismo como la conciliación hipócrita y cobarde con él, supuestamente sólo por algún tiempo, supuestamente sólo por causas y motivos especiales. La guerra modificó la fisonomía de un oportunismo cultivado durante décadas, lo elevó a un nivel superior, aumentó el número y la variedad de sus matices, multiplicó las filas de sus partidarios, enriqueció sus argumentos con un cúmulo de nuevos sofismas y fundió, por así decirlo, muchos nuevos arroyos y riachuelos con la corriente principal del oportunismo, pero esta última no desapareció. Al contrario.

El socialchovinismo es el oportunismo que ha madurado hasta tal punto que este absceso burgués no puede seguir existiendo *como hasta ahora* en los partidos socialistas.

Aquellos que no quieren ver la relación estrechísima e indisoluble entre el socialchovinismo y el oportunismo se aferran a hechos y "casos" aislados, afirmando que tal oportunista se ha convertido en internacionalista y que tal radical se ha vuelto chovinista. Pero esta clase de argumento no tiene ningún peso respecto del desarrollo de *tendencias*. En primer lugar, la base económica del chovinismo y el oportunismo en el movimiento obrero es la misma: la alianza de las poco numerosas capas superiores del proletariado y de la pequeñoburguesía —que no obtienen sino migajas de los privilegios de "su" capital nacional— contra la masa de proletarios, la masa de explotados y de oprimidos en general. En segundo lugar, el contenido ideológico-político de ambas corrientes es el mismo. En tercer lugar, en líneas generales, la antigua división, propia de la época de la II Internacional (1889-1914), de los socialistas en una tendencia oportunista y otra revolucionaria *corresponde* a la nueva división en chovinistas e internacionalistas.

Para convencerse de que esta última tesis es cierta uno debe recordar que la ciencia social (como toda ciencia en general) se ocupa de fenómenos *de masa* y no de hechos singulares. Tomemos diez países europeos: Alemania, Inglaterra,

"partido puramente obrero" (p. 43), "nacional", en un "partido obrero alemán" (p. 45) sin ideas "internacionalistas utópicas", "revolucionarias" (p. 44). En una obra sobre las inversiones de capitales en el extranjero (1907), el imperialista alemán Sartorius von Waltershausen censura a los socialdemócratas alemanes por ignorar "el bien de la nación" (p. 438), que consiste en la conquista de colonias, y ensalza a los obreros ingleses por su "realismo"; por ejemplo, por su lucha contra la inmigración. El diplomático alemán Ruedorffer, en un libro que trata acerca de los principios de la política mundial, subraya el hecho universalmente conocido de que la internacionalización del capital no elimina en absoluto la intensa lucha de los capitales nacionales por el poder, por la influencia, por la "mayoría de las acciones" (p. 161), y señala que los obreros se ven arrastrados por esta intensa lucha (p. 175). El libro lleva fecha de octubre de 1913 y el autor habla con toda claridad de los "intereses del capital" (p. 157) como causa de las guerras modernas; de que el problema de la "tendencia nacional" se ha convertido en la "clave" del socialismo (p. 176) y de que los gobiernos no tienen por qué temer las manifestaciones internacionalistas de los socialdemócratas (p. 177), quienes, en la práctica, se tornan cada vez más nacionales (pp. 103, 110 y 176). El socialismo internacional triunfará —dice— si se arranca a los obreros de la influencia nacional, pues nada se consigue sólo con la violencia; sin embargo, será derrotado si prevalece el sentimiento nacional (pp. 173-174).

Rusia, Italia, Holanda, Suecia, Bulgaria, Suiza, Francia y Bélgica. En los ocho primeros, la nueva división de los socialistas (de acuerdo con el internacionalismo) corresponde a la vieja división (de acuerdo con el oportunismo): en Alemania, el baluarte del oportunismo, la revista *Cuadernos mensuales socialistas* (*Sozialistische Monatshefte*), se ha convertido en baluarte del chovinismo. Las ideas del internacionalismo tienen el apoyo de la extrema izquierda. En Inglaterra, en el Partido Socialista británico cerca de tres séptimas partes son internacionalistas (según el último recuento, sesenta y seis votos en favor de la resolución internacionalista y ochenta y cuatro en contra), mientras que en el *bloque* de los oportunistas (Partido Laborista más fabianos más Partido Laborista Independiente) hay menos de una séptima parte de internacionalistas¹⁷. En Rusia, la revista liquidacionista *Nasha Zarya*, núcleo fundamental de los oportunistas, se ha convertido en el núcleo fundamental de los chovinistas. Plejanov y Alexinsky hacen más ruido, pero nosotros sabemos, por los cinco años de experiencia (1910-1914), que son incapaces de realizar una propaganda sistemática entre las masas en Rusia. El núcleo principal de los internacionalistas son en Rusia el "pravdismo" y el Grupo Obrero Socialdemócrata Ruso en la Duma como representantes de los obreros de avanzada que reconstruyeron el Partido en enero de 1912.

En Italia, el partido de Bissolati y Cia., que era netamente oportunista, se ha vuelto chovinista. El internacionalismo está representado por el partido *obrero*. Las masas obreras están por este partido; los oportunistas, los parlamentarios y los pequeñoburgueses están a favor del chovinismo. Durante varios meses una elección libre pudo realizarse, y realmente se realizó, en Italia, no por casualidad, sino de acuerdo con la diferente situación de clase de los proletarios de base y de las capas pequeñoburguesas.

En Holanda el partido oportunista de Troelstra se reconcilió con el chovinismo en general (no hay que dejarse engañar por el odio especial que los pequeñoburgueses de este país, igual que los grandes, sienten por Alemania, capaz, cosa muy probable, de "devorarlos"). El partido marxista encabezado por Gorter y Pannekoek ha dado internacionalistas consecuentes, sinceros, ardientes y convencidos. En Suecia, el dirigente oportunista Branting se indigna porque se acusa de traición a los socialistas alemanes, y el jefe de la izquierda, Höglund, afirma que tal es el punto de vista de algunos de sus partidarios (véase el N.º 36 de *Social-Demokraten*). En Bulgaria, los adversarios del oportunismo, los "tesnyaki", acusan en su revista (*Tiempos nuevos*) a los socialdemócratas alemanes de "haber cometido una villanía". En Suiza, los partidarios del oportunista Greulich se inclinan a justificar a los socialdemócratas alemanes (véase su órgano de prensa, *El derecho del pueblo*, que aparece en Zúrich), en tanto que

17 Por lo general, sólo se compara al Partido Laborista Independiente con el Partido Socialista británico. Esto es un error. Debe tomarse en cuenta lo esencial, no las formas de organización. Veamos los diarios: había *dos* de ellos, uno (*Daily Herald*) pertenecía al Partido Socialista británico, y el otro (*Daily Citizen*), al *bloque* de los oportunistas. Los diarios hacen el trabajo efectivo de propaganda, de agitación y organización.

los partidarios de R. Grimm, hombre mucho más radical, han hecho del periódico de Berna (*Berner Tagwacht*) el órgano de los alemanes de izquierda. Sólo dos de los diez países, Francia y Bélgica, constituyen una excepción, aunque también se observa en este caso, si no exactamente falta de internacionalistas, que estos están en extremo debilitados y abatidos (en parte por razones perfectamente comprensibles); no olvidemos que el propio Vaillant confesaba en *L'Humanité* haber recibido de sus lectores cartas de tendencia internacionalista, *ninguna* de las cuales publicó íntegra!

En general, si se consideran las corrientes y las tendencias, no se puede dejar de reconocer que fue precisamente el ala oportunista del socialismo europeo la que traicionó al socialismo y desertó al chovinismo. ¿Cuál es el origen de su fuerza, de su aparente omnipotencia en los partidos oficiales? Ahora que él mismo está envuelto, Kautsky, que sabe plantear muy bien los problemas históricos, especialmente con referencia a la antigua Roma y a otros temas por el estilo no demasiado vinculados con problemas de nuestros tiempos, pretende hipócritamente no entender. Pero el problema no puede ser más claro. Lo que ha dado a los oportunistas y a los chovinistas una fuerza gigantesca es su alianza con la burguesía, con los Gobiernos y los Estados Mayores. En Rusia se olvida esto con mucha frecuencia y se considera que los oportunistas son una parte de los partidos socialistas, que siempre hubo y habrá en ellos dos alas extremas, que todo se reduce a evitar los "extremismos", etc., etc., como dicen todas las sentencias filisteas.

En la realidad, la pertenencia formal de los oportunistas a los partidos obreros no excluye en absoluto que aquellos sean —objetivamente— un destacamento político de la burguesía, vehículos de su influencia, agentes de esta en el movimiento obrero. Cuando el oportunista Südekum, famoso a la manera de Eróstrato, demostró convincentemente esta verdad social y de clase, mucha buena gente se quedó sin aliento producto del asombro. Los socialistas franceses y Plejanov empezaron a señalar con el dedo a Südekum, aunque hubiera bastado con que Vandervelde, Sembat y Plejanov se mirasen al espejo para ver en él *precisamente* a Südekum con una fisonomía nacional un tanto modificada. Los miembros del Comité Central alemán (*Vorstand*) que elogian a Kautsky y son elogiados por él se apresuraron a declarar prudente, modesta y cortésmente (sin nombrar a Südekum) que estaban "en desacuerdo" con la línea de Südekum.

Esto es ridículo, pues en los hechos, en la política práctica del Partido Socialdemócrata alemán Südekum resultó por sí solo más fuerte en el momento decisivo que un centenar de Haase y de Kautsky (como *Nasha Zarya*, que por sí sola resultó más fuerte que todas las tendencias del bloque de Bruselas que tenían romper con ella). ¿Por qué? Justamente porque detrás de Südekum están la burguesía, el Gobierno y el Estado Mayor de una gran potencia, que apoyan de mil maneras la política de Südekum, mientras que la política de sus adversarios es reprimida por todos los medios, incluidos la cárcel y el fusilamiento. La prensa burguesa difunde en millones de ejemplares las palabras de

Südekum (así como las de Vandervelde, Sembat y Plejanov), ¡en tanto que es imposible enterarse en la prensa legal de lo que dicen sus adversarios debido a que hay censura militar!

Todos están de acuerdo en que el oportunismo no es un fenómeno casual, un pecado, un error, ni la traición de individuos aislados; es el producto social de toda una época histórica. Pero no todos meditan sobre la importancia de esta verdad. El oportunismo es el fruto del legalismo. Los partidos obreros de la época que va de 1889 a 1914 debían aprovechar la legalidad burguesa. Cuando se produjo la crisis fue preciso pasar a la actividad ilegal (paso que sólo puede efectuarse mediante una energía y una resolución extraordinarias, combinadas con innumerables estratagemas). Un solo Südekum es suficiente para evitar la adopción de métodos ilegales porque, hablando en un lenguaje histórico-filosófico, tiene tras de sí a todo el "viejo mundo" y porque él, Südekum, siempre ha revelado y siempre revelará a la burguesía todos los planes de lucha de su enemigo de clase, hablando en el sentido de la política práctica.

Es un hecho que en su totalidad el Partido Socialdemócrata alemán (y esto es válido para los franceses y demás) hace sólo lo que agrada o puede ser tolerado por Südekum. Ninguna otra cosa puede hacerse legalmente. Cuanto de honrado y verdaderamente socialista se haga en el Partido Socialdemócrata alemán se lo hace *contra* sus centros, *al margen* de sus órganos ejecutivo y central; se lo hace *violando* la disciplina orgánica, de manera *facinorosa*, en nombre de nuevos centros anónimos de un nuevo partido, como fue el caso, por ejemplo, del manifiesto de los izquiendistas alemanes que publicó *Berner Tagwacht* el 31 de mayo de este año¹⁸. Crece, se fortalece y organiza, en efecto, un nuevo partido verdaderamente obrero, verdaderamente socialdemócrata revolucionario, distinto del viejo y descompuesto partido nacional liberal de los Legien-Südekum-Kautsky-Haase-Scheidemann y Cía.¹⁹.

De ahí la profunda verdad histórica que el oportunista *Monitor* dejó escapar por descuido en el conservador *Anuario prusiano* cuando manifestó que sería perjudicial para los oportunistas (*léase: para la burguesía*) que la socialdemocracia actual *evolucionase hacia la derecha*, pues entonces los obreros se apartarían de ella. Los oportunistas (y la burguesía) tienen necesidad precisamente del

18 La revista suiza *Berner Tagwacht* publicaba los escritos del *Spartakusbund*. Allí se publicó el manifiesto de K. Liebknecht, *El enemigo principal está en nuestro propio país* [NdlE].

19 Lo que ocurrió antes de la histórica votación del 4 de agosto es sumamente característico. El partido oficial echó sobre ello el manto de la hipocresía burocrática: la mayoría decidió y todos votaron a *favor* como un solo hombre. Pero la revista *Die Internationale Ströbel* denunció esta hipocresía y reveló la verdad. Los diputados socialdemócratas en el Reichstag estaban divididos en dos grupos, que se presentaron con un ultimátum preparado, es decir, con una resolución disidente, o sea, divisionista. Un grupo de los oportunistas —unas treinta personas— decidió, *en cualquier caso*, votar a *favor*; el otro, el de la izquierda —unas quince personas— resolvió con menos firmeza votar en contra. Cuando el "centro" o el "pantano", que no tenía posición firme, votó con los oportunistas, la izquierda se vio totalmente derrotada y... ¡se sometió! La "unidad" de la socialdemocracia alemana es pura hipocresía y encubre en los hechos la sumisión inevitable al ultimátum de los oportunistas.

partido actual, que *ambina* el ala derecha e izquierda y está representado en forma oficial por Kautsky, un hombre capaz de conciliar cualquier cosa con expresiones corteses "enteramente marxistas". En palabras, para el pueblo, para las masas, para los obreros: socialismo y espíritu revolucionario; en los hechos, *súdekunismo*, es decir, unión con la burguesía ante *cualquier* crisis sería. Decimos ante *cualquier* crisis, porque no sólo en tiempos de guerra, sino también en cualquier huelga política sería, tanto la Alemania "feudal" como la "libre y parlamentaria" Inglaterra o Francia impondrán *inmediatamente* la ley marcial con uno u otro nombre. Nadie que esté en su sano juicio y tenga buena memoria podrá dudar de ello.

De aquí se desprende la respuesta al problema antes planteado: *cómo* luchar contra el socialchovinismo? El socialchovinismo es el oportunismo que ha madurado hasta tal punto, crecido tan fuerte y envalentonado durante el prolongado período de capitalismo relativamente "pacífico"; que hasta tal punto se ha definido en el plano ideológico-político y que ha establecido un vínculo tan estrecho con la burguesía y los Gobiernos, que ya *es imposible* tolerar la existencia de *semillante tendencia dentro de* los partidos obreros socialdemócratas. Zapatos con suelas delgadas pueden ser suficientemente buenos para caminar por las calles urbanizadas de una pequeña ciudad de provincia, pero para subir a una montaña son indispensables pesadas botas bien claveteadas. En Europa, el socialismo ya ha rebasado la etapa relativamente pacífica y limitada a los estrechos marcos nacionales. Con la guerra de 1914-1915 entró en la etapa de las acciones revolucionarias y sin duda alguna ha llegado el momento de la ruptura completa con el oportunismo, de su expulsión de los partidos obreros.

Esta definición de las tareas con las que la nueva era de desarrollo internacional enfrenta al socialismo no muestra inmediatamente con qué rapidez y bajo qué formas se separarán los partidos obreros socialdemócratas revolucionarios de los partidos oportunistas pequeñoburgueses. Pero sí se deduce la necesidad de comprender con claridad que esa separación es inevitable y que hay que orientar justamente en este sentido toda la política de los partidos obreros. La guerra de 1914-1915 marca un viraje tan grande en la historia que la actitud hacia el oportunismo *no puede* seguir siendo la de antes. Es imposible dar por no ocurrido aquello que pasó; imposible borrar de la conciencia de los obreros, ni de la experiencia de la burguesía, ni de las conquistas políticas de nuestra época en general el hecho de que los oportunistas, en un momento de crisis, constituyeron el núcleo de los elementos que, en los partidos obreros, se pusieron del lado de la burguesía. Antes de la guerra, el oportunismo —hablamos en una escala europea— se encontraba, por así decirlo, en su juventud. Con la guerra ha llegado definitivamente a la edad viril y ya no es posible devolverle su "inocencia" y juventud. Ha madurado toda una capa social de parlamentarios, periodistas, funcionarios del movimiento obrero, empleados privilegiados y ciertos sectores del proletariado que se ha *amalgamado* con su

burguesía nacional y a la que esta burguesía supo valorar y "adaptar". No es posible volver atrás o detener la rueda de la historia; se puede y se debe marchar adelante sin temor, pasar de las organizaciones preparatorias legales, de la clase obrera, que son prisioneras del oportunismo, a las organizaciones revolucionarias, que saben no limitarse a la legalidad y son capaces de protegerse de la traición del oportunismo; a las organizaciones del proletariado que inicia la "lucha por el poder", la lucha por el derrocamiento de la burguesía.

Por ello es evidente, entre otras cosas, cuán erróneo es el punto de vista de quienes oscurecen la propia conciencia y la de los obreros preguntándose cómo hacer con cada personalidad destacada de la II Internacional, con Guesde, Plejanov, Kautsky, etc. En la realidad no hay problema: si estos hombres no comprenden las nuevas tareas tendrán que quedarse al margen o seguir, como hasta ahora, prisioneros de los oportunistas. Y si se liberan de esta "prisión" es poco probable que haya obstáculos *políticos* para su retorno al campo de los revolucionarios. En todo caso, es absurdo sustituir el problema de la lucha entre tendencias y del cambio de épocas del movimiento obrero por el del papel de algunas personalidades.

VIII

Las organizaciones legales de masas de la clase obrera son, quizás, el rasgo característico más importante de los partidos socialistas de la época de la II Internacional. Las más poderosas eran las del partido alemán y fue allí donde la guerra de 1914-1915 creó la más aguda crisis y planteó la cuestión de manera más tajante. Es evidente que el inicio de acciones revolucionarias significaba la disolución, por parte de la Policía, de las organizaciones legales; y el viejo partido, desde Legien hasta Kautsky inclusive, sacrificó los objetivos revolucionarios del proletariado para salvar las actuales organizaciones legales. Por mucho que se lo niegue, los hechos así lo prueban. El derecho del proletariado a la revolución fue vendido por el plato de lentejas de las organizaciones autorizadas por la ley policiaca vigente.

Tomemos el folleto de Karl Legien, dirigente de los sindicatos socialdemócratas de Alemania, *¿Por qué los funcionarios sindicales deben participar más en la vida interna del partido?* (Berlín, 1915). Es el informe que el autor presentó el 27 de enero de 1915 en una reunión de funcionarios del movimiento sindical. Durante su informe Legien dio lectura a un documento muy interesante, que reprodujo en su folleto y que de otro modo la censura militar nunca habría dejado pasar. Este documento, presentado como "materiales para los asesores del distrito de Niederbarnim" (suburbio de Berlín), es una exposición de los puntos de vista de los socialdemócratas alemanes de izquierda, de su protesta contra el partido. Los socialdemócratas revolucionarios —se dice en el documento— no previeron ni podían prever un factor, a saber:

Que toda la fuerza organizada del Partido Socialdemócrata alemán y de los sindicatos se puso de parte del Gobierno beligerante; toda esta fuerza fue utilizada para aplastar la energía revolucionaria de las masas (p. 34 del folleto de Legien).

Esta es una verdad indudable. También es cierta la siguiente afirmación de ese mismo documento:

El voto del grupo socialdemócrata del 4 de agosto prueba que una diferente actitud —por profundamente arraigada que estuviera en las masas— no podría haberse mantenido bajo la dirección de un partido probado. Podría haberse mantenido sólo contra la voluntad de las instancias del partido, sólo a condición de que se venciera la resistencia del partido y de los sindicatos (*ibidem*).

Esta es una verdad indudable.

Si el grupo socialdemócrata hubiera cumplido su deber el 4 de agosto es probable que, entonces, la forma exterior de la organización hubiese sido destruida, pero el espíritu habría permanecido, el espíritu que animó al partido durante la ley de excepción y que le ayudó a superar todas las dificultades (*ibidem*).

En el folleto de Legien se señala que el grupo de "caudillos" que él reunió para hacerles oír su informe y que se califican de dirigentes y funcionarios sindicales *rieron a carajadas* cuando escucharon eso. Les parecía *ridículo* la idea de que es posible y necesario crear organizaciones revolucionarias ilegales (como bajo la vigencia de la ley de excepción) en un momento de crisis. Y Legien, como el más fiel perro guardián de la burguesía, se golpeó el pecho y exclamó:

Es evidente que se trata de una idea anarquista: destrozarse las organizaciones para forzar a las masas a resolver el problema. No tengo la menor duda de que es una idea anarquista.

"¡Muy bien! ¡Muy bien!", gritaron a coro (*ibid.*, p. 37) los lacayos de la burguesía que se dicen dirigentes de las organizaciones socialdemócratas de la clase obrera.

Un cuadro muy edificante. Esta gente está tan corrompida y embrutecida por la legalidad burguesa que ni siquiera puede *comprender* la necesidad de *otras* organizaciones, de organizaciones *ilegales* que dirijan la lucha revolucionaria. Esta gente ha llegado hasta imaginar que los gremios legales, que existen con autorización de la Policía, constituirían un límite que no se puede pasar y que, en general, se puede concebir el *mantenimiento* de esos gremios, en una época de crisis, ¡como gremios *dirigentes*! He ahí la dialéctica viva del oportunismo: el crecimiento corriente de los gremios legales, la costumbre corriente de los filisteos obtusos pero concienzudos de limitarse a llevar libros de contabilidad

dio como resultado que, en un momento de crisis, esos concienzudos pequeño-burgueses se convirtieran en entregadores, en traidores, y *ahogaran* la energía revolucionaria de las masas. Y esto no es casual. Es necesario pasar a la organización revolucionaria; lo exige una situación histórica modificada; lo reclama la época de las acciones revolucionarias del proletariado; pero este tránsito sólo puede efectuarse *pasando por encima* de los viejos dirigentes, de los que han ahogado esa energía revolucionaria; *pasando por encima* del viejo partido, por medio de su *destrucción*.

Claro está que los pequeño-burgueses contrarrevolucionarios claman: "¡Es anarquismo!"; el oportunista E. David clamaba también acerca del "anarquismo" cuando censuraba a Karl Liebknecht. Al parecer, en Alemania no quedan más socialistas honrados que esos dirigentes a los que los oportunistas reprochan su anarquismo.

Tomemos el ejército moderno. Es un buen ejemplo de organización. Y esta organización es buena únicamente porque es *flexible* y capaz, al mismo tiempo, de dotar a millones de hombres de una *voluntad única*. Hoy estos millones de hombres están en sus casas en diferentes rincones del país. Mañana, cuando sea ordenada una movilización, se reunirán en los puntos señalados. Hoy permanecen en las trincheras, en las que a veces pasan meses enteros. Mañana, en otro orden, se lanzarán al ataque. Hoy hacen maravillas ocultándose de las balas y de la metralla. Mañana harán maravillas en el combate abierto. Hoy sus destacamentos de vanguardia colocan minas bajo tierra; mañana avanzarán decenas de verstas siguiendo las indicaciones de los aviadores que sobrevuelan la tierra. Cuando, en la búsqueda de un objetivo único y animado por una voluntad única, millones alteran las formas de su comunicación y de su comportamiento, cambian el lugar y el método de su actividad, cambian sus herramientas y armas de acuerdo con las condiciones cambiantes y las exigencias de la lucha; esto es una organización genuina.

Lo mismo puede decirse de la lucha de la clase obrera contra la burguesía. Hoy no hay una situación revolucionaria, no existen condiciones para que haya agitación en las masas, para intensificar su grado de actividad; hoy pusieron en tus manos la boleta electoral: tómalala, aprende a organizarte para usarla como un arma contra tus enemigos, no como medio para enviar al parlamento, a cargos cómodos, a hombres que se aferran a la banca por temor a la cárcel. Mañana te quitarán la boleta electoral y pondrán en tus manos un fusil y un espléndido cañón de tiro rápido, última palabra de la técnica: toma entonces estas armas de muerte y destrucción, no escuches a los sentimentales a quienes nada les cae bien, temerosos de la guerra; hay todavía mucho en el mundo que *debe ser* destruido a sangre y fuego para la emancipación de la clase obrera. Y si en las masas crecen la ira y la desesperación, si existe una situación revolucionaria, prepárate para crear nuevas organizaciones y usar esas armas de muerte y destrucción tan útiles *contra* tu gobierno y tu *propia* burguesía.

Ciertamente, esto no es fácil. Requiere arduas actividades preparatorias. Exige duros sacrificios. Es un *nuevo* aspecto de la organización y de la lucha que *hay que aprender* también, pero no hay ciencia sin errores ni derrotas. Este aspecto de la lucha de clases está en relación con la participación en las elecciones del mismo modo en que un ataque contra una fortaleza está en relación con las maniobras, marchas o permanencia en las trincheras. En la historia, este aspecto de la lucha está *muy pocas veces* a la orden del día, aunque su significación y sus consecuencias se extienden a décadas enteras. Los *días* en que *tales métodos* de lucha pueden y deben ser empleados equivalen a veintenas de años de otras épocas históricas.

Comparemos a K. Kautsky con K. Legien:

Mientras el partido fue pequeño —escribe Kautsky—, cualquier protesta contra la guerra era, desde el punto de vista de la propaganda, un acto valiente [...] la conducta de los camaradas rusos y serbios mereció en los últimos tiempos el reconocimiento general. Cuanto más fuerte se torna el partido, tanto más se entrelazan en los motivos de sus resoluciones las consideraciones propagandísticas con el cálculo de las consecuencias prácticas, tanto más difícil resulta dar en igual medida lo que corresponde a los motivos de uno y otro género, aunque, por otra parte, no se pueden despreciar unos ni otros. Por eso, cuanto más fuertes somos, tanto más fácilmente surgen divergencias entre nosotros ante cualquier situación nueva y complicada (*El internacionalismo y la guerra*, p. 30).

Estos argumentos de Kautsky sólo se diferencian de los argumentos de Legien por su hipocresía y cobardía. En el fondo, Kautsky apoya y justifica la infame renuncia de los Legien a la actividad revolucionaria, pero lo hace disimuladamente, sin definirse claramente, haciendo insinuaciones, limitándose a hacer reverencias, tanto ante Legien como ante la conducta revolucionaria de los rusos. Nosotros, los rusos, estamos acostumbrados a ver este tipo de actitudes hacia los revolucionarios sólo entre los liberales: estos siempre están dispuestos a reconocer la “valentía” de los revolucionarios, pero, al mismo tiempo, por nada del mundo reniegan de su táctica archioportunista. Los revolucionarios que se respetan no aceptarán las “expresiones de reconocimiento” de Kautsky. Al contrario, rechazarán con indignación tal planteo del problema. Si es cierto que no existía una situación revolucionaria y que la propaganda de las acciones revolucionarias no era obligatoria, entonces era *errónea* la conducta de los rusos y de los serbios, entonces su táctica era equivocada. Sería bueno que caballeros como Legien y Kautsky tuvieran al menos la valentía de la propia opinión, que lo dijeran abiertamente.

Pero si la táctica de los socialistas rusos y serbios merece “reconocimiento”, entonces es erróneo, es criminal justificar la táctica *opuesta* de los partidos “fuertes”, del alemán, del francés, etc. Con la expresión intencionadamente vaga de “consecuencias prácticas” Kautsky *ha oculto* la simple verdad de que

los partidos grandes y fuertes *temieron* la disolución de sus organizaciones, la incautación de sus fondos y el arresto de sus dirigentes por el Gobierno. Lo que quiere decir que Kautsky, mediante consideraciones acerca de las desagradables "consecuencias prácticas" de la táctica revolucionaria, justifica la traición al socialismo. ¿No es esto prostituir el marxismo?

"Nos hubieran detenido", se dice que declaró en Berlín, en una asamblea obrera, uno de los diputados socialdemócratas que votaron el 4 de agosto en favor de los créditos. Y los obreros le respondieron a gritos: "¿Y qué habría habido de malo en ello?".

A falta de otra *señal* para transmitir a las masas obreras de Alemania y de Francia el espíritu revolucionario y la idea de la necesidad de preparar las acciones revolucionarias, el arresto de un diputado por un discurso audaz habría desempeñado un papel útil como llamamiento a *unificar* en la labor revolucionaria a los proletarios de los diversos países. Esa unificación *no es fácil*: razón de sobra para que los diputados, que desde lo alto de su posición tienen una visión de conjunto de la política, *tomaran la iniciativa*.

Es indiscutible que no sólo durante la guerra, sino siempre que se agrave la situación política, para no hablar ya de cualesquiera acciones revolucionarias de masas, el gobierno del país burgués *más libre* amenazará siempre con disolver las organizaciones legales, apoderarse de sus fondos, arrestar a los dirigentes y otras "consecuencias prácticas" por el estilo. ¿Qué hacer, entonces? ¿Justificar por ello a los oportunistas, como hace Kautsky? Eso sería consagrar la transformación de los partidos socialdemócratas en partidos obreros nacional-liberales.

Para un socialista la conclusión puede ser sólo una: el legalismo puro, el legalismo sin más de los partidos "europeos" ha caducado y se ha convertido, en virtud del desarrollo del capitalismo de la etapa preimperialista, en la base de la política obrera burguesa. Es preciso que se lo complete con la creación de una base ilegal, de una organización ilegal, de una labor socialdemócrata ilegal, sin por ello abandonar ninguna posición legal. *Cómo* debe hacerse lo dirá la experiencia siempre que haya deseos de emprender este camino, siempre que se tenga conciencia de su necesidad. Los socialdemócratas revolucionarios de Rusia mostraron en 1912-1914 que este problema puede ser resuelto. El diputado obrero Muranov —que fue quien mejor se comportó ante el tribunal y al que el zarismo envió a Siberia— dio pruebas evidentes de que, además del parlamentarismo *ministerial* (que abarca desde Henderson, Sembat y Vandervelde hasta Südekum y Scheidemann, que son también del todo, del todo "ministeriales", isólo que no los dejan pasar de la antesala!), existe asimismo el parlamentarismo *ilegal y revolucionario*. Dejemos a los Kosovsky y los Potresov extasiarse ante el parlamentarismo "europeo" de los lacayos o aceptarlo; nosotros nunca nos cansaremos de repetir a los obreros que *ese* legalismo, que *esa* socialdemocracia de los Legien, los Kautsky y los Scheidemann sólo merece desprecio.

IX

Resumamos.

La bancarrota de la II Internacional se ha expresado con el mayor relieve en la escandalosa traición de la mayoría de los partidos socialdemócratas oficiales de Europa a sus convicciones y a sus solemnes resoluciones de Stuttgart y Basilea. Pero esta bancarrota, que marca el triunfo total del oportunismo, la transformación de los partidos socialdemócratas en partidos obreros nacional-liberales, no es más que el resultado de toda la época histórica de la II Internacional de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Las condiciones objetivas de esta época —de transición desde la culminación de las revoluciones burguesas y nacionales en la Europa occidental hasta el comienzo de las revoluciones socialistas— engendraron y alimentaron el oportunismo. En algunos países europeos observamos durante ese período la división del movimiento obrero y socialista, que se produce, en general, siguiendo la línea del oportunismo (Inglaterra, Italia, Holanda, Bulgaria y Rusia); en otros, hay una lucha larga y tenaz de tendencias que sigue la misma línea (Alemania, Francia, Bélgica, Suecia y Suiza).

La crisis creada por la gran guerra arrancó los velos, barrió las convenciones, descubrió el absceso hace tiempo maduro y mostró al oportunismo en su verdadero papel de aliado de la burguesía. Se ha convertido en imperiosa la completa separación organizativa de este elemento de los partidos obreros. La época del imperialismo no permite la convivencia en un mismo partido de los hombres de vanguardia del proletariado revolucionario y de la aristocracia semipequeñoburguesa de la clase obrera, que aprovecha las migajas de los privilegios que otorga el estatus de "gran potencia" de su "propia nación". La vieja teoría que presenta al oportunismo como un "matiz legítimo" dentro de un partido único, ajeno a los "extremos", es hoy el peor engaño a los obreros y el peor obstáculo para el movimiento obrero. El oportunismo franco, que provoca el repudio inmediato de la masa obrera, no es tan terrible ni perjudicial como la teoría del justo término medio, que justifica la práctica oportunista con palabrerío marxista, que recurre a incontables sofismas para demostrar que las acciones revolucionarias son inoportunas, etc. Kautsky, que es el representante más eminente de esta teoría y, al mismo tiempo, la figura más autorizada de la II Internacional, se ha mostrado como un consumado hipócrita y como un maestro en el arte de prostituir el marxismo. No han quedado, en el partido alemán, entre sus millones de hombres, socialdemócratas honrados, políticamente conscientes y revolucionarios que no se aparten con indignación de esa "autoridad" defendida con ardor por los Südekum y los Scheidemann.

Las masas proletarias —de las que sus antiguos líderes probablemente en sus nueve décimas partes se apartaron para acercarse a la burguesía— se encontraron divididas e impotentes ante el desenfreno del chovinismo, ante la opresión de la ley marcial y de la censura militar. Es inevitable, sin embargo, que la situación

revolucionaria objetiva que produjo la guerra, y que se extiende y abonda sin cesar, engendre sentimientos revolucionarios, temple e instruya a los mejores y más políticamente conscientes proletarios. No se trata sólo de una posibilidad, sino que crece día a día la perspectiva de que se produzca un cambio rápido en el estado de ánimo de las masas, similar al que derivó en Rusia, a comienzos de 1905, de la "gaponada"²⁰, cuando en unos pocos meses, a veces en semanas, surgió de las capas proletarias atrasadas un ejército de millones de hombres que siguió a la vanguardia revolucionaria del proletariado. Es imposible saber si inmediatamente después de esta guerra, durante ella, etc., se desarrollará un poderoso movimiento revolucionario, pero de todos modos sólo la labor que se realice en esta dirección merece llamarse socialista. La consigna que generaliza y orienta esta labor, la consigna que contribuye a unir y cohesionar a quienes desean ayudar a la lucha revolucionaria del proletariado, contra el propio gobierno y contra la propia burguesía, es la consigna de la guerra civil.

En Rusia, la separación completa de los elementos proletarios socialdemócratas revolucionarios respecto de los elementos pequeñoburgueses oportunistas ha sido preparada por toda la historia del movimiento obrero. Y prestan a éste el peor de los servicios quienes vuelven la espalda a esta historia y declaman contra el "divisionismo", con lo cual se privan de la posibilidad de comprender el verdadero proceso de formación del partido proletario en Rusia, que se fue creando en una lucha de largos años contra las distintas variedades del oportunismo. De todas las "grandes" potencias que toman parte en la presente guerra, en estos últimos tiempos sólo Rusia ha vivido una revolución: su contenido burgués, unido al papel decisivo del proletariado, tenía que dar lugar a la división entre las tendencias burguesas y proletarias en el movimiento obrero. Durante todo un período de casi veinte años (de 1894 a 1914), en el que ha existido la socialdemocracia rusa como una organización ligada al movimiento obrero de masas (y no sólo como una tendencia ideológica como en 1883-1894), existió una lucha entre la tendencia revolucionaria proletaria y la tendencia oportunista pequeñoburguesa. El "economismo" de 1894-1902 fue, sin duda alguna, una tendencia de este último carácter. Muchos de los argumentos y los rasgos de su ideología —la deformación "estruvista" del marxismo, las referencias a la "masa" para justificar el oportunismo, etc.— nos recuerdan asombrosamente el actual marxismo envilecido de Kautsky, Cunow, Plejánov y demás. Sería una tarea muy útil recordar a la actual generación de socialdemócratas el viejo periódico *Rabocheye Mysl*²¹ y *Rabocheye Dyelo* a modo de paralelo con el Kautsky de nuestros días.

El "menchevismo" del período siguiente (1903-1908) fue el sucesor directo del "economismo", no sólo en el terreno ideológico, sino también en el

20 En referencia al cura Gapon, quien encabezó la manifestación de enero de 1905 que fuera reprimida por el zarismo y que inició la primera Revolución Rusa [NdE].

21 *Rabochaya Mysl* (El pensamiento obrero), editado por un grupo de "economistas" en Rusia, salió desde octubre de 1897 hasta diciembre de 1902; sus colaboradores fueron K. M. Tajariov y otros [NdE].

organizativo. Durante la revolución rusa su táctica significó objetivamente la supeditación del proletariado a la burguesía liberal y expresó las tendencias oportunistas pequeñoburguesas. Cuando en el período siguiente (1908-1914) el torrente principal de la tendencia menchevique dio nacimiento al liquidacionismo, el carácter de clase de esta tendencia se hizo tan evidente que los mejores representantes del menchevismo no dejaron de protestar contra la política del grupo de *Nasha Zarya*. ¡Y este grupo —el único que durante los últimos cinco o seis años realizó una labor sistemática entre las masas *contra* el partido revolucionario marxista de la clase obrera— resultó *socialchevinista* en la guerra de 1914-1915! Y ello en un país donde la autocracia está viva, donde la revolución burguesa no ha culminado aún ni de lejos y donde el 43% de la población oprime a una mayoría de naciones “no rusas”. El tipo de desarrollo “europeo” en que ciertas capas de la pequeñoburguesía, sobre todo los intelectuales, y una parte insignificante de la aristocracia obrera pueden “gozar” de los privilegios que la situación de “gran potencia” de “su” nación les proporciona tenía que manifestarse también en Rusia.

La clase obrera y el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia han sido preparados por toda su historia para una táctica “internacionalista”, es decir, para una táctica auténtica y sistemáticamente revolucionaria.

P.D.: Este artículo estaba ya compuesto cuando apareció en los periódicos el “manifiesto” obra de Kautsky y Haase, en compañía de Bernstein, quienes, dándose cuenta de que las masas evolucionan hacia la izquierda, están ahora dispuestos a “conciliar” con la izquierda, claro que al precio de mantener la “paz” con los Südekum. ¡En verdad, *Mädchen für alle!*

TRES FUENTES Y TRES PARTES INTEGRANTES DEL MARXISMO¹

La doctrina de Marx suscita en todo el mundo civilizado la mayor hostilidad y el odio de toda la ciencia burguesa (tanto la oficial como la liberal), que ve en el marxismo algo así como una "secta perniciosa". Y no puede esperarse otra actitud, pues en una sociedad que tiene como base la lucha de clases no puede existir una ciencia social "imparcial". De uno u otro modo, *toda* la ciencia oficial y liberal *defiende* la esclavitud asalariada, mientras que el marxismo ha declarado una guerra implacable a esa esclavitud. Esperar que la ciencia sea imparcial en una sociedad de esclavitud asalariada sería la misma absurda ingenuidad que esperar imparcialidad por parte de los fabricantes en lo que se refiere al problema de si deben aumentarse los salarios de los obreros disminuyendo los beneficios del capital.

Pero hay más. La historia de la filosofía y la historia de la ciencia social muestran con diáfana claridad que en el marxismo *nada* hay que se parezca al "sectarismo", en el sentido de que sea una doctrina fanática, petrificada, surgida *al margen* de la vía principal que ha seguido el desarrollo de la civilización mundial.

Por el contrario, lo genial en Marx es, precisamente, que dio respuesta a los problemas que el pensamiento de avanzada de la humanidad había planteado ya. Su doctrina surgió como la *continuación* directa e inmediata de las doctrinas de los más grandes representantes de la filosofía, la economía política y el socialismo.

La doctrina de Marx es omnipotente porque es verdadera. Es completa y armónica, y brinda a los hombres una concepción integral del mundo, intransigente con toda superstición, con toda reacción y con toda defensa de la opresión burguesa. El marxismo es el heredero legítimo de lo mejor que la humanidad creó en el siglo XIX: la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés.

Nos detendremos brevemente en estas tres fuentes del marxismo, que constituyen, a la vez, sus partes integrantes.

I

La filosofía del marxismo es el *materialismo*. A lo largo de toda la historia moderna de Europa, y en especial en Francia a fines del siglo XVIII, donde

1. Publicado en *Proletariatshe* N.º 3, marzo de 1913. Escrito en homenaje al treinta aniversario de la muerte de Karl Marx.

se desarrolló la batalla decisiva contra toda la confusión medieval, contra el feudalismo en las instituciones y en las ideas, el materialismo se mostró como la única filosofía consecuente, fiel a las enseñanzas de las ciencias naturales, hostil a la superstición, a la hipocresía, etc. Por eso, los enemigos de la democracia empeñaron todos sus esfuerzos para tratar de "refutar", minar, difamar el materialismo y salieron en defensa de las diversas formas del idealismo filosófico, que se reduce siempre, de una u otra forma, a la defensa o el apoyo de la religión.

Marx y Engels defendieron del modo más enérgico el materialismo filosófico y explicaron reiteradas veces el profundo error que significaba toda desviación de esa base. En las obras de Engels *Ludwig Feuerbach* y *Anti-Dühring*, que —al igual que el *Manifiesto Comunista*— son los libros de cabecera de todo obrero con conciencia de clase, es donde aparecen expuestas con mayor claridad y detalle sus opiniones.

Pero Marx no se detuvo en el materialismo del siglo XVIII, sino que desarrolló la filosofía llevándola a un nivel superior. La enriqueció con los logros de la filosofía clásica alemana, en especial con el sistema de Hegel, el que, a su vez, había conducido al materialismo de Feuerbach. El principal de estos logros es la *dialéctica*, es decir, la teoría del desarrollo en su forma más completa, profunda y exenta de estrechez, teoría de la relatividad del conocimiento humano que nos da la imagen de la materia en perpetuo desarrollo. Los últimos descubrimientos de las ciencias naturales —el radio, los electrones, la transformación de los elementos— son una admirable confirmación del materialismo dialéctico de Marx, quiéranlo o no las doctrinas de los filósofos burgueses y sus "nuevos" retornos al viejo y decadente idealismo.

Marx profundizó y desarrolló totalmente el materialismo filosófico y amplió el conocimiento de la naturaleza para incluir el conocimiento de la *sociedad humana*. El *materialismo histórico* de Marx es una enorme conquista del pensamiento científico. Al caos y la arbitrariedad que habían imperado hasta entonces en los puntos de vista sobre historia y política sucedió una teoría científica asombrosamente completa y armónica que muestra cómo, en virtud del desarrollo de las fuerzas productivas, de un sistema de vida social surge otro más elevado; cómo el capitalismo, por ejemplo, nace del feudalismo.

Así como el conocimiento del hombre refleja la naturaleza (es decir, la materia en desarrollo), que existe independientemente de él, así el *conocimiento social* del hombre (es decir, las diversas concepciones y doctrinas filosóficas, religiosas, políticas, etc.) refleja el *régimen económico* de la sociedad. Las instituciones políticas son la superestructura que se alza sobre la base económica. Así vemos, por ejemplo, que las diversas formas políticas de los Estados europeos modernos sirven para reforzar la dominación de la burguesía sobre el proletariado.

La filosofía de Marx es un materialismo filosófico acabado, que ha proporcionado a la humanidad, y sobre todo a la clase obrera, la poderosa arma del saber.

II

Después de haber comprendido que el régimen económico es la base sobre la cual se erige la superestructura política, Marx se entregó sobre todo al estudio atento de ese sistema económico. La obra principal de Marx, *El capital*, está consagrada al estudio del régimen económico de la sociedad moderna, es decir, la capitalista.

La economía política clásica anterior a Marx surgió en Inglaterra, el país capitalista más desarrollado. Adam Smith y David Ricardo, en sus investigaciones del régimen económico, sentaron las bases de la *teoría del valor trabajo*. Marx prosiguió la obra de estos; demostró esa teoría y la desarrolló consecuentemente; mostró que el valor de toda mercancía está determinado por la cantidad de tiempo de trabajo socialmente necesario invertido en su producción.

Allí donde los economistas burgueses veían relaciones entre objetos (cambio de una mercancía por otra), Marx descubrió *relaciones entre personas*. El cambio de mercancías expresa el vínculo establecido a través del mercado entre los productores aislados. El *dinero*, al unir indisolublemente en un todo único la vida económica íntegra de los productores aislados, significa que este vínculo se hace cada vez más estrecho. El *capital* significa un desarrollo ulterior de este vínculo: la fuerza de trabajo del hombre se transforma en mercancía. El obrero asalariado vende su fuerza de trabajo al propietario de la tierra, de las fábricas, de los instrumentos de trabajo. El obrero emplea una parte de la jornada de trabajo en cubrir el costo de su sustento y el de su familia (salario); durante la otra parte de la jornada trabaja gratis, creando para el capitalista la *plusvalía*, fuente de las ganancias, fuente de la riqueza de la clase capitalista.

La teoría de la plusvalía es la piedra angular de la teoría económica de Marx.

El capital, creado por el trabajo del obrero, oprime al obrero, arruina a los pequeños propietarios y crea un ejército de desocupados. En la industria, el triunfo de la gran producción se advierte inmediatamente, pero también en la agricultura se observa ese mismo fenómeno, donde la superioridad de la gran agricultura capitalista es mayor, aumenta el empleo de maquinaria, y la economía campesina, atrapada por el capital financiero, languidece y se arruina bajo el peso de su técnica atrasada. En la agricultura la decadencia de la pequeña producción asume otras formas, pero es un hecho indiscutible.

Al liquidar la pequeña producción, el capital lleva al aumento de la productividad del trabajo y a la creación de una situación de monopolio para las asociaciones de grandes capitalistas. La propia producción va adquiriendo cada vez más un carácter social —cientos de miles y millones de obreros ligados entre sí en un organismo económico regular—, mientras que un puñado de capitalistas se apropia del producto de este trabajo colectivo. Se intensifican la anarquía de la producción, las crisis, la carrera desesperada en busca de mercados, y se vuelve más insegura la vida de las masas de la población.

Al aumentar la dependencia de los obreros respecto al capital, el sistema capitalista crea la gran fuerza del trabajo unificado.

Marx sigue el desarrollo del capitalismo desde los primeros gérmenes de la economía mercantil, desde el simple trueque, hasta sus formas más elevadas, hasta la gran producción.

la experiencia de todos los países capitalistas, viejos y nuevos, demuestra claramente, año tras año, la veracidad de esta doctrina de Marx a un número cada vez mayor de obreros.

El capitalismo ha triunfado en el mundo entero, pero este triunfo no es más que el preludio del triunfo del trabajo sobre el capital.

III

Cuando fue derrocado el feudalismo y surgió la "libre" sociedad capitalista enseguida se puso de manifiesto que esa libertad representaba un nuevo sistema de opresión y explotación del pueblo trabajador. Como reflejo de esa opresión y como protesta contra ella aparecieron inmediatamente diversas doctrinas socialistas. Sin embargo, el socialismo primitivo era un socialismo utópico. Criticaba la sociedad capitalista, la condenaba, la maldecía, soñaba con su destrucción, imaginaba un régimen superior y se esforzaba por hacer que los ricos se convencieran de la inmoralidad de la explotación.

Pero el socialismo utópico no podía indicar una solución real. No podía explicar la verdadera naturaleza de la esclavitud asalariada bajo el capitalismo, no podía descubrir las leyes del desarrollo capitalista ni señalar qué fuerza social está en condiciones de convertirse en creadora de una nueva sociedad.

Entretanto, las tormentosas revoluciones que en toda Europa, y especialmente en Francia, acompañaron la caída del feudalismo, de la servidumbre, revelaban en forma cada vez más palpable que la base de todo desarrollo y su fuerza motriz era la *lucha de clases*.

Ni una sola victoria de la libertad política sobre la clase feudal se logró sin una desesperada resistencia. Ni un solo país capitalista se formó sobre una base más o menos libre o democrática, sin una lucha a muerte entre las diversas clases de la sociedad capitalista.

El genio de Marx consiste en haber sido el primero en deducir de ello las lecciones que enseña la historia mundial y en aplicar consecuentemente esas lecciones. La conclusión a que llegó es la doctrina de la *lucha de clases*.

Los hombres han sido siempre, en política, víctimas necias del engaño ajeno y propio, y lo seguirán siendo mientras no aprendan a descubrir detrás de todas las frases, declaraciones y promesas religiosas, políticas y sociales los intereses de una u otra clase. Los que abogan por reformas y mejoras se verán siempre burlados por los defensores de lo viejo mientras no comprendan que toda institución

vieja, por bárbara y podrida que parezca, se sostiene por la fuerza de determinadas clases dominantes.

Y para vencer la resistencia de esas clases *sólo* hay un medio: encontrar en la misma sociedad que nos rodea las fuerzas que pueden -y, por su situación social, *deben*- constituir el poder capaz de barrer lo viejo y crear lo nuevo, y educar y organizar a esas fuerzas para la lucha.

Sólo el materialismo filosófico de Marx señaló al proletariado la salida de la esclavitud espiritual en que se han consumido hasta hoy todas las clases oprimidas. Sólo la teoría económica de Marx explicó la situación real del proletariado en el régimen general del capitalismo.

En el mundo entero, desde Norteamérica hasta Japón y desde Suecia hasta África del Sur se multiplican organizaciones independientes del proletariado. Este se instruye y educa al librar su lucha de clase, se despoja de los prejuicios de la sociedad burguesa, está adquiriendo una cohesión cada vez mayor y aprendiendo a medir el alcance de sus éxitos, templea sus fuerzas y crece irresistiblemente.

EL PROGRAMA MILITAR DE LA REVOLUCIÓN PROLETARIA¹

Entre los socialdemócratas revolucionarios de Holanda, Escandinavia y Suiza que luchan contra las mentiras socialchovinistas de la “defensa de la patria” en la actual guerra imperialista se han alzado voces a favor del reemplazo de la exigencia de una “milicia” o pueblo en armas del antiguo programa mínimo socialdemócrata por una nueva exigencia: “Desarme”. La revista *Die Internationale* inició una discusión sobre este problema y en su tercer número publicó un editorial a favor del desarme. En las últimas tesis de R. Grimm encontramos también, por desgracia, una concesión a la idea del “desarme”. Se ha abierto una discusión en las revistas *Neue Leben*² y *Herbäte*.

Examinemos más de cerca la posición de los defensores del desarme.

Su argumento fundamental es que la reivindicación del desarme es la expresión más franca, decidida y consecuente de la lucha contra todo militarismo y contra toda guerra.

Pero precisamente en este argumento fundamental reside el error fundamental de los defensores del desarme. Los socialistas no pueden, sin dejar de ser socialistas, oponerse a toda guerra.

En primer lugar, los socialistas jamás han sido ni nunca podrán ser enemigos de las guerras revolucionarias. La burguesía de las “grandes” potencias imperialistas es hoy enteramente reaccionaria y nosotros consideramos la guerra que libra ahora esa burguesía como una guerra reaccionaria, esclavista y criminal. Pero ¿qué podría decirse de una guerra *contra* esa burguesía, de una guerra, por ejemplo, de los pueblos que esa burguesía oprime y que dependen de esa burguesía, o de los pueblos coloniales, por su liberación? En el punto 5 de las tesis del grupo *Internationale* leemos: “En la época de este imperialismo desenfrenado ya no son posibles las guerras nacionales”. Esto es evidentemente erróneo.

La historia del siglo XX, el siglo del “imperialismo desenfrenado”, está llena de guerras coloniales. Pero lo que nosotros, los europeos, opresores

1 Escrito en 1916. Publicado por primera vez entre septiembre y octubre de 1917, en *Jugend-Internationale* N.º 9 y 10.

2 “Vida nueva” fue la revista mensual del Partido Socialdemócrata de Suiza; se publicó en Berna desde enero de 1915 a diciembre de 1917 [NdlE].

imperialistas de la mayoría de los pueblos del mundo, con nuestro habitual y ruin chovinismo europeo llamamos "guerras coloniales" son a menudo guerras nacionales o insurrecciones nacionales de esos pueblos oprimidos. Una de las características esenciales del imperialismo es que acelera el desarrollo capitalista en los países más atrasados y con ello amplía e intensifica la lucha contra la opresión nacional. Esto es un hecho. Y de él se deduce inevitablemente que el imperialismo engendrará a menudo guerras nacionales. *Junius*³, que defiende en su folleto las "tesis" arriba mencionadas, dice que en la época imperialista toda guerra nacional contra una gran potencia imperialista conduce a la intervención de una gran potencia imperialista rival y, por consiguiente, toda guerra nacional se transforma en una guerra imperialista. Mas este argumento es también erróneo. *Eso puede suceder*, pero no siempre sucede. Muchas guerras coloniales, entre 1900 y 1914, no siguieron ese curso. Y sería sencillamente ridículo decir, por ejemplo, que después de la guerra actual, si termina en el agotamiento total de todos los países beligerantes, "no puede" haber una guerra nacional, progresista, revolucionaria "de cualquier tipo", librada, digamos, por China en alianza con la India, Persia, Siam, etc., contra las grandes potencias.

Negar toda posibilidad de guerras nacionales bajo el imperialismo es falso en teoría, históricamente es a todas luces erróneo, y equivalente al chovinismo europeo en la práctica. ¡A nosotros, que pertenecemos a naciones que oprimen a centenares de millones de personas en Europa, en África, en Asia, etc., nos instan a decir a los pueblos oprimidos que es "imposible" para ellos librar una guerra contra "nuestras" naciones!

En segundo lugar, la guerra civil es una guerra como cualquier otra. Quien admita la lucha de clases no puede dejar de admitir las guerras civiles, que en toda sociedad de clases son la natural y bajo ciertas condiciones inevitable continuación, desarrollo e intensificación de la lucha de clases. Esto ha sido confirmado por todas las grandes revoluciones. Repudiar la guerra civil u olvidarla es caer en un oportunismo extremo y renegar de la revolución socialista.

En tercer lugar, el triunfo del socialismo en un país no elimina, de golpe, todas las guerras en general. Por el contrario, presupone guerras. El desarrollo del capitalismo sigue un curso extraordinariamente desigual en los diversos países. No puede ser de otro modo bajo la producción mercantil. De aquí la conclusión indiscutible de que el socialismo no puede triunfar simultáneamente en todos los países. Triunfará primero en uno o en varios países, mientras los demás seguirán siendo, durante algún tiempo, burgueses o preburgueses. Esto no sólo provocará fricciones, sino incluso el intento directo de la burguesía de los demás países de aplastar al proletariado triunfante del Estado socialista. En tales casos, la guerra sería, de nuestra parte, una guerra

³ Seudónimo de Rosa Luxemburg [NdE].

legítima y justa. Sería una guerra por el socialismo, por liberar a otros pueblos de la burguesía. Engels tenía perfecta razón cuando, en su carta a Kautsky del 12 de septiembre de 1882, afirmaba con toda claridad que era posible para el socialismo *ya triunfante* librar "guerras defensivas". Se refería a la defensa del proletariado triunfante contra la burguesía de otros países.

Sólo después de haber derribado, vencido y expropiado definitivamente a la burguesía de todo el mundo, y no sólo de un país, serán imposibles las guerras. Y desde un punto de vista científico sería completamente erróneo y completamente antirrevolucionario rehuir o subestimar lo más importante: aplastar la resistencia de la burguesía, la tarea más difícil, la que más lucha exige durante la *transición* al socialismo. Los clérigos "sociales" y los oportunistas están siempre dispuestos a soñar con un futuro socialismo pacífico, pero lo que los distingue de los socialdemócratas revolucionarios es que se niegan a pensar y reflexionar en la encarnizada lucha de clases y en las *guerras* de clases necesarias para alcanzar ese hermoso futuro.

No debemos consentir que se nos seduzca con palabras. Por ejemplo: a muchos les es odioso el concepto "defensa de la patria" porque los oportunistas declarados y los partidarios de Kautsky lo usan para encubrir y disimular las mentiras de la burguesía sobre la *actual* guerra de rapiña. Esto es un hecho. Pero de ello no se deduce que debamos dejar de analizar el significado de las consignas políticas. Aceptar la "defensa de la patria" en la guerra actual no es, ni más ni menos, que aceptarla como una guerra "justa", una guerra en interés del proletariado, ni más ni menos, repetimos, porque las invasiones no están descartadas en ninguna guerra. Sería sencillamente una necedad negar la "defensa de la patria" *por parte* de los pueblos oprimidos en sus guerras *contra* las grandes potencias imperialistas o por parte del proletariado triunfante en *su* guerra contra cualquier Gallifet⁴ de un Estado burgués.

En teoría sería totalmente erróneo olvidar que toda guerra no es más que la continuación de la política por otros medios. La actual guerra imperialista es la continuación de la política imperialista de dos grupos de grandes potencias, y esa política fue engendrada y alimentada por el conjunto de las relaciones de la época imperialista. Pero esta misma época ha de engendrar y alimentar también, inevitablemente, una política de lucha contra la opresión nacional y de lucha del proletariado contra la burguesía, y por consiguiente también la posibilidad y la inevitabilidad, en primer lugar, de las insurrecciones y guerras nacionales revolucionarias; en segundo lugar, de guerras e insurrecciones del proletariado *contra* la burguesía y, en tercer lugar, de una combinación de ambos tipos de guerras revolucionarias, etcétera.

4 Aristócrata y militar francés conocido por su celo represivo frente a los comuneros de París en 1871 [NdE].

II

A lo dicho hay que añadir la siguiente consideración general.

Los integrantes de una clase oprimida que no se esfuerzan por aprender a usar armas, por adquirir armas, merecen ser tratados como esclavos. Nosotros, a no ser que nos hayamos transformado en pacifistas burgueses o en oportunistas, no podemos olvidar que vivimos en una sociedad de clases, de la que no hay ni puede haber otra salida que la lucha de clases. En toda sociedad de clases —ya sea basada en la esclavitud, en la servidumbre o, como ahora, en el trabajo asalariado— la clase opresora está siempre armada. No sólo el ejército regular moderno, sino también la milicia moderna —incluso en las repúblicas burguesas más democráticas como, por ejemplo, en Suiza— representan a la burguesía armada *contra* el proletariado. Es esta una verdad tan elemental que apenas si hay necesidad de detenerse en ella. Basta señalar el empleo de tropas contra los huelguistas en todos los países capitalistas.

La burguesía armada contra el proletariado es uno de los hechos más importantes, fundamentales y principales de la sociedad capitalista moderna. ¡Y ante semejante hecho se insta a los socialdemócratas revolucionarios a "exigir" el "desarme"! Ello equivale a abandonar por completo el punto de vista de la lucha de clases, a renunciar a toda idea de revolución. Nuestra consigna debe ser: armar al proletariado para vencer, expropiar y desarmar a la burguesía. Esta es la única táctica posible para una clase revolucionaria, táctica que se desprende de todo el *desarrollo objetivo* del militarismo capitalista y que es dictada por él. Sólo *después* de desarmar a la burguesía podrá el proletariado, sin traicionar su misión histórica universal, convertir en chatarra todas las armas, y así lo hará indudablemente el proletariado, pero *sólo cuando se hayan cumplido estas condiciones, de ningún modo antes*.

Si la guerra actual despierta entre los reaccionarios socialistas cristianos, entre la pequeñoburguesía llorona sólo horror y temor, sólo repugnancia hacia todo empleo de armas, hacia el derramamiento de sangre, hacia la muerte, etc., nosotros debemos decir entonces: la sociedad capitalista es y ha sido siempre un *horror in fin*. Si la más reaccionaria de todas las guerras prepara ahora para esa sociedad *un fin con horror*, no tenemos ningún motivo para desesperarnos. Pero la exigencia del "desarme" o, más correctamente, la ilusión del desarme no es, objetivamente, más que una expresión de desesperación en una época en que, como todos pueden ver, la misma burguesía prepara el camino para la única guerra legítima y revolucionaria: la guerra civil contra la burguesía imperialista.

Algunos podrán decir que es una teoría sin vida, pero nosotros les recordaremos dos hechos de carácter histórico universal: el papel de los trusts y el trabajo de las mujeres en las fábricas, por una parte, y la Comuna de París de 1871 y la insurrección de diciembre de 1905 en Rusia, por la otra.

El propósito de la burguesía es promover trusts, empujar a niños y mujeres a las fábricas, someterlos a la corrupción y al sufrimiento, condenarlos a la miseria.

Nosotros no "reclamamos" semejante desarrollo, no lo "apoyamos". Luchamos contra él. Pero *cómo* luchamos? Sabemos que los trusts y el empleo de las mujeres en la industria implican un progreso. No queremos regresar al sistema de artesanía, al capitalismo premonopolista, al penoso trabajo doméstico de la mujer. ¡Adelante, a través de los trusts, etc., y más allá de ellos, hacia el socialismo!

Con las modificaciones necesarias, este argumento se aplica también a la actual militarización del pueblo. Hoy la burguesía imperialista no sólo militariza a todo el pueblo, sino también a la juventud. Mañana tal vez empiece a militarizar a las mujeres. Nuestra actitud debería ser: ¡tanto mejor! ¡Adelante, a todo vapor! Pues cuanto más de prisa avancemos, tanto más cerca estaremos de la insurrección armada contra el capitalismo. ¿Cómo pueden los socialdemócratas caer en el temor a la militarización de la juventud, etc., si no han olvidado el ejemplo de la Comuna de París? Eso no es una "teoría sin vida" o una ilusión, es un hecho. Y sería en verdad gravísimo si, pese a todos los hechos económicos y políticos, los socialdemócratas comenzaran a dudar de que la época imperialista y las guerras imperialistas lleven inevitablemente a la repetición de tales hechos.

Cierto observador burgués de la Comuna de París escribía a un periódico inglés en mayo de 1871: "Si la nación francesa estuviera formada sólo por mujeres, ¡qué nación terrible sería!". Mujeres y niños hasta de trece años lucharon en la Comuna de París, hombro a hombro con los hombres. Y no podrá suceder de otro modo en las batallas futuras por el derrocamiento de la burguesía. Las mujeres proletarias no mirarán pasivamente cómo la burguesía, bien armada, ametralla a los obreros, mal armados o desarmados. Tomarán las armas, como lo hicieron en 1871, y de las actuales naciones atemorizadas o, más correctamente, del actual movimiento obrero desorganizado, más por los oportunistas que por los Gobiernos, surgirá, sin duda alguna, tarde o temprano, pero con absoluta certeza, una liga internacional de las "naciones terribles" del proletariado revolucionario.

En la actualidad se está militarizando toda la vida social. El imperialismo es una lucha encarnizada de las grandes potencias por la distribución y redistribución del mundo, y por ello conducirá inevitablemente a una mayor militarización en todos los países, incluso en los neutrales y pequeños. ¿Cómo combatirán esto las mujeres proletarias? ¿Sólo maldiciendo todas las guerras y todo lo militar, sólo exigiendo el desarme? Jamás aceptarán ese vergonzoso papel las mujeres de una clase oprimida y verdaderamente revolucionaria. Dirán a sus hijos: "Pronto serás grande. Te darán un fusil. Tómallo y aprende bien la ciencia militar. Los proletarios necesitan aprenderla, no para disparar contra tus hermanos, los obreros de otros países, como sucede en la guerra actual y como te lo aconsejan los traidores al socialismo; sino para luchar contra la burguesía de tu propio país, para poner fin a la explotación, a la miseria y a las guerras, y no mediante piadosos deseos, sino derrotando y desarmando a la burguesía".

Si vamos a renunciar a esta propaganda, precisamente a esta propaganda, con respecto a la guerra actual, entonces es mejor que dejemos de usar lindas palabras sobre la socialdemocracia revolucionaria internacional, la revolución socialista y la guerra contra la guerra.

III

Los defensores del desarme objetan el punto del programa referente a "armas para el pueblo", entre otras razones, porque, alegan, conduce más fácilmente a hacer concesiones al oportunismo. Más arriba hemos examinado lo más importante: la relación entre el desarme y la lucha de clases y la revolución social. Examinaremos ahora la relación existente entre la reivindicación del desarme y el oportunismo. Una de las razones más importantes de que sea inadmisibile es, precisamente, que junto con las ilusiones que engendra, además debilita y enerva inevitablemente nuestra lucha contra el oportunismo.

No cabe duda de que esta lucha es el problema principal e inmediato que afronta ahora la Internacional. La lucha contra el imperialismo que no esté indisolublemente ligada a la lucha contra el oportunismo es una frase hueca o un engaño. Uno de los defectos principales de Zimmerwald y de Kienthal, una de las causas principales del posible fracaso de esos embriones de la III Internacional es que ni siquiera se haya planteado francamente el problema de la lucha contra el oportunismo, y mucho menos que se haya resuelto en el sentido de señalar la necesidad de romper con los oportunistas. El oportunismo triunfó, momentáneamente, en el movimiento obrero europeo. En todos los grandes países se manifiestan sus dos matices fundamentales: primero, el socialimperialismo franco, clínico, y por ello menos peligroso, de los señores Plejanov, Scheidemann, Legien, Albert Thomas y Sembat, Vandervelde, Hyndman, Henderson, etc.; segundo, el oportunismo de Kautsky, encubierto: Kautsky-Haase y el Grupo Socialdemócrata del Trabajo en Alemania; J. Longuet, Pressemane, Mayeras, etc., en Francia; Ramsay MacDonald y otros dirigentes del Independent Labour Party, en Inglaterra; Martov, Chjeidze, etc., en Rusia; Treves y otros llamados reformistas de izquierda, en Italia.

El oportunismo declarado se opone directa y abiertamente a la revolución y a los incipientes movimientos revolucionarios y explosiones. Está en alianza directa con los Gobiernos, cualesquiera sean las formas de esta alianza, desde la aceptación de cargos ministeriales hasta la participación en los comités de la industria bélica (en Rusia)⁵. Los oportunistas enmascarados, los partidarios de Kautsky, son mucho más perjudiciales y peligrosos para el movimiento obrero porque ocultan la defensa que hacen de su alianza con los primeros con plausi-

⁵ Fueron comités creados en 1915 por la burguesía rusa para apoyar la guerra; los mencheviques impulsaron la participación de delegados obreros en esos comités (NdlE).

bles lenas pseudo "marxistas" y consignas pacifistas. La lucha contra estas dos formas de oportunismo predominante debe llevarse a cabo en *todas* los ámbitos de la política proletaria: parlamento, sindicatos, huelgas, fuerzas armadas, etc. La característica principal que distingue a estas *dos* formas de oportunismo predominante es que el problema concreto de *la relación entre la guerra actual y la revolución y los demás problemas concretos de la revolución* se silencian y se ocultan, o se tratan con el pensamiento puesto en las prohibiciones policiales. Y eso a pesar de que antes de la guerra se señaló infinidad de veces, tanto de modo extraoficial como oficial en el Manifiesto de Basilea, la relación entre *esa* guerra inminente y la revolución proletaria. El defecto principal de la reivindicación del desarme es que elude todos los problemas concretos de la revolución. ¿O es que los defensores del desarme están por una forma totalmente nueva de revolución, una revolución sin armas?

— Prosigamos. De ningún modo nos oponemos a la lucha por las reformas. Y no queremos ignorar la triste posibilidad de que la humanidad —si sucede lo peor— tenga que pasar por una segunda guerra imperialista si de la guerra actual no surge la revolución a pesar de las numerosas explosiones de efervescencia y descontento de las masas y a pesar de nuestros esfuerzos. Somos partidarios de un programa de reformas que *también* esté dirigido contra los oportunistas. Mucho se alegrarían los oportunistas si abandonásemos totalmente en sus manos la lucha por las reformas y buscásemos escapar de la triste realidad en una nebulosa fantasía de "desarme". El "desarme" significa simplemente huir de la desagradable realidad y no luchar contra ella.

En semejante programa nosotros diríamos más o menos: "Aceptar la consigna de la defensa de la patria en la guerra imperialista de 1914-1916 es corromper al movimiento obrero con la ayuda de una mentira burguesa". Esa respuesta concreta a cuestiones concretas sería teóricamente más correcta, mucho más útil para el proletariado y más insoportable para los oportunistas que la reivindicación del desarme y el repudio a "toda y cualquiera" defensa de la patria. Y podríamos añadir: "La burguesía de todas las grandes potencias imperialistas —Inglaterra, Francia, Alemania, Austria, Rusia, Italia, Japón y Estados Unidos— se ha vuelto tan reaccionaria y está tan decidida a dominar el mundo que *toda* guerra que libre la *burguesía de estos* países indefectiblemente será reaccionaria. El proletariado no sólo debe oponerse a todas las guerras de ese tipo, sino que debe desear la derrota de su 'propio' Gobierno en tales guerras y utilizar esa derrota para una insurrección revolucionaria si fracasa la insurrección destinada a impedir la guerra".

En lo que se refiere a la milicia deberíamos decir: no estamos por una milicia burguesa, estamos únicamente por una milicia proletaria. Por consiguiente, "ni un centavo, ni un hombre", no sólo para el Ejército regular, sino tampoco para la milicia burguesa, incluso en países como Estados Unidos o Suiza, Noruega, etc. Con tanta mayor razón dado que en los países republicanos más libres (por ejemplo en Suiza) observamos una prusianización cada vez mayor

de la milicia, sobre todo en 1907 y 1911, y que se la corrompe, movilizándola contra los huelguistas. Podemos exigir la elección de los oficiales por el pueblo, la abolición de todos los tribunales militares, iguales derechos para los obreros extranjeros y los nacidos en el país (punto de especial importancia para aquellos Estados imperialistas que, como Suiza, explotan cada vez más y más descaradamente a mayor número de obreros extranjeros negándoles todo derecho). Además, podemos exigir, digamos, que cada cien habitantes de un país determinado tengan derecho a formar asociaciones de adiestramiento militar voluntario, con libre elección de instructores, pagados por el Estado, etc. Sólo en tales condiciones podría adquirir el proletariado adiestramiento militar, para sí, y no para sus esclavizadores; y los intereses del proletariado exigen absolutamente ese adiestramiento.

La revolución rusa demostró que todo éxito del movimiento revolucionario, incluso un éxito parcial, como la toma de una urbe, de una ciudad fabril, o el atraerse a una parte del Ejército, obliga inevitablemente al proletariado vencedor a poner en práctica precisamente ese programa.

Por último, se comprende que el oportunismo jamás será derrotado sólo con programas, sino vigilando sin descanso el cumplimiento real de estos. El error mayor, fatal, de la fracasada II Internacional, fue que sus palabras no concordaban con sus hechos, que se practicaba la costumbre de recurrir a una fraseología revolucionaria hipócrita e inescrupulosa (véase la actitud actual de Kautsky y Cia. hacia el Manifiesto de Basilea). El desarme como idea social —es decir, una idea que surge de un determinado ambiente social, que puede actuar sobre él, y que no es invención de algún excéntrico— surge, evidentemente, de las condiciones particularmente “tranquilas” que, como excepción, prevalecen en algunos Estados pequeños que durante un período bastante largo se mantuvieron al margen del derrotero mundial de las guerras y del derramamiento de sangre y que confían poder seguir así. Para convencerse de ello basta considerar, por ejemplo, los argumentos de los defensores del desarme en Noruega: “Somos un país pequeño”, dicen. “Nuestro Ejército es pequeño, nada podemos hacer contra las grandes potencias [y, por consiguiente, nada podemos hacer si se nos impone por la fuerza una *alleanza* imperialista con uno u otro grupo de grandes potencias]. Queremos que nos dejen tranquilos en nuestro rincón remoto y continuar con nuestra política pueblerina, exigir el desarme, el arbitraje obligatorio, una neutralidad permanente, etc.” (¿“permanente” al estilo belga, sin duda?).

El afán mezquino de los Estados pequeños de mantenerse apartados, el deseo pequeñoburgués de estar lo más lejos posible de las grandes batallas de la historia mundial, de aprovechar su situación relativamente monopolista para permanecer en una pasividad anquilosada, tal es el medio social *objetivo* que puede asegurar cierto éxito y alguna popularidad a la idea del desarme en algunos Estados pequeños. Claro que ese afán es reaccionario y está basado sólo en ilusiones, pues el imperialismo, de uno u otro modo, arrastra a los Estados pequeños a la vorágine de la economía mundial y de la política mundial.

En Suiza, por ejemplo, el entorno imperialista impone objetivamente *dos* líneas al movimiento obrero de ese país: los oportunistas, en alianza con la burguesía, buscan hacer de Suiza una federación monopolista republicanodemocrática que prosperará con las ganancias que le dejarán los turistas de la burguesía imperialista, y hacer que esta "tranquila" posición monopolista sea lo más lucrativa y tranquila posible.

Los verdaderos socialdemócratas suizos se esfuerzan por utilizar la relativa libertad de Suiza y su situación "internacional" para ayudar al triunfo de la estrecha alianza de los elementos revolucionarios de los partidos obreros europeos. Suiza no tiene, gracias a Dios, un "idioma propio", sino tres idiomas universales, los tres, precisamente, que se hablan en los países beligerantes que limitan con ella.

Si los veinte mil miembros del partido suizo contribuyeran semanalmente con dos centavos como una especie de "impuesto extraordinario de guerra" obtendríamos veinte mil francos por año, cantidad más que suficiente para imprimir periódicamente en tres idiomas y distribuir entre los obreros y soldados de los países beligerantes, a pesar de las prohibiciones de los Estados Mayores, todo testimonio veraz sobre la incipiente rebelión de los obreros, sobre su fraternización en las trincheras, sobre sus esperanzas de utilizar las armas para la lucha revolucionaria contra la burguesía imperialista de sus "propios" países, etcétera.

Esto no es nuevo. Precisamente es lo que hacen los mejores periódicos, como *La Sentinelle*, *Völkerecht*⁶ y *Berner Tagwacht*, pero, por desgracia, en medida insuficiente. Sólo semejante actividad puede hacer de la magnífica resolución del Congreso del Partido de Aarau algo más que una simple magnífica resolución.

La cuestión que ahora nos interesa es: ¿concuerdan la reivindicación del desarme con esta tendencia revolucionaria de los socialdemócratas suizos? Evidentemente, no. El desarme es, objetivamente, un programa en extremo nacional, específicamente nacional de los pequeños Estados. No es, ciertamente, el programa internacional de la socialdemocracia revolucionaria internacional.

6 El centinela y El derecho del pueblo: diarios de los socialdemócratas suizos. El primero mantuvo posiciones internacionalistas durante la guerra y el segundo publicó textos y escritos de los socialdemócratas de izquierda [NdE].

EL IMPERIALISMO, ETAPA SUPERIOR DEL CAPITALISMO

(ENSAYO POPULAR)¹

¹ Escrito en 1905. Publicado por primera vez como libro en Ginebra en julio de 1905, Ed. CC del POSDR. Se usará la versión del texto publicado en la recopilación *En dos años* (1907).

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN RUSA

El folleto que se brinda aquí al lector fue escrito en Zurich en la primavera de 1916. En las condiciones en que me vi obligado a trabajar allí tenía que tropezar, naturalmente, con cierta insuficiencia de materiales franceses e ingleses y una gran escasez de materiales rusos. Sin embargo, utilicé la obra inglesa más importante sobre el imperialismo, el libro de J. A. Hobson, con todo el cuidado que, a mi juicio, esa obra merece.

El folleto fue escrito pensando en la censura zarista. Por ello, no sólo me vi obligado a limitarme en forma estricta a un análisis de los hechos exclusivamente teórico –sobre todo económico–, sino también a formular las pocas observaciones políticas indispensables con la mayor prudencia, con alusiones, en un lenguaje alegórico, en ese maldito lenguaje esópico² a que el zarismo obligaba a recurrir a todos los revolucionarios siempre que tomaban la pluma para escribir una obra “legal”.

Resulta doloroso releer ahora, en estos días de libertad, pasajes del folleto que fueron deformados, apretados, comprimidos en un tomo de hierro a causa de la censura. Para decir que la época del imperialismo es la víspera de la revolución socialista, que el socialchovinismo (socialismo de palabra y chovinismo en los hechos) es la traición absoluta al socialismo, la total desertión a las filas de la burguesía; que esa división dentro del movimiento obrero está relacionada con las condiciones objetivas del imperialismo, etc., tuve que recurrir a un lenguaje “servil”, y por eso debo remitir al lector que se interese por el problema a los artículos que escribí en el extranjero de 1914 a 1917, de los cuales aparecerá en breve una nueva edición. Préstese especial atención a un pasaje de las páginas 119-120³: para demostrar al lector, de un modo aceptable a la censura, con qué desvergüenza mienten los capitalistas y los socialchovinistas que se han pasado a su lado (y a quienes con tanta inconsecuencia combate Kautsky) a propósito del problema de las anexiones, para demostrar con qué desvergüenza *ocultan* las anexiones de sus capitalistas, me vi obligado a citar el ejemplo... ¡de Japón! El lector atento remplazará fácilmente Japón por Rusia, y Corea por Finlandia, Polonia, Curlandia, Ucrania, Jivá, Bujará, Estonia y otras regiones del imperio zarista no pobladas por gran rusos.

² En referencia al estilo del fabulista griego Esopo, para dar cuenta de la necesidad de emplear un lenguaje alusivo y disimulado para hacer legales en apariencia frases cuyo contenido no sería aprobado por la censura zarista [NdE].

³ Ver pp. 569-570 de la presente edición [NdE].

Espero que este folleto ayude al lector a comprender el problema económico fundamental, el de la esencia económica del imperialismo, pues sin su estudio será imposible comprender y valorar la guerra actual y la política actual.

El autor

Petrogrado, 26 de abril de 1917.

PRÓLOGO A LAS EDICIONES FRANCESA Y ALEMANA

Este folleto, como queda dicho en el prólogo a la edición rusa, fue escrito en 1916 teniendo en cuenta la censura zarista. Actualmente no me es posible rehacer todo el texto, ni creo, por otra parte, que ello sea conveniente, ya que el fin principal del libro era y sigue siendo ofrecer, con ayuda de irrefutables datos generales de la estadística burguesa y declaraciones de hombres de ciencia burgueses de todos los países, un *cuadro de conjunto* de la economía capitalista mundial en sus relaciones internacionales a comienzos del siglo XX, en vísperas de la primera guerra imperialista mundial.

Hasta cierto punto será incluso útil a muchos comunistas de los países capitalistas avanzados convencerse, con el ejemplo de este folleto, *legal desde el punto de vista de la censura zarista*, de la posibilidad –y la necesidad– de que los comunistas aprovechen incluso esos pequeños resquicios de legalidad que todavía les quedan (por ejemplo, en la Norteamérica actual o en Francia), después del reciente encarcelamiento de casi todos los comunistas, para explicar hasta qué punto son falsas las concepciones y las esperanzas socialpacificistas sobre la “democracia mundial”. Intentaré dar en este prólogo los complementos más indispensables a este folleto que debió ser sometido a la censura.

En el folleto se demuestra que la guerra de 1914-1918 fue, por parte de ambos bandos, una guerra imperialista (esto es, de conquista, pillaje y rapiña), una guerra por el reparto del mundo, por la distribución y redistribución de colonias, “esferas de influencia” del capital financiero, etcétera.

La prueba del verdadero carácter social o, mejor dicho, del verdadero carácter de clase de la guerra no se encontrará, claro está, en su historia diplomática, sino en un análisis de la situación *objetiva de las clases dirigentes en todos los países beligerantes*. Para describir esa situación objetiva no hay que tomar ejemplos y datos sueltos (dada la extrema complejidad de los fenómenos de la vida social, siempre se puede encontrar cualquier cantidad de ejemplos o datos sueltos para confirmar cualquier tesis), sino el *conjunto* de datos sobre la base de la vida económica de *todos los países beligerantes y del mundo entero*.

Datos generales de esa clase, irrefutables, son precisamente los que utilizo al describir la *división del mundo* en 1876 y 1914 (Capítulo 6) y la distribución de los *ferrocarriles* en todo el globo en 1890 y 1913 (Capítulo 7). Los ferrocarriles son el resumen de las industrias capitalistas fundamentales: las del carbón, el hierro y el acero; el resumen y el índice más notorio del desarrollo del comercio mundial y de la civilización democrático-burguesa. En los capítulos anteriores de este libro se muestra la vinculación de los ferrocarriles con la gran industria, los monopolios, las asociaciones de capitalistas, los cárteles, los trusts, los bancos, la oligarquía financiera. La distribución desigual de los ferrocarriles, su desarrollo desigual, constituyen una síntesis, por así decirlo, del moderno capitalismo monopolista en escala mundial. Y esa síntesis demuestra que las guerras imperialistas son absolutamente inevitables bajo *ese* sistema económico, en tanto subsista la propiedad privada sobre los medios de producción.

La construcción de ferrocarriles es en apariencia una empresa simple, democrática, cultural, civilizadora: esa es la opinión de los profesores burgueses, a quienes se les paga para que embellezcan la esclavitud capitalista, y esa es la opinión de los filisteos pequeñoburgueses. En realidad, los hilos capitalistas, que mediante mules de diferentes entrelazamientos atan estas empresas a la propiedad privada sobre los medios de producción en general, han transformado esta construcción de ferrocarriles en instrumento de opresión de *mil millones* de seres (en las colonias y semicolonias), es decir, de más de la mitad de la población de la tierra que habita los países dependientes, así como de los esclavos asalariados del capital en los países "civilizados".

La propiedad privada basada en el trabajo del pequeño propietario, en la libre competencia, la democracia, todas esas expresiones con las que los capitalistas y su prensa engañan a los obreros y a los campesinos, pertenecen a un pasado lejano. El capitalismo se ha transformado en un sistema mundial de opresión colonial y de estrangulación financiera de la inmensa mayoría de la población del mundo por un puñado de países "adelantados". Y este "botín" se reparte entre dos o tres potencias mundiales rapaces, armadas hasta los dientes (Norteamérica, Inglaterra, Japón) que arrastran al mundo entero a su guerra por el reparto de *su* botín.

III

La paz de Brest-Litovsk⁴, dictada por la Alemania monárquica, y el subsiguiente tratado de Versalles⁵, mucho más brutal e infame, dictado por las

4 Tratado de paz firmado en marzo de 1918 entre el Gobierno soviético y Alemania, bajo la amenaza de ocupación de esta última sobre las provincias occidentales del antiguo Imperio ruso [NdE].

5 En junio de 1919 se firma el tratado de rendición de Alemania frente al Bloque Aliado (Francia e Inglaterra), poniendo fin a la Primera Guerra Mundial. El tratado estipuló fuertes reparaciones de guerra a la Alemania vencida [NdE].

repúblicas "democráticas" de Norteamérica y Francia y también por la "libre" Inglaterra, han prestado un servicio utilísimo a la humanidad al desenmascarar tanto a los culies de la pluma, a sueldo del imperialismo, como a los pequeñoburgueses reaccionarios, quienes, aunque se autotitulan pacifistas y socialistas, entonaron loas al "wilsonismo"⁶ e insistieron en que la paz y las reformas son posibles bajo el imperialismo.

Las decenas de millones de muertos y mutilados, consecuencia de la guerra —una guerra para decidir qué grupo de bandoleros financieros, el inglés o el alemán, habría de recibir un botín mayor—, y estos dos "tratados de paz", están abriendo los ojos, con una rapidez sin precedentes, a millones y decenas de millones de hombres sojuzgados, oprimidos, engañados y embaucados por la burguesía. De este modo, de la ruina mundial provocada por la guerra surge una crisis revolucionaria mundial que, por ardua y prolongada que sean sus etapas, no podrá terminar de otro modo que en una revolución proletaria y en su victoria.

El Manifiesto de Basilea de la II Internacional, que en 1912 hizo una apreciación de la guerra iniciada en 1914 y no de la guerra en general (hay diferentes tipos de guerras; hay también guerras revolucionarias), este Manifiesto es ahora un monumento que denuncia toda la vergonzosa bancarrota, toda la traición de los héroes de la II Internacional.

Por eso reproduzco ese Manifiesto como apéndice a la presente edición, y llamo una y otra vez a los lectores a advertir que los héroes de la II Internacional evitan cuidadosamente todos los pasajes de este Manifiesto que hablan en forma precisa, clara y directa de la relación entre esa guerra inminente y la revolución proletaria, con el mismo empeño con que un ladrón evita el escenario de su delito.

IV

Hemos prestado en este libro una atención especial a una crítica del "kautskismo", la tendencia ideológica internacional representada en todos los países del mundo por los "teóricos más eminentes", los dirigentes de la II Internacional (Otto Bauer y Cia. en Austria, Ramsay MacDonald y otros en Inglaterra, Albert Thomas en Francia, etc., etc.) y una multitud de socialistas, reformistas, pacifistas, demócratas burgueses y clérigos.

Esta tendencia ideológica es, por una parte, producto de la descomposición y deterioro de la II Internacional y, por otra, fruto inevitable de la ideología de la pequeñoburguesía, cuyo estilo de vida la mantiene prisionera de los prejuicios burgueses y democráticos.

Las concepciones que sostienen Kautsky y sus pares no son otra cosa que la negación absoluta de esos mismos principios revolucionarios del marxismo

6 En referencia a Thomas Wilson, presidente de EE. UU. [NdE].

que ese autor defendiera durante décadas, sobre todo, dicho sea de paso, en su lucha contra el oportunismo socialista (de Bernstein, Millerand, Hyndman, Gompers, etc.). No es casual, por lo tanto, que los "partidarios de Kautsky" de todo el mundo se hayan unido hoy en la práctica y en la política con los oportunistas extremos (a través de la II Internacional, o Internacional amarilla) y con los Gobiernos burgueses (a través de los Gobiernos de coalición burgueses en los que participan los socialistas).

El creciente movimiento revolucionario proletario mundial en general, y el movimiento comunista en particular, no pueden dejar de analizar y desenmascarar los errores teóricos del "kautskismo". Tanto más por cuanto el pacifismo y la "democracia" en general —que no tienen la menor pretensión de marxismo, pero que, lo mismo que Kautsky y Cia., disimulan la profundidad de las contradicciones del imperialismo y la inevitable crisis revolucionaria que este engendra— aún se hallan muy extendidos en todo el mundo. Luchar contra tales tendencias es tarea obligatoria del partido del proletariado, que debe arrancarle a la burguesía los pequeños propietarios por ella engañados, y los millones de trabajadores cuyas condiciones de vida son más o menos pequeñoburguesas.

V

Hay que decir algunas palabras a propósito del Capítulo VIII, "*El parasitismo y la descomposición del capitalismo*". Como ha sido señalado en el libro, Hilferding, ex "marxista" y ahora compañero de Kautsky y uno de los principales representantes de la política burguesa reformista dentro del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, ha dado en este punto un paso atrás con respecto al inglés Hobson, pacifista y reformista *declarado*. La división internacional de todo el movimiento obrero es ahora evidente (II y III Internacionales). La lucha armada y la guerra civil entre las dos tendencias es también un hecho evidente: el apoyo brindado a Kolchak y Denikin en Rusia por los mencheviques y los "socialistas revolucionarios" contra los bolcheviques, la lucha dirigida por los Scheidemann y los Noske junto con la burguesía contra los espartaquistas en Alemania; lo mismo en Finlandia, Polonia, Hungría, etc. ¿Cuál es la base económica de este fenómeno histórico universal?

Es precisamente el parasitismo y la descomposición del capitalismo, propios de su más alta etapa histórica de desarrollo, es decir, el imperialismo. Como este folleto lo demuestra, el capitalismo ha destacado a un *puñado* (menos de una décima parte de la población de la tierra, menos de un quinto según el cálculo liberal más "generoso") de países excepcionalmente ricos y poderosos, que saquean a todo el mundo simplemente mediante el "corte de cupones". La exportación de capital produce ingresos que van de ocho a diez mil millones de francos anuales según los precios de antes de la guerra y conforme a la esta-

dística burguesa de antes de la guerra. Ahora, por supuesto, produce ingresos mucho mayores.

Es evidente que con esas enormes *super ganancias* (puesto que se obtienen aparte de los beneficios que los capitalistas extraen explotando a los obreros de su "propio" país) *es posible sobornar* a los dirigentes obreros y a la capa superior de la aristocracia obrera. Y es esto precisamente lo que hacen los capitalistas de los países "adelantados": los sobornan de mil maneras diferentes, directas e indirectas, abiertas y encubiertas.

Esa capa de obreros aburguesados o la "aristocracia obrera", bastante pequeño burguesa por su modo de vida, por la magnitud de sus salarios y por toda su concepción del mundo, es el principal apoyo de la II Internacional, y en nuestros días, el principal *apoyo social* (no militar) *de la burguesía*. Porque son verdaderos *agentes de la burguesía* dentro del movimiento obrero, lugartenientes obreros de la clase capitalista, verdaderos vehículos del reformismo y el chovinismo. En la guerra civil entre el proletariado y la burguesía se colocarán inevitablemente, y en no pequeño número, del lado de la burguesía, de los "versalleses"⁷ contra los "comuneros".

Sin que se hayan entendido las raíces económicas de este fenómeno y sin que se haya apreciado su significación política y social no se podrá dar ningún paso hacia la solución del problema práctico del movimiento comunista y de la inminente revolución social.

El imperialismo es la antesala de la revolución social del proletariado. Esto ha sido confirmado, en escala mundial, a partir de 1917.

N. Lenin

6 de julio de 1920.

⁷ Expresión surgida de la experiencia de la Comuna de París (1871). Cuando los obreros y el pueblo resistieron el desarme por parte del Gobierno de Thiers y tomaron las calles de París, la burguesía huyó a Versalles. Desde allí preparó el aplastamiento a sangre y fuego de los comuneros [NdlE].

EL IMPERIALISMO, ETAPA SUPERIOR DEL CAPITALISMO

(Ensayo popular)

Durante los últimos quince o veinte años, sobre todo después de las guerras hispano-norteamericanas (1898) y anglo-boer (1899-1902), las publicaciones económicas, y también las políticas, del Viejo y el Nuevo Mundo, emplean cada vez más el término "imperialismo" para definir la época actual. En 1902 se publicó en Londres y Nueva York un libro del economista inglés J. A. Hobson, *El imperialismo*. Este autor, cuyo punto de vista es el del socialreformismo burgués y el pacifismo que, en esencia, es idéntico al punto de vista actual del exmarxista K. Kautsky, brinda una descripción muy buena y completa de las principales características económicas y políticas del imperialismo. En 1910 apareció en Viena la obra *El capital financiero* (edición rusa, Moscú, 1912), del marxista austriaco Rudolf Hilferding. A pesar del error en que incurre el autor a propósito de la teoría del dinero y pese a cierta tendencia a conciliar el marxismo con el oportunismo, esta obra brinda un muy valioso análisis teórico de la "última etapa del desarrollo capitalista" (como puede leerse en el subtítulo). De hecho, lo que se ha dicho sobre el imperialismo durante estos últimos años —sobre todo en una inmensa cantidad de artículos publicados en periódicos y revistas, así como en las resoluciones, por ejemplo, de los congresos de Chemnitz y Basilea, que se celebraron en el otoño de 1912— apenas va más allá de las ideas expuestas o, más exactamente, resumidas por los dos escritores antes mencionados...

Más adelante trataré de mostrar brevemente, y en la forma más sencilla posible, las conexiones y relaciones existentes entre los *principales* rasgos económicos del imperialismo. No podré detenerme, por mucho que lo merezca, en los aspectos no económicos del problema. Las referencias bibliográficas y otras notas que quizás no interesen a todos los lectores las damos al final de este folleto.

I. La concentración de la producción y los monopolios

El enorme crecimiento de la industria y la notablemente rápida concentración de la producción en empresas cada vez más grandes constituyen algunos de los rasgos más característicos del capitalismo. Los censos modernos de producción suministran los datos más completos y exactos sobre este proceso.

En Alemania, por ejemplo, de cada mil empresas industriales había, en 1882, tres empresas grandes (es decir, que empleaban más de cincuenta obreros), seis en 1895 y nueve en 1907. Y de cada cien obreros empleados, este grupo de empresas empleaba, respectivamente, 22, 30 y 37. La concentración de la producción, sin embargo, es mucho más intensa que la concentración de obreros, pues en las grandes empresas el trabajo es mucho más productivo, como indican los datos relativos a las máquinas de vapor y los motores eléctricos. Si tomamos lo que en Alemania se llama industria en el amplio sentido de la palabra, es decir, incluyendo el comercio, el transporte, etc., obtenemos el siguiente cuadro: 30.588 grandes empresas sobre un total de 3.265.623, es decir, el 0,9%. Estas empresas emplean 5.700.000 obreros sobre un total de 14.400.000, es decir, el 39,4%; utilizan 6.600.000 caballos de fuerza de vapor sobre un total de 8.800.000, es decir, el 75,3%, y 1.200.000 kilovatios de electricidad sobre un total de 1.500.000, o sea, el 77,2%.

¡Menos de una centésima parte del total de las empresas utilizan más de tres cuartas partes de la cantidad total de energía de vapor y eléctrica! ¡Unas 2.970.000 pequeñas empresas (que emplean hasta cinco obreros), que constituyen el 91% del total, utilizan únicamente el 7% de toda la energía de vapor y eléctrica! Decenas de miles de grandes empresas lo son todo; millones de pequeñas empresas no son nada.

En 1907 había en Alemania 586 establecimientos que empleaban mil obreros y más, casi la *décima* parte (1.380.000) del número total de obreros empleados en la industria. Dichos establecimientos *consumían casi un tercio (32%) de la cantidad total de energía eléctrica y de vapor*. El capital monetario y los bancos, como veremos, hacen que esta superioridad de un puñado de las más grandes empresas sea todavía más aplastante, en el sentido más estricto de la palabra, es decir, que millones de pequeños, medios e incluso algunos grandes "propietarios" se hallan en la práctica completamente sometidos a unos pocos cientos de financieros millonarios.

En otro país avanzado del capitalismo contemporáneo, Estados Unidos de América, el crecimiento de la concentración de la producción es aún mayor. En este país la estadística destaca la industria, en el sentido estricto de la palabra, y clasifica las empresas según el valor de su producción anual. En 1904 había grandes empresas (sobre 216.180, es decir, el 0,9%) con una producción valuada en un millón de dólares y más; en ellas el número de obreros era de 1.400.000 (sobre 5.500.000, es decir, el 25,6%) y el valor de su producción ascendía a 5.600 millones (sobre 14.800 millones, o sea, el 38%). Cinco años después, en 1909, las cifras correspondientes eran: 3.060 empresas (sobre 268.491, es decir, el 1,1%) con dos millones de obreros (sobre 6.600.000, es decir, el 30,5%) y con una producción anual valuada en 9.000 millones de dólares (sobre 20.700 millones, o sea, el 43,8%).

¡Casi la mitad de la producción total de todas las empresas del país correspondió a una *centésima* parte de estas empresas! Y esas tres mil empresas

gigantescas abarcan 258 ramas industriales. De aquí se infiere claramente que la propia concentración, al llegar a un grado determinado de su desarrollo, conduce directamente, por así decirlo, al monopolio, ya que unas cuantas decenas de empresas gigantescas pueden ponerse de acuerdo fácilmente y, por otra parte, las trabas a la competencia y la tendencia al monopolio provienen precisamente del tamaño inmenso de las empresas. Esta transformación de la competencia en monopolio es uno de los fenómenos más importantes —si no el más importante— de la economía capitalista moderna y debemos estudiarlo con mayor detalle. Pero antes tenemos que aclarar un posible malentendido.

La estadística norteamericana habla de tres mil empresas gigantescas en 250 ramas industriales como si sólo existiera una docena de empresas de las más grandes por cada rama de la industria.

Pero no es así. No en todas las ramas de la industria hay grandes empresas y, por otra parte, una característica muy importante del capitalismo en su etapa superior de desarrollo es la llamada *combinación* de la producción, o sea, la reunión en una sola empresa de distintas ramas de la industria que, o bien representan etapas sucesivas de la elaboración de las materias primas (por ejemplo, la fundición del mineral de hierro, la transformación de los lingotes de hierro en acero y, en ciertos casos, la producción de artículos de acero), o bien son ramas subsidiarias entre sí (por ejemplo, la utilización de desechos o de subproductos, la elaboración de materiales para embalaje, etcétera).

“La combinación —dice Hilferding— nivela las fluctuaciones del mercado y, por lo tanto, garantiza a las empresas combinadas una tasa de beneficio más estable. En segundo lugar, la combinación conduce a la eliminación del comercio. En tercer lugar, hace posible el perfeccionamiento técnico y, por consiguiente, la obtención de superganancias por encima de las que obtienen las empresas ‘puras’ (es decir, no combinadas). En cuarto lugar, fortalece la posición de la empresa combinada con relación a la empresa ‘pura’: la fortalece en la lucha competitiva en época de graves depresiones (estancamiento de los negocios, crisis) cuando la caída de los precios de las materias primas no marcha al mismo ritmo de la caída de los precios de los artículos manufacturados”.

El economista burgués alemán Heymann, que ha dedicado un libro a las empresas “mixtas”, es decir, combinadas, en la industria siderúrgica alemana, dice: “Las empresas puras perecen, son aplastadas por los altos precios de las materias primas y los bajos precios de los artículos manufacturados”. Obtenemos así el siguiente cuadro: “Por una parte han quedado las grandes compañías hulleras, que producen millones de toneladas de carbón anuales, sólidamente organizadas en su asociación hullera, y, por otra parte, las grandes acerías, estrechamente vinculadas a las minas de carbón, con su propia asociación del acero. Estas gigantescas empresas, que producen cuatrocientas mil toneladas de acero por año, con un rendimiento enorme de mineral de hierro

y de hulla, y que producen artículos de acero, que emplean diez mil obreros a quienes alojan en los albergues de la empresa; que cuentan, a veces, con sus propios ferrocarriles y puertos, son las representantes típicas de la industria siderúrgica alemana. Y la concentración avanza más y más. Las empresas individuales crecen y crecen; un número cada vez mayor de estas, en una o varias industrias, se agrupan en empresas gigantescas, respaldadas y dirigidas por media docena de grandes bancos berlineses. En lo que se refiere a la industria minera alemana, queda demostrada la exactitud de la doctrina de Karl Marx sobre la concentración; es verdad que esto se refiere a un país en el que la industria se halla protegida por aranceles aduaneros y tarifas de fletes. La industria minera alemana está madura para la expropiación².

Tal es la conclusión a que tuvo que llegar un economista burgués que, por excepción, es reflexivo. Hay que señalar que parece considerar a Alemania como un caso especial debido a que sus industrias están protegidas por aranceles elevados. Pero esta circunstancia sólo acelera la concentración y la formación de asociaciones monopolistas de fabricantes, cárteles, asociaciones, etcétera.

Es de extraordinaria importancia observar que en el país de la libertad de comercio, Inglaterra, la concentración también conduce al monopolio, aunque algo más tarde y acaso en otra forma. El profesor Hermann Levy, en *Monopolies, cárteles y trusts*, estudio especial basado en datos sobre el desarrollo económico de Inglaterra, dice lo siguiente:

Lo que da lugar a la tendencia monopolista en Gran Bretaña es el tamaño de las empresas y su alto nivel técnico. Ello se debe, por una parte, a la enorme inversión de capitales por empresa, lo que origina crecientes demandas de nuevos capitales para las nuevas empresas, con lo cual se hace más difícil su aparición. Por otra parte (y consideramos que este es el punto más importante), cada nueva empresa que quiere mantenerse al nivel de las gigantescas, formadas por la concentración, tendría que producir un excedente tan enorme de mercancías que sólo podría realizarlas a condición de que su venta fuera lucrativa, como consecuencia de un extraordinario aumento de la demanda; de lo contrario, ese excedente haría bajar los precios a un nivel no productivo, tanto para la nueva empresa como para las asociaciones monopolistas. En Inglaterra las asociaciones monopolistas de fabricantes, cárteles y trusts surgen únicamente, en la mayoría de los casos —a diferencia de otros países—, en los que los aranceles proteccionistas facilitan la formación de cárteles—, cuando el número de las principales empresas competidoras se reduce a “un par de docenas”. La influencia de la concentración en la formación de grandes monopolios industriales en toda una esfera de la industria aparece en este caso con claridad cristalina³.

² Hermann Levy, *Monopolies, Kartelle und Trust*, Jena, 1909, pp. 286, 290, 298.

Hace medio siglo, cuando Marx escribía *El capital*, la libre competencia era para la enorme mayoría de los economistas una "ley natural". La ciencia oficial intentó, con una conspiración de silencio, destruir las obras de Marx, quien mediante un análisis teórico e histórico del capitalismo había demostrado que la libre competencia engendra la concentración de la producción, la que a su vez, en un grado determinado de desarrollo, conduce al monopolio. Hoy el monopolio se ha convertido en un hecho. Los economistas escriben montañas de libros en los cuales describen las distintas manifestaciones del monopolio y siguen declarando a coro que "el marxismo ha sido refutado". Pero los hechos son tozudos —como dice el proverbio inglés— y de buen grado o por la fuerza hay que tenerlos en cuenta. Los hechos demuestran que las diferencias entre países capitalistas, por ejemplo en lo que se refiere a proteccionismo o a libre comercio, sólo dan lugar a diferencias insignificantes en lo que se refiere a la forma de los monopolios o al momento de su aparición, y que el surgimiento de aquellos, a consecuencia de la concentración de la producción, es una ley general y fundamental de la fase actual de desarrollo del capitalismo.

Por lo que a Europa se refiere es posible fijar con bastante exactitud el momento en que el nuevo capitalismo vino a sustituir *definitivamente* al viejo: ello ocurrió a principios del siglo XX. En una de las últimas recopilaciones sobre la historia de la "formación de los monopolios", leemos:

Se pueden citar algunos ejemplos aislados de monopolios capitalistas de la época anterior a 1860, se puede descubrir en ellos el germen de las formas que son tan corrientes en la actualidad, pero todo eso constituye indiscutiblemente la prehistoria de los cárteles. El verdadero comienzo de los modernos monopolios se remonta, a lo sumo, a la década de 1860. El primer período importante de desarrollo del monopolio empezó con la depresión industrial internacional de la década del 70 y se prolongó hasta principios de la década del 90. [...] Si examinamos la cuestión en lo que a Europa se refiere veremos que el desarrollo de la libre competencia alcanza su punto culminante en las décadas del 60 y del 70. Por aquel entonces, Inglaterra concluía la construcción de su organización capitalista de viejo estilo. En Alemania dicha organización iniciaba una lucha feroz contra la industria artesanal y doméstica y empezaba a crear para sí sus propias formas de existencia. [...]

La gran revolución comienza con el crac de 1873 o, más exactamente, con la depresión que le siguió, la cual, con interrupciones apenas perceptibles a principios de la década del 80 y con el auge extraordinariamente vigoroso, pero efímero, hacia 1889, marca veintidós años de historia económica europea [...]. Durante el breve auge de 1889 y 1890 se recurrió ampliamente a los cárteles para aprovechar la coyuntura favorable. Una política irreflexiva elevó los precios con mayor rapidez y en mayores proporciones todavía de lo que hubiera sucedido de no existir los cárteles, y casi todos estos perecieron sin gloria, enterrados 'en la fosa del crac'. Siguió otro período de cinco años de malos negocios

y precios bajos, pero en la industria reinaba un nuevo espíritu; la depresión no se consideraba ya como algo que debía darse por sentado; se la consideraba sólo como una pausa antes de un nuevo auge. [...]

El movimiento de los cárteles entró en su segunda época. En vez de ser un fenómeno pasajero, los cárteles se convirtieron en una de las bases de toda la vida económica; conquistan una esfera industrial tras otra y, en primer lugar, la industria de transformación de materias primas. A principios de la década del 90, el sistema de los cárteles adquirió —en la organización del sindicato del coque, sobre cuyo modelo se formó más tarde el sindicato hullero— una técnica tal en materia de cárteles que apenas ha sido mejorada. El gran auge de fines del siglo XIX y la crisis de 1900 a 1903 trascurren por primera vez —al menos en lo que se refiere a las industrias minera y siderúrgica— íntegramente bajo la égida de los cárteles. Y si en aquel momento esto parecía algo nuevo, ahora todo el mundo da por sentado que grandes sectores de la vida económica han sido, por regla general, eliminados de la libre competencia.

Así pues, las etapas principales en la historia de los monopolios son las siguientes: 1) De 1860 a 1880, la etapa superior, el punto culminante de desarrollo de la libre competencia. Los monopolios se encuentran en un estado embrionario apenas perceptible. 2) Después de la crisis de 1873, un largo período de desarrollo de los cárteles, los cuales todavía constituyen la excepción, aún no son sólidos, todavía representan un fenómeno pasajero. 3) El auge de fines del siglo XIX y la crisis de 1900 a 1903: los cárteles se convierten en una de las bases de toda la vida económica. El capitalismo se ha transformado en imperialismo.

Los cárteles establecen acuerdos sobre las condiciones de venta, los plazos de pago, etc. Se reparten los mercados entre sí. Fijan la cantidad de artículos por producir. Fijan los precios. Distribuyen las ganancias entre las distintas empresas, etcétera.

El número de cárteles en Alemania era aproximadamente de 250 en 1896, 385 en 1905, con la participación de unas doce mil empresas. Pero todo el mundo reconoce que estas cifras son inferiores a la realidad. De los datos estadísticos de la industria alemana en 1907 citados más arriba se deduce evidentemente que incluso esas doce mil grandes empresas consumen probablemente más de la mitad de la energía de vapor y eléctrica del país. En Estados Unidos, el número de trusts en 1900 era de 185; en 1907, de 250. La estadística norteamericana divide todas las empresas industriales en pertenecientes a individuos, a empresas privadas y a corporaciones. Las últimas en 1904 comprendían el 23,6% y en 1909, el 25,9%, es decir, más de la cuarta parte del total de las empresas industriales del país. Estas empleaban, en 1904, el 70,6% de los obreros, y en 1909, el 75,6%, es decir, más de las tres cuartas partes del total de asalariados. Su producción en estas dos fechas fue valorada en 10.900 y 16.300 millones de dólares, o sea, el 73,7% y el 79% del total, respectivamente.

A veces, los cárteles y trusts concentran en sus manos las siete u ocho décimas partes del total de la producción de una rama determinada de la industria. El sindicato hullero del Rin y Westfalia, en el momento de constituirse, en 1893, concentraba el 86,7% del total de la producción de carbón de la zona, y en 1910 concentraba ya el 95,4%. El monopolio así constituido asegura beneficios gigantescos y conduce a la formación de unidades técnicas de producción de proporciones inmensas. La famosa Standard Oil Company de Estados Unidos fue fundada en 1900. "Su capital reconocido es de ciento cincuenta millones de dólares. Emitió cien millones de dólares en acciones ordinarias, y 106 millones de dólares en acciones preferidas. De 1900 a 1907 correspondieron a estas últimas los siguientes dividendos: 48, 48, 45, 44, 36, 40, 40 y 40% en los respectivos años, o sea, un total de 367 millones de dólares. De 1882 a 1907, del total de 889 millones de dólares de beneficio neto, 606 millones fueron distribuidos en concepto de dividendos y el resto pasó al capital de reserva". "Las distintas empresas del trust del acero [United States Steel Corporation] empleaban en 1907 no menos de 210.180 personas. La empresa más importante de la industria minera alemana, la Sociedad Minera de Gelsenkirchen [*Gelsenkirchener Bergwerks-Gesellschaft*] contaba, en 1908, con un personal de 46.048 obreros y empleados". En 1902 el trust del acero producía ya nueve millones de toneladas de acero. Su producción constituía en 1901 el 66,3%, y en 1908 el 56,1% del total de la producción de acero de Estados Unidos. La producción de mineral de hierro fue del 43,9% y del 46,3%, respectivamente.

El informe de la Comisión Gubernamental Norteamericana sobre los Trusts dice: "Su superioridad sobre los competidores se debe a la magnitud de sus empresas y a su excelente equipo técnico. El trust del tabaco, desde su comienzo, consagró todos sus esfuerzos al reemplazo general del trabajo manual por el trabajo mecánico. Con este fin, adquirió todas las patentes que tuvieran cualquier relación con la elaboración del tabaco e invirtió en ellas sumas enormes. Muchas de esas patentes resultaron al principio inservibles y tuvieron que ser modificadas por los ingenieros que se hallaban al servicio del trust. A fines de 1906 se formaron dos compañías subsidiarias con el único objeto de adquirir patentes. Con este mismo fin, el trust construyó sus propias fundiciones, talleres de maquinaria y talleres de reparación. Uno de estos establecimientos, el de Brooklyn, emplea en promedio trescientos obreros; en él se realizan ensayos de los inventos relacionados con la producción de cigarrillos, cigarrillos pequeños, rapé, papel de estufa para el empaquetado, cajas, etc. Allí también se perfeccionan los inventos". "Hay otros trusts que tienen a su servicio a los llamados *development engineers* [ingenieros para el desarrollo de la técnica. NdE], cuya misión consiste en inventar nuevos métodos de producción y comprobar los perfeccionamientos técnicos. El trust del acero otorga a sus ingenieros y obreros grandes bonos por todos los inventos que eleven la eficiencia técnica o reduzcan el costo de producción".

En la gran industria alemana, por ejemplo, en la industria química, que se ha desarrollado tan enormemente durante estas últimas décadas, la promoción

de mejoras técnicas está organizada en el mismo sentido. En 1908, el proceso de concentración de la producción había dado lugar a la formación de dos "grupos" principales que, a su modo, tenían también carácter de monopolios. Al principio, esos grupos constituían "alianzas dobles" de dos pares de grandes fábricas, cada una con un capital de veinte a veintidós millones de marcos; por una parte, la antigua fábrica de Meister, en Höchst, y la de Cassella, en Fráncfort del Meno; y, por la otra, la fábrica de anilina y sosa de Ludwigshafen y la antigua fábrica de Bayer, en Elberfeld. Luego, en 1905, uno de estos grupos, y en 1908 el otro, concluyó cada uno un acuerdo con otra gran empresa, a consecuencia de lo cual resultaron dos "alianzas triples" con un capital de cuarenta a cincuenta millones de marcos cada una y entre las cuales se inició de inmediato una "aproximación", para llegar a un "entendimiento" sobre precios, etcétera.

La competencia se transforma en monopolio. De ahí resulta un gigantesco progreso en la socialización de la producción. Se socializa en particular el proceso de los inventos y perfeccionamientos técnicos.

Esto no tiene ya nada que ver con la antigua libre competencia entre fabricantes, dispersos y desvinculados entre sí, que producían para un mercado desconocido. La concentración ha llegado a un punto en que es posible hacer un cálculo aproximado de todas las fuentes de materias primas (por ejemplo, yacimientos de mineral de hierro) de un país e incluso, como veremos, de varios países, o de todo el mundo. No sólo se realiza este cálculo, sino que asociaciones monopolistas gigantescas se apoderan de dichas fuentes. También se efectúa un cálculo aproximado de la capacidad del mercado y las asociaciones se lo "reparten" entre sí de común acuerdo. Se monopoliza la mano de obra capacitada, se contratan los mejores ingenieros; se copan los medios de transporte —los ferrocarriles en Estados Unidos y las compañías navieras en Europa y Estados Unidos—. El capitalismo, en su etapa imperialista, conduce directamente a la más amplia socialización de la producción; arrastra, por así decirlo, a los capitalistas, en contra de su voluntad y de su conciencia, a una especie de nuevo régimen social, de transición de la total libertad de competencia a la total socialización.

La producción pasa a ser social, pero la apropiación continúa siendo privada. Los medios sociales de producción siguen siendo propiedad privada de unos pocos. Subsiste el marco general de la libre competencia formalmente reconocida, y el yugo de unos cuantos monopolistas sobre el resto de la población se hace cien veces más pesado, más gravoso, más insoportable.

El economista alemán Kestner ha escrito un libro especialmente consagrado a la "lucha entre los cárteles y los *outsiders*", es decir, los capitalistas que están fuera de los cárteles. Tituló su obra *La organización obligatoria*, aunque para presentar al capitalismo en su verdadero aspecto debería haber hablado de la subordinación obligatoria a las asociaciones monopolistas. Es instructivo echar un vistazo por lo menos a la lista de métodos a que recurren

las asociaciones monopolistas en la lucha moderna, actual, la lucha civilizada por la "organización": 1) suspensión del suministro de materias primas ("... uno de los métodos más importantes para obligar a entrar en el cártel"); 2) suspensión del suministro de mano de obra mediante "alianzas" (es decir, acuerdos entre los capitalistas y los sindicatos obreros por los cuales estos últimos autorizan a sus miembros a trabajar sólo en las empresas cartelizadas); 3) suspensión de entregas; 4) cierre de mercados; 5) acuerdos con los compradores, por los cuales estos se comprometen a comerciar únicamente con los cárteles; 6) disminución sistemática de los precios (para arruinar a los *outsiders*, es decir, a las empresas que se niegan a someterse a los monopolistas; se gastan millones a fin de poder vender, durante cierto tiempo, a precios inferiores al costo; se han dado casos en que el precio de la gasolina fue reducido de cuarenta a veintidós marcos, es decir, (casi a la mitad!); 7) suspensión de créditos; 8) boicót.

No nos hallamos ya ante la competencia entre empresas grandes y pequeñas, entre empresas técnicamente avanzadas y atrasadas. Nos hallamos ante la estrangulación por los monopolistas de todos aquellos que no se someten a ellos, a su yugo, a su arbitrariedad. Veamos cómo se refleja este proceso en la conciencia de un economista burgués:

Incluso en el terreno de la actividad puramente económica —escribe Kestner— se produce cierto cambio de la actividad comercial, en el sentido antiguo de la palabra, hacia la actividad organizadora especulativa. Los mayores éxitos no corresponden ya al comerciante cuya experiencia técnica y comercial le permite determinar mejor que nadie las necesidades del comprador, que sabe descubrir y, por así decirlo, "despertar" una demanda latente; corresponden al genio especulativo [?!] que sabe por anticipado determinar, o intuir al menos, el desarrollo en el terreno de la organización y la posibilidad de determinados vínculos entre las diferentes empresas y los bancos...

Traducido al lenguaje común, esto significa: el desarrollo del capitalismo ha llegado a un punto tal que, aunque sigue "reinando" la producción mercantil y continúa siendo considerada como la base de la vida económica, en realidad se halla ya quebrantada y el grueso de las ganancias va a parar a los "genios" de las maquinaciones financieras. En la base de estas maquinaciones y estafas está la socialización de la producción; pero el inmenso progreso de la humanidad, que ha logrado esa socialización, beneficia a... los especuladores. Más adelante veremos cómo, "sobre esta base", los críticos reaccionarios y pequeño-burgueses del imperialismo capitalista sueñan con volver a la "libre", "pacífica" y "honrada" competencia.

La suba persistente de los precios, resultado de la formación de los cárteles —dice Kestner—, sólo se ha observado, hasta ahora, en los principales medios de

producción, sobre todo en la hulla, el hierro y el potasio; pero no se ha observado nunca en los artículos manufacturados. De igual manera, el incremento de los beneficios, producto de ese aumento de precios, sólo se ha limitado a las industrias que producen medios de producción. Debemos añadir a esta observación que las industrias que procesan materias primas (y no productos semimanufacturados) no sólo obtienen ventajas con la constitución de cárteles en forma de ganancias elevadas, en detrimento de la industria de productos terminados, sino que también se han asegurado, con respecto a esta última, una *posición dominante* que no existía bajo la libre competencia³.

Las palabras que he subrayado revelan la esencia del asunto, que tan de mala gana y tan de vez en cuando reconocen los economistas burgueses, y que tan celosamente tratan de eludir y pasan por alto los defensores actuales del oportunismo, con K. Kautsky al frente. La dominación y la violencia a ella vinculada: tales son las relaciones típicas de la "última etapa de desarrollo del capitalismo"; esto es lo que inevitablemente tenía que resultar y resultó de la formación de los todopoderosos monopolios económicos.

Daré un ejemplo más de los métodos que emplean los cárteles. Allí donde es posible apoderarse de todas o de las más importantes fuentes de materias primas, la aparición de cárteles y la formación de monopolios es algo particularmente fácil. Sería un error, sin embargo, suponer que los monopolios no surgen también en otras industrias en las que no es posible copar las fuentes de materias primas. La industria del cemento, por ejemplo, puede encontrar materia prima en todas partes. Sin embargo, en Alemania, también esta industria está muy cartelizada. Los fabricantes de cemento han constituido sindicatos regionales: el de Alemania meridional, el renano-westfaliano, etc. Los precios fijados son de monopolio: ¡de doscientos treinta a doscientos ochenta marcos el vagón, cuando el precio de costo es ciento ochenta marcos! Las empresas pagan dividendos del 12 al 16%; y no hay que olvidar que los "genios" de la especulación moderna saben cómo embolsar grandes beneficios, además de lo que obtienen en concepto de dividendos. Para impedir la competencia en una industria tan lucrativa, los monopolistas recurren incluso a diversas estratagemas: difunden falsos rumores sobre la mala situación de su industria; publican en los periódicos avisos anónimos, como este: "Capitalistas: ¡no inviertan sus capitales en la industria del cemento!"; por último, acaparan las empresas de los *antibidos* (los que están fuera de los sindicatos) y les pagan una "compensación" de sesenta, ochenta y ciento cincuenta mil marcos⁴. El monopolio se abre camino en todas partes, sin escrúpulos en cuanto a los medios: desde pagar una suma "modesta" para eliminar a los competidores hasta recurrir al método norteamericano de emplear dinamita contra ellos.

³ Kestner, *op. cit.*, p. 254.

⁴ L. Eschwege, "Zement", en *Die Basi*, 1909, 1, p. 115 y ss.

La afirmación de que los cárteles pueden eliminar las crisis es una fábula difundida por los economistas burgueses, quienes desean, a toda costa, embellecer el capitalismo. Por el contrario, el monopolio creado en *ciertas* ramas de la industria aumenta e intensifica la anarquía inherente a la producción capitalista *en su conjunto*. Se acentúa aún más la desproporción entre el desarrollo de la agricultura y el de la industria, fenómeno característico del capitalismo en general. La situación privilegiada de la industria más cartelizada, la llamada industria pesada, particularmente las de la hulla y el hierro, ocasiona en otras ramas de la industria "una ausencia aún mayor de coordinación", como lo reconoce Joidels, autor de uno de los mejores trabajos sobre "las relaciones entre los grandes bancos alemanes y la industria"⁵.

"Cuanto más desarrollado es un sistema económico —escribe Liefmann, un defensor descarado del capitalismo—, tanto más recurre a empresas arriesgadas o en el extranjero, a aquellas que exigen mucho tiempo para desarrollarse o, finalmente, a las que sólo tienen una importancia local"⁶. El riesgo mayor va unido, a la larga, a un aumento gigantesco de capital, el cual, por así decirlo, desborda y fluye hacia el extranjero, etc. Y, junto a ello, la extraordinaria rapidez de los progresos técnicos da lugar a que se acrecienten los elementos de desproporción entre los distintos sectores de la economía nacional; a la anarquía y las crisis. "Probablemente —se ve obligado a reconocer Liefmann—, la humanidad será testigo, en un futuro próximo, de nuevas y grandes revoluciones técnicas, que también afectarán la organización del sistema económico"... la electricidad, la aviación... "Por regla general, en esos períodos de transformaciones económicas radicales se desarrolla una fuerte especulación"⁷.

Crisis de todo tipo —sobre todo crisis económicas, pero no sólo estas— aumentan, a su vez, en proporciones enormes, la tendencia a la concentración y al monopolio. Con respecto a esto, son extraordinariamente instructivas las siguientes reflexiones de Joidels sobre la significación de la crisis de 1900, la cual, como hemos visto, fue un punto crucial en la historia de los monopolios modernos:

La crisis de 1900 se produjo en un momento en que, al lado de gigantescas fábricas en las industrias básicas, existían todavía muchas fábricas con una organización que hoy sería considerada anticuada, las fábricas "puras" [no combinadas] que surgieron durante el apogeo del auge industrial. La caída de los precios y la disminución de la demanda colocaron a esas empresas "puras" en una situación precaria, que las gigantescas empresas combinadas no conocieron en absoluto, o que sólo conocieron durante un brevísimo período. Como consecuencia de ello, la crisis de 1900 causó una concentración de la industria mucho mayor que la de 1873: esta última crisis también produjo una especie

5 Joidels. *Das Verhältnis der deutschen Gewerkschaften zur Industrie mit besonderer Berücksichtigung der Eisenindustrie*, Leipzig, 1905, p. 271.

6 Liefmann. *Besitzungsgeiz*, etc. Ges., pp. 465-466.

7 Ídem, pp. 465-466.

de selección de las empresas mejor equipadas, pero, dado el nivel de desarrollo técnico de entonces, dicha selección no pudo colocar en situación de monopolio a las empresas que salieron con fortuna de la crisis. Ese monopolio duradero existe en alto grado en las gigantescas empresas de las industrias siderúrgica y eléctrica modernas, gracias a su técnica muy compleja, a su organización de gran alcance y a la magnitud del capital, y, en menor grado, en la industria de fabricación de maquinaria, en determinadas ramas de la industria metalúrgica, en el transporte, etcétera⁸.

¡Monopolio! Esta es la última palabra de la "última etapa de desarrollo capitalista". Pero nuestra noción del poder real y de la significación de los monopolios modernos será en extremo insuficiente, incompleta, reducida, si no tenemos en cuenta el papel de los bancos.

II. Los bancos y su nuevo papel

La función principal y primordial de los bancos es servir de intermediarios en los pagos. De este modo convierten el capital monetario inactivo en activo, esto es, en capital que rinde beneficio; reúnen toda clase de ingresos monetarios y los ponen a disposición de la clase capitalista.

A medida que se desarrollan las operaciones bancarias y se concentran en un número reducido de establecimientos, los bancos, de modestos intermediarios que eran, se convierten en poderosos monopolios que disponen de casi todo el capital monetario de todos los capitalistas y pequeños comerciantes, así como de la mayor parte de los medios de producción y fuentes de materias primas de uno o muchos países. Esta transformación de los numerosos modestos intermediarios en un puñado de monopolistas constituye uno de los procesos fundamentales de la transformación del capitalismo en imperialismo capitalista, y por ello debemos analizar, en primer término, la concentración bancaria.

En 1907-1908 los depósitos combinados de las sociedades anónimas bancarias de Alemania, con un capital de más de un millón de marcos cada uno, ascendieron a siete mil millones de marcos; en 1912-1913 estos depósitos habían ascendido a 9.800 millones de marcos. Un aumento del 40% en cinco años, con la particularidad de que, de los 2.800 millones de aumento, 2.750 millones correspondían a 57 bancos, con un capital de más de diez millones de marcos cada uno. La distribución de los depósitos entre los bancos grandes y pequeños era la siguiente⁹:

⁸ Jodels, *op. cit.*, p. 108.

⁹ Alfred Lansburgh, "Fünf Jahre d. Bankwesen", en *Die Bank*, 1913, N.º 8, p. 728.

PORCENTAJE TOTAL DE DEPÓSITOS

Ejercicio	En los nueve mayores bancos berlineses	En los restantes cuarenta y ocho bancos cuyo capital es mayor a diez millones de marcos	En los ciento quince bancos con un capital de uno a diez millones de marcos	En bancos pequeños (cuyo capital es menor a un millón de marcos)
1907-1908	47	32,5	16,5	4
1912-1913	49	36	12	3

Los bancos pequeños van siendo eliminados por los grandes bancos, nueve de los cuales concentran casi la mitad de todos los depósitos. Pero no hemos tenido en cuenta muchos detalles importantes, por ejemplo la transformación de numerosos bancos pequeños en verdaderas sucursales de los grandes bancos, etc. Hablaré de esto más adelante.

A fines de 1913, Schulze-Gaevernitz estimaba los depósitos en los nueve grandes bancos berlineses en 5.100 millones de marcos, sobre un total de alrededor de diez mil millones de marcos. Teniendo en cuenta no sólo los depósitos, sino todo el capital bancario, este mismo autor escribía: "A fines de 1909, los nueve grandes bancos berlineses, *junto con sus bancos asociados*, controlaban 11.300 millones de marcos, o sea, alrededor del 83% de todo el capital bancario alemán. El Banco Alemán (*Deutsche Bank*), que *junto con sus bancos asociados* controla casi tres mil millones de marcos, representa, al lado de la administración prusiana de ferrocarriles del Estado, la mayor y también la más descentralizada acumulación de capitales en el viejo mundo"¹⁰.

He puesto el acento en la referencia a los bancos "asociados" porque este es uno de los rasgos distintivos más importantes de la concentración capitalista moderna. Las grandes empresas, y en particular los bancos, no sólo absorben por completo a las pequeñas, sino que se las "anexan", las subordinan, las incorporan a su "propio" grupo o "empresa" —según el término técnico— mediante la "participación" en el capital de aquellos, mediante la compra o el canje de acciones, mediante un sistema de créditos, etc., etc. El profesor Liefmann ha dedicado una "obra" voluminosa de unas quinientas páginas a la descripción de las modernas "sociedades de participación y financiación"¹¹, pero por desgracia agrega ciertas reflexiones "teóricas" muy dudosas a lo que es, frecuentemente, materia prima sin en bruto. El libro del banquero Riesser sobre los grandes bancos alemanes explica mejor a qué resultados lleva este sistema de "participación" en lo que se refiere a la

¹⁰ Schulze-Gaevernitz, "Die deutsche Kreditbank", en *Gesamtheit der Sozialökonomik*, Tübingen, 1915, pp. 12 y 137.

¹¹ R. Liefmann, *Beteiligung und Finanzierungsgruppen. Eine Studie über den modernen Kapitalismus und das Effizienzwesen*, 1ª ed., Jena, 1909, p. 212.

concentración. Pero antes de examinar sus datos citemos un ejemplo concreto del sistema de "participación".

El "grupo" del Banco Alemán es uno de los más grandes, si no el más, de los grandes grupos bancarios. Para poder seguir los hilos principales que vinculan a todos los bancos de este grupo debe hacerse una distinción entre la "participación" de primero, segundo y tercer grado o, lo que es lo mismo, entre la dependencia (de los bancos menores respecto del Banco Alemán) de primero, segundo y tercer grado. Resulta lo siguiente¹²:

El Banco Alemán participa	Dependencia directa o de primer grado	Dependencia de segundo grado	Dependencia de tercer grado
Permanentemente	En 17 bancos	9 de los 17 participan en otros 34 bancos	4 de los 9 participan en otros 7 bancos
Por un período indefinido	En 5 bancos	-	-
Ocasionalmente	En 8 bancos	5 de los 8 participan en otros 14 bancos	2 de los 5 participan en otros 2 bancos
TOTALES	En 30 bancos	14 de los 30 participan en otros 48 bancos	6 de los 14 participan en otros 9 bancos

Entre los ocho bancos que dependen "ocasionalmente" en primer grado del Banco Alemán hay tres bancos extranjeros: uno austríaco (la Sociedad Bancaria -*Bankverein*- de Viena) y dos rusos (el Banco Comercial Siberiano y el Banco Ruso de Comercio Exterior). En total, el grupo del Banco Alemán abarca, directa o indirectamente, parcial o totalmente, ochenta y siete bancos, y el capital total (el propio y el ajeno que controla) se calcula en dos o tres mil millones de marcos.

Es evidente que un banco que se encuentra a la cabeza de un grupo semejante y que establece acuerdos con media docena de otros bancos casi tan importantes como él para la realización de operaciones financieras excepcionalmente grandes y lucrativas, tales como la emisión de empréstitos públicos, ha dejado ya de ser un "intermediario" y se ha convertido en una asociación de un puñado de monopolistas.

Los datos de Riesser que damos a continuación en forma abreviada muestran la rapidez con que, a fines del siglo XIX y principios del XX, se efectuó la concentración bancaria en Alemania:

¹² Alfred Lunsburgh, "Das Beteiligungssystem im deutschen Bankwesen", en *Die Bank*, 1910, I, p. 500.

Año	Sucursales en Alemania	Cajas de depósito y oficinas de cambio	Participación permanente en sociedades anónimas bancarias alemanas	Total de establecimientos
1895	16	14	1	42
1900	21	40	8	80
1911	104	276	63	450

Vemos la rápida expansión de la espesa red de canales que cubren todo el país, centralizan todo el capital y todas las rentas, convierten a millares y millares de empresas económicas dispersas en una empresa capitalista nacional única y, luego, en economía capitalista mundial. La "descentralización" de la que, como exponente de la economía política burguesa de nuestros días, habla Schulze-Gaevernitz en el pasaje reproducido más arriba significa, en realidad, la subordinación a un centro único de un número cada día mayor de unidades económicas que antes eran relativamente "independientes" o, más bien, estrictamente locales. Se trata, en efecto, de una *centralización*, de un acrecentamiento del papel, la importancia y el poder de los gigantes monopolistas.

En los países capitalistas más antiguos, esta "red bancaria" es todavía más densa. En Inglaterra (comprendida Irlanda), en 1910 había en total 7.151 sucursales bancarias. Cuatro grandes bancos tenían más de cuatrocientas sucursales cada uno (de 447 a 689); seguían otros cuatro con más de doscientas sucursales cada uno, y once con más de cien cada uno.

En Francia, *tres* bancos muy importantes: el *Crédit Lyonnais*, el *Comptoir National* y la *Société Générale* han ampliado sus operaciones y su red de sucursales del modo siguiente¹³:

Año	Número de sucursales y agencias			Capital (en millones de francos)	
	En las provincias	En París	Total	Capital propio	Depósitos utilizados como capital
1870	47	17	64	200	427
1900	192	66	258	265	1.245
1909	1.033	196	1.229	887	4.363

Para mostrar las "vinculaciones" de un gran banco moderno, Riesser suministra los siguientes datos sobre el número de cartas remitidas y recibidas

13 Eugen Kaufmann, *Die französische Bankwesen*, Tübingen, 1911, pp. 356 y 362.

por la Sociedad de Descuento (*Disconto-Gesellschaft*), uno de los bancos más importantes de Alemania y de todo el mundo (su capital ascendía en 1914 a trescientos millones de marcos):

Año	Cartas recibidas	Cartas despachadas
1852	6.135	6.292
1870	85.800	85.513
1900	533.102	626.043

En el gran banco parisíense *Crédit Lyonnais* el número de cuentas aumentó de 28.535 en 1875 a 633.539 en 1912¹⁴.

Estas simples cifras muestran, quizá mejor que largas disquisiciones, cómo la concentración del capital y el aumento del giro bancario transforman radicalmente la importancia de los bancos. Capitalistas dispersos se transforman en un solo capitalista colectivo. Al administrar las cuentas corrientes de unos pocos capitalistas, el banco realiza, al parecer, una operación puramente técnica, exclusivamente auxiliar. Pero cuando esta operación crece hasta alcanzar proporciones gigantescas resulta que un puñado de monopolistas subordina a su voluntad todas las operaciones, comerciales e industriales, del conjunto de la sociedad capitalista; pues están en condiciones —gracias a sus vinculaciones bancarias, a sus cuentas corrientes y otras operaciones financieras—, primero, de *determinar con exactitud* la situación financiera de los distintos capitalistas; después, de *controlarlos*, de influir en ellos restringiendo o ampliando los créditos, facilitándoselos o dificultándoselos, y, por último, de *decidir enteramente* su destino, determinar su renta, privarlos de capital o permitirles acrecentarlo rápidamente y en proporciones inmensas, etcétera.

Acabamos de mencionar el capital de trescientos millones de marcos de la Sociedad de Descuento de Berlín. Este aumento del capital del banco fue uno de los episodios de la lucha por la hegemonía entre los dos bancos berlineses más importantes: el Banco Alemán y la Sociedad de Descuento. En 1870, el primero era aún un principiante y contaba con un capital de sólo quince millones de marcos, mientras que el del segundo se elevaba a treinta millones de marcos. En 1908 el primero tenía un capital de doscientos millones, mientras que el del segundo era de ciento setenta millones. En 1914 el primero aumentó su capital a doscientos cincuenta millones, y el segundo, mediante la fusión con otro gran banco de primera clase, la Alianza Bancaria de Schaffhausen, aumentó su capital a trescientos millones. Y, por supuesto, esta lucha por la hegemonía se desarrolló paralelamente a "acuerdos", cada vez más frecuentes y duraderos, entre los dos bancos. Las siguientes son las conclusiones que este

14 Jean Lescure, *L'épargne en France*, París, 1914, p. 52.

desarrollo impone a los especialistas bancarios, que consideran los problemas económicos desde un punto de vista que de ninguna manera rebasa los límites del más moderado y cauteloso reformismo burgués.

Otros bancos seguirán el mismo camino —decía la revista alemana *Die Bank* refiriéndose al aumento del capital de la Sociedad de Descuento a trescientos millones de marcos— y con el tiempo los trescientos hombres que hoy gobiernan económicamente a Alemania quedarán reducidos gradualmente a cincuenta, veinticinco o aun menos. No se puede esperar que este reciente movimiento hacia la concentración quede circunscrito a los bancos. Las estrechas relaciones existentes entre diferentes bancos conducen naturalmente a la unión de las asociaciones industriales que estos bancos favorecen [...]. Un buen día nos despertaremos con la sorpresa de que no habrá más que trusts y nos hallaremos ante la necesidad de remplazar los monopolios privados por monopolios del Estado. Sin embargo, en realidad, no tenemos nada que reprocharnos, excepto el haber permitido que las cosas siguieran su curso, levemente acelerado por la manipulación de las acciones¹⁵.

He aquí un ejemplo de la impotencia del periodismo burgués, que sólo difiere de la ciencia burguesa en que esta es menos sincera y trata de velar la esencia de las cosas, de ocultar el bosque detrás de los árboles. "Asombrarse" por las consecuencias de la concentración, "censurar" al gobierno de la Alemania capitalista o a la "sociedad" capitalista ("a nosotros mismos"), temer que la emisión de valores y acciones pueda "acelerar" la concentración, del mismo modo que el especialista alemán en "cárteles", Tschierschky, teme a los trusts norteamericanos y "prefiere" los cárteles alemanes, en razón de que estos "no han de acelerar excesivamente, como los trusts, el progreso técnico y económico"¹⁶, ¿no es todo esto prueba de impotencia?

Pero los hechos siguen siendo hechos. En Alemania no hay trusts, sino "solamente" cárteles, pero Alemania está gobernada por no más de trescientos magnates del capital, y el número de aquellos disminuye sin cesar. En todo caso, los bancos intensifican mucho y aceleran el proceso de concentración del capital y la formación de monopolios en todos los países capitalistas a pesar de sus diferentes leyes bancarias.

El sistema bancario "tiene, por cierto, la forma de una contabilidad y una distribución generales de los medios de producción, en escala social, pero solamente la forma", escribía Marx hace medio siglo en *El capital*. Las cifras que acabamos de citar sobre el incremento del capital bancario, el aumento del número de sucursales y agencias de los bancos más importantes, el aumento del número de sus cuentas, etc., muestran un cuadro concreto de esa "contabilidad general"

15 A. Lamsburg, "Die Bank mit den 300 Millionen", *Die Bank*, 1914, I, p. 426.

16 S. Tschierschky, *op. cit.*, p. 128.

de toda la clase capitalista, e incluso no sólo de los capitalistas, pues los bancos reúnen, aunque no sea más que temporalmente, todo género de ingresos monetarios, de pequeños empresarios, empleados y de una reducida capa superior de la clase obrera. La "distribución general de los medios de producción"; esto, desde un aspecto formal, es lo que brota de los bancos modernos que, siendo de tres a seis de los más importantes en Francia y de seis a ocho en Alemania, controlan miles y miles de millones. En *suave*, sin embargo, la distribución de los medios de producción de ningún modo es "general", sino privada, es decir, se ajusta a los intereses del gran capital y, en primer lugar, del inmenso capital monopolista, que opera en condiciones en que la masa de la población vive en la indigencia; en que todo el desarrollo de la agricultura se rezaga irremediabilmente respecto del desarrollo de la industria, mientras que al interior de esta última la "industria pesada" impone un tributo a todas las demás ramas industriales.

En cuanto a la socialización de la economía capitalista, empiezan a competir con los bancos las cajas de ahorro y las instituciones postales, que están más "descentralizadas", es decir, que su influencia llega a un mayor número de localidades, a más lugares remotos, a más amplios sectores de la población. He aquí los datos recogidos por una comisión norteamericana sobre el aumento comparado de los depósitos en bancos y en cajas de ahorro¹⁷:

Depósitos (en millones de marcos)

Año	Gran Bretaña		Francia		Alemania		
	Bancos	Cajas de ahorro	Bancos	Cajas de ahorro	Bancos	Sociedades de crédito	Cajas de ahorro
1880	8.4	1.6	?	0.9	0.5	0.4	2.6
1888	12.4	2.0	1.5	2.1	1.1	0.4	4.5
1908	23.2	4.2	3.7	4.2	7.1	2.2	13.9

Como pagan un interés del 4 y 4½ % sobre los depósitos, las cajas de ahorro se ven obligadas a buscar inversiones "lucrativas" para sus capitales, a hacer operaciones con letras de cambio, hipotecas, etc. Las fronteras entre los bancos y las cajas de ahorro "se van borrando cada vez más". Las cámaras de comercio de Bochum y Erfurt, por ejemplo, exigen que se "prohiba" a las cajas de ahorro las operaciones "puramente" bancarias, tales como el descuento de letras; exigen la limitación de la actividad "bancaria" de las instituciones postales¹⁸. Los magnates bancarios parecen temer que el monopolio del Estado los sorprenda desde un ángulo inesperado. No es necesario decir, sin embargo, que ese temor no es

¹⁷ Datos de la *National Monetary Commission* norteamericana, en *Die Bank*, 1910, p. 1200.

¹⁸ Informe de la *National Monetary Commission* norteamericana, en *Die Bank*, 1913, pp. 811 y 1022; 1914, p. 713.

más que expresión de la rivalidad, por así decirlo, de dos jefes de sección en una misma oficina, porque, por un lado, los millones depositados en las cajas de ahorro, en última instancia, están en realidad controlados por *esos mismos* magnates del capital bancario, y, por otro lado, el monopolio del Estado en la sociedad capitalista no es más que un medio para aumentar y asegurar los ingresos de los millonarios de alguna rama industrial que están al borde de la quiebra.

La transformación del antiguo tipo de capitalismo, en el que predominaba la libre competencia, en el nuevo capitalismo, en el que reina el monopolio, se expresa, entre otras cosas, en la disminución de la importancia de la Bolsa. "Hace ya tiempo —dice la revista *Die Bank*— que la Bolsa ha dejado de ser el instrumento indispensable de circulación que era antes, cuando los bancos no estaban todavía en condiciones de colocar la mayor parte de las nuevas emisiones entre sus clientes"¹⁹.

"'Todo banco es una bolsa'. Y cuanto más grande es el banco y mayores los éxitos de la concentración bancaria más verdadero suena este aforismo"²⁰. "Si antes, en la década del 70, la bolsa, con sus excesos juveniles ("delicada" alusión al crac de la Bolsa de 1873, a los escándalos relacionados con la *Gründerzeit*²¹, etc.), inició la era de la industrialización de Alemania, en el momento actual los bancos y la industria 'están en condiciones de arreglarse por sí mismos'. La dominación que ejercen nuestros grandes bancos sobre la Bolsa [...] no es otra cosa que la expresión del Estado industrial alemán completamente organizado. Si se restringe de este modo el campo de acción de las leyes económicas que funcionan automáticamente y se ensancha en forma extraordinaria el de la regulación consciente por parte de los bancos, aumenta en proporciones gigantescas la responsabilidad de unas pocas cabezas dirigentes respecto de la economía nacional", dice el profesor alemán Schulze-Gaevernitz²², apologista del imperialismo alemán, considerado como una autoridad por los imperialistas de todos los países y que se esfuerza por disimular el "pequeño detalle" de que esa "regulación consciente" de la vida económica realizada por los bancos consiste en el despojo del público por parte de un puñado de monopolistas "completamente organizados". La función de los profesores burgueses no es poner al descubierto todo el mecanismo, o desenmascarar todas las artimañas de los monopolistas bancarios, sino más bien presentarlos desde un ángulo más favorable.

Del mismo modo, Riesser, un economista más autorizado todavía y además banquero, echa mano de frases sin sentido para explicar hechos innegables: "La

19 *Die Bank*, 1914, I, p. 316.

20 Dr. Oscar Stilleh, *Geld und Bankwesen*, Berlín, 1907, p. 169.

21 En alemán, "Época de los fundadores". Se conoce bajo este nombre el período de auge económico e industrialización que atraviesan Alemania y Austria de 1840 a 1870. Este período termina con el flujo de dinero por las reparaciones de la guerra franco-prusiana que llevaron al crac de 1873 (NdlE).

22 Schulze-Gaevernitz, "Die deutsche Kreditbank", en *Grundriss der Sozialökonomik*, Tübingen, 1915, p. 101.

Bolsa va perdiendo en forma constante la cualidad, absolutamente indispensable para la economía en su conjunto y para la circulación de los valores en particular, de ser no sólo el termómetro más exacto, sino también un regulador casi automático de los movimientos económicos que convergen hacia ella²³.

En otras palabras, el viejo capitalismo, el capitalismo de la libre competencia, con su regulador indispensable, la Bolsa, pasa a la historia. Su lugar lo ocupa un nuevo capitalismo, que tiene los rasgos evidentes de algo transitorio, una mezcla de libre competencia y monopolio. Surge naturalmente la pregunta: ¿hacia qué está "desarrollándose" este nuevo capitalismo? Pero los sabios burgueses temen formularla.

"Hace treinta años, los hombres de negocios, que competían libremente entre sí, realizaban las nueve décimas partes del trabajo económico no correspondiente al trabajo manual de los 'obreros'. En la actualidad, las nueve décimas partes de ese trabajo intelectual lo realizan *empleados*. Los bancos se hallan al frente de esta evolución"²⁴. Esta confesión de Schulze-Gaevernitz nos trae nuevamente al problema: ¿hacia qué se desarrolla este nuevo capitalismo, el capitalismo en su etapa imperialista?

Entre los pocos bancos que, como resultado del proceso de concentración, quedan al frente de toda la economía capitalista, se observa naturalmente la tendencia cada vez más marcada hacia los acuerdos monopolistas, hacia un *trust de bancos*. En Estados Unidos, no nueve, sino *dos* grandes bancos, los de los multimillonarios Rockefeller y Morgan, controlan un capital de once mil millones de marcos²⁵. En Alemania, la absorción, a la que me referí más arriba, de la Alianza Bancaria Schaffhausen por la Sociedad de Descuento fue comentada en los términos siguientes por la *Gaceta de Fráncfort*, vocero de los intereses bursátiles: "El movimiento de concentración de los bancos está restringiendo el círculo de establecimientos de los cuales se puede obtener crédito, y está aumentando, por lo tanto, la dependencia de la gran industria respecto de un reducido número de grupos bancarios. Debido a la estrecha relación entre la industria y el mundo financiero se restringe la libertad de movimiento de las empresas industriales que necesitan capital bancario. Por esta razón, la gran industria observa con incertidumbre la creciente trustificación de los bancos (unificación o transformación en trusts); en efecto, se ha observado a menudo la iniciación de determinados acuerdos entre las grandes empresas bancarias, dirigidos a limitar la competencia"²⁶.

Una y otra vez, la última palabra en el desarrollo bancario es el monopolio.

En cuanto a la estrecha relación existente entre los bancos y la industria, es precisamente en esa esfera donde se manifiesta, quizá con mayor evidencia, el

23 Rösser, *op. cit.*, 4ª ed., p. 629.

24 Schulze-Gaevernitz, "Die deutsche Kreditbank", en *Grundriss der Sozialökonomik*, Tübingen, 1915, p. 151.

25 *Die Bank*, 1912, I, p. 435.

26 Citado por Schulze-Gaevernitz en *Ges. d. S. Ök.*, p. 155.

nuevo papel de los bancos. Cuando el banco descuenta una letra a una empresa, le abre una cuenta corriente, etc., esas operaciones, consideradas aisladamente, no disminuyen en lo más mínimo la independencia de dicha empresa, y el banco no desempeña otro papel que el de un modesto intermediario. Pero cuando esas operaciones se multiplican y se convierten en una práctica establecida, cuando el banco "redne" en sus propias manos inmensos capitales, cuando el movimiento de la cuenta corriente de una empresa permite al banco -y así sucede- obtener la más detallada y completa información sobre la situación económica de su cliente, el resultado es que el capitalista industrial depende, cada día en forma más completa, del banco.

Paralelamente se establece una vinculación personal, por así decirlo, entre los bancos y las más grandes empresas industriales y comerciales, la fusión de los unos con las otras a través de la adquisición de acciones, a través de la designación de directores de bancos en los consejos de supervisión (o directorios) de las empresas industriales y comerciales, y viceversa. El economista alemán Jeidels ha reunido datos muy completos sobre esta forma de concentración del capital y las empresas. Seis de los más grandes bancos berlineses estaban representados por sus directores en 344 sociedades industriales, y por miembros de sus consejos de administración en otras 407, o sea, en un total de 751 sociedades. En 289 de esas sociedades tenían a dos de sus representantes en los consejos de administración u ocupaban en ellos la presidencia. Hallamos esas sociedades industriales y comerciales en las más variadas ramas de la industria: seguros, transporte, restaurantes, teatros, industria de objetos artísticos, etc. Por otra parte, en los consejos de administración de esos seis bancos había (en 1910) 51 de los más grandes industriales, entre ellos el director de la casa Krupp, el de la poderosa compañía marítima Hapag (Hamburg-Amerika Line), etc., etc. Cada uno de estos seis bancos participó, de 1895 a 1910, en la emisión de acciones y obligaciones de varios centenares de sociedades industriales, más concretamente, de 281 a 419²⁷.

La "vinculación personal" entre los bancos y la industria se completa con la "vinculación personal" entre estos y el Gobierno. "Los cargos en los consejos de administración -escribe Jeidels- son confiados espontáneamente a personalidades de renombre, así como a exfuncionarios públicos, que les pueden facilitar en grado considerable [!] las relaciones con las autoridades [...]. En el consejo de administración de un banco importante hay, por lo general, algún miembro del parlamento o un concejal de Berlín".

La construcción y el desarrollo, por así decirlo, de los grandes monopolios capitalistas avanzan a todo vapor, siguiendo todos los caminos "naturales" y "sobrenaturales". Se desarrolla sistemáticamente una especie de división del trabajo entre varios centenares de reyes de las finanzas que reinan sobre la sociedad capitalista actual.

27 Jeidels y Riesser, obras citadas.

Paralelamente a este ensanchamiento del campo de acción de algunos grandes industriales [que entran en los consejos de administración de los bancos, etc.] y con la asignación de determinadas zonas industriales a gerentes de bancos provinciales, se produce cierto aumento de la especialización entre los directores de los grandes bancos. Tal especialización, hablando en general, sólo es concebible cuando las operaciones bancarias son de grandes proporciones, y en particular, cuando estas están ampliamente vinculadas con la industria. Esta división del trabajo se efectúa en dos sentidos: por una parte, las relaciones con la industria en su conjunto se confían, como función especial, a un director; por otra parte, cada director se encarga de la supervisión de varias empresas distintas o de un grupo de empresas pertenecientes a una misma rama industrial o que tienen intereses afines... [El capitalismo está ya en condiciones de ejercer una supervisión organizada de empresas individuales...]. Uno se especializa en la industria alemana y, a veces, incluso sólo en la industria de Alemania occidental, que es la región más industrializada de dicho país; otros se especializan en las relaciones con Estados extranjeros y con la industria extranjera, en lograr referencias sobre los industriales y otros, informes sobre el movimiento bursátil, etc. Además de esto, a cada director de banco se le encomienda a menudo una zona o una rama especial de la industria; uno se dedica principalmente a los consejos de administración de compañías de electricidad, otro a fábricas de productos químicos, de cerveza o de azúcar de remolacha, un tercero a unas cuantas empresas industriales sueltas y, al mismo tiempo, figura en los consejos de administración de compañías de seguros [...]. En una palabra, es indudable que el aumento del volumen y la variedad de las operaciones de los grandes bancos se ven acompañados por una mayor división del trabajo entre sus directores, con el objeto (y el resultado) de, por así decirlo, elevarlos un poco por encima de los negocios puramente bancarios y de transformarlos en mejores expertos, en mejores jueces de los problemas generales de la industria y de los problemas especiales de cada rama de la industria, capacitiéndolos así para actuar en la respectiva esfera de influencia industrial del banco. Este sistema se completa con el empeño de los bancos en elegir para sus consejos de administración a gente experta en los problemas de la industria, como ser industriales, antiguos funcionarios, particularmente a los que pertenecieron a las empresas ferroviarias o a la minería, etcétera²⁸.

En los bancos franceses hallamos el mismo sistema, sólo que en una forma un poco diferente. Por ejemplo, uno de los tres mayores bancos franceses, el *Crédit Lyonnais*, tiene montada una sección especial de investigaciones financieras: el *service des études financières*, en la que trabajan permanentemente más de cincuenta ingenieros, estadísticos, economistas, abogados, etc. Guesta de seiscientos mil a setecientos mil francos anuales. La sección está dividida en ocho departamentos:

²⁸ Jéridels, *op. cit.*, p. 157.

uno se especializa en reunir información sobre los establecimientos industriales, otro estudia la estadística general, otro las compañías ferroviarias y navieras, otro los valores, otro los informes financieros, etcétera²⁹.

Resulta, por una parte, la fusión cada día mayor o, según la acertada expresión de N. I. Bujarin, el entrelazamiento del capital bancario y el industrial, y, por la otra, la transformación de los bancos en instituciones de un verdadero "carácter universal". Al respecto, juzgo necesario reproducir textualmente los términos que emplea Jéidels, que ha estudiado mejor el problema:

El examen del resultado de las relaciones industriales revela el *carácter universal* de los establecimientos financieros que trabajan para la industria. A diferencia de otros tipos de bancos, y contrariamente al reclamo formulado a veces en distintas publicaciones de que los bancos se especialicen en un tipo de negocios o en una rama industrial a fin de poder pisar terreno firme, los grandes bancos tienden a lograr que sus vinculaciones con las empresas industriales sean lo más variadas posible en lo que se refiere a la localidad o a las ramas de la industria, y procuran eliminar la desigualdad en la distribución del capital entre las localidades y las ramas de la industria, consecuencia del desarrollo histórico de las empresas individuales [...]. Una tendencia consiste en generalizar las vinculaciones con la industria; otra tendencia consiste en hacerlas duraderas y estrechas; ambas se realizan en los seis grandes bancos, no de un modo completo, pero en considerable medida y en grado parejo.

Los círculos comerciales e industriales se quejan con frecuencia del "terrorismo" de los bancos. Y no es sorprendente que surjan esas quejas, pues los grandes bancos "mandan", como lo muestra el ejemplo siguiente. El 19 de noviembre de 1901 uno de los grandes bancos berlineses, llamados bancos D (el nombre de los cuatro bancos más importantes empieza con la letra D), dirigió al directorio del Consorcio del Cemento de la región noroeste central de Alemania la siguiente carta: "Según el anuncio publicado por ustedes el 18 del corriente en cierto periódico debemos tener en cuenta la posibilidad de que la próxima asamblea general de la asociación de ustedes, a celebrarse el 30 del actual, adopte medidas susceptibles de determinar en su empresa modificaciones que son inaceptables para nosotros. Por eso, con gran sentimiento por nuestra parte, nos vemos obligados a retirarles el crédito de que hasta ahora gozaban [...]. Ahora bien, si dicha asamblea general no resuelve adoptar medidas inaceptables para nosotros y se nos dan garantías convenientes a este respecto para el futuro, estaremos dispuestos a entablar negociaciones con ustedes con el fin de otorgarles un nuevo crédito"³⁰.

En realidad, estas son las quejas del pequeño capital que se siente oprimido por el gran capital, sólo que en este caso, toda una asociación pasó a la

29 Artículo de Eugen Kaufmann sobre los bancos franceses, en *Die Bank*, 1909, pp. 851 y ss.

30 Dr. Oscar Stöllich, *Geld und Bankwesen*, Berlin, 1907, p. 148.

categoría de "pequeño" capital! La vieja lucha entre el pequeño y el gran capital se reanuda en un grado de desarrollo nuevo e incommensurablemente más elevado. Es evidente que las grandes empresas bancarias, que disponen de miles de millones, pueden acelerar el progreso técnico valiéndose de medios que no pueden compararse con los de antes. Los bancos crean, por ejemplo, sociedades especiales de investigación técnica, de cuyo trabajo, por supuesto, se benefician sólo las empresas industriales "amigas". A dicha categoría pertenece la Sociedad de Investigación de los Ferrocarriles Eléctricos, la Oficina Central de Investigaciones Científicas y Técnicas, etcétera.

Los propios directores de los grandes bancos no pueden dejar de ver que se crean nuevas condiciones en la economía nacional, pero son impotentes ante estos fenómenos:

Quien haya observado durante los últimos años —dice Jeidels— los cambios de miembros del directorio y de los consejos de administración de los grandes bancos no habrá podido dejar de darse cuenta de que el poder pasa paulatinamente a manos de quienes consideran necesaria y de vital importancia la intervención activa de los grandes bancos en el desarrollo general de la industria; entre estos nuevos hombres y los antiguos directores de banco surgen divergencias de orden profesional y, a menudo, de orden personal. Se trata, en el fondo, de saber si los bancos, en su calidad de instituciones de crédito, no se perjudicarán con esa injerencia en la industria, si no están sacrificando principios probados y un beneficio seguro para emprender una actividad que nada tiene en común con su papel de intermediario para la concesión de créditos, y que coloca a los bancos en un terreno en el que se hallan todavía más expuestos que antes a las fuerzas ciegas de las fluctuaciones del mercado. Así opinan muchos de los antiguos directores de banco, mientras que la mayoría de los jóvenes considera que la intervención activa en la industria es una necesidad tan grande como la que dio origen, junto con la gran industria moderna, a los grandes bancos y a la banca industrial de nuestros días. En lo único en que están de acuerdo las dos partes es en que no existen principios firmes ni fines concretos en la nueva actividad de los grandes bancos³¹.

El viejo capitalismo ha caducado. El nuevo capitalismo representa una transición hacia algo distinto. Buscar "principios firmes y fines concretos" para "conciliar" el monopolio con la libre competencia es, naturalmente, imposible. El reconocimiento por parte de los pragmáticos suena bastante diferente a los elogios oficiales del capitalismo "organizado" que cantan sus apologistas, Schulze-Gaevernitz, Liefmann y otros "teóricos" por el estilo.

¿En qué período precisamente quedó finalmente establecida la "nueva actividad" de los grandes bancos? Jeidels responde con exactitud a esta importante pregunta:

31 Jeidels, *op. cit.*, pp. 183-184.

Las vinculaciones entre los bancos y las empresas industriales, con su nuevo contenido, sus nuevas formas y sus nuevos organismos, es decir, los grandes bancos organizados en forma a la vez centralizada y descentralizada, apenas eran un fenómeno económico característico antes de la década del 90; en cierto sentido puede incluso tomarse como punto de partida el año 1897, cuando tuvieron lugar las grandes 'fusiones' y cuando por primera vez se introdujo, para satisfacer la política industrial de los bancos, la nueva forma de organización descentralizada. Este punto de partida se puede tal vez ubicar en fecha más reciente, pues fue la crisis de 1900 lo que aceleró e intensificó el proceso de concentración de la industria y de la banca, consolidó dicho proceso, convirtió por primera vez las vinculaciones con la industria en verdadero monopolio de los grandes bancos e hizo más estrechas y operativas dichas vinculaciones³².

Así, pues, el siglo XX señala el momento del viraje del viejo capitalismo al nuevo, de la dominación del capital en general a la dominación del capital financiero.

III. El capital financiero y la oligarquía financiera

Una parte cada día mayor del capital industrial —dice Hilferding— deja de pertenecer a los industriales que lo utilizan. Sólo pueden disponer de él por intermedio del banco que, con respecto a ellos, representa a los propietarios del capital. Por otra parte, el banco se ve obligado a colocar en la industria una parte cada vez más grande de sus fondos. Con esto, el banquero se convierte cada vez en grado mayor en capitalista industrial. Este capital bancario —o sea, capital en forma de dinero—, que se transforma así realmente en capital industrial, es lo que llamo "capital financiero". Capital financiero es el capital que está controlado por los bancos y que utilizan los industriales³³.

Esta definición es incompleta en la medida en que silencia un aspecto en extremo importante: el incremento de la concentración de la producción y del capital hasta un punto tal que la concentración conduce, y ha conducido ya, al monopolio. Pero a través de toda su obra, y en particular en los dos capítulos anteriores a aquel del cual hemos tomado esta definición, Hilferding subraya el papel de los *monopolios capitalistas*.

La concentración de la producción; los monopolios que surgen de ello; la fusión o entrelazamiento de los bancos con la industria; tal es la historia del surgimiento del capital financiero y tal el contenido de ese concepto.

32 Jéidels, *op. cit.*, p. 181.

33 Hilferding, *El capital financiero*, Moscú, 1912, pp. 338-339.

Debemos describir ahora cómo, bajo las condiciones generales de la producción mercantil y de la propiedad privada, las "operaciones financieras" de los monopolios capitalistas llevan, indefectiblemente, a la dominación de una oligarquía financiera. Hay que señalar que los teóricos burgueses alemanes —y no sólo alemanes— como Riesser, Schulze-Gaevernitz, Liefmann, etc., son todos apologistas del imperialismo y del capital financiero. En lugar de descubrir el "mecanismo" de la formación de las oligarquías, sus métodos, la magnitud de sus ingresos "pecaminosos y no pecaminosos", sus relaciones con los parlamentos, etc., etc., los tapan y disimulan. Eluden esos "problemas espinosos" con frases pomposas y vagas, con llamados al "sentido de responsabilidad" de los directores de los bancos; elogiando el "sentido del deber" de los funcionarios prusianos; realizando serios estudios detallados de proyectos de ley absolutamente ridículos sobre la "supervisión" y la "reglamentación" de los monopolios; jugando con teorías, tales como, por ejemplo, la siguiente definición "científica" a que ha llegado el profesor Liefmann: "*El comercio es un oficio que tiene por objeto el acopio, el almacenaje y el suministro de mercancías*"³⁴ (la cursiva es del profesor). ¡De ello se desprende que el comercio existía en tiempos del hombre primitivo, que nada sabía del cambio, y que existirá bajo el socialismo!

Pero los monstruosos hechos relativos a la monstruosa dominación de la oligarquía financiera son tan evidentes que en todos los países capitalistas —en Norteamérica, en Francia, en Alemania— ha surgido toda una literatura escrita desde el punto de vista *burgués*, pero que, no obstante, ofrece una imagen bastante exacta y una crítica —pequeñoburguesa, por supuesto— de esta oligarquía.

Hay que asignar primordial importancia al "sistema de participación" al que brevemente ya nos hemos referido más arriba. El economista alemán Heymann, quizás el primero en llamar la atención sobre este asunto, define de este modo su esencia:

El director de la firma controla la compañía principal [literalmente la "compañía madre"]; esta, a su vez, reina sobre las compañías subsidiarias ["compañías filiales"], que a su vez controlan otras subsidiarias ["compañías nietas"], etc. De tal forma es posible, con un capital relativamente pequeño, dominar enormes esferas de la producción. En efecto, si la posesión del 50% del capital es siempre suficiente para controlar una compañía, al director de la firma le basta poseer sólo un millón para controlar ocho millones en las "compañías nietas". Y si este "engranaje" se extiende, con un millón se puede controlar dieciséis millones, treinta y dos, etcétera³⁵.

34 R. Liefmann, *op. cit.*, p. 476.

35 Hans Gideon Heymann, *Die gemischten Werke im deutschen Gewerkschaftswesen*, Soc., 1904, pp. 268-269.

De hecho, la experiencia demuestra que basta con poseer el 40% de las acciones de una empresa para dirigir sus negocios³⁶; pues a un cierto número de accionistas pequeños, dispersos, les es imposible en la práctica asistir a las asambleas generales, etc. La "democratización" de la posesión de las acciones, de la cual los sofistas burgueses y los oportunistas llamados "socialdemócratas" esperan (o afirman esperar) la "democratización del capital"; el fortalecimiento del papel y la importancia de la pequeña producción, etc., es, en realidad, uno de los medios de reforzar el poder de la oligarquía financiera. Por eso, entre otras cosas, en los países capitalistas más adelantados, en los países capitalistas más antiguos y "experimentados", las leyes autorizan la emisión de acciones de menor valor. En Alemania la ley no permite la emisión de acciones de menos de mil marcos y los magnates de las finanzas alemanas miran con envidia a Inglaterra, donde está permitida la emisión de acciones de una libra esterlina (= veinte marcos, o alrededor de diez rublos). Siemens, uno de los industriales y "reyes financieros" más poderosos de Alemania, manifestó el 7 de junio de 1900 en el Reichstag [parlamento, NdE] que "la acción de una libra esterlina es la base del imperialismo británico"³⁷. Este comerciante tiene una idea mucho más profunda y más "marxista" del imperialismo que cierto deshonroso escritor a quien se lo considera como uno de los fundadores del marxismo ruso y que cree que el imperialismo es una mala costumbre de una determinada nación...

Pero el "sistema de participación" no sólo sirve para aumentar en proporciones gigantescas el poderío de los monopolistas, sino que además les permite recurrir impunemente a toda clase de ardides oscuros y sucios para robar al público, pues formalmente los directores de la "compañía madre" legalmente no responden por la "compañía hija", a la que se considera "independiente" y a través de la cual pueden "hacer" cualquier cosa. He aquí un ejemplo tomado de la revista alemana *Die Bank*, de mayo de 1914:

La Compañía de Resortes de Acero de Cassel era considerada hace unos años como una de las empresas más lucrativas de Alemania. A consecuencia de la mala administración, los dividendos descendieron del 15% a cero. Se supo que el directorio, sin consultar a los accionistas, había otorgado un préstamo de *seis millones de marcos* a una de sus "compañías hijas", la Hassia, cuyo capital nominal era únicamente de algunos cientos de miles de marcos. Este compromiso, casi tres veces superior al capital de la "compañía madre", nunca figuró en sus balances; dicha omisión era enteramente legal y pudo mantenerse oculta durante dos años enteros porque no violaba ningún artículo de la legislación comercial. El presidente del consejo de administración, quien como director responsable había firmado los balances falsos, era, y aún lo es, presidente de la Cámara de Comercio de Cassel. Los accionistas sólo se enteraron del préstamo a la Hassia mucho tiempo después, cuando quedó demostrado que había sido un error [el

36 Liefmann, *Betriebsorgs*, Got., etc., p. 258 (1ª edición).

37 Schulze-Gaevernitz, en *Grundriss der Sozialökonomik*, V, 2, p. 110.

autor debería haber puesto esta palabra entre comillas...) y cuando las acciones del "acero para resortes" descendieron cerca del 100%, porque los que estaban en el secreto comenzaron a deshacerse de ellas [...].

Este ejemplo típico de malabarismo en los balances, muy común en las sociedades anónimas, explica por qué sus directorios emprenden negocios arriesgados con mucha más facilidad que los hombres de negocios particulares. La técnica moderna de confección de balances no sólo hace posible ocultar al accionista común las operaciones dudosas, sino que también permite a las personas más comprometidas evitar las consecuencias de la infructuosa especulación, vendiendo a tiempo sus acciones, mientras que el hombre de negocios particular arriesga su pellejo en todo lo que hace [...].

Los balances de muchas sociedades anónimas nos hacen acordar a los palimpsestos de la Edad Media, en los que había que borrar primero la inscripción visible para descubrir debajo otra inscripción que revelaba el contenido real del documento [los palimpsestos son pergaminos a los cuales se les borraba la inscripción primitiva para imponer una nueva] [...].

El procedimiento más sencillo, y por ello el más común para hacer indecifrabable un balance, es dividir una empresa única en varias partes, creando "compañías hijas", o anexándoselas. Las ventajas de este sistema para fines diversos —legales e ilegales— son tan evidentes que hoy son una verdadera excepción las grandes compañías que no lo han adoptado³⁸.

Como ejemplo de una empresa monopolista de gran importancia que emplea este sistema en forma extensiva el autor cita la famosa General Electric Company (la A.E.G., de la que volveré a hablar más adelante). En 1912 se calculaba que esta compañía tenía acciones en otras 175 a 200, dominándolas, claro está, y controlando así un capital total de unos mil quinientos millones de marcos³⁹.

Ninguna norma de control, la publicación de balances, la confección de balances según formas precisas, la intervención de cuentas, etc., cosas todas sobre las que disertan los profesores y funcionarios bienintencionados, esto es, que rebotan de buenas intenciones de defender y embellecer el capitalismo, sirve para algo, pues la propiedad privada es sagrada y a nadie se le puede prohibir que compre, venda, permute o hipoteque acciones, etcétera.

Se puede juzgar hasta qué punto se ha desarrollado este "sistema de participación" en los grandes bancos rusos por los datos que brinda E. Agahd, quien durante quince años fue empleado del Banco Ruso-Chino y que en mayo de 1914 publicó un libro titulado, no muy correctamente, *Los grandes bancos y el mercado mundial*⁴⁰. El autor divide los grandes bancos rusos en dos grupos

38 L. Eschwege, "Tochtergesellschaften", *Die Bank*, 1914, t. 1, p. 545.

39 Kurt Heinig, "Der Weg des Elektrot trusts", en *Die Neue Zeit*, 1912, 30, p. 484.

40 E. Agahd, *Großbanken und Weltmarkt, Die wirtschaftliche und politische Bedeutung der Großbanken im Weltmarkt unter Berücksichtigung ihres Einflusses auf Russlands Volkswirtschaft und die deutsch-russischen Beziehungen*, Berlin, 1914.

principales: a) los bancos comprendidos en el "sistema de participación", y b) los bancos "independientes", entendiendo, sin embargo, arbitrariamente por "independencia" la independencia respecto de los bancos extranjeros. El autor divide el primer grupo en tres subgrupos: 1) participación alemana, 2) inglesa, y 3) francesa, refiriéndose a la "participación" y a la dominación de los grandes bancos extranjeros de cada uno de los países mencionados. El autor divide el capital de los bancos en capital invertido en forma "productiva" (en empresas industriales y comerciales) y capital invertido en forma "especulativa" (en operaciones bursátiles y financieras), suponiendo, desde su punto de vista reformista pequeñoburgués, que es posible, bajo el capitalismo, separar la primera forma de inversión de la segunda y suprimir la segunda forma.

Los datos del autor son los siguientes:

ACTIVOS BANCARIOS EN MILLONES DE RUBLOS
(Según las memorias de octubre y noviembre de 1912)

Grupo de bancos rusos	Capital invertido		
	En forma productiva	En forma especulativa	Total
a. 1) Cuatro bancos: Comercial siberiano, Ruso, Internacional y de Descuento	413.7	859.1	1.272.8
a. 2) Dos bancos: Comercial e Industrial y Ruso-Británico	293.3	169.1	1.272.8
a. 3) Cinco bancos: Ruso-Asiático, Privado de San Petersburgo, Azov Don, Unión de Moscú y Comercial Ruso-Francés	711.8	661.2	1.373.0
Total (once bancos)	1.364.8	1.689.4	3.054.2
b) Ocho bancos: Mercantil de Moscú, Comercial del Volga-Kama, Junker y Cia., Comercial de San Petersburgo (antes Wawelberg), Banco de Moscú (antes Riubushinski), de Descuento de Moscú, Comercial de Moscú y Privado de Moscú	504.2	391.1	895.3
Total (diecinueve bancos)	1.869.0	2.080.5	3.949.5

De estos datos resulta que el total aproximado de cuatro mil millones de rublos que constituyen el capital "activo" de los grandes bancos, *más de las tres*

cuartas partes, más de tres mil millones, pertenecen a bancos que, en realidad, sólo son "compañías hijas" de los bancos extranjeros, en primer lugar de los bancos de París (el famoso trío: Unión Parisiense, París y Países Bajos y *Société Générale*) y de los bancos de Berlín (particularmente el Banco Alemán y la Sociedad de Descuento). Dos de los bancos rusos más importantes, el Ruso (Banco Ruso de Comercio Exterior) y el Internacional (Banco Comercial Internacional de San Petersburgo) aumentaron sus capitales, entre 1906 y 1912, de 44 a 98 millones de rublos, y sus reservas, de 15 a 39 millones, "empleando tres cuartas partes de capital alemán"; el primer banco pertenece a la "firma" del Banco Alemán de Berlín; el segundo, a la Sociedad de Descuento de Berlín. El ilustre Agahd se indigna profundamente porque la mayoría de las acciones están en poder de los bancos de Berlín, de modo que los accionistas rusos son, por lo tanto, impotentes. Y como es natural, el país que exporta capitales se queda con la crema; por ejemplo, el Banco Alemán de Berlín, antes de colocar en el mercado berlinés las acciones del Banco Comercial Siberiano, las guardó durante un año en su caja de caudales y después las vendió a una tasa del 193 por 100, es decir, a casi el doble de su valor nominal, "obteniendo" un beneficio de casi seis millones de rublos, lo que Hilferding llama "beneficio de fundador".

El autor estima en 8.235 millones de rublos la "potencia" total de los principales bancos de Petersburgo, más de ocho mil millones, y la "participación" o, más bien, el grado en que los bancos extranjeros los dominan la estima como sigue: bancos franceses, 55%; ingleses, 10%, y alemanes, 35%. El autor calcula que del total de los 8.235 millones de rublos de capital activo, 3.687 millones de rublos, o sea, más del 40%, corresponden a las asociaciones: Prodnugol y Prodamet y las asociaciones petroleros, metalúrgicos y de la industria del cemento. Por consiguiente, gracias a la formación de monopolios capitalistas, la fusión del capital bancario e industrial ha dado también en Rusia pasos gigantescos.

El capital financiero, concentrado en pocas manos y que ejerce un monopolio virtual, extrae beneficios enormes y siempre crecientes con la constitución de sociedades, la emisión de valores, los empréstitos del Estado, etc., refuerza la dominación de la oligarquía financiera e impone un tributo a toda la sociedad en beneficio de los monopolistas. He aquí un ejemplo, entre muchos, de los métodos "comerciales" de los trusts norteamericanos, citado por Hilferding. En 1887 Havenmeyer fundó el trust del azúcar mediante la fusión de quince pequeñas compañías, cuyo capital total era de seis millones y medio de dólares. Pero se declaró que el capital del trust, convenientemente "diluido", como dicen los norteamericanos, era de cincuenta millones de dólares. Esta "recapitalización" aseguraba los beneficios monopolistas, del mismo modo que la corporación del acero norteamericana asegura sus beneficios monopolistas acaparando tantos yacimientos de mineral de hierro como puede. Y, en efecto, el trust del azúcar fijó precios de monopolio que le rindieron tales beneficios que pudo pagar un dividendo del 10% sobre un capital *siete veces* "diluido", es decir, *es decir, ítem el 70% sobre el capital realmente invertido al constituirse*

el trust! En 1909, el capital del trust del azúcar era de noventa millones de dólares. En veintidós años aumentó su capital en más de diez veces.

En Francia, la dominación de la "oligarquía financiera" (*Contre la oligarchie financière en France* se titula el conocido libro de Lysis, cuya quinta edición apareció en 1908) ha adoptado una forma sólo un poco modificada. Cuatro de los bancos más importantes gozan, no de un monopolio relativo, sino de un "monopolio absoluto" en la emisión de valores. En realidad, este es un "trust de grandes bancos". Y el monopolio garantiza beneficios monopolistas derivados de la emisión de valores. Por lo general, el país que contrae un empréstito no percibe más del 90% del total: el 10% restante va a parar a los bancos y demás intermediarios. El beneficio que obtuvieron los bancos del empréstito ruso-chino de cuatrocientos millones de francos fue del 8%; del empréstito ruso (1904) de ochocientos millones, su beneficio fue del 10%; y del empréstito marroquí (1904) de 52,5 millones, del 18,75%. El capitalismo, que inició su desarrollo con el pequeño capital usurario, llega al final de su desarrollo con un capital usurario gigantesco. "Los franceses son los usureros de Europa", dice Lysis. Todas las condiciones de la vida económica sufren una profunda modificación a consecuencia de esta transformación del capitalismo. Con una población estacionaria y un estancamiento en la industria, el comercio y el transporte marítimo, el "país" puede enriquecerse mediante la usura. "Un pequeño grupo de cincuenta personas, que representan un capital de ocho millones de francos, puede controlar dos mil millones depositados en cuatro bancos". El sistema de "participación", que ya conocemos, conduce al mismo resultado: uno de los mayores bancos, la *Société Générale*, por ejemplo, emite sesenta y cuatro mil valores para su "compañía hija", la Refinería de Azúcar egipcia. Los valores se emiten al 150%, es decir, el banco obtiene un beneficio de cincuenta céntimos por cada franco. Los dividendos de la nueva empresa resultaron ser ficticios, y el "público" perdió de noventa a cien millones de francos; "uno de los directores de la *Société Générale* pertenecía al directorio de la Refinería de Azúcar". No es sorprendente que el autor se vea obligado a llegar a la conclusión de que "la República francesa es una monarquía financiera", "es la dominación absoluta de la oligarquía financiera; esta domina la prensa y el Gobierno"⁴¹.

La tasa de ganancia extraordinariamente elevada que se obtiene de la emisión de valores, una de las principales funciones del capital financiero, desempeña un muy importante papel en el desarrollo y consolidación de la oligarquía financiera. "No hay en el país un solo negocio de este tipo que proporcione beneficios ni siquiera aproximadamente parecidos a los que se obtienen con la emisión de empréstitos extranjeros", dice la revista alemana *Die Bank*⁴².

"Ninguna operación bancaria produce beneficios comparables a los que se obtienen con la emisión de valores". Según *El economista alemán*, el beneficio medio anual realizado con la emisión de valores industriales fue el siguiente:

41 Lysis, *Contre l'oligarchie financière en France*, 5ª ed., París, 1908, pp. 11, 12, 26, 39, 40, 48.

42 *Die Bank* N.º 7, p. 630.

Año	Porcentajes
1895	38.6
1896	36.1
1897	66.7
1898	67.7
1899	66.9
1900	55.2

"En diez años, de 1891 a 1900, la emisión de valores industriales alemanes produjo una 'ganancia' de *más de mil millones* de marcos"⁴³.

Durante los períodos de auge industrial los beneficios del capital financiero son incommensurables, pero durante los períodos de depresión desaparecen las empresas pequeñas y débiles, mientras que los grandes bancos "participan" en ellas adueñándose las por una bagatela, o participan en planes lucrativos para su "reconstitución" y "reorganización". Al "reconstituir" las empresas deficitarias, "el capital accionario es disminuido, esto es, se distribuyen los beneficios sobre un capital menor y se calculan en lo sucesivo sobre esa base menor. O, si los ingresos han quedado reducidos a cero, se incorpora nuevo capital que, combinado con el antiguo y menos lucrativo capital, producirá una utilidad adecuada. "Conviene decir -añade Hilferding- que todas esas reconstituciones y reorganizaciones tienen una doble importancia para los bancos: primero, como operación lucrativa, y segundo, como ocasión propicia para asegurarse el control de las empresas que se hallan en dificultades"⁴⁴.

He aquí un ejemplo: la Unión Minera S. A. de Dortmund fue fundada en 1872. Se emitió un capital en acciones de cerca de cuarenta millones de marcos y el valor de las acciones en el mercado ascendió a 170 después de haber pagado un dividendo del 12% por su primer año. El capital financiero se quedó con la crema, ganando la pequeñez de unos veintiocho millones de marcos. El principal patrocinador de esta sociedad fue el mismo gran banco alemán Sociedad de Descuento, que tan exitosamente logró un capital de trescientos millones de marcos. Después, los dividendos de la Unión descendieron hasta quedar en nada. Los accionistas debieron consentir que el capital "fuera disminuido", es decir, perder una parte de él para no perderlo todo. Como resultado de una serie de "reconstituciones" de los libros de la Unión Minera desaparecen, en el transcurso de treinta años, más de setenta y tres millones de marcos. "En la actualidad, los accionistas fundadores de esta sociedad sólo poseen el 5% del valor nominal de sus acciones"⁴⁵, pero los bancos "ganaron algo" con cada "reconstitución".

43 Scillich, *op. cit.*, p. 143; y W. Sombart, *Die deutsch wirtschafft im jahrhundert*, 2ª ed., 1909, p. 326, apéndice 8.

44 *El capital financiero*, p. 172.

45 Scillich, *op. cit.*, p. 138; Liefmana, p. 51.

Una de las operaciones particularmente lucrativas del capital financiero es también la especulación con terrenos situados en los suburbios de las grandes ciudades que crecen con rapidez. El monopolio de los bancos se funde aquí con la renta de la tierra y con el monopolio de los medios de comunicación, pues el aumento del precio de la tierra y la posibilidad de venderla ventajosamente en lotes, etc., depende sobre todo de los buenos medios de comunicación con el centro de la ciudad; y estos medios de comunicación se hallan en manos de grandes compañías, vinculadas a esos mismos bancos a través del sistema de participación y de la distribución de cargos en los directorios. Resulta de todo ello lo que el escritor alemán L. Eschwege, colaborador de la revista *Die Bank*, quien realizó un estudio especial de las operaciones de venta e hipoteca de terrenos, etc., califica de "pantano": la desenfrenada especulación con los terrenos suburbanos; la quiebra de empresas constructoras, como la firma berlinesa Boswau y Knauer, que embolsó cien millones de marcos con ayuda del "importante y respetable" Banco Alemán (*Deutsche Bank*) —este último, naturalmente, operaba a través del sistema de "participación", es decir, en secreto, entre bastidores— y salió del paso perdiendo "sólo" doce millones de marcos; después, la ruina de pequeños propietarios y obreros que nada reciben de las ficticias empresas constructoras; los tratos fraudulentos con la "honrada" Policía y la municipalidad de Berlín, con el fin de poder controlar el otorgamiento de certificados catastrales, licencias de construcción, etc., etcétera⁴⁶.

La "ética norteamericana", que tan hipócritamente deploran los profesores europeos y los honestos burgueses, se ha convertido, en la época del capital financiero, en la ética de, literalmente, toda gran ciudad de cualquier país.

A principios de 1914 se hablaba en Berlín de la formación de un "trust del transporte", o sea, de establecer una "comunidad de intereses" entre las tres empresas berlinesas de transporte: los ferrocarriles eléctricos urbanos, la compañía de tranvías y la de ómnibus. "Sabíamos que este propósito existía —decía la revista *Die Bank*— desde que se hizo del dominio público que la mayoría de las acciones de la compañía de ómnibus había sido adquirida por las otras dos empresas de transporte [...]. Podemos dar crédito a quienes persiguen este propósito cuando afirman que al unificar los servicios de transporte asegurarán economías [de escala, NdE], parte de las cuales, con el tiempo, beneficiarán al público. Pero el asunto se complica porque detrás de ese trust del transporte en formación están los bancos que, si lo quieren, pueden subordinar los medios de transporte que ellos monopolizan a los intereses de su negocio en terrenos. Para convencerse de lo justificado de esta suposición basta recordar que los intereses del gran banco que alentó la formación de la Compañía del Ferrocarril Eléctrico urbano se hallaban ya participando en ella cuando se constituyó. Es decir: los intereses de esta empresa de transporte se entrelazaban con los intereses del comercio de terrenos. El fondo del asunto es que la línea oriental de

46 En *Die Bank*, 1913, p. ilegible, L. Eschwege, *Der Kampf*, *ibid.*, 1912.

dicho ferrocarril debía pasar por terrenos que ese banco vendió con un enorme beneficio para sí y para algunas personas que intervinieron en el negocio cuando se confirmó la construcción de la línea"⁴⁷.

Una vez que se forma un monopolio y controla miles de millones, este penetra, inevitablemente, en todas las esferas de la vida pública, con independencia de la forma de gobierno y demás "detalles". En las publicaciones alemanas sobre economía, tropezamos habitualmente con elogios serviles a la integridad de la burocracia prusiana y con alusiones al escándalo del Panamá francés o a la corrupción política en Norteamérica. Pero el hecho es que incluso las publicaciones burguesas dedicadas a los asuntos bancarios de Alemania se ven a cada paso obligadas a salirse de los límites de las operaciones puramente bancarias y a hablar, por ejemplo, de la "atracción que ejercen los bancos", a propósito de la creciente frecuencia con que los funcionarios públicos pasan al servicio de los bancos. "¿Qué se puede pensar de la integridad de un funcionario público que en su fuero interno aspira a un cómodo empleo en la Behrenstrasse?"⁴⁸ (calle de Berlín donde se encuentra la casa central del Banco Alemán). Alfred Lansburgh, director de la revista *Die Bank*, escribió en 1909 un artículo titulado "La significación económica del bizantinismo" en el que, entre otras cosas, se refería al viaje de Guillermo II a Palestina y al "resultado inmediato de dicho viaje, la construcción del Ferrocarril de Bagdad, ese fatal 'gran resultado del espíritu emprendedor alemán', que es más responsable de nuestro 'cerco' que todos nuestros desastres políticos juntos"⁴⁹ (por "cerco" se entiende la política de Eduardo VII, encaminada a aislar a Alemania y rodearla con una alianza imperialista antialemana). En 1911, Eschwege, colaborador de esa misma revista a quien ya me he referido, escribió un artículo titulado "Plutocracia y burocracia" en el cual denunciaba, por ejemplo, el caso de un funcionario alemán llamado Volker, miembro diligente del Comité de Cárteles y que, poco tiempo después, obtuvo un cargo lucrativo en el cártel más importante, el Sindicato del Acero. Casos similares, de ningún modo casuales, obligaron a este escritor burgués a reconocer que "la libertad económica, garantizada por la Constitución alemana, se ha convertido, en muchas esferas de la vida económica, en una frase vacía", y que, bajo la actual dominación de la plutocracia, "ni la libertad política más amplia nos puede salvar de convertimos en una nación de hombres sin libertad"⁵⁰.

En lo que se refiere a Rusia, me limitaré a un ejemplo: hace unos años todos los periódicos informaron que Davidov, director del Departamento de Crédito del Tesoro, renunciaba a su cargo para entrar a cierto gran banco con un sueldo que, según el contrato, en el curso de algunos años totalizaría más de un millón de rublos. El Departamento de Crédito es una institución cuya función consiste en "coordinar las actividades de todas las instituciones crédi-

47 "Verkehrsfertus", *Die Bank*, 1914, I, p. 89.

48 "Der Zug zur Bank", *Die Bank*, 1909, I, p. 73.

49 Artículo citado en *Die Bank*, p. 301.

50 *Ibid.*, 1911, p. 825; 1913, 2, p. 962.

nicias del país" y que otorga subsidios a bancos de la capital que ascienden de ochocientos a mil millones de rublos⁵¹.

Es característico del capitalismo en general que la propiedad del capital esté separada de la aplicación de este último en la producción; que el capital monetario esté separado del capital industrial o productivo; y que el rentista, que vive enteramente de la renta que obtiene del capital monetario, esté separado del empresario y de todos los que están directamente relacionados con la administración del capital. El imperialismo, o dominación del capital financiero, es ese grado superior del capitalismo en el que esta separación adquiere enormes proporciones. El predominio del capital financiero sobre todas las demás formas de capital significa el predominio del rentista y de la oligarquía financiera; significa que un pequeño número de Estados "poderosos" se destacan de entre todo el resto. A través de la estadística sobre emisiones, es decir, la emisión de toda clase de valores, se puede juzgar hasta qué grado llega este proceso.

En el *Boletín del Instituto Internacional de Estadística*, A. Neymarck⁵² ha publicado datos muy detallados, completos y comparativos sobre la emisión de valores en todo el mundo, que han sido repetidamente citados, en forma parcial, en las publicaciones económicas. Los siguientes son los totales que da para cuatro décadas:

Total de emisiones por década
en miles de millones de francos

1871-1880	76.1
1881-1890	64.5
1891-1900	100.4
1901-1910	197.8

En la década de 1870, el monto total de emisiones para todo el mundo fue elevado debido en particular a los empréstitos emitidos en relación con la guerra franco-prusiana y a la posterior época de auge de la empresa en Alemania a la salida de la guerra. En conjunto, el aumento durante las tres últimas décadas del siglo XIX fue relativamente lento, y sólo en los primeros diez años del siglo XX se observa un aumento enorme de casi el 100%. Así, el comienzo del siglo XX marca un viraje, no sólo en lo que se refiere al crecimiento de los monopolios (cárteles, sindicatos, trusts), de lo cual hemos hablado ya, sino también al crecimiento del capital financiero.

⁵¹ E. Agahel, *op. cit.*, p. 202.

⁵² *Boletín de l'Institut international de statistique*, t. XIX, libro II, La Haya, 1912. Los datos referentes a los Estados pequeños, segunda columna, han sido estimados añadiendo el 20% a las cifras de 1902.

El total de valores circulantes emitidos en el mundo era, en 1910, según los cálculos de Neymarck, de unos 815 mil millones de francos. Deduciendo de esta suma una cantidad que podría haberse duplicado, reduce el total a 575 ó 600 mil millones, que distribuye como sigue entre los distintos países (tomo la cifra de seiscientos mil millones):

Total de valores en 1910 (en millones de francos)

Gran Bretaña	142	Holanda	12.5
Estados Unidos	132	Bélgica	7.5
Francia	110	España	7.5
Alemania	95	Suiza	6.25
Rusia	31	Dinamarca	3.75
Austria-Hungría	24	Suecia,	2.5
Italia	14	Noruega,	
Japón	12	Rumania,	
		etcétera.	
Total		600	

Lo primero que salta a la vista al examinar estas cifras es la fuerza con que se destacan los cuatro países capitalistas más ricos, cada uno de los cuales posee aproximadamente de cien a ciento cincuenta mil millones de francos en valores. De estos cuatro países, dos —Inglaterra y Francia— son los países capitalistas más antiguos y, como veremos, los que más colonias poseen; los otros dos —Estados Unidos y Alemania— son países capitalistas que marchan a la cabeza por la rapidez de desarrollo y por el grado de extensión de los monopolios capitalistas en la industria. Juntos, estos cuatro países poseen 479 mil millones de francos, es decir, cerca del 80% del capital financiero mundial. De uno u otro modo, casi todo el resto del mundo es más o menos deudor y tributario de esos países banqueros internacionales, de esos cuatro “pilares” del capital financiero mundial.

Es particularmente importante analizar el papel que desempeña la exportación de capitales en la creación de la red internacional de dependencias y vinculaciones del capital financiero.

V. La exportación de capitales

Lo típico del antiguo capitalismo, cuando la libre competencia dominaba plenamente, era la exportación de *mercancías*. Lo típico de la última etapa del capitalismo, cuando impera el monopolio, es la exportación de *capitales*.

El capitalismo es la producción de mercancías en su más alto grado de desarrollo, cuando la misma fuerza de trabajo se convierte en mercancía. El cre-

cimiento del intercambio en el orden interno y, particularmente, en el orden internacional, es un rasgo característico del capitalismo. El desarrollo desigual, a saltos, de las distintas empresas y ramas de la industria y de los distintos países, es inevitable bajo el capitalismo. Inglaterra se convirtió en país capitalista antes que cualquier otro, y hacia mediados del siglo XIX, al adoptar el librecombio, proclamó ser el "taller de todo el mundo", el proveedor de artículos manufacturados de todos los países, los cuales, a cambio de ello, debían suministrarle materias primas. Pero en el último cuarto del siglo XIX, este monopolio estaba ya quebrantado, pues otros países, defendiéndose con aranceles "proteccionistas", se habían transformado en Estados capitalistas independientes. Al iniciarse el siglo XX asistimos a la formación de un nuevo tipo de monopolios: primero, uniones monopolistas de capitalistas en todos los países desarrollados desde el punto de vista capitalista; segundo, situación monopolista de unos pocos países ricos en los cuales la acumulación de capital había alcanzado proporciones gigantescas. En los países avanzados surgió un enorme "excedente de capital".

Es claro que si el capitalismo hubiera podido desarrollar la agricultura, que en todas partes marcha hoy terriblemente rezagada detrás de la industria; si hubiera podido elevar el nivel de vida de las masas que, a pesar del asombroso progreso técnico, siguen arrastrando, en todas partes, una vida de hambre y miseria, no habría ninguna duda acerca del excedente de capital. Este "argumento" es el que esgrimen con frecuencia los críticos pequeñoburgueses del capitalismo. Pero si el capitalismo hiciera esto dejaría de ser capitalismo, pues tanto el desarrollo desigual como el miserable nivel de vida de las masas son condiciones fundamentales e inevitables y constituyen premisas de este modo de producción. Mientras el capitalismo sea lo que es, el excedente de capital será utilizado, no para elevar el nivel de vida de las masas de un país determinado ya que ello significaría disminuir las ganancias de los capitalistas, sino para acrecentar sus beneficios, exportando capitales al extranjero, a los países atrasados. En estos países atrasados el beneficio es por lo general elevado, pues los capitales son escasos, el precio de la tierra es relativamente bajo, los salarios son bajos y las materias primas, baratas. Lo que ha hecho posible exportar capitales ha sido el hecho de que una serie de países atrasados hayan sido ya incorporados al mercado capitalista mundial; en esos países se han construido o se están construyendo las principales líneas ferroviarias, se han creado condiciones elementales para un desarrollo industrial, etc. La necesidad de exportar capitales obedece a que en unos pocos países el capitalismo ha "madurado demasiado" y el capital (debido al atraso de la agricultura y a la miseria de las masas) no encuentra campo para inversiones "lucrativas".

Los siguientes son los datos aproximados sobre la cantidad de capitales invertidos en el extranjero por los tres países más importantes⁵³:

⁵³ Hobson, *Imperialism*, Londres, 1902, p. 58; Riesser, *op. cit.*, pp. 395 y 404; P. Arndt en *Wirtschaftssoffizielles Archiv*, t. 7, p. 35, 1916; Neymarck, en el *Bulletin*; Hillföding, *El capital financiero*, p. 492; Lloyd George, discurso en la Cámara de los Comunes, 4 de mayo de 1915, *Daily Telegraph* del 5 de mayo de 1915; B. Harms, *Probleme der Weltwirtschaft*, Jena, 1912, pp. 235

Capital invertido en el extranjero (en miles de millones de francos)

Año	Gran Bretaña	Francia	Alemania
1862	3.6	-	-
1872	15.0	10 (1869)	-
1882	22.0	15 (1880)	?
1893	42.0	20 (1890)	?
1902	62.0	27-37	12.5
1914	75-100.0	0.0	44.0

Este cuadro muestra que la exportación de capitales alcanzó proporciones gigantescas recién a principios del siglo XX. Antes de la guerra, el capital invertido en el extranjero por los tres países principales era de 175 a 200 mil millones de francos. Al modesto interés del 5%, esta suma debía dar un beneficio de ocho o diez mil millones anuales. ¡Una buena base para la opresión y explotación imperialista de la mayoría de los países y naciones del mundo, para el parasitismo capitalista de un puñado de Estados acaudalados!

¿Cómo se distribuye entre los distintos países ese capital invertido en el extranjero? ¿Dónde ha sido invertido? A estas preguntas sólo se puede dar una respuesta aproximada, pero que alcanza, sin embargo, a arrojar luz sobre algunas relaciones y vinculaciones generales del imperialismo moderno:

Distribución (aproximada) del capital extranjero en diferentes partes del mundo (hacia 1910)
(en miles de millones de marcos)

	Gran Bretaña	Francia	Alemania	Total
Europa	4	23	18	45
América	37	4	10	51
Asia, África y Australia	29	8	7	44
Total	70	35	35	140

El principal campo de inversión del capital británico son las colonias de Gran Bretaña, que son muy grandes, incluso en América (por ejemplo, Canadá), sin hablar de Asia, etc. En este caso, la gigantesca exportación de capitales está estrechamente relacionada con las vastas colonias, de cuya importancia para

y otras; Dr. Siegmund Schäfer, *Entwicklungstendenzen der Weltwirtschaft*, Berlín, 1912, vol. 1, p. 150; George Paish, "Great Britain's Capital Investments, etc.", en *Journal of the Royal Statistical Society*, vol. LXXIV, 1910-1911, pp. 167 y siguientes.; Georges Dourinich, *L'expansion des banques allemandes à l'étranger, ses rapports avec le développement économique de l'Allemagne*, París, 1909, p. 84.

el imperialismo hablaré más adelante. En el caso de Francia la situación es diferente. El capital francés que se exporta ha sido invertido principalmente en Europa, en primer lugar en Rusia (diez mil millones de francos por lo menos). Se trata sobre todo de préstamos de capital, de empréstitos públicos y no de capital invertido en empresas industriales. A diferencia del imperialismo colonial inglés, el imperialismo francés podría ser calificado de usurario. En el caso de Alemania tenemos una tercera variedad: sus colonias no son considerables y el capital alemán invertido en el extranjero está distribuido en forma muy pareja entre Europa y América.

La exportación de capitales influye en el desarrollo del capitalismo en aquellos países a los que ha sido exportado y lo acelera extraordinariamente. Por consiguiente, si bien la exportación de capital puede, hasta cierto punto, tender a frenar el desarrollo en los países exportadores de capital, ello sólo puede hacerse expandiendo e intensificando el desarrollo del capitalismo en todo el mundo.

Los países exportadores de capital pueden casi siempre obtener ciertas "ventajas", cuyo carácter arroja luz sobre las particularidades de la época del capital financiero y el monopolio. He aquí, por ejemplo, lo que decía en octubre de 1913 la revista berlinesa *Die Bmt*:

En el mercado internacional de capitales se está representando últimamente una comedia digna de la pluma de Aristófanes. Numerosos países, desde España hasta los Estados balcánicos, desde Rusia hasta la Argentina, Brasil y China entran, abierta o encubiertamente, al gran mercado monetario con exigencias, a veces muy insistentes, de préstamos. Los mercados monetarios no se hallan en la actualidad en una situación muy brillante y las perspectivas políticas no son prometedoras. Pero ningún mercado monetario se atreve a negar un empréstito por miedo a que su vecino pueda anticipársele, acceda a otorgar un préstamo y, de ese modo, se asegure algunos servicios recíprocos. En estas transacciones internacionales el acreedor casi siempre se ingenia para asegurarse un beneficio extra: una cláusula favorable en un tratado comercial, una base de aprovisionamiento de carbón, un contrato para la construcción de un puerto, una concesión provechosa o un pedido de armas⁵⁴.

El capital financiero ha creado la época de los monopolios y estos introducen en todas partes los principios monopolistas: la utilización de "conexiones" para transacciones ventajosas reemplaza la competencia en el mercado abierto. Lo más corriente es estipular que parte del préstamo otorgado se invierta en compras en el país acreedor, particularmente de materiales bélicos, barcos, etc. Francia recurrió muy a menudo a este método en el curso de las dos últimas décadas (1890-1910). La exportación de capitales se convierte así en un medio de estimular la exportación de mercancías. Con respecto a esto, las transacciones

⁵⁴ *Die Bmt*, 1913, N.º 2, p. 1024.

entre empresas particularmente grandes adoptan una forma que, como "delicadamente" dice Schülder⁵⁵, "linda con el soborno". Krupp en Alemania, Schneider en Francia y Armstrong en Inglaterra son ejemplos de firmas que tienen vinculaciones estrechas con bancos gigantescos y con Gobiernos, a las que no es fácil "ignorar" cuando se negocia un empréstito.

Francia, al mismo tiempo que otorgaba empréstitos a Rusia, la "exprimía" en el tratado comercial del 16 de septiembre de 1905, estipulando ciertas concesiones con vigencia hasta 1917; la misma cosa hizo con el tratado comercial con Japón del 19 de agosto de 1911. La guerra aduanera entre Austria y Serbia, que se prolongó, con un intervalo de siete meses, de 1906 a 1911, se debió en parte a la competencia entre Austria y Francia por el suministro de materiales bélicos a Serbia. En enero de 1912, Paul Deschanel declaró en la Cámara de Diputados que entre 1908 y 1911 firmas francesas habían suministrado a Serbia materiales bélicos por valor de cuarenta y cinco millones de francos.

En un informe del cónsul austro-húngaro en San Pablo (Brasil) se dice: "La construcción de los ferrocarriles brasileños se realiza, en su mayor parte, con capitales franceses, belgas, ingleses y alemanes; dichos países, al efectuarse las operaciones financieras relacionadas con la construcción de estos ferrocarriles, se reservan los pedidos del material ferroviario necesario".

Así, el capital financiero tiende sus redes, literalmente, podría decirse, en todos los países del mundo. En esto desempeñan un papel importante los bancos fundados en las colonias, así como sus sucursales. Los imperialistas alemanes miran con envidia a los "viejos" países coloniales, los cuales fueron particularmente "exitosos" al mantenerse a sí mismos en este sentido. Inglaterra tenía en 1904 un total de cincuenta bancos coloniales con 2.279 sucursales (en 1910 había setenta y dos bancos con 5.449 sucursales); Francia tenía veinte con 136 sucursales; Holanda, dieciséis con sesenta y ocho sucursales, y Alemania "sólo" tenía trece con setenta sucursales⁵⁶. A su vez, los capitalistas norteamericanos envidian a los ingleses y alemanes: "En América del Sur -se lamentaban en 1915- cinco bancos alemanes tienen cuarenta sucursales y cinco bancos ingleses tienen setenta sucursales [...]. En los últimos veinticinco años, Inglaterra y Alemania han invertido en la Argentina, Brasil y Uruguay cuatro mil millones de dólares aproximadamente, y como resultado disfrutaban del 46% del total del comercio de esos tres países"⁵⁷.

Los países exportadores de capital se han repartido el mundo entre sí en el sentido figurado de la palabra; pero el capital financiero ha llevado al *real* reparto del mundo.

55 Schülder, *op. cit.*, pp. 346, 350 y 371.

56 Rieuser, *op. cit.*, p. 375 (4ª edición), y Dournich, p. 283.

57 *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. LIX, mayo de 1915, p. 301. En la página 331 de este mismo volumen leemos que, en el último número de la revista financiera *Statist*, el conocido estadístico Paish calculaba en cuarenta mil millones de dólares, esto es, doscientos mil millones de francos, el capital exportado por Gran Bretaña, Alemania, Francia, Bélgica y Holanda.

V. El reparto del mundo entre asociaciones de capitalistas

Las asociaciones capitalistas monopolistas –cárteles, sindicatos, trusts– primero se reparten entre sí el mercado interno y se apoderan de un modo más o menos completo de la industria del propio país. Pero bajo el capitalismo el mercado interno está inevitablemente entrelazado con el mercado exterior. El capitalismo creó hace tiempo un mercado mundial. Y a medida que aumentaba la exportación de capitales y se ampliaban en todo sentido las vinculaciones extranjeras y coloniales y las “esferas de influencia” de las más grandes asociaciones monopolistas, las cosas gravitaron “naturalmente” hacia un acuerdo universal entre esas asociaciones y hacia la formación de cárteles internacionales.

Este es un nuevo grado de la concentración mundial del capital y la producción, incomparablemente más elevado que los grados anteriores. Veamos cómo aparece este supermonopolio.

La industria eléctrica es sumamente característica de los últimos progresos técnicos y muy característica del capitalismo de *finis* del siglo XIX y principios del XX. Donde más se ha desarrollado esta industria ha sido en los dos principales de los nuevos países capitalistas, Estados Unidos y Alemania. En Alemania, la crisis de 1900 dio un impulso particularmente grande a su concentración. Durante la crisis, los bancos, que en aquel entonces estaban ya bastante fusionados con la industria, aceleraron e intensificaron enormemente la ruina de las empresas relativamente pequeñas y su absorción por las grandes. “Los bancos –dice Jaidels– negaron su ayuda precisamente a las empresas que más necesidad tenían de capital, provocando con ello, primero, un auge frenético y después la quiebra irremediable de las empresas que no estaban suficientemente vinculadas con ellos”⁵⁸.

Como resultado, después de 1900 la concentración progresó a pasos de gigante. Hasta 1900 había siete u ocho “grupos” en la industria eléctrica; cada uno estaba compuesto por varias sociedades (veintiocho en total) y a cada uno lo respaldaban de dos a once bancos. Entre 1908 y 1912 todos esos grupos se fusionaron en dos o uno. El siguiente gráfico muestra el proceso [ver cuadro en la página siguiente, NdE]:

La famosa AEG (*General Electric Company*), que surgió de este modo, controla de 175 a 200 sociedades (a través del sistema de “participación”), un capital total de aproximadamente mil quinientos millones de marcos. Sólo en el extranjero cuenta con treinta y cuatro agencias directas, de las cuales doce son sociedades anónimas en más de diez países. Ya en 1904 se calculaba que los capitales invertidos en el extranjero por la industria eléctrica alemana ascendían a 233 millones de marcos. De esta suma, sesenta y dos millones habían sido invertidos en Rusia. No hace falta decir que la AEG es una gigantesca empresa “combinada” –el número de sus empresas solamente fabriles no es menor a

⁵⁸ Jaidels, *op. cit.*, p. 232.

	Giros (en millones de marcos)	Número de empleados	Beneficios netos (en millones de marcos)
Estados Unidos: <i>General Electric Co.</i> (GEC)			
1907	252	28.000	35.4
1910	298	32.000	45.6
Alemania: <i>General Electric Co.</i> (AEG)			
1907	216	30.700	14.5
1911	362	60.800	21.7

Es evidente la dificultad de competir con ese trust, en realidad un trust mundial único que controla un capital de miles de millones y tiene "sucursales", representaciones, agencias, vinculaciones, etc., en todos los rincones del mundo. Pero la distribución del mundo entre dos trusts poderosos no excluye una *redistribución* si llega a modificarse la relación de fuerzas como resultado de un desarrollo desigual, de una guerra, una quiebra, etcétera.

Un ejemplo instructivo del intento de una redistribución semejante, de la lucha por una redistribución, lo proporciona la industria petrolera.

"El mercado mundial del petróleo —escribía Jeidels en 1905— se halla todavía hoy repartido entre dos grandes grupos financieros: la Standard Oil Co. norteamericana de Rockefeller y Rothschild y Nobel, empresa que controla los yacimientos petrolíferos rusos de Bakú. Ambos grupos están estrechamente vinculados entre sí, pero desde hace algunos años cinco enemigos amenazan su monopolio⁶⁰: 1) el agotamiento de los yacimientos petrolíferos norteamericanos; 2) la competencia de la casa Mantashiev en Bakú; 3) los yacimientos de Austria; 4) los yacimientos de Rumania; 5) los yacimientos petrolíferos de ultramar, particularmente en las colonias holandesas (las riquísimas firmas Samuel y Shell, entrelazadas también con capitales ingleses). Los tres últimos grupos están vinculados con los grandes bancos alemanes, encabezados por el poderoso Banco Alemán. Estos bancos han desarrollado en forma independiente y sistemática la industria petrolera, por ejemplo, en Rumania, a fin de tener un punto de apoyo "propio". En 1907 se calculaba que en la industria petrolera rumana se habían invertido capitales extranjeros por valor de ciento ochenta y cinco millones de francos, de los cuales setenta y cuatro millones correspondían a capitales alemanes⁶¹.

Se inició una lucha por el "reparto del mundo", como se denomina en las publicaciones económicas. Por una parte, el "trust petrolero" de Rockefeller

60 Jeidels, *op. cit.*, p. 193.

61 Djouritch, *op. cit.*, p. 245.

quería apoderarse de *toda*; fundó una "compañía filial" *precisamente* en Holanda y adquirió yacimientos petrolíferos en las Indias holandesas, a fin de asestar un golpe a su principal enemigo, el trust anglo-holandés Shell. Por otra parte, el Banco Alemán y los demás bancos berlineses aspiraban a "conservar" Rumania "para ellos" y unirla a Rusia contra Rockefeller. Este último poseía mucho más capital y una excelente organización de transporte y abastecimiento de petróleo. La lucha tenía que terminar y terminó en 1907 con la derrota total del Banco Alemán, que se vio ante la alternativa: liquidar sus "intereses petroleros" perdiendo millones o someterse. Prefirió someterse y concluyó un acuerdo muy desventajoso con el "trust petrolero".

El Banco Alemán se comprometió "a no hacer nada que pudiera perjudicar los intereses norteamericanos". Quedó estipulado, sin embargo, que el acuerdo se anularía en caso de que Alemania creara un monopolio petrolero estatal.

Entonces empezó la "comedia del petróleo". Von Gwinner, director del Banco Alemán y uno de los reyes de las finanzas alemanas, lanzó a través de su secretario privado, Stauss, una campaña en *pro* de un monopolio petrolero estatal. Se puso en movimiento toda la gigantesca maquinaria del poderoso Banco Alemán y todas sus vastas "vinculaciones". La prensa hervía de "patriótica" indignación contra el "yugo" del trust norteamericano y el Reichstag, casi por unanimidad, resuelve el 15 de marzo de 1911 solicitar al Gobierno que presente un proyecto para la creación de un monopolio petrolero. El Gobierno acogió esta idea "popular" y el Banco Alemán, que deseaba engañar a su contraparte norteamericana y mejorar sus negocios mediante un monopolio estatal, pareció haber ganado la partida. Los magnates petroleros alemanes se frotaban las manos pensando en sus beneficios fabulosos, que no serían inferiores a los de las refinerías de azúcar rusas... Pero, en primer lugar, los grandes bancos alemanes se pelearon entre sí por el reparto del botín. La Sociedad de Descuento puso al descubierto los fines ambiciosos del Banco Alemán; en segundo lugar, al Gobierno le asustó la idea de una lucha con Rockefeller, pues era muy dudoso que Alemania pudiera asegurarse la obtención de petróleo de otras fuentes (el rendimiento de Rumania era pequeño); en tercer lugar, en esa época, precisamente, se votaban los créditos de 1913 de mil millones de marcos para los preparativos bélicos de Alemania. El proyecto de monopolio petrolero fue diferido. Por el momento el "trust petrolero" de Rockefeller salió victorioso de la lucha.

La revista berlinesa *Die Bank* decía al respecto que Alemania sólo podría luchar contra el trust petrolero creando un monopolio de la electricidad y convirtiendo la energía hidráulica en electricidad barata. Pero —añadía— "el monopolio de la electricidad vendrá cuando lo necesiten los productores, a saber, cuando sea inminente el próximo gran crac en la industria eléctrica y cuando no puedan ya funcionar con beneficio las gigantescas y costosas centrales eléctricas que construyen en todas partes, a un alto costo, las empresas eléctricas privadas, que están obteniendo ya algunas franquicias municipales, estatales, etc. Entonces se deberá utilizar la energía hidráulica, pero no será

posible convertirla en electricidad barata a expensas del Estado; será también necesario entregarla a un 'monopolio privado controlado por el Estado', pues la industria privada ha firmado ya una serie de contratos y estipulado grandes indemnizaciones... Así ocurrió con el monopolio del nitrato, así ocurre con el del petróleo, así ocurrirá con el de la energía eléctrica. Es hora ya de que nuestros socialistas de Estado, que se dejan deslumbrar por principios brillantes, comprendan por fin que en Alemania los monopolios nunca persiguieron el objetivo ni tampoco obtuvieron el resultado de beneficiar al consumidor o incluso de entregar al Estado parte de los beneficios empresarios; han servido únicamente para facilitar, a costa del Estado, la recuperación de las industrias privadas que estaban al borde de la quiebra⁶².

Tales son las valiosas afirmaciones que se ven obligados a hacer los economistas burgueses alemanes. Vemos aquí claramente cómo, en la época del capital financiero, se entrelazan los monopolios privados y estatales; cómo los unos y los otros no son en realidad más que distintos eslabones de la lucha imperialista entre los grandes monopolistas por el reparto del mundo.

En la marina mercante el gigantesco desarrollo de la concentración condujo asimismo al reparto del mundo. En Alemania pasaron a primer plano dos poderosas empresas: la *Hamburg-America* y el *Lloyd* de Alemania del Norte, cada una con un capital de doscientos millones de marcos (acciones y valores) y un tonelaje por valor de 185 a 189 millones de marcos. Por otra parte, el 1 de enero de 1903 se constituyó en Norteamérica la Compañía Internacional de Comercio Marítimo, conocida como el trust Morgan; agrupa a nueve compañías navieras norteamericanas e inglesas y dispone de un capital de ciento veinte millones de dólares (cuatrocientos ochenta millones de marcos). Ya en 1903 los colosos alemanes y este trust anglo-norteamericano establecieron un convenio para repartirse el mundo, con la consiguiente división de ganancias. Las empresas alemanas se comprometieron a no competir en el tráfico anglo-norteamericano. Se estipuló con precisión qué puertos se le "adjudicarían" a cada uno, se creó un comité de control común, etc. Este convenio se estableció para veinte años, con la prudente reserva de que sería anulado en caso de guerra⁶³.

Es también en extremo instructiva la historia de la constitución del cártel internacional ferroviario. En 1884 los fabricantes ferroviarios ingleses, belgas y alemanes realizaron el primer intento de constituir dicho cártel en momentos de una seria depresión industrial. Los fabricantes acordaron no competir entre sí en los mercados internos de los países involucrados y se distribuyeron los mercados exteriores en la siguiente proporción: Inglaterra, 66%; Alemania, 27%, y Bélgica, 7%. India le fue reservada íntegramente a Inglaterra. Se le declaró una guerra en conjunto a una compañía inglesa que no había entrado al cártel. El costo de dicha guerra fue cubierto gravando con un porcentaje todas

62 *Die Bank*, 1912, 1, p. 1096; 1912, 2, p. 629; 1913, I, p. 388.

63 Riesser, *op. cit.*, p. 125.

las ventas. Pero en 1886 el cártel quebró cuando se retiraron de él dos firmas inglesas. Es muy característico que no fuera posible lograr un acuerdo durante los subsiguientes períodos de auge industrial.

A principios de 1904 se constituyó el sindicato alemán del acero. En noviembre de 1904 fue resucitado el Cártel Internacional Ferroviario, con los siguientes cupos: Inglaterra, 53,5%; Alemania, 28,83%, y Bélgica, 17,67%. Francia se incorporó más tarde y recibió el 4,8%, 5,8% y 6,4% en el primero, segundo y tercer año respectivamente, más del 100%, es decir, sobre un total de 104,8%, etc. En 1905 la Corporación del Acero de Estados Unidos (*United States Steel Corporation*) se incorporó al cártel; después lo hicieron Austria y España. "En el momento actual —decía Vogelstein en 1910—, el reparto del mundo se ha completado y los grandes consumidores, en primer lugar los ferrocarriles del Estado —puesto que el mundo ha sido dividido sin tener en cuenta sus intereses—, pueden vivir como el poeta, en los cielos de Júpiter"⁶⁴.

Mencionemos, asimismo, el Sindicato Internacional del Zinc, constituido en 1909, que hizo una distribución precisa del volumen de la producción entre cinco grupos de fábricas: alemanas, belgas, francesas, españolas e inglesas; y también el Trust Internacional de la Dinamita que, como dice Liefmann, es "una estrecha alianza, muy moderna, de todas las fábricas alemanas de explosivos, que más tarde, junto con los fabricantes de dinamita franceses y norteamericanos, organizados de igual manera, se han repartido, por así decirlo, el mundo entero"⁶⁵.

Liefmann calcula que en 1897 había alrededor de cuarenta cárteles internacionales en los que participaba Alemania; en 1910 eran alrededor de cien.

Algunos escritores burgueses (a los cuales se ha unido ahora K. Kautsky, que abandonó completamente la posición marxista que sostuvo, por ejemplo, en 1909) han expresado la opinión de que los cárteles internacionales, por ser una de las expresiones más sorprendentes de la internacionalización del capital, traen una esperanza de paz entre los pueblos bajo el capitalismo. Desde el punto de vista teórico esta opinión es completamente absurda y, en la práctica, un sofisma y una defensa deshonesta del peor oportunismo. Los cárteles internacionales muestran hasta qué punto se han desarrollado los monopolios capitalistas y cuál es el objetivo de la lucha entre las diferentes asociaciones capitalistas. Esta última circunstancia es la más importante; sólo ella nos muestra el sentido histórico-económico de lo que ocurre, pues las formas de la lucha pueden cambiar, y cambian constantemente de acuerdo con causas variables relativamente específicas y temporales, pero la esencia de la lucha, su contenido de clase, no puede cambiar mientras existan las clases. Naturalmente, a la burguesía alemana, por ejemplo, a cuyo lado en realidad se ha pasado Kautsky en sus argumentos teóricos (de ello me ocuparé más adelante), le conviene ocultar el contenido de la actual lucha económica (por el reparto del

64 Vogelstein, *Organisationsformen*, p. 100.

65 Liefmann, *Kartelle und Trusts*, ed., p. 161.

mundo) y subrayar una u otra forma de dicha lucha. En este mismo error incurre Kautsky. Y no se trata, por supuesto, sólo de la burguesía alemana, sino de la burguesía de todo el mundo. Los capitalistas se lo reparten, no debido a una particular perversidad, sino porque el grado de concentración a que se ha llegado los obliga a seguir ese camino para obtener beneficios; y se lo reparten "proporcionalmente al capital", "proporcionalmente a la fuerza" porque no puede existir otro método de división bajo la producción mercantil y el capitalismo. Pero la fuerza varía según el grado de desarrollo económico y político; para poder comprender lo que está aconteciendo es necesario saber qué problemas han quedado resueltos con el cambio en las fuerzas. Si dichos cambios son "puramente" económicos o no económicos (por ejemplo, militares), es un problema secundario que de ningún modo puede influir en la concepción fundamental sobre el último período del capitalismo. Reemplazar el contenido de la lucha y los acuerdos entre las asociaciones capitalistas por el problema de la forma de esa lucha y esos acuerdos (hoy pacífica, mañana bélica, pasado mañana otra vez bélica) significa descender al papel de sofista.

La época de la última etapa del capitalismo nos muestra que entre las asociaciones capitalistas han surgido determinadas relaciones *sobre la base* de la división económica del mundo, mientras que paralelamente y en conexión con ello surgen determinadas relaciones entre las asociaciones políticas, entre los Estados, sobre la base de la división territorial del mundo, de la lucha por las colonias, de la "lucha por esferas de influencia".

VI. El reparto del mundo entre grandes potencias

En su libro sobre la "expansión territorial de las colonias europeas"⁶⁶, el geógrafo A. Supan ofrece el siguiente resumen de esta expansión a fines del siglo XIX [ver cuadro en la página siguiente, NdE]:

"El rasgo característico de este período —concluye el autor— es, por consiguiente, el reparto de África y Polinesia". Como ni en Asia ni en América hay territorios desocupados, es decir, territorios que no pertenezcan a ningún Estado, es necesario ampliar la conclusión de Supan y decir que el rasgo característico del período que nos ocupa es la distribución definitiva del planeta, definitiva no en el sentido de que una redistribución sea imposible —las redistribuciones, por el contrario, son posibles e inevitables—, sino en el sentido de que la política colonial de los países capitalistas ha completado la incautación de todas las tierras no ocupadas de nuestro planeta. Por vez primera el mundo está completamente repartido, de modo que en el futuro sólo es posible una redistribución, es decir, los territorios sólo pueden pasar de un "propietario" a otro, en lugar del paso de un territorio sin dueño a un "propietario".

⁶⁶ A. Supan, *Die territoriale Entwicklung der europäischen Kolonien*, 1906, p. 254.

Porcentaje de territorio perteneciente a las potencias coloniales europeas
(incluyendo Estados Unidos)

	1876	1900	Aumento o disminución
África	10.8	90.4	+79.6
Polinesia	56.8	98.9	+42.1
Asia	51.5	56.6	+5.1
Australia	100.0	100.0	-
Resto de América	27.5	27.2	-0.3

Vivimos, por consiguiente, en una época peculiar de la política colonial del mundo, íntimamente relacionada con la "última etapa de desarrollo del capitalismo", con el capital financiero. Por eso es esencial, ante todo, ocuparse con más detalle de los hechos, a fin de determinar con la mayor exactitud posible qué es lo que diferencia a esta época de las precedentes y cuál es la situación actual. En primer término surgen dos preguntas concretas: ¿se observa una intensificación de la política colonial, una agudización de la lucha por las colonias en la época del capital financiero? Y, en este sentido, ¿cómo está repartido el mundo en la actualidad?

El escritor norteamericano Morris, en su libro sobre la historia de la colonización⁶⁷, intenta reunir datos sobre las posesiones coloniales de Gran Bretaña, Francia y Alemania en distintos períodos del siglo XIX. He aquí un breve resumen de los resultados obtenidos:

Posiciones coloniales
(en millones de millas cuadradas y de habitantes)

Año	Gran Bretaña		Francia		Alemania	
	Superficie	Población	Superficie	Población	Superficie	Población
1815-30	?	126.4	0.02	0.5	-	-
1860	2.5	145.1	0.2	3.4	-	-
1880	7.7	267.9	0.7	7.5	-	-
1899	9.3	309.0	3.7	56.4	1.0	14.7

Para Inglaterra, el período de enorme expansión de las conquistas coloniales fue entre 1860 y 1880, y fue también muy considerable durante los últimos veinte años del siglo XIX. Para Francia y Alemania ese perío-

⁶⁷ Henry C. Morris, *The history of colonization*, N. Y., 1900, vol. II, pp. 88; I, 419; II, 304.

do corresponde precisamente a esos veinte años. Hemos visto más arriba que el desarrollo del capitalismo premonopolista, en el que predominaba la libre competencia, alcanzó su meta final en las décadas de 1860 y 1870. Vemos ahora que *precisamente después de este período* es cuando empieza el enorme "auge" de las conquistas coloniales y cuando se vuelve particularmente aguda la lucha por el reparto territorial del mundo. Es indudable, por consiguiente, que el paso del capitalismo a la etapa del capitalismo monopolista, al capital financiero, *está vinculado* con la intensificación de la lucha por el reparto del mundo.

En su obra sobre el imperialismo, Hobson destaca los años que van de 1884 a 1900 como el período de "expansión" intensificada de los principales Estados europeos. Según sus cálculos, Gran Bretaña adquirió durante esos años 3.700.000 millas cuadradas con una población de 57 millones de habitantes; Francia, 3.600.000 millas cuadradas con 36,5 millones de habitantes; Alemania, 1.000.000 de millas cuadradas con 14,7 millones de habitantes; Bélgica, 900.000 millas cuadradas con 30 millones de habitantes; Portugal, 800.000 millas cuadradas con 9 millones de habitantes. A fines del siglo XIX, sobre todo desde la década del 80, la pugna por colonias entre todos los Estados capitalistas es un hecho universalmente conocido en la historia de la diplomacia y la política exterior.

En el período de mayor florecimiento de la libre competencia en Gran Bretaña, de 1840 a 1860, los dirigentes políticos burgueses de ese país eran *adversarios* de la política colonial y opinaban que la liberación de las colonias, su separación completa de Inglaterra era inevitable y conveniente. M. Beer, en un artículo publicado en 1898, "El imperialismo inglés contemporáneo"⁶⁸, señala que en 1852 Disraeli, estadista en general inclinado al imperialismo, declaraba: "Las colonias son ruedas de molino que llevamos atadas al cuello". ¡Pero a fines del siglo XIX los héroes ingleses del día eran Cecil Rhodes y Joseph Chamberlain, que defendían abiertamente el imperialismo y aplicaban la política imperialista con el mayor cinismo!

No carece de interés señalar que también entonces estos dirigentes políticos de la burguesía inglesa veían la vinculación entre lo que podría denominarse las raíces puramente económicas y las político-sociales del imperialismo moderno. Chamberlain defendía el imperialismo por considerarlo una "política justa, prudente y económica" y señalaba, sobre todo, la competencia que enfrentaba Gran Bretaña, en el mercado mundial con Alemania, Norteamérica y Bélgica. La salvación está en el monopolio, decían los capitalistas cuando constituían cárteles, asociaciones y trusts. La salvación está en el monopolio, repetían los dirigentes políticos de la burguesía, dándose prisa por adueñarse de las partes del mundo todavía no repartidas. Y Cecil Rhodes, según cuenta su amigo íntimo, el periodista Stead, le manifestaba en 1895 sus ideas imperialistas en los siguientes términos: "Ayer estuve en el East End de Londres [barrio obrero] y asistí a una reunión de

⁶⁸ *Die Neue Zeit*, XVI, I, 1898, p. 302.

desocupados. Escuché allí violentos discursos que eran simplemente un clamor de ¡pan!, ¡pan! y al regresar a casa reflexioné sobre lo que había oído y más que nunca me convencí de la importancia del imperialismo [...]. La idea que yo acabo es la solución del problema social, es decir, que para salvar a los cuarenta millones de habitantes del Reino Unido de una sangrienta guerra civil, nosotros, estadistas coloniales, debemos obtener nuevas tierras donde instalar al exceso de población, donde encontrar nuevos mercados para los productos de nuestras fábricas y minas. El imperio, como siempre lo he dicho, es una cuestión de estómago. Si se quiere evitar la guerra civil hay que convertirse en imperialistas⁶⁹...

Esto decía en 1895 Cecil Rhodes, millonario, rey de las finanzas, el hombre que fue el principal responsable de la guerra anglo-boer. Es verdad que su defensa del imperialismo es cínica y grosera, pero en esencia no se diferencia de la "teoría" que sostienen los señores Maslov, Sídekum, Potresov, David, el fundador del marxismo ruso y otros. Cecil Rhodes era un socialchovinista algo más honesto...

Para dar un panorama lo más exacto posible de la división territorial del mundo y de los cambios ocurridos en este sentido durante las últimas décadas utilizaré los datos que proporciona Supan en la obra mencionada sobre las posesiones coloniales de todas las potencias del mundo. Supan toma los años 1876 y 1900; yo tomaré el año 1876 –año escogido muy a propósito ya que puede decirse que precisamente entonces se completa en su mayor parte la etapa de desarrollo premonopolista del capitalismo de Europa occidental– y el año 1914, y en lugar de las cifras de Supan citaré los datos estadísticos más recientes de las *Tablas geográfico-estadísticas* de Hübner. Supan sólo da cifras sobre las colonias; considero útil (para presentar un cuadro completo del reparto del mundo) agregar breves datos sobre países no coloniales y semicoloniales, categoría en la que incluimos a Persia, China y Turquía; el primero de estos países es ya casi completamente una colonia; el segundo y el tercero van camino de convertirse en tales.

Obtenemos, entonces, el siguiente resultado [ver cuadro en la página siguiente, NdE.]:

Vemos claramente por estos datos que el reparto del mundo a fines del siglo XIX y principios del siglo XX se había "completado". Después de 1876, las posesiones coloniales alcanzaron proporciones gigantescas: aumentaron en más del 50%, de cuarenta a sesenta y cinco millones de kilómetros cuadrados para las seis mayores potencias; un aumento de veinticinco millones de kilómetros cuadrados, 50% más que la superficie de las metrópolis (16,5 millones de kilómetros cuadrados). En 1876, tres potencias no poseían colonias y una cuarta, Francia, casi no las tenía. Para el año 1914 estas cuatro potencias habían adquirido colonias con una superficie de 14,1 millones de kilómetros cuadrados, es decir, aproximadamente el 50% más que la superficie de Europa, con una población de casi cien millones de habitantes. La desigualdad en el ritmo de expansión colonial es muy grande.

69 *Ibid.*, p. 304.

Posiciones coloniales
(en millones de kilómetros cuadrados y de habitantes)

	Colonias		Métropolis		Total	
	1876	1914	1914	1914	1914	1914
	Superficie	Población	Superficie	Población	Superficie	Población
Gran						
Bretaña	22.5	251.9	33.5	393.5	6.3	46.5
Rusia	17.0	15.9	17.4	33.2	5.4	136.2
Francia	0.9	6.0	10.6	55.5	0.5	39.6
Alemania	-	-	2.9	12.3	6.5	64.9
Estados						
Unidos	-	-	0.3	9.7	9.4	97.0
Japón	-	-	0.3	19.2	0.4	53.0
Total para						
las seis						
grandes						
potencias	40.4	273.8	65.0	523.4	16.5	437.2
Colonias de otras potencias						
(Bélgica, Holanda, etcétera)						9.9 45.3
Semicolonias (Persia, China, Turquía)						14.5 361.2
Otros países						28.0 289.9
Total para el mundo						133.9 1.657.0

Si comparamos, por ejemplo, Francia, Alemania y Japón, que no se diferencian mucho en lo que se refiere a superficie y población, veremos que el primero de dichos países ha adquirido casi tres veces más territorio colonial que los otros dos juntos. En lo que respecta al capital financiero, Francia, a principios del período que nos ocupa, era quizá también varias veces más rica que Alemania y Japón juntos. Además de las condiciones puramente económicas, y sobre la base de estas, las condiciones geográficas, etc., también influyen en la dimensión de las posesiones coloniales. Por vigoroso que haya sido durante las últimas décadas el proceso de nivelación del mundo, de nivelación de las condiciones económicas y de vida de los distintos países, consecuencia de la presión de la gran industria, el cambio y el capital financiero, aún subsisten grandes diferencias, y entre los seis países mencionados encontramos, en primer lugar, países capitalistas jóvenes (Norteamérica, Alemania y Japón) cuyo progreso ha sido extraordinariamente rápido; en segundo lugar, países con un antiguo desarrollo capitalista (Francia e Gran Bretaña) cuyo progreso ha sido últimamente mucho más lento que el de los países antes mencionados; y en

tercer lugar un país sumamente atrasado desde el punto de vista económico (Rusia) en el que el imperialismo capitalista moderno está enredado, por así decirlo, en una espesa maraña de relaciones precapitalistas.

Al lado de las posesiones coloniales de las grandes potencias hemos colocado las colonias pequeñas de los Estados pequeños que son, por así decirlo, próximo objeto de una posible y probable "redistribución" de colonias. Estos Estados pequeños conservan principalmente sus colonias sólo porque las grandes potencias están divididas por intereses antagónicos, fricciones, etc., que impiden que lleguen a un acuerdo para el reparto del botín. En cuanto a los Estados "semicoloniales", nos proporcionan un ejemplo de las formas de transición que podemos hallar en todas las esferas de la naturaleza y la sociedad. El capital financiero es una fuerza tan considerable, tan decisiva, podría decirse, en todas las relaciones económicas e internacionales, que es capaz de someter, y en efecto somete, incluso a Estados que gozan de la independencia política más completa, como lo veremos a continuación. Como se comprende, la forma de sometimiento más "conveniente" para el capital financiero, y de la que obtiene mayores beneficios, es la que implica la pérdida de independencia política de los países y pueblos sometidos. En este sentido, los países semicoloniales proporcionan un ejemplo típico de "etapa intermedia". Es natural que la lucha por esos países semidependientes se haya vuelto particularmente áspere en la época del capital financiero, cuando el resto del mundo estaba ya repartido.

La política colonial y el imperialismo existían aun antes de la última etapa del capitalismo y aun antes del capitalismo. Roma, basada en la esclavitud, siguió una política colonial y practicó el imperialismo. Pero las disquisiciones "generales" sobre el imperialismo, que ignoran o relegan a segundo plano la diferencia radical entre las formaciones económico-sociales, se convierten inevitablemente en las más vacuas trivialidades o jactancias, como la comparación: "Gran Roma y Gran Bretaña"⁷⁰. Incluso la política colonial capitalista de las etapas anteriores del capitalismo es esencialmente diferente de la política colonial del capital financiero.

La principal característica de la última etapa del capitalismo es la dominación de las asociaciones monopolistas de grandes empresarios. Dichos monopolios adquieren la máxima solidez cuando un grupo se apropia de todas las fuentes de materias primas, y ya hemos visto con qué ardor se esfuerzan las asociaciones internacionales capitalistas por privar a sus rivales de toda posibilidad de competencia, por acaparar, por ejemplo, los yacimientos de hierro, de petróleo, etc. Sólo la posesión de colonias brinda a los monopolios una garantía completa contra todas las contingencias de la lucha con sus competidores, incluyendo el caso de que el adversario desee ser protegido por una ley que implante un monopolio estatal. Cuanto más desarrollado está el capitalismo,

⁷⁰ C. P. Lucas, *Greater Rome and Greater Britain*, Oxford, 1912; o *Ancient and modern imperialism*, del conde de Cromer, Londres, 1910.

cuanto mayor es la fuerza con que se siente la escasez de materias primas, tanto más dura es la competencia y la cacería de fuentes de materias primas en todo el mundo, tanto más encarnizada es la lucha por la adquisición de colonias.

Se puede afirmar —dice Schilder—, aunque a algunos pueda parecerles paradójico, que en un futuro más o menos próximo es más probable que el crecimiento de la población urbana e industrial se vea obstaculizado por la escasez de materias primas para la industria que por la escasez de alimentos.

Existe, por ejemplo, una creciente escasez de madera —cuyo precio se eleva constantemente—, de cueros y de materias primas para la industria textil.

Las asociaciones de fabricantes se esfuerzan por establecer un equilibrio entre la agricultura y la industria en toda la economía mundial; como ejemplo de ello podemos mencionar la Federación Internacional de Asociaciones de Fabricantes de Hilados de Algodón en varios de los más importantes países industriales, fundada en 1904, y la Federación Europea de Asociaciones de Fabricantes de Hilados de Lino, fundada en 1910 a imagen de la anterior⁷¹.

Claro que los reformistas burgueses, y entre ellos en particular los actuales partidarios de Kautsky, tratan de disminuir la importancia de este tipo de hechos aduciendo que las materias primas “podrían” obtenerse en el mercado libre sin una “costosa y peligrosa” política colonial; y que la oferta de materias primas “podría ser” aumentada en proporciones gigantescas con el “simple” mejoramiento de las condiciones de la agricultura en general. Pero esos argumentos se convierten en una apología del imperialismo, en un intento de embellecerlo, porque ignoran la principal característica de la última etapa del capitalismo: los monopolios. El mercado libre se convierte cada vez más en cosa del pasado, las asociaciones y trusts monopolistas lo restringen cada día más, y el “simple” mejoramiento de las condiciones de la agricultura significa mejorar la situación de las masas, elevar los salarios y disminuir las ganancias. ¿Dónde hay, fuera de la imaginación de los reformistas sentimentales, trusts capaces de preocuparse por la situación de las masas y no por la conquista de colonias?

El capital financiero está interesado no sólo en las fuentes de materias primas ya descubiertas, sino también en las posibles fuentes, pues el desarrollo de la técnica moderna es en extremo rápido y la tierra hoy inservible puede ser transformada en útil mañana si se descubren nuevos métodos (a cuyo efecto un gran banco puede organizar una expedición especial de ingenieros, agrónomos, etc.) y si se invierten grandes sumas de capital. Lo mismo es aplicable a la exploración en busca de minerales, a los nuevos métodos de elaboración y utilización de materias primas, etc., etc. De ahí la tendencia inevitable del capital

71. Schilder, *op. cit.*, pp. 38-42.

financiero a ampliar su esfera de influencia e incluso su territorio efectivo. Del mismo modo que los trusts capitalizan sus bienes al doble o al triple de su valor, teniendo en cuenta sus beneficios "potenciales" (y no los reales) y los resultados posteriores del monopolio, el capital financiero tiende en general a apoderarse de la mayor cantidad posible de tierras, de cualquier tipo y en cualquier lugar, y por todos los medios, teniendo en cuenta las posibles fuentes de materias primas y temeroso de quedarse atrás en la lucha feroz por el último remanente de territorio libre o por la redistribución de aquellos territorios ya repartidos.

Los capitalistas ingleses tratan por todos los medios de ampliar las plantaciones de algodón en su colonia, Egipto (en 1904, de 2.300.000 hectáreas de tierra cultivada, 600.000, es decir, más de la cuarta parte, eran algodonales); los rusos hacen lo mismo en su colonia, el Turquestán, pues de ese modo estarán en mejores condiciones de derrotar a sus competidores extranjeros, de monopolizar las fuentes de materias primas y constituir un trust textil más económico y lucrativo, que "combinará" y concentrará en manos de un solo grupo de propietarios *todo* el proceso de producción y elaboración del algodón.

El interés perseguido en la exportación de capital empuja también a la conquista de colonias, pues en el mercado colonial es más fácil utilizar métodos monopolistas (y a veces son los únicos métodos que pueden utilizarse) para eliminar la competencia, garantizar el abastecimiento, asegurar las "vinculaciones" necesarias, etcétera.

La superestructura no económica que se levanta sobre la base del capital financiero —su política y su ideología— refuerza la tendencia a las conquistas coloniales. "El capital financiero no quiere la libertad, sino la dominación", dice con razón Hilferding. Y un escritor francés burgués, desarrollando y completando, por así decirlo, las ideas de Cecil Rhodes más arriba mencionadas, dice que a las causas económicas de la política colonial contemporánea deben añadirse causas sociales: "Debido a la creciente complejidad de la vida y a las dificultades que abruma no sólo a las masas obreras, sino también a las clases medias, en todos los países de la antigua civilización se acumulan la impaciencia, el rencor y el odio, y se convierten en una amenaza para el orden público; las energías que se salen del cauce de una clase determinada deben ser empleadas fuera del país a fin de impedir una explosión interna"⁷².

Puesto que hablamos de la política colonial en la época del imperialismo capitalista es necesario hacer notar que el capital financiero y su política exterior, que es la lucha de las grandes potencias por el reparto económico y político del mundo, originan diversas formas *transitorias* de dependencia estatal. No sólo existen los dos grupos fundamentales de países —los que poseen colonias y las colonias—, sino también es característico de la época las formas variadas de países dependientes que, desde un punto de vista formal, son políticamente indepen-

⁷² Wahl, *La France aux colonies*, citado por Henri Russier, *Le partage de l'Océanie*, París, 1905, p. 165.

dientes, pero que en realidad se hallan envueltos en las redes de la dependencia financiera y diplomática. A una de estas formas de dependencia, la semicolonía, ya nos hemos referido. Un ejemplo de otra forma lo proporciona la Argentina.

"América del Sur, y sobre todo la Argentina —dice Schulze-Gaevernitz en su obra sobre el imperialismo británico—, depende tanto de Londres desde el punto de vista financiero que se la debería calificar casi como una colonia comercial inglesa"⁷³. Basándose en los informes relativos a 1909 del cónsul austro-húngaro en Buenos Aires, Schilder estima que los capitales ingleses invertidos en la Argentina ascendían a 8.750 millones de francos. No es difícil imaginar qué sólidos vínculos establece el capital financiero —y su fiel "amiga", la diplomacia— de Inglaterra con la burguesía argentina, con los círculos que controlan toda la vida económica y política de ese país.

Portugal presenta una forma algo diferente de dependencia financiera y diplomática, acompañada de independencia política. Portugal es un Estado soberano independiente, pero en realidad, desde hace más de doscientos años, desde la Guerra de Sucesión de España (1701-1714), ha sido un protectorado británico. Gran Bretaña protegió a Portugal y protegió sus colonias para reforzar sus propias posiciones en la lucha contra sus rivales, España y Francia. A cambio de ello, Gran Bretaña obtuvo privilegios comerciales, mejores condiciones para exportar mercancías y, sobre todo, capitales a Portugal y a las colonias portuguesas; derecho a utilizar los puertos e islas de Portugal, sus cables telegráficos, etc., etc.⁷⁴ Siempre han existido relaciones de este tipo entre grandes y pequeños Estados, pero en la época del imperialismo capitalista se convierten en sistema general, forman parte del conjunto de relaciones que rigen el "reparto del mundo" y se convierten en eslabones de la cadena de operaciones del capital financiero mundial.

Para terminar con el problema del reparto del mundo debo hacer la siguiente observación adicional. Este problema ha sido planteado muy abierta y definidamente no sólo en las publicaciones norteamericanas, después de la guerra hispano-americana, y en las publicaciones inglesas, después de la guerra anglo-boer, a fines del siglo XIX y principios del XX; no sólo las publicaciones alemanas, que observaban "muy celosamente" al "imperialismo británico", han venido juzgando en forma sistemática este hecho. También fue planteado este problema en las publicaciones burguesas francesas, con la mayor amplitud y claridad que pueda pensarse desde el punto de vista burgués. Permítaseme citar al historiador Driault, quien, en su libro *Problemas políticos y sociales de fines del siglo XIX*, en el capítulo "Las grandes potencias y el reparto del mundo", dice lo siguiente: "En estos últimos años, todos los territorios libres del planeta, a excepción de China, han sido ocupados por las potencias de Europa

73 Schulze-Gaevernitz, *Britischer Imperialismus und englischer Freihandel zu Beginn des XX Jahrhunderts*, 1906, p. 318. Lo mismo dice Sartorius von Waltershausen, en *Die wirtschaftliche Situation der Kapitalanlage in Asien*, Berlin, 1907, p. 46.

74 Schilder, *op. cit.*, t. 1, pp. 160-161. Schilder, *op. cit.*, t. 1, pp. 160-161.

y Norteamérica. Esto ha originado ya algunos conflictos y modificaciones de las esferas de influencia, precursores de trastornos más terribles en un futuro próximo. Porque hay que apresurarse: las naciones que aún no han tomado precauciones corren el riesgo de no recibir nunca su tajada y de no participar nunca en la explotación gigantesca del planeta, que será uno de los rasgos esenciales del próximo siglo [es decir, del siglo XX]. Por eso, toda Europa y América han sido presas en los últimos tiempos de la fiebre de expansión colonial, del 'imperialismo', que es el rasgo más notable de fines del siglo XIX". Y el autor añade: "En ese reparto del mundo, en esa furiosa cacería de las riquezas y los grandes mercados del globo, la fuerza relativa de los imperios creados en este siglo XIX no guarda la menor proporción con el lugar que ocupan en Europa las naciones que los crearon. Las potencias que predominan en Europa, los árbitros de su destino, no predominan por igual en todo el mundo. Y, como el poder colonial, la esperanza de controlar riquezas aún no calculadas repercutirá evidentemente en la fuerza relativa de las potencias europeas, en virtud de ello, el problema colonial —el 'imperialismo', si se quiere—, que ha modificado ya las condiciones políticas de la propia Europa, las modificará cada vez más"⁷⁵.

VII. El imperialismo como etapa particular del capitalismo

Intentaremos ahora hacer un balance, resumir lo que hemos dicho más arriba sobre el imperialismo. El imperialismo surgió como el desarrollo y la continuación directa de las características fundamentales del capitalismo en general. Pero el capitalismo se convirtió en imperialismo capitalista sólo al alcanzar un grado muy definido y muy alto de su desarrollo, cuando algunas de sus características fundamentales comenzaron a convertirse en sus contrarios, cuando tomaron cuerpo y se manifestaron en todo los rasgos de la época de transición del capitalismo a un sistema económico y social más elevado. Lo fundamental de este proceso, desde el punto de vista económico, es el desplazamiento de la libre competencia capitalista por los monopolios capitalistas. La libre competencia es el rasgo fundamental del capitalismo y de la producción mercantil en general; el monopolio es el perfecto contrario de la libre competencia, pero hemos visto a esta última transformarse en monopolio ante nuestros ojos, creando la gran industria, desplazando a la pequeña industria, reemplazando la gran industria por otra todavía mayor y conduciendo a la concentración de la producción y el capital hasta el punto en que de ella surgió y surge el monopolio: los cárteles, las asociaciones, los trusts y, fusionándose con ellos, el capital de una docena escasa de bancos que manejan miles de millones. Y al mismo tiempo los monopolios, que surgieron de la libre competencia, no la eliminan, sino que existen

⁷⁵ J. E. Driault, *Problèmes politiques et sociaux*, París, 1907, p. 299.

por encima de ella y al lado de ella, engendrando así contradicciones, fricciones y conflictos muy agudos e intensos. El monopolio es la transición del capitalismo a un sistema superior.

Si fuera necesario dar la más breve definición posible del imperialismo deberíamos decir que éste es la etapa monopolista del capitalismo. Esa definición incluiría lo más importante, pues, por una parte, el capital financiero es el capital bancario de unos pocos grandes bancos monopolistas fusionado con el capital de las asociaciones monopolistas de industriales, y, por otra parte, el reparto del mundo es la transición de una política colonial, que se extendió sin obstáculos a los territorios de los que no se había apoderado ninguna potencia capitalista, a una política colonial de dominación monopolista del mundo, ya enteramente repartido.

Pero las definiciones muy breves, aunque convenientes puesto que resumen los puntos fundamentales, son sin embargo insuficientes, ya que debemos deducir de ellas algunos rasgos especialmente importantes del fenómeno que hay que definir. Por eso, sin olvidar el valor convencional y relativo de todas las definiciones en general, que jamás pueden abarcar todas las concatenaciones de un fenómeno en todo su desarrollo, debemos dar una definición del imperialismo que incluya cinco de sus rasgos fundamentales: 1) la concentración de la producción y el capital se ha desarrollado hasta un grado tal que ha creado monopolios, que desempeñan un papel decisivo en la vida económica; 2) la fusión del capital bancario con el capital industrial, y la creación, sobre la base de este capital "financiero", de una oligarquía financiera; 3) la exportación de capitales, a diferencia de la exportación de mercancías, adquiere excepcional importancia; 4) la formación de asociaciones capitalistas monopolistas internacionales que se reparten el mundo, y 5) ha culminado el reparto territorial de todo el mundo entre las más grandes potencias capitalistas. El imperialismo es el capitalismo en aquella etapa de desarrollo en que se establece la dominación de los monopolios y el capital financiero; en que ha adquirido marcada importancia la exportación de capitales; en que empieza el reparto del mundo entre los trusts internacionales; en que ha culminado el reparto de todos los territorios del planeta entre las más grandes potencias capitalistas.

Más adelante veremos que el imperialismo puede y debe definirse de otro modo si tenemos en cuenta no sólo las nociones fundamentales, puramente económicas (a las que se limita la definición que hemos dado), sino también la ubicación histórica de esta etapa del capitalismo con respecto al capitalismo en general, o la relación entre el imperialismo y las dos principales tendencias del movimiento obrero. Lo que debe ahora señalarse es que el imperialismo, como ha sido interpretado más arriba, representa, sin lugar a dudas, una etapa particular en el desarrollo del capitalismo. Para que pueda hacerse el lector una idea bien fundada del imperialismo, deliberadamente he procurado citar, en la forma más amplia posible, a economistas *burgueses* que se ven obligados a reconocer los hechos particularmente incontrovertibles referentes a la última

etapa de la economía capitalista. Con el mismo fin, cito minuciosos datos estadísticos que permiten ver hasta qué punto ha crecido el capital bancario, etc., cómo se expresa concretamente la transformación de la cantidad en calidad, del capitalismo desarrollado en imperialismo. Huelga decir, por supuesto, que en la naturaleza y en la sociedad todos los límites son convencionales y mutables, que sería absurdo discutir, por ejemplo, sobre el año o la década precisos en que se estableció "definitivamente" el imperialismo.

A propósito de la definición del imperialismo, sin embargo, debemos polemizar, en primer término, con K. Kautsky, el principal teórico marxista de la época de la llamada Segunda Internacional, es decir, de los veinticinco años comprendidos entre 1889 y 1914. Kautsky atacó en forma decidida, en 1915 e incluso en noviembre de 1914, las ideas fundamentales expresadas en nuestra definición del imperialismo, al declarar que éste no debe ser considerado como una "fase" o etapa de la economía, sino como una política, como una política determinada, "preferida" por el capital financiero; que no se puede "identificar" el imperialismo con el "capitalismo contemporáneo"; que si por imperialismo se entiende a "todos los fenómenos del capitalismo contemporáneo" —carteles, proteccionismo, dominación de los financieros, política colonial—, entonces el problema de si el capitalismo necesita del imperialismo queda reducido a "la más trivial tautología", porque, en ese caso, "el imperialismo es naturalmente una necesidad vital para el capitalismo", etc. El modo mejor de dar a conocer el pensamiento de Kautsky es citar su propia definición del imperialismo, que es diametralmente opuesta a la esencia de las ideas que he expuesto (pues las objeciones precedentes del campo de los marxistas alemanes, quienes hace ya muchos años vienen defendiendo ideas semejantes, hace tiempo que Kautsky las conoce como las objeciones de una tendencia determinada en el marxismo).

La definición de Kautsky dice así:

El imperialismo es un producto del capitalismo industrial altamente desarrollado. Consiste en la tendencia de toda nación capitalista industrial a someter a su control o anexionarse todas las vastas regiones *agrarias* [el subrayado es de Kautsky], con independencia de los pueblos que las habitan⁷⁶.

Esta definición no sirve para nada porque en forma unilateral, es decir, arbitraria, destaca sólo el problema nacional (aunque este último es en extremo importante, tanto en sí mismo como en su relación con el imperialismo), en forma arbitraria y *errónea* vincula este problema *sólo* con el capital industrial de los países que se anexionan otras naciones, y en forma igualmente arbitraria y errónea coloca en primer plano la anexión de regiones agrarias.

El imperialismo es una tendencia a las anexiones: a eso se reduce la parte *política* de la definición de Kautsky. Es justa, pero muy incompleta, pues, en el

⁷⁶ *Die Neue Zeit*, 11 de septiembre de 1914, 2 (Vol. 32), p. 909; véase también 1915, 2, p. 107 y ss.

aspecto político el imperialismo es, en general, una tendencia a la violencia y la reacción. Mas por el momento nos interesa el aspecto *económico* del problema, que el mismo Kautsky incluye en su *definición*. Las inexactitudes de la definición de Kautsky saltan a la vista. El rasgo característico del imperialismo *no* es el capital industrial, *sino* el financiero. No es por casualidad que en Francia fuera precisamente el desarrollo en extremo rápido del capital *financiero* y el debilitamiento del capital industrial lo que diera lugar, a partir de la década del 80, a la extremada intensificación de la política anexionista (colonial). El rasgo característico del imperialismo es, precisamente, que tiende a la anexión, *no sólo* de regiones agrarias, sino incluso de las regiones más altamente industrializadas (el apetito alemán respecto de Bélgica, el apetito francés respecto de Lorena), porque 1) el hecho de que el mundo esté ya repartido obliga a aquellos que aspiran a una *reafirmación* a alargar la mano hacia *toda clase* de territorios, y 2) un rasgo esencial del imperialismo es la rivalidad entre varias grandes potencias en la lucha por la hegemonía, esto es, por la conquista de territorios, no tanto directamente para sí como para debilitar al adversario y debilitar su hegemonía (Bélgica tiene especial importancia para Alemania, como base de operaciones contra Inglaterra; Inglaterra necesita a Bagdad como base de operaciones contra Alemania, etcétera).

Kautsky se remite en particular –y en forma reiterada– a escritores ingleses, quienes, alega él, han dado un significado puramente político a la palabra “imperialismo” en el sentido en que él, Kautsky, lo entiende. Tomamos la obra del escritor inglés Hobson, *El imperialismo*, aparecida en 1902, y leemos:

El nuevo imperialismo se distingue del antiguo, primero, en que reemplaza la ambición de un solo imperio creciente por la teoría y la práctica de imperios competidores, guiado cada uno de ellos por idénticos apetitos de engrandecimiento político y beneficio comercial; segundo, en el predominio de los intereses financieros o inversionistas sobre los intereses comerciales⁷⁷.

Como vemos, Kautsky se equivoca profundamente al remitirse a escritores ingleses en general (a no ser que se refiera a los imperialistas ingleses vulgares o los apologistas declarados del imperialismo). Vemos que Kautsky, mientras pretende que continúa defendiendo el marxismo, da, en realidad, un paso atrás con relación al *social-liberal* Hobson, quien, *más correctamente*, tiene en cuenta dos rasgos “históricos precisos” (la definición de Kautsky es una burla de la precisión histórica!) del imperialismo contemporáneo: 1) la competencia entre *varios* imperialismos; 2) el predominio del financiero sobre el comerciante. Si se trata principalmente del problema de la anexión de países agrarios por países industriales, entonces se coloca en primer plano el papel del comerciante.

⁷⁷ Hobson, *Imperialism*, Londres, p. 324.

La definición de Kautsky es no sólo errónea y no marxista: sirve de base a todo un sistema de concepciones que significan una ruptura total con la teoría y la práctica marxistas. De ello hablaré más adelante. Carece en absoluto de seriedad la discusión sobre palabras que promueve Kautsky: cómo debe calificarse la última etapa del capitalismo, de imperialismo o de etapa del capital financiero? No importa que se la llame como se quiera. Lo esencial es que Kautsky separa el aspecto político del imperialismo de su aspecto económico; habla de las anexiones como si ello fuera la política "preferida" del capital financiero y le opone otra política burguesa, posible, según él, sobre esa misma base del capital financiero. Resulta entonces que los monopolios en la economía son compatibles con un proceder no monopolista, no violento, no anexionista en política. Resulta entonces que el reparto territorial del mundo, que culminó precisamente en la época del capital financiero y que constituye la base de las actuales formas particulares de rivalidad entre los más grandes Estados capitalistas, es compatible con una política no imperialista. El resultado es el ocultamiento y la atenuación de las más profundas contradicciones de la última etapa del capitalismo, en vez de ponerlas al descubierto en toda su profundidad; el resultado es reformismo burgués en lugar de marxismo.

Kautsky polemiza con Cunow, apologista alemán del imperialismo y las anexiones, que arguye burda y cínicamente que el imperialismo es el capitalismo contemporáneo; el desarrollo del capitalismo es inevitable y progresivo; por consiguiente, el imperialismo es progresista, por consiguiente, deberíamos arrastrarnos ante él y glorificarlo! Esto se parece, en cierto modo, a la caricatura que de los marxistas rusos hacían los populistas en 1894 y 1895. Argumentaban: si los marxistas consideran que el capitalismo es inevitable en Rusia, que es progresista, deberían abrir una taberna y comenzar a implantar el capitalismo. Kautsky responde a Cunow: no, el imperialismo no es el capitalismo contemporáneo; es sólo una de las formas de la política del capitalismo contemporáneo; podemos y debemos luchar contra esa política, luchar contra el imperialismo, contra las anexiones, etcétera.

La respuesta es muy plausible aparentemente, pero en realidad es una defensa más sutil y más velada (y por ello más peligrosa) de la conciliación con el imperialismo, pues una "lucha" contra la política de los trusts y de los bancos que no afecte la base económica de los trusts y de los bancos es simplemente reformismo y pacifismo burgueses, es una benévola e inocente expresión de buenos deseos. Eludir las contradicciones existentes, olvidar las más importantes, en vez de descubrirlas en toda su profundidad: en eso consiste la teoría de Kautsky, que nada tiene que ver con el marxismo. ¡Naturalmente, semejante "teoría" sólo puede servir para defender la unidad con los Cunow!

"Desde el punto de vista puramente económico —dice Kautsky—, no está descartado que el capitalismo pase todavía por una nueva etapa, la de la extensión de la política de los cárteles a la política exterior, la etapa del

ultraimperialismo"⁷⁸, es decir, de un superimperialismo, de una unión de los imperialismos de todo el mundo sin luchas entre ellos, una etapa en que terminarían las guerras bajo el capitalismo, una etapa de "explotación conjunta del mundo por el capital financiero unido internacionalmente"⁷⁹.

Tendremos que ocuparnos más adelante de esta "teoría del ultraimperialismo" a fin de demostrar en detalle hasta qué punto rompe en forma irremediable y decidida con el marxismo. Por el momento, siguiendo el plan general del presente trabajo, debemos examinar los datos económicos precisos que se refieren a este problema. ¿Es posible el "ultraimperialismo", "desde el punto de vista puramente económico", o es un ultradisparate?

Si por punto de vista puramente económico se entiende una abstracción "pura", entonces todo cuanto puede decirse se reduce a la tesis siguiente: el desarrollo avanza hacia el monopolio, por lo tanto hacia un monopolio mundial único, hacia un trust mundial único. Esto es indiscutible, pero al mismo tiempo es algo tan completamente vacío como la afirmación de que "el desarrollo avanza" hacia la elaboración de comestibles en laboratorios. En este sentido, la "teoría" del ultraimperialismo no es menos absurda de lo que sería una "teoría de la ultraagricultura".

Ahora bien, si hablamos de las condiciones "puramente económicas" de la época del capital financiero como una época históricamente concreta, que se inició a comienzos del siglo XX, entonces la mejor respuesta que puede darse a las abstracciones sin vida del "ultraimperialismo" (que favorecen exclusivamente un muy reaccionario objetivo: desviar la atención de la profundidad de las contradicciones existentes) es contraponerlas a la realidad económica concreta de la economía mundial moderna. Las divagaciones enteramente vacías de Kautsky sobre el ultraimperialismo estimulan, entre otras cosas, esa idea profundamente errónea que sólo lleva agua al molino de los apologistas del imperialismo, a saber, [la de] que la dominación del capital financiero atenúa la desigualdad y las contradicciones inherentes a la economía mundial cuando en realidad las acentúa.

R. Calwer, en su opúsculo *Introducción a la economía mundial*⁸⁰, intenta resumir los datos principales, puramente económicos, que permiten formarse una idea concreta de las relaciones internas de la economía mundial a comienzos del siglo XX. Calwer divide el mundo en cinco "regiones económicas principales": 1) Europa central (toda Europa, con excepción de Rusia e Inglaterra); 2) Inglaterra; 3) Rusia; 4) Asia oriental, y 5) Norteamérica; incluye las colonias en las "regiones" de los Estados a los cuales pertenecen y "deja aparte" algunos países no clasificados dentro de las regiones, por ejemplo: Persia, Afganistán y Arabia en Asia; Marruecos y Abisinia en África, etcétera.

78 *Die Neue Zeit*, 1914, 2 (vol. 32), p. 921, 11 de septiembre de 1914; véase también 1915, 2, p. 107 y ss.

79 *Ibid.*, 1915, 1, p. 144, 30 de abril.

80 R. Calwer, *Einführung in die Weltwirtschaft*, Berlin, 1906.

He aquí un breve resumen de los datos económicos de estas regiones que suministra dicho autor.

Principales regiones económicas	Superficie	Población	Transporte		Comercio	Industria		
	En millones de kilómetros cuadrados	En millones	Vías férreas (en miles de kilómetros)	Marina mercante (en millones de toneladas)	Importación, exportación (en miles de millones de marcos)	De carbón (en millones de toneladas)	De hierro fundido (en millones de toneladas)	Número de husos de algodón (en millones)
1) Europa central	27.6 (23.6)	388 (146)	204	8	41	251	15	26
2) Gran Bretaña	28.9 (28.6)	398 (355)	140	11	25	249	9	51
3) Rusia	22	131	63	1	3	16	3	7
4) Asia oriental	12	389	8	1	2	8	0.02	2
5) América	30	148	379	6	14	245	14	19

NOTA: Las cifras entre paréntesis muestran la superficie y la población de las colonias.

Vemos tres regiones con un capitalismo muy desarrollado (alto desarrollo de los medios de transporte, del comercio y de la industria): la centroeuropea, la británica y la norteamericana. Hay en ellas tres de los Estados que dominan el mundo: Alemania, Inglaterra y Estados Unidos. La rivalidad imperialista y la lucha entre esos países se han vuelto en extremo agudas debido a que Alemania dispone de una región insignificante y de pocas colonias; la creación de una "Europa central" es todavía cosa del futuro, se está engendrando en medio de una lucha desesperada. Por el momento, el rasgo distintivo de toda Europa es el fraccionamiento político. En las regiones británica y norteamericana, por el contrario, tiene un muy alto desarrollo la concentración política; pero existe una enorme desproporción entre la enormidad de colonias de la una y las pocas colonias de la otra. En las colonias, sin embargo, el capitalismo sólo empieza a desarrollarse. La lucha por América del Sur se agudiza cada día más.

Hay dos regiones en las que el capitalismo está poco desarrollado: Rusia y Asia oriental. En la primera la densidad de población es muy baja; en la segunda es elevadísima; en la primera, hay una gran concentración política; en la segunda no existe. El reparto de China recién ha comenzado y la lucha entre Japón, Estados Unidos, etc., por adueñarse de ella es cada día más intensa.

Compárese esta realidad —la enorme diversidad de condiciones económicas y políticas, la extrema desproporción en el ritmo de desarrollo de los distintos países, etc., y las violentas luchas entre los Estados imperialistas— con la estúpida fabulita de Kautsky sobre el ultraimperialismo “pacífico”. ¿No es esto el intento reaccionario de un pequeñoburgués asustado de esconderse de la terrible realidad? ¿No son acaso los cárteles internacionales, en los que Kautsky ve los gérmenes del “ultraimperialismo” (del mismo modo la elaboración de tabletas en un laboratorio “podría” calificarse de ultraagricultura en germen), un ejemplo de la distribución y la redistribución del mundo, la transición del reparto pacífico al reparto no pacífico, y viceversa? ¿Acaso el capital financiero norteamericano y el de otros países, que se repartieron pacíficamente todo el mundo con la participación de Alemania, por ejemplo, en la asociación internacional del riel o en el trust internacional de la marina mercante, no están empeñados ahora en una redistribución del mundo sobre la base de nuevas relaciones de fuerza que se modifican mediante métodos que nada tienen de pacíficos?

El capital financiero y los trusts no atenúan, sino que acentúan las diferencias en el ritmo de crecimiento de los distintos elementos de la economía mundial. Y cuando la relación de fuerza ha cambiado, ¿de qué otro modo pueden resolverse las contradicciones *bajo el capitalismo*, si no *por la fuerza*? La estadística de los ferrocarriles⁸¹ nos proporciona datos extraordinariamente exactos sobre los diferentes ritmos de crecimiento del capitalismo y el capital financiero en la economía mundial. En las últimas décadas de desarrollo imperialista la longitud total de las vías férreas cambió del modo siguiente:

Vías férreas (en miles de kilómetros)			
	1880	1913	Aumento
Europa	224	346	+122
Estados Unidos	268	411	+143
Todas las colonias	82	210	+128
Estados independientes y semindependientes de Asia y América	125	347	+222
	43	137	+94
Total	617	1.104	

Los ferrocarriles se han desarrollado, pues, con mayor celeridad en las colonias y en los Estados independientes (y semiindependientes) de Asia y América.

⁸¹ *Statistisches Jahrbuch für das deutsche Reich*, 1915; *Archiv für Eisenbahnwesen*, 1892. Los detalles secundarios respecto de la distribución de los ferrocarriles en las colonias de los distintos países en 1890 debieron calcularse en forma aproximada.

Como es sabido, en ellos gobierna en forma absoluta el capital financiero de los cuatro o cinco Estados capitalistas más importantes. Doscientos mil kilómetros de nuevas vías férreas en las colonias y en los demás países de Asia y América representan más de cuarenta mil millones de marcos de nuevas inversiones de capital en condiciones particularmente ventajosas, con garantías especiales de rendimiento, pedidos lucrativos para las acerías, etc., etcétera.

El capitalismo crece con mayor rapidez en las colonias y en los países de ultramar. Entre estos últimos están surgiendo nuevas potencias imperialistas (por ejemplo, Japón). La lucha de los imperialismos mundiales se agudiza. Crece el tributo que el capital financiero percibe de las muy lucrativas empresas coloniales y de ultramar. En el reparto de este "botín", una parte excepcionalmente grande va a parar a países que no siempre ocupan un primer lugar en lo que se refiere al ritmo de desarrollo de sus fuerzas productivas. En los países más importantes, junto con sus colonias, la longitud total de las vías férreas era la siguiente:

	Vías férreas (en miles de kilómetros)		
	1890	1913	Aumento
Estados Unidos	268	413	+ 145
Imperio británico	107	208	+ 101
Rusia	32	78	+ 46
Alemania	43	68	+ 25
Francia	41	63	+ 22
Total para las cinco potencias	491	830	+ 339

Así pues, alrededor del 80% del total de los ferrocarriles existentes están concentrados en manos de las cinco potencias más importantes. Pero la concentración de la *propiedad* de estos ferrocarriles, la concentración del capital financiero es incomparablemente mayor aún ya que los millonarios franceses e ingleses, por ejemplo, poseen una enorme cantidad de acciones y valores en los ferrocarriles norteamericanos, rusos y otros.

Gracias a sus colonias, Inglaterra ha aumentado "su" red ferroviaria en cien mil kilómetros, cuatro veces más que Alemania. Sin embargo, todo el mundo sabe que el desarrollo de las fuerzas productivas en Alemania, y sobre todo el desarrollo de la producción hullaera y siderúrgica, ha sido incomparablemente más rápido durante este período que en Inglaterra, sin hablar de Francia y Rusia. En 1892 Alemania produjo 4,9 millones de toneladas de hierro fundido, y Gran Bretaña produjo 6,8 millones de toneladas; en 1912 Alemania produjo 17,6 millones de toneladas, y Gran Bretaña, 9 millones de toneladas. Alemania,

por lo tanto, tenía una abrumadora superioridad sobre Inglaterra en este sentido⁸². Surge la pregunta: ¿qué otro medio que no fuera la guerra podía existir *bajo el capitalismo* para superar el desequilibrio entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la acumulación de capital, por una parte, y el reparto de las colonias y "esferas de influencia" del capital financiero, por otra?

VIII. El parasitismo y la descomposición del capitalismo

Debemos analizar ahora un importante aspecto del imperialismo, al cual, por lo general, no se le concede suficiente importancia en la mayoría de los estudios sobre el tema. Uno de los defectos del marxista Hilferding es que, en este punto, ha dado un paso atrás en comparación con el no marxista Hobson. Me refiero al parasitismo, característico del imperialismo.

Como acabamos de ver, la base económica más profunda del imperialismo es el monopolio. Es el monopolio capitalista, es decir, el monopolio que ha surgido del capitalismo y que existe en las condiciones generales del capitalismo, la producción mercantil y la competencia, en permanente e insoluble contradicción con dichas condiciones generales. No obstante, como todo monopolio, engendra inevitablemente una tendencia al estancamiento y la descomposición. Puesto que se fijan, aunque sea en forma temporal, precios monopolistas desaparece, hasta cierto punto, el motivo estimulante del progreso técnico y, por consiguiente, de cualquier otro progreso, y surge así, además, la posibilidad *económica* de retardar deliberadamente el progreso técnico. Por ejemplo, en Estados Unidos un tal Owens inventó una máquina que causó una revolución en la fabricación de botellas. El cártel alemán de fabricantes de botellas compró la patente de Owens, pero la archivó, se abstuvo de utilizarla. Por supuesto, el monopolio, bajo el capitalismo, no puede eliminar nunca, completamente y por mucho tiempo, la competencia en el mercado mundial (y esta, dicho sea de paso, es una de las razones por las que es tan absurda la teoría del ultraimperialismo). Desde luego, la posibilidad de reducir el costo de producción y aumentar los beneficios introduciendo mejoras técnicas actúa en favor de las modificaciones. Pero la *tendencia* al estancamiento y la descomposición, propia del monopolio, continúa operando, y en algunas ramas de la industria, en algunos países, durante ciertos períodos, logra imponerse.

La posesión monopolista de colonias muy vastas, ricas o bien ubicadas actúa en el mismo sentido.

Además, el imperialismo es una enorme acumulación de capital monetario en unos pocos países, que asciende, como hemos visto, de cien a ciento cincuenta mil millones de francos en valores. De ahí el crecimiento extraordinario de una clase o, mejor dicho, de un sector de rentistas, es decir, de personas que viven

⁸² Véase también Edgard Crammond, "The Economic Relations of the British and German Empires", en *Journal of the Royal Statistical Society*, julio de 1914, p. 777 y ss.

de "recortar cupones", que no participan en ningún tipo de empresa y cuya profesión es la ociosidad. La exportación del capital, una de las bases económicas esenciales del imperialismo, acentúa todavía más el divorcio entre los rentistas y la producción e imprime el sello de parasitismo a todo el país que vive de la explotación del trabajo de unos cuantos países de ultramar y colonias.

"En 1893 —dice Hobson—, el capital inglés invertido en el extranjero representaba alrededor del 15% del total de la riqueza del Reino Unido"⁸³. Debo recordar al lector que en 1915 ese capital había aumentado casi dos veces y media. "El imperialismo agresivo —añade más adelante Hobson—, que tan caro cuesta al contribuyente, que tan poco valor tiene para el fabricante y el comerciante [...], es fuente de grandes beneficios para quien invierte capital [...en inglés este concepto se expresa con una sola palabra: *investor*, rentista...]. El estadístico Giffen estima la renta anual que obtiene Inglaterra de su comercio exterior y colonial de importación y exportación en dieciocho millones de libras esterlinas [unos ciento setenta millones de rublos] en 1899, calculando a un 2,5% sobre un giro total de ochocientos millones de libras". Por grande que sea esta suma, no puede explicar el agresivo imperialismo de Inglaterra, que se explica por la renta de noventa a cien millones de libras esterlinas proveniente del capital "invertido", la renta de los rentistas.

¡La renta de los rentistas es cinco veces mayor que la renta que se obtiene del comercio exterior del mayor país "comercial" del mundo! ¡Esta es la esencia del imperialismo y el parasitismo imperialista!

Por ello, el término "Estado rentista" (*Rentierstaat*) o Estado usurero se emplea corrientemente en las publicaciones económicas sobre el imperialismo. El mundo ha quedado dividido en un puñado de Estados usureros y una enorme mayoría de Estados deudores. "Las principales inversiones en el extranjero —dice Schulze-Gaevernitz— son las que se hacen en países políticamente dependientes o aliados: los empréstitos ingleses a Egipto, Japón, China y América del Sur. En caso de necesidad, su armada desempeña el papel de Policía. El poderío político de Gran Bretaña la protege de la indignación de sus deudores"⁸⁴. Sartorius von Waltershausen, en su libro *El sistema económico de inversiones de capital en el extranjero*, presenta a Holanda como modelo de "Estado rentista" y señala que Gran Bretaña y Francia están adquiriendo ese mismo carácter⁸⁵. Schilder opina que cinco Estados industriales se han convertido en "países acreedores bien definidos": Gran Bretaña, Francia, Alemania, Bélgica y Suiza. No incluye a Holanda en este grupo sólo porque está "poco desarrollada industrialmente"⁸⁶. Estados Unidos es acreedor únicamente de los países americanos.

"Gran Bretaña —dice Schulze-Gaevernitz— se está convirtiendo paulatinamente de Estado industrial en Estado acreedor. A pesar del aumento absoluto de la

⁸³ Hobson, *op. cit.*, pp. 59-60.

⁸⁴ Schulze-Gaevernitz, *Britischer Imperialismus*, pp. 320 y otras.

⁸⁵ Sartorius von Waltershausen, *Das Nolländisch-Belgische System*, etc., Berlin, 1907, Buch IV.

⁸⁶ Schilder, *op. cit.*, p. 393.

producción industrial y de la exportación de artículos manufacturados, aumenta la importancia relativa, en toda la economía nacional, de la renta procedente de intereses y dividendos, de la emisión de valores, las comisiones y la especulación. A mi juicio, es precisamente esto lo que constituye la base económica del poder imperialista. El acreedor está más sólidamente ligado al deudor que el vendedor al comprador⁸⁷. Con respecto a Alemania, A. Lansburgh, editor de la revista berlinesa *Die Bank*, en 1911 decía lo siguiente en un artículo titulado "Alemania, un Estado rentista": "En Alemania, la gente se burla del ansia de convertirse en rentista que se observa en Francia. Pero olvida que, por lo que se refiere a la burguesía, la situación en Alemania cada día se parece más a la de Francia"⁸⁸.

El Estado rentista es un Estado de capitalismo parasitario y en descomposición, y esta circunstancia no puede dejar de influir en todas las condiciones políticas y sociales de los países interesados, en general, y en las dos tendencias fundamentales del movimiento obrero, en particular. Para mostrar esto del modo más claro posible citaré a Hobson, testigo digno de la mayor "confianza", ya que es insospechable de inclinaciones hacia la "ortodoxia marxista"; por otra parte, es un inglés que conoce muy bien la situación del país más rico en colonias, en capital financiero y en experiencia imperialista.

Con el recuerdo vivo de la guerra anglo-boer, Hobson describe la vinculación entre el imperialismo y los intereses de los "financistas", sus crecientes beneficios resultantes de los contratos, los suministros, etc., y dice: "En tanto que quienes dirigen esta política netamente parasitaria son capitalistas, los mismos motivos mueven a categorías especiales de obreros. En muchas ciudades, ramos muy importantes dependen de los contratos del Gobierno; el imperialismo de los centros metalúrgicos y de construcciones navales debe atribuirse, en no pequeño grado, a este hecho". Circunstancias de dos órdenes, a juicio del autor, han debilitado a los antiguos imperios: 1) el "parasitismo económico", y 2) la formación de ejércitos con soldados de los pueblos sojuzgados. "Tenemos primero el hábito del parasitismo económico, mediante el cual el Estado gobernante utilizó sus provincias, colonias y posesiones para enriquecer a su clase dirigente y sobornar a las clases inferiores para lograr su conformidad". Y, añadiré yo, que la posibilidad económica de ese soborno, no importa en qué forma se haga, requiere elevados beneficios monopolistas.

En lo que se refiere a la segunda circunstancia, Hobson dice: "Uno de los síntomas más extraños de la ceguera del imperialismo es la temeraria indiferencia con que Inglaterra, Francia y otras naciones imperialistas se embarcan en esta peligrosa dependencia. Inglaterra ha ido más lejos que nadie. La mayor parte de las batallas mediante las cuales conquistamos nuestro imperio de la India fueron libradas por nativos; en la India, como más recientemente en Egipto, hay grandes ejércitos permanentes comandados por ingleses; casi

87 Schulze-Gaesemitz, *op. cit.*, p. 122.

88 *Die Bank*, 1911, t. I, pp. 10 y 11.

todas las batallas vinculadas con nuestros dominios africanos, con excepción del sur, las hicieron para nosotros los nativos".

Hobson hace la siguiente apreciación económica de la perspectiva del reparto de China: "La mayor parte de la Europa occidental podría adquirir entonces el aspecto y el carácter que tienen actualmente algunas regiones del sur de Gran Bretaña, de la Riviera y los centros turísticos y residenciales de Italia y Suiza; pequeños grupos de aristócratas acaudalados que percibirán dividendos y pensiones del Lejano Oriente, con un grupo algo más considerable de altos empleados, profesionales y comerciantes, y un número mayor de sirvientes y obreros ocupados en el transporte y en la fase final de producción de los artículos más perecederos. En cambio, todas las principales industrias habrán desaparecido y los productos alimenticios y fabriles de consumo afluirían, como un tributo, de Asia y África... Hemos pronosticado la posibilidad de una alianza aún mayor de Estados occidentales, una federación europea de las grandes potencias que, lejos de hacer avanzar la civilización mundial, podría implicar un peligro gigantesco de parasitismo occidental; un grupo de naciones industriales avanzadas, cuyas clases superiores percibirían enormes tributos de Asia y África, con lo que podrían mantener a grandes masas domesticadas de empleados ocupados, no ya en la producción de consumo agrícola e industrial, sino en el servicio personal o en trabajos industriales secundarios bajo el control de una nueva aristocracia financiera. Que quienes se burlen de esta teoría [debería decirse perspectiva] por considerar que no merece que se le preste atención analicen las condiciones económicas y sociales de las regiones del sur de la Inglaterra actual que se encuentran ya en esas condiciones, y que piensen en las vastas proporciones que podría adquirir dicho sistema si China fuese sometida al control económico de similares grupos financieros, inversores y funcionarios políticos y comerciales, que extraerían beneficios del más grande depósito potencial que jamás haya conocido el mundo para consumirlos en Europa. La situación es demasiado compleja, el juego de las fuerzas mundiales demasiado difícil de calcular para que resulte muy verosímil esta u otra interpretación única del futuro; pero las influencias que gobiernan el imperialismo de la Europa occidental en la actualidad se mueven en esa dirección, y si no son contrarrestadas o desviadas avanzarán hacia un desenlace semejante"⁸⁹.

El autor tiene toda la razón: si las fuerzas del imperialismo no hubieran sido contrarrestadas habrían conducido indefectiblemente a lo que él describió. La significación de los "Estados Unidos de Europa" en la situación imperialista actual está correctamente valorada. Debió añadir, sin embargo, que también dentro del movimiento obrero, los oportunistas, vencedores por el momento en la mayoría de los países, "trabajan" en forma sistemática y directa en esa dirección. El imperialismo, que significa el reparto del mundo y la explotación de otros países además de China, que significa grandes beneficios monopolistas para un puñado de países muy ricos, brinda la posibilidad económica de sobornar a

⁸⁹ Hobson, pp. 103, 205, 144, 335, 386.

las capas superiores del proletariado y con ello fomenta el oportunismo, le da forma y lo consolida. No se debe, sin embargo, perder de vista a las fuerzas que contrarrestan al imperialismo en general y al oportunista en particular, y que, naturalmente, es incapaz de percibir el social-liberal Hobson.

El oportunista alemán Gerhard Hildebrand, que fue expulsado del Partido por defender al imperialismo y que podría ser hoy dirigente del llamado Partido "Socialdemócrata" de Alemania, completa muy bien a Hobson al propugnar la constitución de unos "Estados Unidos de Europa occidental" (sin Rusia) con el fin de emprender acciones "conjuntas" ... contra los negros africanos y contra el "gran movimiento islámico", por el mantenimiento de "un Ejército y una armada poderosos" contra la "coalición chino-japonesa", etcétera⁹⁰.

La descripción que Schulze-Gaevernitz hace del "imperialismo británico" revela los mismos rasgos parasitarios. La renta nacional de Inglaterra se duplicó aproximadamente de 1865 a 1898, mientras que los ingresos procedentes "del extranjero" durante ese mismo período aumentaron *muchísimo*. Si bien el "mérito" del imperialismo consiste en que "desarrolla en el negro el hábito del trabajo" (no es posible evitar la coerción...), el "peligro" del imperialismo consiste en que "Europa descargará el peso del trabajo físico —al principio el agrícola y el minero, después el trabajo más burdo de la industria— sobre las espaldas de las razas de color y se reservará el papel de rentista, y, de este modo, quizá, preparará el terreno para la emancipación económica y después política de las razas de color".

En Inglaterra una cantidad cada día mayor de tierra es sustraída a la agricultura para dedicarla al deporte, para la diversión de los ricos. Por lo que se refiere a Escocia —el lugar más aristocrático para la caza y otros deportes—, se dice que "vive de su pasado y de mister Carnegie" (un multimillonario norteamericano). Sólo en las carreras de caballos y en las cacerías de zorros Gran Bretaña gasta anualmente catorce millones de libras esterlinas (cerca de ciento treinta millones de rublos). El número de rentistas en Inglaterra es más o menos de un millón. El porcentaje de la población con una actividad productiva sobre el total de la población disminuye:

Población de Inglaterra y Gales (en millones)	Trabajadores en industrias básicas (en millones)	Porcentaje sobre el total de la población	Total
1851	17,9	4,1	23
1901	32,5	4,9	15

Al hablar de la clase obrera inglesa, el investigador burgués del "imperialismo británico a principios del siglo XX" se ve obligado a establecer sistemáticamente una diferencia entre las "*capas superiores*" de los obreros y la "*capa inferior*"

⁹⁰ Gerhard Hildebrand, *Die Erschütterung der Industrielandschaft und des Industrienationalismus*, 1910, p. 229 y ss.

del proletariado propiamente dicho". La capa superior suministra el grueso de los miembros de las cooperativas, de los sindicatos, de los clubes de deportes y de numerosas sectas religiosas. A este nivel se adapta el sistema electoral, que isigue siendo en Inglaterra "lo suficientemente limitado como para excluir a la capa inferior del proletariado propiamente dicho"! A fin de presentar de color de rosa la situación de la clase obrera inglesa, por lo general se habla sólo de esa capa superior, que constituye la *minoría* del proletariado. Por ejemplo, "el problema de la desocupación es principalmente un problema de Londres y de la capa proletaria inferior, a la cual los políticos atribuyen poca importancia"⁹¹. Debíó haber dicho: a la cual los políticos burgueses y los oportunistas "socialistas" atribuyen poca importancia.

Uno de los rasgos particulares del imperialismo, relacionado con los hechos a que me refiero, es la disminución de la emigración de los países imperialistas y el aumento de la inmigración a estos países, proveniente de los más atrasados, donde los salarios son más bajos. La emigración de Inglaterra, como observa Hobson, viene disminuyendo desde 1884: en ese año el número de emigrantes fue de 242.000, mientras que en 1900 el número fue de 169.000. La emigración de Alemania alcanzó su punto máximo entre 1881 y 1890, con un total de 1.453.000 emigrantes. En el curso de las dos décadas siguientes descendió a 544.000 y a 341.000. En cambio, aumentó el número de obreros llegados a Alemania desde Austria, Italia, Rusia y otros países. Según el censo de 1907 en Alemania había 1.342.294 extranjeros, de los cuales 440.800 eran obreros industriales y 257.329 obreros agrícolas⁹². En Francia, los obreros que trabajan en la industria minera son "en gran parte" extranjeros: polacos, italianos, españoles⁹³. En Estados Unidos, los inmigrantes de Europa oriental y meridional realizan los trabajos peor retribuidos, mientras que los obreros norteamericanos proporcionan el mayor porcentaje de capataces o de obreros mejor retribuidos⁹⁴. El imperialismo tiende a crear sectores privilegiados también entre los obreros y a separarlos de las amplias masas del proletariado.

Hay que señalar que en Inglaterra la tendencia del imperialismo a dividir a los obreros, a fortalecer el oportunismo entre ellos y a causar una descomposición temporal en el movimiento obrero se manifestó mucho antes de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Pues a mediados del siglo XIX se observaban ya en Inglaterra dos importantes rasgos distintivos del imperialismo: vastas posesiones coloniales y monopolio sobre el mercado mundial. Marx y Engels estudiaron sistemáticamente durante varias décadas esa vinculación entre el oportunismo en el movimiento obrero y las características imperialistas del capitalismo inglés. Engels, por ejemplo, escribía a Marx el 7 de octubre de 1858: "El proletariado inglés prácticamente se está aburguesando cada vez más, de

91 Schultze-Gaevernitz, *Britischer Imperialismus*, p. 301.

92 *Statistik des Deutschen Reichs*, vol. 211.

93 Henger, *Die Kapitalanlage der Fremden*, Stuttgart, 1913.

94 Hourwich, *Immigration and Labour*, Nueva York, 1913.

modo que esta, la más burguesa de las naciones, aparentemente aspira a poseer una aristocracia burguesa y un proletariado burgués, *junto* a la burguesía. Para una nación que explota a todo el mundo, esto, por supuesto, hasta cierto punto se justifica".

Casi un cuarto de siglo más tarde, en una carta fechada el 11 de agosto de 1881, Engels habla de "las peores *trade unions* inglesas que aceptan ser dirigidas por hombres vendidos a la clase media o, al menos, pagados por ella". Y el 12 de septiembre de 1882, en una carta a Kautsky, Engels le decía: "Usted me pregunta qué piensan los obreros ingleses sobre la política colonial. Pues exactamente lo mismo que piensan acerca de la política en general: lo que piensa el burgués. Aquí no hay partido obrero, sólo hay conservadores y radicales liberales, y los obreros participan alegremente en el festín del monopolio inglés sobre el mercado mundial y el colonial"⁹⁵ (Engels expresa la misma idea en el prólogo a la segunda edición de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, publicado en 1892).

Esto muestra claramente las causas y los efectos. Las causas son: 1) explotación del mundo entero por este país; 2) su monopolio sobre el mercado mundial; 3) su monopolio colonial. Los efectos son: 1) parte del proletariado inglés se aburguesa; 2) parte del proletariado acepta ser dirigido por hombres comprados o, al menos, pagados por la burguesía. El imperialismo de comienzos del siglo XX completó el reparto del mundo entre un puñado de Estados, cada uno de los cuales explota actualmente (en el sentido de extraer de ellos superganancias) una parte "del mundo entero" sólo algo menor que la que explotaba Inglaterra en 1858; cada uno de ellos ocupa una posición monopolista en el mercado mundial gracias a los trusts, los cárteles, el capital financiero y a las relaciones entre acreedor y deudor; cada uno de ellos dispone, hasta cierto punto, de un monopolio colonial (hemos visto que de los setenta y cinco millones de kilómetros cuadrados que comprende *todo* el mundo colonial, *seenta y cinco* millones, o sea, el 86%, pertenecen a seis potencias; *61* millones, o sea, el 81%, pertenecen a tres potencias).

Lo que distingue la situación actual es el predominio de condiciones económicas y políticas tales que forzosamente han de incrementar la incompatibilidad del oportunismo con los intereses generales y vitales del movimiento obrero: el imperialismo embrionario se ha convertido en el sistema dominante; los monopolios capitalistas ocupan el primer lugar en la economía y la política; el reparto del mundo ha culminado; por otra parte, en lugar del monopolio indiviso de Inglaterra, vemos a unas pocas potencias imperialistas disputándose el derecho a participar en ese monopolio, y esta lucha es característica de todo el comienzo del siglo XX. El oportunismo no puede ahora resultar completamente victorioso en el movimiento obrero de un país durante décadas, como

⁹⁵ *Briefwechsel von Marx und Engels*, vol. II, p. 290; IV, p. 433; K. Kautsky, *Sozialismus und Kolonialpolitik*, Berlín 1907, p. 79. Este folleto fue escrito en los tiempos, tan remotos ya, en que Kautsky era marxista.

lo fue en Inglaterra en la segunda mitad del siglo XIX; pero en una serie de países ha madurado, se ha pasado y se ha podrido, y se ha fundido completamente con la política burguesa bajo la forma de socialchovinismo⁹⁶.

IX. Crítica del imperialismo

Entendemos por crítica del imperialismo, en el amplio sentido de la palabra, a la actitud de las distintas clases de la sociedad ante la política imperialista, según la ideología general de estas.

Las gigantescas proporciones del capital financiero, concentrado en unas pocas manos, que han dado origen a una red extraordinariamente vasta y densa de relaciones y vínculos que subordinan no sólo a los capitalistas pequeños y medios sino también a los muy pequeños y a los pequeños patrones, por una parte, y la lucha cada vez más intensa contra otros grupos nacionales de financieros por el reparto del mundo y por la dominación de otros países, por otra parte, ha dado lugar a que las clases poseedoras se pasaran íntegramente del lado del imperialismo. El signo de nuestro tiempo es el entusiasmo "general" por las perspectivas del imperialismo, su defensa furiosa y su embellecimiento por todos los medios. La ideología imperialista penetra también en la clase obrera. Ninguna muralla china la separa de las otras clases. Los dirigentes del hoy llamado Partido "Socialdemócrata" de Alemania son justamente calificados de "socialimperialistas", es decir, socialistas de palabra e imperialistas en los hechos; pero ya en 1902 Hobson señaló la existencia en Inglaterra de "imperialistas fabianos" que pertenecían a la oportunista "Sociedad Fabiana".

Los teóricos y publicistas burgueses defienden por lo general el imperialismo en una forma algo encubierta; nada dicen de su dominación absoluta y de sus profundas raíces, se empeñan en hacer resaltar detalles secundarios y específicos, y hacen todo lo posible por desviar la atención de lo esencial mediante proyectos de "reformas" absolutamente ridículos, tales como inspección policial de los trusts o los bancos, etc. Los imperialistas cínicos y francos, que tienen el valor de reconocer la insensatez de la idea de reformar las características fundamentales del imperialismo, son un raro fenómeno.

He aquí un ejemplo. En la revista *Archivos de economía mundial*, los imperialistas alemanes tratan de seguir los movimientos de liberación nacional de las colonias, particularmente, como es natural, de las colonias no alemanas. Señalan la agitación y los movimientos de protesta en la India, el movimiento en Natal (África del Sur), en las Indias holandesas, etc. Uno de ellos, comentando una información inglesa sobre una conferencia de representantes de diferentes naciones y razas sometidas, de pueblos de Asia, África y Europa que se hallan

⁹⁶ El socialchovinismo ruso en su forma abierta, representado por los señores Potresov, Gijzenkeli, Maslov, etc., y en su forma encubierta (Gijzenkeli, Skobeliev, Axelrod, Martov, etc.), surgió también de la variedad rusa del oportunismo, es decir, el liquidacionismo.

bajo dominación extranjera, celebrada del 28 al 30 de junio de 1910, hace la siguiente apreciación de los discursos pronunciados en dicha conferencia: "Se nos dice que debemos luchar contra el imperialismo: que los Estados dominantes deben reconocer el derecho a la independencia de los pueblos sometidos; que un tribunal internacional debe velar por el cumplimiento de los tratados concertados entre las grandes potencias y los pueblos débiles. No fueron más allá de expresar estos piadosos deseos. No vemos ni el menor indicio de que se comprenda que el imperialismo está indisolublemente ligado al capitalismo en su forma actual y que por ello [!] la lucha directa contra el imperialismo está desahuciada, a menos que, quizá, la lucha se limite a protestas contra algunos de sus excesos particularmente odiosos"⁹⁷. Puesto que la reforma de las bases del imperialismo es un engaño, un "piadoso deseo"; puesto que los representantes burgueses de las naciones oprimidas no van "más" adelante, el representante burgués de una nación opresora va "más" atrás, hacia el servilismo con respecto al imperialismo, encubierto con pretensiones "científicas". ¡Esto también es "lógica"!

Lo esencial en la crítica del imperialismo es saber si es posible reformar la base del mismo, si hay que avanzar con el objeto de agudizar y ahondar aún más las contradicciones que este engendra, o si hay que retroceder con el objeto de atenuar esas contradicciones. Puesto que los rasgos políticos específicos del imperialismo son la reacción en toda la línea y la intensificación de la opresión nacional —consecuencia de la opresión de la oligarquía financiera y de la eliminación de la libre competencia—, en casi todos los países imperialistas surgió, a principios del siglo XX, una oposición democrática pequeñoburguesa al imperialismo. Kautsky no sólo no se preocupó por oponerse, no sólo fue incapaz de oponerse a esa oposición reformista pequeñoburguesa, verdaderamente reaccionaria en su base económica, sino que, en la práctica, se fundió con ella, y fue en esto precisamente en lo que Kautsky y la vasta tendencia internacional del kautskismo se apartaron del marxismo.

En Estados Unidos la guerra imperialista de 1898 contra España provocó la oposición de los "antiimperialistas", los últimos mohicanos de la democracia burguesa, que declararon "criminal" esa guerra, consideraban la anexión de territorios extranjeros como una violación de la constitución, denunciaron que la actitud hacia Aguinaldo, el dirigente de los filipinos (los norteamericanos le prometieron a este la independencia de su país pero después desembarcaron tropas y se lo anexionaron), era una "felonía chovinista", y citaban las palabras de Lincoln: "Cuando el hombre blanco se gobierna a sí mismo es autonomía; pero cuando se gobierna a sí mismo y al mismo tiempo gobierna a otros no es ya autonomía, es despotismo"⁹⁸. Pero, en tanto, toda esa crítica no se animaba a reconocer los indisolubles vínculos existentes entre el imperialismo y los

97 *Weltwirtschaftliches Archiv*, vol II, p. 193.

98 J. Patouillet, *L'imperialisme américain*, Dijon, 1904, p. 272.

trusts, y por consiguiente entre el imperialismo y los fundamentos del capitalismo, en tanto no se anima a unirse a las fuerzas engendradas por el gran capitalismo y su desarrollo, seguía siendo un "piadoso deseo".

Tal es también la posición fundamental de Hobson en su crítica del imperialismo. Aquel se anticipó a Kautsky al pronunciarse contra la teoría de la "inevitabilidad del imperialismo" e insistir en la necesidad de "elevar la capacidad de consumo" del pueblo (bajo el capitalismo!). El punto de vista pequeñoburgués en la crítica del imperialismo, la omnipotencia de los bancos, la oligarquía financiera, etc., es defendido por autores a quienes he citado a menudo, tales como Agahd, A. Lansburgh y L. Eschwege, y entre los escritores franceses, por Victor Bérard, autor de un libro superficial titulado *Inglaterra y el imperialismo*, que apareció en 1900. Todos estos autores, que no pretenden ser marxistas, contraponen el imperialismo con la libre competencia y la democracia, condenan el proyecto del ferrocarril de Bagdad, que conduce a conflictos y a la guerra, expresan "piadosos deseos" de paz, etc.; igual cosa ocurre con A. Neymarck, el recopilador de datos estadísticos sobre las emisiones internacionales de acciones y valores, quien, luego de calcular los centenares de miles de millones de francos que representan los valores "internacionales", exclamaba en 1912: "¿Es posible suponer que la paz pueda ser puesta en peligro? [...], a favor alguien se arriesgue a desatar una guerra frente a estas cifras astronómicas?"⁹⁹.

Semejante candor por parte de los economistas burgueses no es sorprendente; además, a ellos les *asiste* aparentar tanta ingenuidad y hablar "seriamente" de paz bajo el imperialismo. Pero ¿qué queda del marxismo de Kautsky cuando en 1914, 1915 y 1916 adopta ese mismo criterio burgués reformista y afirma que "todo el mundo concuerda" (imperialistas, seudosocialistas y social-pacifistas) en lo que se refiere a la paz? En vez de un análisis del imperialismo, de poner en evidencia la profundidad de sus contradicciones, no vemos más que un "piadoso deseo" reformista de evitarlas, de eludirlas.

Veamos una muestra de la crítica económica que Kautsky hace del imperialismo. Toma los datos estadísticos sobre las operaciones de exportación e importación de Inglaterra con Egipto en 1872 y 1912: resulta que dichas operaciones se desarrollaron con mayor lentitud que el comercio exterior de Inglaterra en su conjunto. Y Kautsky deduce de ello que "no tenemos ningún motivo para suponer que sin ocupación militar el comercio británico con Egipto habría disminuido, como resultado de la simple acción de factores económicos". "La tendencia a la expansión del capital puede estimularse mejor, no mediante los métodos violentos del imperialismo, sino mediante la democracia pacífica"¹⁰⁰.

Estas conclusiones de Kautsky, que repite en todos los tonos su escudero ruso (y protector ruso de los socialchovinistas), el señor Spectator, son la base de la crítica kautskiana del imperialismo, y por eso debemos ocuparnos de ella más detalladamente. Empezaremos con una cita de Hilferding, cuyas conclu-

⁹⁹ *Bulletin de l'Institut International de Statistique*, t. XIX, libro II, p. 225.

¹⁰⁰ Kautsky, *Nationalismus, imperialistischer Staat und Sozialismus*, Nürnberg, 1915, pp. 72 y 70.

siones, ha afirmado Kautsky en repetidas ocasiones, y en especial en abril de 1915, han sido "aceptadas unánimemente por todos los teóricos socialistas".

No incumbe al proletariado —dice Hilferding— contraponer la política capitalista más progresista con la de la época pasada del librecambio y de la hostilidad hacia el Estado. La respuesta del proletariado a la política económica del capital financiero, al imperialismo, no puede ser el librecambio, sino el socialismo. El objetivo de la política proletaria no puede ser hoy el ideal de restablecer la libre competencia —que se ha convertido ahora en un ideal reaccionario—, sino la total eliminación de la competencia mediante la abolición del capitalismo¹⁰¹.

Kautsky rompió con el marxismo al defender, en la época del capital financiero, un "ideal reaccionario", la "democracia pacífica", la "simple acción de los factores económicos", pues, *objetivamente*, este ideal nos hace retroceder del capitalismo monopolista al no monopolista, y es un engaño reformista.

El comercio con Egipto (o con cualquier otra colonia o semicolonía) "habría aumentado" *sin* la ocupación militar, sin el imperialismo y sin el capital financiero. ¿Qué significa esto? A favor el capitalismo se habría desarrollado con mayor rapidez si la libre competencia no hubiera sido limitada por los monopolios en general, o por las "vinculaciones" al yugo (es decir, también el monopolio) del capital financiero, o por la posesión monopolista de las colonias por parte de algunos países?

Las conclusiones de Kautsky no pueden tener otro sentido, y *este* "sentido" no tiene sentido. Supongamos que la libre competencia, sin monopolios de ninguna especie, *podría* haber desarrollado el capitalismo y el comercio con mayor rapidez. Pero cuanto más rápido se desarrollan el comercio y el capitalismo, mayor es la concentración de la producción y del capital que *da origen* al monopolio. ¡Y los monopolios han surgido *ya*, precisamente *de* la libre competencia! Aun en el caso de que los monopolios empiecen ahora a frenar el progreso, ello no es un argumento a favor de la libre competencia, la cual es imposible después de haber engendrado el monopolio.

Por más vueltas que se les dé a los argumentos de Kautsky, no se hallará nada en ellos excepto reacción y reformismo burgués.

Aun corrigiendo este argumento y diciendo, como dice Spectator, que el comercio de las colonias con Inglaterra se desarrolla ahora más lentamente que su comercio con otros países, eso no salva a Kautsky; pues *también* es el monopolio, *también* el imperialismo es lo que está golpeando a Inglaterra, sólo que es el monopolio de otros países (Estados Unidos, Alemania). Es sabido que los cárteles han dado origen a una forma nueva y particular de aranceles proteccionistas, o sea, la protección de los productos aptos para la exportación (Engels observa esto en el tomo III de *El capital*). Es sabido, asimismo, que los cárteles y el capital

101. *El capital financiero*, p. 367.

financiero tienen un sistema propio particular, el de la "exportación de productos a precios reducidos" o "*dumping*", como lo llaman los ingleses: dentro del país, el cártel vende sus productos a precios monopolistas elevados, pero en el extranjero los vende a un precio mucho menor para hundir al competidor, para ampliar al máximo su propia producción, etc. Si el comercio de Alemania con las colonias inglesas se desarrolla más rápidamente que el de Inglaterra, ello sólo demuestra que el imperialismo alemán es más lozano, más fuerte y mejor organizado que el imperialismo inglés, que es superior a este; pero de ningún modo demuestra la "superioridad" del librecambio, porque no se trata de una lucha entre el librecambio y el proteccionismo y la dependencia colonial, sino entre dos imperialismos rivales, entre dos monopolios, dos grupos de capital financiero. La superioridad del imperialismo alemán sobre el imperialismo británico es más fuerte que la muralla de fronteras coloniales o aranceles proteccionistas; utilizar esto como un "argumento" *a favor* del librecambio y de la "democracia pacífica" es trivial, significa olvidar los rasgos y las características esenciales del imperialismo, reemplazar el marxismo por el reformismo pequeñoburgués.

Es interesante observar que incluso el economista burgués A. Lansburgh, cuya crítica del imperialismo es tan pequeñoburguesa como la de Kautsky, con todo se acerca más a un estudio científico de los datos estadísticos comerciales. No ha comparado un solo país, elegido al azar, y una sola colonia con los demás países; ha analizado las exportaciones de un país imperialista: 1) a países que dependen financieramente de él, que han recibido empréstitos de él, y 2) a países financieramente independientes. Obtuvo el siguiente resultado:

Exportación de Alemania (en millones de marcos)

A países financieramente dependientes de Alemania	1889	1908	Aumento
Rumania	48.2	70.8	47
Portugal	19.0	32.8	73
Argentina	60.7	142.0	143
Brasil	48.7	84.5	73
Chile	28.3	64.0	114
Total	234.8	451.5	92

A países financieramente independientes de Alemania

Gran Bretaña	651.8	997.4	53
Francia	210.2	432.9	108
Bélgica	137.2	322.8	135
Suiza	177.4	401.1	127
Australia	21.2	64.5	205
India Holandesa	8.8	40.7	363
Total	1.206.6	2.264.4	87

Lansburgh no sacó conclusiones y por ello, cosa extraña, no se dio cuenta de que, si algo prueban estas cifras, es que *él está equivocado*, pues las exportaciones a los países financieramente dependientes de Alemania han crecido *más rápido*, aunque sólo ligeramente, que las exportaciones a los países financieramente independientes (subrayo el "sí" porque los datos de Lansburgh distan mucho de ser completos).

Refiriéndose a la relación entre las exportaciones y los empréstitos, Lansburgh dice:

En 1890-1891 Rumania contrajo un empréstito a través de los bancos alemanes, los cuales, en años anteriores, habían adelantado dinero a cuenta de dicho empréstito. Este fue utilizado principalmente en la adquisición de material ferroviario en Alemania. En 1891, las exportaciones alemanas a Rumania ascendieron a 55 millones de marcos. El año siguiente descendieron a 39,4 millones de marcos y, con fluctuaciones, a 25,4 millones en 1900. Sólo en años recientes, gracias a dos nuevos empréstitos, recuperaron el nivel de 1891. [...]

Las exportaciones alemanas a Portugal aumentaron, a consecuencia de los empréstitos de 1888 y 1889, a 21,1 millones de marcos (1890); después, en los dos años siguientes, disminuyeron a 16,2 y 7,4 millones, y recuperaron su antiguo nivel recién en 1903. [...]

Las cifras del comercio de Alemania con la Argentina son aún más sorprendentes. A consecuencia de los empréstitos de 1888 y 1890, las exportaciones alemanas a la Argentina llegaron, en 1889, a 60,7 millones de marcos. Dos años más tarde sólo alcanzaban a 18,6 millones de marcos, menos de un tercio de la cantidad anterior. Recién en 1901 se recuperaron y sobrepasaron el nivel de 1889, y ello sólo como resultado de nuevos empréstitos contraídos por el Estado y las municipalidades, con adelantos para la construcción de centrales eléctricas y otras operaciones crediticias. [...]

A consecuencia del empréstito de 1889, las exportaciones a Chile ascendieron a 45,2 millones de marcos (en 1892), y un año después descendieron a 22,5 millones de marcos. Un nuevo empréstito chileno, emitido por los bancos alemanes en 1906, fue seguido por un aumento en las exportaciones hasta 84,7 millones de marcos (1907) para descender de nuevo a 52,4 millones en 1908¹⁰².

De estos hechos Lansburgh deduce la divertida moraleja pequeñoburguesa sobre la inestabilidad e irregularidad de las exportaciones cuando están vinculadas a los empréstitos, sobre la inconveniencia de invertir capital en el extranjero en vez de desarrollar la industria nacional de un modo "natural" y "armónico", sobre lo "caras" que le resultan a Krupp las gratificaciones de millones y millones que tuvo que pagar por los empréstitos extranjeros en circulación, etc. Pero los hechos hablan con claridad: el aumento de las exportaciones está relacionado

102 *Die Bank*, 1909, p. 819 y ss.

precisamente con *estas* fraudulentas maquinaciones del capital financiero, al que no le preocupa la moral burguesa, sino sacar al bucy dos cueros: primero, se embolsa los beneficios del empréstito, y después se embolsa otros beneficios de *ese mismo* empréstito, dado que quienes lo contrajeron lo utilizan para adquirir artículos de Krupp o material ferroviario del Sindicato del Acero, etcétera.

Repito que de ningún modo considero completos los datos de Lansburgh, pero debí referirme a ellos porque son más científicos que los de Kautsky y Spectator, y porque Lansburgh muestra la forma correcta de enfocar el problema. Para discurrir sobre la significación del capital financiero con respecto a las exportaciones, etc., es indispensable saber desglosar la relación de las exportaciones en especial y únicamente con las maquinaciones de los financieros, en especial y únicamente con la venta de productos por los cárteles, etc. Limitarse a comparar sencillamente las colonias con las no colonias, un imperialismo con otro imperialismo, una semicolonía o colonia (Egipto) con todos los demás países significa eludir y ocultar la *misma* misma de la cuestión.

La crítica teórica de Kautsky del imperialismo no tiene nada en común con el marxismo; sólo sirve de preámbulo para predicar la paz y la unidad con los oportunistas y los socialchovinistas, precisamente porque elude y oculta las profundas y radicales contradicciones del imperialismo: las contradicciones entre el monopolio y la libre competencia, que existe lado a lado con él, entre las gigantescas "operaciones" (y las gigantescas ganancias) del capital financiero y el comercio "honesto" en el mercado libre, la contradicción entre los cárteles y los trusts, por una parte, y la industria no cartelizada, por otra, etcétera.

Igualmente reaccionaria es la famosa teoría del "ultraimperialismo" inventada por Kautsky. Compárense sus conclusiones sobre este tema en 1915 con las de Hobson en 1902:

Kautsky: ¿No puede la política imperialista actual ser reemplazada por una política nueva, ultraimperialista, que establezca la explotación conjunta del mundo por el capital financiero unido internacionalmente, en lugar de las rivalidades de los capitales financieros nacionales entre sí? Semejante nueva fase del capitalismo es, en todo caso, concebible. ¿Podrá lograrse? Faltan todavía premisas suficientes que nos permitan responder esta pregunta¹⁰³.

Hobson: El cristianismo que se ha afirmado en unos pocos grandes imperios federales, cada uno de ellos con una serie de posesiones coloniales no civilizadas y países dependientes es, a criterio de muchos, la evolución más legítima de las tendencias actuales, y una evolución que ofrecería las mayores esperanzas en una paz permanente sobre una base sólida de interimperialismo.

Kautsky llama ultraimperialismo o superimperialismo lo que Hobson, trece años antes, calificaba de interimperialismo. A excepción de la formación de

¹⁰³ Véase *¿y?*, 30 de abril de 1915, p. 144.

una nueva e inteligente palabra reemplazando un prefijo latino por otro, el único progreso que ha hecho Kautsky en el ámbito del pensamiento "científico" consiste en que hace pasar por marxismo lo que Hobson, en realidad, describe como hipocresía de clérigos ingleses. Después de la guerra anglo-boer era natural que esta honorable casta empeñara sus mayores esfuerzos por *consolar* a la clase media y a los obreros ingleses que habían perdido a muchos parientes en los campos de batalla de Sudáfrica y que fueron obligados a pagar altos impuestos para garantizar utilidades aún mayores a los financieros ingleses. ¿Y qué mejor consuelo que la teoría de que el imperialismo no es tan malo, que está muy cerca de un inter (o ultra) imperialismo, capaz de asegurar la paz permanente? Cualesquiera fueran las buenas intenciones de los clérigos ingleses o del sentimental Kautsky, el único significado objetivo, es decir, el verdadero significado social de la "teoría" de Kautsky es este: es el método más reaccionario de consolar a las masas con la esperanza de la posibilidad de una paz permanente bajo el capitalismo, distrayendo su atención de las agudas contradicciones y de los graves problemas de la actualidad, para dirigirla hacia perspectivas engañosas de un imaginario "ultraimperialismo" del futuro. Engaño de las masas: es todo lo que hay en la teoría "marxista" de Kautsky.

En efecto, basta confrontar hechos notorios e indiscutibles para convencerse de la absoluta falsedad de las ilusiones que Kautsky trata de suscitar entre los obreros alemanes (y los obreros de todos los países). Tomemos por caso la India, Indochina y China. Es sabido que esos tres países coloniales y semicoloniales, con una población de seiscientos a setecientos millones, están sometidos a la explotación del capital financiero de varias potencias imperialistas: Inglaterra, Francia, Japón, Estados Unidos, etc. Supongamos que dichos países imperialistas formaran alianzas, unos contra otros, con el objeto de defender o ampliar sus posesiones, sus intereses y sus "esferas de influencia" en los mencionados países asiáticos. Esas alianzas serían "interimperialistas" o "ultraimperialistas". Supongamos que *todas* las potencias imperialistas concluyeran una alianza para el reparto "pacífico" de esas regiones de Asia; esa alianza sería una alianza del "capital financiero unido internacionalmente". En la historia del siglo XX existen ejemplos reales de alianzas de ese tipo: por ejemplo, la actitud de las potencias con respecto a China¹⁰⁴. ¿Puede "concebirse", preguntamos, suponiendo que el sistema capitalista se conservara intacto (y eso es precisamente lo que Kautsky supone), que esas alianzas no sean efímeras, que eliminen las fricciones, los conflictos y la lucha en todas las formas imaginables?

Basta formular con claridad la pregunta para que resulte imposible darle otra respuesta que no sea negativa, pues bajo el capitalismo no es posible concebir otra base para el reparto de las esferas de influencia, intereses, colonias,

104 La insurrección de los boxers —llamada de esta manera por la actitud "boxeadora" de los manifestantes— fue un levantamiento antiumperialista que se extendió desde 1899 hasta mediados de 1901. Luego de su aplastamiento, la Dinastía Manchú suscribió un pacto con las potencias Europeas, Japón y EE. UU. en el cual le otorgó concesiones comerciales y militares [NóE].

etc., que el cálculo de la *fuerza* de los participantes, de su fuerza económica general, financiera, militar, etc. Y la fuerza de estos participantes del reparto no se modifica en forma pareja, ya que bajo el capitalismo es imposible el desarrollo igual de las distintas empresas, trusts, ramas de la industria o países. Hace medio siglo Alemania era un país pobre, insignificante, si comparamos su poderío capitalista con el de la Inglaterra de aquel entonces; lo mismo se puede decir de Japón si se lo compara con Rusia. ¿Puede "concebirse" que dentro de diez o veinte años permanezca invariable la correlación de fuerzas entre las potencias imperialistas? No se puede ni pensar.

Por consiguiente, en el mundo real del sistema capitalista y no en la vulgar fantasía pequeñoburguesa de los clérigos ingleses o del "marxista" alemán Kautsky, las alianzas "interimperialistas" o "ultraimperialistas" —sea cual fuere su forma: una coalición imperialista contra otra o una alianza general que abarque a *todas* las potencias imperialistas—, son *inevitablemente* nada más que períodos de "tregua" entre las guerras. Las alianzas pacíficas preparan el terreno para las guerras y a su vez surgen de las guerras, condicionándose mutuamente, originando formas alternadas de lucha pacífica y no pacífica, sobre una base *idéntica* de vínculos y relaciones imperialistas dentro de la economía mundial y la política mundial. Y el supersabio Kautsky, para tranquilizar a los obreros y reconciliarlos con los socialchovinistas que han desertado hacia las filas de la burguesía, *separa* los eslabones de una sola y misma cadena, separa la actual alianza pacífica (y ultraimperialista y aun ultraultraimperialista) de *todas* las potencias para la "pacificación" de China (recuérdese el aplastamiento de la insurrección de los boxers), del conflicto no pacífico de mañana, que preparará el terreno para otra alianza "pacífica" general, que pasado mañana se repartirá, digamos, Turquía, etc., etc. En vez de señalar el vínculo vivo entre los períodos de paz imperialista y los períodos de guerra imperialista, Kautsky obsequia a los obreros una abstracción exánime a fin de reconciliarlos con sus dirigentes exánimes.

Un escritor norteamericano, Hill, en el prólogo de su *Historia de la diplomacia en el desarrollo internacional de Europa*, se refiere a los siguientes períodos de la historia reciente de la diplomacia: 1) la era de la revolución; 2) el movimiento constitucional; 3) la era actual del "imperialismo comercial"¹⁰⁵. Otro escritor divide la historia de la "política mundial" de Inglaterra desde 1870 en cuatro períodos: 1) el primer período asiático (el de la lucha contra el avance de Rusia en Asia central hacia la India); 2) el período africano (de 1885 a 1902 aproximadamente): el de la lucha contra Francia por el reparto de África (el "incidente de Fashoda" de 1898¹⁰⁶, que la colocó al borde de una guerra con Francia); 3) el segundo período asiático (alianza con Japón contra Rusia); 4) el período "europeo", principalmente antigermánico¹⁰⁷. "Los enfrentamientos po-

¹⁰⁵ David Jayne Hill, *A History of the Diplomacy in the international development of Europe*, vol. I, p. X.

¹⁰⁶ Fashoda (Sudán del Sur). Incidente que se produjo entre Inglaterra y Francia por el dominio de la cuenca del Nilo [NdE].

¹⁰⁷ Schilder, *op. cit.*, p. 178.

líticos tuvieron lugar en el terreno financiero", escribía en 1905 Riesser, "personalidad del mundo de la banca", mostrando cómo el capital financiero francés que operaba en Italia preparaba el terreno para una alianza política de estos países y cómo se desarrollaba un conflicto entre Alemania e Inglaterra por Persia, entre todos los capitalistas europeos por los empréstitos chinos, etc. ¡Tal es la realidad viva de las alianzas "ultraimperialistas" pacíficas en su inseparable vinculación con los conflictos imperialistas comunes!

El ocultamiento que hace Kautsky de las más profundas contradicciones del imperialismo, que inevitablemente se reduce a pintarlo de hermosos colores, deja también su huella en la crítica que hace este escritor de las características políticas del imperialismo. El imperialismo es la época del capital financiero y de los monopolios, los cuales introducen en todas partes la tendencia a la dominación y no a la libertad. Cualquiera sea el régimen político, el resultado de esa tendencia es la reacción en toda la línea y una intensificación extrema de los antagonismos en este terreno. Se intensificó notablemente el yugo de la opresión nacional y la tendencia a las anexiones, o sea, la violación de la independencia nacional (pues las anexiones no son sino la violación del derecho de las naciones a la autodeterminación). Hilferding observa acertadamente la relación entre el imperialismo y la intensificación de la opresión nacional:

En los países recién explorados —dice—, el capital importado intensifica las contradicciones y provoca contra los intrusos la creciente resistencia de los pueblos, cuya conciencia nacional se despierta; esa resistencia puede derivar con facilidad en medidas peligrosas contra el capital extranjero. Se revolucionan radicalmente las viejas relaciones sociales, se desmorona el milenarismo aislamiento agrario de las "naciones sin historia" y estas son lanzadas a la vorágine capitalista. El propio capitalismo proporciona gradualmente a los sometidos los medios y los recursos para su emancipación y estos se lanzan a lograr el objetivo que en otros tiempos fue el más elevado para las naciones europeas: la creación de un Estado nacional único como instrumento de libertad económica y cultural. Este movimiento por la independencia nacional amenaza al capital europeo en sus zonas de explotación más valiosas y promisorias, y el capital europeo sólo puede conservar su dominación aumentando continuamente sus fuerzas militares¹⁰⁸.

A esto hay que añadir que no sólo en los países recién explorados, sino también en los viejos, ese imperialismo conduce a las anexiones, a una mayor opresión nacional y, por consiguiente, también a una mayor resistencia. Al negar que el imperialismo intensifique la reacción política, Kautsky deja en la sombra un problema de suma importancia, a saber, la imposibilidad de unidad con los oportunistas en la época del imperialismo. Al mismo tiempo que objeta las anexiones, presenta sus objeciones en la forma más aceptable e inofensiva

108 Hilferding, *El capital financiero*, p. 437.

para los oportunistas. Se dirige al público alemán y, sin embargo, oculta lo esencial y más actual, por ejemplo, la anexión de Alsacia-Lorena por Alemania. Para apreciar esta "aberración mental" de Kautsky tomaré el siguiente ejemplo. Supongamos que un japonés condena la anexión de las Filipinas por los norteamericanos. Cabe la pregunta: ¿creerán muchos que lo hace porque rechaza las anexiones en sí y no porque él mismo desea anexionar las Filipinas? ¿Y no nos veremos obligados a admitir que la "lucha" que libra el japonés contra las anexiones sólo puede ser considerada sincera y políticamente honesta si lucha contra la anexión de Corea por Japón y reivindica la libertad de Corea de separarse de Japón?

Tanto el análisis teórico del imperialismo como la crítica económica y política que Kautsky hace del imperialismo están *totalmente* impregnados de un espíritu absolutamente incompatible con el marxismo, de ocultar y linar las contradicciones fundamentales del imperialismo, y de un empeño por preservar a toda costa la resquebrajada unidad con el oportunismo en el movimiento obrero europeo.

X. Ubicación histórica del imperialismo

Hemos visto que el imperialismo, en su esencia económica, es el capitalismo monopolista. Ello determina en sí mismo su ubicación histórica, pues el monopolio, que nace de la libre competencia y precisamente de la libre competencia, es la transición del sistema capitalista a un orden económico y social más elevado. Debemos tomar nota en especial de los cuatro principales tipos de monopolio, o principales manifestaciones del capitalismo monopolista, características de la época que nos ocupa.

Primero: el monopolio surge de la concentración de la producción en un grado muy elevado. Aparecen las agrupaciones monopolistas capitalistas, los cárteles, los sindicatos y los trusts. Hemos visto el inmenso papel que desempeñan en la vida económica contemporánea. A principios del siglo XX los monopolios alcanzaron pleno predominio en los países avanzados, y aunque los primeros pasos hacia la formación de cárteles fueron dados por países que gozaban de la protección de elevadas tarifas arancelarias (Alemania, Estados Unidos), Inglaterra, con su sistema de libre comercio, reveló el mismo fenómeno básico, sólo que un poco más tarde, o sea, el nacimiento del monopolio, engendrado por la concentración de la producción.

Segundo: los monopolios estimularon la apropiación de las más importantes fuentes de materias primas, en particular para las industrias básicas y más cartelizadas de la sociedad capitalista: la huíllera y la siderúrgica. El monopolio de las más importantes fuentes de materias primas ha aumentado enormemente el poderío del gran capital y ha agudizado las contradicciones entre la industria cartelizada y la no cartelizada.

Tercero: el monopolio surgió de los bancos. De modestas empresas intermediarias que eran, los bancos se han convertido en monopolizadores del capital financiero. Tres o cinco de los más grandes bancos de cada uno de los países capitalistas más avanzados han realizado la "unión personal" entre el capital industrial y el bancario, y concentran en sus manos el control de miles y miles de millones, que constituyen la mayor parte del capital y las rentas de países enteros. Una oligarquía financiera que tiende una espesa red de relaciones de dependencia sobre todas las instituciones económicas y políticas de la sociedad burguesa contemporánea sin excepción: tal es la manifestación más notable de este monopolio.

Cuarto: el monopolio nació de la política colonial. A los muchos "viejos" motivos de la política colonial, el capital financiero añadió la lucha por las fuentes de materias primas, la exportación de capital, por "esferas de influencia", es decir, por esferas para negocios lucrativos, concesiones, beneficios monopolistas, etc., territorio económico en general. Cuando las colonias de las potencias europeas, por ejemplo, abarcaban sólo una décima parte del territorio de África, como ocurría aún en 1876, la política colonial podía desenvolverse mediante métodos no monopolistas, mediante la "libre apropiación" de territorios, por así decirlo. Pero cuando las nueve décimas partes de África fueron incautadas (hacia 1900), cuando todo el mundo quedó repartido, se entró inevitablemente en la era de posesión monopolista de las colonias y, por consiguiente, de lucha particularmente aguda por la distribución y la redistribución del mundo.

Es bien sabido hasta qué punto el capital monopolista ha agudizado todas las contradicciones del capitalismo. Basta mencionar el alto costo de la vida y la tiranía de los cárteles. Esta agudización de las contradicciones constituye la fuerza motriz más potente del período histórico de transición iniciado con la victoria definitiva del capital financiero mundial.

Los monopolios, la oligarquía, la tendencia a la dominación y no a la libertad, la explotación de un número cada vez mayor de naciones pequeñas o débiles por un puñado de las naciones más ricas o más fuertes: todo esto ha dado origen a esas características distintivas del imperialismo, que nos obligan a calificarlo de capitalismo parasitario o en estado de descomposición. Cada día se manifiesta con mayor relieve como una de las tendencias del imperialismo la aparición del "Estado rentista", el Estado usurero, en el cual la burguesía vive cada día más del producto de la exportación de capitales y del "recorte de cupones". Sería un error creer que esta tendencia a la descomposición excluye el rápido crecimiento del capitalismo. No; en la época del imperialismo, ciertas ramas industriales, ciertos sectores de la burguesía, ciertos países, manifiestan, en mayor o menor grado, ya una, ya otra de estas tendencias. En su conjunto, el capitalismo crece con una rapidez incomparablemente mayor que antes, pero este crecimiento no sólo es, en general, cada vez más desigual, sino que su desigualdad también se manifiesta, en particular, en la descomposición de los países de mayor capital (Inglaterra).

En lo que se refiere a la rapidez del desarrollo económico de Alemania, Riesser, autor del libro sobre los grandes bancos alemanes, dice: "El progreso de la época precedente [1848 a 1870], que no ha sido lento precisamente, guarda con respecto al rápido desarrollo de toda la economía en Alemania, y particularmente de sus bancos en la época actual [1870 a 1905], más o menos la misma relación que la velocidad de la diligencia de los viejos tiempos con respecto al automóvil moderno, el cual marcha tan rápido que representa un peligro no sólo para el inocente transeúnte, sino también para los ocupantes del vehículo". A su vez, ese capital financiero que ha crecido con una rapidez tan extraordinaria no tiene inconveniente alguno, precisamente porque ha crecido con tanta celeridad, en pasar a una posesión más "tranquila" de las colonias que deben ser arrebatadas, no sólo por medios pacíficos, a las naciones más ricas. En Estados Unidos, el desarrollo económico durante estas últimas décadas ha sido aún más rápido que en Alemania y, *por esa misma razón*, los rasgos parasitarios del capitalismo norteamericano contemporáneo resaltan con particular relieve. Por otra parte, la comparación, por ejemplo de la burguesía republicana norteamericana con la burguesía monárquica japonesa o alemana muestra que las más grandes diferencias políticas se atenúan en el más alto grado en la época del imperialismo; no porque ello no tenga importancia en general, sino porque en todos esos casos hallamos una burguesía que tiene rasgos definidos de parasitismo.

La obtención de elevados beneficios monopolistas por los capitalistas de una de las muchas ramas de la industria, de uno de los muchos países, etc., les brinda la posibilidad económica de sobornar a ciertos sectores obreros y, por un tiempo, a una minoría bastante considerable de ellos, y atraerlos al lado de la burguesía de una industria dada o de un país dado contra todos los demás. La agudización del antagonismo entre las naciones imperialistas por el reparto del mundo ahonda esa tendencia. Así se crean los vínculos entre el imperialismo y el oportunismo, los cuales se han manifestado antes que en ninguna otra parte y de un modo más claro en Inglaterra debido a que ciertos rasgos del desarrollo imperialista aparecieron en ese país mucho antes que en otros. Algunos escritores, por ejemplo L. Martov, son proclives a negar los vínculos que existen entre el imperialismo y el oportunismo en el movimiento obrero —hecho en extremo notorio en la actualidad— recurriendo a un "optimismo oficial" (*à la* Kautsky y Huysmans), del género del que sigue: la causa de los adversarios del capitalismo sería una causa perdida si el capitalismo avanzado condujera a reforzar el oportunismo o si los obreros mejor retribuidos se inclinaban hacia el oportunismo, etc. No debemos hacernos ilusiones sobre este tipo de "optimismo": es optimismo con respecto al oportunismo; es optimismo que sirve para ocultar el oportunismo. En realidad, la extraordinaria rapidez y el carácter particularmente repulsivo del desarrollo del oportunismo no son de ningún modo una garantía de que su victoria será duradera: la rápida maduración de un absceso doloroso en un organismo sano sólo puede ayudar a que se abra antes y libere así al organismo de

él. Los más peligrosos en este sentido son aquellos que no desean comprender que la lucha contra el imperialismo es una farsa y una patraña si no está ligada indisolublemente a la lucha contra el oportunismo.

De todo lo dicho en este libro sobre la esencia económica del imperialismo se desprende que debemos definirlo como capitalismo en transición o, con más exactitud, como capitalismo agonizante. En este sentido es muy instructivo observar que los economistas burgueses, cuando describen el capitalismo moderno, emplean con frecuencia frases y palabras como "entrelazamiento", "ausencia de aislamiento", etc.; "en consonancia con sus funciones y con el curso del desarrollo" los bancos "no son exclusivamente empresas comerciales privadas; cada día se salen más de la esfera de la regulación comercial puramente privada". ¡Y este mismo Riesser, cuyas palabras acabo de citar, declara con la mayor seriedad que la "profecía" de los marxistas respecto de la "socialización" "no se ha cumplido"!

¿Qué significa, pues, esa palabrita "entrelazamiento"? Expresa simplemente el rasgo más notorio del proceso que se desarrolla ante nuestros ojos; demuestra que el observador cuenta los árboles, pero no puede ver el bosque. Copia servilmente lo superficial, lo accidental, lo caótico. Muestra al observador como a un hombre abrumado por una masa de materia prima y completamente incapaz de comprender su sentido y su importancia. La posesión de acciones, las relaciones entre los propietarios privados, se "entrelazan en forma casual". Pero lo que yace debajo de este entrelazamiento, su verdadera base, son las cambiantes relaciones sociales de producción. Cuando una gran empresa asume proporciones gigantescas y, sobre la base de un cálculo exacto de grandes cantidades de datos, organiza en forma planificada el suministro de dos tercios o tres cuartos de las materias primas necesarias para una población de varias decenas de millones; cuando se transporta las materias primas en forma organizada y sistemática a los lugares de producción más apropiados, separados a veces por centenares y miles de kilómetros; cuando desde un solo centro se dirigen todas las fases consecutivas de elaboración del material hasta la producción de múltiples variedades de artículos terminados; cuando estos productos se distribuyen según un plan único entre decenas y centenares de millones de consumidores (la venta de petróleo en América y Alemania por el trust del petróleo norteamericano), entonces se hace evidente que nos hallamos ante una socialización de la producción y no ante un simple "entrelazamiento"; que las relaciones económicas privadas y de propiedad privada constituyen una envoltura que ya no corresponde a su contenido, una envoltura que inevitablemente ha de descomponerse si se aplaza artificialmente su supresión, una envoltura que puede permanecer en estado de descomposición durante un período bastante largo (sí, en el peor de los casos, la curación del absceso oportunista se prolonga demasiado), pero que será inevitablemente suprimida.

Schulze-Gaevernitz, el entusiasta admirador del imperialismo alemán, exclama:

Al haber sido confiada la dirección de los bancos alemanes a una decena de personas, su actividad es, incluso hoy, más importante para el bien público que la de la mayoría de los ministros [se olvida aquí, de un modo muy conveniente, el "entrelazamiento" entre banqueros, ministros, magnates industriales y rentistas, etc.]. Si concebimos el desarrollo de las tendencias que hemos observado, llegando a su conclusión lógica, tendremos: el capital monetario de la nación concentrado en los bancos; los propios bancos reunidos en cárteles; el capital de la nación destinado a inversiones ha tomado la forma de valores. Entonces se cumplirá la predicción del genial Saint-Simon: "La anarquía actual de la producción, consecuencia del desarrollo no uniforme de la regulación de las relaciones económicas, debe dar paso a la organización de la producción. La producción no será ya dirigida por fabricantes aislados, independientes los unos de los otros, e ignorantes de las necesidades económicas de los hombres; esto lo hará una institución social determinada. Un comité central de administración en condiciones de considerar el amplio campo de la economía social desde un punto de vista más elevado, lo regulará en beneficio de toda la sociedad, pondrá los medios de producción en manos apropiadas y, sobre todo, se preocupará de que exista una armonía constante entre la producción y el consumo. Existen instituciones que han incluido entre sus fines una determinada organización de la labor económica: los bancos". Estamos todavía lejos de que se cumpla esta predicción de Saint-Simon, pero nos hallamos ya en vías de lograrlo; será un marxismo distinto de como lo imaginaba Marx, pero distinto sólo en la forma¹⁰⁹.

Demoleadora "refutación" de Marx, por cierto, que da un paso atrás, que retrocede del análisis preciso, científico de Marx, a la conjetura –genial, pero conjetura al fin– de Saint-Simon.

109 *Grundriss der Sozialökonomik*, p. 146.



La presente edición de *Obras selectas*, tomo uno
de V. I. Lenina, se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2013
en MARTÍNEZ IMPRESORES, Camila Quiroga 870,
Burraco, Provincia de Buenos Aires, Argentina.
Consta de 3.000 ejemplares.





978-987-27589-5-0

